

DÍA 1.º DE NOVIEMBRE

BTO. VALENTIN DE BERRIO-OCHOA

DOMINICO, MARTIRIZADO EN TONKÍN (1827-1861)

EN los confines orientales de la provincia de Vizcaya, en un valle risueño rodeado de montañas, se halla la villa de Elorrio, cuyos habitantes conservan el temperamento robusto y religioso de sus antepasados y costumbres patriarcales que han sabido hermanar con el moderno progreso. En tan lindo rincón del país vasco, nació a 14 de febrero de 1827 el Beato Valentín de Berrio-Ochoa. Fueron sus padres don Juan Isidro de Berrio-Ochoa, honrado artesano de aquel lugar, y doña Mónica de Aristi. Aunque de noble linaje, ganaban el pan con el sudor de su frente; don Juan Isidro ejercía el oficio de carpintero.

Desde muy temprano empezó doña Mónica a cultivar las buenas disposiciones de su hijo, el cual llegó a ser en breve tiempo modelo de virtudes cristianas. Al decir de un contemporáneo del Beato, «todo Elorrio miró siempre al niño Valentín como a un ser extraordinario y jamás se le oyó decir la menor cosa que pudiese desdorar la integérrima fama de que gozó». Cuando tuvo edad competente, ayudó a su padre en la carpintería. Gracias a sus buenas disposiciones y al empeño que ponía en el trabajo, pronto llegó a ser muy hábil y entendido en el oficio.

De la piedad de Valentín, certifican su espíritu de oración, su modestia y virginal candor, su ferviente celo por la divina gloria y su natural apego a las cosas de la Iglesia. Muchas veces era sorprendido por su madre en oración; enternecida ella, atisbábale por un agujerito que aun hoy se ve abierto en uno de los nudos que forman las tablas de la puerta de su habitación; y la hermana del Beato aseguraba que Valentín, siendo joven, no debía de acostarse en la cama, pues nunca hallaban el menor indicio de desarreglo en la ropa. Era penitente y mortificado en sus gustos y deseos. En el templo, veíasele siempre profundamente recogido y devoto.

Había en Elorrio un convento de Madres Dominicas dedicado a Santa Ana. La superiora solía llamar de cuando en cuando a don Juan Isidro a trabajar en la capilla o en la sacristía, y el niño iba también de muy buena gana con su padre. El recogimento de las monjas y la vida penitente que llevaban, impresionábanle vivamente. La superiora, por su parte, echó luego de ver las raras prendas del niño y le admitió de monaguillo del convento. Más tarde, desempeñóse admirablemente como sacristán segundo.

El ejemplo de las monjas de Santa Ana despertó en su alma el primer deseo de hacerse religioso de la Orden de Santo Domingo. «¡Oh, qué dicha pertenecer a esta Orden! —exclamaba a menudo alborozado—. ¡Cuándo podré vestir su sagrado hábito!» El Padre Mendoza, dominico, encargado de la dirección espiritual de aquellas monjas, cultivó con cuidado estos gérmenes de vocación religiosa, y enseñó al niño los rudimentos de la lengua latina. Valentín gozaba oyendo contar al buen Padre la vida de los santos de la Orden; «muchas veces —dice un biógrafo suyo— sus ojos derramaron amorosas lágrimas, delatoras del deseo grande que tenía de imitar ejemplos tan santos».

FRUTOS DE UNOS EJERCICIOS ESPIRITUALES

EL año de 1842, un fraile franciscano muy popular en aquella región, el padre Estarta, predicó la santa misión en Elorrio. A ella acudieron todos los fieles. No quiso Valentín perder tan oportuna ocasión de santificarse, y así pidió licencia para asistir a los ejercicios de la misión. Su padre se la negó al principio, diciéndole que perdería mucho tiempo; pero el santo mancebo le respondió: «Trabajaré de noche, si es preciso, a trueque de ir a la misión, y Dios ayudará». Con esto cedió don Isidro, y su hijo fué a los sermones y demás ejercicios con espíritu de gran piedad. Para él equivalió aquello a unos ejercicios espirituales. Examinó atentamente su corazón y oyó el decisivo llamamiento de la gracia. Determinado a hacerse religioso, aguardó sosegadamente la hora de Dios.

Llegó efectivamente pasados tres años; siendo el Beato de dieciocho de edad, como ya no pudiera resistir más al empuje de la divina gracia, decidió comunicar el deseo a sus padres. Ellos habían ya adivinado los anhelos del joven, pero se asustaban al pensar en los gastos necesarios, casi imposibles dada su precaria situación económica. Resignáronse, con todo, a la voluntad de Dios cuando Valentín les manifestó su determinación definitiva, y, contando más con la Providencia que con los propios medios, enviáronle al Seminario. Con la bendición de sus padres partió para Logroño el mes de octubre de 1845, con ánimo de darse de lleno en adelante al servicio de Dios.

La divina Providencia guiaba así los pasos de aquel a quien, por dilección especialísima, predestinaba a un grado de muy elevada santidad.

ESTUDIANTE EN LOGROÑO

BERRIO-OCHOA fué modelo de seminaristas desde el primer día. «Mirar a San Luis Gonzaga o mirar a Berrio-Ochoa —decía un condiscípulo del Beato— es lo mismo». «Su vida —escribía otro— era completamente interior y consagrada al Señor. Era de espíritu alegre, mucho más cuando se hablaba de cosas espirituales, en las que inmediatamente tomaba parte con una suave sonrisa que denotaba su gozo interior».

Llevaba a raíz de su carne una cadenilla que le causaba heridas dolorosísimas, y a menudo añadía otra semejante. Disciplinábase muy duramente. Escogió la celda más oscura y sombría del Seminario, la que nadie quería. Mortificábase mucho en la comida; solía comer poquísimo; las sobras del pan que le daban, las llevaba secretamente a los pobres, los cuales, noticiosos de la caridad del Beato, acudían debajo de su ventana con la esperanza de recibir una buena limosna.

Su humildad, también extraordinaria, había impreso en él aquel soberano menosprecio que los santos suelen tener de sí mismos. Tan penetrado andaba de este sentimiento, que siempre caminaba con los ojos bajos como un delincuente. Un seminarista, admirado de tanta modestia, le dijo un día: «Pero, Valentín, ¿qué has hecho que no te atreves a levantar los ojos al cielo? —¡Ay de mí! —respondió el Beato—, hartos motivos tengo para imitar al publicano!»

A pesar de esta notoria austeridad, nada en él inspiraba repulsión a sus compañeros. Sus modales eran por el contrario sumamente corteses, y se mostraba de ordinario alegre y cariñoso.

En Logroño como en Elorrio le llamaban todos «*el Santo*». Los hechos vendrían a demostrar cuán justificado estaba aquel apelativo.

DIRECTOR ESPIRITUAL Y SACERDOTE

EN las vacaciones del año 1850, quedó el Beato asombrado al ver que para tenerle en el Seminario, se imponían sus virtuosos padres sacrificios casi heroicos. Por sentimiento de exquisita delicadeza determinó no volver a Logroño. Pero el rector del Seminario le apreciaba muchísimo, y mandó inmediatamente ir a buscarle; para mostrarle de algún modo cuánto le estimaba, dióle, con la venia del obispo de Calahorra, el cargo de director espiritual del Seminario. Valentín contaba entonces veinticuatro años y sólo tenía la «prima tonsura», la cual había recibido en 1846.

En la Cuaresma del año 1851 le ordenaron de Menores, subdiácono y diácono; y el sábado de Témporas de la Santísima Trinidad fué ordenado sacerdote en la capilla particular del obispo de Calahorra, doctor Irigoyen.

Desde aquel día llevó vida aún más virtuosa y santa. Cuantos con él trataban se sentían como penetrados de la santidad del nuevo sacerdote. Si alguna vez tenía que corregir a un seminarista, hacíalo con tanta caridad que el amonestado le prometía en el acto enmendarse.

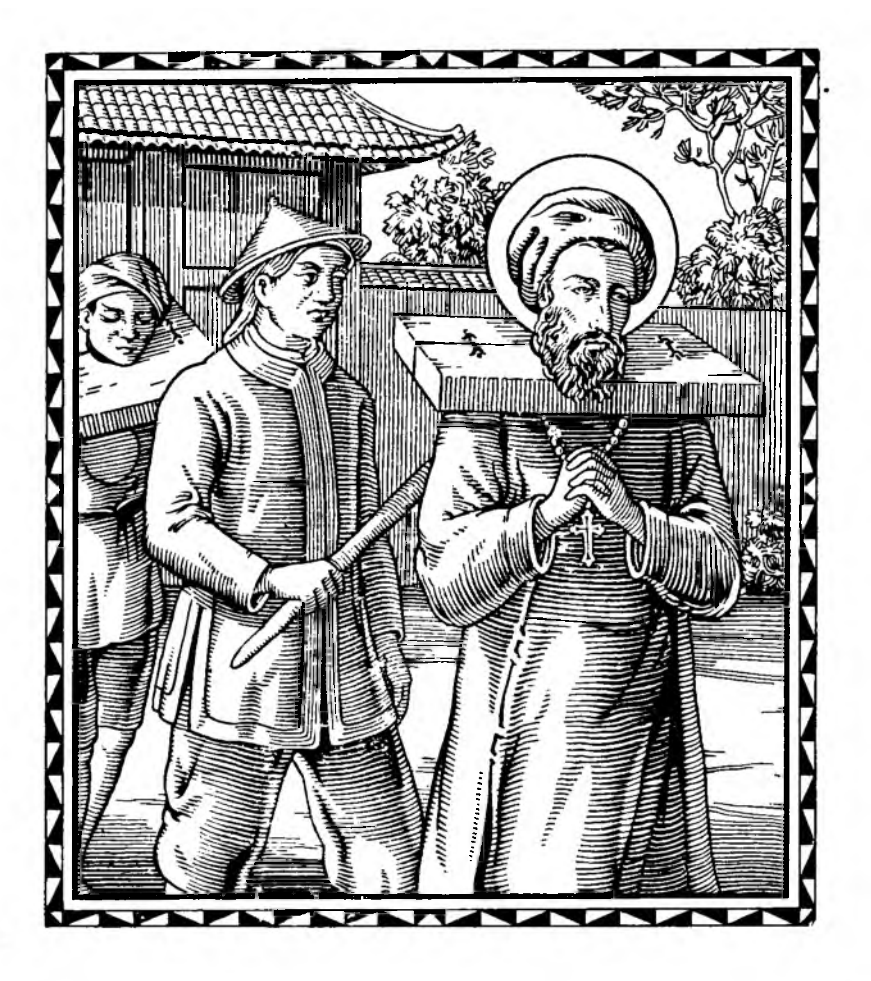
Las penitencias favoritas que Berrio-Ochoa imponía a las faltas ordinarias de los colegiales, eran visitas y estaciones a Jesús Sacramentado; «y esto era —decía él— enviarlos a embriagarse a la bodega del amor divino». A menudo iba él también a la iglesia con los culpables y rezaba con ellos. Por eso nunca tuvo enemigos. Su paciencia y caridad desvanecían todo asomo de rencor o enojo. La pureza de su ejemplo movía a muchos alumnos suyos a ser mansos y caritativos como su maestro.

La predicación del Beato era insinuante, apostólica y fervorosa. Mientras vivió en Logroño, solían los superiores enviarle a veces a predicar en alguna iglesia. Los oyentes acudían en tropel a oírle; unos a otros se alentaban a ir al sermón con estas palabras: «¡Vamos, que hoy predica el Santo!»

EN OCAÑA. — FRAILE DOMINICO

BERRIO-OCHOA tenía en Logroño demasiado roce con el siglo, por lo cual empezó a pensar en vida más perfecta. ¿No había sido ése, además, el vivo anhelo de su niñez, cuando no cesaba de repetir: «Quisiera ser fraile, y fraile de la Orden de Predicadores»?

Era ya llegado el día de llevar a efecto tan hermosa resolución. Mas antes quiso asegurarse de que el llamamiento era divino; el mes de julio de 1853, emprendió la peregrinación al famoso santuario de Loyola. Allí permaneció



LOS *verdugos ponen una cruz en el suelo y quieren obligar al Beato Berrio-Ochoa a pisarla y profanarla. Él, en cambio, se postra de rodillas y la adora. Luego abraza el crucifijo que lleva al pecho, y, en muy alta oración y unión con Dios nuestro Señor, va al lugar del suplicio.*

una temporada, y aprovechó la ocasión para hacer un santo retiro siguiendo los ejercicios espirituales de San Ignacio. Poco después, aconsejado por el señor párroco de Elorrio, volvió a hacer otro retiro en Loyola, y en él se determinó definitivamente. Sólo aguardaba ya ocasión oportuna para ingresar en el noviciado de los dominicos de Ocaña, de la provincia de Toledo.

Sin manifestar a sus padres aquella determinación, y so pretexto de un viaje a Logroño, Berrio-Ochoa abrazó a los suyos, y el mes de octubre de 1853 partió para el noviciado. Por espíritu de humildad y de penitencia, quiso hacer a pie el viaje de Logroño a Ocaña, pidiendo limosna por el camino; pero no logró su intento, porque una familia rica que le quería mucho, le obligó a aceptar un billete de diligencia.

Pronto echaron de ver los Dominicos de Ocaña las raras prendas del nuevo postulante, con lo que se movieron a darle sin dilación el santo hábito. Recibiólo el 27 de octubre, a poco de su llegada. Su vida en el noviciado fué copia exacta de lo que había sido en el Seminario, modesta y edificante. «Todo en él era ejemplar —dice un religioso, compañero suyo de noviciado—. Con ser él sacerdote cuando tomó el hábito, y nosotros casi niños, no se desdeñaba de abajarse a ser niño con nosotros, tomaba parte en nuestros juegos y nos alentaba con la animación que en ellos ponía».

Solía pedir los oficios más humildes y de los que podía dispensarle el ser sacerdote. Su obediencia era ciega.

Había dado el Beato con el puerto de salvación, y no podía contener su alegría. «Hasta ahora —escribía a sus padres— me va probando muy bien esta vida, y estoy muy contento de haberla abrazado. Yo no dudo que ustedes más desearían tenerme a su lado; pero si Dios nuestro Señor me quiere aquí en su casa, ¿para qué meterme en medio de tantos peligros de perderse como hay en el mundo?...»

A 12 de noviembre de 1854 profesó en la Orden con grande gozo de su alma. Poco después fué nombrado director espiritual de los Hermanos legos, cuyo afecto y admiración se granjeó muy presto.

MISIONERO DEL TONKÍN Y OBISPO DE CENTURIA

FIN principal del convento de Ocaña era enviar misioneros dominicos a las misiones del Asia oriental. Se solía escoger para este modo de apostolado a los padres más virtuosos y santos. Por expreso deseo suyo fué designado el Beato Berrio-Ochoa para incorporarse en aquella gloriosa falange de apóstoles. En diciembre de 1856 partió para Cádiz, donde había de embarcarse con rumbo a Filipinas. En carta a sus padres les manifiesta su gran alegría por este nuevo favor de lo alto:

«El Señor fué quien me libró de las garras del mundo impío con beso de misericordia, y ha querido dejar a otros, menos pecadores que yo, en medio de los peligros... Y, como si todo ello fuera poco, me escogió para apóstol suyo, a fin de que coopere en la conquista de las almas compradas con el sudor de su frente, con la sangre de sus venas y con su muerte... ¿Qué le daré yo, pues, a mi amado Jesús?... Mi vida y cuanto soy, a solo Él pertenecen.»

El 29 de enero de 1857 salió del puerto de Cádiz la fragata *Hispano-Filipina* con rumbo a Manila, llevando a bordo al Beato y algunos compañeros suyos. La travesía fué tormentosa y sobre todo larga, pero casi todos los días tuvieron misa. Los religiosos llevaban en el viaje vida de comunidad, cual si para nada contasen las terribles molestias a que les traía sometidos aquella su inacabable peregrinación.

El día 24 de mayo abordaron a la isla de Java, y a fines de junio de 1857 desembarcaron en Manila. Los naturales echaron a vuelo las campanas a su llegada, y fueron procesionalmente desde el puerto a la residencia de los Padres. En Manila preparóse el Beato con ardor para las misiones del Tonkín. Empezó a estudiar el idioma de aquel país, y a los cinco meses de su llegada a Filipinas, ya sus superiores pudieron enviarle a misionar en aquella parte del Asia oriental.

Los cristianos del Tonkín eran por entonces blanco de violentas persecuciones. La sangre de los mártires corría a raudales; muchos misioneros habían ya derramado la suya por Cristo; otros vivían ocultos, perseguidos de casa en casa por soldados y paganos, los cuales incendiaban las iglesias, dispersaban a los cristianos y saqueaban sus casas. Bien lo sabía el Beato; mas no por ello se apagó su celo, antes se encendió en nuevos ardores. El Miércoles Santo del año 1858 llegó felizmente a Tonkín con dos compañeros. Recorrieron a pie parte del país, ocultándose como pudieron, y así llegaron hasta la choza donde se hallaba refugiado el obispo de Tricomia, Vicario apostólico del Tonkín central, el venerable Melchor García Sampedro. De acuerdo con las instrucciones del santo prelado, empezó sin más a recorrer el país. Visitó algunas cristiandades, fortaleciendo las almas y ejerciendo el sagrado ministerio con fervoroso entusiasmo.

Los ministros del feroz tirano Tu Duc, que desde el mes de mayo del año 1858 perseguían con saña al obispo García Sampedro, pusieron tasa a su vida. Pero ¿qué sería de aquella misión si le arrebataban su Vicario apostólico cuando más necesitaba de él?

Esta consideración movió al venerable Sampedro a nombrarse un coadjutor y escogió al padre Berrio-Ochoa, el cual probó en balde de rehuir el cargo. Fué consagrado obispo de Centuria a 13 de junio del año 1858, en una choza de la aldea de Ninh Cuong.

TRABAJOS Y PERSECUCIONES

PRONTO sucedió lo que se temía: detenido aquél poco después, martirizáronle cruelmente. Desde ese momento, la carga del Vicariato del Tonkín central pasó a hombros del Beato. Viósele emprender largos viajes de noche. El día lo pasaba oculto en las chozas; sustentábase sólo con raíces y hortalizas, pero no por eso perdió nada de su acostumbrado ardor. «Soy mucho más feliz que la reina en su palacio»— decía.

No hallándose de viaje, llevaba vida muy mortificada. Levantábase de madrugada y decía misa. Cada día rezaba el rosario entero. En su mesa no se veían ni carne, ni alimentos exquisitos. Entretanto, la persecución causaba estragos. La sangre de García Sampedro no había apagado la sed de los perseguidores, y la vida del padre Berrio-Ochoa peligraba.

Hallábase cierto día en casa de una cristiana de La, cuando supo que el prefecto militar había enviado soldados a detenerle. Tuvo justo el tiempo para ocultarse en una covacha sin aire. A las dos horas de estar allí, le sacaron los cristianos medio asfixiado.

Como el peligro se acrecentaba más y más, fuéle menester trasladarse a una provincia norteña. Allí se encontró con los Beatos Hermosilla y Almató y el padre Gaspar González. El Ilmo. señor Hermosilla fué preso poco después. Berrio-Ochoa y Almató, ocultos en una barca, determinaron acudir a un medio heroico, y entregáronse al subprefecto, amigo de los pescadores que los guardaban ocultos. El magistrado, simuló acoger benévolamente a los dos misioneros, y los envió bien acompañados a casa de un médico pagano. Dos días permanecieron allí, pasados los cuales dijéronles que la ocasión era oportuna para escaparse. Mas apenas hubieron salido, fueron alcanzados por unos soldados que los aguardaban ocultos cerca del camino. Los dos misioneros intentaron huir, y quizá hubieran logrado hacerlo; pero dió el padre Almató un mal paso, y cayó de tal manera que no pudo levantarse; detúvose Berrio-Ochoa para ayudarle; los soldados tuvieron tiempo de llegar y prenderlos. Sucedía esto a 25 de octubre de 1861.

Trasladáronlos a la capital con una canga que les apretaba el cuello y las muñecas, y metiéronlos en la cárcel. Hiciéronlos luego comparecer ante el gobernador, al mismo tiempo que el Beato Hermosilla y un cristiano indígena, el Beato José Khang, que fué azotado cruelmente.

Ya al entrar en la ciudad, habían querido obligarles a pisotear una cruz arrojada en el camino, pero ellos, lejos de hacerlo, arrodilláronse para adorarla. Los mandarines comprendieron que sólo la muerte podía vencerlos. Tuvieron junta solemne, y decretaron que «los tres europeos» Hermosilla, Berrio-Ochoa y Almató fuesen ajusticiados el 1.º de noviembre de 1861.

MARTIRIO Y GLORIFICACIÓN

EN jaulas de bambú llevaron a los valerosos confesores al lugar del suplicio. Iba en la primera el padre Almató, arrodillado y rezando el rosario. En la segunda se hallaba nuestro Beato, también de rodillas y orando. Hermosilla iba en la tercera, bendiciendo, triunfalmente, a la muchedumbre curiosa. En llegando al lugar de la ejecución, los tres mártires pidieron unos instantes para rezar. El padre Hermosilla dijo luego a los verdugos que hiciesen lo mandado. Ataron entonces las manos y hombros de los mártires a un poste hincado en el suelo. Oyóse luego un toque de corneta, y las tres cabezas rodaron por el suelo.

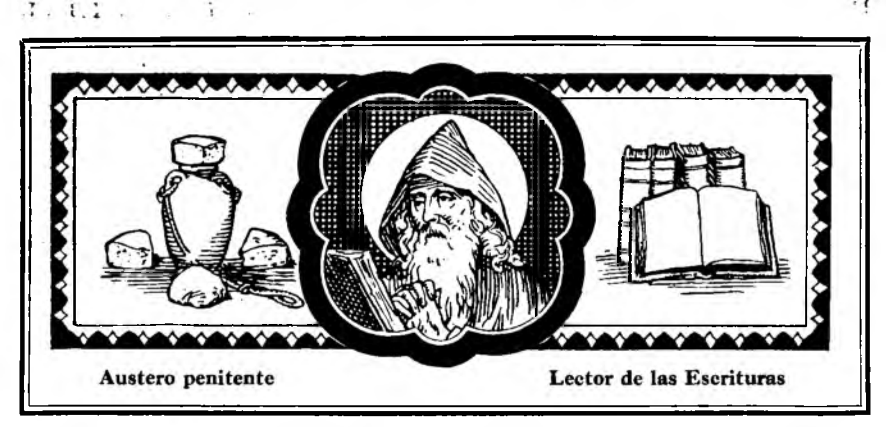
El año de 1886, las sagradas reliquias de los gloriosos mártires del Tonkín fueron trasladadas a Manila, y de allí a España, a bordo del vapor *Isla de Luzón*. En el puerto de Barcelona aguardaba las del Beato Berrio-Ochoa una delegación de Vizcaya. Lleváronlas a Elorrio, cuyos habitantes las recibieron con alborozo y fe extraordinarios.

Introdújose la causa de estos santos mártires el 1.º de mayo de 1902, y se llevó adelante rápidamente. A 24 de junio de 1905, se leyó ante Pío X el decreto que proclamaba la heroicidad de su muerte. El día 20 de mayo de 1906, en medio de un inmenso concurso de españoles de todas las provincias, pero sobre todo de Vizcaya, se celebró la solemne beatificación de Valentín de Berrio-Ochoa, Jerónimo Hermosilla, Pedro Almató y José Khang. A estos gloriosos nombres se añadieron los de los Beatos Francisco Gil de Federich y Mateo Leciniana, martirizados el año 1745; y los Venerables Jacinto Castañeda y Vicente Liem, martirizados el año 1773.

La fiesta del Beato Valentín de Berrio-Ochoa se celebra el 4 de julio.

SANTORAL

FIESTA DE TODOS LOS SANTOS (véase en el tomo «Festividades del Año Litúrgico», pág. 490). Santos Juan, obispo, y Santiago, presbítero, mártires en Persia en tiempos de Sapor; Vigor, obispo de Bayeux, Marcelo, de París, y Cesáreo, de Clermont; Floriberto, abad; *Pedro del Barco, confesor; Cesáreo y Julián, mártires;* Benigno, presbítero y mártir; Lauteno, presbítero; Austremonio —discípulo de Nuestro Señor—, apóstol de Auvernia; Severino, monje; Dacio y compañeros, mártires en Damasco cuando imperaba Decio; Octavio, mártir en Cartago; Severo y compañeros, mártires en Gascuña; Amable y Maturino, confesores. Beatos **Valentín de Berrio-Ochoa, obispo,** y compañeros, mártires, y Conradino, dominicos; José Khang, mártir. Santas *María, esclava y mártir;* Cirenia y Juliana, mártires en Cilicia en tiempos de Galerio Maximiano; Genoveva y Sila —parientas de Santa Librada—, vírgenes y mártires; Lumbrosa, venerada en Sahagún.



DÍA 2 DE NOVIEMBRE

SAN MARCIANO

ERMITAÑO DE ORIENTE (✝ hacia el año 387)

SABEMOS los pormenores de la vida de San Marciano por el célebre escritor Teodoreto, quien por los años de 423 fué elevado a la silla episcopal de Ciro, título hoy unido al de Alepo. Teodoreto escribió una *Historia Filotea,* es decir, una Historia de los amigos de Dios, en la que relata la vida de cincuenta solitarios. La minuciosa exactitud que demuestra en su *Historia Eclesiástica* desde 325 a 429 aconseja darle crédito como hagiógrafo.

Vivía en la primera mitad del siglo IV, en la ciudad de Ciro, un joven, rico y distinguido, de buen parecer y vigorosa constitución, amable, inteligente, heredero de una de las principales familias de la región. Llamábase Marciano. No eran menos admirables sus virtudes que sus cualidades exteriores; lo cual hacía presagiar para él muy halagüeño porvenir; pero fueron vanos los intentos del mundo ante la férrea voluntad del joven.

Recordando aquellas palabras del Evangelio, que de nada sirve al hombre ganar el mundo entero si pierde su alma, estremecíanle los peligros que el siglo oponía a su salvación. Fuera de eso, sentíase interiormente inclinado a darse sin reserva a Aquel de quien todo lo había recibido. Arregló, pues,

sus asuntos temporales, y despareció sin que nunca más le volvieran a ver los habitantes de Ciro. El fugitivo se había retirado al desierto de Calcis, situado al sudeste de Siria, en dirección a Arabia y camino del Éufrates.

Recogióse Marciano en una celdita tan baja que no podía en ella ponerse de pie sin tocar el techo, y tan angosta que no podía extender las piernas al acostarse. Como si esto fuera poco, aun quiso aumentar la soledad del desierto, poniendo su celda al abrigo de los extraños con un muro que no dejaba sino un reducido espacio delante de la puerta.

La oración, la lectura y meditación de los Sagrados Libros, y el canto de los Salmos, llenaban las horas todas del día y casi también las de la noche. «El canto de los Salmos —escribe Teodoreto— sucedía a la oración; la oración seguía al canto de los Salmos, y la lectura de las Sagradas Escrituras sustituía a ambos.» Purificar su alma para amar más y más a Dios y sufrir para purificar su alma; tal era su mayor anhelo.

Sólo una vez al día tomaba alimento: al atardecer; una libra de pan dividida en cuatro trozos era la única ración para otros tantos días. A ejemplo de otros solitarios, no quería pasar más de un día sin tomar alimento; su biógrafo explica tan razonable proceder, que más tarde había de recomendar San Francisco de Sales.

Decía que el no tomar alimento sino después de varios días es causa de la flojedad y tibieza con que se hace lo que se debe a Dios en el tiempo de tal ayuno, y que una alimentación superabundante carga el estómago y vuelve el cuerpo pesado e incapaz de velar: lo que le hacía creer que era preferible no pasar día sin comer y no saciarse nunca, porque el verdadero ayuno consiste en sentir siempre algo el gusanillo del hambre.

MARCIANO Y SUS DISCÍPULOS

DURANTE varios años vivió Marciano solo en su celda, y así pensaba pasar el resto de su vida, en la oscuridad y en el silencio; pero eran otros los designios de Dios: estaba llamado a ser padre espiritual de un pueblo de solitarios. Instruído y experimentado que estuvo en los santos combates para servir de maestro a los demás, la Providencia le envió numerosos discípulos que fueron a ponerse bajo su dirección. Éstos, a su vez, formaron a otros monjes según las reglas que habían recibido de su maestro, y así vino a ser Marciano el patriarca de una tribu de Santos.

Distinguiéronse entre sus mejores discípulos Eusebio y Agapito. El solitario no los hospedó en su reducida ermita, donde faltaba espacio, pero les permitió construirse otra celda próxima a la suya y les enseñó a santificar los días con ejercicios semejantes a los practicados por él mismo.

Una noche, Eusebio, llevado de la curiosidad de ver lo que su padre espiritual hacía en la celda, se acercó sigilosamente y miró por la ventana. Allí pudo observar cómo su maestro estaba en oración, meditando un pasaje de las Sagradas Escrituras, cuyo libro tenía en las manos; ninguna lámpara iluminaba la estancia, pero sobre su cabeza brillaba una luz celestial. Eusebio, presa de admiración y de santo temor, comprendió que el Espíritu del Señor iluminaba a su maestro de modo sobrenatural para ayudarle a entender los Libros Santos.

En otra circunstancia, el mismo Eusebio acercóse a la ermita de Marciano, y vió a éste en oración en la puerta de su celda con el rostro vuelto hacia Oriente. Una sierpe que se había deslizado sobre la pared de la celda, adelantaba su cabeza amenazadora por encima de la del solitario. Horrorizado Eusebio lanza un grito y avisa a Marciano para que se aleje del peligro. Pero el solitario se levanta tranquilamente, reprocha al discípulo su poca confianza en Dios y hace la señal de la cruz sobre el reptil, que cae muerto.

HUMILDAD VICTORIOSA CONTRA EL DEMONIO

HABÍA en la ciudad de Berea un personaje de elevada categoría social, distinguido funcionario del Imperio, cuya hija había quedado poseída del demonio. Como el espíritu maligno atormentara sin piedad a su desgraciada víctima, el padre estaba inconsolable. Por suerte suya, había conocido en otro tiempo a Marciano, de quien la fama pregonaba ya sus austeras virtudes. Fuése, pues, al desierto de Calcis muy creído de que por las oraciones de su antiguo amigo alcanzaría la curación de su hija.

Pero no pudo ver a Marciano porque éste no acostumbraba recibir visitas de los seglares más que durante el tiempo pascual. No cejó el desventurado padre y fuése a ver a un anciano solitario que se había impuesto la caritativa misión de llevar al patriarca del desierto las cosas más precisas y urgentes durante su voluntaria incomunicación. Hízole entrega de un frasquito de aceite y le rogó que lo hiciese bendecir por Marciano para que sirviera de medicina eficaz para curar a su hija. «Me pedís un favor muy difícil —le respondió el anciano—. Es tan grande la humildad de Marciano, que nada le disgustaría tanto como que se le pidiese un milagro, y, seguramente que reprobará mi acción cual si se tratase de un negocio descabellado.»

Pero el desgraciado padre continuó suplicando con tal insistencia que su interlocutor acabó por aceptar el compromiso de llevar el mensaje. Sin embargo, cuando estuvo en presencia del Santo no se atrevió el anciano a solicitar la bendición que iba a buscar, y contentóse con preguntar al ermitaño si necesitaba alguna cosa.

Poco después volvió por segunda vez, y tampoco soltó palabra del asunto que allá le llevaba. Sorprendido Marciano de esta nueva visita, rogó al anciano le dijese sinceramente el motivo de un proceder tan desacostumbrado. Y éste, temiendo que Dios hubiese revelado a su siervo lo que él no acertaba a manifestar, le contó la visita del funcionario imperial y le mostró el frasco de aceite que le rogaba bendijese. «¿Es posible —replicó Marciano— que un anciano experimentado, como vos, se atreva a pedir a un pecador una cosa que no puede sino exponerle a tentaciones de orgullo, sin utilidad para nadie? Si volvéis a tomar encargos semejantes, no recibiré vuestras visitas ni aceptaré los servicios que tan caritativamente me prestáis.»

Tanta humildad conmovió amorosamente el corazón de Dios en favor de la desgraciada víctima de Satanás, y, aunque ésta se hallaba a cuatro días de camino de la ermita del Santo, experimentó el efecto de sus méritos, y en ese preciso momento el demonio abandonaba a su presa. La alegría del padre fué grande y su admiración corrió parejas con su alegría cuando, al volver para contar al anciano la curación de su hija, comprobó que había tenido lugar en el preciso momento en que su mensaje había procurado a Marciano la ocasión de un nuevo acto de humildad.

UNA CONFERENCIA ESPIRITUAL

UN día llegaron al desierto de Calcis cuatro obispos sirios, acompañados de varios magistrados insignes para ver al siervo de Dios. Los prelados eran, Flaviano de Antioquía, Acacio de Berea, Isidoro de Ciro, y Teodoro de Hierópolis. Marciano los recibió a la puerta de su ermita ermita con el respeto que la dignidad de los personajes merecía. Después que se que se hubieron sentado, esperaban los nobles visitantes del solitario algunas palabras de edificación. Pero el humilde Marciano, juzgando que era él quien debía ser instruído por los prelados, guardaba profundo silencio y esperaba que alguno tomase la palabra. Por fin uno de los miembros de la compañía que desde algún tiempo se había puesto bajo la dirección espiritual del solitario y le era más familiar, tomó la palabra en estos términos:

—Padre mío, estos ilustres prelados y cuantos aquí veis, han venido para oír de vuestros labios algunas palabras de edificación. No les privéis del fruto que esperan sacar de la visita y no guardéis para vos solo el bien que podéis dispensar a los demás.

—¡Ah! —repuso Marciano exhalando un profundo suspiro—. ¿Qué puedo yo enseñaros? Tenéis más inteligencia que yo para leer con fruto en los dos grandes libros que Dios ha abierto ante nuestros ojos: el libro del universo que narra las maravillas del poder, de la sabiduría y de la bondad del Crea-



*E*N *el amplio y dilatado desierto, San Marciano construye una celdilla tan baja de techo, que no pueda ponerse en pie, y tan corta que, acostado, no pueda alargar completamente las piernas. Para más aumentar su apartamiento de los hombres, aun la rodea con estrecha cerca.*

dor, y el libro de las Divinas Escrituras donde Dios nos instruye por Sí mismo. Allí pone nuestros deberes, nos anima con sus promesas, nos aterra con sus amenazas; pero muchos no aprovechan de estas gracias como debieran, y yo, por mi desgracia, soy uno de éstos.

Después de estas palabras, Marciano permaneció en silencio; pero sus oyentes, parafraseando la idea que acababan de oír, hablaron a su vez. Entraron insensiblemente en largos discursos. Terminados éstos, se levantaron muy satisfechos de su visita y rezaron juntos una oración, según el uso de los solitarios, que terminaban siempre por ella sus ocupaciones.

Antes de despedirse, los visitantes declararon que Marciano era digno del sacerdocio. Su ermita se encontraba en la diócesis de Ciro; al obispo de esta región pertenecía por tanto el imponerle las manos, pero el prelado prefirió ceder a uno de sus colegas el honor de ordenar a varón tan santo. Los otros tres obispos se excusaron a su vez y al fin se alejaron sin ordenarlo. Dios lo permitió sin duda, para más favorecer la humildad de su siervo.

FRATERNAL VISITA

UNA visita menos honrosa según el mundo, pero más agradable al humilde Marciano, fué la de un anciano ermitaño llamado Avito. De más edad que Marciano, Avito le había precedido en los ejercicios de la vida monástica; habitaba en la región septentrional del desierto de Calcis en un lugar sumamente castigado por los vientos del noroeste. Habíase construído una celdita en la que desde largos años llevaba una vida muy dura y sumamente austera.

sierto
oeste.

Había llegado hasta él la fama de las virtudes de Marciano, y pensó que el trato con este solitario sería útil y provechoso para su alma. Abandonó, pues, su celda y se puso en camino a través del desierto en dirección del Mediodía. Cuando llegó ante la ermita de Marciano, lleno de gozo nuestro Santo le abrió la puerta de su celda y le recibió con muestras del afecto más sincero y de profunda veneración. En lugar de un pan solo que aparecía todos los días en las comidas, mandó a su discípulo Agapito que hiciera cocer hierbas y legumbres, si tenía. Sentáronse los dos solitarios muy cerca uno de otro y ocuparon largas horas en las cosas de Dios. Su recíproca estima aumentaba a medida que se conocían; al tiempo señalado se levantaron y rezaron juntos la hora de Nona.

No tardó Agapito en traer una mesita y pan. Marciano dijo a su huésped: «Bienvenido seáis, padre mío; hoy comeremos juntos.» Empero, la hora de Nona correspondía a las tres de la tarde y era costumbre de los solitarios no romper el ayuno hasta después de Vísperas, es decir hasta la puesta del sol.

Avito manifestó la pena que le causaba el anticipar contra su costumbre la hora de la comida.

—Ya veis, padre mío —dijo Marciano—, cómo os habéis equivocado pensando encontrar aquí un modelo de regularidad monástica. Os habéis molestado para venir a ver un hombre amigo de la vida regalada.

Avito, que conocía la austeridad de Marciano, habría podido afligirse de estas palabras, pero Marciano prosiguió en seguida sonriendo:

—Somos de la misma profesión y guardamos las mismas reglas. Preferimos el trabajo al descanso y el ayuno a la comida, y si vos no tomáis alimento sino al oscurecer, yo lo hago igualmente. Pero ya sabéis que la caridad es más agradable a Dios que el ayuno, puesto que él nos manda la caridad y practicamos el ayuno por voluntad propia. Entre estas dos cosas debemos, pues, dar la preferencia a la caridad.

Avito, que había comprendido a su amigo desde las primeras palabras, compartió con sencillez el fraternal ágape que le ofrecían. Los dos ermitaños rezaron después las oraciones de acción de gracias y volvieron a sus pláticas espirituales. Tres días pasaron juntos, luego se despidieron hasta la patria eterna y se separaron para no volver a verse más en esta tierra.

UNA VISITA FAMILIAR

TENÍA Marciano una hermana que se había quedado en el mundo. Casada con un hombre rico de la ciudad de Ciro, había tenido un hijo en quien perduraron las glorias de la familia. Ocupaba ya el primer puesto de la ciudad cuando su madre le invitó a acompañarla al desierto de Calcis, pues tenía grandes deseos de ver a su hermano. Escogieron para su visita el tiempo de Pascua, que era, como hemos dicho, la época en que el solitario consentía en recibir visitas de la gente del mundo. Es verdad que Marciano recibía entonces a cuantos se presentaban, pero no a las mujeres, a quienes estaba prohibido acercarse a la ermita. En esto no quiso excepción ni para su hermana, pero recibió a su sobrino con la ternura de un padre y le dió buenos consejos para su alma.

El joven suplicó al ermitaño se dignara aceptar los dones que le ofrecía en nombre propio y de su madre. Ante esta propuesta tan natural, el espíritu de desprendimiento de Marciano se alarmó. «¿Habéis dado algo a los monasterios de este desierto? —No —respondió el joven. —Pues yo tampoco tomaré nada —repuso Marciano—, porque en esta ofrenda habéis seguido más bien el movimiento de la carne y de la sangre que la pura caridad cristiana.» Y añadió, sin duda para dulcificar la pena que la negativa hubiera podido causarle: «Además, yo nada necesito.»

MARCIANO Y LA FE CATÓLICA

ORACIÓN continua, meditación, austeridad, desprendimiento del mundo, unión con Dios, estas virtudes y muchas más que resplandecían entre los solitarios, tienen sus raíces en una fe pura y profunda. Como los otros Santos que han ilustrado a la Iglesia Oriental, Marciano permanecía siempre unido a la fe católica de la que el Pontífice de Roma, Vicario de Jesucristo, es guardián y depositario fiel.

En esta época asolaba a la Iglesia de Oriente la herejía de Arrio, que negaba la divinidad de Jesucristo, y que era sostenida por las conveniencias de los emperadores Constancio y Valente. Nunca temió Marciano declararse contra ellos. Y no se mostró menos opuesto a otros herejes que, con el nombre de sabelinos y euquitas o mesalianos, perpetuaban los errores maniqueístas.

Abrahán, anciano monje del desierto de Calcis, ignorante de la liturgia, obstinábase en celebrar la fiesta de Pascua el mismo día que los judíos, es decir, el día décimocuarto de la luna de marzo. Para evitar esta confusión con el judaísmo, enemigo de Cristo, la Iglesia romana, desde el tiempo de San Pedro, había trasladado esta fiesta al domingo siguiente. No obstante, y a pesar de una condenación formal, promulgada a fines del siglo II por el papa San Víctor, algunas Iglesias de Oriente conservaron hasta el siglo IV el uso de celebrar la fiesta pascual el día décimocuarto. El concilio general de Nicea, en 325, dióles orden de conformarse con la práctica de la Iglesia universal. Algunos, sin embargo, no la acataron, y el anciano de quien hemos hecho mención, por otra parte irreprochable, seguía a los insubordinados.

Marciano intentó inútilmente iluminar aquella inteligencia extraviada. Anuncióle entonces que, de seguir obstinado, lo consideraría como hereje. Esta amenaza fué suficiente; juzgó Abrahán que erraría el camino si se salía de la senda por donde caminaba Marciano, y aceptó la práctica de la Iglesia.

ÚLTIMA MUESTRA DE HUMILDAD

POR ser tan general en Siria la opinión que se tenía de la santidad de Marciano, muchas personas, siguiendo el uso corriente de los primeros siglos, construyeron por adelantado capillas con la esperanza de poseer cada una sus reliquias después de su muerte. Su sobrino Alipio construyó una en la ciudad de Ciro. Cierta rica y piadosa dama, llamada Cenobiana, hizo lo mismo en la ciudad de Calcería, y otros, llevados por el ejemplo, los imitaron.

Un celo tan exagerado en proclamar sus virtudes no podía quedar en secreto y el ruido llegó un día a oídos del solitario. Su humildad quedó aterrada. Este anciano, que sólo había vivido por y para Dios, quería borrar hasta su recuerdo entre los hombres; llamó con presteza a su discípulo Eusebio y le hizo prometer con juramento que lo enterraría secretamente en el desierto tan pronto hubiese muerto, de suerte que el lugar de su sepulcro quedase desconocido a toda humana criatura. Lo único que pudo conseguir Eusebio fué el permiso de notificarlo a otros dos monjes de cuya discreción podía responder absolutamente.

Eusebio cumplió fielmente los últimos deseos de su maestro. Cuando el solitario exhaló el último suspiro —probablemente el 2 de noviembre del año 387—, fué con dos monjes de probada fidelidad, tomó su cuerpo, y lo enterró secretamente en el desierto a considerable distancia de su ermita. La celda del difunto quedó cerrada y, por mucho tiempo, ignoró el público la muerte de Marciano. Cuando al fin se supo, apresuráronse a buscar sus preciosos restos, pero nunca llegaron a descubrirlos.

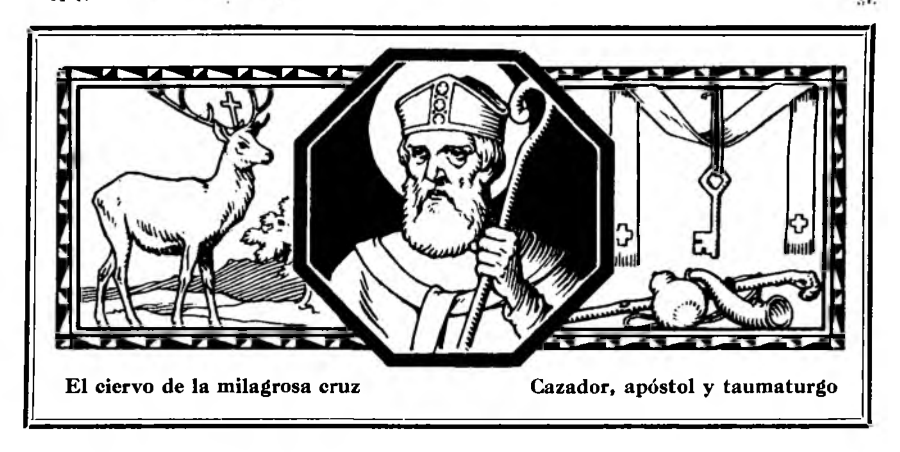
Cincuenta años más tarde, uno de los tres que estaban en el secreto, viendo que desde mucho tiempo habían puesto reliquias de mártires en las capillas destinadas a Marciano y que nadie buscaba ya las de su maestro, se creyó libre del compromiso y descubrió el lugar donde el monje Eusebio las había ocultado. Los monjes que habitaban la ermita de Marciano exhumaron el precioso tesoro y colocaron los huesos de su santo predecesor en un sepulcro de piedra.

De esta manera permitió Dios nuestro Señor alcanzase a su fidelísimo siervo la gloria que tan celosamente huyera durante su vida, y a la que le hacían acreedor su extraordinaria humildad y grandes virtudes.

Este sepulcro llegó a ser un lugar de gran devoción donde se realizaron estupendos milagros y muy notables conversiones.

SANTORAL

Conmemoración de Todos los Fieles Difuntos (véase en el tomo «Festividades del Año Litúrgico», pág. 500). Santos **Marciano, ermitaño;** *Teodoto, obispo de Laodicea;* Victorino, obispo de Estiria, mártir; Rosa, obispo de York, y Jorge, de Viena (Francia); Ambrosio, abad de Agauno (Valais); *Acindino, Pegasio, Aftonio, Elpidéforo y compañeros, mártires en Persia;* Albino, mártir en Montpeller; Cirilo, mártir en Cesarea de Capadocia; Publio, Víctor, Hermes o Hermetes y Papías, mártires en África; Carterio, Estiriaco, Tobías, Eudoxio, Agapio y compañeros, mártires en Sebaste, bajo el emperador Licinio; Justo, mártir en Trieste en tiempos de Diocleciano; Vulganio, ermitaño. Santa Eustoquia, virgen, mártir en Tarso de Cilicia, en tiempos de Juliano el Apóstata. Beata *Margarita de Lorena, terciaria franciscana.*



El ciervo de la milagrosa cruz — Cazador, apóstol y taumaturgo

DÍA 3 DE NOVIEMBRE

SAN HUBERTO

OBISPO, PATRÓN DE LOS CAZADORES (655-727)

HABÍA desaparecido de las Galias la dominación romana, dejando libre paso a los bárbaros que intentaban asentar allí sus reales y organizarse. En medio de esta sociedad naciente, agitada, tormentosa y sin ley, apareció el Santo cuya historia vamos a reseñar. Si hemos de dar fe a una antigua tradición, Huberto debió de ser príncipe merovingio, descendiente en línea directa de Clodoveo, primer rey cristiano de los francos. Habría nacido en Aquitania, por los años de 655, y habría tenido por padre al noble duque Beltrán, biznieto de Clodoveo, y por madre a una sobrina de la santa reina Batilde, llamada Egberna, de natural privilegiado y de corazón generoso y accesible a los sentimientos más elevados.

príncipe
cristiano

De ella recibieron Huberto y su hermano menor Eudes educación sólida y profundamente cristiana. Gracias a esta cuidadosa preparación familiar, vivieron ambos hermanos en ambiente de inocencia y piedad los años de su infancia y de la primera juventud. De este modo, salía Huberto preparado para cumplir entre los hombres la misión de santidad a que le destinaba el Señor, y entrenábase al mismo tiempo para vencer en sus luchas frente al demonio.

EL JOVEN HUBERTO LUCHA CON UN OSO

NIÑO aun de doce años, y hallándose en una de esas cacerías a las que tan apasionadamente se entregaban los príncipes, vió Huberto cómo un oso se precipitaba furioso sobre su padre y le ahogaba con sus fuertes y poderosas garras. Ante semejante espectáculo, clamó el adolescente:

—¡Dios mío!, dadme fuerza para salvarle.

Arrójase presto sobre el feroz animal y con certero hachazo asestado por una mano que el amor filial hacía viril, hendióle el pecho. Su padre estaba salvado. Es el primer título de Huberto como patrón de los cazadores. En reconocimiento de este favor, el duque Beltrán hizo voto de edificar, en Tolosa, una basílica en honor de su primer obispo San Saturnino, basílica reconstruída en el siglo XI, que subsiste aún bajo el nombre de San Cernín.

EN LA CORTE DE THIERRY III Y PIPINO DE HERISTAL

CUMPLIDO que hubo los diecisiete años, el joven príncipe fué enviado por sus padres a la corte de Thierry o Teodorico III, rey de Neustria. Dióle su madre una medalla bendecida; y, deshecha en llanto, le encomendó al Señor. Huberto encontró en la corte disoluta de Soissons un príncipe falto de energía, aunque parecía tener a ratos algún valor y grandeza de alma. Ebroín, mayordomo de palacio, por intrigas y pérfidas maniobras, intentó desembarazarse cuanto antes de este joven príncipe que podía ser un obstáculo a su desmedida ambición. Huberto, a quien repugnaban aquellos manejos, huyó del peligro junto con San Leodegario, obispo de Autún. Los dos fugitivos separáronse en Lutecia.

Mientras volvía el santo obispo a ocupar su sede, llegaba Huberto a la corte de Austrasia, donde gobernaba un nieto de San Arnoldo, Pipino de Heristal, héroe tan ilustrado como valiente. Nuestro joven duque compartió la vida de la corte de este príncipe, el cual escogió a Jupille Mosa por morada favorita, y tuvo parte activa en las grandes cacerías que se daban entonces en las Ardenas. A tal extremo llegó el afecto de todos hacia Huberto, que Pipino le dió la mano de una biznieta de San Arnoldo, Floribania, princesa de Austrasia. De ella tuvo un hijo, Floriberto, que había de sucederle en la silla episcopal de Lieja y ser inscrito como Santo en el Martirologio galicano el día 25 de abril († 746).

Pronto iban a cumplirse los seis años de tan santa y dichosa unión, cuando la duquesa de Aquitania se vió precisada a acudir a la cabecera de la reina

Batilde, próxima a la muerte. Huberto buscó medio de combatir su aislamiento y se juntó con los nobles de Austrasia; desgraciadamente no tardaron éstos en arrastrarle a las orgías infames que ordinariamente solían seguir a las cacerías organizadas en las inmensas selvas de las Ardenas. Huberto olvidó sus promesas de vida cristiana; pero Dios se cuidó de recordárselas.

El día de Navidad de 695, despreciando Huberto el gran misterio de esta festividad, se entregaba por entero a su placer favorito de la caza. De improviso un ciervo de incomparable belleza, al que perseguía desde largo tiempo, se detuvo y le hizo frente. Entre los cuernos del animal apareció una cruz resplandeciente y al mismo tiempo se oyó una voz:

—¡Huberto! ¡Huberto! Si no te conviertes y no llevas vida santa, no tardarás en ser arrojado a los infiernos.

El brioso cazador, aterrorizado, saltó de su caballo y, prosternado, exclamó cual otro Saulo:

—Señor, ¿qué queréis que haga?

—Ve al obispo Lamberto, y él te instruirá.

La visión desapareció. Huberto ya no cazó más. Aquella circunstancia de su vida que le arrebataba el placer de la caza, le ha valido ser nombrado patrón de los que se entregan a ella. Durante dos años siguió aprovechando las saludables enseñanzas de San Lamberto, obispo de Tongres en Brabante, que residía en Maestricht.

HUBERTO, PENITENTE

FIEL al consejo de su maestro espiritual, retiróse después al monasterio de Staveloo para vivir como penitente. Escribió una conmovedora carta a su esposa para anunciarle su decisión y abdicó sus derechos a la corona de Aquitania en favor de su hermano Eudes. En su retiro, Huberto se entregó a la oración y al estudio.

A la muerte de Floribania, hízose ermitaño en el mismo lugar donde se le apareciera el ciervo misterioso.

Ocho años llevaba ya el penitente en su retiro cuando, movido por el Espíritu de Dios, emprendió el viaje a Roma como piadoso peregrino.

Mientras Huberto se postraba ante los sepulcros de los santos Apóstoles, su maestro y padre espiritual, San Lamberto, perecía martirizado bajo los golpes de una infame adúltera. Pipino de Heristal, casado con Plectruda, había olvidado los deberes de la vida conyugal y había entregado su corazón a una miserable concubina de nombre Alpaida, de la que tuvo un hijo, Carlos Martel, que debía de realizar no pocas proezas. Como en otro tiempo Juan Bautista a Herodes, San Lamberto no cesaba de fustigar al culpable con

libertad evangélica. Pero las amonestaciones no producían efecto alguno, y la culpable, temerosa ante el peligro de verse abandonada por Pipino, buscaba el medio de asesinar al hombre de Dios. La primera vez que intentó realizar tan diabólico plan fracasó en sus intentos. No por eso cejó el obispo, antes mostró más firmeza. En un gran festín y ante todos los señores, reiteró el anatema y salió de la sala inflamado de santa indignación. La familia de Alpaida juró darle muerte. Efectivamente, apenas había entrado en su quinta de Leódium —actualmente Lieja—, caía bajo el puñal y al pie del altar. Ocurrió el sacrílego atentado el 17 de septiembre de 708.

HUBERTO, CONSAGRADO OBISPO

SEGÚN una leyenda, en el mismo instante de acaecer esta muerte, un ángel se aparecía al Sumo Pontífice, Constantino I, quien tomaba breve descanso después del rezo de Maitines, y le daba cuenta del crimen que acababa de perpetrarse. «Empero —añadió el ángel—, un discípulo de Lamberto vendrá hoy a postrarse *ad límina Apostolorum*. Se llama Huberto: a él debes escoger para suceder al nuevo mártir en la sede de Tongres.»

Después de esta visión despertóse el Papa y, como dudase, un ángel colocó a su lado el báculo pastoral de San Lamberto.

Terminado que hubo sus oraciones e inmolado la Santa Hostia, Constantino I se quedó expectante al lado del sepulcro de los santos Apóstoles. En aquel momento, Huberto, que había pasado la noche en una villa próxima a la ciudad, entraba por vez primera en la iglesia del bienaventurado San Pedro, término de sus largas fatigas y fin de sus más caras esperanzas.

—¿Quién sois? —le preguntó el Pontífice.

—Me llamo Huberto, servidor de Vuestra Santidad —respondió el peregrino con profundo respeto.

Constantino le dió a conocer con todos sus pormenores la visión angélica. Al saber la muerte de su venerable obispo, Huberto se deshizo en lágrimas. Pero cuando el Papa añadió que el discípulo debía suceder al maestro y ser obispo de Tongres, el peregrino rehusó con decisión declarándose indigno de recibir semejante honor.

Pero Dios manifestó su voluntad de manera irrecusable revistiendo milagrosamente al elegido con los ornamentos pontificales de San Lamberto. Sometióse entonces y recibió del Pontífice la consagración episcopal.

Constantino I envió sin demora a Huberto a recoger la herencia ensangrentada que le dejaba San Lamberto. Era la hora del peligro. Alpaida, cuyas manos estaban aún tintas en sangre inocente, no debía resolverse a ceder tan fácilmente ante un obispo tan inflexible en el cumplimiento del



DE *súbito aparécesele un ciervo de incomparable hermosura que lleva en la cornamenta una cruz resplandeciente, y oye una voz que le dice: «¡Huberto, Huberto, si no te conviertes y no llevas vida santa, bajarás a los infiernos!» El cazador se postra de rodillas. «Señor —exclama—, ¿qué debo hacer?»*

deber como lo había sido su predecesor. Huberto tuvo, sin embargo, la suerte de conmover el corazón de Pipino y llevarle a penitencia.

Alpaida fué despedida, pero encontró en la persona del obispo un padre misericordioso que logró de ella reparase su vida criminal por la penitencia del claustro.

La influencia de nuestro Santo en el ánimo de Pipino fué muy notable a partir de entonces, y el gran mayordomo de palacio tuvo a gala hacer palpable demostración de ella hasta su muerte, acaecida el año 714.

EL TRIUNFO DE SAN LAMBERTO

PORTENTOSOS milagros tenían lugar en el sitio donde Lamberto había sido martirizado: muchos ciegos recobraban la vista. La piedad popular, enardecida por nuevos milagros, honró con veneración especialísima el lugar donde Lamberto había derramado su sangre por Cristo. Su sucesor en la silla episcopal acudió también y, mientras se celebraba la misa, recibió del cielo el aviso de trasladar de Maestricht a Lieja el cuerpo del santo mártir, y la sede de su obispado.

Ordenó Huberto la traslación de las reliquias del Santo después de tomar consejo de sus hermanos en el episcopado, y tuvo lugar esta traslación la vigilia de Navidad del año 710. Una muchedumbre de obispos, sacerdotes y monjes acudieron de todos los puntos de la región y países limítrofes para formar cortejo de honor.

Al rayar el alba, Huberto fué al sepulcro donde descansaba el santo mártir. Quitado que hubo la losa que lo cerraba, un perfume suave embalsamó el ambiente y apareció a los ojos de todos intacto y como dormido el cuerpo de San Lamberto. Ayudado de algunos prelados lo levantó Huberto, lo envolvió en ricas telas y colocó en una preciosa arquilla los vestidos con que el Santo había sido enterrado.

Difícilmente podríamos expresar con qué sentidas muestras de honor y veneración fueron acogidas por todos tan santas reliquias. Al paso de ellas realizáronse muchos otros milagros. Fué inmensa la alegría de los habitantes de uno de los pueblos de los alrededores de Lieja cuando vieron llegar los despojos del santo mártir, los cuales fueron colocados en la iglesia que Huberto había hecho edificar en honor de su santo predecesor y en el mismo lugar de su martirio.

En 720, trasladó Huberto la sede de su obispado a Lieja, y Carlos Martel, que había sucedido a Pipino de Heristal, le dió plena posesión de esta ciudad y de numerosas tierras fronterizas. Hasta principios del siglo XIX fueron los obispos sus legítimos y naturales gobernadores.

APÓSTOL INFATIGABLE. — MILAGROS

HUBERTO colocó en la iglesia de Lieja, de la que fué fundador, la antorcha de su vida apostólica. «La palabra de Huberto —dice un biógrafo— tenía una dulzura, una gracia, una fuerza irresistibles.» El amor infinito de Dios a los hombres, y, recíprocamente, las alegrías celestiales del amor de los hombres a Dios, la elevación sobrenatural del cristiano y el respeto que se debe a los templos vivos de Jesucristo, eran las ideas que volvían a repetirse en casi todos sus discursos. No se cansaba el pueblo de oírle, tanto más cuanto que a la fuerza de la palabra añadía la de los milagros.

Un día el santo pontífice pagó la hospitalidad que le habían dispensado apagando con la señal de la cruz el fuego que había hecho presa en la casa de sus caritativos bienhechores.

En otra circunstancia, una sequía pertinaz desolaba los campos. Púsose Huberto de rodillas y rogó con fervor. Nublóse muy pronto el cielo y una lluvia benéfica fecundó los campos.

Pero brilló de un modo extraordinario su poder con motivo de los desastres causados por los perros, lobos y osos rabiosos, que en esta ocasión fueron los instrumentos de la justicia divina para castigar los crímenes de los habitantes de aquel país, así como los de las provincias vecinas, culpables de haber perseguido a tantos obispos santos y arrebatado los bienes de la Iglesia.

Por los años de 717 anunciaba Huberto la palabra de Dios al pueblo de Villers cuando, de repente, un extranjero, en un acceso de rabia, se precipitó en medio de la muchedumbre. Asustados los oyentes, huyeron dejando solo al santo obispo. Afligido y desolado el varón de Dios por la dispersión del rebaño, mandó con autoridad a la rabia que saliera de aquel hombre; y el enfermo, perfectamente curado, fué, cual manso cordero, en busca de los fugitivos, para que siguieran escuchando la palabra de Dios.

MUERTE DEL SANTO OBISPO

HUBERTO recibió del cielo aviso de su próximo fin y preparóse santamente al dichoso tránsito. No obstante los accesos de fiebre violenta, tuvo aún la bastante energía para ir a consagrar la iglesia de Heverlé, cerca de Lovaina. Fué la última salida del pastor.

Al volver, vióse precisado a detenerse en Tervueren rendido por la enfermedad. Allí pasó cinco días de insomnio, abrasado por la fiebre. Ya no cesó de orar, rezando con gran devoción los salmos del Oficio divino, y entregó

su hermosa alma en manos del Creador, mientras pronunciaba las primeras palabras del Padrenuestro. Esto tenía lugar el 30 de mayo de 727; el Santo contaba a la sazón setenta años.

Los funerales del pontífice fueron triunfales. Se le trasladó a la iglesia de San Pedro de Lieja, que él había hecho construir y donde fué inhumado. Los milagros se multiplicaron en su tumba. Sobre el féretro habíase colocado un ramo verde, símbolo de celestial victoria, y, según se cuenta, de repente se alargó de dos palmos para cubrir todo el cuerpo del Santo, cual si el Señor quisiera mostrar con este prodigio que su siervo disfrutaba ya de la vida eterna a que le hicieran acreedor sus virtudes y apostólicos trabajos.

CULTO DE SAN HUBERTO

PRONTO tomaron los fieles la costumbre de ir al sepulcro del siervo de Dios para orar, y, como Huberto escuchara favorablemente los ruegos de aquellos devotos, esparcióse rápidamente su culto por toda la región y por las comarcas circunvecinas.

Los honores de la canonización, tal como entonces se practicaban y como él mismo había hecho para su predecesor San Lamberto, fueron decretados el 3 de noviembre del año 743.

Al levantar la losa que cerraba el sepulcro, apareció intacto el cuerpo del pontífice. Conmovido por el relato del prodigio, el rey Carlomagno quiso juntarse a los obispos para elevar sobre el altar los sagrados restos del apóstol de las Ardenas.

Sin embargo, a pesar del culto que profesaba al pontífice, a quien podía saludar con el título de fundador, la ciudad de Lieja no debía conservar mucho tiempo este tesoro. La divina Providencia reservaba el honor de su sepulcro a la iglesia de Andage, en las Ardenas, perteneciente al monasterio de clérigos fundado por Pipino II y su esposa en los albores del siglo IX.

Cediendo a las instancias de los monjes de Andage, el obispo de Lieja, Walcaldo, reformador de esta casa, trasladó solemnemente a ella el cuerpo de San Huberto. El emperador Ludovico Pío quiso asistir en persona a la traslación. Un gran concurso de pueblo, y numerosos obispos de las Galias y de Alemania siguieron el cortejo hasta el Mosa.

El camino de Lieja hasta el monasterio de Andage, que duró cinco o seis días, llegó a feliz término el 30 de septiembre de 825. No bien los pueblos limítrofes de Condroz y de las Ardenas, tuvieron conocimiento de la llegada del santo cuerpo, salieron en procesión a postrarse ante las reliquias del glorioso pontífice.

Las maravillosas curaciones obtenidas por la intercesión del Santo atra-

jeron tan gran muchedumbre que la peregrinación a su tumba pronto fué contada entre las más célebres del mundo entero. Andage llegó a ser una villa importante y tomó el nombre de San Huberto.

Invócasele contra la rabia, la epilepsia y las enfermedades nerviosas, como también en las penas y aflicciones.

Aun en nuestros días son muchos los peregrinos que suben a la colina donde se halla la magnífica iglesia que cobija sus sagrados restos. Un sacerdote impone al enfermo la estola que San Huberto recibió del cielo el día de su consagración y que tiene la forma de una cinta de un metro de longitud por cuatro centímetros y medio de ancho. Es un tejido de seda blanca y oro.

Desde la exhumación, realizada el año 825, fecha en que la citada estola se encontró en el féretro del Santo, suelen cortar de tiempo en tiempo partecitas que se emplean para tocar objetos piadosos, como rosarios, medallas, llaves, o para la operación quirúrgica de la talla.

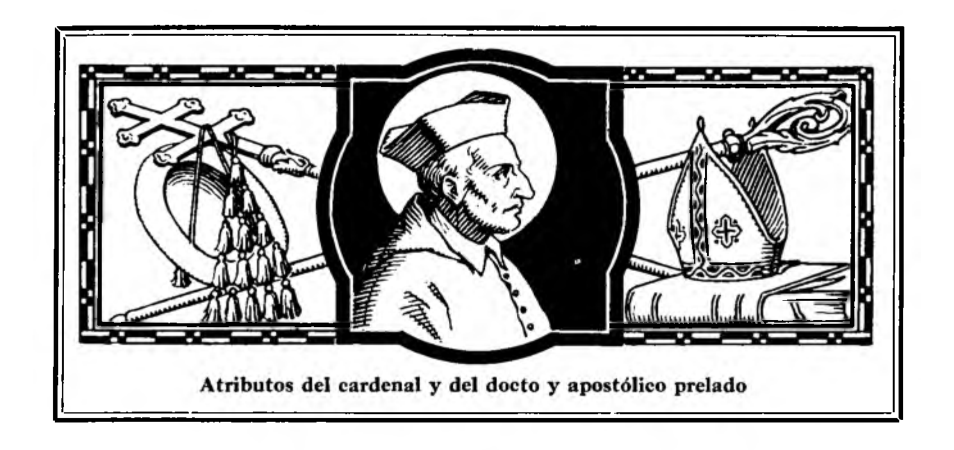
Celébrase su fiesta el día 3 de noviembre, aniversario de la canonización.

Uno de los medios más recomendables para obtener la protección del glorioso apóstol es hacerse inscribir en la cofradía erigida en la iglesia abacial desde hace varios siglos. El 24 de junio de 1510, el papa Julio II la aprobó y enriqueció con varios privilegios e indulgencias. León X, Gregorio XIII, Paulo V y Gregorio XV volvieron a aprobarla, y confirmaron y alabaron sus reglas y estatutos.

Existe la costumbre de hacer bendecir panecillos en honor de San Huberto. Se comen devotamente, a fin de ser preservados, por su intercesión, de la rabia y de las enfermedades. Con el mismo fin se dan a los animales, panes señalados con un instrumento llamado «llave de San Huberto».

SANTORAL

Santos **Huberto, obispo, patrón de los cazadores;** *los Innumerables Mártires de Zaragoza;* Malaquías, arzobispo de Armagh, en Irlanda; Genesto, arzobispo de Lyón; Benigno, obispo de Angulema, mártir; Armengol, obispo de Urgel, y Gaudioso, de Barbastro; Pirmino, obispo regionario de Suabia y sudoeste de Alemania; Domno, obispo de Viena (Francia); Eufrosino, obispo en Panfilia; Valentiniano, obispo de Salerno; Floro y Egecio, obispos en Francia; Pópulo, presbítero y mártir; Valentín, presbítero, e Hilario, diácono, mártires en Viterbo, en tiempos de Maximiano; Cuarto, discípulo de los Apóstoles; Germán, Teófilo, Cesáreo y Vidal, mártires, bajo Decio, en Cesarea de Capadocia; Acépsimo, solitario; Berardo y Romualdo, confesores; Baomiro, presbítero, y Naamas, diácono, confesores. Beatos *Martín de Porres* y Simón Ballachi, dominicos; Pedro Almató, mártir. Santas *Silvia, madre de San Gregorio Magno;* Alpaix y Odrada, vírgenes; Wenefrida —sobrina de San Benow—, y Laurina, vírgenes y mártires; Androma, mártir en Grecia. Beata Elena, clarisa.



Atributos del cardenal y del docto y apostólico prelado

DÍA 4 DE NOVIEMBRE

SAN CARLOS BORROMEO

CARDENAL Y ARZOBISPO DE MILÁN (1538-1584)

EL nombre Borromeo se deriva de *bon romeo,* voces anticuadas del idioma italiano que originariamente significaban *buen romero* o *peregrino de Roma,* y más adelante, sencillamente, *buen peregrino.* Con estas dos palabras *Bon Romeo* como apellido, solía San Carlos firmar las cartas en los años de su juventud.

Eran los Borromeos una antigua familia milanesa, que logró conquistar eminente posición económica y social, merced a sus virtudes y a los servicios prestados a su país. Los reyes de España les encargaron la custodia del castillo de Arona, fortaleza principal del ducado de Milán, sita a orillas del lago Mayor, a la entrada de hermosos valles alpinos.

Hoy día puede verse en Arona una estatua colosal de nuestro Santo que domina el lago y el valle inferior del Tesino. Y, por cierto, no le va grande ese monumento al héroe famoso en el mundo entero, cuyo recuerdo planea todavía misteriosamente sobre la inmensa llanura lombarda. En Arona daremos con los recuerdos de su niñez, más que en las famosas islas Borromeas con sus jardines y palacios, de cuyos esplendores no tuvo él noticia.

Fué su padre el conde Gilberto Borromeo, varón cristianísimo y muy

dado a la devoción. Aunque rodeado de honores, llevaba vida más propia de fraile. Cada día rezaba el breviario y dedicaba largas horas a la meditación; a menudo solía vestir hábito de penitente y se entregaba a ejercicios muy austeros.

Casó el año de 1528 con doña Margarita de Médicis, noble doncella descendiente de una familia lombarda y hermana del papa Pío IV; con los Médicis de Florencia sólo tenía de común el nombre. La piedad de Margarita corría parejas con la de su esposo; y procuró comunicarla a sus hijos con todo empeño.

Nació Carlos en el castillo de Arona, a 2 de octubre de 1538. Antes que él habían nacido sus hermanos Federico e Isabel. Las actas del proceso de canonización traen el relato de una tradición local, según la cual, la noche de su nacimiento iluminó los alrededores del castillo de Arona un lucidísimo resplandor de admirable claridad, semejante al arco iris. Por cierto que a aquella misma hora aparecía en el firmamento de la Iglesia un astro de primera magnitud cuyas luces no tardarían en irradiar al mundo.

PRIMER LLAMAMIENTO DIVINO. — ESTUDIANTE

CARLOS pasó la niñez en Arona al lado de sus virtuosos padres. Los biógrafos nos lo representan como niño tranquilo y formal. Su más agradable pasatiempo era jugar a construir capillitas. Siendo de más edad —dice un antiguo biógrafo— huía de los juegos y entretenimientos pueriles; sólo tenía puesto el gusto en hacer altares y adornarlos, cantar alabanzas a Dios y cosas semejantes, que eran manifiesto indicio de su singular vocación.

ientos
cantar

Desde su temprana edad empezó el niño a dar muestras de vocación eclesiástica, con grande contento y agrado de sus virtuosos padres. Siguiendo la costumbre de aquel tiempo, pasaba a ser heredero de los bienes y dignidades del conde Gilberto su primogénito Federico. Carlos tenía que establecerse en el siglo o consagrarse a Dios en el estado eclesiático, y optó por este último partido siendo aún muy joven. Sólo tenía ocho años, cuando a 13 de octubre de 1545 recibió la tonsura en Milán en la iglesia de San Juan. Con esta ceremonia era ya clérigo y tenía derecho a percibir las rentas de los beneficios eclesiásticos que podían conferírsele. Sin embargo, no quiso nada hasta pasados cinco años. Su tío paterno Julio César Borromeo cedióle la abadía de los Santos Gratiniano y Felino, situada en la villa de Arona.

Llegó día en que la Iglesia prohibió la colación de beneficios eclesiásticos a los niños; pero Carlos no abusó de aquellas rentas; antes, reconociendo la grave responsabilidad que sobre él pesaba, mandó repartirlas a los pobres,

sin tolerar nunca que se empleasen los bienes eclesiásticos en otros menesteres. «Es el patrimonio de Cristo —decía— y por consiguiente de sus pobres.» Tampoco echó nunca mano de aquellas rentas para sus necesidades personales.

Enviáronle a Milán, a fin de que estudiara humanidades, en especial la lengua latina. Poco inclinado estaba a los estudios literarios, por no ser de ingenio vivo y flexible, sino lento y positivo. Pero, merced a su esfuerzo constante venció todas las dificultades, de tal manera que, siendo de sólo catorce años, pudo cursar derecho en la Universidad de Pavía, donde a la sazón enseñaba el famoso Francisco Alciato. Tenía apenas veintiún años (1559) cuando le proclamaron doctor *in utroque jure,* en ambos derechos. Con esta ocasión, su maestro Francisco Alciato pronunció un férvido elogio del nuevo doctor, cuyos talentos y virtud conocía bien.

—Carlos emprenderá grandes obras —dijo— y brillará como una estrella en la Iglesia.

No llegaron los padres del Santo a poder alegrarse de sus triunfos. Hacía ya diez años que había muerto su madre, doña Margarita (1548), y unos meses que había perdido a su padre, el conde Gilberto. Aunque era el más joven de sus hermanos, fué Carlos su ayo y preceptor. Ordenó con notable talento la sucesión de sus deudos, y logró que su hermano Federico conservase el gobierno de la ciudad de Arona.

Entretanto, aunque el Santo se olvidaba de sí mismo, el Señor le tenía muy presente, y misteriosamente le iba preparando el camino de su santo servicio. A poco aconteció un suceso providencial que iba a dar a la vida de Carlos dirección definitiva. A 26 de diciembre de 1559, fué elegido papa su tío materno, Juan Ángelo de Médicis, consagrado con el nombre de Pío IV, el 6 de enero de 1560. Hubo en Roma general contento con esta elección, pues se esperaba que el nuevo Papa acabaría con las intrigas que habían afligido a la Iglesia los postreros años de su predecesor Paulo IV.

Conocía Pío IV las grandes prendas de su sobrino Carlos, por lo que determinó tomarlo a su servicio y cargar sobre él la mayor parte del gobierno de la Iglesia. Muy pronto hubo de alegrarse de haber realizado tal elección.

ASCENSIONES DE UN ALMA

LLEGÓ Carlos a Roma el mes de enero de 1560 y fué nombrado protonotario apostólico y refrendario de la firma pontificia, cargos honrosísimos para un joven de veintidós años. Además, y movido por divina inspiración, admitió Pío IV a su sobrino en el Sacro Colegio a 31 de enero, y le confirió título cardenalicio de la diaconía de los Santos Vito y Modesto. Pocos días después, el 8 de febrero, nombróle administrador de la Iglesia

de Milán. Y muy luego, recibió las legaciones de Bolonia, Romania y las Marcas y de varias abadías.

Andando el tiempo, Pío IV confirióle los cargos de arcipreste de Santa María la Mayor, penitenciario mayor y protector de varias naciones y Órdenes religiosas.

Extrañamos hoy día ver con tantos cargos y dignidades a un joven clérigo, pero ello no admiraba a los contemporáneos del Santo; era la costumbre de aquel tiempo. Preciso es reconocer que, por lo que se refiere a Carlos Borromeo, el nepotismo de Pío IV fué provechosísimo a la Iglesia.

No se hallaba todavía el Santo tan desasido de los honores y de sus deudos que no le interesase el buen nombre y la riqueza de su familia, por lo que trabajó con todo empeño para colocar y casar honrosamente a sus hermanos mayores. Aun no llevaba un año en Roma, cuando casó a su hermano Federico con Virginia de la Rovere, hija del duque de Urbino. Todas las esperanzas de la familia Borromeo estaban puestas en Federico. Aquel afortunado matrimonio y el cargo de general de la Santa Iglesia que para él logró su hermano Carlos, parecían señalar los principios de una carrera brillantísima. Inesperada muerte tronchó en flor tan halagadoras esperanzas. El joven cardenal quedó profundamente afligido; pero aquel dolor fué la luz de la gracia que alumbró su alma.

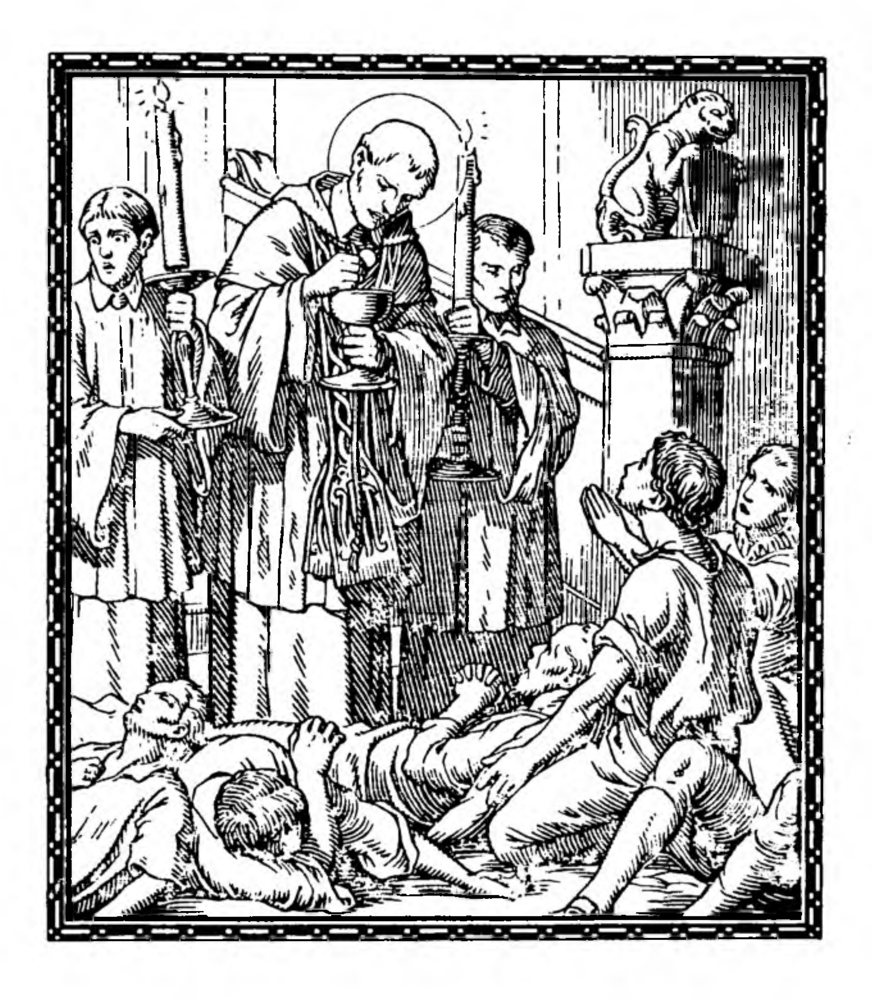
—Este suceso más que otro cualquiera —dice el Santo—, me mostró al vivo nuestra miseria y la verdadera dicha de la eterna bienaventuranza.

Desde entonces empezó a deshacerse valerosamente de cuanto entendió ser mundano en su vida, y comenzó por escoger para maestro y guía de la vida espiritual al padre Juan Bautista de Ribera, de la Compañía de Jesús, el cual le adelantó mucho y puso en gran perfección. Acabado el estudio de la Teología, preparóse a la ordenación sacerdotal, la cual recibió en la iglesia de los Santos Apóstoles a principios de agosto de 1563.

EN EL CONCILIO DE TRENTO

VIVIENDO su tío el papa Pío IV, tuvo el joven cardenal Borromeo mucha parte en multitud de negocios religiosos y políticos. No cabe mencionarlos aquí todos. Preciso es, no obstante, señalar siquiera que asistió al Concilio de Trento (1545-1563), cuyas *Actas* y *Catecismo* mandó redactar. También trabajó en la reforma del Breviario.

El Santo dió ejemplo de obediencia a los decretos del Concilio. Redujo a mucho rigor su propia vida y la servidumbre de su casa, y se dió con denuedo a desterrar abusos de la misma ciudad de Roma. El Señor le otorgó, en la persona de San Felipe Neri, eficacísima ayuda para la reforma del clero



DURANTE *la lastimosa peste de Milán, San Carlos Borromeo visita a los apestados y en persona recorre toda la ciudad para administrar los últimos Sacramentos a los moribundos, aliviar a los enfermos y ayudar en trance tan difícil a sus amados diocesanos, duramente probados por el Señor*

romano. Ambos Santos rivalizaron de celo para arrebatar almas al demonio. Eso precisamente quería expresar San Felipe cuando le gritaba a Carlos: *¡Ladrón, ladrón!*

La reforma de la música religiosa decretada por el Concilio, dió ocasión a un interesante episodio digno de anotar aquí.

Había por entonces en Roma un músico genial, Juan Pierluigi de Palestrina, maestro de capilla de Santa María la Mayor desde el año 1561. De haber seguido al pie de la letra los decretos del Concilio, hubiérase excluído la polifonía de la música sacra. Como Pío IV, que era músico, no se hallaba dispuesto a supresión tan radical, buscóse una solución. Palestrina la dió magníficamente. Compuso tres misas que se cantaron ante una Comisión cardenalicia y despertaron vivísimo interés; la tercera, llamada Misa del papa Marcelo, pareció obra magistral. Sus armonías sencillas y profundamente religiosas aun conmueven a los fieles de hoy día, como conmovieron a Pío IV y a los cardenales romanos de 1564.

Aquel mismo año emprendió Carlos la reforma de la diócesis de Milán. No pudiendo ir todavía él mismo, envió como precursor a un vicario general piadoso y sapientísimo, llamado Nicolás Ormanetto. Llamóle a Roma para darle algunas órdenes, y el mes de junio envióle con plena jurisdicción.

Hasta el verano del año siguiente, no le dió licencia el Pontífice para trasdarse a Milán, con el fin de que tomase posesión de la sede arzobispal, y celebrase el Concilio provincial prescrito por los decretos del Concilio de Trento. Deseando Pío IV que Carlos notase los progresos de la reforma católica en las regiones por donde iba a pasar, otorgóle jurisdicción de legado *a látere* en toda Italia.

Lo primero que hizo en Milán fué reunir un Concilio provincial. A él acudieron once obispos. No se contentó el cardenal con promulgar los decretos del Concilio de Trento, sino que proporcionó a los obispos algunos medios excelentes para facilitar su cumplimiento.

Al morir Pío IV en 1565, volvió Carlos a Roma, y asistió al Conclave que dió a la Iglesia un Papa insigne en la persona del ilustre San Pío V.

ARZOBISPO DE MILÁN

EL nuevo Pontífice dejó a Carlos en libertad para salir de Roma. El Santo aprovechó para tornar con la mayor brevedad posible a su Iglesia, y llegó a Milán a 5 de abril de 1566. Desembarazado ya de los cuidados a que tuviera que entregarse mientras participó en el gobierno de toda toda la Iglesia, consagróse en adelante únicamente a las obligaciones del ministerio pastoral. Sin embargo, aun siguió irradiando su influencia por los ámbi-

tos de Italia; así tuvo que encargarse de varias embajadas cerca de los principales señores de la península. En uno de estos viajes conoció a San Luis Gonzaga y le dió la primera Comunión.

Estas múltiples ocupaciones y trabajos, a los que su alma fervorosa abarcaba sin aparente fatiga, no le impedían dedicar especial atención a las necesidades de la propia diócesis, necesidades a cuya solución acudía siempre con celo paternal.

La Iglesia de Milán necesitaba importantísimas reformas. Habíase introducido el desorden entre los eclesiásticos, y los seglares no respetaban la clausura y entraban impunemente en los conventos, de suerte que las vírgenes del Señor no se hallaban ya a cubierto de las seducciones del siglo.

Tamañas irregularidades reclamaban prontas y enérgicas medidas para bien de los mismos escandalosos y ejemplaridad de todo el pueblo.

El santo arzobispo quiso predicar primero con el ejemplo y sacrificarse por su rebaño. En su palacio episcopal llevaba vida de anacoreta; en sus últimos años llegó a sustentarse con sólo pan y agua, y aun tomaba tan frugal sustento una sola vez cada día; vida tan austera quebrantó su salud, por lo que el papa Pío V le mandó que atemperase algún tanto aquellas penitencias. Vendió los muebles lujosos, desembarazóse de sus ricos vestidos y renunció a todos los beneficios que heredara de su tío y de su hermano, y empleó lo restante de sus bienes para sostén de los Seminarios, hospitales, escuelas y alivio de los pobres vergonzantes y de los mendigos.

Parecía haberse olvidado de sí mismo a fin de no pensar sino en las necesidades de los demás. Cuanto pudiese significar un alivio a sus hijos espirituales, volaba en seguida de sus manos.

Con este celo del santo arzobispo encendióse más y más la saña del enemigo común, y una tarde, mientras estaba en su oratorio haciendo oración con algunos familiares, entró un asesino secretamente y disparó el arcabuz sobre el prelado. La bala pasó las ropas y llegó hasta la carne; pero detenida como por mano invisible, cayó a los pies del Santo sin herirle. Los presentes se levantaron para seguir y prender al malhechor; pero el santo cardenal los contuvo con un ademán y todos prosiguieron la oración como si nada hubiese sucedido: a tanto llegaba su caridad.

A pesar de las súplicas del arzobispo, la justicia no perdonó al criminal, el cual padeció en compañía de sus cómplices el castigo de los parricidas.

Entendió Carlos que sus trabajos serían estériles si no daba a su Iglesia sacerdotes dignos y capacitados para cooperar a las empresas reformadoras, y fundó tres seminarios y algunas escuelas apostólicas.

El celoso arzobispo echó mano de los religiosos para que le ayudasen a evangelizar la diócesis. Llevó a Milán a los padres de la Compañía de Jesús, y les encargó la custodia de la iglesia parroquial de San Fidel. Tuvo asi-

mismo grande cuenta con la educación cristiana de la juventud, fundó colegios en Lucerna y Friburgo, y también llamó para dirigirlos a los padres jesuítas, cuyo mérito había ya apreciado en Milán.

Llevó asimismo algunos padres Teatinos, a quienes dió en custodia la abadía de San Antonio y, finalmente, llamó a los Capuchinos y dióles misión de evangelizar la comarca montañesa de Suiza.

No bastaba todo esto al celo del Santo; para poner dique a las audacias del libertinaje y de la herejía, juntó seis Concilios provinciales y once sínodos diocesanos. Merced a las providencias tan oportunamente dictadas por estas asambleas, la disciplina eclesiástica revivió pujante y ejemplarizadora, y poco a poco desaparecieron de la diócesis antiguos y muy arraigados abusos.

LA PESTE DE MILÁN DE 1576

A pesar de sus esfuerzos, no logró Carlos triunfar de todas las resistencias y hubo de anunciar los castigos divinos. Celebrábanse en la ciudad licenciosos festejos contra los cuales protestó en balde el virtuoso prelado, pero aun no estaban acabados cuando se declaró la peste en dos dos barrios de la ciudad. Con las primeras nuevas del contagio huyeron precipitadamente el príncipe, el gobernador y los magistrados municipales; el santo prelado quedó solo con el clero en la ciudad abandonada por las autoridades civiles. En vano le instaban algunos a que dejase a Milán, so pretexto de cuidar de los demás fieles de la diócesis; no era por cierto el Santo un «pastor mercenario» y quiso participar de la aflicción de sus ovejas. Por espacio de seis meses fué la providencia de los pobres, de los moribundos y de los hambrientos. Vendió sus alhajas, vajilla y demás enseres de plata para aliviar las necesidades de los desgraciados, cuyo número aumentaba día tras día, y, como eso no bastase, dió a los apestados todos los muebles de su palacio, sus propios vestidos y hasta su cama. A menudo se le veía andar entre montones de cadáveres para llevar a los moribundos los últimos sacramentos. Visitó en persona todas las casas y hospitales de la ciudad, sin que hubiese necesidad que no socorriese. Calcúlanse en setenta mil las personas que libró de la muerte con sus limosnas.

Al mismo tiempo acudió a la oración pública, mandando que se hiciesen procesiones en la ciudad, a fin de conjurar aquel azote. Él mismo asistía a las ceremonias expiatorias, caminando descalzo con una gruesa soga al cuello y llevando en las manos un Crucifijo de gran peso. Con esto se ofrecía a Dios en sacrificio, y no cesaba de clamar por calles y plazas: «¡Misericordia, Señor, misericordia!» Por fin oyó el cielo las súplicas de Carlos, y cesó la peste a un mismo tiempo en toda la diócesis.

MUERTE Y CANONIZACIÓN

CADA año hacía el santo prelado un retiro espiritual seguido de confesión general. Por el otoño de 1584 fué a cumplir los ejercicios al *Sacro Monte* de Varalo, donde había un santuario edificado en honra de Jesús paciente, y salió de ellos extraordinariamente enfervorizado, absorto en Dios y en las cosas eternas, y con el presentimiento de su próxima muerte. A fines de octubre tuvo unas calenturas que le forzaron a volverse a Milán. Antes quiso llevar a efecto una fundación que le interesaba muchísimo, y pasó dentro de una barca, acostado en un colchón, a la villa de Ascona, próxima a Locarno, donde presidió la inauguración de un Seminario que mandara edificar para los clérigos de aquella región.

Fué su postrera empresa. Como el mal siguiera aumentando, mandó le llevasen a Milán, donde esperaba celebrar su última misa de pontifical el día de Todos los Santos. Pero tuvo que detenerse en el camino, y no llegó a Milán hasta el 3 de noviembre, a las dos de la madrugada. Hizo poner un altar en su aposento y un cuadro de la agonía del Señor en el Huerto sobre su cama. El día 4 recibió el Viático y la Extremaunción y mandó luego que le cubriesen de cilicio y ceniza, para con esas armas dar el último combate al enemigo común.

Conocido su estado por los fieles, llenaron éstos las iglesias para implorar la curación del amado Pastor, y acudieron luego a las puertas del palacio episcopal. A las tres de la tarde, anunciaban las campanas su muerte.

Fué beatificado veinte años más tarde y canonizado por Paulo V el día de Todos los Santos del año 1610.

Guárdanse y se veneran las sagradas reliquias en la catedral de Milán.

SANTORAL

Santos **Carlos Borromeo, cardenal y arzobispo;** ***Vidal y Agrícola, mártires en Bolonia bajo Diocleciano; Amancio, obispo de Rodez; Pierio, presbítero y confesor;*** Nicandro, obispo, y Hermas, presbítero, mártires en Mira de Licia, en tiempos de Diocleciano; Filólogo y Pátroba, discípulos de San Pablo, obispos; Perpetuo, obispo de Maestricht, Bristán, de Winchester, y Namacio, de Clermont; Juanicio, Gilberto y Gregorio —hijo del emperador Nicéforo II—, abades; Claro, presbítero, mártir en Ruán; Próculo, mártir en Autún; Porfirio, mártir en Éfeso bajo Aureliano; Emerico —hijo del rey San Esteban de Hungría—, y Ludro, confesores; Girardo, monje. Beatos Juan el Teutónico, dominico, y Juan Exarco, agustino. Santa Modesta, virgen. Beata Francisca de Amboise, duquesa de Bretaña.



¡Bendito sea el Señor Dios de Israel!

DÍA 5 DE NOVIEMBRE

SAN ZACARIAS

PADRE DE SAN JUAN BAUTISTA († siglo I)

EN los días del tirano rey Herodes el Grande, príncipe idumeo que ayudado por los romanos había usurpado el cetro de Judea, hubo un sacerdote profeta llamado Zacarías. No menos de cuarenta y un personajes vemos citados en el Sagrado Texto con este nombre, que etimológicamente significa: «*Jehová se acuerda*». Entre ellos, el que ha alcanzado mayor celebridad es el que hoy venera la Iglesia, el cual tuvo la honra singular de ser padre de Juan, el primo, precursor y «bautista» de Nuestro Señor Jesucristo.

Con el fin de evitar cualquier confusión en el ejercicio de las sagradas funciones que tenían encomendadas, había dividido David a los sacerdotes en veinticuatro clases. Éstas iban turnándose en el Servicio y Culto del Templo y desempeñaban su cargo durante una semana entera, de sábado a sábado. Zacarías era un simple sacerdote de la clase de Abía, la octava de las veinticuatro dichas. No se conocen pruebas que permitan atribuirle la dignidad pontifical según han pretendido algunos autores.

Su mujer, Isabel, pertenecía también a la familia o linaje de Aarón. «Ambos esposos —dice el evangelista San Lucas— eran justos a los ojos de

Dios y guardaban irreprensiblemente los mandamientos y preceptos del Señor.»

Sin embargo, en opinión de las gentes, Dios no había bendecido este matrimonio ya que, a pesar de los muchos años transcurridos, Isabel no tenía hijos, y la esterilidad era reputada entre los judíos como una vergüenza. Ambos esposos soportaban con admirable paciencia el oprobio de la pública opinión, pues bien sabían que Dios estaba con ellos. Al igual que otras santas mujeres de la Biblia, a quienes el Señor otorgó descendencia tras de reiteradas súplicas, Isabel rogaba y ofrecía al Cielo su humillación.

APARICIÓN DEL ÁNGEL GABRIEL

AL principio de cada semana, sorteábanse entre los sacerdotes de una misma clase los distintos oficios que habían de ejercer en el Templo. La Providencia dispuso que en la semana que tocó el turno a la familia o clase de Abía, correspondiese a Zacarías el más honroso de todos, el de ofrecer a Dios, dos veces al día, mañana y tarde, el sacrificio del incienso. Era el momento elegido para la manifestación de las divinas misericordias.

Llegada la hora de la oblación, penetró, pues, en el lugar santo dispuesto a desempeñar sus funciones mientras la muchedumbre se apretujaba en el atrio en espera de que los instrumentos músicos diesen la señal acostumbrada para unir sus plegarias con las del sacerdote.

Sucede comúnmente que hace el Señor manifestación de sus dones cuando los espíritus convergen de este modo hacia Él. Así, pues, en la hora de la plegaria y mientras Zacarías ofrecía el sacrificio, apareciósele un ángel de pie a la derecha del altar de los perfumes. Turbóse el sacerdote al verle y se llenó de un temor santo.

—No temas, Zacarías —le dijo el ángel—, porque tu oración ha sido despachada benignamente. Isabel, tu mujer, concebirá y tendrá un hijo, al que pondrás por nombre Juan. Su nacimiento será para ti objeto de gozo y júbilo; y muchos se regocijarán con su venida, porque será grande en la presencia del Señor. No beberá vino ni licor que pueda embriagar y será lleno del Espíritu Santo ya desde el vientre de su madre. Y convertirá a muchos de los hijos de Israel al Señor Dios suyo, delante del cual irá él, revestido del espíritu y poder de Elías, para renovar (o hacer revivir) en los hijos el espíritu de los padres, y atraer a los incrédulos a la prudencia de los justos, a fin de preparar al Señor un pueblo perfecto.

Aunque no dudó Zacarías que fuera el ángel del Señor el que le hablaba, eran tan maravillosas las cosas que le prometía, que, perplejo y hasta un tanto incrédulo, se atrevió a inquirir:

—¿Por dónde podré yo certificarme de eso? Porque yo soy viejo y mi mujer de edad muy avanzada.

A lo que replicó el ángel:

—Yo soy Gabriel, que asisto al trono de Dios, pronto siempre a ejecutar sus divinos mandatos. Él mismo me envía a ti para comunicarte esta dichosa nueva. Mas porque has dudado de mi palabra, desde ahora mismo quedarás mudo y no podrás hablar hasta el día en que sucedan estas cosas, las cuales se cumplirán a su tiempo.

Mientras tanto, el pueblo esperaba impaciente, admirado de que el sacerdote prolongase su estancia en el interior del Templo, harto más de lo acostumbrado en tales ocasiones.

Salió por fin y rodeáronle para preguntarle lo que le había acontecido. Bien hubiera querido responder Zacarías, mas, aunque procuraba explicarse por señas, no pudo articular ni una sola palabra y, ante esta novedad, añadida al espanto y turbación que notaron en su semblante, comprendió el pueblo que algo grande se había realizado.

EN EL RETIRO. — LA ANUNCIACIÓN A MARÍA

CUMPLIDA la semana de su ministerio sacerdotal, retiróse Zacarías a su casa. Isabel concibió en su ancianidad un hijo y ambos esposos fuéronse hacia los montes, a un lugar llamado hoy Ain Karim, al oeste de Jerusalén, para ocultar a las miradas de los hombres el secreto del milagro. En aquel retiro, daban rendidas gracias al Señor. Durante cinco meses ignoró el mundo la merced singular de que habían sido objeto.

Transcurrido que hubieron, bajó de nuevo a la Tierra San Gabriel y se presentó en Nazaret de Galilea a la Virgen María:

—He aquí que concebirás en tu seno —dijo el mensajero celestial— y darás a luz un hijo, a quien pondrás por nombre Jesús.

—¿Cómo puedo llegar a ser madre, habiendo resuelto permanecer virgen? —preguntó la humilde doncella.

—El Espíritu Santo vendrá sobre ti y la virtud del Altísimo te cubrirá con su sombra; por cuya causa el fruto santo que nacerá de ti será llamado Hijo de Dios.

A pesar de lo maravilloso de esta promesa, María no pide señal alguna de la verdad de tan sorprendente nueva, pero se la da seguidamente el ángel:

—Ahí tienes a tu parienta Isabel, que en su vejez ha concebido también un hijo; y la que se llamaba estéril, dentro de tres meses será ya madre, porque para Dios nada es imposible.

Entonces María pronunció las palabras que habían de servir de preludio

al suceso más maravilloso de los siglos, al misterio de la Encarnación del Verbo: «He aquí la esclava del Señor; hágase en mí según tu palabra.»

Pocos días después partía de Nazaret la excelsa doncella y se encaminaba apresuradamente a los montes de Judá, para visitar a su prima Isabel.

NACIMIENTO DEL PRECURSOR. — EL «BENEDICTUS»

AUNQUE al describir la escena de la Visitación no menciona la Sagrada Escritura a Zacarías, es indudable que asistió a ella y entendió que la Madre de Dios había venido a honrar su morada; pero su persistente mutismo le vedó unir los propios acentos a los de Isabel.

Llegado el tiempo del alumbramiento, Isabel dió al mundo un hijo. Apenas se extendió la noticia de acontecimiento tan extraordinario, los parientes y vecinos, que ignoraban la predicción del ángel y no habían podido penetrar en el secreto de la Visitación, concurrieron de todas partes para admirar la maravilla que se cumplía en el nacimiento de San Juan, el Precursor y futuro Bautista del Mesías, y dar a la dichosa madre mil parabienes por la merced que Dios le había hecho.

Ocho días después tornáronse a juntar los parientes, según costumbre, para asistir a la circuncisión del recién nacido. En esta ceremonia se imponía nombre al circuncidado, y, como de común acuerdo quisieran llamarle Zacarías, del nombre de su padre, Isabel se opuso vivamente:

—No —dijo con voz inspirada—; se llamará Juan.

Aquella inesperada resistencia causó sorpresa en los presentes. Así, pues, le replicaron:

—¿No ves que nadie en tu familia ha llevado ese nombre?

Resolvieron, pues, elegir a Zacarías como árbitro y conformarse con su decisión. Preguntáronle por señas qué nombre quería se impusiese al niño, y él, pidiendo la tablilla encerada, con el estilo escribió en ella: «Juan es su nombre».

En el mismo instante cumplióse la predicción del ángel; soltóse su lengua y comenzó a hablar, bendiciendo a Dios.

Este nuevo prodigio que se agregaba a las anteriores maravillas del milagroso nacimiento del Bautista, llenó de temor santo a los asistentes, los cuales se retiraron colmados de respeto hacia el niño al que Dios de modo tan asombroso predestinaba.

Muy pronto había de extenderse por toda la comarca la fama de tales acontecimientos y el eco repitió por las montañas de Judea la gloria del futuro Precursor del Mesías.

En cuanto al dichoso padre, ilustrada su mente por la luz del Espíritu



NO *temas —dice el ángel Gabriel a Zacarías—, tu oración ha sido oída, por lo cual tu mujer Isabel concebirá un hijo, al cual llamaréis Juan. No beberá vino ni licor alguno y será lleno del Espíritu Santo desde el seno de su madre. Tú quedarás mudo hasta que estas cosas se hayan verificado.»*

Santo y encendido su corazón en divino fuego, en presencia de la numerosa parentela que había acudido a participar en las fiestas de la circuncisión, prorrumpió en alabanzas entonando el *Benedictus,* bellísima oración que rezan cada día los religiosos y clérigos en el Oficio divino:

«Bendito sea el Señor Dios de Israel, porque ha visitado y redimido a su pueblo;

Y nos ha suscitado un poderoso Salvador en la casa de David su siervo;

Según lo tenía anunciado por boca de sus santos profetas, que han florecido en todos los siglos pasados.

Para librarnos de nuestros enemigos y de las manos de cuantos nos aborrecen.

Ejerciendo su misericordia con nuestros padres y teniendo presente su alianza santa,

Conforme al juramento con que juró a nuestro padre Abrahán que nos otorgaría esta gracia.

Para que, libertados de las manos de nuestros enemigos, le sirvamos sin temor,

En santidad y justicia ante su acatamiento, todos los días de nuestra vida.

Y tú, ¡oh niño!, serás llamado Profeta del Altísimo porque irás delante del Señor a preparar sus caminos.

Enseñando la ciencia de la salvación a su pueblo para que alcance el perdón de sus pecados,

Por las entrañas misericordiosas de nuestro Dios, que ha hecho que ese Sol naciente haya venido a visitarnos de lo alto del cielo.

Para alumbrar a los que yacen en las tinieblas y en la sombra de la muerte; para enderezar nuestros pasos por el camino de la paz.»

Parece como que al padre del Bautista le tocaba hacer, en presencia del Precursor y probablemente también de la Madre de Cristo, a manera de un resumen o compendio de todas las profecías en la hora en que tan cercano estaba su cumplimiento, y anunciar la próxima venida del Mesías. Porque es de creer que la Santísima Virgen asistió al nacimiento de Juan Bautista, según opinión autorizada de la mayor parte de los Padres y Doctores de la Iglesia. De aquí el que la iconografía cristiana haya representado no pocas veces a la Madre de Dios con el Precursor en brazos, lo que hizo decir a San Buenaventura: «Jamás niño más bello tuvo más bella niñera».

Por disposición del Cielo, Zacarías, cuyo mutismo había sido el primer indicio de los extraordinarios acontecimientos que iban a realizarse, descorrería el velo de los secretos de la Providencia divina mediante un canto divinamente inspirado.

Habíase ya cumplido su misión: aparecía el Bautista en medio de los

hombres y el mundo esperaba a Cristo, cuya próxima llegada había cantado el padre de su Precursor. Desde este punto, ya no menciona el Evangelio a Zacarías y nos vemos en la precisión de acudir a las leyendas populares para completar el relato de su vida.

LA MUERTE DE ZACARÍAS

LAS versiones referentes a este punto son numerosas, y harto variadas en sus pormenores, y algunas de ellas no soportan el peso de la crítica. Al decir de Orígenes, Zacarías murió a manos de los judíos por haber profetizado la venida del Salvador; pero la opinión más extendida en Oriente era que había muerto a manos de Herodes, por haber salvado al niño Juan cuando la degollación de los Inocentes.

Algunos identificaron, sin prueba alguna, al padre del Bautista con otro Zacarías, hijo de Baraquías, de quien dijo Nuestro Señor *(Mat.,* XXIII, 35) que había sido muerto por los judíos *entre el templo y el altar.* ¿No habrán influído las circunstancias de la muerte de este personaje en esa opinión de los escritores que relataron la muerte del esposo de Santa Isabel?

De las leyendas que hasta nosotros han llegado, citaremos una, tomada de un manuscrito árabe y publicada en el *Acta Sanctorum.* Trátase de un gracioso relato en el que determinados autores creyeron ver, equivocadamente por cierto, una homilía de San Juan Crisóstomo. Dice así:

«En los días del nacimiento de Juan, empeñóse el rey Herodes en darle muerte, y mandó un mensajero a Zacarías, padre del niño, para decirle: «Entrégame a tu hijo Juan». Empero Isabel había tomado ya en secreto al niño y había huído con él al monte, porque temía a Herodes. Zacarías respondió al satélite del rey: «Ignoro en dónde está mi hijo; yo sirvo al Señor mi Dios y aun no he regresado a mi casa». Díjole Herodes: ¿En dónde ocultaste a tu hijo? Entrégamelo. ¿Ignoras acaso que tu vida está entre mis manos omnipotentes?» Zacarías respondió: «¡Vive el Señor mi Dios! Ignoro en dónde está mi hijo, pues yo estoy dedicado al servicio de mi Dios y Señor. Ignoro en dónde está mi hijo». Fuera de sí, Herodes se llenó de rabia e indignación; la ira demudó su semblante y ordenó matar a Zacarías mientras oficiase en el altar de Dios. Habiendo entrado, pues, los satélites, lo inmolaron *entre el templo y el altar* Más tarde Herodes envió por todas partes a su ejército con orden de apoderarse del niño Juan.

Los soldados divisaron en el monte a Isabel que huía con su hijo y corrieron para darle alcance. Mas ella gritó: «Montaña de Dios, ábrete y recibe en tu seno a una madre injustamente perseguida y al hijo de sus entrañas». Apenas pronunciadas estas palabras se les apareció el ángel del

Señor y los puso en lugar seguro en el interior del monte y allí permanecieron ocultos, cual si estuviesen en los jardines del paraíso, envueltos en resplandeciente luz. Y el ángel del Señor moraba con ellos. Mas los soldados que presenciaron el prodigio fuéronlo a contar al rey... Y Herodes se llenó de temor y renunció al deseo de apoderarse de la madre y del hijo...

Entonces el ángel del Señor mostró a Isabel, en el interior de la montaña, un manantial de agua cristalina y gran cantidad de pan y miel silvestre que rezumaba de una roca. Y le dijo: «No amamantes más a tu hijo, ni le des a comer pan, mas aliméntale con miel». E Isabel obedeció al ángel.

Ignoraba aún la muerte de Zacarías; y le habló el ángel del Señor: «¡Isabel!» Y ella replicó: «¡Mandad, Señor!» Y dijo el ángel: «El rey Herodes ha hecho matar a Zacarías, padre de este niño; así que levántate presto, toma a tu hijo y vete a la casa de tu padre y mora allí hasta que tu hijo Juan haya crecido».

Entonces le entregó un vaso lleno de miel silvestre diciendo: «Alimenta con ella a este niño, porque está destinado a ser un gran profeta en Israel». Luego le ayudó a salir de la montaña y le mostró el camino que había de tomar y se alejó. E Isabel fuése a la casa de su padre y educó a su hijo conforme se lo ordenara el ángel del Señor.»

LAS RELIQUIAS DE SAN ZACARÍAS

DIFÍCIL se hace en este punto discernir la verdad entre el fárrago de opiniones y de noticias más o menos fantásticas; para alguno, el cuerpo de Zacarías fué arrebatado e inhumado por los ángeles; para otros, descansa en el valle de Josafat; Sebaste, en Palestina, cree poseer sus restos y los del Bautista su hijo en un mismo sepulcro; otros, en cambio, afirmaban hallarse aquéllos en Betzacara, cerca de Eleuterópolis. En el siglo V, las reliquias de San Zacarías se veneraban en Constantinopla, en la iglesia de Santiago, cerca de Calcopatria; en el siglo XI estaban en Santa Sofía; la cabeza se hallaba a fines del siglo XII en la capilla imperial de Buccaleón. Por su parte los albaneses creyeron poseer lienzos teñidos en sangre del padre del Bautista.

Aparte de las que tiene Roma y que luego mencionaremos, las reliquias más célebres en la actualidad son las que guarda la ciudad de Venecia, de las cuales hizo donación el emperador León V al dux Ángel Particiaco en los comienzos del siglo IX; pero no se ha dilucidado cuál sea la personalidad del Zacarías a quien corresponden, es a saber: si el hijo de Baraquías o el esposo de Isabel, puesto que Constantinopla se preciaba de poseer las reliquias de ambos personajes.

LA FESTIVIDAD DE SAN ZACARÍAS

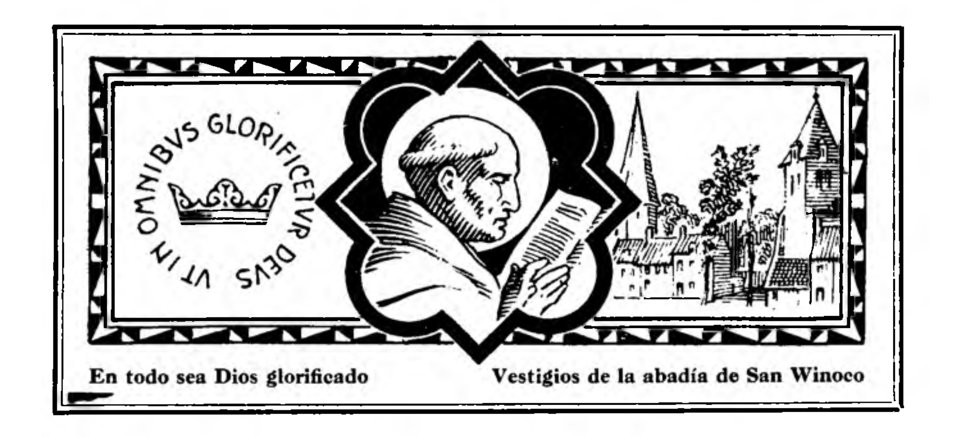
EN los libros litúrgicos de la Iglesia latina, aparece por vez primera en el *Pequeño Martirologio romano* con el título de: Conmemoración de «Zacarías, profeta, padre de San Juan Bautista».
El 11 de diciembre de 1609, la Sagrada Congregación de Ritos concedió a las religiosas del convento de San Zacarías, de Venecia, un oficio del Santo y señaló, según parece, para su celebración, la fecha 5 de noviembre. En el año de 1706, el 24 de abril, la misma Sagrada Congregación aprobó para los canónigos de la basílica de Santa María la Mayor, de Roma, un «oficio de San Zacarías, con rito semidoble, que había de celebrarse el 10 de noviembre», ya que el día 5 conmemoraban la fiesta trasladada de los Santos Inocentes. En el Propio de esta misma basílica, que se publicó poco tiempo después de ese segundo decreto, quedó fijada la fiesta de San Zacarías en el 15 de noviembre; consta con esta denominación: «Fiesta de San Zacarías, confesor, padre de San Juan Bautista. Semidoble».

Los griegos celebran la fiesta de este santo sacerdote el 5 de septiembre, como asimismo los armenios, coptos, rusos y abisinios; los jacobitas honran su memoria conjuntamente con la de Santa Isabel el 16 de diciembre; los siriomaronitas conmemoran también a ambos santos esposos el 25 de junio. Entre los orientales hay, además, otra fiesta, la de la anunciación de la natividad de San Juan Bautista, que celebran el 23 y a veces el 27 de septiembre. Por su parte, los armenios celebran el martes de la tercera semana que sigue a la Asunción de la Santísima Virgen, la conmemoración de los santos profetas Ezequiel, Esdras y «Zacarías, padre de San Juan Bautista».

El nombre de Isabel se agregó al Martirologio romano, con fecha 5 de noviembre, por el cardenal Baronio. Hoy figuran ambos en dicho día.

SANTORAL

FIESTA DE LAS SANTAS RELIQUIAS. Santos **Zacarías e Isabel, padres de San Juan Bautista;** Magno, arzobispo de Milán Dominador, obispo de Brescia; Guiraudo, obispo de Beziers; Fibicio y Rómulo, abades; Félix, presbítero, y Eusebio, monje, mártires en Campania Galación, mártir en Fenicia, bajo Decio; Domnino, Teótimo, Filoteo, Silvano, Doroteo y compañeros, mártires mientras imperaba Maximiano; Altico, Genaro y compañeros, mártires en Frigia; Leto, solitario Doriciano y Quindriaco, confesores. Beatos ***Raniero, capuchino; Martín de Porres, dominico*** (véase el día 3 de este mismo mes); y Hugo de Chalons, obispo de Auxerre. Santas ***Bertila, abadesa;*** Epistema, esposa de San Galación, y Trofimena, mártires. Beata Isabel, cisterciense, honrada en Ávila.



En todo sea Dios glorificado — Vestigios de la abadía de San Winoco

DÍA 6 DE NOVIEMBRE

SAN WINOCO

ABAD (hacia 640-716)

UNA de las filiales de la gran abadía madre de Luxeuil, fundada por San Columbano († en Bobbio en 615), fué la que en el siglo VII dirigió el ilustre San Bertino (615-709). Hallábase situada en la isla de Sithien —hoy Saint-Omer—, lugar en otro tiempo cubierto de marismas, insalubre e improductivo, y convertido por el trabajo tenaz del Santo y de sus monjes en llanura fertilísima. ¡Los frailes no sólo entienden en gobernar y dirigir las almas, sino también —como nos lo dice su brillante historia— en cuanto significa progreso material! A este enjambre de variada actividad acudió de muchas partes una multitud inmensa de solícitas abejas atraídas por la santidad del abad y por la fama del monasterio. Veinte de ellas han perfumado los altares con el suave aroma de la miel de su santidad y han alumbrado a la Iglesia con la rica cera de su ciencia.

Cuatro años después de la fundación de la abadía tenía ya San Bertino bajo su dirección más de 150 monjes; los cuatro últimos que habían franqueado sus puertas, eran unos buenos bretones —no sabemos precisar si de la Bretaña Armórica, o de la insular o Gran Bretaña—; llamábanse Brodanoco,

Ingenoco, Madoco y Winoco, hermanos según la carne, en opinión de algunos hagiógrafos. Del más joven de los cuatro afirman otros autores que descendía de familia real, y era primo, o tal vez hermano, de Judoco o Judicael; pero estos datos no están suficientemente esclarecidos, ni tampoco el lugar del nacimiento. Sea de ello lo que fuere, podemos tener por cierto que Winoco, desde sus más tiernos años, dió muestras de ser un alma escogida y entregada por entero a Dios. Para defenderse de las seducciones del enemigo, ansiaba protegerse en la fortaleza espiritual del claustro. Comunicó su pensamiento a algunos piadosos condiscípulos, y propúsoles abrazar el estado religioso. Aceptaron ellos gustosos, y, pocos días después dejaron a sus padres y a su patria, y se encaminaron a la abadía de Sithien, en la que se practicaba aún, según toda probabilidad, la regla de San Columbano, que era de mayor rigor y estrechez que la de San Benito. Pronto conoció San Bertino la excelente disposición de los aspirantes, y los recibió con los brazos abiertos.

El fervor de Winoco se encendió ante el ejemplo de virtud y severa austeridad de tantos monjes, e inspiróle vehementes deseos de imitarlos y de darse de lleno a la vida penitente y mortificada. Manifestó a sus copaisanos la admiración que le producía el contemplar tan bello vergel de santidad, y departiendo con ellos decíales entusiasmado: «Mujeres débiles y hombres de toda condición física y social han alcanzado la aureola de los bienaventurados, y nosotros, jóvenes y en pleno vigor de energía, ¿careceremos de valor para ir en pos de ellos? Este pensamiento que había estimulado el alma de San Agustín, iba a dar a la Iglesia otro gran santo, ilustre por su humildad profunda y famoso por sus milagros.

EL MONASTERIO DE WORMHOUDT

HEREMAR, hombre virtuoso y rico, donó a San Bertino una «villa» y una gran extensión de terreno, llamado Wormhoudt, a 18 kilómetros de Dunquerque. El santo abad envió allí un grupo de religiosos, entre los cuales se contaban los cuatro monjes bretones.

El monasterio o «cella» —como solía llamarse entonces— no se gobernó, según parece, independientemente, sino que quedó como filial de la que lo había fundado, correspondiendo el nombramiento de prior al abad del monasterio de Sithien. Los nuevos moradores pusieron en seguida manos a la obra, y construyeron en primer lugar una espaciosa iglesia prioral que dedicaron a San Martín. Según el cronista Juan de Ipres, también por iniciativa de San Bertino, entre Sithien y Wormhoudt, y para los enfermos de la comarca, se levantó un vasto hospital dirigido por piadosas conversas a quienes les estaba vedado franquear las puertas del monasterio.

Nuestros cuatro bretones hicieron rápidos progresos en la perfección; tres de ellos murieron en olor de santidad pocos años después de fijar su residencia en este santo recinto.

La reducida comunidad de Wormhoudt aumentaba continuamente, y, después que por mandato de San Bertino tomó la dirección del monasterio nuestro Santo, conoció Wormhoudt días de extraordinario esplendor. En este cargo de gran responsabilidad, supo Winoco hallar nuevos medios para su santificación personal y atendió solícito a la de sus súbditos. Si, como subordinado, caminó siempre a paso seguro y firme en la vía de la santidad, en este punto de director y vigía, marchó a pasos de gigante, buscando nuevas conquistas, nuevas flores de virtud y laureles de victoria en el constante combate de la vida. Como buen superior gustaba de atender a sus hermanos y ayudábales en todos los menesteres, más aún en los bajos y penosos.

En este ejercicio continuo de perfección transcurrieron largos años colmados de méritos para el cielo y de mucha edificación para los hombres.

MOLINERO DEL CONVENTO

COMO, minado por el trabajo y la penitencia, no pudiera ya atender debidamente al cargo de prior, solicitó del abad lo aliviara de ese peso y rogóle le diera una ocupación en la que aun pudiera ser útil a sus hermanos. Se le asignó el empleo de molinero del convento. En esta tarea —nada grata, por cierto— ayudóle el Señor por intermedio de sus ángeles. Winoco ponía en movimiento la rueda y entraba después en fervorosa oración o dábase al estudio de la Sagrada Escritura, y permanecía en ello horas enteras, mientras el impulso celestial del ángel la hacía rodar con rapidez.

De este modo la cantidad de harina elaborada era tal, que los monjes no atinaban a explicarse cómo podía un hombre solo realizar semejante trabajo. Intrigado uno de ellos, sospechando había en el asunto algo de milagroso, fué cierto día calladamente al molino y observó lo que hacía Winoco. Pudo ver que estaba en fervorosa oración y que mientras tanto la muela daba rápidas vueltas al parecer sin estímulo alguno. Mas apenas se percató del hecho, paró en seco la muela del molino y él en seguida cayó al suelo de espaldas y quedó ciego. Lleváronle a la celda donde, tras prolijos cuidados, volvió en sí. Al siguiente día, reconociendo que la causa de su mal estaba en la curiosidad indiscreta, pidió perdón a Winoco de esta falta y éste, haciendo la señal de la cruz en sus ojos, le devolvió la vista; con lo cual, al par que conseguía corregir a su hermano, contribuía, muy involuntariamente por cierto, a aumentar el propio prestigio.

VIRTUDES DE WINOCO. — SU MUERTE

UNO de los biógrafos del Santo nos dice que Winoco, cual otro Natanael, «era un verdadero israelita en quien no había ni asomo de duplicidad y artificio». En toda su actuación como superior del monasterio fué modelo acabado de esta virtud. Enemigo de la severidad y del rigor, que logra la ejecución material del acto, pero no la adhesión amorosa de la voluntad, trataba a todos con gran cariño y deferencia buscando más el servir a sus hermanos que ser servido y atendido de ellos. En sus largos años de prior brilló siempre Winoco por su fe robusta, firme esperanza y caridad ardiente e inagotable, por la que se daba a todos con amor de padre. Acompañábale discreta y perenne sonrisa, y no se inmutaba jamás por contratiempos o disgustos. Alumbró siempre sus actos y sus consejos la antorcha de la prudencia y, ante las cruces y sinsabores propias del cargo, así como en todas las empresas, mostró siempre ánimo valiente y decidido. Su espíritu radicaba en Dios, reflejándose en todos los actos ese destello celestial de las almas que comunican con Él. Al exterior traducíase esa luz divina en un recogimiento interior grave, pero amable, y en un fluir natural de lo espiritual en todas las conversaciones. Como San Pablo, ansiaba morir por Cristo. A menudo oíasele repetir esta invocación: «Señor, que mi alma vuele a Vos para que así pueda ensalzar mejor vuestro santo nombre». Esta ardiente súplica fué oída al fin por el Señor el 6 de noviembre del año 716 ó 717, día en que vinieron los ángeles a recoger su hermosa alma para llevarla a la mansión de la paz y bienaventuranza eterna.

Pronto se extendió la fama de santidad del siervo de Dios por toda la comarca, y el pueblo acudió a su sepultura a implorar su valiosa protección. Hizo este Santo numerosos milagros, gran número de los cuales se hallan recopilados por el autor de la *Vita Secunda*.

ALGUNOS PRODIGIOS OBRADOS POR EL SANTO

POCO tiempo después de la muerte de Winoco, mientras los religiosos tomaban el descanso meridiano, prendió el fuego en una casa contigua a la iglesia del convento. Las llamas, avivadas por fuerte viento, penetraron en el sagrado recinto de manera que en poco tiempo la casa y la iglesia toda quedaron reducidas a pavesas. Solamente respetó el voraz elemento la tumba de San Winoco. El pueblo acudió presuroso a llorar la pérdida de los sagrados restos de su buen padre, mas la tristeza trocóse en



CUANDO *San Winoco, ya muy viejo, se encarga de la rueda de moler el trigo para sus hermanos, el Señor le ayuda por el ministerio de sus ángeles; de manera que a poco de haber puesto aquélla en movimiento, anda sola para que el Santo pueda entregarse a sus piadosas lecturas y meditaciones.*

profunda admiración y alegría ante el milagro. Entusiasmado, quiso sacar los preciosos restos de entre el montón de escombros y carbones humeantes, pero de repente se tornó tan pesado el féretro que fueron inútiles cuantos esfuerzos se hicieron para levantarlo. Aumentó la admiración, y el pueblo prorrumpió en cánticos de júbilo y alabanza, interpretándose el hecho milagroso como deseo del Señor de que no se alejara de aquel lugar el cuerpo del Santo. Toda la muchedumbre se postró en tierra y suplicó al Señor que manifestase su voluntad. Terminada la plegaria cuatro hombres tomaron el féretro y sacáronlo sin dificultad de la iglesia; al atravesar el jardín contiguo repitióse el fenómeno de la pesantez milagrosa, por lo que se le dió sepultura en aquel mismo lugar hasta la terminación del nuevo templo; desde entonces particularmente, fué para toda la comarca uno de los más célebres y concurridos santuarios.

Un pobre cojo que padecía además el mal de corea o baile de San Vito, hízose llevar al sepulcro de San Winoco, confiando verse curado. Era sábado; mientras los monjes salmodiaban solemnemente los Maitines de Pascua de Resurrección, el pobre enfermo rezaba con encendido ardor, y con vivas lágrimas pedía al Santo el remedio de sus dolencias. De repente hallóse envuelto en una luz blanquísima y deslumbradora, y vió cómo dos dardos de fuego, atravesando los aires, venían a clavarse en sus oídos y hacían manar de ellos abundante sangre. Esta hemorragia vivificó y regeneró milagrosamente al enfermo quien, no cabiendo en sí de gozo, empezó a saltar y correr y a proclamar por doquier el milagro y el poder y misericordia de su insigne bienhechor. «El cojo —dice el profeta Isaías— dará saltos como ciervo». «No es de extrañar —añade entusiasmado el hagiógrafo— la enorme celebridad de San Winoco, cuya intercesión obraba tan grandes maravillas; júzguese cuánta será su gloria en el cielo cuando en la tierra muestra así su poderoso valimiento para con los que le invocan».

Un caballero distinguido y piadosísimo llamado Gerardo, gran devoto de nuestro Santo, mandó restaurar la iglesia que a él estaba dedicada. La obra fué pródiga en accidentes provocados por la rabia diabólica, hecha patente en especial con un obrero a quien lanzó furioso al suelo desde lo más alto del andamiaje. Creyeron todos que lo hallarían muerto después del terrible golpe, pero vieron con sorpresa que aun le quedaba un soplo de vida. Suplicaron con gran fervor a San Winoco devolviera la salud a aquel pobre desgraciado, y al momento se la dió tan completa que pudo muy luego seguir su trabajo sin molestia alguna. Ante tan portentoso milagro, Gerardo entregó al monasterio todo su importante patrimonio y su «villa» de Eperlecques.

En otra ocasión, el santo asilo de Wormhoudt sufría una crisis económica agudísima que lo redujo a extrema pobreza. No tenían los monjes, para celebrar el santo sacrificio, sino un solo cáliz, y aun era de cristal, el cual por

torpeza del sacristán vino a romperse. En el apuro invocó a San Winoco y, al recoger las diversas partes, vió con estupefacción que ellas solas iban adhiriéndose fuertemente hasta quedar el cáliz como nuevo.

Otra vez, desplomóse una iglesia y quedó reducida a un informe montón de escombros. Sólo fué hallada intacta y sin que se derramara ni una gota del aceite que contenía, una lámpara encendida en honor de San Winoco.

El siguiente milagro parece aun más sorprendente. Era el día de las rogativas de primavera. La solemne procesión que allí tenían por costumbre celebrar siguiendo un largo recorrido, para el que empleaban un día entero, estuvo concurridísima. Como prenda de bendición para las futuras cosechas, llevaban una urna que contenía los restos de San Winoco y el cayado abacial del mismo, recubierto de gruesa capa de oro por la devoción del pueblo y en el cual habían además engastado algunas reliquias del Santo. De vuelta al monasterio, tal vez por descuido de los portadores de ese rico tesoro, o por desprenderse en algún golpe que recibiera el cayado en el atardecer, notaron que faltaban algunos fragmentos de oro y varias reliquias. En Capítulo conventual determinóse rehacer en seguida el recorrido de la procesión explorando el camino con cuidado. Todo resultó en vano; no se halló ni rastro de lo perdido. Muy apenado el capiscol, a quien especialmente correspondía el cuidado del relicario, invitó a todos a pedir perdón al Santo de la culpa que les pudiera caber por el descuido, y al momento sintió un movimiento impulsivo del brazo hacia la capucha: allí encontró lo que se había extraviado.

EL CULTO OFICIAL DE SAN WINOCO. — SUS RELIQUIAS

EL nombre de San Winoco figura en el Martirologio inglés desde el siglo IX, y, por un manuscrito del siglo XI, sabemos que estuvo incluído asimismo en el Sacramentario de Amiens. Según un calendario muy antiguo, hacíase mención del santo confesor el día 8 de noviembre; pero el calendario romano señala el día 6 con la siguiente nota: «En Bergues, exposición de los restos de San Winoco, abad, célebre por sus virtudes y méritos. Atendió durante muchos años a los hermanos sometidos a su autoridad».

Su cuerpo se conservó entero algún tiempo en Wormhoudt; posteriormente diversas circunstancias impusieron su traslado a otros lugares, como la ya mencionada del incendio de la iglesia; después, ante la irrupción de los normandos, llevósele a Saint-Omer; y, por cierto, con especial providencia de Dios, pues a no ser por un milagro hubieran desaparecido para siempre los preciosos restos del Santo, ya que a mediados del siglo IX los invasores arrasaron totalmente el convento.

NUEVAS TRASLACIONES

En el año 900, Balduino II, llamado el Calvo, fundó cerca de Bergues un monasterio que gozó del favor de los reyes de Francia y de los condes de Flandes, y de singulares privilegios de los Papas. Este monasterio sirvió también de morada a los restos de San Winoco. Un siglo más tarde, Balduino IV el Barbudo construyó, en la parte más elevada de la citada ciudad de Bergues, una amplia iglesia que fué atendida primeramente por canónigos y después por Benedictinos procedentes de la abadía de San Bertino. Dispuso aquél se trasladaran a ella los restos mortales de San Winoco y que se pusiera el monasterio bajo su advocación. Rumoldo, primer abad, sustituyó la urna del Santo, que era de madera protegida con chapas de hierro y adornos de plata, por otra exornada de oro y piedras preciosas. Hasta 1677 renovóse sucesivamente la urna por más de siete veces.

Entre los siglos XI y XII y por motivos de alto honor, fué sacada de la población que la guarda en cuatro ocasiones más: en 1030, junto con otras, a Audenarde, para ser sagrados testigos del tratado de paz entre el pueblo sublevado y el conde Balduino; en 1063 —o tal vez en 1065—, el párroco de Bergues trasladólos a Lila para la solemnidad de la dedicación de la iglesia de San Pedro de dicha población; y en 1070 y 1131, para la consagración de las iglesias de Hasnon y Therouanne, respectivamente. En 1566, ante la furia devastadora de los «Gueux», los monjes, en su huída, llevaron los restos a Saint-Omer para volverlos nuevamente a su residencia habitual al año siguiente. De 1579 a 1583, tanto la ciudad como el monasterio pasaron a manos de aquellos fanáticos herejes, pero por providencia especial de Dios fueron respetados los sagrados restos.

Hasta 1633 habíase conservado íntegro el cuerpo en la población ya tantas veces mencionada de Bergues. A partir de esta fecha, fué llevada una parte a la capilla de San Winoco del cementerio parroquial de Bergues; donóse otra al arzobispo de Cambrai; una más, a una iglesia de Bruselas y, en fin, en junio de 1900, otras dos partes a las iglesias parroquiales de Plouhinec y de Wormhoudt, que por muchos títulos merecían tal distinción.

Tanto el báculo como el cuerpo de San Winoco libráronse del frenesí sacrílego de las turbas de la Revolución francesa, y en mayo de 1820, el arzobispo de Cambrai hizo público reconocimiento de los santos restos y dispuso que el 8 del siguiente mes fueran llevados solemnemente a la iglesia parroquial de San Martín, de su sede arzobispal. La piedad de los fieles regaló dos preciosos relicarios; uno para el báculo y otro para los restos venerandos del gloriosísimo abad.

CULTO LOCAL DE SAN WINOCO EN BERGUES

LA mayor gloria y honor para la ciudad de Bergues lo ha constituído siempre la posesión de las reliquias de San Winoco, que han sido objeto de veneración ininterrumpida por parte de sus fervorosos habitantes; desde el siglo XI cada año eran llevadas solemnemente en procesión por los monjes de Bergues a la abadía de Wormhoudt, y muchas veces las autoridades han acudido a su patrocinio en las calamidades públicas.

Celebrábanse tres fiestas en su honor: el 6 de noviembre, aniversario de su muerte; el 18 de noviembre, que recordaba la traslación de sus reliquias en el año 900, y el 23 de marzo, dedicado a «la exaltación de San Winoco».

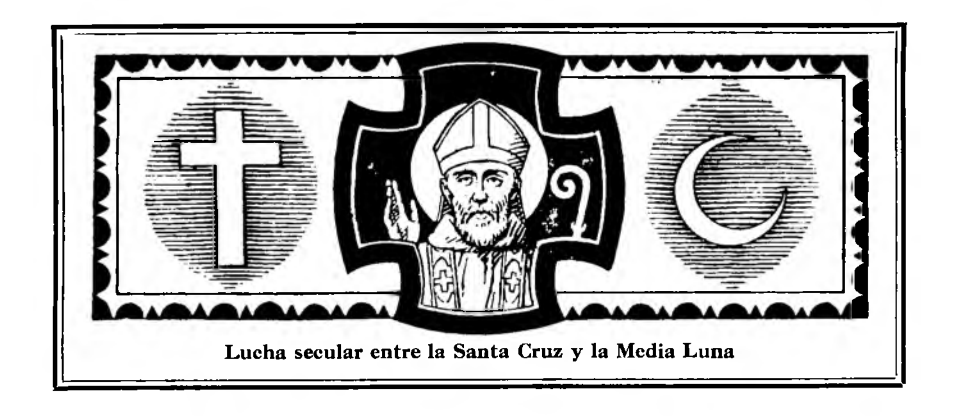
La de más popular ambiente era la procesión anual que se celebraba el día de la Santísima Trinidad, en que se sumergían las reliquias en el río La Colme, como recuerdo del siguiente hecho milagroso. Como un niño hubiera caído y desaparecido en el río, sus padres, por inspiración del cielo, corrieron a la abadía de Wormhoudt y suplicaron a los monjes llevaran el relicario del Santo al río en la firme creencia que el niño aparecería vivo al sumergirse las reliquias en las aguas. Así se hizo y, efectivamente, el niño apareció luego completamente sano.

En memoria de este hecho celebrábase anualmente aquella especial ceremonia; luego, el pueblo devoto recogía el agua santificada por el contacto de los sagrados restos y la utilizaba de mil modos. Asimismo echábanse al agua los enfermos, y las madres sumergían a sus pequeñuelos como remedio preventivo de futuros males. Un obispo de Ipres pretendió suprimir esta original manifestación de fe en el siglo XVI, pues daba lugar a algunos abusos, mas no pudo lograrlo. Modernamente, ha sido suprimida. Hoy día subsiste la «súplica solemne» del día de la Santísima Trinidad, pero sin la inmersión.

Los molineros tienen como patrono y protector al glorioso San Winoco.

SANTORAL

Santos Winoco e *Iltudo*, abades; *Severo, obispo de Barcelona, mártir;* Veomado, obispo de Tréveris, y Gregorio, de Langres; Esteban de Agde, obispo de Apt; Protasio, obispo en Suiza; *Leonardo*, Eflam, príncipe irlandés, Gestino, presbítero, y Juniano, solitarios; Maturino, presbítero; Apuán, Lucas el Viejo y Félix, monjes; Félix, mártir en Túnez; Pablo de Constantinopla, mártir en Capadocia; Bárico y compañeros, mártires en Frigia; Ático, muerto en Frigia. Beatos Pelayo de Portugal, dominico, y Raimundo de Plan, también dominico, mártir de los protestantes. Santas Honoria, princesa de Irlanda y mujer de San Eflam, solitaria; Cristina de Bruzo o de Stombelem. Beata Isabel Osorio, de la Tercera Orden franciscana, virgen.



Lucha secular entre la Santa Cruz y la Media Luna

DÍA 7 DE NOVIEMBRE

SAN ERNESTO

ABAD Y MÁRTIR (1100?-1148)

COBIJÁBANSE en los espaciosos claustros de la abadía de Zwifulda, sita en el estado de Wurtemberg, hacia el año 1124, tres hermanos de ilustre nacimiento, llamados Otón, Adalberto y Ernesto, los tres igualmente ansiosos de servir a Dios con generoso corazón en la vida religiosa, a la que se sintieran atraídos por su fervor. rvor.

Eran hijos del varón de Stuzzlingen. Los dos últimos, aunque más jóvenes, llevaban más tiempo de permanencia en el citado monasterio, pues sus piadosos padres los habían enviado a aquel santo asilo, no sólo para que recibieran esmerada instrucción, sino, ante todo, con el nobilísimo fin de preservarlos de las influencias malsanas del mundo. Y así fué como desde el primer momento se incorporaron a la vida benedictina, siguiendo las reglas de los *Oblatos,* apropiadas a su edad y condición, y vistiendo el santo hábito de la Orden.

Otón, en los primeros años de su juventud, había dado curso distinto a su vida. Al salir de las escuelas especiales donde recibiera la educación que reclamaba su categoría social, habíase alistado entre los valientes defensores del santo Sepulcro de Jerusalén. Con tal motivo hizo dos viajes a Pa-

lestina, de donde volvió con preciosos recuerdos de los santos Lugares. El Patriarca de dicha ciudad, Warmond, habíale obsequiado con varios fragmentos de los vestidos de la Santísima Virgen, con una partecita de la Vera Cruz, y algunos huesos de los santos Apóstoles. De todo hizo generosa donación a la abadía de Zwifulda.

Más tarde beneficióse aun más esta abadía de la magnificencia del conde Otón, cuando éste se desprendió en su favor de varias propiedades y de una hermosísima ermita situada en uno de sus dominios. Donaciones que culminaron con la entrega que de su misma persona hizo el conde cuando, después de renunciar al mundo, resolvió abrazar allí mismo la vida religiosa.

ERNESTO, ABAD

A decir de uno de sus biógrafos, Ernesto, que era de natural bueno y dócil, sacó mucho fruto de las lecciones de sus maestros, de manera que, terminados los estudios, ingresó en la Orden de San Benito. Dióse en seguida, con extraordinaria diligencia y devoción, a explorar la rica mina de las Sagradas Escrituras, particularmente después de su profesión religiosa, y en poco tiempo llegó a ser maestro notable en las ciencias eclesiásticas. Esta cuidada y excelente preparación anunciaba al que había de ser muy pronto santo y celoso sacerdote.

La prudencia, piedad, mansedumbre, sabiduría y demás virtudes monásticas de las que era modelo acabado, le valieron el sufragio unánime para el cargo y dignidad de abad del monasterio en el año 1141.

La comunidad que le había elegido era de las más importantes de la Orden: formábanla cerca de setenta profesos de coro y un número bastante mayor de hermanos conversos. Además tenía a su cargo el gobierno espiritual de un convento de sesenta religiosas, así que sumaban más de doscientas las almas que estaban bajo su dirección y cuidado.

Ernesto cumplió con gran acierto el difícil cargo, velando cuidadosamente por la fiel observancia de la disciplina monástica. Sin embargo, sólo permaneció seis años al frente de la Comunidad; al cabo de ellos, partió para los santos Lugares por haber asumido la dirección misional de la segunda Cruzada (1147).

El santo abad mantuvo relaciones muy cordiales con la corte de Polonia. La santa reina Salomé, esposa del rey Boleslao, emparentada con el barón de Stuzzlingen, había sido insigne bienhechora de la abadía, a la que diera graciosamente, además de cuantiosos bienes materiales, una inapreciable reliquia: un dedo de San Esteban protomártir, traído a Zwifulda por Otón, al realizar éste un viaje a la corte por orden expresa de sus superiores.

No es de admirar, pues, que Ernesto estuviera altamente agradecido a tan cristianos príncipes, que llorara la muerte de la generosa donante —acaecida en 1144— y que los honrara como a los mismos fundadores de la abadía, con el espiritual concurso de las plegarias de la Comunidad y la memoria de sus bondades. Todos los monjes estaban acordes con él en esto.

SALIDA PARA LA SEGUNDA CRUZADA

EN 1146 San Bernardo recibió del papa Eugenio III el encargo de predicar la segunda Cruzada. Apuntemos brevemente las causas que la motivaron y sigamos a nuestro ínclito Ernesto paso a paso en sus vicisitudes y en la intervención que le cupo en tan santa empresa.

Encontrábase en esta época el reino cristiano de Palestina gravemente amenazado por la barbarie musulmana y por las disensiones intestinas de los príncipes cristianos. Muerto Godofredo de Bullón, los conquistadores de Tierra Santa se entretenían más en rencillas y cuestiones menudas que en la defensa del santo Sepulcro, motivo de la magna obra de las Cruzadas que tantos sacrificios había costado ya.

Mientras tanto aprovechábanse los turcos de esas divisiones para resarcirse de sus anteriores reveses. El sultán Noradino se apoderó de Edesa en 1145 y sacrificó impíamente a treinta mil cristianos.

Por entonces, ocupaba el trono de Jerusalén, Balduino, niño de catorce años. Viendo, pues, venir sobre sí la tormenta islamita, los cristianos de Palestina pidieron socorro a sus hermanos de Europa.

El glorioso monje de Claraval, San Bernardo, recogió esos clamores y con su verbo elocuentísimo logró conmover a Europa entera. Ante el rey de Francia Luis VII y una inmensa asamblea de notables y de fieles, predicó con tanto ardor que llegó a subyugar al auditorio, y logró decidir al rey y a la reina Leonor, a poner en sus pechos el signo de los cruzados, cosa que también hicieron los grandes señores feudales del reino. A éstos sumóse una ingente multitud de caballeros y de pueblo, con lo que el rey fijó la partida para el siguiente año de 1147.

Mientras en Francia se tramitaban los preparativos de la expedición, San Bernardo pasó a Alemania y en la dieta de Espira pronunció un gran discurso que tuvo la virtud de poner fin a las discordias civiles y de alistar bajo el lábaro de la cruz al emperador Conrado III y a los señores que acababan de concertar la paz.

Las llamas del fuego que ardía en la cristiandad para la gran empresa, invadieron también los claustros de los monasterios. Por aquellos días escribió Ernesto un opúsculo titulado *Alabanza a los mártires,* que era una incitación

ardorosa a seguir por la misma vía de heroísmos que aquellos soldados de Cristo. Compréndese, pues, que el papa Eugenio III, al buscar para la Cruzada no sólo a quienes empuñaran las armas —misión más propia de los reyes—, sino a quienes con sus predicaciones ganaran para Cristo las almas de los infieles, pensara en el abad de Zwifulda, Ernesto. Así, pues, luego de haberle conferido el título de *Doctor de los gentiles,* ordenóle se dispusiese a participar en la Cruzada. Con inmensa alegría recibió él esta honrosísima misión de cruzado pacífico y, juntamente con el obispo Otón de Freisingen, hermano de Conrado III, trazó el plan de evangelización de los sarracenos de Palestina.

Renunció, pues, al cargo de abad en favor de Bertoldo, y partió para incorporarse a la Cruzada después de manifestar a sus queridos hermanos en religión el vivísimo deseo que sentía de morir mártir.

CONTRATIEMPOS, SINSABORES Y DERROTAS

ERNESTO, como todos los expedicionarios, pudo saciar plenamente, durante el trayecto, sus deseos de sufrir por Cristo. Ya es sabido el triste remate de esta desgraciada empresa. Los dos ejércitos, alemán y francés, pusiéronse en marcha siguiendo la vía del Danubio y llevando la vanguardia Conrado III. Para colmo de desdicha, seguían a estas huestes numerosas mujeres que acompañaban a sus maridos y una muchedumbre inmensa de peregrinos —«abigarrada barahunda del todo inútil para las armas»—, a quienes esperaba la misma suerte que había cabido a aquella otra que en pos de sí arrastrara algo antes el famoso Pedro el Ermitaño.

La rivalidad que se hizo patente en varias ocasiones entre las fuerzas de países de tan distinta psicología, fué factor determinante del fracaso final de la Cruzada; pero el golpe de gracia lo habían de dar los griegos, quienes con su hostilidad lo arruinaron todo. Muy distinto hubiera sido el resultado si se hubiesen atendido las proposiciones del rey de Sicilia, Rogerio, que aconsejaba embarcarse en los puertos normandos de Italia en vez de seguir la ruta del Danubio que obligaba a atravesar los Estados del emperador Manuel Comneno. Los expedicionarios pagaron muy cara la equivocación y la confianza que en los astutos bizantinos habían puesto.

Los alemanes, como vanguardistas, fueron los primeros en conocer y sufrir la perfidia de aquel pueblo que, si mal se condujera con los de la primera Cruzada, en ésta, al verse menos amenazado por los turcos, manifestó más abiertamente aún su hostilidad.

A la malicia de los hombres añadióse la enemiga de los elementos. Una horrorosa tormenta causó a las tropas de Conrado un verdadero desastre.



COMO *ovejas que llevan al matadero, San Ernesto y sus compañeros de cautividad hubieron de atravesar el desierto a pie y sufriendo malos tratamientos. Llegaron así a La Meca, en donde estaba entonces Ambronio, rey de los persas, por orden del cual fueron cruelmente martirizados.*

Una noche en que el ejército se hallaba acampado en el valle de Querobacas, entre dos tranquilos ríos, desencadenóse una furiosa tormenta que se resolvió en una imponente tromba de agua y convirtió el manso curso de aquéllos en devastadores torrentes. Extendiéronse las aguas por todo el valle y, en impetuosa avenida, arrastró tiendas de campaña, animales, vituallas y gran número de soldados; los demás alcanzaron apenas a refugiarse en los altozanos circunvecinos.

Sucedió esta desgracia la víspera de la Natividad de la Santísima Virgen. «Al día siguiente —dice un cronista, testigo del desastre— rezamos en la misa el *Gaudeamus,* pero con el ánimo por cierto bien contristado, derramando copiosas lágrimas y lanzando agudos gemidos de dolor».

Los griegos no cesaban de molestar a los cruzados con toda clase de vejaciones y villanías. Tenían de los latinos tan bajo concepto, que llegaban a lavar y purificar los altares en que el sacerdote latino celebraba el santo sacrificio de la misa. Todos, pueblo y rey, engañaban astutamente a los extranjeros de mil maneras, ya adulterando con cal la harina que les vendían, ya robándoles el dinero; y si algunos imprudentes se apartaban del grueso del ejército, los despojaban de sus haberes.

Para colmo de desgracias, los cruzados habían aceptado a los griegos como guías en su marcha a través del Asia Menor. Pero ellos, en vez de llevarlos por las provincias del sur, más pobladas y más ricas, obedecieron a pérfidas indicaciones de la corte y condujéronlos por la Capadocia, país desértico y estéril, y, cuando estaban acorralados en los profundos barrancos del abrupto Tauro, desaparecieron todos en una misma noche para correr a informar a los turcos de la celada que habían preparado a los cristianos y de cómo podrían sacar el mejor provecho de aquella situación.

En tales condiciones, la derrota del ejército de Conrado estaba descontada.

Las tropas turcas dieron alcance a los cruzados en las cercanías de Iconio y trabaron duro combate del que salieron tan maltrechos los cristianos que, según los cronistas, sólo la décima parte escaparon a la espantosa carnicería. Los genízaros turcos no dieron paz a la espuela hostigando de continuo a las tropas de Conrado, que se batían en retirada, acreciendo aun más el desastre. Sólo siete mil hombres salieron indemnes de la batalla, y el emperador germano, descorazonado y cubierto de heridas, se dirigió a Nicea para unir sus tropas con las de Luis VII que por entonces llegaba a dicha ciudad.

El ejército francés recogió los exhaustos restos del alemán y, aprovechando aquella dura lección, eligió otro camino más largo, pero menos peligroso y de más fácil aprovisionamiento para las tropas.

Imposibilitado y maltrecho, Conrado se dirigió por mar a Jerusalén. Mientras tanto, el rey francés siguió el valle del Meandro y franqueó el monte Tauro para caer sobre Adalia. En este puerto las tropas regulares embarca-

ron para Antioquía, pero muchos de los peregrinos —obligados a emprender por tierra el camino de Jerusalén— murieron o cayeron en poder de los turcos.

El ejército llegó felizmente a la Ciudad Santa, donde le recibieron como libertador, y, sin pérdida de tiempo, fué a poner sitio a la ciudad de Damasco, pero fracasó totalmente.

Entonces, cada uno pensó en volver a su patria. A Luis VII le era muy doloroso regresar sin resultado alguno, pero ante las instancias del regente del reino, Sugerio, que reclamaba su presencia, embarcó en San Juan de Acre —julio de 1149— y llegó a San Gil con doscientos o trescientos jinetes, triste despojo de un ejército de cien mil hombres.

ERNESTO, PRISIONERO DE LOS TURCOS

ERNESTO había compartido las amarguras del viaje con los demás cruzados y con su constante compañero y amigo el obispo Otón de Freisingen, hermano del emperador, pero no le cupo el consuelo de llegar a Jerusalén. Una parte del ejército alemán que, a las órdenes de Otón, tomara la delantera al grueso de las tropas pretendía llegar antes y por otro camino al fin de su viaje; mas para todos fué de terribles consecuencias tal separación.

Descansaban un domingo, junto a la costa, de las fatigas de varias jornadas, cuando de repente viéronse rodeados por una nube de enemigos que el rey persa, Ambronio, había organizado contra la Cruzada y había puesto al mando de un emir. Aquellos fanáticos cebaron su barbarie en los cruzados, matando sin compasión a los que ofrecían la más leve resistencia y haciendo prisioneros a los fugitivos. Sólo Otón de Freisingen con algunos compañeros más hallaron refugio en una embarcación.

Ernesto no pereció en la matanza, pero quedó mal herido y prisionero con ocho mil cruzados más. Muchos de ellos fueron ahorcados en aquel mismo lugar y otros sucumbieron en breve al duro trato de los enemigos.

Tenían los orientales por costumbre seleccionar los prisioneros, para ofrecer al rey del que eran tributarios los de mayor distinción y los más agraciados y de constitución más robusta. Ernesto, revestido del carácter sacerdotal y además con aquella prestancia y dignidad sobresaliente de su persona, atrajo la mirada escrutadora del emir y, junto con cuatrocientos compañeros más, hubo de emprender el camino de La Meca.

Hallábase en esta capital el rey persa Ambronio, tal vez por devoción a Mahoma, o, lo que parece más verosímil, por juzgarlo refugio seguro contra la posible arremetida de los cristianos. Nuestros desgraciados prisioneros hubieron de salvar a jornadas cortas, pero pesadísimas, la inmensa distancia que los separaba de la metrópoli musulmana de Arabia.

MARTIRIO DE ERNESTO. — RELIQUIAS Y CULTO

CUAL rebaño dispuesto para el sacrificio en el matadero, fueron presentados ante Ambronio, el cual los recibió con muy interesada amabilidad: parecíale aquélla excelente ocasión de ganar adeptos para las falsas doctrinas de su profeta. «No temáis —les dijo con acento persuasivo—; en modo alguno pretendo haceros daño. Siento que os hayáis embarcado en aventura tan peligrosa y descabellada; pero vuestro propósito ha servido para que vinierais a recibir clemencia de quien debiera daros muerte. Os perdonaré todo y aun os otorgaré riquezas y honores si abrazáis la religión de Mahoma».

Entendió Ernesto que su carácter sacerdotal le imponía la obligación de prevenir a sus compañeros de armas contra las halagadoras falacias del rey y excitólos con ardor a abrazar el martirio antes que renegar de la fe, y a no dar satisfacción al proponente de tan execrables ofertas, ni con la más leve demostración de conformidad.

El valor y la audacia de Ernesto provocaron las iras de los musulmanes y, acto seguido, fué entregado a la inhumana soldadesca, de parte de la cual hubo de sufrir todos los tormentos que la crueldad es capaz de inventar. Créese que en esta pasión continua estuvo semanas enteras; y sin duda que los verdugos hartaron con el heroico mártir su refinada barbarie. Para rematar su criminal labor, arrancáronle la piel del cerquillo y, después de haberlo atormentado con despiadadas incisiones, le abrieron el vientre. Como aun siguiera con vida, ataron las vísceras colgantes a una estaca y golpeáronle brutalmente para forzarle a dar vueltas en su derredor, hasta que exánime cayó al suelo.

Tal fué, según el testimonio fiel del sacerdote Marsilio, el fin glorioso de Ernesto, digno —como dice un autor— de ser coronado en el cielo con la triple corona de virgen, de doctor y de mártir. Ocho prisioneros más dieron su vida generosamente a Cristo en el mismo día y por la misma causa, ganados por las vehementes exhortaciones del abad de Zwifulda.

Marsilio, a quien debemos la relación de tales atrocidades, era un sacerdote católico armenio, muy adicto a la fe romana. Él mismo, por treinta monedas de oro, rescató el cuerpo de San Ernesto y libertó a once prisioneros que escaparon así al furor de los turcos. Los rescatados eran alemanes, y de regreso a su patria visitaron al abad de Zwifulda, Bertoldo, a quien informaron por menudo del martirio de su glorioso antecesor; entregáronle, además, una carta del citado Mansilio en que brevemente se exponía la historia de todos estos sucesos.

El terrible martirio de San Ernesto aconteció, según las necrologías y los

martirologios conservados en la abadía de Zwifulda, el 7 de noviembre del año 1148. «Poco tiempo después de haber dado sepultura a su santo cuerpo —añade Marsilio—, fué éste llevado a Antioquía por los cristianos; hoy se halla enterrado en un santuario próximo a la iglesia de los santos Apóstoles Simón y Judas, y su sepulcro cobra gran fama por los numerosos milagros que en él se verifican».

No era ésta la última traslación que debía experimentar. Actualmente, en el altar de la Santísima Virgen de la iglesia de la Trinidad, en la ciudad de Salzburgo —iglesia perteneciente al Seminario eclesiástico—, existe un magnífico relicario que lleva esta breve inscripción: ***Huesos de San Ernesto, mártir.*** **Sábese que llegaron allí por la donación del príncipe Antonio Floriano al arzobispo de Salzburgo el día 6 de junio de 1700, que fueron recibidos con inenarrables demostraciones de alegría y acción de gracias, y que a su llegada dispararon las baterías de la ciudad.**

El acto de donación, rubricado en Roma con todas las formalidades legles del caso el 6 de junio de 1694, y avalado además con el sello del cardenal vicario, dice que el santo cuerpo fué exhumado, con la venia del Sumo Pontífice, del «Cementerio de Santa Elena».

El ignorar cómo pasaron los restos preciosos del Santo, de Antioquía al cementerio de Santa Elena, no obsta para que se pueda conjeturar con gran verosimilitud que el cuerpo que se venera en Salzburgo es en verdad el cuerpo del santo abad de Zwifulda. Fundamenta esta opinión lo que venimos diciendo y el venírsele tributando culto público desde tiempo inmemorial.

SANTORAL

Santos **Ernesto, abad y mártir;** ***Engelberto, arzobispo de Colonia, mártir;*** Herculano, obispo de Perusa, mártir; Juan Gabriel Perboire, mártir en China; *Wilibrordo, obispo de la Frisia; Florencio, obispo de Estrasburgo;* Rufo, obispo de Metz; Aquiles o Aquilas, patriarca de Alejandría; Prosdócimo, consagrado por San Pedro como primer obispo de Padua; Balduino, obispo de Tours, y Restituto, de Valencia, en Francia; Agmaro, obispo de Beauvais, y Amando, de Clermont; Leopardo, obispo de Ósimo, en la Marca de Ancona; Weinfrido y Amando, presbíteros; Melasipo y Antonio, mártires en Ancira Aucto, Taurión y Tesalónico, mártires en Macedonia; Hierón, Nicandro, Esiquio y treinta compañeros, mártires en Armenia; Jacinto María Castañeda, Amaranto, Alejandro de Tesalónica y Rogato y compañeros, mártires; Román, confesor; *Fortián o Fortunato, uno de los Santos Inocentes de Belén, venerado en Torelló (Barcelona)* (Véase en 28 de diciembre, página 589). Beatos Onofre Gisbert, carmelita Ángel de Isquitella, franciscano, y Antonio Baldinucci, jesuíta, confesores. Santas Carina, mártir junto con los santos Melasipo y Antonio, Gertrudis, hermana de San Adolfo, abadesa.



Silla del mayordomo avaro — Moneda de Calixto II

DÍA 8 DE NOVIEMBRE

SAN GODOFREDO

OBISPO (1065 ó 1066-1115)

A mediados del siglo XI, existía en las cercanías de Peronne un floreciente monasterio benedictino, construído en 664 y dedicado al glorioso mártir San Quintín. El tiempo y las vicisitudes lo hicieron desaparecer, pero dura aún su recuerdo entre los laboriosos habitantes de la región que han dado vida a las ruinas, construyendo sobre ellas un pintoresco villorrio bautizado con el nombre de *La Abadía*.

Vamos a historiar brevemente la vida de uno de los más preclaros superiores de ese santo cenobio, San Godofredo, pariente bastante próximo del célebre jefe de los cruzados Godofredo de Bullón.

Viajaba cierto día el abad de Monte San Quintín de Peronne por los contornos de Soissons, y se detuvo en casa de un habitante muy rico del pueblo de Moulicourte, llamado Frodón, que vivía apaciblemente con su esposa Isabel, ambos de honda raigambre cristiana.

Muy pronto se terció en la conversación de los señores con su huésped el tema religioso, y hablaron de las Sagradas Escrituras, de la dicha celestial y de la futilidad de los bienes terrenales. Preguntó luego el abad a sus amables interlocutores si no tendrían algún hijo consagrado al Señor. Hasta

entonces sólo dos les había concedido el Cielo y hallábanse ambos en el servicio militar desde hacía unos cuantos años. Ni habían tenido más descendencia, ni veían probabilidad de dar a Dios un tributo tan justo y que tanto honra a una familia cristiana. Exhortólos el abad a pedir al cielo con oraciones y buenas obras otro hijo, y prometióles que sus ruegos serían atendidos. Efectivamente, contra toda esperanza, algún tiempo después, en 1065 ó 1066, brotaba de ese vetusto tronco un retoño vigoroso que debía ser su mayor gloria. Parece como que el Señor esperara de sus siervos aquel acto de profunda fe para arrojar sobre la casa el torrente de sus bendiciones. Los dichosos padres ya no pensaron sino en corresponder dignamente a gracia tan especial y que en modo alguno creían merecer.

EN EL MONASTERIO DE MONTE SAN QUINTÍN

LOS dichosos padres apresuráronse a llevarlo al monasterio para ofrecerlo al Señor, cual otro Samuel; allí, por mano del mismo abad, fué administrado el bautismo al tierno infante. A la corta edad de cinco años franqueó nuevamente las puertas de la abadía para morar en ella definitivamente. Impúsosele el hábito monástico y dió desde luego pruebas de su futura santidad, pues habiéndole picado una grulla entre los dos ojos con tal violencia que naturalmente debía perderlos, invocó el niño el santo nombre de Jesús y, haciendo la señal de la cruz sobre la abierta herida, sanó al punto, si bien le quedó una leve cicatriz como testimonio perpetuo del admirable prodigio.

A pesar de sus pocos años, fué Godofredo modelo acabado de vida religiosa; empleaba el día en el estudio y en el canto de las divinas alabanzas, y, sin que lo advirtieran sus Hermanos, pasaba buena parte de la noche en oración ante los altares de Santo Tomás y de San Egidio, que, para el servicio de la Comunidad, estaban entre el dormitorio y la enfermería. Su ayuno era casi continuo y pasábase a menudo sin probar alimento hasta la tarde. Esos días únicamente tomaba un poco de pan y agua.

Las virtudes en que más se distinguió fueron la prudencia, la humildad y la caridad. Lo ejemplar de su conducta mereciόle la plena confianza de sus superiores, los cuales fueron encargándole del cuidado de los enfermos, de los huéspedes, de los pobres, y, por fin, de la administración económica de la abadía; oficio que cumplió satisfactoriamente en todo, de manera que nadie tuvo ocasión de lamentarse de su desempeño.

Oraba de continuo por los miembros de su familia, y merced a sus oraciones y santas pláticas logró que su hermano Odón dejase la milicia para unirse a él en la abadía, donde vivió santamente.

RESTAURACIÓN DE UNA ABADÍA

VEINTE años de vida religiosa llevaba nuestro Santo y aun no había sido ordenado sacerdote, sin más motivo que su humildad. Resistíase a aceptar tan noble ministerio por no creerse ni digno ni capaz para desempeñar debidamente sus elevadas funciones; pero las razones y los paternales ruegos del abad quebrantaron al fin su resistencia y acallaron los reparos que ofrecía, con lo que recibió los sagrados órdenes de manos de Radboco II, obispo de Noyón y de Tournai, diócesis en que estaba enclavado el monasterio.

Poco después, el arzobispo de Reims deseó restablecer la observancia en la abadía de Nuestra Señora de Nogent, que por entonces sólo contaba con seis religiosos y dos aspirantes. Aconsejado por los obispos de su provincia, buscó quién pudiera reavivar la vida cenobítica ya agonizante del monasterio, y la elección, recaída en nuestro Santo, fué luego confirmada por el rey. Godofredo tuvo que sacrificar su humildad y resignarse a emprender la difícil tarea que se le confiaba.

Fortalecido con la bendición de Helinando, obispo de Laon, llegó a Nogent en 1095. El estado del monasterio era deplorable: la iglesia estaba en ruinas; completamente agrietadas o derruídas las habitaciones; enajenadas las fincas y cubiertos los claustros de zarzas y malezas. No le acobardó aquel lastimoso espectáculo: reparó la iglesia, preparó nuevos dormitorios, recobró las fincas usurpadas y puso el mayor esmero en implantar la observancia regular, especialmente en un núcleo de jóvenes que él mismo formó y vistió con la librea benedictina, y que fué después como levadura de santidad que debía influir en la masa general. Nuestra Señora de Nogent resurgía a ojos vistas, y al extenderse su fama por Francia, afluyó la juventud al monasterio ganosa de participar en la gloria de aquella espiritual restauración.

ABNEGACIÓN Y FIRMEZA DEL SANTO. — SUS MILAGROS

EN 1097, con ocasión del concilio de Reims, al que asistió Godofredo, el arzobispo de Chatillón, Manasés, rogóle quisiera tomar la dirección de la abadía de San Remigio, sita en la demarcación de su archidiócesis. Resistióse Godofredo con muy atinadas razones; pero, al insistir aquél, contestó resueltamente que entendía ser más correcto no aceptar, por cuanto así daba cumplimiento fiel a un canon del concilio de Nicea, que decía: «No se debe, ni se puede despreciar una esposa pobre por otra más rica.» Admirado el arzobispo de su desinterés, no quiso insistir ya más y dejó al buen

abad en su abadía predilecta. Godofredo atendió a las necesidades espirituales y materiales de la Comunidad, con tanta solicitud y prudencia que pronto se hizo querer de todos. Consérvanse aún algunos pergaminos de 1100 y de 1102 en los que se consignan ciertos privilegios otorgados al monasterio de Nogent a ruegos de nuestro Santo.

Este cuidado amoroso y paternal para con sus súbditos, no estaba reñido con el rigor y severidad cuando las circunstancias lo exigían, particularmente en lo tocante a la santa obediencia, como lo prueba el hecho siguiente: Cierto día, el ecónomo del convento desoyó la voz de su superior que le ordenaba prestase una silla de montar. Llamó al interesado y reprochóle públicamente su conducta. Luego mandó encender una hoguera, y tomando él mismo la silla, arrojóla al fuego en presencia de toda la comunidad.

La santidad de Godofredo resaltaba en todos sus actos y en no pocos de ellos brilló con el resplandor del milagro.

Sufría el país una terrible sequía; los ríos habíanse quedado sin agua; y moríanse de sed los animales. En tan duro trance, el obispo de Amiens pidió consejo al abad de Nogent, que gozaba gran reputación de santidad, sobre lo que convendría hacer para merecer del cielo que cesara la calamidad. Godofredo recomendó un ayuno general en la diócesis, extensivo a hombres y animales, como había ordenado en otros tiempos Jonás a los ninivitas. Un día determinado reunióse en la iglesia de San Esteban gran muchedumbre de fieles para oír la palabra del santo religioso, el cual puso tal sentimiento en su oración, que llegó a penetrar en lo más hondo de los corazones, provocando sincero arrepentimiento de los pecados. Viendo Godofredo la excelente disposición de sus oyentes les prometió, en nombre de Dios, que muy pronto caería abundante lluvia, como efectivamente sucedió.

GODOFREDO, OBISPO DE AMIENS

HABIENDO renunciado Gervino al obispado de Amiens, el clero y el pueblo todo pusieron los ojos en el abad de Nogent para cubrir la vacante (1104). El único disconforme fué el electo, de forma que para vencer su resistencia fué preciso que el mandato viniera del Concilio de Troyes, que en abril de aquel mismo año se celebraba.

Godofredo fué en el palacio episcopal el mismo monje de Nogent, vistió siempre el hábito de benedictino y practicó, como en el convento, la sencillez, la pobreza y austeridad de vida. Las puertas de su morada estuvieron siempre abiertas a los pobres; diariamente sentaba a su mesa trece de ellos y humilde les lavaba los pies y servía la comida. No excluía de tan cariñoso trato y distinción ni a los mismos leprosos. Entraba cierto día en la iglesia de



SAN *Godofredo tomó el camino de Roma para defender allí los derechos de su obispado. Cuando atravesaba los Alpes con su compañero, encontró a una pobre mujer expuesta a perecer de frío, y, olvidado de la propia necesidad, despojóse del manto para entregárselo a la desgraciada.*

San Fermín y, viendo a algunos de estos desgraciados junto a la puerta, se acercó a ellos, encomendóse a sus oraciones y dió orden al intendente de palacio para que les preparase de comer. Olvidóse éste de lo mandado, y tres o cuatro horas después, ya algo impacientes, sonaron sus campanillas los leprosos. Oyólas el señor obispo, bajó presuroso, y enteróse con honda pena del olvido de su intendente. No encontrando dinero en su bolsa, pues ya la había vaciado durante el día en favor de los pobres, fuése a la cocina y, hallando la cena preparada, tomóla entera y se la sirvió a los leprosos con muestras de gran contento.

En 1105 giró una visita a la abadía de San Valero. De ella surgió un proceso por entender los monjes que no dependían de la jurisdicción del obispo de Amiens. En una asamblea que al efecto se convocó en aquella ciudad, el clero regular y secular se manifestó en contra de la opinión del Santo. Consultó entonces Godofredo al arzobispo de Reims, quien dió razón a su sufragáneo. No conformes los adversarios con este laudo, acudieron al Romano Pontífice enviando al efecto una buena diputación a la Ciudad Eterna. Estas incidencias del proceso dieron motivo para que Godofredo fuese también a Roma. Al atravesar los Alpes tuvo ocasión de salvar de la muerte a una buena mujer que perecía de frío entre las nieves de los montes; para ello, despojóse de su capa en favor de la pobre desgraciada. Al llegar a Roma, se enteró de que sus adversarios habían obtenido cartas del papa Pascual II, fechadas en Benevento el 12 de marzo de 1106, por las que se resolvía en definitiva que la abadía y los monjes quedarían en lo sucesivo sometidos únicamente a la jurisdicción pontificia.

Conforme con esta decisión, tomó el camino de Bari, donde pasó largas horas en oración ante las reliquias de San Nicolás de Mira. El obispo de la ciudad le obsequió con una ampollita de cristal que contenía aceite milagroso del cuerpo del Santo. Púsose al cuello Godofredo tan precioso regalo y a su virtud sobrenatural atribuyó el haber escapado de todo peligro en tan largo y dificultoso trayecto.

Según el monje Nicolás de Soissons —autor generalmente digno de fe, aunque no tanto tal vez en el presente caso—, durante el viaje de regreso de nuestro Santo, el papa Pascual II, que debió de examinar nuevamente y con mayor detención el asunto en litigio, lo resolvió en favor de la silla de Amiens, y expresó públicamente su complacencia por la firmeza de Godofredo en la defensa de los derechos diocesanos. De esta afirmación no queda rastro en ningún documento que merezca crédito.

Demostró Godofredo gran celo por el culto de los Santos. En 1106 colocó el cuerpo de San Fermín en una preciosa urna, que se habría hecho, según comúnmente se cree, con la fundición de las joyas entregadas por los fieles a ruegos de su amado pastor. Lo propio hizo con los sagrados restos de

San Salvio el día 11 de junio de 1111, y quizá en 1113 con los de San Lupicino, sacerdote a quien se debió el descubrimiento milagroso de los cuerpos de los santos Fusciano, Victorico y Genciano.

Aplicóse también con gran solicitud a la reforma del clero. Con este fin autorizó a su amigo Balderico, obispo de Noyón, para la fundación de una comunidad de Canónigos Regulares, con el fin de mantener la integridad de las sanas costumbres y la dignidad de la vida eclesiástica; y, a imitación de este su celoso amigo, fundó Godofredo otra en San Martín de Amiens, después de haber obtenido del papa Pascual II, el 11 de mayo de 1109, las cartas de aprobación. No se hicieron esperar los frutos de esta iniciativa, de la cual derivaron grandes bienes espirituales en su amada diócesis.

FUEROS COMUNALES

EN el reinado de Luis VI entablóse fuerte lucha entre el poder real, sostenido por Sugerio, abad de San Dionisio, y los señores feudales. Los habitantes de ciudades y pueblos, apoyados en muchas partes por los obispos y por el clero, solicitaron de sus señores que se les garantizaran, mediante el documento llamado «carta», ciertos fueros comunales. Unos atendieron la súplica, pero otros hicieron oídos sordos a la voz del pueblo y provocaron verdaderas guerras civiles.

Dominaban en Amiens cuatro grandes señores: el obispo, su delegado, el castellano o señor del castillo, y el conde. Los dos primeros apoyaban las pretensiones del pueblo y los otros dos querían conservar su situación privilegiada. Varios años duró la lucha, que por cierto ocasionó numerosos incidentes, algunos menos graves y otros muy sangrientos. Godofredo tuvo necesariamente que intervenir en estos litigios, como sucedió en enero de 1107 en favor de Adán, señor del castillo de Amiens, que se hallaba prisionero de su «vidamo» —viceseñor o delegado—, y otra vez más en favor de este último, caído en manos del conde Guillermo de Ponthieu.

Con carácter de mayor gravedad se presentó la situación de Laon en 1113. Estaba la ciudad en abierta rebeldía contra sus incomprensivos y duros señores; como en anteriores ocasiones, Godofredo y su «vidamo» atendieron solícitos las justas reclamaciones del pueblo, pero los otros dos señores negáronse rotundamente a parlamentar, por lo que los de Laon se levantaron contra sus opresores, e iniciaron una feroz guerra civil que durante dos años anegó en sangre la región y llenó de infinita amargura el corazón del Santo, cuyos buenos oficios no quisieron aprovechar los contendientes.

Fácil es suponer lo penoso que después resultaba volver a espiritual concordia a los desavenidos, siempre ansiosos de venganza.

EN LA SOLEDAD. — LA GRAN CARTUJA

CON las convulsiones y desórdenes civiles había cundido la relajación de costumbres. Compréndese fácilmente cuánto apenaría al Santo esta triste situación. Además, la preponderante posición del obispo, no sólo en los asuntos de la diócesis y de la ciudad sino en una vida social y política tan turbulenta y agitada, y la necesaria actuación en este orden de cosas, atrájole enconadas enemistades, por lo que, al verse asediado por tantas contrariedades y amarguras, su pensamiento y corazón volaban con frecuencia hacia la Gran Cartuja, morada de paz y sosiego del espíritu, adonde suspiraba ir para terminar tranquilamente los últimos años de su vida.

Esta preocupación no le impedía darse de lleno y con toda actividad a las obligaciones de su cargo; así le vemos, el 2 de septiembre de 1114, asistir al Concilio provincial de Reims y, el 6 del mismo mes, presidir la dedicación de Nuestra Señora de Laon. Pero cada día se hallaba más agobiado por el peso de sus trabajos, por lo que desde Beauvais dirigió al obispo Ivo de Chartres una carta en que le exponía las zozobras, vejámenes y sinsabores innumerables que tenía que sufrir, y solicitaba por lo menos el lenitivo de sus consejos.

Sea que Ivo le recomendara el retiro, o que la tirantez de la situación se acentuara aun más, en el mes de noviembre de 1114 huyó secretamente a la Gran Cartuja, deteniéndose antes algunos días en Cluny. Su estancia en aquella mansión de paz duró hasta el 3 de marzo de 1115.

REGRESO A AMIENS. — MUERTE DE GODOFREDO

EN el preciso momento en que nuestro Santo entraba en aquella soledad que debía saberle a tierra de promisión, los vecinos de Amiens se presentaban en el Concilio de Beauvais con las dimisorias de su obispo y en solicitud de un nuevo pastor. La resolución debió de aplazarse, pues algunas semanas después, el 6 de enero de 1115, el Concilio de Soissons decretaba que el obispo de Amiens se reintegrase inmediatamente a su diócesis. Vióse precisado a obedecer. Regresó, pues, a Amiens, y aun desplegó prodigiosa actividad en el último año que le quedaba de vida. A principios de junio, tuvo parte en el Concilio de Chalons; el 16 del mismo mes reunió un sínodo en su ciudad episcopal.

Con ocasión de un viaje a Reims, para conferenciar con su arzobispo, Raúl el Verde, detúvose en Soissons, y habiéndolo sabido el venerable Otón, restaurador de la abadía de San Crispín el Grande, situada en las proximi-

dades de esta ciudad, apresuróse a invitarle para oficiar de pontifical en la solemnidad de los santos Crispín y Crispiniano, que en aquellos días iba a celebrarse. Aceptó el Santo, y su presencia fué para la Comunidad una fecha de gratísima memoria. A pesar de la fiebre que le consumía, pasó largas horas en oración ante las reliquias de ambos mártires, con gran edificación de todos los monjes.

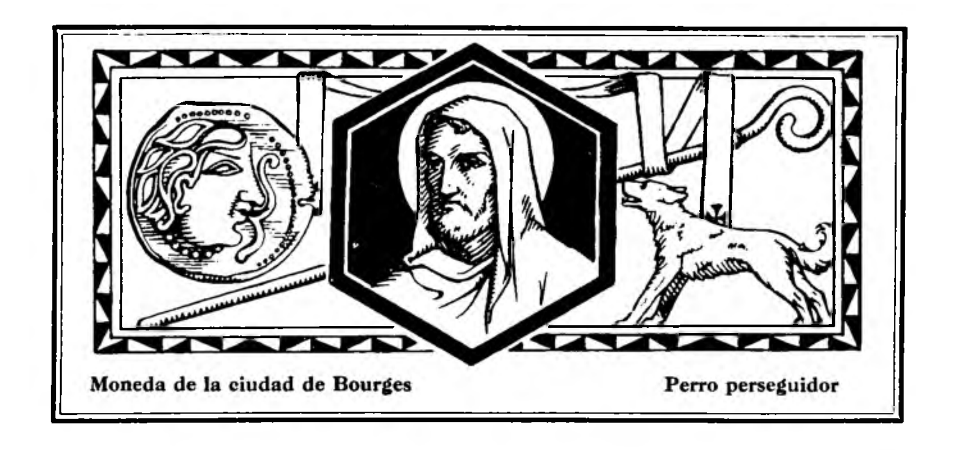
Al día siguiente, desoyendo los insistentes ruegos de los monjes, que querían retener algunas horas más a tan ilustre huésped, emprendió el camino de Reims; pero, como la fiebre aumentaba y no podía dar un paso más, de cansancio, tuvo que interrumpir el viaje. Estaba a dos leguas del monasterio. Se le llevó al pueblo más próximo, donde se le prodigaron los primeros cuidados, y al cabo de tres días fué conducido en barca, ya muy grave, al monasterio de donde en mala hora saliera. Sucedía esto el 29 de octubre. Aun sobrevivió algunos días, al cabo de los cuales, después de recibir los santos sacramentos de manos del obispo de Soissons, entregó a Dios plácidamente su preciosa alma a los cincuenta años de edad.

Su cuerpo fué inhumado en medio del coro, y permaneció allí hasta el 4 de abril de 1138, fecha en que se le depositó delante del altar mayor de la iglesia abacial. En 1617 hiciéronse diligencias para hallarlo, pero sin resultado positivo.

Godofredo ha sido honrado como Santo en la diócesis de Soissons desde su fallecimiento, o sea, desde el 8 de noviembre de 1115. En cambio, en Amiens, aunque desde el 10 de mayo de 1116 su sucesor, Enguerrando, afirmara en el panegírico del Santo «que estaba ya agregado a la sociedad de los justos», el culto de que actualmente goza data de fecha muy posterior. El primer documento que hace mención es un Martirologio de 1515, y el oficio propio del Santo fué incluído en el Breviario en 1618. Su fiesta, desde entonces, por causa de la octava de Todos los Santos, pasó al 9 de noviembre. En la actualidad se ha fijado en el día 16 del mismo mes. El Martirologio romano, sin embargo, conmemora su glorioso tránsito el 8 de noviembre.

SANTORAL

Los Cuatro Santos Coronados: Severo, Severiano, Carpóforo y Victorino, hermanos, mártires en Roma. Santos **Godofredo, obispo;** Diosdado o Deodato, papa; *Alvito, obispo de León;* Wilebaldo, obispo de Brema, y Mauro, de Verdún; Droctoaldo y Quebio, también obispos; Colombo, dominico Claro, presbítero y monje; Claudio, Nicóstrato, Sinforiano, Castorio y Simplicio, mártires en Roma durante el gobierno de Diocleciano. Beatos *Gregorio, abad;* Pedro de Rufia, dominico, mártir de los herejes. Santas Orícula y Basilisa, hermanas, vírgenes y mártires de los vándalos; Leuferina, abadesa.



Moneda de la ciudad de Bourges — Perro perseguidor

DÍA 9 DE NOVIEMBRE

SAN URSINO

OBISPO (del siglo I o III)

SEGÚN las *Acta Sancti Ursini,* San Ursino debió de ser uno de los setenta y dos discípulos de Nuestro Señor, y es tal vez el mismo Natanael; asistiría a la santa Cena, a los pasos postreros de la vida de Jesucristo y a la lapidación del glorioso protomártir San Esteban. «Este Natanael —dice un texto antiguo— fué uno de los siete discípulos a quienes se apareció Jesucristo resucitado en el mar de Tiberíades. Después de la ascensión del Señor dejó el nombre judío para tomar el de Ursino, y el mismo apóstol San Pedro le daría el encargo de bautizar a los bitúrigos, a cuyo fin estableció su sede en la ciudad de *Avaricum* o Bourges, de las Galias, y desde allí, tras una vida colmada de méritos, voló al cielo.»

Estas «Actas» no son anteriores al siglo VIII o al IX, pero han gozado de gran crédito hasta el siglo XVIII, a tal punto, que el Martirologio parisiense, publicado en 1537, hace en el día 29 de noviembre la siguiente mención del Santo: «En Bourges, primacía de Aquitania, deposición del bienaventurado Ursino, confesor, primer arzobispo de Bourges, que fué enviado a esta población por el santo papa Clemente para predicar la fe de Cristo.» Cierta tradición dice ser este santo arzobispo el mismo discípulo

del Señor conocido con el nombre de Natanael, uno de los felices comensales en la última Cena, cuando el Señor estaba a punto de padecer por el rescate del mundo, y que en ella desempeñó el oficio de lector.

Ya se habrá notado la contradicción existente entre ambos relatos con estar tomados de la misma fuente, pues en el primero se dice que fué enviado por San Pedro y en el segundo que lo fué por San Clemente.

Los hagiógrafos modernos prefieren apoyarse en base más firme, y como tal consideran los documentos que nos ha dejado San Gregorio Turonense en su *Historia de los Francos* y en el *Tratado de la gloria de los confesores*. Las lecciones del oficio diocesano, editado en 1917, están sacadas, a veces textualmente, de San Gregorio de Tours. Ésta será también nuestra fuente para las brevísimas notas de su vida que vamos a consignar.

OBISPO EN LAS GALIAS

ASÍ, pues, tras haber cumplido un intenso programa de santificación personal y de apostolado junto a los discípulos de los Apóstoles, sus maestros, fué elegido por ellos para compartir la función pastoral entre los fieles. Recibida la consagración episcopal al mismo tiempo que se le asignaba su nuevo campo de evangelización, en las Galias, emprendió sin más el largo viaje. No bien llegó a la ciudad de los bitúrigos, púsose a predicarles con ardoroso celo. Hubo de costarle grandes trabajos el comienzo de aquella empresa, mas no por eso se desalentó, antes se animaba con el choque de las dificultades.

De entre sus primeros convertidos, eligió Ursino un grupo de los que juzgaba más idóneos y dispuestos, y dióse de lleno a prepararlos para el sacerdocio, a fin de sumarlos a su labor. Bien penetrados de la doctrina y enseñanza apostólicas, dedicáronse, además, a estudiar las ceremonias del culto cristiano y aprendieron a salmodiar y a construir iglesias.

En aquella ocasión —como de ordinario sucede— fueron los pobres los primeros en oír y escuchar la divina palabra. Y, como no tuvieran otra solución, hubieron de elegir por templo e iglesia lugares menguados y ruinosos o tal cual habitación más o menos adaptable a las necesidades.

En estas circunstancias, quiso obtener Ursino, de un personaje muy influyente en la población, una casa cuyas condiciones parecían responder satisfactoriamente a sus deseos; mas no dieron resultado sus diligencias, porque aquél, como la mayoría de los ricos de entonces, estaba aferrado a las costumbres paganas y hubiera tenido por execrable mancha el favorecer de algún modo a las religiones no oficiales, sobre todo al Cristianismo, antítesis del paganismo en que él vivía.

GENEROSIDAD DE SAN LEOCADIO

COMO se le cerrara esta puerta, llamó Ursino a otra; esta vez con mejor resultado. Cierto senador de las Galias, llamado Leocadio, cuya residencia habitual estaba en Lyón, poseía en Bourges una casa que parecía bastante conforme para los fines que el Santo pretendía. Presentóse a este ilustre personaje una comisión de cristianos presidida por su amado pastor y expúsole con paladina franqueza su condición religiosa y el objeto de la visita. Este caballero, aunque pagano, había demostrado siempre a los cristianos mucha benevolencia. San Gregorio Turonense nos dice que descendía de Vettio Epagato, uno de los mártires que dieran su sangre por la fe en la persecución del año 179. El noble caballero accedió, pues, muy complacido a los deseos de los visitantes, considerando como alto honor el ceder su casa para tan nobilísimo fin.

Postráronse a sus pies los peticionarios y le ofrecieron 300 monedas de oro, y así desvanecieron pronto los temores de Leocadio de que tal vez la casa no fuera lo bastante digna para el alto fin a que iba a ser destinada. Al mismo tiempo, garantizáronle que habían estudiado bien el asunto y hallaban que la casa cumplía magníficamente las condiciones del nuevo fin a que la destinaban.

Leocadio tomó, sólo por delicadeza, tres monedas, y regalóles generosamente las restantes. Poco después abjuraba los errores idolátricos, lo mismo que su hijo Lusor o Ludro. Convertíase así su propio palacio en templo del verdadero Dios. Tal fué el origen de la primera iglesia de la ciudad, notable por su admirable distribución interior y por la posesión de importantes reliquias del glorioso protomártir San Esteban.

MUERTE DE URSINO

POSEEMOS escasísimos documentos de la vida del primer obispo de Bourges. De su muerte tampoco sabemos con precisión la fecha, aunque parece ser que acaeció el 29 de diciembre. Dióse tierra a los sagrados restos en el cementerio común, junto a los demás cadáveres, sin distinción alguna en su sepultura. En aquellos tiempos, según refiere San Gregorio Turonense, no tenía aún el pueblo la cultura suficiente para comprender que los ministros del Señor merecen, por su dignidad, un tratamiento más honroso que la generalidad de los fieles.

Andando el tiempo, el camposanto se transformó en viña, y con ello se perdió todo rastro de la sepultura de San Ursino. De este modo, vino a

borrarse de la memoria de los fieles la noble figura de su primer pastor. El milagroso descubrimiento de las reliquias, acaecido en el siglo V, cuando gobernaba la diócesis el obispo San Probiano, acabó con aquel inexplicable olvido y devolvió al cariño de los devotos aquella espiritual riqueza.

DOS APARICIONES DEL SANTO

EL acontecimiento más memorable del gobierno del precitado obispo fué la invención de los restos mortales de San Ursino. Por este tiempo vivía en el mismo palacio arzobispal un santo sacerdote llamado Augusto, conocido también por el nombre de Agosto, duplicidad de nombre que ha venido a originar cierta confusión. Tenía las manos y los pies tan atrofiados que no podía en absoluto servirse de ellos: movíase a rastras apoyando los codos y las rodillas en tierra, empero llevaba con tan gran resignación su desgracia y era tan fervoroso que comunicaba íntimamente con Dios.

Cierto día inspiróle el Señor que en uno de los arrabales de Bourges, que está en la actualidad incorporado a la ciudad, hiciese construir un oratorio público, y lo dedicase a San Martín. Ingenióse el piadoso sacerdote para inspirar tal entusiasmo, que en muy poco tiempo quedó convertido en realidad su proyecto. Recompensó el Cielo con largueza su fervor, pues habiendo llevado Augusto al nuevo templo una reliquia de San Ursino se vió totalmente libre de su achaque en el momento de depositarla en él.

Sumamente agradecido a la bondad divina y a su bienhechor, redobló el fervor dándose de lleno a la vida mística; y tras haberse ganado la voluntad de algunos sacerdotes, constituyó con ellos una comunidad monástica; pero duróle poco este régimen de vida, pues conociendo el prelado la santidad del sacerdote y el gran bien que podía hacer entre los fieles, nombróle párroco de la nueva iglesia que acababa de construirse, extramuros de la población, bajo la advocación de San Sinforiano.

Desempeñaba este nuevo cargo, cuando, una noche, apareciósele San Ursino y le dijo:

—Vete, cava la tierra, y hallarás mi cuerpo; soy Ursino, el primer obispo de la ciudad.

—¿Y adónde he de ir —respondió Augusto— para hallar vuestra tumba, si ignoro cómo fuisteis enterrado?

Tomóle entonces de la mano el Santo, condújole al lugar que había sido cementerio y estaba entonces convertido en viña, y le dijo:

—Aquí bajo estas cepas descansa mi cuerpo.

Al despertarse contó el sacerdote a su obispo la visión que acababa de tener; mas éste ni le dió importancia alguna ni se preocupó de hacer la más



SAN *Ursino, apóstol de los bitúrigos, tiene no poco que sufrir de estos paganos. Trátanle de «perro cristiano» y no hay insulto y palabra infamante que no le dirijan. Pasan además a las obras: le apedrean, danle de palos y lanzan contra él los perros de la ciudad, mas no consiguen amedrentarle.*

leve diligencia para saber lo que podría haber de cierto en la referencia del piadoso sacerdote.

Sucedió también por aquellos días, que San Germán, obispo de París, visitó la ciudad de Bourges y se hospedó en el palacio episcopal. Durante el sueño, aparecióselc San Ursino, al mismo tiempo que lo hacía ya por segunda vez a San Augusto, y, después de dársele a conocer, invitóle a seguirle hacia las afueras, al desaparecido cementerio. Mostróle allí el lugar donde se hallaban olvidadas sus reliquias, y le encareció trabajara cerca de Probiano para conseguir llevarlas a más digna tumba.

INVENCIÓN DE LAS RELIQUIAS

REUNIÉRONSE luego en la iglesia de San Sinforiano para el rezo de Maitines, y, terminado éste, comunicó Germán a Augusto la referida visión. Notificóle éste a su vez que también él la había tenido en idéntica forma y con los mismos pormenores, por lo que, seguros del carácter sobrenatural de la misma, fueron por la noche, acompañados solamente de otro ministro del Señor, provisto de una lámpara, al lugar aquel que se les había indicado, y, cavando a bastante profundidad, hallaron el féretro; abriéronlo y vieron con santa admiración que el cuerpo se hallaba incorrupto y en actitud de quien duerme un plácido sueño. Volvieron a colocar la tapa del ataúd, y a la mañana siguiente relataron al obispo la visión que ambos habían tenido y el maravilloso resultado de la misma.

Profundamente conmovido, convocó Probiano a los abades y a todo el clero, y, en procesión solemne y entonando cánticos de alabanza al Señor, glorificador de sus Santos, acudieron a recoger el cuerpo y lleváronlo a la iglesia. Necesitáronse muchos hombres para transportarlo, pues pesaba cual si fuera de plomo. Al llegar al pórtico de la iglesia, como a causa de la amplitud de las andas y del excesivo peso hubiera dificultad para introducirlo en ella, dirigió San Germán al cuerpo de San Ursino la siguiente súplica:

—¡Oh santo sacerdote del Señor!, si es vuestro beneplácito el morar en esta iglesia, dádnoslo a conocer de algún modo cierto.

Repentinamente perdió el féretro su extraordinario peso y con la mayor facilidad pudo ser introducido en la iglesia sin necesidad de las angarillas, y en manos de muy pocos hombres, en lo cual conocieron claramente la voluntad del Santo de querer permanecer allí.

Después de la misa, inundados los fieles en santo júbilo por la preciada posesión del cuerpo de su primer obispo, inhumáronlo cerca del altar. El Santo demostró su aquiescencia realizando entonces muchos y grandes milagros, de los que pronto se hicieron lenguas cuantos testigos había.

TRASLADO PROVISIONAL DE LAS RELIQUIAS

POR los siglos IX o X, debieron de ser accidentalmente trasladados los restos de San Ursino de la iglesia de San Sinforiano, para evitar las profanaciones de la invasión normanda, que por entonces asolaba la región de Berry. Fueron probablemente llevados a la abadía benedictina de Vaucluse en el Franco Condado. Como recuerdo de este acontecimiento, guardáronse los monjes buena parte de aquel preciadísimo tesoro; así se explica perfectamente el hecho de que la iglesia de San Mauricio, sita en la diócesis de Besançon, cercana a la citada abadía, posea en la actualidad reliquias de nuestro Santo.

La parte restante del sagrado cuerpo fué devuelta solemnemente a la iglesia de San Sinforiano, que había sido su primera morada. Dicha iglesia quedó, a partir de entonces, bajo la advocación de San Ursino.

En 1012, el conde Godofredo transformó la iglesia en colegiata. Durante la Revolución francesa permaneció cerrada al culto; vendióse en 1793 para ser demolida seis años después, y conservóse únicamente como monumento arquitectónico de gran mérito la puerta románica, que hoy figura en una de las avenidas principales de la ciudad.

NUEVOS RECONOCIMIENTOS DE LOS SANTOS RESTOS

EN 1239, San Felipe Berruyer, patriarca de Bourges, hizo nuevo reconocimiento del cuerpo del Santo y lo envolvió en un cuero blanco que a su vez encerró en una preciosa urna de plata dorada, fruto de la propia generosidad. Colocado en un sarcófago debajo del altar mayor, permaneció allí hasta el 3 de marzo de 1377, en que el obispo Beltrán de Chanac, a ruegos del duque de Berry, verificó otro reconocimiento.

Se obsequió al duque con algunos huesos que luego fueron diseminándose por varias partes.

La urna a que acabamos de referirnos, fué abierta el 25 de febrero de 1475 en presencia de Luis XI —rey devotísimo de las reliquias de los Santos— y del arzobispo Juan Cœur, hijo del ilustre joyero de Carlos VII.

El cuerpo de San Ursino, que en 1562 había sido respetado por el vandalismo protestante, dueño entonces de Bourges, desapareció con el vendaval de la Revolución de 1793. Púdose, sin embargo, salvar algunos fragmentos juntamente con otras reliquias más de San Esteban y de San Austregesilo, en una cajita de plomo oculta en el altar mayor de la catedral de Bourges.

En el siglo XIX, el arzobispo de Besançon, monseñor Mathieu, hizo donación al arzobispo de Bourges de una importante reliquia que poseía su diócesis, probablemente desde el siglo IX o X.

RELIQUIAS DE SAN URSINO EN LISIEUX

LA ciudad de Lisieux, aromatizada en nuestros días por el lirio carmelitano, Teresa del Niño Jesús, fué depositaria en 1055 de considerables reliquias de San Ursino. Ignóranse las circunstancias y motivos de esta feliz adquisición, y hasta hay quienes, como los Bolandos, sostienen ser éstas de otro Santo del mismo nombre. Se colocaron en el altar mayor de la catedral de San Pedro, con algunos huesos de los santos Patricio y Bertivino. (San Patricio fué obispo de Bayeux en el siglo V, y San Bertivino simple diácono. Celébrase su martirio en Lisieux el 11 de junio).

Las reliquias de estos tres Santos fueron colocadas más tarde en una urna de plata sobre cuatro columnas de madera dorada. Guillermo de Estourville, obispo a la sazón de Lisieux, así las encontró el 13 de abril de 1399 cuando procedió a un nuevo reconocimiento, cuyo proceso verbal vamos a reproducir en parte:

«Declaramos que examinando y considerando únicamente los intereses de nuestra Santa Madre la Iglesia y su mayor honor y gloria, el 13 de abril, después de la fiesta de Pascua de Resurrección del año 1399, indicción VIII, y en el sexto año del pontificado del papa Benedicto XIII —Pedro de Luna, el antipapa de Aviñón—, viendo también y considerando que la urna colocada sobre el altar mayor ha sido tenida en la mayor estima y veneración por los fieles, y hallándola en la actualidad bastante abollada y deteriorada por muchos contratiempos..., quisimos remediar en la medida de nuestras posibilidades las averías..., con la mayor solemnidad que nuestros recursos y entusiasmos lo han permitido, la hemos trasladado desde el lugar donde se hallaba el tesoro de la Iglesia, y en seguida, deseosos de ver las joyas inestimables que ninguno de los vivientes había visto, en el día precitado, con gran devoción y profunda reverencia hemos buscado con sumo cuidado, y comprobamos haber sido halladas las reliquias en la siguiente forma:

Primero, hemos hallado en el mismo relicario, como lo indicaban antiguas inscripciones y sobre todo la placa de mármol de la citada urna, el cuerpo de San Ursino con la mayor parte de la cabeza y numerosos huesos, envueltos en seda y lino, encerrado todo ello en un saquito de piel de ciervo y lacrado; sobre dicho saquito leíase la siguiente inscripción: *Corpus Beati Ursini cum magna parte capitis* (Cuerpo de San Ursino con la mayor parte de la cabeza.)»

Las reliquias de San Ursino que se hallaban en Lisieux, atravesaron el Canal de la Mancha, llevadas ocultamente por los ingleses en el siglo XV. Reclamadas más tarde, fueron en seguida reintegradas a la primitiva residencia. A su regreso a la ciudad, celebróse una grandiosa procesión, que desde entonces continuó realizándose anualmente.

Otros reconocimientos se han ido verificando con posterioridad; uno en el siglo XVII y dos más en el XVIII. Importantes reliquias desaparecidas durante la Revolución fueron halladas después en el año 1842.

La diócesis de Lisieux celebra la traslación de los restos de San Ursino y de sus compañeros el 11 de junio; el 9 del mismo mes la invención; y la fiesta principal, el 29 de diciembre.

En la catedral tenía dedicada una de las capillas laterales. El lunes de Pascua salía una procesión que recorría parte de la carretera de Bourges hasta el punto denominado la Cruz de San Ursino.

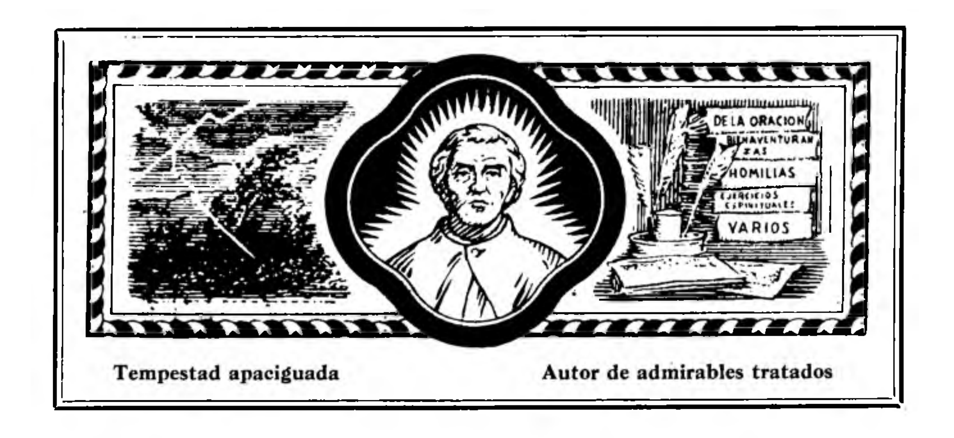
CULTO A SAN URSINO EN BERRY

CELEBRÁBASE primitivamente en Bourges la fiesta principal el día 29 de diciembre, es decir en el ciclo de las Navidades; añadióse después a ésta la que conmemoraba el traslado de los restos mortales, efectuado el año 1249; pero el 23 de octubre era, por razones locales, época poco propicia; y así, en 1249, solicitóse del papa Inocencio IV el poder transferirla al 9 de noviembre. Esta fecha ha quedado definitivamente como fiesta principal, sobreponiéndose a la que se suponía ser la de su muerte.

El papa Pío X proclamó canónicamente a San Ursino, primer obispo de Bourges, patrono principal de la diócesis.

SANTORAL

DEDICACIÓN DE LA BASÍLICA DEL SALVADOR, EN ROMA. (Véase el tomo de «Festividades», pág. 510). El Santo Cristo de Balaguer. Santos *Teodoro, soldado y mártir;* Ursino, obispo; *Benigno, discípulo de San Patricio;* Viano, obispo de Verdún, y Aurelio, de Ariarate, en Capadocia; Agripino, obispo de Nápoles, y Erfón, de Münster (Alemania) Juan de Bizano, presbítero y monje; Orestes, mártir en Capadocia bajo el emperador Diocleciano Esperato, mártir en Lyón; Flavio Clemente —sobrino de Vespasiano y primo de Domiciano—, cónsul romano, mártir Alejandro, mártir en Tesalónica; Leocadio, senador Montano, ermitaño; Maurino, diácono y confesor; Mocono, confesor. Beatos Monaldo de Istria y Bartolomé de Fabriano, franciscanos; Raimundo Scriptoris, mártir de los albigenses. Santas *Sópatra, hija del emperador Mauricio, y Eustolia, vírgenes.* Beatas Juana y Maldonada, vírgenes; María, agustina.



Tempestad apaciguada — Autor de admirables tratados

DÍA 10 DE NOVIEMBRE

SAN ANDRES AVELINO

TEATINO (1521-1608)

VIÓ la luz primera, por el año del Señor 1521, en Castronuovo, villa del reino de Nápoles: sus padres fueron Juan Avelino y Margarita Apella. En el santo bautismo se le impuso el nombre de Lanceloto que debía llevar hasta su entrada en religión. Sus padres, que eran ricos pero, sobre todo, piadosos, pusieron el máximo cuidado en inculcarle la virtud. Desde su infancia mostró Lanceloto tierna devoción a la Santísima Virgen a la que rezaba el santo rosario diariamente. Cuantos le trataban de cerca hubieron de descubrir en él a un futuro santo.

Terminados sus primeros estudios, vióse obligado a dejar la casa paterna y trasladarse a Venecia para seguir humanidades y filosofía; por espacio de cuatro años frecuentó las aulas con una laboriosidad jamás desmentida; sobresalió en todo momento entre sus condiscípulos y captóse el aprecio y admiración de los profesores.

Tras brevísima temporada que pasó con su familia, suplicó al obispo diocesano que le admitiera entre sus clérigos; al poco tiempo recibía la tonsura de manos del propio prelado. Trasladóse luego a Nápoles, para seguir la jurisprudencia y graduarse de doctor.

Terminados con brillantez sus estudios, fuérosle conferidos los órdenes sagrados. De seguir los impulsos de su humildad, tan sólo hubiese recibido los órdenes menores; pero, el deseo de tratar mas íntimamente con Dios, unido a su celo por la salvación de las almas mediante el desempeño del ministerio sacerdotal, hizo que dejara de lado sus escrúpulos.

La autoridad eclesiástica le encargó la dirección espiritual de un convento de religiosas. No se contentó él con prestarles todos los servicios necesarios para seguir la vida perfecta que habían escogido; notando que su Constitución precisaba una reforma, determinó emprenderla y tuvo el consuelo de ver coronados sus esfuerzos por el éxito más lisonjero: la regularidad, ausente muchos años del monasterio, volvió a florecer como en los mejores tiempos. Este suceso le atrajo el odio de algunos libertinos, que determinaron deshacerse de él dándole muerte. Un día al salir de la iglesia fué de improviso acuchillado por un sicario. Fueron tantos los golpes que recibió en el rostro, que hubiese quedado desfigurado para toda la vida, si la providencia amorosa de Dios no hubiese intervenido milagrosamente. El virrey de Nápoles ofrecióse a castigar a los autores del atentado; mas nuestro Santo no lo aceptó, pues no buscaba la muerte del pecador, sino su conversión. Algún tiempo después súpose que el asesino había sido muerto por un hombre cuya casa había deshonrado.

Avelino practicaba la abogacía, pero sólo ante tribunales eclesiásticos, en muy contadas causas y amoldándose siempre a lo preceptuado en los sagrados cánones. En cierta ocasión, deslizósele en una defensa una mentira oficiosa; al terminar el juicio y como sedante para su espíritu, leyó, según costumbre, un pasaje de la Biblia; al abrir el libro al acaso, dió con el siguiente pensamiento: «La boca que miente mata su alma.» Lleno de confusión y dolor, renunció a su cargo para entregarse por entero al ministerio apostólico.

CON LOS TEATINOS. — MAESTRO DE NOVICIOS

ESTE cambio no saciaba del todo sus fervores místicos. Impulsado por el deseo de vida más perfecta, solicitó entrar en la Orden de los Clérigos regulares Teatinos. Ingresó la víspera de la Asunción del año 1556, y, llevado de su amor a la cruz, trocó su nombre por el de Andrés.

Pronto notaron que aquel novicio de treinta y cinco años, aventajaba a los más perfectos en la vía del ascetismo. Nada le arredraba; prefería siempre los empleos más humildes; cuantas más humillaciones sufría, tanto más honrado se consideraba.

Su valor y paciencia sobrepusiéronse a cuantas pruebas se le presentaron. Hizo dos votos a cual más difícil: el primero, de renunciar continua-

mente a la propia voluntad; el otro, trabajar sin descanso para avanzar continuamente por las vías de la perfección. Era de admirar su celo por la severidad con que reducía los malos instintos del hombre viejo.

Hecha la profesión con fervor extraordinario, según era de esperar de novicio tan bien dispuesto, obtuvo permiso para ir en peregrinación a Roma; no obedecía este acto a mera curiosidad, sino a un gran deseo de ganar las indulgencias concedidas a la visita de la tumba de los santos Apóstoles.

A su vuelta de Roma, vióse sorprendido por la elección que de él hicieran los superiores para maestro de novicios, cargo que desempeñó por espacio de diez años. También se le encomendó la dirección de la casa, y en ambos empleos concilió la firmeza con la mansedumbre, y el celo por la regularidad con la piadosa condescendencia ante la flaqueza humana de sus hermanos.

EN PLASENCIA Y EN MILÁN. — AMISTAD DE DOS SANTOS

CONOCIENDO el General de la Orden las múltiples pruebas de prudencia y santidad que había realizado nuestro Santo en el desempeño de su difícil empresa, encargóle la fundación de las nuevas comunidades de Plasencia y Milán. El bien que hizo en estas poblaciones granjeóle el aprecio de los buenos a la par que el odio de los malos, sobre todo en Plasencia, en donde, por la fuerza de sus sermones y pláticas, logró reprimir el lujo femenino y convertir gran número de pecadoras públicas. Hízose campaña para enajenarle el aprecio del pueblo, al mismo tiempo que se escribía al duque de Parma para expulsarlo. Tanta calumnia sólo sirvió para acrecentar su autoridad y hacer más patente la injusticia con que era combatido el siervo de Dios. No queriendo el Duque obrar a la ligera, se informó por sí mismo de cuanto le decían y determinó visitar a fray Andrés Avelino; éste apareció tal como era: un hombre de Dios, lleno de espíritu apostólico. Al terminar la entrevista, tuvo el Duque la convicción de que poseía un santo en sus estados. La Duquesa quiso también conocerle: en la visita hízose acompañar de su hijo para el que pidió al santo varón una bendición especial; por su parte le tomó por confesor y director de conciencia.

El bien obrado por Andrés en Plasencia fué reconocido por el General de los Teatinos, quien determinó extender su campo de acción, y nombróle al efecto visitador de Lombardía. Puso el Santo tanta prudencia, firmeza y bondad en el desempeño de su cometido que al terminar le confiaron la dirección de la casa de Milán. Esta comunidad era de las protegidas por el santo arzobispo Carlos Borromeo, circunstancia que motivó la recíproca comunicación de aquellas dos almas tan íntimamente unidas con Dios y de idénticas aspiraciones. Hacíanse partícipes, uno a otro, de las gracias con

que el Altísimo recreaba su espíritu en retiros tan dispares como el palacio episcopal y la celda humilde de un convento. En cierta ocasión, Andrés declaró al arzobispo habérsele aparecido Jesucristo y haber dejado embriagada su alma de suavísimo deleite y de tal manera gozosa y desbordante que, desde aquel punto, ninguna belleza humana podía satisfacerle; la aspiración suprema de su corazón era unirse al Sumo Bien para Quien sólo vivía y por el que estaba dispuesto a imponerse cualquier sacrificio.

REHUSA EL EPISCOPADO

LA fama de sus virtudes llegó hasta el solio pontificio. Gregorio XIV, que a la sazón regía los destinos de la Iglesia, quiso honrarle ofreciéndole un obispado, pero este humilde siervo, a quien el pensamiento de semejante dignidad era insoportable, la rehusó. El amor que tenía a la sumisión y dependencia, hacía que cuando desempeñaba el cargo de superior, siguiera en todo, con la sencillez de un novicio, la dirección de otro religioso. Lo único que pudo obtenerse de su humildad fué que, atendiendo al bien general de los fieles, se le otorgara el poder de absolver en adelante toda clase de casos reservados.

Desde Milán, Andrés volvió a Plasencia para encargarse nuevamente de la dirección de la casa. Aquí tuvo el consuelo, aunque con el natural pesar, de preparar a una santa muerte a su antiguo discípulo y novicio Padre Juan Francisco Solario, a quien había escogido por director espiritual.

Terminado el tiempo reglamentario, quiso el Capítulo General de la Orden reelegirlo para la misma casa o al menos ponerle al frente de otro convento. Andrés suplicó que le destinaran a la casa más pobre y menos considerada de Italia, pues su única ambición era vivir enteramente olvidado del mundo y entregado por completo a Dios en los ejercicios de oración y penitencia.

SUPERIOR DE NÁPOLES

EL Capítulo no fué del mismo parecer y dióle orden de trasladarse a la residencia de San Pablo de Nápoles, una de las más importantes de la Orden. Las virtudes que embellecían el alma del Santo se manifestaron con toda esplendidez, de modo que a los tres años, dejando de lado cuantas protestas hizo, eligiéronle Superior. Durante este nuevo directorado, tuvo el consuelo de asistir a la fundación de una nueva casa de la Orden en Nápoles, bajo la advocación de Nuestra Señora de los Ángeles El día en que se colocaba la primera piedra, curó milagrosamente a una dama de alta alcurnia que desde hacía tiempo padecía fuertes dolores en los ojos.



LLEGADO *a la avanzada edad de ochenta y ocho años, San Andrés Avelino se ve acometido de apoplejía en el momento en que iba a comenzar la santa misa, y hubiera caído en tierra de no haber sido sostenido. Llevado a la sacristía, recibe con devoción los últimos Sacramentos y muere santamente a las pocas horas.*

El superior de los Teatinos de Nápoles consideraba como la primera de sus obligaciones refutar públicamente los argumentos heréticos acerca de la Sagrada Eucaristía; no obstante su mansedumbre y amabilidad, no dudó, llevado de su celo por el bien general, en obtener que se castigara al jefe de los herejes. Un pobre infeliz, seducido por aquellos impostores, recibió la Comunión y guardó la sagrada forma en el pañuelo con intención de profanarla al llegar a su casa. ¡Cuál no sería su admiración y espanto cuando al ir a cometer el acto sacrílego halló el pañuelo tinto en sangre divina! Abrió los ojos a la evidencia y con el corazón lacerado, fué en busca del varón apostólico y confesóle su crimen y el milagro consiguiente. Andrés cargó sobre sí mismo parte de la penitencia que merecía el culpable y, guardando el natural secreto sobre el nombre del penitente, refirió el prodigio en el púlpito y en el confesonario, fortaleciendo así la fe en la presencia real de Jesús en la Eucaristía

En otra circunstancia, apaciguó con su prudencia y mediante públicas rogativas una rebelión habida en Nápoles. Mas tarde, con motivo de una escasez de trigo que sufrió la capital, su intervención permitió proveer a las necesidades de los pobres.

Una noche, al volver Andrés de llevar el Viático a un enfermo, sorprendióle un furioso temporal; con la violencia del viento y de la lluvia, apagóse la antorcha que precedía al Santísimo Sacramento. Ni él ni sus acompañantes se mojaron y en noche oscurísima pudieron proseguir el camino gracias a un resplandor celeste que rodeó al siervo de Dios.

Habiendo curado de una grave enfermedad, los médicos le prescribieron, durante su convalecencia, un régimen alimenticio propio para fortalecerle. Rechazó estas delicadezas y no quiso apartarse de su alimentación ordinaria, de sólo habas y guisantes. Esta ración alimenticia, desaprobada por los médicos, produjo efecto saludable, pues el enfermo recobró al poco tiempo cabal salud.

Las espléndidas virtudes que brillaban en él, conquistáronle también el afecto y estima de las personas pudientes; los mismos príncipes considerábanse honrados con su trato. Un día en que montado en un caballejo de alquiler, por no haber querido hacer uso de la carroza, volvía de visitar al príncipe Stigliano, la cabalgadura, después de despedirlo al suelo lleno de asperezas, le arrastró largo trecho por tener el Santo los pies liados con el estribo. Ante el inminente peligro, imploró el auxilio de sus protectores Santo Domingo y Santo Tomás de Aquino, los cuales apareciéndosele, le desataron, le limpiaron el rostro ensangrentado, curaron sus heridas y le colocaron nuevamente en la silla.

Poco tiempo después recibió un nuevo favor celestial: debido a su profundísma humildad, consideraba excesivamente el número de sus pecados

y encontrábase falto de virtudes; esto engendró en él un extraordinario temor de pertenecer al número de los réprobos. Dios le tranquilizó permitiendo que se le aparecieran Santo Tomás de Aquino y San Agustín para asegurarle que sería acogido por la misericordia divina, con lo que al punto recobró su espíritu la perdida tranquilidad.

OBRAS ASCÉTICAS

LAS obras ascéticas de nuestro Santo, recopiladas e impresas en cinco tomos, fueron publicadas en Nápoles por los años 1733 y 1734.

El primer volumen de ellas contiene: 1.º, un tratado de oración; 2.º, explicación de la Oración dominical; 3.º, reflexiones referentes a diversas oraciones usadas por la Iglesia para honrar a la Santísima Virgen; 4.º, comentario a la epístola de Santiago. En el segundo volumen hallamos: 1.º, un tratado sobre la renuncia del mundo; 2.º, comentarios a los salmos CXVIII y XLV; 3.º, exposición de las bienaventuranzas. Forman el tercer tomo las homilías de los evangelios dominicales y del tiempo pascual.

El cuarto tomo contiene un tratado intitulado: *El espíritu en acción;* diversas meditaciones, avisos a una religiosa, explicación de los dones del Espíritu Santo y una disertación sobre el pecado original. Finalmente, forman el tomo quinto diferentes capítulos que estudian la humildad, el amor a Dios y al prójimo, la misericordia divina y otras virtudes cristianas. En tomo aparte imprimióse su interesantísima correspondencia, que es, por cierto, una obra de extraordinario valor literario e histórico.

SUFRE UN ATAQUE DE APOPLEJÍA

DOS años antes de que sucediera, Andrés Avelino anunció a varias personas de su intimidad la fecha de su muerte, la cual conocía por divina inspiración. A los ochenta y ocho años, cayó gravemente enfermo, pero no le abandonaron un momento la serenidad y el buen humor. En cierta ocasión, habiendo faltado a una observancia regular el Hermano que le asistía, se le impuso una penitencia: el venerable anciano solicitó cumplirla por haber sido él el causante de la transgresión; mas, no se juzgó prudente acceder a su deseo. Entonces, abrazando Andrés al hermano, le aseguró que en el término de ocho días se vería libre de tanto cuidado. El mismo día de su muerte, revistióse para celebrar la santa Misa y estando al pie del altar, perdió el sentido, víctima de un ataque de apoplejía, en el mismo momento en que decía las palabras: *Introibo ad altare Dei.* El ataque fué tan brusco que,

de no haberlo impedido el acólito, habría caído desplomado a tierra, «si es que podía caer» —como se expresa Clemente XI en la Bula de canonización— «aquel anciano intrépido que envejeció en el servicio de Cristo, y a quien la muerte sorprendió combatiendo por la fe...» Los asistentes apresuráronse a prestarle los auxilios necesarios. Los Padres Teatinos, prontamente avisados, trasladáronle a la residencia contigua a la iglesia y le aplicaron diferentes remedios aunque con resultado negativo. La violencia del mal le privó del uso de la palabra, pero conservó la lucidez de su espíritu hasta el postrer instante, como lo daba a entender el que con signos y gestos manifestara su ardiente deseo de ser trasladado a la iglesia y colocado frente al altar mayor. Habiéndole preguntado el superior si era para recibir la Sagrada Eucaristía, Andrés afirmó inclinando dos veces la cabeza, e insistió en sus ruegos hasta que le prometieron que serían satisfechos. Luego le trasladaron a su celda para recibir los cuidados necesarios. Los médicos declararon que le quedaban pocas horas de vida; entonces se apresuró la administración de los últimos Sacramentos.

Andrés, no obstante sus acerbos dolores, conservó pleno dominio de sí mismo; cuando vió que se acercaba el sacerdote con el Santo Viático, dió pruebas de su extraordinario fervor sacando fuerzas de flaqueza para salir de la cama con el fin de recibir al Señor postrado en el suelo. La violencia del mal unido a la orden del superior impidióle llevar a cabo su deseo.

POSTREROS INSTANTES. — CULTO Y RELIQUIAS

DESPUÉS de haber recibido los santos sacramentos, el enfermo descansó algunas horas. Lo mismo los religiosos que los seglares, entraban en la celda para despedirse y pedirle su última bendición. El paciente los reconocía a todos y amablemente satisfacía sus deseos. En el transcurso de su vida predijo varias veces que durante su agonía habría de sostener encarnizada lucha contra el enemigo del género humano. Cuando los que le asistían, vieron que contraía su rostro como dominado por el terror y que su semblante apacible se velaba por la tristeza, creyeron llegada la hora del combate predicho y rogaron por él con fervor, pidiendo al Altísimo le concediese tranquilidad de espíritu y una muerte apacible. Andrés, por su cuenta, fijó repetidas veces la vista suplicante en una devota imagen suspendida en la pared, y poco a poco fué recobrando el sosiego acostumbrado. Pasados breves instantes, fueron visibles los coloquios que sostenía su alma. Finalmente, con la alegría del cautivo que recobra la libertad, abandonó la cárcel del cuerpo para ir a los brazos amorosos de su Redentor, el día 10 de noviembre de 1608.

En el

En cuanto el sueño de los justos se apoderó de Andrés, apresuróse el pueblo a visitarle, ávido de poseer algo que le hubiese pertenecido o estado en contacto con su cadáver, y llegaron a cortarle barba y cabellos para conservarlos como reliquias. La princesa Stigliano quedó curada de un cáncer con sólo aplicar en la parte dolorida unas cuentas del rosario que usaba nuestro devotísimo fraile.

El cadáver permaneció expuesto algún tiempo en la iglesia conventual. A los tres días, de la cabeza y de otras partes de su cuerpo, manó sangre en tanta abundancia que el sudario quedó completamente impregnado y pudieron llenarse tres ampollas. Los médicos certificaron el carácter sobrenatural de aquella sangre: al contacto del milagroso líquido, varios enfermos sanaron de sus dolencias. El 9 de diciembre del año siguiente, el cuerpo fué exhumado y hallósele incorrupto.

San Andrés Avelino fué beatificado por Urbano VIII en 1628 y canonizado por Clemente VI el 22 de mayo de 1712.

Nápoles y Sicilia le cuentan entre sus principales patronos. El 18 de agosto de 1725, Benedicto XIII ordenó fuera su fiesta de precepto y de rito semidoble; Pío IX en 1864 la elevó a rito doble y fijóla en el 10 de noviembre. Los fieles de Roma celebran la fiesta de San Andrés Avelino con gran pompa y devoción; la comunión general suele tener lugar en la iglesia de San Andrés del Valle, y durante la función se distribuyen medallas bendecidas e indulgenciadas *in artículo mortis;* la misma práctica existe en Santa María del Sufragio, con la particularidad de que las medallas son bendecidas previamente por el Sumo Pontífice.

El cuerpo de San Andrés Avelino descansa en la iglesia de San Pablo de Nápoles, de los Teatinos, y es objeto de muy grande veneración.

SANTORAL

Santos **Andrés Avelino, teatino;** Trifón, mártir en Nicea de Bitinia bajo Decio; Respicio, tribuno convertido a la fe durante el martirio de San Trifón, y *Tiberio y Modesto,* mártires; *Justo, arzobispo de Cantórbery;* Juan el Escocés, obispo de Ratzburgo, mártir; Demetrio, obispo, Aniano, diácono, Eustosio y veinte compañeros, mártires en Antioquía; Monitor y Notario, obispos de Orleáns, y Gobriano, de Vannes; Aod, obispo regionario en Irlanda· Rubiano, obispo de Como, Probo, de Ravena, y Marciano, de Tracia; *Miles, obispo, Ambrósimo, presbítero, y Sicia, diácono, mártires;* Rodión, convertido por San Pedro, mártir; Candidiano, mártir en África; Teosterico, monje; Verembaldo, religioso alemán; el patriarca Noé. Beato Sebastián de Argira, capuchino. Santas Ninfa, virgen; *Florencia, mártir juntamente con los Santos Tiberio y Modesto;* Sodelbia, virgen en Irlanda; Trifena y Trifosa, citadas por San Pablo en su Epístola a los Romanos; Olimpia, convertida por San Pedro, mártir.



Valeroso guerrero — Sepulcro de San Martín

DÍA 11 DE NOVIEMBRE

SAN MARTIN

OBISPO DE TOURS (316-397)

SAN Martín vino al mundo a los pocos años de convertirse Constantino y de haber sido promulgado el famoso edicto de Milán. La mies era ya inmensa, y los obreros del Señor no daban abasto a la tarea. Esa época eligió la Divina Providencia para dar a su Iglesia al que había de ser apóstol de los humildes y el principal propagador del cristianismo en las Galias. Las instituciones monásticas que introdujo en Europa, y la participación de los pobres a los tesoros de la fe, fueron las dos grandes preocupaciones de su vida, la cual nos relata San Sulpicio Severo.

Nació Martín a fines del año 316 o principios del 317 en Sabaria de Panonia (Hungría), de padres nobles pero gentiles. Era su padre veterano del ejército y había desempeñado el cargo de tribuno militar; tenía por desgracia tanto odio al cristianismo como afición a las armas. Crióse Martín en Italia, en la ciudad de Ticinum (Pavía). Pocos años duraron sus estudios, pues su padre deseaba que se inclinase a las cosas de la guerra. El espectáculo de las virtudes y ejemplos de los cristianos venció los prejuicios de su educación, de tal manera que, siendo de sólo diez años, logró se le admitiese en el número de los catecúmenos, contra la voluntad de su familia.

Pasados dos años trató de dejar su casa paterna y retirarse al yermo, por haber oído decir que allí se entregaban los solitarios al austero ejercicio de la perfección; y así lo hubiera hecho, si su tierna edad no se lo estorbara.

No quería su padre darle licencia para abrazar una religión que mandaba amar a los enemigos; parecíale estar aquella doctrina en pugna con el concepto que del honor militar tenía formado. Apareció por entonces un decreto en el que se mandaba que los hijos de los veteranos se alistasen para la guerra; el viejo militar echó mano de aquella ocasión para apartar a su hijo del cristianismo, y aunque sólo tenía Martín quince años, forzóle a tomar las armas.

EN EL EJÉRCITO ROMANO

EN los ejércitos romanos, el hijo de tribuno militar era luego nombrado *circitor,* grado correspondiente al de suboficial. No fué esta dignidad causa de envanecimiento para el virtuoso joven, antes le dió ocasión de ejercitar la paciencia y mansedumbre con los súbditos; trataba a su criado como a compañero; limpiábale el calzado y el vestido; convidábale a comer; servíale él mismo los alimentos y pagábale sus servicios con otros mayores. Era muy querido y honrado de sus soldados, los cuales no cabían en sí de admiración viendo que la vida de su jefe era más de monje que de militar.

Hubo aquel año un invierno tan riguroso, que muchas personas murieron de frío. Martín tenía por entonces acuarteladas sus tropas en la ciudad de Amiens. Al volver cierto día de dar una batida por los alrededores de dicha ciudad, vió en las puertas a un mendigo casi desnudo. Estaba aterido, con lo que apenas podía levantar la mano para pedir limosna. Movióse el Santo a compasión a la vista de aquel desgraciado; pero, como no tuviera otra cosa con qué aliviarle, echó mano de su espada, cortó por medio la clámide y dió una parte de ella al pobre.

Hallándose durmiendo la noche siguiente, tuvo el Santo una visión maravillosa. Se le apareció Cristo nuestro Señor, y al punto vió cómo unos ángeles cubrían los divinos hombros con aquella mitad de la clámide. Señalando entonces a Martín, dijo el Salvador a los ángeles: «Martín, siendo todavía catecúmeno, me ha dado esta vestidura.»

Al despertarse el Santo, no pudo contener las lágrimas. Vínole ardiente deseo de recibir el bautismo, y determinóse a vivir en adelante, sólo por Dios.

Refiere una tradición popular que la inexorable disciplina romana condenó al *circitor* Martín por haber cortado su clámide: fué atado a una picota a pesar del riguroso frío; pero lució al punto espléndido sol.

Créese que Martín pudo bautizarse a los veintidós años, probablemente en Amiens el año de 339, pero no logró licencia para dejar el ejército.

Pasados dos años, invadieron los francos las Galias. El emperador de Occidente, Constancio, ordenó una leva general de las legiones romanas para rechazarlos. Cierto día en que el ejército acampaba cerca de la ciudad de Worms, mandó el emperador que se diese una gratificación a los soldados, sin duda para alentarlos al combate. Cuando le llegó su vez a Martín, juzgó la ocasión oportuna para pedir licencia de dejar las armas. Fuése, pues, al emperador y le dijo:

—Hasta ahora, ¡oh príncipe!, he peleado por ti; permite que de hoy en adelante pelee por mi Dios.

—¿No ves el premio? —le dijo el emperador mostrándole el dinero.

—Tómenlo quienes han de guerrear todavía, porque yo paso a ser soldado de Cristo, y no derramaré ya sangre humana.

Enfurecióse el emperador con aquella declaración del oficial, por juzgar inoportuno el ejemplo que iba a dar al ejército.

—Cobarde —gritó encolerizado—; no es el amor de tu Dios lo que te lleva a dejar las armas, sino el temor de la batalla.

—¿Cobarde yo? —repuso Martín—; manda, emperador, y mañana me pondré en la batalla delante de la vanguardia, y sin escudo ni otra arma alguna, entraré por medio del escuadrón de los enemigos. Si aquí vuelvo sano y salvo, no será merced a la espada o a la rodela, sino a sólo el nombre de Jesús, aquel a quien deseo servir en adelante.

El emperador aceptó el reto: mandó prender al Santo, y lo tuvo custodiado toda aquella noche. Martín la pasó en oración. Amaneció el siguiente día, y el Santo se dispuso a arrostrar con valor la batalla. Pero el Señor no quería la muerte de su fiel siervo; muy temprano llegaron embajadores de los francos para pedir la paz y someterse al emperador. Con este suceso se despidió Martín de la milicia y vivió unos años apartado del bullicio del siglo.

DISCÍPULO DE SAN HILARIO

FLORECÍA a la sazón en las Galias el insigne San Hilario, obispo de Poitiers. Súpolo el antiguo soldado, y sintióse arrastrado hacia el santo obispo. Fué, pues, a echarse a sus pies y se le dió por discípulo. El talento de Hilario adivinó luego cuán poderoso auxiliar le enviaba el Señor; quiso ordenarle de diácono para así poderlo tener definitivamente en su Iglesia; pero el santo joven no lo consintió, por juzgarse indigno; al fin logró San Hilario que aceptase el cargo de exorcista; era la menor dignidad de la Iglesia, pero bastaba para ligarle perpetuamente a la diócesis de Poitiers.

Estando en esto, recibió Martín aviso de un ángel para volver a su patria; tomó la bendición de San Hilario, y por los años de 355 se despidió de él

y pasó a Panonia con intento de convertir a su familia. Sus padres vivían todavía. El Santo procuró reducirlos al amor del verdadero Dios; pero ni sus razones ni sus lágrimas vencieron la obstinación de su padre. Su madre, en cambio, que había favorecido en otro tiempo las buenas inclinaciones del virtuoso mancebo, tuvo la dicha de convertirse a nuestra santa fe.

Consolado el Santo con esta conquista, dilató más y más el campo de su predicación por los vecinos pueblos. Pasó por todos ellos enseñando la verdadera doctrina, con lo que se enfurecieron tanto los arrianos, que le prendieron, le azotaron cruelmente y le arrojaron de Sabaria. Martín tuvo grandísimo gozo de padecer algo por Cristo, pero su obcecado padre pasó indecible vergüenza, al saber que un hijo suyo, militar como él, había padecido aquel deshonroso tormento, no sólo sin defenderse, pero aun perdonando a sus inicuos ofensores.

Hallábase Martín en Italia cuando supo que San Hilario había sido desterrado de las Galias. Se detuvo en Milán, y allí vivió hasta que por haberle echado el obispo arriano Auxencio, fué a residir a la isla de las Gallinas, cerca de Génova o, como afirman otros, a la isla de Gorgona, al nordeste de Córcega.

ALGUNOS MILAGROS DEL SANTO

CON la noticia del regreso de San Hilario a Francia, volvió también Martín a Poitiers, el año de 360. Entonces fundó el famoso monasterio de Ligugé, distante siete kilómetros de la ciudad, hacia el mediodía; allí pudo al fin satisfacer sus anhelos de vida solitaria; seguramente fué por entonces cuando se ordenó de diácono.

Entre los discípulos que siguieron al Santo había un catecúmeno enfermizo, el cual, estando una vez Martín fuera del convento, cayó en una tan recia enfermedad que le quitó la vida. Volvió el Santo al monasterio, y halló a los monjes muy afligidos. Corrió a la celda del difunto, y pensando que aquel hijo suyo estaría eternamente privado de ver a Dios por haber muerto sin recibir el bautismo, quiso obligar a la muerte a que soltara su presa. Se extendió sobre el cadáver y comenzó a orar con muchas lágrimas. Inspirado luego del divino Espíritu, se levantó y paróse a mirar al difunto, aguardando por espacio de dos horas el efecto de sus súplicas. Al fin prorrumpió en acciones de gracias. Aquellos ojos cerrados por la muerte se habían abierto; aquel cuerpo exánime se movía; el catecúmeno había resucitado.

De allí a poco tiempo, ahorcóse un hombre llamado Lupicino, criado de un noble romano. El Santo hizo oración por él, y lo sacó vivo de las puertas del infierno. La noticia de tan grandes milagros cundió por doquier. De todas partes acudían enfermos al Santo, y él los curaba a todos.



AUN *era Martín catecúmeno cuando, en un día de riguroso invierno, encontró junto a las puertas de la ciudad a un pobre que tiritaba de frío. A falta de otro remedio con que socorrerle, el caritativo soldado cortó en dos su capa y abrigó al mendigo con una de las dos mitades.*

OBISPO DE TOURS

MUERTO San Lidorio, obispo de Tours, los fieles de aquella ciudad pusieron los ojos en Martín y determinaron arrebatarlo a la Iglesia de Poitiers. Sabían, empero, que sólo por la fuerza lograrían que aceptase tamaño honor, y a fin de obligarle, valiéronse de la siguiente estratagema. Un ciudadano de Tours, llamado Rubico, corrió a la celda del Santo, gritando desaforadamente: «Mi mujer se muere; ven a salvarla; tú sólo puedes curarla.» Movióse el Santo a compasión y siguió a Rubico; caminaron largo trecho, hasta que salieron del territorio de Poitiers. Los de Tours aguardaban armados y puestos en acecho. Cuando le vieron ya en su territorio, cayeron sobre él, tomáronle preso, y lo llevaron maniatado y custodiado hasta la catedral para hacerle obispo (4 de julio del año 371).

En el austero tratamiento de su persona, no hizo mudanza alguna aquel santo monje levantado a los honores del episcopado; pero sus virtudes no permanecieron ya ocultas; fué el más insigne obispo de las Galias y el taumaturgo de aquel tiempo, antes de ser patrono y protector perpetuo de la nación. Con todo, para librarse de los importunos que invadían su celda, retiróse al yermo de Marmoutier, donde fundó un monasterio con el fin de llevar adelante la obra empezada en Ligugé.

Había aún por entonces en aquel país muchísimos paganos, sobre todo en los pueblos y aldeas. Por espacio de largos años recorrió Martín como misionero, no solamente su propia diócesis, sino casi todas las Galias. Derribó multitud de ídolos y altares paganos, que solía reemplazar con iglesias o monasterios; multiplicó los milagros para probar la verdad de nuestra santa fe, echó a los demonios y, con sus ejemplos y exhortaciones, ganó para Cristo innumerables almas.

Un suceso de la vida de Martín da a entender cómo el Señor asiste a sus ministros en lo tocante al culto de los Santos. Cada año, en la primavera, solían los labriegos adornar con flores un sepulcro que aseguraban ser el de un insigne mártir. San Martín les pidió el nombre y las actas del martirio, pero nadie le supo dar razón de ello; armóse entonces de valor y gritó al muerto: «Quienquiera que seas, mártir o no, en nombre de Dios te mando que nos digas quién eres». En habiendo dicho el Santo estas palabras, levantóse del sepulcro una sombra horrible y espantosa, y con voz que puso temor en los oyentes, dijo: «Soy el alma de un ladrón ajusticiado por sus delitos; nada tengo yo que ver con los mártires; porque mientras ellos gozan de la gloria, yo estoy ardiendo en las llamas del infierno».

Los labriegos derribaron el altar inmediatamente, y quedaron llenos de admiración con aquel prodigio obrado por el Santo.

Quiso cierto día derribar una torre alta labrada con grande arte y dedicada a un ídolo; gastó toda la noche en oración, y luego a la mañana vino un torbellino de vientos, relámpagos, truenos y rayos sobre ella, y la arrancó de cuajo, con espanto y admiración de todos. Otra vez quiso echar al suelo un alto pino dedicado al demonio. Opusiéronsele los gentiles espada en mano; pero luego uno de ellos, alzando la voz, le dijo: «Si tienes tanta confianza en tu Dios, nosotros mismos cortaremos ese árbol, con tal que tú, cuando cayere, le sostengas y sustentes con tus hombros». El prelado aceptó el partido; atáronle por los pies para que no pudiese huir, y empezaron a serrar el pino. Cuando el árbol caía ya sobre él con gran ruido, hizo la señal de la cruz, y al momento se volvió y fué a caer a la parte contraria donde se hallaban los gentiles.

Había en otro lugar una columna altísima que hacía de pedestal a un ídolo a quien tenían los paganos gran devoción. Pensó el Santo en derribarla y hacer desaparecer aquel diabólico engendro, mas no encontró instrumentos para llevar a cabo su obra. Púsose, pues, de rodillas y pidió con fervorosísima plegaria la ayuda del Cielo. Súbitamente, y a la vista de cuantos habían acudido a presenciar el derribo, apareció otra columna, cual si de lo alto viniese, y cayendo con estrépito grande sobre la primera, hízola caer al suelo, y desmenuzó y redujo a polvo el idolillo.

Tan extraordinarios y repetidos prodigios no podían por menos de llamar la atención de cristianos y paganos; con lo que el admirable taumaturgo sentía grandemente facilitada la tarea apostólica entre su grey.

MARTÍN Y LOS EMPERADORES

HALLÁNDOSE Martín en la ciudad de Tréveris, pidió audiencia al emperador Valentiniano I; pero este príncipe, severo y arisco de condición, no quiso recibir al Santo los primeros días y dió a sus guardas mandato expreso de no dejarle entrar en palacio. No se desalentó por eso el siervo de Dios, antes se armó de oración y ayunó, y pasados siete días se fué a palacio. ¡Cosa maravillosa!, halló todas las puertas abiertas, y, sin que nadie le pusiese estorbo, entró hasta el aposento donde estaba el mismo emperador. Enojóse Valentiniano al verle. Reprendió severamente a los oficiales de su palacio, y se quedó sentado sin dar al santo obispo muestra ninguna de cortesía ni dignarse responder a sus preguntas. Un raro suceso le obligó a mudar de conducta; una llama de fuego cercó súbitamente la silla en que estaba sentado; por lo que se levantó despavorido, se humilló, reverenció al Santo y le concedió cuanto deseaba.

En aquel tiempo reinaba la corrupción por todas partes, y aun había

ganado el contagio a algunos clérigos. Martín mostró con el monarca valor y firmeza de apóstol. Muchas veces le convidó Máximo a comer hallándose el Santo en Tréveris el año 385. Martín solía rehusar la invitación, diciendo que sería para él gran baldón el sentarse junto a quien había desterrado a dos príncipes legítimos, a uno del trono y al otro de este mundo. Con todo, aceptó un día la invitación, porque deseaba hablar al emperador en favor del heresiarca Prisciliano, para librarle de un castigo excesivo dictado por un tribunal civil con menosprecio de los derechos de la Iglesia. Pero yendo adelante el convite, trajo un criado una grande copa de vino a la usanza de aquella tierra, y la puso delante del emperador para que bebiese. Máximo, por respeto a Martín, mandó que se la diesen primero, creyendo que el prelado se la pasaría. Bebió el Santo, y dió luego la copa, no al emperador sino a su clérigo, por juzgar que en aquella ilustre asamblea nadie era más digno de beber después del prelado, que aquel humilde sacerdote consagrado a Dios. Tras un momento de asombro, quedaron todos muy edificados.

MARTÍN Y EL DEMONIO

EL demonio consideraba a Martín como a su mayor enemigo.

—Doquiera que vayas y en todas tus empresas —le dijo un día el maligno espíritu— pelearé contra ti.

—El Señor es mi ayuda y no temeré —le respondió Martín.

La lucha fué tremenda entre ambos atletas; parecían querer renovar en la tierra el combate de San Miguel contra Satanás.

Cierta noche se le apareció el príncipe de las tinieblas vestido de rey, con una corona de oro y pedrería en la cabeza.

—Martín, Martín —decíale blandamente—, yo soy Cristo Rey; vengo a manifestarme a ti antes que a los demás.

San Martín se quedó algo suspenso con aquellas palabras; pero habiéndole mirado, le arrojó de allí diciendo:

—Nunca dijo Jesús que vendría vestido de púrpura; jamás creeré yo que es Cristo quien no trajere las señales de la Cruz en su cuerpo.

Otra vez apareciósele el diablo en figura del excelso Júpiter, y se burló de él porque había admitido hombres pecadores en el monasterio.

—Pero ¿crees tú que Dios perdona a quienes pecan? —le preguntó con sarcástica sonrisa.

Con la fortaleza que le daba la confianza en el Señor, respondióle Martín:

—Si tú mismo, ¡oh miserable!, pudieses por un momento dejar de engañar a los hombres y arrepentirte, te doy mi palabra de que lograría para ti el perdón de mi Señor Jesucristo.

MUERTE DEL SANTO. — SU CULTO

LLEGÓ finalmente para el anciano obispo la hora de recibir el galardón de sus trabajos. Hallándose en un lugar llamado Candé, de la diócesis de Tours, comenzó a sentir gran flaqueza y falta de fuerzas, señales seguras de su próxima muerte. Juntó a sus discípulos para despedirse de ellos, y aquellos santos religiosos dijéronle entre sollozos y lágrimas: —¿Por qué nos desamparas, amadísimo Padre? ¿A quién nos vas a dejar desconsolados y afligidos? Los lobos hambrientos darán en tu rebaño; ¿quién nos defenderá de sus dientes? Ten en cuenta nuestra necesidad. ¿Por qué nos desamparas?—. Conmovióse el Santo con tan tiernas palabras. Un rato estuvo suspenso entre la esperanza de unirse en breve a Jesucristo y el amor grande que tenía a sus hijos. «¡Oh Señor! —exclamó—; si pobre y flaco como estoy, soy todavía necesario a tu pueblo, no huyo del trabajo; hágase en todo tu santísima voluntad». En aquel momento sintió que el enemigo de las almas rondaba alrededor de su lecho. «¿Qué haces ahí, bestia feroz? —exclamó—; nada en mí te pertenece; voy hacia Dios, por quien seré luego recibido».

De pronto resplandeció su cara como la de un ángel. Sus miembros, consumidos y secos, volviéronse blancos y flexibles. El Santo había pasado a mejor vida, a 8 de noviembre del año 397.

Tras larga contienda con los de Poitiers, quedáronse con el sagrado cuerpo los fieles de Tours. Celebraron solemne funeral el 11 de noviembre, fecha actual de la fiesta del Santo —instituída por San León I—. Tours, lugar de peregrinación desde entonces, vió llegar entre los romeros a Santa Genoveva, a Clodoveo, a muchos reyes franceses y algunos Papas. Sobre el sepulcro, levantó San Bricio, sucesor de San Martín, un hermoso oratorio, reemplazado por una basílica a principios del siglo XI. Los hugonotes quemaron, en 1562, el cadáver del Santo; sólo pudo salvarse, gracias al administrador de la basílica, parte del cráneo y un hueso del brazo.

SANTORAL

Santos Martín de Tours, obispo y confesor; *Menas, soldado, mártir en Alejandría bajo Diocleciano,* Verano, obispo de Lyón e hijo de San Euquerio I de Lyón; Bertuino, también obispo Bartolomé, abad de Grottaferrata; Valentín, Feliciano y Victorino, mártires en Ravena, cuando imperaba Diocleciano, *Atenodoro, mártir en la Mesopotamia, en tiempos de Diocleciano;* Honorio y Menas, solitarios. Beatos *Nicolás, Donato y Pedro, franciscanos,* y Pedro Meretón, dominico, mártires. Santas Gaudencia; y Tacia, mártir. Beata Inés de Baviera, princesa, virgen.


El libro de la visión y el palo — Constante y durísima mortificación

DÍA 12 DE NOVIEMBRE

BTO. DIEGO JOSE DE CADIZ

FRAILE MENOR CAPUCHINO (1743-1801)

EL 29 de marzo de 1743, en medio del impío y frívolo siglo XVIII, nació el Beato Diego José. Sus padres, don Diego López Caamaño y doña María Pérez de Rendón, ambos de noble linaje, muy ricos y virtuosos, residían de ordinario en Ubrique y gozaban del aprecio general de las gentes de aquel lugar. En un viaje que hicieron a Cádiz, nació el niño Diego José en dicha ciudad, y fué bautizado en la catedral.

Al paso que el niño crecía, brotaban en su alma los gérmenes de todas las virtudes, dejando admirados a cuantos le trataban: andaba por la calle modesto y recogido; su mayor gusto y contento era rezar arrodillado ante los altares donde sabía que habitaba el Señor; su mayor afición y consuelo, ayudar a misa cada mañana. ¡Cuántas madrugadas resistió fríos y lluvias, acurrucado junto a la puerta de la iglesia, por temor de que otro monaguillo entrase antes que él cuando abriesen y ayudase a misa en su lugar!

Cuando tuvo edad, proporcionáronle sus padres maestros doctos y virtuosos que le enseñasen las letras humanas; pero Diego José no llenó las esperanzas que sobre él concibieran sus progenitores en los años de su niñez. Entendía las cosas difícilmente, era de escasa memoria y corto de palabra, de suerte

que le costaba sobre manera expresar con soltura lo poco que aprendía. Viendo los maestros del niño que, a pesar de todo, adelantaba poquísimo el muchacho, devolviéronlo a su familia y dijeron a sus padres: «Quizá vuestro hijo acierte en las artes o en el ejercicio de las armas, pero a buen seguro que no tiene disposición alguna para las letras».

¿Cómo expresar lo que sentiría el corazón del pobre niño con esta grande humillación, añadida a tantas otras recibidas de parte de sus condiscípulos ligerillos y atolondrados?

Tenía por entonces sólo trece años; en esa crítica edad siente el corazón las injurias más quizá que en otra alguna, y se inclina fácilmente a la venganza. Pero el virtuoso Diego a todos perdonaba. Aquella última humillación la sufrió como las demás, con entera resignación y sin protesta.

Ya en su familia, empezó otra vez a darse a largas y fervorosas oraciones; asistía a los oficios divinos, ayudaba a misa y visitaba asiduamente al Santísimo Sacramento. Gustábale rezar sobre todo en la iglesia de los Padres Capuchinos de Ubrique; y, como quiera que aquellos frailes conocían a la familia de Diego, dábanle entrada de buena gana en el convento, gustosos de procurar al santo joven algunos ratos de solaz y distracción.

CON LOS CAPUCHINOS. — HACESE RELIGIOSO

EL convento de los Capuchinos era para el virtuoso mancebo como otra familia; allí pasaba largas horas andando por los claustros, edificándose con la vista de los santos ejemplos de los frailes.

Había entre ellos un Hermano de mucha edad que discurría de un lado para otro entregado a sus meditaciones y sin soltar el rosario de entre los dedos. Fray Julián —que así se llamaba— no tenía en su exterior nada de lo que suele atraer a los niños; con todo, Diego se sentía invenciblemente arrastrado hacia aquel fraile viejecito. Fray Julián, por su parte, recreábase sumamente con la compañía y trato del virtuoso adolescente; al verle llegar alegrábase sobremanera, dejaba sus meditaciones y se ponía a hablar familiarmente con él sobre cosas referentes a Dios nuestro Señor. ¡Qué desconsolado parecía Diego cuando el fraile le decía que ya era hora de acabar!: «¡Más, fray Julián —exclamaba—; más, por amor de Dios!», y el buen anciano se enternecía y alargaba la plática unos instantes.

Así transcurría su vida; mientras, acercábase la hora en que Dios mismo le iba a hablar y mostrarle su vocación verdadera. Cierto día, habiendo leído la vida de San Fidel de Sigmaringa, mártir capuchino, sintió que en su pecho se encendían nuevas llamas de amor. Movido del divino Espíritu, manifestó a sus padres el ardiente deseo que tenía de ser misionero en la Orden fran-

ciscana. Extrañaron ellos un tanto aquella declaración de su hijo y trataron de disuadirle, pero fué en vano; Diego les salía a todas horas con la muletilla de que quería ser capuchino.

Tanto apuró la paciencia de su padre, que al fin le llevaron al Guardián del convento de Ubrique. Como era de esperar, el examen constituyó un nuevo fracaso: realmente era poco más que nada lo que sabía; además, apenas podía entendérsele cuando hablaba, por ser él algo tartamudo. Aunque con grande pena, confesó el Guardián no poder en modo alguno admitirle.

No por ello se desalentó el aspirante. Siguió tenazmente sobre los libros; y, como un día se le hiciera imposible aprender la lección, corrió a la iglesia, fuése directamente al altar, llamó con suaves golpecitos a la puerta del sagrario y rogó con toda su alma: «Enseñadme Vos, Dios mío, y aprenderé». Quiso el Señor escuchar la oración de su siervo e hízolo por modo maravilloso; pues, rezaba un día en la iglesia de los Capuchinos de Cádiz cuando se sintió de pronto trasladado a un mundo que resplandecía con luz celestial. Vióse rodeado de ángeles que le cantaban con melodiosa voz: «¡Vente con nosotros!». En aquel mismo instante, entendió que el Espíritu Santo entraba en su alma y la llenaba con el don de ciencia.

Al salir de aquella visión, estaba Diego transformado. Fué a presentarse al provincial de los Capuchinos que a la sazón se hallaba de paso en Cádiz, el cual le preguntó y hallóle tan instruído en las ciencias divinas y humanas, que le dió licencia para ingresar en el noviciado de Sevilla.

Tenía por entonces catorce años. Pasados dieciséis meses y medio, entregóse de todo en todo al Señor profesando con votos perpetuos.

SACERDOTE Y APÓSTOL

TAN grandes maravillas, realizadas en su alma por obra del Omnipotente, no eran sino preludio de otras todavía más admirables que, andando los días, obraría en él y por su medio.

Pasados ocho años de estudios filosóficos y teológicos, en los cuales admiró a sus maestros con su vivo ingenio, portentosa memoria y flúida elocución, fué ordenado sacerdote y, como tal, subió las gradas de aquel altar donde tantas veces había ayudado a misa; tenía las manos y el corazón todavía tan puros e inocentes como el día de su bautismo.

Con fervor angelical dijo la primera misa; después se puso en manos de sus superiores, dispuesto a acudir donde le enviase la obediencia. En el fondo de su alma deseaba la más humilde y penosa misión, por no juzgarse digno de trabajar sino en lugares desconocidos y en pobres aldeas. Nombráronle misionero apostólico, y luego dió principio al cargo de predicador.

Viósele al poco tiempo ocupar los púlpitos de las mayores ciudades y de las más famosas catedrales. De todas partes acudían a su voz las muchedumbres. Los mayores pecadores le escuchaban enternecidos, lloraban sus culpas y se convertían de veras al Señor.

No se envaneció el corazón de Diego con aquellos triunfos; afligíase al contrario confesando ante Dios su incapacidad, y suplicándole que inspirase a sus superiores le diesen una misión más humilde.

Hallábase cierto día orando de esa manera tan conforme con el corazón de Dios, cuando de pronto se le apareció Nuestro Señor Jesucristo. Iba cargado con una pesadísima cruz. Estaba ya a punto de sucumbir bajo su carga, cuando Diego corrió a él para sostenerle. «¡Dios mío! —exclamó—; ¿qué es esto? Y ¿por qué habéis de caer? —Y ¿cómo no he de caer —le respondió Jesús—, cuando tú, a quien yo había escogido para sostenerme, piensas abandonarme en perjuicio de mis pobres ovejas extraviadas?»

Otra vez, apareciósele el Salvador en compañía de los santos apóstoles Pedro y Pablo, y le dijo: «Ánimo, hijo mío, yo te nombro predicador de mis divinos misterios».

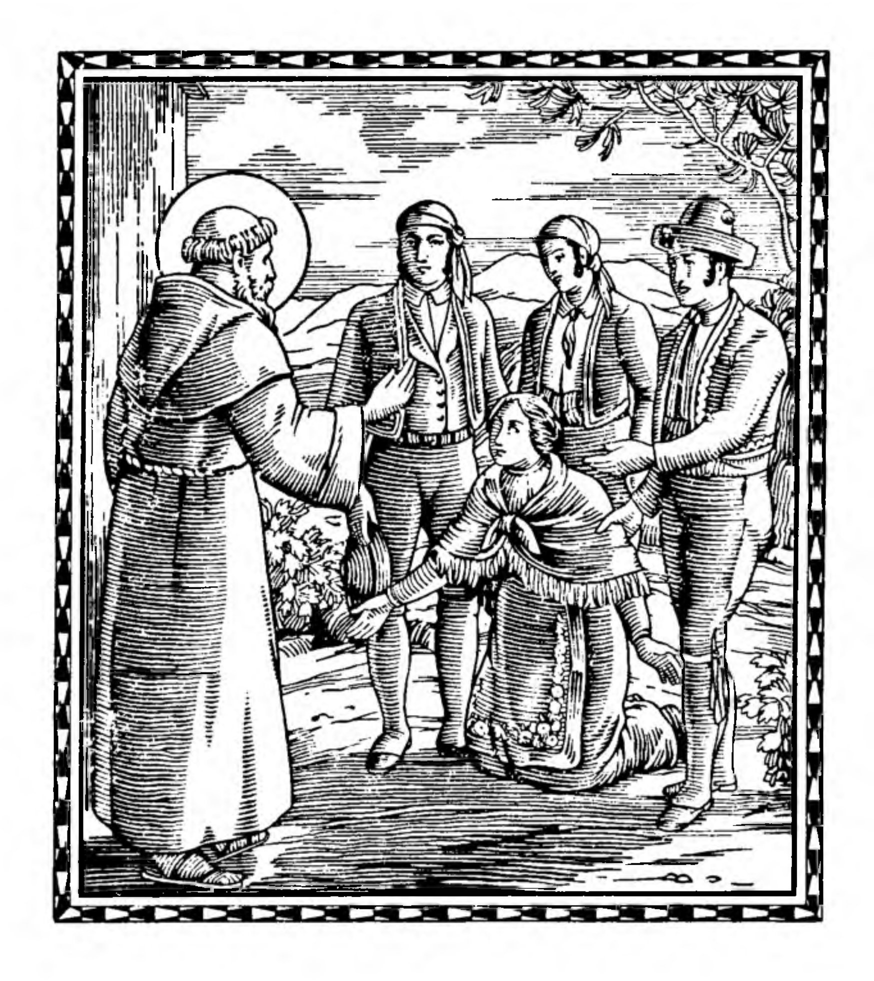
Otros autores traen el relato de esta aparición en forma algo distinta. San Pedro y San Pablo se presentaron al Beato y le dijeron: «No temas, anda y predica; abundante es la mies y pocos los obreros; nosotros, apóstoles de la primera hora, hemos rogado al Padre celestial que dé al mundo un apóstol semejante a nosotros; tú eres el elegido del Señor». «Pusiéronme en las manos un báculo y un libro —añadía fray Diego al referir esta visión—, me abrazaron, se despidieron de mí llamándome hermano, y desaparecieron.

Cobró aliento con estas consoladoras visiones, y, seguro ya de hacer la voluntad divina y confiando en la gracia del Señor, dióse otra vez valerosamente al ejercicio del apostolado. Viósele recorrer España entera, predicando ya bajo las bóvedas de pobres iglesias, ya en las suntuosas capillas reales. A todos, nobles y plebeyos, decíales sin rodeos la verdad; todos le veneraban viendo cómo el Señor le favorecía tan manifiestamente.

Refiérese que, por dos veces, hallándose el Beato predicando a inmensa muchedumbre en Ubrique, vino una palomita a posarse sobre sus hombros; una niña vió la primera a la avecilla y exclamó: «Mamá, ¿no ves una palomita en el hombro del Padre Diego?».

Con estos prodigios manifestaba Dios a los hombres, que aquel celoso misionero era santísimo siervo suyo. Luego echó de ver el público la santidad del virtuoso capuchino; las gentes le honraron desde entonces como lo merecían su ciencia y su vida ejemplar.

De capellán de la marina pasó a ser predicador de los Reyes de España; todas las Academias inscribieron el nombre del Beato en la lista de sus miembros; todas las Universidades le nombraron doctor; varios Cabildos



EL *Beato Diego de Cádiz cura a una mujer ciega y paralítica, y, para acallar el entusiasmo de los circunstantes que le aclaman como santo de grandes milagros, les dice humildemente con sencillez y autoridad: «Dad gracias a Dios que cura, y no a los instrumentos de que se sirve para curar».*

catedralicios consideraron como grandísimo honor el contarle entre los suyos, y ciudades principales del reino le nombraron Alcalde o maestro honorario.

El papa Pío VI, para premiar el mérito del insigne predicador y favorecer su apostolado, otorgóle el poder conceder ciento cincuenta días de indulgencia a los fieles que asistiesen a sus sermones, y facultad pontificia para repartir cinco mil indulgencias plenarias a su gusto en el curso de sus misiones.

A las diócesis que le pedían para obispo, Carlos III solía responder: «Fray Diego es el obispo de todo el reino». El siervo de Dios merecía estos honores tanto por su santidad como por su ciencia.

Dicen sus historiadores que sabía de memoria la Sagrada Escritura y y lo mismo hablaba de estrategia con los soldados, que de teología con los doctores de la Iglesia y autores sagrados, y se acordaba de todas sus sentencias. Entendía también en las ciencias ajenas a su estado y ministerio, y lo mismo hablaba de estrategia con los soldados, que de teología con los sacerdotes, o de literatura con los hombres dados a las letras; todos ellos quedaban admirados de su ingenio lúcido y profundo, alumbrado por los fulgores de la divina sabiduría.

Sus sermones manuscritos se conservan, y forman una obra de quince volúmenes in folio. Tiene más de tres mil, y muchísimos de ellos sobre la Virgen María. Providencial misión de este incomparable salvador de almas, fué contener en España la invasión de la impiedad volteriana; por eso forman sus obras un potente arsenal contra las satánicas embestidas del siglo XVIII.

MILAGROS DE FRAY DIEGO

CRISTO Jesús que subió al cielo, enriquece a los hombres con sus dones —dice Clemente XIV—; pero si se muestra liberal con cuantos le invocan, es rico en misericordia de modo especialísimo con los elegidos que acuden a Él con sencillez y le buscan con todo el fervor de su alma». Al obrar de esta suerte, quiere el Señor glorificar a quienes gastan la vida únicamente para darle gloria.

El Beato Diego era uno de esos elegidos; en su alma sólo reinaba el amor de Dios; su único deseo era ver dilatarse la divina gloria. Por eso le honró el Señor otorgándole ya en vida el don de milagros. Descorrió ante los ojos de su siervo el velo de lo por venir, permitióle leer en el fondo de los corazones, y dióle poder para suspender las leyes ordinarias de la naturaleza. ¡Cuántos ejemplos podríamos traer para probar que Dios favoreció a nuestro Beato con esa visión y poder extraordinarios! Basten dos o tres entre mil.

Hallándose fray Diego en Sevilla, vinieron a decirle de parte de una señora noble, que fuese a bautizar a la criatura que aquella dama esperaba.

«Ite —respondió el Beato— y la llamaréis María de la Paz». Al poco rato de haber dicho fray Diego esas palabras, la señora dió a luz una niña.

Otra vez, estando de viaje, detúvose a descansar en una pobre cabaña. Cuando los vecinos supieron que se hallaba allí el Padre Diego, acudieron en tropel a saludarle. En esto presentáronle una pobre mujer paralítica cuyo rostro demacrado daba compasión. «Padre Diego —suplicaron con encendida fe—, leed sobre ella los Evangelios y curadla». —«Muy gustoso lo haré», respondió el Beato. No bien hubo dicho esas palabras, cuando se abrieron los ojos de la enferma y cobró el uso de sus miembros. «Ya veo y ando», exclamó. Aquellas buenas gentes, alborozadas, tributaron a fray Diego clamorosa ovación; el humilde discípulo de San Francisco decía entretanto: «Pero ¿qué hacéis, hijos? ¿Acaso agradecemos nada a los instrumentos con que nos hacen bien».

De acuerdo con el Arzobispo de Sevilla, logró el intrépido misionero que se cerrasen los teatros y otros centros de peligrosas diversiones de aquella ciudad; pero su triunfo duró poco tiempo. Los hombres licenciosos determinaron volver a abrir el teatro; para vengarse del capuchino y atraer a la gente, representaron una de esas piezas irreverentes que introducen en la escena al sacerdote, sólo para burla y escarnio.

Afligióse el Beato sobremanera, pero dando oídos a su celo, clamó un día desde el púlpito: «Habéis denigrado y escarnecido al sacerdocio cristiano; habéis saludado con aplausos las burlas hechas a este hábito. ¡Desgraciados!; días vendrán, y no están lejanos, en que llamaréis al sacerdote a vuestro lecho de muerte, y el sacerdote no acudirá. ¡Oh Sevilla! ¡Qué horrible castigo te amenaza!».

Riéronse los incrédulos de aquella predicción del santo fraile; mas no les duró mucho el buen humor, porque al poco tiempo sobrevino la peste en la ciudad de Sevilla, y los sacerdotes, aunque se multiplicaban a fin de acudir a cada uno de los necesitados, no eran suficientes como para atender a todos los moribundos.

VIRTUDES DE FRAY DIEGO

EXTRAÑAMOS, al leer vidas de Santos, las obras maravillosas por ellos ejecutadas, pero ¿a qué sorprenderse? ¿No se halla por ventura predicho todo eso en aquel versículo de la sagrada Escritura: *El que se ensalza será humillado y el que se humilla será ensalzado?* Hecho notable es que la vida de los Santos más humildes está sembrada de sucesos milagrosos que no se descubren en las demás vidas. Si el Padre Diego admiró a su patria con los prodigios que obraba su oración, todo ello fué fruto de su profunda humildad. «Si los hombres pudiesen leer en mi interior —escribió

a un amigo suyo—, verían que soy el pecador más miserable». Cuando las muchedumbres le aclamaban alborozadas, solía él decir: «Señor, ¿a qué tanto viento para tan poco polvo?»

Otra vez, siendo como era tan sabio, dijo estas sublimes palabras: «Me tienen por varón muy ilustrado; ¡oh irrisión!, de pequeño me llamaban borrico. Aun ahora me cuadra bien este calificativo». ¿Dónde bebía el Beato esta humildad? Bebíala en el amor de Jesús, manso y humilde. «Allí está mi corazón», solía decir señalando el sagrario. Otras veces, henchido de celestial ardor, exclamaba con acentos propios de un abrasado serafín: «Oh Amor crucificado por mí!; Tú eres mi vida, mis delicias, mi amor, mi todo. Te amo, ¡oh Jesús!... Te amo; ¡eres mi único Amor!».

Después de Jesús, todas sus ternuras eran para la Virgen María. A Ella acudía como amante hijo a su madre. El solo nombre de María le hacía derramar lágrimas, y cada hora se acordaba de saludar a la que tanto quería. Y, en cambio, ¡cuántos prodigios no obraba por mediación de la Virgen!

A quien más amaba después de la Madre de Jesús, era a la esposa de Cristo, la santa Iglesia Católica, desgarrada a la sazón por la herejía volteriana. No se contentaba el Beato con curar amorosamente sus llagas, sino que la defendía ardorosamente desde el púlpito y mandaba quemar públicamente las obras de los impíos.

Refiérense ejemplos admirables de su obediencia. Mencionaremos uno.

Al terminar una misión, recibió orden de sus superiores de dejar la ciudad donde se hallaba y de ir a evangelizar otra. Nevaba mucho aquel día y hacía un gran viento. Sin embargo, dispúsose el Santo a emprender viaje. Instábanle a que se quedara. «¿Qué pensará la gente —le decían— si os ve salir con tiempo tan malo?» «Pensará que obedezco», replicó vivamente.

Fué también notabilísimo su amor a la mortificación. Sus vestidos ocultaban un áspero cilicio; llevaba brazos y pies apretados con anillas de hierro, y, sobre el pecho, una cruz también de hierro con cinco agudos clavos que le penetraban las carnes y causaban dolorosas heridas.

MUERTE DEL BEATO DIEGO

PODÍA ya morir en paz quien de manera tan santa había vivido. Ansiaba, como San Pablo, la hora de verse libre; deseaba ardientemente unirse con Dios. También el Señor anhelaba recoger para el cielo esta flor de la tierra que ningún viento había doblegado, ni polvo alguno mancillado. El día 6 de marzo de 1801, oyó Diego por vez primera la voz de su Amado que junto a Sí le llamaba.

A 19 del mismo mes, día consagrado más adelante a honrar a su patrono

San José, cayó enfermo fray Diego en casa de un amigo suyo con quien se hospedaba desde hacía una temporada. Los médicos, alarmados, le prescribieron remedios a su parecer eficacísimos; pero el Beato les dijo: «Señores, la última enfermedad es incurable...». A fray José, enfermero suyo, díjole una vez: «¡Oh hermano mío! ¡Qué hermoso día el de la Anunciación para ir al cielo!». «¡Jesús, Jesús —repetía besando el crucifijo—, ya sabéis que os amo!».

La víspera de la Anunciación, suplicó al Hermano enfermero que le leyese la Pasión del Señor. Acabada la lectura, sintiendo que se acercaba ya su último instante, pidió perdón al Hermano de los escándalos que le hubiese dado, y solicitó humildemente su bendición. Finalmente, queriendo terminar esta vida mortal dando sublime ejemplo de obediencia, aguardó permiso del superior para pasar de este destierro a la patria celestial.

Sucedió su muerte a 24 de marzo de 1801. Tenía el Beato cincuenta y ocho años de edad, y había vivido cuarenta y tres en la Orden.

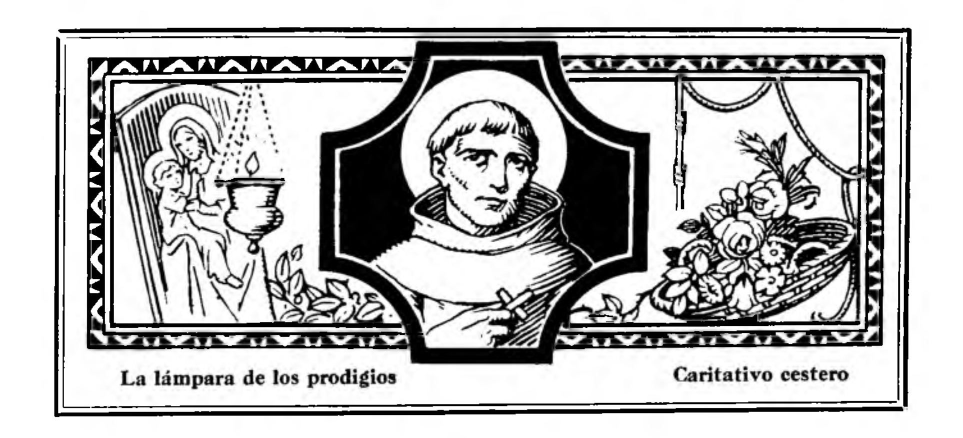
A poco de morir empezó a obrar grandes y portentonsos milagros, como para anunciar a España, afligida con su muerte, que en adelante tendría otro poderoso intercesor en el cielo.

Beatificóle el papa León XIII, a 24 de abril de 1894, en presencia de inmensa muchedumbre de fieles, entre los cuales había unos trece mil peregrinos españoles.

«¡Oh beato Diego! Concédenos para amar a Cristo una chispa de aquel encendido amor que ardía en tu alma; concédenos para defender a la santa Iglesia, algo de aquella fortaleza con que venciste a sus enemigos. Amén.»

SANTORAL

Santos *Martín I, papa y mártir; Millán de la Cogulla, confesor;* Renato, obispo de Angers; Cuniberto y Astrico, arzobispos de Colonia y Estrigonia (Hungría), respectivamente Macario, obispo de Murray, en Escocia; Rufo, consagrado por los Apóstoles primer obispo de Aviñón; **Josafat, obispo de Polotzk (Polonia), mártir;** (véase el día 14 de este mes); Aurelio y Publio, obispos en África, mártires; Evodio, Escrutario, Siagrio, Hermentario, Aurelio y Benigno, obispos de Puy; Iscio, obispo de Viena (Francia); Teodoro Estudita —sobrino de San Platón— abad; *Nilo y Teódulo, solitarios;* León, presbítero; Benito o Benedicto, Juan, Mateo, Isaac, y Cristino, benedictinos, mártires de los herejes en Polonia, Paterno, monje y mártir; Livino, presbítero irlandés y mártir; Briccio, niño mártir, Benito y compañeros, ermitaños, mártires Petrusio, mártir, venerado en Nevers; Imerio, Ahías de Silo, profeta; y Auluceto, confesor. Beatos **Diego José de Cádiz, capuchino;** Diego de Acebes, obispo de Osma, Jaime Vagarelli, franciscano. Santas Crafaildes, madre del niño San Briccio, mártir; Natalena y Enata, vírgenes y mártires.



DÍA 13 DE NOVIEMBRE

SAN DIEGO DE ALCALA

HERMANO CONVERSO FRANCISCANO (1400?-1463)

EN la Bula de canonización de San Diego, complacíase el papa Sixto V en hacer resaltar los méritos de la pobreza voluntaria a los ojos de Dios. La divina sabiduría válese a menudo de los instrumentos más flacos e ineptos en apariencia para realizar sus obras más portentosas. Testigo de ello es la vida de este humilde y santo fraile.

Vió Diego la luz primera en los albores del siglo XV en San Nicolás del Puerto, lindo pueblecillo andaluz de la diócesis de Sevilla. Sus cristianos padres, aunque poco favorecidos por la fortuna, vivían satisfechos con su suerte ganándose el cotidiano sustento mediante el trabajo de sus manos, con fe muy grande y muy grande confianza en la amorosa Providencia divina. Fruto de su unión, por Dios bendecida, fué el niño Diego.

Ya desde la primera infancia dió esta criatura pruebas inequívocas de su santidad futura. Eran sus delicias la penitencia, el retiro y la oración. Espíritu y corazón saboreaban a sus anchas el pensamiento saludable de la Pasión de Jesucristo y esta alma, pura e inocente, podía repetir con el Apóstol que *toda su ciencia era Jesús y Jesús crucificado.*

Adolescente todavía, es tal el atractivo que siente por la oración, que

en su alma se despierta irresistible impulso hacia la vida solitaria. Oye hablar de un santo sacerdote que a imitación de los antiguos Padres del yermo vive en las proximidades del pueblo, y corre a ponerse bajo su dirección; así, libre de seguir los impulsos de la gracia, se entregará en lo sucesivo con mayor ardor a la oración vocal, a la meditación y a la penitencia, y, con objeto de que el alma sea dueña del cuerpo, según el orden lógico, para acostumbrar a este último a obedecer a pesar de sus repugnancias, lo domeñará mediante numerosas y frecuentes austeridades.

Maestro y discípulo juntaban a la vida contemplativa, diversos ejercicios de vida activa a fin de no fatigar el espíritu con la ininterrumpida contemplación; el cultivo de un huertecito a veces, y otras la confección de cestos de junco o de cucharas y escudillas de madera que regalaban a sus bienhechores o que vendían para distribuir su importe entre los pobres, les ocupaban los ratos que no dedicaban al rezo. Sin duda, tal método de vida y de servir a Dios parecía excelente; pero Nuestro Señor, que tenía otros designios, pronto llamaría al joven solitario a vida más perfecta.

INGRESA EN LA ORDEN FRANCISCANA

HACIA el año de 1409, el Beato Pedro Santoyo, que era considerado con razón como el promotor principal de la Observancia franciscana en España, estableció diversos conventos en los que se guardaba con todo rigor la primitiva regla del Pobrecillo de Asís. Una de esas fundaciones se hizo en Arrizafa, cerca de Córdoba, y muy presto la reputación de santidad del reformador y de sus frailes extendióse a lo lejos y atrajo el corazón del santo mozo. Determinó éste hacerse Hermano y, para disponerse a ello, comenzó por ejercitarse en la pobreza voluntaria.

Regresaba cierto día de vender sus cestas de junco en el pueblo, cuando divisó en medio del camino una bolsa bien repleta. «Eso es un enredo del demonio —pensó en su interior—; no lo toquemos»; y siguió adelante. Al poco rato topó con un mendigo haraposo y hambriento. «Caro amigo —le dijo—, Dios te protege; a corta distancia de aquí hallarás en el camino una bolsa bien provista de dinero y, si no puedes encontrar a su dueño, ¡buen provecho te haga!».

Con el fin de realizar el proyecto que rumiaba en su corazón, despidióse Diego del ermitaño que guiara sus primeros pasos por la senda de la perfección cristiana y volvió a la casa de sus padres. Breve había de ser su estancia en ella, ya que a los pocos días se alejaba sigilosamente y se encaminaba hacia el convento franciscano de Arrizafa. Era considerable la distancia que había de recorrer; mas la alegría de llegar a ser muy pronto

hijo del Pobrecillo de Asís, embargaba por entero el ánimo del joven Diego y le ayudaba a caminar alegremente, cual si no sintiese el cansancio.

Llegado al convento, pidió humildemente que le recibiesen en calidad de Hermano lego, favor que le fué concedido sin dificultad; pocos días más tarde recibía el santo hábito.

Hele, pues, ya novicio y ¡qué novicio! Distínguese entre todos sus Hermanos por el esmero en la observancia puntual de los preceptos de las Reglas de su Orden; los empleos más viles tienen su preferencia; nadie le gana en la práctica de la pobreza, de la caridad, de la obediencia, de la mortificación. Nunca ocioso, siempre unido con Dios, resplandecen con maravilloso brillo en el humilde lego las virtudes de su seráfico Padre; y el Señor, que se complace en comunicársele en la oración, levántale hasta las cumbres de la más alta contemplación con sublimes arrobamientos, y le infunde luces tales de doctrina acerca de los sacrosantos misterios de nuestra fe, que hasta los mismos doctores se llegan a consultarle, a él, simple lego, acerca de las cuestiones de la más elevada teología. A todos contesta con la misma profundidad y con igual clarividencia, de modo que los sabios teólogos vuélvense estupefactos de su ciencia y, más aún, hondamente edificados de su virtud.

CARIDAD INAGOTABLE CON LOS POBRES

INSEPARABLE del amor de Dios es el amor al prójimo. Tan grande era el espíritu de caridad de fray Diego para con sus Hermanos, para con los pecadores, los pobres y en general para con todos aquellos con quienes se relacionaba, que bastaba una palabra salida de sus labios para calmar las discordias y excitar el arrepentimiento en unos, la confianza en otros, y, en todos, la alegría y la paciencia.

Compartía su comida con los menesterosos; más aún, mendigaba para aliviarles su miseria y los consolaba con palabras tan persuasivas, que los desheredados de la fortuna regresaban siempre satisfechos con su suerte.

Al poco tiempo de ser admitido en el convento, confiáronle sus superiores el empleo de portero. Quienes más ganaron con esto fueron los pobres. Jamás los despedía fray Diego sin algún socorro, y como ciertos frailes le reprochasen un día su prodigalidad: «Nada temáis —les respondió humildemente—, Dios bendice esta suerte de abusos; lejos de arruinar a la comunidad, estas lismosnas le atraen las bendiciones celestiales, porque el bien que a los pobres se hace, lo mira Jesucristo como hecho a Sí propio». Repetidas veces recompensó Dios con patentes milagros la caridad del Santo, ya multiplicando en sus manos el pan que distribuía a los pobres, ya curando por su intercesión a los enfermos que acudían a implorar su valimiento.

LUCHA CONTRA EL AMOR PROPIO Y LAS PASIONES

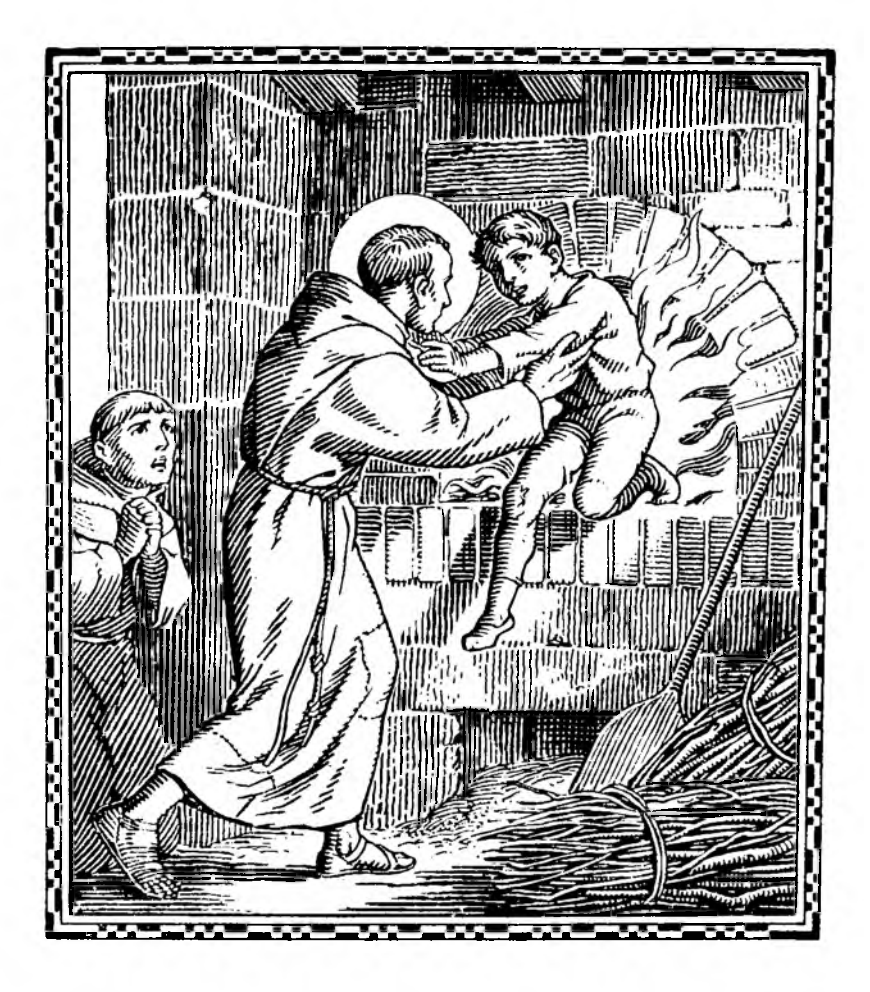
EL humilde lego no parecía darse cuenta de la estimación de que era objeto. Persuadido de su insignificancia y de que sólo por gracia habíanle admitido en el convento, tenía declarada constante guerra al amor propio, y habíale dominado en forma tal, que ninguno jamás le vió turbado; ni en trabajo o pesadumbre que se le ofreciese se oyó de su boca palabra airada o descompuesta, ni se notó cosa alguna que desdijese del varón perfecto. Tal ecuanimidad y el mostrarse en toda circunstancia indulgente y bondadoso, hacen patente una absoluta mortificación interior.

No menos animoso se mostraba Diego en la mortificación externa. Trataba a su cuerpo con extremada aspereza y afligíalo con ayunos frecuentes a pan y agua, y con perpetua abstinencia; como sus disciplinas eran tan rigurosas y sus vigilias tan continuas, bien puede decirse de él que sin el socorro especial de Dios no pudiera resistir tantas fatigas ni tan renovadas privaciones de sueño y de alimento. Atormentado cierta noche de invierno por el demonio de la concupiscencia, ningún medio le pareció más eficaz que echarse en el agua helada. Jamás usó calzado; y en cuanto a su hábito, de tejido burdo y áspero, teníalo tan remendado que se hacía difícil averiguar cuál fuese la primitiva tela; a pesar de lo cual mostrábase siempre limpio, de forma que en su porte exterior reflejaba la albura de su alma.

SUS DEVOCIONES FAVORITAS. — UN MILAGRO

A las prácticas de rigurosa penitencia juntaba Diego la continua oración y elevación de su espíritu. Su mayor entretenimiento y regalo era meditar sobre la Pasión del Señor. Muchas veces poníase en cruz y quedaba tan encendido en la memoria de ella, que fluían de su boca palabras de maravillosa elocuencia acerca de los tormentos que padeció el Señor. Traía en sus manos una crucecita de palo para acordarse siempre de la Cruz de Cristo. La vista de un crucifijo bastaba a veces para sumirle en éxtasis.

Intenso y tierno era también su amor a Jesús Sacramentado; desbordábase la alegría de su corazón cada vez que se acercaba al divino banquete, lo mismo que cuando ayudaba a misa, y sentía con la presencia del Señor tan admirables dulzuras que no podía contener las lágrimas. Cosa igual se echaba de ver en los oficios divinos, especialmente en las fiestas y cuando incensaba; en esas ocasiones era tan visitado y tan regalado de Dios, que muchas veces salía de su persona una suave fragancia que trascendía y en gran manera recreaba a toda la concurrencia.



SAN *Diego de Alcalá va a la boca de un horno de pan, dentro del cual se había quedado dormido un niño que allí se escondiera. Encienden el horno y, despertado el muchacho, grita sin que puedan sacarle. Quemada ya la leña, nuestro Santo le manda salir y sale, en efecto, sin una sola quemadura.*

No menos viva era su devoción a María Santísima, en cuyo honor ayunaba a pan y agua todos los sábados y en las vigilias de sus fiestas. El aceite de una lámpara que de continuo ardía delante de una imagen de la Virgen, le servía para ungir a los enfermos y alcanzar portentosas curaciones; de este modo, siempre refería a María los prodigios que Dios obraba por él.

Estando un día en Sevilla, ocurrió que un niño de siete años, temeroso de castigo por una travesura que había cometido, ocultóse en un horno de pan y allí quedó dormido. Llegada la hora de aparejar el horno, la panadera su madre, sin reparar en la novedad, encendió la leña; mas a poco, despertado el niño por el calor, comenzó a llamar con gritos desgarradores, mientras la pobre mujer enloquecida de dolor y espanto se desmayaba. Vuelta en sí salió a la calle clamando a voz en grito una ayuda, a tiempo que fray Diego y otro fraile acertaban a pasar por allí. Compadecido el santo lego de las lágrimas y voces de la triste madre, le dijo: «Vete a la iglesia mayor, encomiéndate con fe a la Santísima Virgen delante de su imagen, y ten confianza que tu hijo será libre». En cuanto a él, arrodillóse también unos instantes junto al horno, dirigió breve pero ferviente súplica al cielo y luego gritó: «Niño, en nombre de Jesús crucificado, sal del horno; yo te lo mando». Obediente a esta voz, el pobre niño caminó sin miedo por encima de las brasas, y salió, sano y salvo, sin la menor señal de quemadura. Puede suponerse el estupor y a la vez el entusiasmo que este milagro despertó en la multitud; pero fray Diego, sustrayéndose a las aclamaciones del pueblo, tomó al niño y lo condujo a la iglesia hasta el altar en que rezaba su madre, en cuya presencia lo consagró a María, que acababa —decía— de salvarle.

MISIONERO Y SUPERIOR

POCO tiempo después de profesar fray Diego, destináronle sus superiores a las Canarias. Estas islas, que en los comienzos del siglo XV conquistara Juan de Bethencourt para la corona de Castilla, habían recibido la luz del Evangelio por medio de los Padres Pedro Bonthier, franciscano, y Juan Severrier, terciario regular de San Francisco, compañeros de expedición de aquel piadoso caballero; mas como la mies era abundante, solicitaron auxilio de los Frailes Menores, quienes respondieron fundando un convento en Fuerteventura, con el Padre Juan Beza —vicario de la misión de Canarias— como primer Guardián y Superior. Al morir éste, todos los votos recayeron en el humilde fray Diego, quien recibió de sus superiores la orden de ir al dicho convento para tomar la sucesión del Guardián fallecido. Fuerteventura se había trocado en centro de la misión; era, pues, un puesto de mucha responsabilidad, pero los Padres juzgaron, con

razón, que la eminente santidad de fray Diego bastaba para legitimar esta transgresión de las Reglas que apartan a los Hermanos conversos de toda prelacía en la Orden, y que, por otra parte, la ciencia infusa sustituiría en él con ventaja la ciencia adquirida que le faltase. Fué prueba durísima, pero al humilde lego rindióse al punto ante la obediencia. Alentado por la esperanza de morir mártir, preparóse desde entonces con ásperas disciplinas.

Sagaz, prudente y piadoso, el nuevo Guardián consituyóse en regla viviente del convento. Abrasado en celo de la salvación de las almas, comunicaba a sus Hermanos su generosidad y ardor apostólico y, a imitación del Buen Pastor que corre en pos de las ovejas descarriadas, entraba en las chozas de los isleños para infundirles el temor y amor del verdadero Dios, los catequizaba y preparaba a recibir el santo Bautismo, y daba todos los días nuevos hijos a la Iglesia de Dios.

Sin embargo, todas esas labores no saciaban su generosidad ni sus ansias de martirio, por lo cual determinó embarcar con rumbo a Gran Canaria para llevar también allí la antorcha del Evangelio, y si fuese menester, morir en la demanda. Los pobladores de esta isla, que aun por bastante tiempo habían de luchar denodadamente para defender su independencia, hallábanse sumidos en las tinieblas del paganismo. Mas Dios quería que Diego siguiese laborando en Fuerteventura y suscitó una tempestad que impidió al Santo seguir adelante, por lo que hubo de regresar a puerto.

REGRESO A ESPAÑA. — EL JUBILEO DE 1450

DESPUÉS de cuatro años transcurridos en esas rudas labores de apostolado, fray Diego regresó a España y tras de una corta estancia en el convento de Nuestra Señora de Loreto, a poco más de tres leguas de Sevilla, salió con otro religioso, para Sanlúcar de Barrameda. meda.

Áspero y largo era el camino, y habiéndoseles acabado las provisiones, el compañero, agotado por la fatiga y el hambre, se sentía desfallecer. «¡Ánimo! —le dice fray Diego—; acudamos a Dios con fe, que Él cuidará de nosotros». Y, en efecto, después de una ferviente plegaria, he aquí que a la sombra de un árbol encuentran envuelto en una servilleta de inmaculada blancura, pan, vino, pescado y una naranja. «Bendigamos al Señor —exclama el Santo—, pues nos envía con qué restaurar nuestras fuerzas».

Era el año de 1450 y Roma celebraba el gran jubileo y a la vez la canonización de San Bernardino de Sena (24 de mayo). San Juan de Capistrano, Vicario General de la Provincia Cismontana, había convocado a los Observantes de las dos ramas. Acudieron más de tres mil ochocientos frailes, entre ellos nuestro Santo, que acompañaba a fray Jacobo de la Marca.

Debido tal vez a la aglomeración de las gentes durante el jubileo, declaróse una epidemia en la Ciudad Eterna; muchos de los religiosos experimentaron el contagio y hubo que habilitar para enfermería el vasto convento de Ara Cæli. Fray Diego aceptó gustoso y agradecido el cargo de enfermero que tan bien armonizaba con las inclinaciones de su alma y, durante trece semanas que duró el mal, desempeñólo con incansable abnegación. A pesar de la carestía y del hambre que asolaban la ciudad, jamás sus enfermos carecieron de lo necesario; es más, multitud de pobres acudían a él de continuo, y a todos socorría generosa y espléndidamente. Tantas y tan cuantiosas limosnas no tuvieran explicación si, merced a un milagro permanente, el pan, los medicamentos y los víveres de toda suerte no se hubiesen multiplicado entre sus manos.

Su compasión para con los miembros dolientes de Cristo llegaba hasta el heroísmo. Sorprendióle un fraile cierto día mientras besaba las llagas de un joven cubierto de asquerosa lepra. Diego procuró disimular su virtud diciendo: «Hermano, así se cura esta enfermedad». El leproso se curó en efecto. Muchos otros debieron también la curación a sus oraciones.

MODELO DE CARIDAD. — ENFERMEDAD Y MUERTE

TERMINADAS las fiestas de la canonización, fray Diego regresó nuevamente a España. Tras breve estancia en el convento de Sevilla y unas pocas semanas en el de Nuestra Señora de la Salceda —primero de la Observancia establecido en España—, el Padre Rodrigo, Vicario General de Castilla, llevólo consigo al de Santa María de Jesús, en Alcalá, que Alonso de Acuña Carrillo, arzobispo de Toledo, había hecho restaurar. En él pasó fray Diego los trece años últimos de su vida, siendo dechado de piedad y de caridad para con el prójimo. Sus éxtasis y sus milagros eran incontables, y no había día en que no obrase algún prodigio. Así se complacía Dios en glorificar, ya desde este suelo, a un alma que de continuo sabía olvidarse de sí misma y renunciar a todas las cosas por su divino amor.

Aunque parecía vencido por los años y por sus heroicas austeridades, aun quiso Dios refinar más la virtud de nuestro Santo en el crisol del dolor y de los sufrimientos, y le envió un absceso maligno y muy doloroso en un brazo. Como viese que se le agotaban las fuerzas, entendió que el Señor quería llevarle a Sí, y dispúsose recibiendo los últimos sacramentos.

El mal hizo rápidos progresos y la muerte apareció inevitable y próxima. Congregados los religiosos en torno del moribundo: «Perdonadme, carísimos Hermanos —les dijo—, si os he ofendido o desedificado con alguno de mis actos, y rogad a Dios se digne recibirme en el seno de su misericordia». Su-

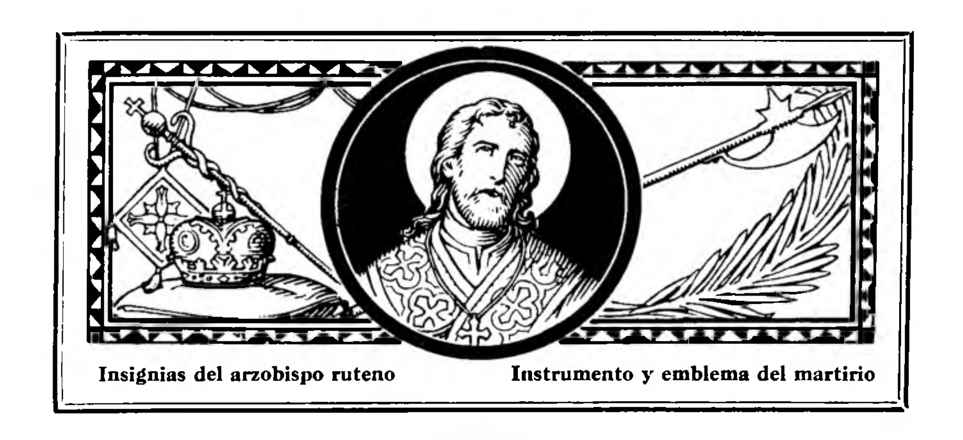
plicó luego le diesen el hábito más raído y pobre de la comunidad, para morir como verdadero hijo de San Francisco, y, satisfecha su demanda, no pudo velar el gozo que le embargaba. Besando luego con amor y estrechando contra el pecho la cruz de palo que constantemente llevaba en la mano, exclamo: «*Dulce lignum, dulces clavos, dulcia ferens póndera:* ¡Oh dulce madero, oh benditos clavos que sostuvisteis carga tan preciosa!» Este himno lo acabó en el cielo a los pies del divino Crucificado; había compartido sus sufrimientos en este mundo y Jesús le convidaba ahora a los eternos goces de la gloria. Era el 12 de noviembre del año 1463.

La noticia de su muerte produjo consternación general. Especialmente los pobres lloraron amargamente la pérdida de tan amante padre y fiel amigo. Sus funerales fueron un triunfo, y el Señor multiplicó los milagros al paso del féretro. Diéronle sepultura primero en la sala capitular del convento; pero, como la piedad y devoción de los fieles crecía de día en día, hubo que dar satisfacción a sus deseos trasladando pocos años después sus venerables restos a una capilla de la iglesia conventual. Cuando se hizo la exhumación, hallóse su cuerpo incorrupto y los asistentes pudieron percibir la exquisita fragancia que exhalaba.

Los prodigios que se obraron sobre su sepulcro son incontables. El mismo príncipe don Carlos, hijo de Felipe II, viéndose en trance de muerte a consecuencia de una gravísima herida que se produjo al caer por las escaleras del palacio arzobispal de Alcalá, debió su curación instantánea a fray Diego, de quien le dieron a venerar las reliquias. El Rey, agradecido al Santo por este favor insigne. solicitó del Romano Pontífice aprobase la introducción de su causa de canonización. Sixto V respondió a esos deseos e inscribió a San Diego en el catálogo de los Santos el 2 de junio de 1588. Inocencio XI fijó su fiesta en el 13 de noviembre, como actualmente se celebra.

SANTORAL

Santos **Diego de Alcalá, franciscano;** Nicolás I, papa, *Eugenio III, arzobispo de Toledo;* Verano, obispo de Cavaillón, Dalmacio, de Rodez, y Quinciano, de Clermont Bricio, sucesor de San Martín en la sede episcopal de Tours; Gondulfo, obispo regionario en Francia; Floriberto, obispo de Citá di Castello (Italia); *Estanislao de Kostka, de la Compañía de Jesús;* Abón de Fleury, abad y mártir; Volquino, abad; *Arcadio, Probo, Pascasio, Eutiquiano y Paulillo o Pablito, mártires;* Antonino, Teófilo, Zebinas y Germán, mártires en Cesarea de Capadocia Valentín, Solutor y Víctor, mártires en Ravena mientras imperaba Diocleciano; Mitrio, mártir en Provenza; Dominio y Constante, anacoretas, Quiliano, apóstol del Artois; Baldomero, confesor, Homobono, mercader de Cremona, en Lombardía. Beato Juan de Puigventós, dominico. Santas Maxelenda, virgen y mártir; Ferecinta, venerada en Toledo.



DÍA 14 DE NOVIEMBRE

SAN JOSAFAT

ARZOBISPO Y MÁRTIR (1580-1623)

ESTE santo obispo, caritativo y amable en grado sumo, fué por su celo apostólico y por su vigilante cuidado en conservar la ortodoxia de la Iglesia, un émulo de su contemporáneo y como él gran siervo del Señor, San Francisco de Sales. Si exceptuamos las princesas de Polotsk, Santas Eufrasina y Práxedes, abadesas del monasterio del Salvador, fallecida la primera en Jerusalén (1173) y la segunda en Roma (1239), y a Miguel Ghebre, sacerdote abisinio, beatificado en 1926, este Santo es el único de los católicos de rito oriental que nuestra Santa Madre Iglesia ha colocado en los altares desde el cisma que originó Focio en el siglo IX y consumó Miguel Cerulario en el XI.

Corría el año del Señor de 1580 cuando en la ciudad de Vladimir, sita en la región de Volinia del antiguo reino de Polonia, celebrábase con solemnidad inusitada, en la iglesia de la santa Parasceve, el bautismo de un vástago de familia principal. El sacramento fué administrado según el rito griego eslavo y el recién nacido recibió el nombre de Juan.

En aquel tiempo la Iglesia rutena, a la que pertenecía el nuevo cristiano, estaba separada de Roma. El cisma no terminó hasta quince años más

tarde, el 23 de noviembre de 1595, en el pontificado del papa Clemente VIII; publicóse el decreto de unión con Roma en Brest-Litowsk, el año 1596.

Gabriel Koncewicz, padre del niño Juan, era concejal de Vladimir. Marina, su madre, era como la mujer fuerte de que nos habla la Biblia, digna por tanto de educar al futuro obispo de Polotsk; ella depositó en su tierno corazón los principios de la virtud y cuidó amorosamente de su formación.

LLAMAMIENTO DIVINO. — VIDA RELIGIOSA

QUERIENDO los padres del joven Koncewicz dedicarlo al comercio, colocáronle en casa de un rico comerciante de Vilna. Aunque en ambiente tan poco favorable a la vida de unión con Dios, nuestro santo permaneció fiel a la gracia; alejaba con decisión todo género de disipación de espíritu, y el poco tiempo disponible que sus múltiples ocupaciones le dejaban, dedicábalo a lecturas piadosas y al estudio.

Proclamada la unión de la Iglesia rutena a la Cátedra de San Pedro, distinguióse entre todos por su adhesión a la Iglesia católica, depositaria de las enseñanzas de Jesucristo; tenía veinte años, y el celo por la causa del Señor abrasaba su corazón, lacerado por los estragos del cisma.

Cerca de Vilna existía una comunidad de Basilios, en el antiguo monasterio de la Santísima Trinidad, entonces en plena decadencia. Nuestro joven lo visitaba con frecuencia y hallaba su piedad indescriptibles delicias al hacer de acólito, cuantas veces era preciso. También asistía a las lecciones de filosofía y teología, explicadas por dos célebres maestros jesuítas.

La buena amistad que cultivaba, junto con una vida cristiana practicada rectamente, hicieron que Juan elevara su corazón por encima de los caducos bienes terrenales para saturarlo de santas aspiraciones. Cuando más intensa era su vida espiritual, trató el mundo de seducirlo con su oropel: su patrono, poseedor de grandes riquezas, carecía de sucesor; encantado de las excelentes cualidades que adornaban a su empleado, ofrecióle adoptarlo por hijo si se determinaba a seguir al frente del negocio. Entre Dios y el mundo, no dudó Juan, e ingresó en el convento de la Trinidad, habitado a la sazón por un solo religioso. Impúsole el santo hábito Hipacio, metropolitano de Kief, antiguo senador del reino, y llamóse, desde entonces, Josafat.

A partir de aquel instante, el Hermano Josafat se consagró a Dios por entero y, sin prejuicios de ninguna clase, entró de lleno por la estrecha senda de la perfección religiosa. El estudio, la oración y la penitencia constituían su ocupación cotidiana. Durante el día solía repetir muchas veces esta jaculatoria, tan familiar entre los orientales: «Señor Jesús, tened piedad de mí que soy un gran pecador»; a ella unía otra que expresaba su celo

por el bien de las almas: «¡Dios mío, destruid el cisma y acelerad la unión!». A sus abundantes lágrimas unía duras maceraciones. Su manera de ser y el género de vida que practicaba, tenían el sello de una austeridad extraordinaria que recordaba los floridos tiempos de la Orden y la vida de San Basilio, su fundador, a quien nuestro Santo se había propuesto imitar. Observaba escrupulosamente los numerosos ayunos que se prescriben en la Iglesia oriental; contentábase con una alimentación ordinaria, y absteníase de pescado, carne y vino. Con semejantes austeridades daba principio a su apostolado; sabía que en la penitencia está el secreto del éxito. No faltaron cristianos fervorosos que, atraídos por la fama de sus virtudes y deseosos de unir su vida a la de Josafat, solicitaron su ingreso en la Orden; en poco tiempo aumentaron notablemente las vocaciones, y aquel monasterio antes solitario, tenía ahora multitud de religiosos.

Las maravillas obradas por Josafat durante su permanencia en el convento de Vilna, eran tanto más de admirar, cuanto que el superior de la comunidad, el archimandrita Samuel Sienczylo, estaba vendido, aunque secretamente, al partido cismático. Los disidentes deseaban vivamente conquistar para su bando al joven y fervoroso monje, mas las proposiciones que en este sentido le hicieron fueron rotundamente rechazadas.

En cierta ocasión, el indigno superior mandó a Josafat, valiéndose de un piadoso encargo, que se personara en cierta casa: era una emboscada tendida a su fidelidad; allí le aguardaban tres depravados cismáticos de los más sagaces. Recibieron al joven monje con extraordinarias muestras de afecto y cariño, mientras hacían llegar a sus oídos aduladoras palabras referentes a su saber y virtud. Suplicáronle luego tuviera piedad de la Iglesia rutena y trabajara para sacudir el yugo de la Santa Sede. De las súplicas pasaron a las amenazas si no les complacía. «Dejadme —les dijo Josafat—; mañana os daré la respuesta».

Hipacio, metropolitano de Kíef, convenientemente informado de estos manejos, hizo comparecer ante su tribunal al archimandrita que, reconocido como traidor, fué depuesto. Para sucederle nombró a José Rucki, ordenado sacerdote por el mismo prelado. Durante los cinco años, de 1609 a 1614, que el monasterio de Vilna estuvo regido por el nuevo superior, experimentó un florecimiento hasta entonces no conocido: fué la edad de oro de aquella comunidad; Josafat contribuyó grandemente a este desarrollo con la influencia que ejercían sus virtudes.

Obcecados por la ira, los disidentes conjuráronse para asaltar el convento y la iglesia. Empero, conocedoras a tiempo del complot tramado, las autoridades locales lo hicieron fracasar. Esto aumentó el odio de los cismáticos: sus iras iban dirigidas especialmente contra el Hermano Josafat, a quien hacían objeto de insultos y ultrajes.

ORDENADO SACERDOTE. — ARZOBISPO DE POLOTSK

JOSAFAT seguía con máximo aprovechamiento sus estudios teológicos bajo la dirección del Padre Fabritsi. Una vez ordenado sacerdote, fueron tan numerosas las conversiones obradas por él, que llegó a considerársele como el apóstol de la región; lo mismo sus más encarnizados enemigos que los cristianos más fervorosos, conocíanle, aunque dando diferente sentido a la expresión, con el apodo de «raptor de almas». Su conquista más notable fué la de Ignacio, patriarca cismático de Moscú.

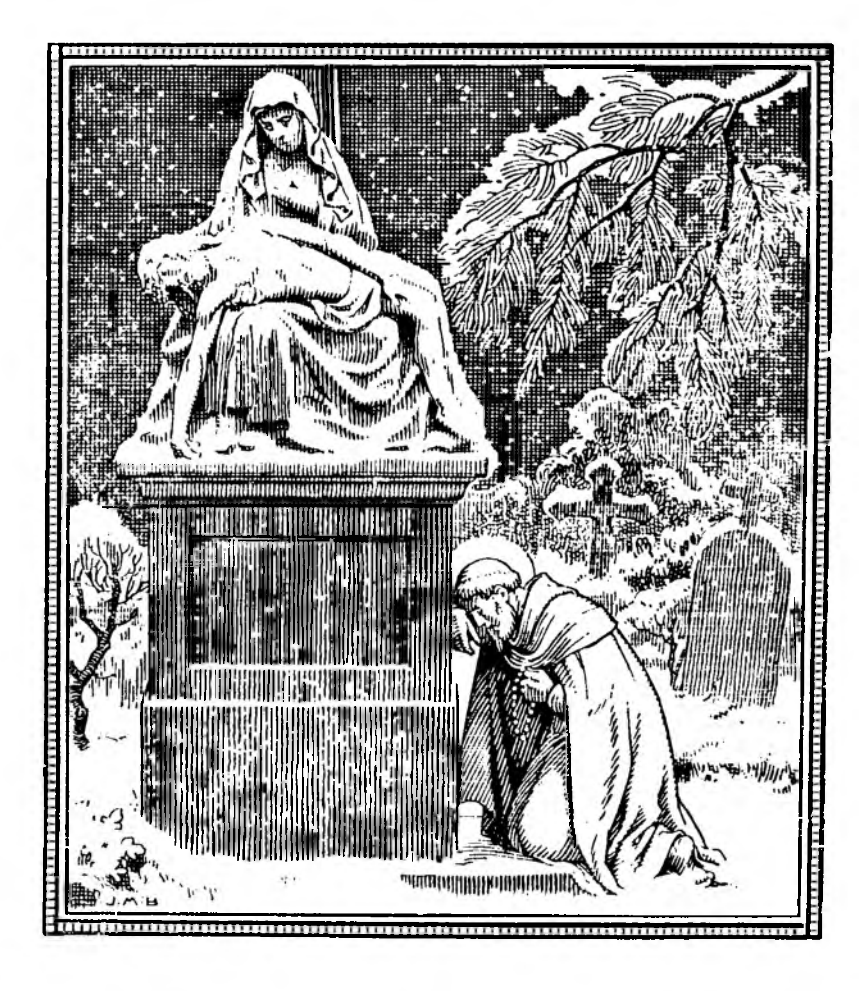
Los nobles rutenos y polacos se disputaban, atraídos por su celo y sus virtudes, deseosos de llevárselo a los propios estados: hiciéronle unos y otros multitud de proposiciones y donaciones para el establecimiento de monasterios. Josafat aceptó el de Bythen y el de Nuestra Señora de Zyrowice, en donde colocó el noviciado.

El nombrar al Padre Rucki en 1614 para el arzobispado de Kíef, hizo que la dirección del monasterio de la Trinidad se confiara a Josafat Koncewicz. A la sazón componían la comunidad unos sesenta religiosos; pero, debido a la excesiva juventud de la mayor parte de ellos, no podían desempeñar los diferentes cargos de la comunidad. El Padre superior multiplicábase, y cuanto más agobiado estaba por el trabajo, con tanta mayor facilidad sobrellevaba la carga; a la firmeza unía siempre una amabilidad exquisita y una paciencia inalterable.

Mientras tanto, seguían sus trabajos por la conversión de los disidentes. No omitía diligencia alguna para defender la causa de la unión. Buscaba con tesón cuantas obras favorecieran su tesis; sostenía frecuentes controversias con los cismáticos; nada, en fin, le arredraba: ni el odio con que se le recibía en los monasterios hostiles a la unión, como el de Peczery, donde quisieron arrojarle al Dniéper. Su ciencia y humildad no pudieron en ciertas ocasiones obrar la conversión apetecida, pero siempre acababan por atraerle el respeto y simpatía de sus mismos enemigos.

Josafat tenía unos treinta y ocho años cuando fué nombrado auxiliar del arzobispo de Polotsk, Gregorio Zahorski, que contaba a la sazón noventa años y sobrevivió poco tiempo a este nombramiento. El 12 de noviembre, Josafat recibía en Vilna la consagración episcopal.

En esta vasta diócesis, que se extendía por todo el noroeste de Polonia y abarcaba toda la Rusia blanca excepto Smolensko, la unión con Roma era puramente nominal. La causa principal estribaba en que muchos no comprendían, o simulaban no comprender, que los católicos de ritos orientales podían ser tan católicos como los de rito latino. Esto era y es tan elemental, que los Sumos Pontífices jamás se han cansado de reprobar la lati-



SAN *Josafat consagró toda su vida a la conversión de los disidentes. Con la pluma, con la palabra y con el ejemplo procuraba convencerlos. Empero, todo lo esperaba de la Santísima Virgen. Muchas veces, hasta en invierno, viósele acudir ante la imagen de Nuestra Señora de los Dolores.*

nización de los orientales; pero el nacionalismo exagerado de unos y la mala fe unida a la ignorancia en otros, han engendrado, a través de los siglos, desavenencias que aun deplora la Iglesia en los actuales tiempos.

Josafat mostró palpablemente, que no era incompatible el catolicismo que le unía estrechamente con Roma con la fidelidad al rito oriental. Aunque desconocía el latín, no le impedía esta ignorancia admirar el apogeo de vida espiritual que existía en la Iglesia latina ni reconocer como altamente beneficiosa la confesión y comunión frecuente que los latinos practicaban: «Busco el fuego donde está», decía con frase gráfica y expresiva.

En su mismo sincero proceder encontraban sus enemigos materia delictiva y hasta motivos determinantes de muerte: los más hostiles confundían, con intención o sin ella, los problemas nacionalistas con los de la religión. El celoso Pastor, abandonándose a los designios de la Providencia, predicaba de continuo y con ardor siempre creciente. El clero que halló en Polotsk había sido formado a espaldas de la Iglesia católica y era, en general, muy ignorante. Para remediar en alguna manera esta deficiencia, compuso un catecismo para uso de sus clérigos.

Aprovechaba los sínodos anuales para instruir a los clérigos en las diversas obligaciones que sus cargos les imponían y para darles normas conducentes al buen gobierno parroquial. Cuidó preferentemente el ornato de las iglesias y la dignidad del culto divino. En la catedral de Polotsk, completamente restaurada, podían apreciarse las bellezas del rito grecoeslavo. Asimismo hizo restaurar las catedrales de Vitebsk, Orcha, Mohilew y Mecislaw; también amplió y dotó convenientemente el convento de Basilios de Polotsk. Para atender a los gastos del culto y a las necesidades de los pobres, mostróse celoso de la conservación de los bienes eclesiásticos y veló por su recta administración. No pasaba día sin admitir algún pobre a su mesa; en ocasión de hallarse vacías las arcas episcopales, llegó a empeñar su estola para hacerse con dinero y poder de este modo auxiliar a una pobre viuda que se hallaba en extrema necesidad.

TREMENDA EMBESTIDA

HACÍA tres años que era arzobispo, cuando fué convocado, juntamente con otros obispos, a la Dieta que se abría en Varsovia por el año de 1621. Satanás aprovechó la ausencia del pastor para enviar lobos carniceros que devorasen el rebaño. Teófano, patriarca cismático de Jerusalén, a su vuelta de Moscú, adonde había sido enviado por el sultán de Turquía para llevar a cabo una misión política, pasó por Ucrania y llegó hasta Kíef. A instancia de los cosacos, acérrinos adversarios de la Iglesia

romana, consagró a tantos obispos disidentes cuantos prelados católicos existían de rito griego unido. La sede de Polotsk fué confiada a Melecio Smotrycki, espíritu selecto, pero de ambición desmesurada.

Este intruso no sosegó un instante: hizo llegar hasta los rincones más apartados de la diócesis emisarios con cartas llenas de invectivas contra el «apóstata papista» Josafat y contra la Santa Sede. El arzobispo católico volvió a Polostk con un decreto de Segismundo, rey de Polonia, en el que se conminaba a los intrusos a respetar la autoridad del legítimo pastor.

El populacho, hábilmente manejado por los agitadores, estaba pervertido. Cuando el palatino Sokolinsli hubo notificado el real decreto desde un balcón del Ayuntamiento, el arzobispo pretendió hablar para reducir a los sediciosos, pero fué en vano. Su voz fué acallada por las vociferaciones e insultos de la multitud: el detritus social dirigióse contra él y hubiese perecido de no intervenir la fuerza armada.

A tales violencias, respondió con un aumento de bondad; Polotsk recobró su aparente calma, pero seguía manteniéndose la tensión en los espíritus; era una corta tregua, tiempo necesario para organizar otro escándalo.

MARTIRIO

EN el transcurso del mes de octubre de 1623, quiso girar visita pastoral en Vitebsk. Temiendo por su vida, suplicáronle sus amigos que la difiriera para más tarde o que aceptara custodia. No accedió a la demora ni quiso tener otra salvaguarda que la mansedumbre episcopal. Ordenó que prepararan su sepultura en la catedral, y antes de salir fué a postrarse ante el Sagrario para hacer el ofrecimiento de su vida: «Señor —dijo—, sé que los enemigos de la unión atentan contra mi vida; os la ofrezco voluntariamente y ojalá que mi sangre apague las devastadoras llamas del cisma».

Recibiósele con hipócritas demostraciones de respeto, mientras tramaban contra su existencia. El 16 de octubre, exclamaba en el transcurso del panegírico que predicaba con motivo de la fiesta de San Demetrio: «¡Quiera Dios que tenga yo la dicha de perder la vida por la santa unión, por la supremacía de Pedro y del Padre Santo, sucesor suyo!» No tardó en realizarse este su vehemente deseo.

Al día siguiente, mientras Josafat rezaba en la capilla de la Santísima Virgen, un sacerdote apóstata que a pesar de una reciente prohibición atravesaba el claustro del palacio episcopal, fué apresado por los servidores del arzobispo y encerrado en la cocina. La muchedumbre invadió en un momento los alrededores del edificio, dispuesta a cometer toda clase de desmanes, y arrojó sobre la servidumbre una lluvia de piedras.

El arzobispo, informado del tumulto, hizo poner en libertad al detenido y entró en el palacio. La multitud quedó por un momento satisfecha y pareció sosegarse: era un pequeño reflujo; luego, cual furiosa ola, volvió más exaltada y en mayor número, asaltó el palacio e hirió gravemente al arcediano y al mayordomo.

A los gritos de las víctimas, acudió Josafat: «Hijos míos —les dijo—, ¿por qué maltratáis a mis servidores que ningún mal os han hecho? Si queréis mi vida, tomadla». Los amotinados permanecieron inmóviles y atónitos. Súbitamente, dos miserables avanzaron a través del gentío a los gritos de: «¡Muera el latino! ¡Muera el papista!» Uno de ellos golpeó en la frente al arzobispo con una pértiga; el otro le asestó un golpe con la alabarda y le partió la cabeza. El arzobispo se desplomó en el acto y sólo tuvo fuerza para hacer la señal de la cruz y exclamar: «¡Oh, Dios mío!». Fueron sus últimas palabras. Los verdugos se encarnizaron en su víctima, destrozándole atrozmente el semblante. Por último, disparáronle dos tiros en la cabeza. Así murió Josafat, el 12 de noviembre de 1623; tenía cuarenta y cuatro años. Celébrase su fiesta el 14 del mismo mes.

Después, los cismáticos invadieron el palacio, donde se entregaron al pillaje y a desafueros de toda clase. Excitados por la bebida, volvieron luego a donde estaba el sagrado cadáver, sometiéronlo a un sinfín de profanaciones, pisoteáronlo horriblemente y lo arrojaron por fin al río Dwina.

EL TRIUNFO. — CULTO DEL SANTO

EL 16 de noviembre, unos pescadores católicos tuvieron la dicha de encontrar el cadáver del santo mártir y trasladáronlo a la iglesia del castillo de Vitebsk. Una inmensa multitud formada por el clero, la nobleza y los artesanos, fué de Polotsk para escoltar los restos y trasladarlos con pompa extraordinaria a la ciudad episcopal. A la llegada del cortejo, el pueblo en masa se apretujó alrededor del féretro: todos lloraban la pérdida de un padre, muy especialmente los culpables de su muerte.

La intercesión de este glorioso mártir tenía que obrar numerosos y portentosos milagros; no es el menor de todos, a la vez que el más confortador, la conversión del intruso Melecio. A partir del 12 de noviembre de 1623, este prelado no gozó de paz interior hasta que hubo entrado en la senda segura; consagró el resto de su vida a la penitencia, a la oración y a defender la unión de las Iglesias.

Beatificado por Urbano VIII en 1643, el santo arzobispo de Polotsk fué canonizado por Pío IX el 29 de junio de 1867.

A la muerte de Josafat, la Iglesia rutena revivió con nuevo esplendor;

una vivificadora savia de renovación manifestóse en los diversos monasterios y entre los fieles; fué la sangre del mártir, como la de sus predecesores en la confesión de la fe, semilla de cristianos. Hoy, a los tres siglos, los católicos de grupo ruteno forman el núcleo más numeroso entre los orientales que han vuelto a la unidad católica.

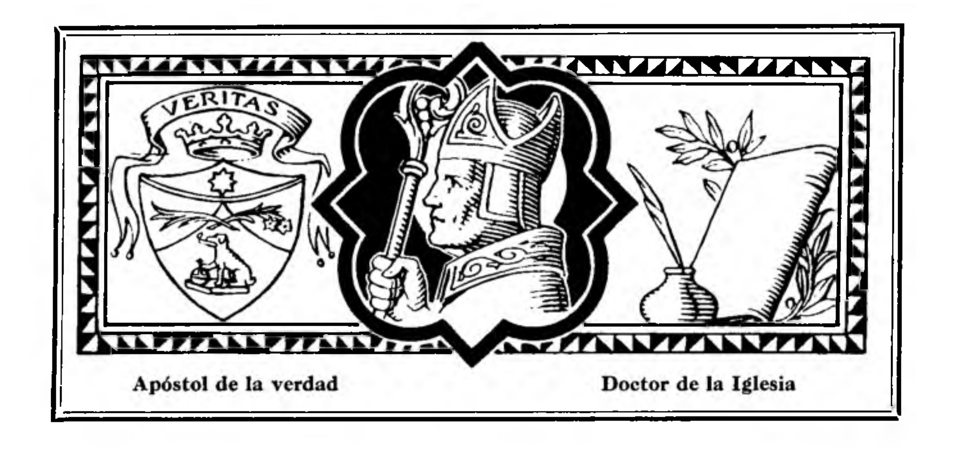
El cuerpo de San Josafat descansó en un principio en Polotsk; pero, comenzado el siglo XVIII, los ejércitos del zar de Rusia pasaron la frontera polaca para ayudar a esta nación contra Suecia; los católicos de Polotsk, que conocían la hostilidad de los cismáticos rusos a los unitarios, creyeron prudente retirar la urna de plata que guardaba los restos del Santo y colocarla en lugar seguro. Los hechos demostraron que esta precaución estaba justificadísima.

Las reliquias fueron trasladadas a Biala, en la diócesis de Chelm. Pero pasada la primera mitad del siglo XIX, un sacerdote apóstata, ayudado por los funcionarios del gobierno ruso, quitó las reliquias del altar para esconderlas en el sótano de la iglesia. En 1915, durante la primera guerra europea, los rusos tuvieron que evacuar Biala: los que así veían a su patria y a su fe libres de la opresión por tanto tiempo sufrida, cantaron el himno de la libertad y tuvieron el consuelo de hallar el cuerpo del santo arzobispo. Inmediatamente lo trasladaron a Viena, donde lo depositaron en la iglesia de Santa Bárbara.

El tercer centenario de la muerte de San Josafat se celebró con piadosas manifestaciones en Roma, Polonia y Viena. Aprovechando esta ocasión, el papa Pío XI publicó una Encíclica. En ella afirmaba la primacía romana, centro y lazo de unidad católica, e invitaba a los orientales a que abandonaran sus prejuicios; también exhortaba a los latinos a interesarse por sus hermanos eslavos y demás pueblos disidentes.

SANTORAL

Santos **Josafat, arzobispo y mártir**; Lorenzo, arzobispo de Dublín *Rufo, primer obispo de Tortosa;* Dubricio, obispo de Landoff, Alberico, de Utrecht, y Amando, de Rennes Hipacio, obispo y mártir Jocundo, obispo de Bolonia, Prudencio II, de Tarazona, y Antidio, de Langres Saes, abad; Serapio, mercedario, mártir, Venerando, mártir en Troyes bajo Aureliano; Serapión, mártir en Alejandría; Clementino, Teodoto y Filomeno, mártires en Heraclea de Tracia; Aniano y Sidonio, confesores. Beatos *Nicolás Factor, franciscano,* Juan de Liccis, dominico, Letaldo, cisterciense Albiano, solitario en la Tebaida. Santas *Trahamunda, virgen;* Veneranda, mártir en tiempos del emperador Antonino; Balsamia, nodriza del gran arzobispo San Remigio y madre de Santa Celsina. Conmemórase el martirio de muchas santas mujeres en la ciudad de Emesa, por orden del cruel Mady caudillo árabe.



Apóstol de la verdad — Doctor de la Iglesia

DÍA 15 DE NOVIEMBRE

SAN ALBERTO MAGNO

DOMINICO, OBISPO Y DOCTOR DE LA IGLESIA (1206-1280)

MAGNO se denomina a Alberto de Bolstadt o de Lauingen, y en verdad que el epíteto le cuadra perfectamente por su inteligencia, una de las más preclaras y cultivadas de todos los tiempos; por la eminente santidad de su vida y de su prodigiosa actividad apostólica; por la originalidad y valentía de sus concepciones filosóficas y por la profunda influencia que ejerció sobre el pensamiento y el movimiento intelectual de su siglo. Verdadero Aristóteles cristiano, domina a sus más ilustres contemporáneos por su vasta erudición, por la irradiación de su apostolado científico, por la distinción y armonía que supo establecer entre la filosofía y la teología, y por la introducción del aristotelismo cristianizado en la enseñanza de la ciencia sagrada.

Muy pronto invadió la leyenda el campo de su vida, atribuyéndole invenciones extraordinarias, construcción de edificios sumamente artísticos y hasta obras de magia fabulosas. Popularizado por biografías cuajadas de hechos tan portentosos, vino a ser una especie de alquimista y mago: todo lo cual no denota sino una manera, inadecuada si se quiere, pero al fin algo fundada, de apreciar su afición a la observación y a la experiencia de labo-

ratorio y su conocimiento de la naturaleza. En realidad, la historia de Alberto Magno resulta en muchos puntos incompleta y oscura por falta de documentos precisos, y por datos legendarios que aquí destacaremos.

ESTUDIANTE EN PADUA Y DOMINICO

ALBERTO Magno nació en 1206 —en 1193, según algunos historiadores— en Lauingen, modesta población de la provincia de Suabia, al noroeste de Augsburgo. Era el primogénito de la familia del conde de Bolstadt, caballero rico y poderoso, muy adicto al emperador Federico II. La primera educación en nada se diferenció de la que recibían en la Edad Media los hijos de familia noble; muy temprano fué enviado a la Universidad de Padua, bajo la tutela de un tío suyo, para estudiar allí letras, ciencias y medicina, por las que sentía gran atractivo. Su padre entretanto hallábase guerreando en Normandía a favor de su señor feudal. En ciertas obras que más tarde compuso Alberto, hallamos recuerdos y alusiones referentes a esta primera estancia en Italia. El estudiante se muestra en ellas atento observador de los fenómenos de la naturaleza, apasionado por el estudio de las ciencias físicas, ansioso de conocer y comprobar sus leyes. Este ardor por la posesión del saber humano no sirvió lo más mínimo de estorbo a su piedad, a pesar del ambiente peligroso para las buenas costumbres; gracias a la especial protección de la Santísima Virgen, conservó intacto el preciado tesoro de la pureza.

No tardó mucho en sentir en su alma el llamamiento divino que le movía a despedirse para siempre de la familia y del mundo, y trocar su vida seglar por la del claustro, más perfecta y más en armonía con sus inclinaciones. Después de encomendarse a la Santísima Virgen mucho tiempo y de consultar a los religiosos que dirigían su conciencia, Alberto no titubeó: llamaría a las puertas de la Orden dominicana y solicitaría humildemente su ingreso. Sin embargo, su vocación tropezó con serias dificultades: su tío y sus padres se opusieron tenazmente. Pero en los primeros meses de 1223, la santidad, el prestigio irresistible, la elocuencia arrebatadora del Beato Jordán de Sajonia, sucesor de Santo Domingo, triunfaron de toda suerte de obstáculos, y Alberto tomó el hábito de los Dominicos. El que lo ganara para la Orden, había adivinado asimismo las brillantes dotes de su nuevo recluta. No cabe duda de que Jordán de Sajonia se interesó de modo especial por los estudios de Alberto de Lauingen. No podemos precisar en qué convento siguió estudiando el heredero de los Bolstadt la filosofía y la teología; bien pudiera ser en el de Bolonia. Sea de ello lo que fuere, lo que hace a nuestro propósito es que su aprovechamiento fué sorprendente.

EL MAESTRO ALBERTO, EN LA UNIVERSIDAD DE PARÍS

DE discípulo trocóse Alberto en catedrático hacia el año 1231 ó 32; leyó ciencia sagrada en los conventos de Hildesheim, Friburgo de Brisgovia, Ratisbona y Estrasburgo. En 1245 el Maestro General de los Dominicos le envió a París, al Colegio o Facultad teológica de Santiago, tiago, que era el centro intelectual más importante de la Orden y estaba incorporado a la Universidad desde 1229. La misión de Alberto era enseñar, en calidad de bachiller, a las órdenes de un maestro de teología, y a la vez ganar la cátedra. Sus lecciones obtuvieron rápidamente el éxito más lisonjero. Religiosos, clérigos, seglares y catedráticos acudían en tropel, ávidos de oírle. Cada domingo daba una conferencia a los estudiantes, y en ciertos días, si hemos de dar crédito a una tradición, las salas del convento eran insuficientes, por lo cual tenía que hablar al aire libre.

La celebridad del Maestro Alberto data de su estancia y de su profesorado en la Universidad parisina. Considérasele como uno de los mayores sabios de su siglo; el título de «doctor universal» que entonces se le otorgó muestra bien a las claras la admiración pasmosa suscitada ante sus contemporáneos y ante sus discípulos.

Al comentar Alberto el libro de las *Sentencias,* de Pedro Lombardo, concibió y dió principio durante su permanencia en París al proyecto de una vasta enciclopedia que abarcaría todo el acervo del humano saber, antiguo y contemporáneo, sojuzgado y coronado por la ciencia sagrada. Ese trabajo, verdaderamente gigantesco y atrevido para sólo un hombre, estaba casi rematado en 1256; Alberto siguió completándolo hasta el fin de su vida, resumiendo y adornando de mayor novedad toda la labor y conocimientos científicos de sus predecesores como Aristóteles, Avicena, Averroes, etc., mostrando con ello y por manera admirable la concordancia armoniosa de la ciencia con la fe en las diversas ramas del saber humano.

EN COLONIA. — EL PACIFICADOR. — PROVINCIALATO

CUANDO al finalizar el año 1248 quedó encargado Alberto de organizar y dirigir el plan de los nuevos «Estudios generales», ordenado recientemente en Colonia para la formación intelectual superior de los religiosos dominicos, llevóse consigo a Santo Tomás de Aquino, siempre modesto, aplicado y silencioso. Algunos condiscípulos le apellidaron «el buey mudo de Sicilia», a lo cual el maestro les replicó en cierta ocasión: «Vosotros le llamáis buey mudo; llegará día en que el mundo entero retumbará con los

mugidos de su doctrina». La verdad de esta profecía queda bien demostrada en la Iglesia desde hace siete siglos.

En lo sucesivo fué Colonia la residencia ordinaria de Alberto. Consagraba a la vez su prodigiosa actividad a la enseñanza, a la predicación, a la composición de obras teológicas, filosóficas y científicas, a la dirección de las almas, a la pacificación de los espíritus, y, cuando llegaba el caso, a la solución de inesperados y graves conflictos.

El arzobispo de Colonia, Conrado de Hochstaden, acudía con frecuencia a pedirle consejo sobre los graves deberes de su cargo episcopal. Como las excesivas pretensiones del prelado indispusieran alguna vez a la burguesía de la ciudad, la mediación de Alberto allanó las dificultades y dió a Colonia cinco años de paz. Esto ocurría en 1251. Nuevamente hubo de intervenir el fraile en 1258 para reconciliar a los adversarios; y al año siguiente, vémosle figurar entre los firmantes del acuerdo comercial celebrado entre Colonia y Utrecht. Cuatro años más tarde, con motivo de una rebelión que aprisionó al arzobispo, castigó el Papa a la desventurada ciudad con el entredicho, y ahí tenemos otra vez a Alberto entre los árbitros encargados de resolver el conflicto. En otras localidades y en circunstancias distintas, pero sobre todo en Renania, se hizo nuestro Santo, por amor a las almas y por devoción a la Iglesia, pacificador de ciudades y apóstol de la justicia y de la caridad con sus habitantes. Así fué Alberto toda su vida.

El capítulo provincial de la Orden dominicana celebrado en Worms el año 1254, confióle los destinos de la provincia de Alemania, que a la sazón abarcaba Germania, Holanda, Flandes y Austria. En los tres años de mandato, Alberto ejerció su cargo con la actividad que le era peculiar y con gran abnegación. A pie y mendigando el sustento, visitó los conventos de su jurisdicción, en los que predicaba con la palabra y el ejemplo la fiel observancia de la Regla, la práctica constante de las virtudes y la aplicación sostenida en los estudios. No contento con mantener la disciplina y la piedad en los conventos ya existentes, fundó algunos más, entre los cuales merece especial mención el del Paraíso, en la diócesis de Colonia, para las hijas de la nobleza. En 1256 partió para Anagni, llamado por el papa Alejandro IV. Allí, en presencia de la corte pontificia, refutó los calumniosos alegatos de Guillermo de Saint-Amour, de la Universidad de París, contra las Órdenes mendicantes; la obra de dicho libelista fué condenada por el Papa. Durante su estancia en Anagni, a requerimiento de éste, comentó el Evangelio de San Juan y las Epístolas canónicas y escribió una refutación de los errores de Averroes acerca de la unidad del entendimiento. Ese viaje a Italia dió ocasión al incansable y docto varón de Dios para llevar a cabo varias investigaciones; descubrió, en efecto, un tratado de Aristóteles acerca de los animales, que se daba por perdido, y publicó un comentario de esta obra.



SAN *Alberto Magno fué el glorioso maestro de Santo Tomás de Aquino. Estos dos sabios forman, por así decir, uno solo. No hubo maestro que más amase a su discípulo y recíprocamente. Aquí los representamos en uno de los muchos viajes que ambos Santos hicieron juntos.*

De vuelta a Colonia, tras un año de ausencia, reanudó sus cátedras y demás ordinarias ocupaciones. En colaboración con Santo Tomás de Aquino y Pedro de Tarantasia —el futuro papa San Inocencio V—, redactó en el Capítulo general de Valenciennes, celebrado el año 1259, un reglamento para los estudios de la Orden, de espíritu científico-filosófico.

OBISPO DE RATISBONA. — PREDICADOR DE LA CRUZADA. APÓSTOL DE LA VERDAD

A principios del año siguiente Alberto fué elegido por el papa Alejandro IV para el obispado de Ratisbona a pesar de la gran repugnancia que el Santo manifestara y de lo mucho que se opuso el Maestro General de la Orden, Humberto de Romanis. Hallábase dicha diócesis hondamente dividida por las disensiones y en situación religiosa bastante comprometida. Ante un mandato formal del Sumo Pontífice, Alberto hubo de sacrificarse una vez más y dióse de lleno al desempeño de su nuevo cargo. Fué su peculiar medio de apostolado y de persuasión el ejemplo de virtud y santidad. Nada mudó en el tenor de vida pobre y sencilla que había llevado hasta entonces; su modestia en el vestir y su modo de viajar contrastaban con el lujo y los modales más o menos mundanos que podían observarse en algunos prelados de entonces. Alberto recorría su diócesis llevando en un asnillo su modesto equipaje y los ornamentos episcopales; predicaba la palabra de Dios, hacía observar las normas de disciplina, reformaba las comunidades y apaciguaba discordias civiles. Sin embargo, los deberes del cargo pastoral y su celo apostólico no le apartaban del trabajo intelectual. Dos años pasó en su labor de pastor celoso, pacificando a sus ovejas, reformando el clero, cancelando las deudas de su predecesor, dando a todos ejemplo de vida de oración, de laboriosidad y de apostolado. Por último, en 1262, más amante del estudio que del tráfago de asuntos temporales en que necesariamente debía intervenir de continuo el obispo de aquellos tiempos, blanco por otra parte de impugnaciones violentas y odiosas, dió la dimisión de su cargo y se retiró gozoso a un convento de su Orden, que fué probablemente el de Colonia.

Pero no disfrutó largo tiempo del silencio y de la tranquilidad de la celda monacal. Estaba en la mente del papa Urbano IV la idea de una nueva Cruzada y le encargó en 1263 que la predicara en Alemania, en Bohemia y otras comarcas de lengua teutónica. Por espacio de dos años recorrió Alberto dichos países en todas direcciones hasta las fronteras de Polonia, determinando por su santidad, más aún que por las palabras, a los caballeros y gentes de armas a alistarse para ir a libertar los Santos Lugares. Terminada

esta misión, retiróse el prelado a Wurzburgo de Franconia, y allí reanudó su amada labor científica, intervino en la pacificación de los espíritus, en la conclusión satisfactoria de procesos, en la predicación, y en otra infinidad de actividades. A petición suya, el entonces Maestro General de la Orden dominicana, Juan de Vercelis, le permitió en 1267 proseguir su cátedra de lector de teología en el convento de Colonia, lo que no le impedía atender a los numerosos negocios que a cada paso le encomendaban. En los diez años que siguieron, emprendió frecuentes viajes de Brenner a Amberes, de Colonia a Lyón y, condescendiente con el deseo de los obispos o de sus Hermanos, predicaba, consagraba altares e iglesias, confería órdenes sagrados, y sembraba a su paso bendiciones, indulgencias y el suave perfume de sus virtudes. En 1274 asistió al concilio ecuménico de Lyón y contribuyó eficazmente al reconocimiento de Rodolfo de Habsburgo por emperador del Sacro Imperio, a la absolución del entredicho que pesaba sobre la ciudad de Colonia, y a la definición de ciertas cuestiones doctrinales y morales suscitadas por los cismáticos griegos.

En su apostolado servíale de guía su intenso amor a la verdad. Mientras en París contendía Santo Tomás de Aquino con Sigerio de Brabante acerca del averroísmo, Alberto enviaba desde Colonia a Gil de Lessines con la refutación de dicho error, y ayudaba así a su amado discípulo. Más tarde, en 1277, ciertas intrigas arteramente urdidas por profesores seglares de la Universidad de París, indujeron al obispo de esta ciudad, Esteban Temper, a condenar unas proposiciones de Fray Tomás, que, por hallarse ausente, no podía defenderse. En esta coyuntura, Alberto se mostró apóstol de la verdad, y, a pesar de su vejez, de sus achaques y de la distancia que le separaba de la capital francesa, voló a defender a su discípulo predilecto.

UN GRAN SABIO Y UN SANTO DE TEMPLE APOSTÓLICO

YA en vida gozaba Alberto el renombre de virtuoso y sabio. Sus escritos filosóficos, teológicos y místicos, a los cuales se mezclaron apócrifos poco recomendables de los siglos XVI y XVII, fueron dados a la estampa en 1651 por el dominico P. Pedro Jammy, y, desde el año 1890, por el presbítero Bornet. Aunque esas dos colecciones, la segunda de las cuales abarca cerca de cuarenta tomos, sean poco críticas y además incompletas, dicen muy alto que la actividad literaria del santo doctor fué la más gigantesca de la Edad Media y tan extensa, que abarcó casi todas las ciencias profanas y sagradas.

En el siglo XIII, de vida intelectual tan intensa, destácase este coloso sin par del saber, este metafísico que cristianiza el aristotelismo, escritor que

se cita en las escuelas con la misma autoridad que Aristóteles y Avicena; profesor que entusiasma a la juventud universitaria y que merece los honores y la gloria más excelsa. Coloso que es a la vez sencillo, humilde, pobre, ejemplar, austero y obediente, como lo prescribe la Regla de su santa Orden. Nunca, monje, provincial u obispo, pierde de vista que es miembro de una Orden mendicante: ama la pobreza y la recomienda a sus Hermanos. Su humildad llama poderosamente la atención. Este eximio varón que ha recibido de Dios las más envidiables disposiciones para el estudio, las hace fructificar mediante una labor sostenida pero encaminada exclusivamente a la gloria de Dios y al bien de las almas; su vastísima ciencia no le engríe, antes por el contrario le inspira mayor desconfianza de sí mismo, le torna más humilde, y le hace rendir totalmente su inteligencia a la fe.

De su amor al estudio, de su celo en la cátedra, de su obediencia a los superiores, al Papa y a los obispos, de su apostolado en la predicación, de su piedad sencilla, caracterizada por una devoción rendida al Sacramento del Amor, a la Pasión del Salvador, a la santa Misa, a la Virgen Nuestra Señora, no puede trazarse mayor apología que su vida misma. La forma específica de su particular vocación es el estudio, la enseñanza de la verdad: Alberto estudia, escribe, platica, predica para enseñar a los hombres a conocer mejor y amar más al Criador. En el amplio concepto del Santo, la ciencia debe ser el vehículo para llegar a la fe y al amor sobrenatural.

MUERTE Y CULTO. — DOCTOR DE LA IGLESIA

DE París, volvióse nuestro Santo a Colonia. La edad y el trabajo mental de medio siglo acabaron por rendir a aquel coloso de la ciencia; sus facultades comenzaron a declinar, y, desde entonces, durante los tres años que le quedaron de vida, consagróse exclusivamente a su perfeccionamiento espiritual. Murió en Colonia el 15 de noviembre de 1280. Hiciéronsele magníficas honras. Su cuerpo, inhumado conforme lo dejara mandado en el testamento otorgado un año antes, en el coro de la iglesia de Hermanos Predicadores de dicha ciudad, fué más tarde encerrado en un sarcófago de madera y depositado en un sepulcro de piedra cuya lápida de mármol recordaba la personalidad del difunto.

Dice así: «El año 1280, a 15 de noviembre, murió el Venerable Señor Fray Alberto, Obispo que fué de la Iglesia de Ratisbona, de la Orden de Predicadores, Maestro en Teología. Descanse en paz. Amén».

La ciudad de Ratisbona consiguió en 1619 el hueso del brazo izquierdo, reliquia insigne que fué expuesta en la catedral. La de Lauingen encargó un retablo con el retrato del Santo que fué colocado en la iglesia de la parroquia.

A poco de fallecer San Alberto, tributóse culto a sus reliquias en Colonia, Lauingen y Ratisbona, levantáronse capillas en su honor, pidiéronse al cielo milagros y se lograron por su intercesión, en vista de lo cual los Dominicos de Colonia y de Ratisbona consiguieron en 1484 autorización para celebrar la festividad de tan ilustre varón. El 27 de noviembre de 1622, el papa Gregorio XV concedió verbalmente el mismo favor a la diócesis de Ratisbona. Urbano VIII, a su vez, concedió el oficio litúrgico a Lauingen en 1631, y a los Dominicos de Alemania en 1635. Otro tanto hizo el papa Alejandro VII en 1664 para con los de Venecia, y Clemente X para toda la Orden dominicana en 1670 y Pío IX para la diócesis de Colonia, en favor de la cual elevó la fiesta a rito semidoble, primeramente, y doble en 1870. Con el tiempo, varias diócesis alemanas, y en Francia la de París, lograron privilegios semejantes, y así el culto del santo doctor renano se fué difundiendo más y más.

Desde fines del siglo XV en que tuvo lugar la traslación de sus sagradas reliquias (1842), comenzó a solicitarse del Papa los honores de la canonización y la aureola de los doctores para nuestro Santo. Idénticas apremiantes diligencias se manifestaron en 1601 y más tarde en 1870 en ocasión del Concilio Vaticano. En el pontificado de Pío XI la Orden dominicana, los obispos alemanes y los fieles de algunos países presentaron nuevas solicitudes a Roma y el examen de dicha súplica fué entregada a la Congregación de Ritos, la cual emitió informe favorable. Pío XI apeló a un expediente particular de canonización muy raro en la actualidad pero de uso corriente en tiempos pasados: la canonización por *equipolencia,* por la que el Sumo Pontífice, en virtud de su autoridad suprema, suple todas las formalidades jurídicas. Así, pues, por Letras decretales del 16 de diciembre de 1931, inscribió a Alberto Magno en el número de los Santos, y confirióle, además, el título de Doctor de la Iglesia. El Papa impuso la festividad del ilustre dominico al universo católico, con rito doble menor y fijó su celebración a 15 de noviembre, por lo que la de Santa Gertrudis, virgen, fué trasladada al día 16.

SANTORAL

Santos **Alberto Magno, obispo y doctor;** *Eugenio I, arzobispo de Toledo, mártir;* Macuto, obispo de Aletk; *Desiderio, obispo de Cahors;* Arnulfo, obispo de Toul, Leoncio, de Burdeos, y Luperio, de Verona; *Leopoldo, margrave de Austria;* Abibo, diácono, Guria y Samona, mártires en la persecución de Diocleciano y Maximiano; Segundo, Fidenciano y Várico, Marcial y compañeros, mártires en África; Secundino, mártir en Alemania; Demetrio, mártir; Paduino, monje. Juniano, solitario; Brandón y Madosio, monjes escoceses. Beato León de Asís, discípulo de San Francisco. Santa Beatriz, de la Orden Tercera franciscana. Beata Catalina, cisterciense.



«Corazón perforado por la lanza, abre el mío con el dardo de tu amor»

DÍA 16 DE NOVIEMBRE

STA. GERTRUDIS LA MAGNA

VIRGEN Y RELIGIOSA CISTERCIENSE (1256-1302)

ENTRE las flores de santidad que, al finalizar el siglo XIII, esparcieron en el jardín de la Iglesia el grato aroma de eximias virtudes, cuéntase a Gertrudis *la Magna,* virgen cisterciense que debía adquirir gran celebridad por su ciencia, por su amor divino y por las íntimas comunicaciones con que Dios la favoreció. En su obra intitulada *El Heraldo del amor divino,* se hallan cuantas noticias sabemos acerca de su vida. Cinco libros comprende la citada obra; es el primero una especie de introducción compuesta por una de sus compañeras de claustro. Ella misma escribió el segundo, y los otros tres últimos han sido escritos conforme a las notas dictadas por la misma Santa.

Nació Gertrudis el 6 de enero de 1256 en un lugar de Alemania que hasta hoy no ha sido posible determinar. Ignórase también el nombre y condición de sus padres. Sabemos, sin embargo, que, para satisfacer su deseo de consagrarse a Dios, la ofrecieron generosamente al monasterio cisterciense de Helfta, a la entrada de Eisleben, en Sajonia. Gertrudis, contaba a la sazón tan sólo cinco años. Desde este momento perteneció enteramente al celestial Esposo de las vírgenes. Era humilde, obediente, dócil; hallaba en el recogi-

miento y la oración todas sus delicias. Por su alegría sencilla y candorosa, por su caridad llena de finezas y por la dulzura de su trato, se atrajo el amor y veneración de todas las religiosas del convento y cautivó, con su delicada pureza, las miradas del Rey de los ángeles.

Muy pronto notaron sus Superiores que Dios la había dotado de una inteligencia extraordinaria y le dieron libertad para estudiar bajo la dirección de las religiosas más instruídas. Gertrudis aprendió la lengua latina y estudió las siete artes liberales cuyo programa comprendía toda la enseñanza primaria y secundaria de la época. La penetración de su espíritu y la facilidad de su memoria, favorecidas por la exquisita pureza de su corazón, aceleraron sus progresos en las ciencias.

En un principio hallaba tanto gusto en los ejercicios de piedad como en el estudio; pero luego que se hubo entregado con ardor a la lectura de la retórica y de la filosofía, empezó a sentir excesiva afición a las ciencias profanas, con perjuicio de su fervor y devoción. Sin embargo, su corazón y su espíritu volvieron a gozar de perfecta paz a partir del 27 de enero de 1287, en que, según las *Revelaciones,* se le apareció Nuestro Señor.

Desde este día, que ella llama de su «*conversión*», no se ocupó más que de las ciencias sagradas. Púsose a estudiar la Sagrada Escritura, la Teología, y los escritos de los Santos Padres. Por lo demás, su modo de escudriñar la verdad, mejor parecía meditación espiritual que estudio propiamente dicho. «No podía saciarse —dice su biógrafa—de la suavidad admirable que gustaba en la contemplación y en la investigación de esta luz que está oculta en el sentido de la Escritura. Ésta, que le parecía más dulce que la miel y más agradable que la armonía de los conciertos, llenaba su corazón de una satisfacción y alegría casi continuas».

De este modo adquirió una doctrina espiritual abundante y segura, acrecentada por las enseñanzas directas del Divino Maestro, de las cuales se valió para instruir a sus hermanas y santificar a muchas almas.

EL VERDADERO MAESTRO. — LA PRESENCIA DE DIOS

EL mismo Jesucristo quiso ser su maestro y enseñarle muy altas verdades que sería imposible encontrar en los libros. Derramó sobre ella luces tan puras y abundantes que, iluminada por ese divino resplandor, parecíale vanidad y tinieblas su vida anterior, perfecta, sin embargo, a los ojos de sus Hermanas. Este favor fué seguido de tan íntima unión con Dios, que jamás perdía de vista su dulce y amabilísima presencia por diversas que fueran las ocupaciones a que hubiera de entregarse.

Vivía también en aquel monasterio otra religiosa émula de Gertrudis

en la perfección; era Santa Mectilde, hermana de la abadesa de Helfta, Gertrudis de Hackeborn, la cual durante largo tiempo ha sido confundida, por razón de homonimia, con Santa Gertrudis la Magna. Cantando Mectilde un día en el coro, vió a Jesucristo sobre un elevado trono y a Gertrudis paseándose en torno suyo, con los ojos siempre fijos en el rostro del Divino Maestro, doquiera que fuera, y sin dejar de cumplir con la mayor exactitud las diversas ocupaciones que le habían confiado. Como se extrañara Mectilde ante semejante espectáculo, díjole el Señor: «Esta es la imagen de la vida que lleva mi querida Gertrudis ante mis ojos: siempre anda en mi presencia. no concede ningún descanso a sus deseos ni da tregua al celo ardiente que tiene de conocer lo que más agrada a mi Corazón, y tan pronto ha podido conocerlo, pónelo por obra con el mayor esmero y fidelidad. Y a pesar de eso no se detiene ahí, sino que busca en seguida algún nuevo deseo de mi voluntad, para redoblar su celo y practicar otros actos de virtud. De este modo, su vida entera es una perpetua alabanza en mi honor y a gloria mía».

El único objeto de las preocupaciones de Gertrudis era Nuestro Señor, su gloria y la satisfacción de su divina voluntad; todo lo apreciaba desde este punto de vista; no se servía de las criaturas ni de los dones tan preciosos que había recibido de Dios sino para dirigirlos a este fin supremo. Nada para ella, nada para su propia satisfacción, ni para su propia gloria; todo, en cambio, para Dios. En sus vestidos, en sus muebles y libros, así como en todos los objetos que le estaban encomendados, sólo buscaba la necesidad o la utilidad, y tanto más amaba una cosa cuanto mejor le servía para honrar y complacer a Dios.

Si se le daba algún objeto del cual tenía necesidad, recibíalo como obsequio de la mano de Dios. En fin, esta fiel esposa de Jesucristo consideraba su propia persona como propiedad de Dios y solamente por amor de Él atendía a las necesidades de su cuerpo y de su alma. Mirábase como un objeto consagrado al culto divino hasta tal punto que hubiera tenido por robo e impiedad el no emplearse únicamente en la gloria de su Dueño.

GERTRUDIS Y LA SANTA EUCARISTÍA

LA sagrada Eucaristía era como el centro de la piedad de Gertrudis, el horno donde su fervor se encendía y renovaba cada día. Todas las acciones que ejecutaba por la mañana, antes de la comunión, ofrecíalas a Nuestro Señor como preparación para acercarse más dignamente a la sagrada Mesa, y todas las que seguían a la comunión, en el resto del día, ofrecíaselas en homenaje como otros tantos actos de gratitud por el beneficio inestimable que había recibido. Un día, al tiempo de acercarse al sagrado Banquete, creyendo estar menos preparada que de ordinario, decíase a sí

misma: «Mira que el Esposo te llama, ¿cómo harás para salir a su encuentro estando tan poco engalanada con los adornos de los méritos que le agradan?» Recuerda entonces su debilidad y su propia bajeza, humíllase profundamente y, poniendo toda su confianza en la infinita bondad de Dios, se dice: ¿Por qué tardar? Aunque tuvieras mil años para prepararte, nunca llegarías a estarlo dignamente, ya que nada absolutamente tienes de ti misma con que puedas lograr la difícil y magnífica preparación que Él merece; sin embargo, iré a su encuentro humilde y llena de confianza; y, cuando me haya visto, mi amado Salvador, impulsado por su propio amor, será bastante poderoso para enviarme los adornos que me faltaren».

Penetrada de estos sentimientos acercóse a comulgar. Jesús se le apareció, irradiando bondad y misericordia, en una visión simbólica. Vióse entonces revestida de una túnica morada, emblema de humildad, de un adorno verde como la esperanza, de un manto de oro, símbolo de caridad, y ceñida su frente con preciosa corona de pedrerías, significando el gozo que siente Jesús al reinar en un corazón que le pertenece enteramente.

Otra vez, al acercarse a comulgar, dijo a Nuestro Señor: «Oh Señor, ¿qué vais a darme hoy?» Y el Salvador le respondió: «Te daré a Mí mismo, con mi esencia divina, como la Virgen, mi Madre, me recibió en la Anunciación. En otra circunstancia, después de comulgar, cuando con profundo recogimiento se ocupaba en su acción de gracias, Nuestro Señor se le presentó en forma de pelícano con el pecho desgarrado como para abrevar a sus polluelos con la propia Sangre. «Señor —exclamó Gertrudis—, ¿qué queréis enseñarme con esta visión? —Quiero hacerte considerar —dijo Jesús— de cuán excelente modo queda vivificada tu alma para la vida eterna al recibir este divino Manjar, puesto que es alimentada al modo como el tiernecito pelícano recibe la vida de la sangre que brota del corazón de su padre».

Meditaba Gertrudis, cierto día, acerca de la vigilancia que debemos tener sobre nuestra lengua, destinada a recibir el precioso misterio de Cristo, cuando una luz sobrenatural la instruyó por medio de la siguiente comparación:

«Aquel que consiente a su boca proferir palabras vanas, falsas o vergonzosas, murmuraciones u otras cosas semejantes, y se acerca a comulgar sin arrepentirse ni hacer penitencia, ese tal recibe a Jesucristo —en cuanto está de su parte— de igual modo que el que, al huésped que viene a su casa, lo recibiera, en el momento de traspasar el umbral, con una lluvia de piedras, o le aplastara la cabeza con un martillo de hierro. El que lea esta comparación —añade Gertrudis— considere con profundo sentimiento de compasión qué relación existe entre tamaña crueldad de nuestra parte y tanta bondad de parte del Señor; considere si el que lleno de misericordia viene a salvar al hombre merece ser perseguido con tan dura crueldad por aquellos que viene a salvar; y lo mismo digo de todos los demás pecados».



A la tierna edad de cinco años, Santa Gertrudis ingresa en el monasterio de Helfta, en Sajonia. Desde aquel momento perteneció por completo al celestial Esposo de las vírgenes. La principal delicia de toda su vida fué la contemplación y meditación del Salvador y de la Sagrada Eucaristía.

La vidente asistía diariamente al santo sacrificio de la Misa. Un día, uniéndose al sacerdote en el momento de la elevación de la sagrada Hostia, ofrecía ella misma esta inmaculada Víctima al Eterno Padre como digna reparación de todos sus pecados; entonces conoció que Jesucristo se había dignado presentar al Padre el alma de su sierva. Y mientras ella se confundía en acción de gracias por tan inefable bondad, Jesucristo le hizo comprender esta verdad: cada vez que un cristiano asiste con devoción a la santa Misa, pensando en la Víctima que por nuestra salvación se inmola sobre el altar, Dios Padre le considera con misericordia a causa de su complacencia por la Hostia tres veces santa que se le ofrece en el inefable Sacrificio.

«TODAS TUS PETICIONES SON ESCUCHADAS»

LEEMOS en *El Heraldo del amor divino* que, un año en que el frío amenazaba destruir a los hombres, animales y cosechas, acudió Gertrudis al Señor durante la Misa encomendándole éste y otros asuntos. Acabada su oración, tuvo la siguiente respuesta: «Hija, has de saber que todas tus peticiones son escuchadas. —Señor —repuso la Santa—, dadme la prueba de esta bondad haciendo que cesen los rigores del frío». Al salir de Misa halló los caminos inundados de agua producida por el deshielo y por las nieves derretidas. Con general admiración, el tiempo favorable se mantuvo, comenzó la primavera y siguió sin ninguna interrupción.

Muchas veces obtenía Gertrudis la asistencia divina milagrosamente y como por diversión. Si, por ejemplo, trabajaba sentada sobre un montón de paja y se le iba la aguja de las manos, decía para que todos la oyeran: «Señor, puesto que todo el trabajo que yo me tomara para buscarla resultaría inútil, buscádmela Vos mismo». Luego, sin mirar siquiera, alargaba la mano y la recogía al instante de en medio de la paja, cual si la estuviera viendo.

EL CORAZÓN DE JESÚS Y EL CORAZÓN DE GERTRUDIS

LAS revelaciones del Divino Maestro a Gertrudis parecen como el preludio de las que debía hacer cuatro siglos después a Santa Margarita María sobre la devoción a su Corazón Divino. Varias veces le descubrió las maravillas de este sagrado asilo abriéndoselo como refugio seguro y manantial inagotable de gracias. Presentóle cierto día su divino Corazón bajo la forma de un incensario de oro, del cual subían hasta el Padre celestial tantas columnas de perfumado incienso como son clases de hombres por los que Jesús dió su vida.

Estando otra vez la Santa en oración, como a pesar de los esfuerzos que hacía para orar con atención no lograra evitar las distracciones que por efecto de la humana debilidad le asaltaban, decía entre sí, sumida en grande aflicción: «¿Qué fruto puede esperarse de un ejercicio hecho con tal disipación de espíritu?» Entonces, Jesús, para consolarla mostróle su Corazón en forma de ardiente lámpara, y le dijo: «He aquí mi Corazón, las delicias de la Santísima Trinidad: te lo presento para que, llena de confianza, le pidas que cumpla en ti lo que no puedes hacer por ti misma; recomiéndale todas tus acciones para que Él las haga perfectas a mis ojos; desde hoy, este Corazón está siempre dispuesto a socorrerte y a reparar los defectos de tu negligencia». Con lo que la Santa recobró la paz y se llenó de alegría.

«Señor mío Jesucristo —exclamaba con muchísima frecuencia—, por vuestro Corazón perforado por la lanza, os ruego abráis también el mío con los dardos de vuestro divino amor». Su ruego fué pronto satisfecho. Como en otro tiempo Francisco de Asís, Gertrudis recibió en su corazón la impresión de los sagrados estigmas; era el segundo año, o tal vez el primero de lo que ella llamaba «su conversión».

En los escritos de la Santa se lee así: «Vi cómo de la llaga de la mano derecha del Crucificado salía un rayo de fuego que, cual aguda flecha, hizo una herida en mi pecho. Desde entonces, ¡oh Dios mío!, jamás he sentido que os hayáis separado de mi corazón. Cada vez que entraba dentro de mí, segura estaba de encontraros allí presente porque habíais herido mi alma con llaga de amor tan profunda, que a pesar de mi indignidad, nunca Vos me abandonabais. ¡Oh amor mío!, ¡mi Rey, mi Dios!, en la hora de mi muerte, tomadme bajo el amparo de vuestro Corazón sacratísimo. ¡Oh amor!, el impulso de mi corazón hacia el vuestro es tal que constituye su tormento; abridme la entrada saludable de vuestro amabilísimo Corazón; he aquí el mío, posesionaos de él, unidlo íntimamente al vuestro, ¡oh Jesús!; que vuestro Corazón deífico, traspasado ya por mi amor y sin cesar abierto a todos los pecadores, sea para ellos el primer lugar de su refugio y también el de mi alma cuando saliere de mi cuerpo».

En otro lugar de sus escritos, dando gracias al Señor por todas sus bondades, continúa Gertrudis en estos términos:

«A tantos favores habéis añadido una señal inestimable de vuestra amistad y de vuestra familiaridad dándome de diversas maneras vuestro Sagrado Corazón para que sea manantial abundante de todas mis delicias; ya ofreciéndomelo como un don puramente gratuito, ya, por una muestra más sensible de vuestra familiaridad, cambiando el vuestro por el mío.»

Una vez Gertrudis se sintió milagrosamente atraída hacia el Corazón de Jesús y descansó en él por espacio de una hora en las delicias de un éxtasis maravilloso. En fin, ese misericordiosísimo Salvador dijo un día a Santa Mec-

tilde, compañera e imitadora de nuestra Santa: «No podrás tú encontrarme en un lugar que me sea más grato y conveniente, que en el Sacramento del Altar y en el corazón de mi amada Gertrudis».

HUMILDAD Y SUFRIMIENTO

A pesar de tantos y tan extraordinarios favores, nadie pudo jamás —dice su biógrafa— notar en ella el menor movimiento de orgullo o de propia complacencia. Consideraba hasta lo más nimio de sus defectos para humillarse siempre más y más. Cuanto mayores eran las gracias que recibía, más se humillaba ante la infinita bondad de Dios, reconociendo que todo lo debía a su pura misericordia, y se tenía por la más ingrata y despreciable de todas las criaturas. «Ah, Señor —exclamaba—; de todos los milagros que Vos obráis ninguno me parece tan grande como el prodigio de que soporte la tierra a una pecadora tan miserable como yo».

Al igual que todas las almas abrasadas del amor divino, sentía grandísimo deseo de padecer por Dios, de tal modo que nada le parecía más triste que no tener pena que sufrir por su amor. Por eso se imponía tan rigurosas penitencias y aceptaba con alegría las enfermedades que Jesús le enviaba.

La pasión del Salvador era el objeto principal y continuo de sus meditaciones. A menudo le concedía el Divino Maestro luces espirituales acerca de la inmensidad y extensión de sus sufrimientos; y aun se dignó grabar espiritualmente sus llagas en el corazón de Gertrudis. Un Viernes Santo, dijo a su divino Rey: «Enseñadme, os suplico, oh única esperanza de mi alma, por qué medios podría yo conocer mejor el beneficio de vuestra Pasión adorable». Jesús le respondió:

«Aquel que renuncia a su propio juicio para someterse al parecer de otro, me consuela de mi cautividad y de los ultrajes que la acompañaron. Confesarse humildemente culpable, cuando uno es acusado, es reconocer dignamente el amor que me hizo aceptar una sentencia injusta.»

LAS «REVELACIONES». — MUERTE Y CULTO

EL celo por la salvación de las almas redimidas por la sangre de Jesucristo, apasionaba la de Gertrudis. Veíasela ante el Santísimo Sacramento o a los pies del crucifijo, implorar con abundantes lágrimas la salvación de los pobres pecadores. Sus cortas exhortaciones se encaminaban al único fin de procurar la gloria de Dios y hacerle amar de todos. Únicamente con el mismo objeto y por orden del Señor, emprendió en 1289 la redacción de sus *Revelaciones,* que completó hacia el año 1300, y cuyo texto

fué aprobado, en vida de la Santa, por los teólogos más famosos de aquel tiempo.

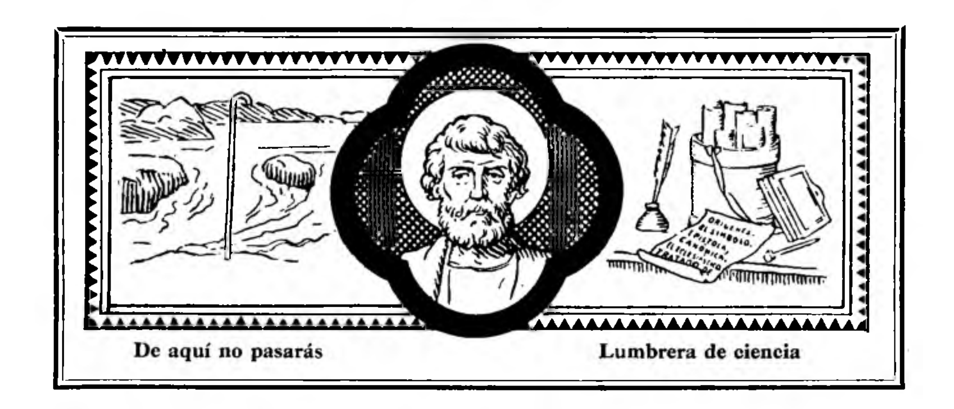
Aun no se ha podido determinar con exactitud la fecha ni las circunstancias precisas de la muerte de Gertrudis; sin embargo, los historiadores en general concuerdan en fijarla hacia 1302 ó 1303. Un miércoles de Pascua, durante la comunión oyó que le decían: «Ven, electa mía, y yo haré de ti un trono». Algún tiempo después, a los padecimientos que habitualmente sufría, vinieron a juntarse dolores hepáticos que la torturaron durante varios meses. Bien oportunamente había escrito para provecho de los demás una preparación sobre la muerte. Consistía ésta en un retiro de cinco días, el primero de los cuales estaba consagrado a considerar la última enfermedad, el segundo a la confesión, el tercero a la Extremaunción, el cuarto a la Comunión y el quinto a disponerse para la muerte. Empezó la Santa con todo fervor a practicar este santo ejercicio, al modo como lo había enseñado a los demás. La muerte, según la tradición, la sorprendió durante un éxtasis poniendo así término de una manera suave a los sufrimientos que desde hacía largo tiempo sobrellevaba. Acaeció, según se cree, el 15 de noviembre.

La publicación que en 1536 hizo el cartujo Juan Lanspergio de una edición latina de las *Revelaciones,* las traducciones y extractos que a ella se siguieron y la estima que demostraron maestros de la talla de Santa Teresa y San Francisco de Sales, promovieron un culto —bastante restringido en un principio— cuya primera concesión fué otorgada por Paulo V en 1606. Clemente XII lo extendió a la Iglesia universal el 9 de mayo de 1739, después de su inscripción en el Martirologio romano.

Celébrase la fiesta de Santa Gertrudis el día 16 de noviembre.

SANTORAL

Santos Anastasio II, papa; *Edmundo, arzobispo de Cantórbery; Euquerio I, obispo de Lyón,* padre de San Verano y tío de San Euquerio II, ambos también obispos de Lyón; Fidencio, obispo de Padua, y Nilo, de Seez (Francia); Quintiliano, también obispo; Otmaro, abad; *Elpidio, Marcelo, Eustoquio y compañeros, mártires;* Rufino, Rufiniano, Severo, Estratón y Artemidoro, mártires en Andalucía, cuando imperaba Diocleciano; Orículo —hermano de las santas Orícula y Basilisa (día 8)—, mártir de los vándalos, y venerado en Reims; Arúspico y compañeros, mártires en Antioquía; Agustín y compañeros, mártires en Capua; Otildo, monje; Emiliano, anacoreta; Nanfasio, confesor. Beatos Pablo Navarro, Dionisio Fugixima, Pedro Onizuki y Clemente Kiugemón, mártires en el Japón. Santas **Gertrudis la Magna, cisterciense;** e Inés de Asís, hermana de Santa Clara, virgen clarisa.



De aquí no pasarás — Lumbrera de ciencia

DÍA 17 DE NOVIEMBRE

S. GREGORIO TAUMATURGO

OBISPO DE NEOCESAREA (210-270)

SAN Gregorio, llamado antes Teodoro, fué célebre por su ciencia y. más aún, por los muchos y portentosos milagros que obró en vida. Sus mismos contemporáneos le dieron el nombre de *Taumaturgo,* que en griego quiere decir obrador de milagros.

Conocemos dos biografías de este santo obispo, una escrita en siríaco por autor desconocido, la otra, en griego, por San Gregorio Niseno. Ambas traen innumerables hechos maravillosos, parte de los cuales refiere también San Basilio. Estos dos últimos autores, que eran hermanos, oyeron contar a su abuela Santa Macrina, con la que se criaron en su niñez, lo que ellos traen de San Gregorio. Santa Macrina conoció al insigne taumaturgo, siendo de él enseñada. No puede aceptarse en su totalidad este florilegio de milagros que comienza en vida del Santo y se prosigue después de su muerte; pero sería exageración y temeridad rechazarlos todos, mirándolos como pura leyenda. Sea lo que fuere, aunque esos prodigios no constituyan un documento histórico, nos dan a conocer a un varón eminente, cuya influencia fué por demás provechosa para la sociedad de entonces. y cuya fama llenó el ambiente de aquella época.

DISCÍPULO DE ORÍGENES. — ESTANCIA EN ALEJANDRÍA

EN Neocesarea —hoy día Niksar—, en el Ponto Polemoniaco, nació Gregorio el año 210. Sus padres eran nobles y ricos, pero gentiles. Siendo de catorce años de edad perdió a su padre. El mismo Santo dice que ya en aquella edad alumbró su alma un rayo de la divina gracia que le descubrió la falsedad de la religión pagana.

La madre le dedicó al estudio, conforme a lo ordenado por su padre antes de morir. Destinábanle a la abogacía, y así estudió retórica con notable provecho, y también la lengua latina y el derecho romano. Era tan amante de la verdad, que por nada de este mundo ensalzaba y ni aun por mero ejercicio oratorio, aquello que no era realmente digno de alabanza. Pronto le trajo la Divina Providencia al conocimiento de la verdad.

Tenía Gregorio un hermano menor, San Atenodoro, que fué obispo en el Ponto y padeció por Cristo por los años de 270, y una hermana, casada con un magistrado asesor del gobernador de Palestina. Quiso esta hermana partirse para Cesarea donde a la sazón residía su marido; como viajaba por cuenta del Estado y tenía derecho a llevar consigo algunas personas, acompañáronla sus dos hermanos, los cuales pretendían completar sus estudios jurídicos en la famosa escuela de Derecho romano de la ciudad de Berito, hoy día Beirut. Llegaron a Cesarea por los años de 231. Había en dicha ciudad una escuela recién abierta por Orígenes. A ella acudían muchísimos discípulos, atraídos por la fama del ilustre filósofo. Gregorio y Atenodoro fueron a oírle. Quedaron admirados de la doctrina y virtud del eminente maestro, y determinaron permanecer en Cesarea. Orígenes les hizo estudiar Filosofía, trabajó denodadamente para traerlos al deseo de conocer y poseer el soberano bien, instruyóles con especial esmero, y acabó convirtiéndolos de veras al cristianismo.

Gregorio nos dejó en sus escritos el magnífico plan de estudios que siguió por voluntad de su ilustre maestro.

La violentísima persecución de Maximino Tracio, que inundó de sangre el imperio romano por los años de 235 a 238, obligó a Orígenes a alejarse de Cesarea. Entonces Gregorio, sin duda por consejo de su maestro, fué a continuar los estudios a la ciudad de Alejandría. Aunque sólo era catecúmeno, llevaba vida muy compuesta y ejemplar. Los demás estudiantes la miraron como tácita reprensión de sus vicios, y determinaron infamarle. Para ello, se concertaron con una mujerzuela lasciva, la cual entró un día donde estaba el santo mozo tratando una cuestión filosófica con sus amigos. y, con grande desenvoltura, pidióle el precio de la torpeza que con ella había cometido. Al oír semejantes embustes, los amigos del Santo quisieron

echarla de allí como mujer infame; mas él con semblante sereno dijo a su criado: «Dale lo que pide para que no nos interrumpa la disputa que tenemos entre manos». Con esto empezaron algunos amigos a sospechar de su inocencia; pero al punto que la mujer tomó el dinero en la mano, entró en ella el demonio, con lo que se arrojó al suelo en medio de horribles convulsiones y con los ojos desencajados. Y así se estuvo hasta que Gregorio hizo oración por ella y la libró del maligno espíritu. Este fué su primer milagro.

PANEGÍRICO DE ORÍGENES. — OBISPO DE NEOCESAREA

CON la muerte del emperador acaecida el año 238, extinguióse el fuego de la persecución, y Orígenes volvió a Cesarea. Gregorio acudió otra vez junto a su amado maestro y acabó de instruirse en los misterios de la religión cristiana. Habiendo recibido el bautismo, dispúsose a volver volver a su patria; mas antes quiso despedirse, en presencia de una magna asamblea, del amado maestro que le enseñara a adorar al Dios verdadero. El discurso que pronunció en esta ocasión, se considera, y con razón, como uno de los más elocuentes que nos ha dejado. Es además de muchísimo valor para la Historia, porque en él bosqueja el autor el relato de los años de su juventud y de su vida escolar hasta que llegó a Cesarea, y el de sus relaciones con Orígenes; en él da cuenta, además, del sistema de enseñanza del insigne doctor, y apunta con interés los principios y métodos que reinaban en aquella época en las Academias; finalmente, expresa muy conmovido su agradecimiento al Señor, a su ángel custodio que le condujo a Cesarea, y al incomparable maestro que abrió su alma a la luz de la verdadera fe. Termina suplicando le conserve su amistad y le ayude con sus oraciones.

A poco de volver a Neocesarea, entre los años 238 y 243, Gregorio recibió de Orígenes una carta en la que aquel ilustre ingenio le llama santísimo señor suyo y verdadero hijo. Le exhorta sobre todo a cultivar la ciencia de la Sagrada Escritura, que debe ir a la cabeza de toda verdadera ciencia. «Emplea el talento que de Dios has recibido en defender la religión de Cristo —le dice— y para ello, ten cuenta con juntar siempre la oración al estudio».

Gregorio siguió fielmente aquel consejo. Su arma principal fué siempre la oración. Con ella obró portentosos milagros y muchísimas conversiones.

Deseosos sus conciudadanos de guardar consigo a un varón de tan grande ingenio y sabiduría, ofreciéronle los primeros cargos de la ciudad; pero el Santo, movido de la divina gracia, siguió el consejo del Evangelio, vendió cuanto poseía, repartió el precio a los pobres y se retiró a la soledad.

Fedimo, metropolitano de la provincia del Ponto, obispo muy santo y favorecido con le don de profecía, determinó hacer obispo a Gregorio, por

juzgar que aunque joven era ya muy eminente en virtud y letras. Mas en sabiéndolo el Santo, huyó de una soledad en otra, para eximirse de aquel peso que juzgaba ser mayor que sus fuerzas. Fedimo no desistió de su intento, antes mandó a Gregorio que aceptase el obispado de Neocesarea, ciudad rica y populosa cuyos habitantes eran tan perversos que parecía punto menos que imposible el convertirlos. Sólo había en ella diecisiete cristianos; los demás eran todos gentiles.

Tanto apuró Fedimo a Gregorio que, al fin, temeroso éste de resistir a la voz de Dios, rindióse y aceptó el obispado. Rogó a Fedimo que le concediese una temporada para disponerse a recibir la unción santa, y fué consagrado al cabo de ella. Sucedía esto por los años de 240.

UNA APARICIÓN. — SÍMBOLO DE SAN GREGORIO

FUÉ quizá en ese tiempo de retiro preparatorio al episcopado, y estando una noche en oración, cuando se le aparecieron la Virgen Santísima y el apóstol San Juan para desvanecer los excesivos temores de su alma. San Juan, por mandato de la Reina del cielo, le enseñó cuanto había de creer respecto a los misterios de la Santísima Trinidad y la Encarnación.

Gregorio escribió inmediatamente las revelaciones del santo Evangelista, y ellas fueron en adelante la regla de todas sus predicaciones. A este escrito suele llamársele el *Símbolo de San Gregorio.* Muy pronto autorizaron este Símbolo San Basilio, San Gregorio Niseno, San Gregorio Nacianceno, Rufino y otros ilustres escritores eclesiásticos, utilizándolo y difundiéndolo entre los cristianos. El amor grande que los fieles de Neocesarea profesaban al Credo de San Gregorio, los libró de caer en el error de los pelagianos.

Fortalecido con la visión celestial y desvanecidos ya sus temores partió Gregorio para Neocesarea. En tales correrías llegó a un templo de Apolo y, porque llovía y era ya de noche, paró en él. Era un templo célebre y muy frecuentado por las respuestas que en él daba el espíritu maligno.

Purificó el templo Gregorio con la señal de la cruz y rezó el Oficio divino, con lo que los demonios huyeron de aquel lugar. A la mañana siguiente partióse de allí el Santo y prosiguió su marcha. El sacerdote pagano, como de costumbre, fué al templo aquel día para hacer sus ofrendas y sacrificios; invocó a los demonios, pero ellos, desde fuera, le respondieron que no podían entrar, porque el hombre que allí había pasado la noche los había obligado a retirarse. El sacerdote se fué tras Gregorio y le alcanzó. Con grande furor le dijo que le iba a acusar al magistrado y aun al emperador. Gregorio le respondió que, por ser siervo de Dios, tenía poder para echar los demonios de donde quisiese. Muy admirado, díjole entonces aquél: «Pues haz que



UN *sacerdote pagano propone a San Gregorio que, en prueba de la divinidad de la fe que predica, mande a una piedra muy grande que pase a otra parte. Hácelo así el Santo y la piedra obedece tal como le ha sido mandado. Queda el hombre asombrado; conviértese y hácese su colaborador.*

tornen al templo donde estaban, para que yo entienda que tienes tan gran potestad». Convino en ello el Santo; en un trozo de pergamino escribió estas solas palabras: «Gregorio a Satanás: Entra». Llevólo el sacerdote, púsolo sobre el altar, y luego le respondieron los demonios como solían.

Asombrado por tal suceso, fuése al punto a Gregorio, y le rogó que le declarase quién era aquel Dios a quien los mismos demonios obedecían. El Santo le explicó las verdades de la religión cristiana. Como el pagano se negara a creer el misterio de la Encarnación, díjole el santo obispo que los misterios de la fe no se confirman con palabras sino con milagros. Señaló al sacerdote una peña grandísima, y rogó al Santo la trasladase a otra parte. Gregorio mandó a la peña, la cual obedeció al instante. Con este milagro se convirtió el pagano, y, dejando el culto de los ídolos, patria y familia, fuése en pos del Santo para ayudarle en sus trabajos apostólicos.

CONVERSIONES Y PRODIGIOS. — NUEVOS SUCESOS

LLEGÓ el Santo a Neocesarea, donde le había precedido la fama de tan estupendos prodigios, y allí fué recibido con grande alborozo de toda la ciudad. Su corazón ardía en llamas de celo y caridad, por lo que no perdonó medios para desempeñar dignamente el ministerio pastoral. Aseguró el fruto de su apostolado merced al extraordinario don de milagros con que le favoreció el Señor. Desde el primer día predicó ya al pueblo y convirtió bastantes gentiles como para formar un importante grupo de cristianos fervorosos. Al siguiente día curó a muchísimos enfermos. A poco de hallarse en la ciudad, había ya en ella tantos cristianos, que fué menester edificar una iglesia. Todos pusieron con afán manos a la obra, unos con sus limosnas, otros con su trabajo. Refieren los historiadores que el lugar destinado a esta iglesia era insuficiente por hallarse estrechado entre un río y un monte. El Santo pasó la noche en oración, y todos vieron al día siguiente cómo el monte había retrocedido para dar lugar al edificio.

Fruto de las conversiones sin número logradas por Gregorio, fueron la observancia de las leyes, la paz y la tranquilidad.

Dos mozos hermanos, ricos y recién heredados, pleiteaban sobre quién de ellos había de ser señor de una laguna, queriendo cada uno serlo sin admitir compañero. Gregorio echó mano de algunos medios de conciliarlos; pero, en vano. Creció tanto la discordia, que determinaron resolver aquel negocio por las armas. Para evitar que viniesen a las manos, hizo el Santo oración, y la laguna se secó de repente.

El río Lico —llamado hoy día Casalmac— que nace en los montes de Armenia, pasaba al pie de los muros de Neocesarea. Venía a veces en in-

vierno tan caudaloso y con tal furia que, saliendo de madre, arrebataba árboles, mieses, ganados y hasta las mismas casas, dejando en la miseria a sus moradores. Movióse a compasión el Santo, fué al río, puso en la ribera el báculo que llevaba en la mano y mandó a las aguas, en nombre de Dios, que nunca pasasen aquel límite. Refiere San Gregorio Niseno que, desde ese día hasta su tiempo, no salió aquel río de madre. El báculo prendió en la tierra y se hizo un árbol grande.

Al levantarse la persecución de Decio contra la Iglesia de Neocesarea por los años de 250 ó 251, juzgó Gregorio que lo que más convenía a los fieles era alejarse de la ciudad para salvar su fe y su vida, y así se lo aconsejó. Él mismo huyó y se fué a un monte cercano para burlar las pesquisas de los magistrados. Era a la sazón prudente obrar de aquella manera, porque si bien las conversiones habían sido numerosas en los años de paz, aquellos nuevos cristianos estaban todavía poco cimentados en la fe, y tenían mandado los gobernadores dar muerte a los confesores de Cristo sólo después de emplear todos los medios para hacerles apostatar. Sin embargo, algunos fieles que no pudieron huir, padecieron glorioso martirio por Cristo, siendo ello de grandísimo consuelo para el Santo.

Por otras adversidades había de pasar en breve la ciudad. En el verano de 252, declaróse una espantosa peste que hizo estragos por espacio de doce años diezmando el imperio romano. Cundió el azote hasta la provincia del Ponto donde murieron muchísimos apestados. La caridad que mostraron los cristianos en esta circunstancia, hizo contrapeso a la cobardía de los gentiles. Finalmente, el santo prelado alcanzó con sus oraciones la cesación de la peste en Neocesarea, y muchísimos idólatras se convirtieron al ver que el siervo de Dios tenía gran valimiento en la divina presencia, hasta el punto de haber conseguido vencer aquella horrible enfermedad.

LA EPÍSTOLA CANÓNICA. — VIRTUDES DEL SANTO

POR los años de 253 a 254, los godos invadieron y saquearon el Ponto y Asia Menor. Fué una época de confusión y desorden. Hubo cristianos que se atrevieron a tomar el bien ajeno o a comprar lo robado a otros, so pretexto de que los bárbaros les habían despojado de lo suyo. Cuando, movidos del remordimiento, acudieron al tribunal de la penitencia, no supieron muchos sacerdotes qué expiación imponer a quienes de aquel modo habían quebrantado la moral y disciplina cristianas. Un obispo anónimo del Ponto, preguntó a Gregorio cómo había de tratar a los cristianos que se confesasen de actos de aquel género. El obispo de Neocesarea le respondió con su *Epístola canónica,* documento notable escrito a fines del

año 254. Es uno de los monumentos de casuística más antiguos; da a conocer la constitución interna de la institución de la penitencia; determina claramente qué norma se debe seguir para imponer las penitencias y satisfacer a la justicia, y muestra la cordura e indulgencia de Gregorio en el gobierno y dirección de las almas. San Agustín siguió más adelante aquellas mismas máximas de justicia y caridad.

En expresión de San Basilio, fué el santo obispo Gregorio varón lleno del mismo espíritu que los apóstoles y los profetas. Toda su conducta llevaba el sello de la perfección evangélica. En sus ejercicios devotos era sumamente modesto y respetuoso. Siempre oraba con la cabeza descubierta; era muy recatado y sencillo en el hablar, y odiaba la mentira, la sutileza y demás artificios no conformes con la verdad llana y total. No arraigaron en su alma ni la envidia ni la soberbia. Todo cuanto parecía herir la caridad o menoscabar la fama del prójimo, afligíale sobremanera; dueño siempre de sí mismo, resistía varonilmente a los empujes de la cólera, sin soltar jamás palabra alguna de rencor o descontento.

Gregorio intervino en la elección del obispo de Comana; mientras se hallaban los fieles de aquella Iglesia pensando y averiguando los méritos de algunos candidatos, supo él, por divina revelación, la rara sabiduría ciencia y eminente santidad de un solitario que, siendo gran filósofo, había tomado una como máscara de hombre vil y héchose carbonero en la ciudad. Mandóle traer y le nombró obispo de Comana. Fué el glorioso mártir San Alejandro el Carbonero.

Gregorio y su hermano Atenodoro asistieron por los años 264-265 al Concilio de Antioquía que examinó los errores y conducta de Pablo de Samosata, y fueron los primeros en aceptar las decisiones de la docta asamblea.

MUERTE DE GREGORIO

NO se sabe exactamente en qué año murió este bienaventurado obispo. La opinión más probable es que fué su muerte por los años de 270. La Iglesia ha puesto su fiesta a 17 de noviembre. Conociendo Gregorio que se llegaba su dichoso tránsito, mandó que le informasen del número de gentiles que había en Neocesarea: eran sólo diecisiete. Alzó entonces los ojos al cielo suspirando, y derramó muchas lágrimas pensando que había en su diócesis quien no practicaba la verdadera religión. Pero al mismo tiempo alabó y agradeció al Señor, porque habiendo hallado sólo diecisiete cristianos a su llegada a la ciudad, no dejaba al morir sino diecisiete gentiles, y le suplicó que convirtiese a los unos y diese perseverancia a los otros.

Rogó después a sus amigos que no sepultasen su cuerpo en sepulcro

propio ni hecho para él, sino en el cementerio común. «No he tenido en vida casa propia y he pasado por el mundo como extranjero; no quiero perder este título después de muerto. No pongáis en ningún lugar el nombre de Gregorio. La sola herencia que anhelo es aquella que no levante sospechas de haber estado yo apegado a cosa alguna de este mundo».

SUS ESCRITOS

SÓLO escribió San Gregorio algunos tratados prácticos sobre asuntos del ministerio pastoral. Pero tuvo tal fama de sabio y santo que, algunos copistas poco instruídos, y sobre todo algunos herejes atrevidos, principalmente los apolinaristas, le atribuyeron no pocas obras, usurpando el nombre del Santo para autorizar y difundir sus errores. Sólo se conocen seis escritos auténticos de San Gregorio. Además del *Panegírico de Orígenes,* el *Símbolo* y la *Epístola canónica* ya citados, tiene una *Paráfrasis del Eclesiástico,* que San Jerónimo encomia como muy provechosa; el *Escrito a Teopompo acerca de la impasibilidad y pasibilidad de Dios,* diálogo filosófico contra el error pagano que sostenía que la impasibilidad de Dios implica necesariamente la indiferencia divina respecto a la suerte de los hombres. El *Diálogo con Eliano,* tratado sobre la teodicea cristiana, apuntaba a convertir un pagano así llamado; pero esta obra se perdió, como también algunas cartas del Santo.

De los escritos que pueden atribuírsele con alguna limitación, son: el *Breve tratado del alma,* una homilía que expresa manifiestamente el dogma de la perpetua virginidad de María, otra sobre la Madre de Dios, y, finalmente, otros muchísimos fragmentos.

El conjunto de estas obras le mereció el dictado de Padre de la Iglesia.

SANTORAL

Santos **Gregorio Taumaturgo, obispo y confesor;** Dionisio, patriarca de Alejandría; Gregorio, obispo de Tours; *Hugón, obispo de Linconia; Aniano, obispo de Orleáns;* Namasio, obispo de Viena, en Francia, y Eustario, de Nápoles; *Acisclo, mártir en Córdoba;* Zaqueo, diácono, y Alfeo, mártires en Palestina, en tiempos de Diocleciano Eugenio, diácono; Dubitato y compañeros, mártires en África; Burgino, confesor. Beatos Roque González de Santa Cruz, Alfonso Rodríguez y Juan del Castillo, mártires en Paraguay; Juan Agustín de Lérida, dominico; Nicolás de Armenia, dominico, mártir. Santas *Victoria, mártir en Córdoba;* Victoria, hermana de las santas Librada y Quiteria (véase 22 de mayo, página 230), virgen y mártir· Dida, mártir en Asia. Beata Salomé, clarisa.



El vaso de la visión — Medalla del papa Esteban VIII

DÍA 18 DE NOVIEMBRE

SAN ODON

ABAD DE CLUNY (879-942)

CORRÍA el año del Señor 910 cuando San Bernón, abad benedictino de Baume, fundó, con ayuda de Guillermo de Aquitania, la abadía de Cluny. Murió antes de ver el completo desarrollo de su obra. La gloria de haber fundado una nueva rama de la Orden benedictina, con Cluny por casa matriz, recae por completo sobre su sucesor y discípulo San Odón. De la considerable influencia que ejerció Cluny durante la Edad Media —influencia solamente igualada por la del Cister—, se deduce la importancia de esta fundación que había de ser origen y centro de un nuevo resurgimiento monástico en la Iglesia.

El futuro abad de Cluny, vino al mundo el 25 de diciembre de 879, en la región del centro de Francia llamada el Maine. El caballero Abdón, su padre, era de noble familia, y Juan de Salerno, su biógrafo, añade que pertenecía a la familia real de los francos.

Odón vino al mundo en circunstancias que rayan en milagrosas. Las reiteradas oraciones de Abdón y de su piadosa mujer, habían conmovido al cielo, y Dios les concedía un hijo cuando menos podían esperarlo, debido a su avanzada edad. Por eso, en un arranque de gratitud, el noble caballero

había ofrecido al Señor, por mediación de San Martín, este niño cuyo nacimiento coincidía exactamente con el aniversario de la Natividad de Nuestro Señor Jesucristo. Correspondía así a los impulsos de su noble corazón.

Después de pasar varios años bajo la experimentada dirección de un sacerdote, amigo de la familia, para iniciarse en el estudio y prepararse para la vida, pasó Odón al servicio del valeroso Fulco el Bueno, conde de Anjou.

CANÓNIGO DE SAN MARTÍN DE TOURS

EL joven siguió siendo muy virtuoso, y aun creció en piedad, pues al aproximarse las fiestas principales se le veía pasar noches enteras en oración. Una vez, en la misa de Nochebuena, dirigía a la Santísima Virgen esta tierna plegaria: «¡Oh Señora mía y Madre de misericordia!, pues en esta noche bendita disteis al mundo el Salvador, interceded por mí. ¡Piadosísima Virgen María!, oíd benignamente mi oración. Tiemblo, ¡oh Madre!, al ver que mi conducta desagrada a vuestro Hijo; mas ya que por vuestra mediación se manifestó Él al universo, os suplico me alcancéis que por vuestro amor tenga piedad de mí».

Entonces quiso Dios poner a prueba las admirables disposiciones del virtuoso joven. Durante el evangelio de aquella misma misa, sintióse Odón desfallecer; atacado por un violento dolor de cabeza, tuvo que retirarse. «Aquel dolor me atormentaba de tal modo —cuenta él mismo—, que varias veces me puso en trance de muerte. Tenía yo entonces dieciséis años, y durante los tres siguientes, el mal me torturó sin tregua. Vuelto a mi casa, probaron mis padres toda clase de remedios, mas todo era inútil, y ya desesperaban de mi curación. En tan terrible trance, y agobiado por la tristeza, contóme mi padre las circunstancias que habían acompañado a mi nacimiento, y su voto de consagrarme a San Martín; y aun me apuntó la posibilidad de que fuera el Santo quien así reclamaba el cumplimiento del voto». Ante revelación tan inesperada, renovó Odón la promesa, y prometió hacerse tonsurar —lo que significaba renunciar al mundo—, entrar al servicio de Dios, y serle fiel hasta la muerte. Cesaron al punto sus padecimientos, y pudo, poco después, entrar en la abadía de San Martín de Tours. Tenía a la sazón diecinueve años.

Atraído por la vida contemplativa, retiróse luego a mayor soledad, y concurría solamente a la colegiata de San Martín para asistir a los oficios litúrgicos. Era su habitación una ermita que le mandara construir Fulco el Bueno a una legua de la villa. En aquel lugar solitario cultivó Odón un grande amor a la cruz de Cristo, amor que debía conducirlo más tarde a la abadía de Baume. Repartía el tiempo entre la oración y el estudio,

aunque bueno es reconocer que, quizá como resultado del apego que les tomara cuando niño, era un tanto más aficionado a la lectura de los poetas antiguos que a la de los Libros Sagrados.

Reprendióle Dios esta inclinación en algunas visiones. Vió, en sueños, un vaso antiguo de sorprendente belleza, pero lleno de serpientes que salían de él, y hacían por enroscarse en su persona aunque sin hacerle aparentemente daño. Odón entendió el significado de esta alegoría; renunció al punto a las lecturas inútiles y dióse de lleno, y con mayor empeño, al estudio de los Santos Padres.

Este repentino fervor pareció indiscreto a algunos canónigos de San Martín, los cuales obligaron al joven clérigo a dejar esos nuevos estudios para ocuparse más en el oficio divino. Odón no replicó; pero, en el silencio de su celda, meditaba la Regla del bienaventurado Padre San Benito, que casualmente llegara a sus manos. Desde este momento buscó por todos los medios posibles afrentas y humillaciones, maceró su cuerpo, acostábase vestido y, como dice Juan de Salerno, soportaba el yugo de la Regla sin profesarla.

Pero el deseo de instruirse más, preocupaba grandemente a Odón, y en el año 901 acudió a París para seguir los cursos del célebre Remigio de Auxerre. En su escuela estudió la dialéctica de San Agustín, la filosofía, la música y el *Tratado de las artes liberales* de Marciano.

CARIDAD DEL SANTO

DURANTE su estancia en París, mostróle Dios con un milagro cuán agradable es a sus ojos la virtud de la caridad. Había entregado Odón una generosa limosna a un mendigo con quien topara a la entrada de la iglesia, y, al regresar a casa, encontró sobre su lecho y con no pequeña sorpresa, una reluciente moneda de oro. Desde entonces decía con mucha frecuencia: «Los pobres, los ciegos y los estropeados, nos abrirán las puertas del cielo; no les cerremos, pues, las de nuestra casa en este mundo». Y obraba siempre a tono con este pensamiento.

Más tarde, en Cluny, como viera a un criado rechazar bruscamente a los pobres, reprendióle con severidad y dijo en seguida a los mendigos: «Cuando llame a la puerta del paraíso, pagadle de igual modo, tratadle como él os trata». Viéronle a veces apearse del caballo para hacer montar a los ancianos y a los enfermos que encontraba por los caminos. En Sena habiendo dado con una mujer pobre que llevaba un saco muy pesado, tomólo él sobre sí y llevólo alegremente a cuestas hasta la mísera habitación de la anciana con gran edificación de cuantos lo vieron.

Odón regresó a Tours notablemente aprovechado en todos los conoci-

mientos de su tiempo. Por su reputación de músico mereció que le confiaran el cargo de chantre mayor, y los Canónigos de San Martín, que conocían su particular ilustración en las obras de los Santos Padres, suplicáronle que les compusiera un resumen de los *Morales* de San Gregorio Magno. Tras largas vacilaciones, determinóle a hacer este resumen una aparición del gran Pontífice, quien le animó a escuchar la insinuación de aquéllos. Puso resueltamente manos a la obra, y resolvió esta difícil empresa con gran satisfacción de todos. Allí compuso también la *Vida de San Gregorio de Tours.*

PROGRESOS EN LA PERFECCIÓN

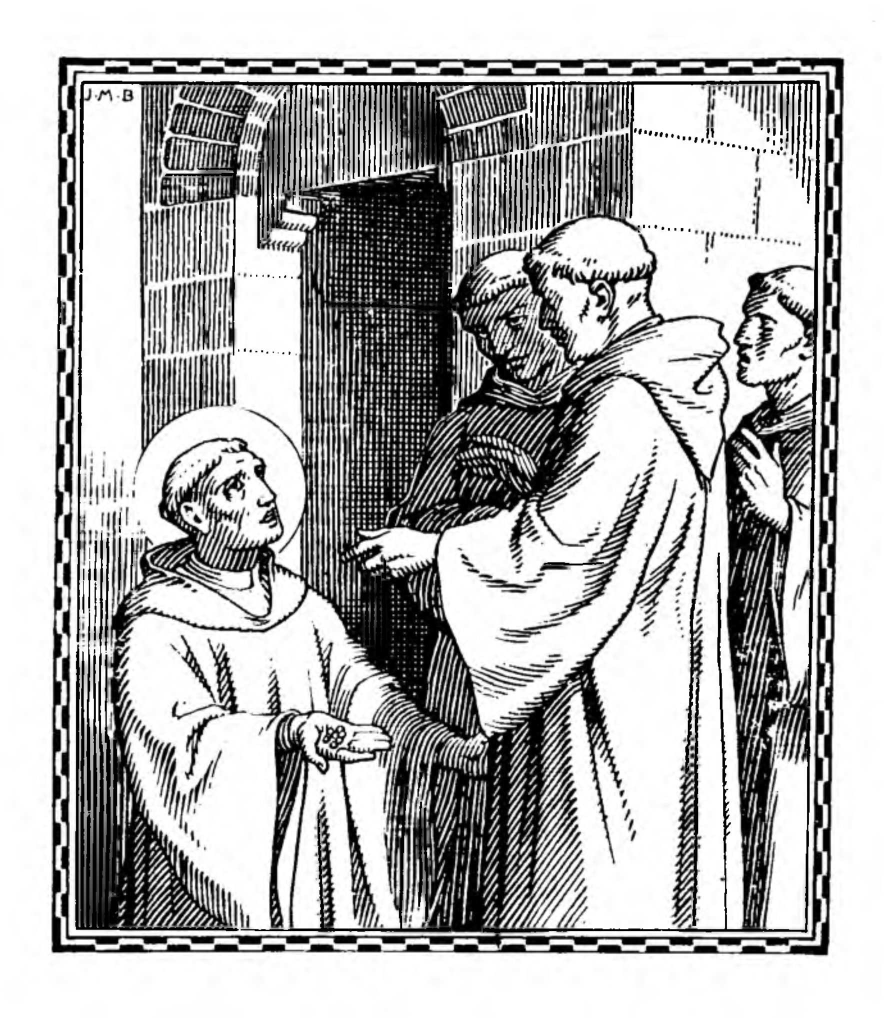
HACÍA algún tiempo que un señor de la corte de Anjou, llamado Adegrino, se había juntado a Odón para compartir su vida retirada y penitente. Como se hubieran despertado en ambos, con ímpetu extraordinario, grandes deseos de una vida más perfecta, resolvieron buscar un monasterio donde las prácticas de la vida religiosa fuesen observadas sin atenuaciones ni dispensa de ninguna clase.

Adegrino emprendió el viaje con propósito de llegar a Italia; pero, al pasar por Borgoña, ofreciósele ocasión de pararse en la abadía benedictina de Baume. Admirado de cuanto veía y oía, no vaciló un momento y resolvióse a permanecer allí. Poco tiempo después volvía a este monasterio en compañía de Odón, a quien convenciera fácilmente; llevaba consigo los cien manuscritos que componían su biblioteca, número muy considerable para aquel entonces.

Los comienzos hubieron de serles sumamente ingratos. Ciertos malos consejeros intentaron desviarlos del camino que acababan de emprender; decíanles que Bernón, el abad, era un hombre rigurosísimo con el cual resultaba punto menos que imposible el aspirar a la perfección.

Gracias a Dios, los recién llegados no se dejaron seducir por tales palabras. Adegrino alcanzó en poco tiempo alta perfección y fué necesario dejarle retirarse a mayor soledad para que pudiera dar libre curso a sus arranques de elevado misticismo.

Odón, desalentado al principio, no tardó en reaccionar contra los engañosos discursos de los falsos consejeros, y llegó a ser modelo de observancia. Satisfecho Bernón y no menos admirado, confióle, apenas hubo profesado, el cuidado de la escuela que sostenía el monasterio. Pero no hay virtud sin prueba, y Odón tenía que ser probado en este nuevo género de vida como en todos los demás. Acusáronle cierto día de haber quebrantado el reglamento al acompañar a un niño de noche y sin luz. El santo religioso no pronunció una palabra de disculpa ante el reproche que el abad le dirigió por la falta;



EL padre abad del monasterio manda a San Odón que abra la mano y enseñe lo que tiene en ella. El Santo obedece y, ¡oh maravilla!, puede verse entonces que las migajas de pan se han cambiado en piedras preciosas. Las recogen y las emplean en adornar los vasos sagrados.

pero, al salir del Capítulo echóse a los pies de su acusador, pidióle perdón del mal ejemplo que le había dado y agradecióle el beneficio que al avisarle había hecho a su alma. La espontaneidad de aquel proceder causó en los monjes todos admirable impresión.

Alegróse Bernón ante tan buenas disposiciones que demostraban rectitud de corazón y muy grande humildad, cualidades que le hacían augurar mucho bien para el porvenir. Juan de Salerno insiste sobre todo en resaltar la humildad, como para dejar claro testimonio de que la virtud característica del maestro se hallaba a igual grado en el discípulo.

HUMILDAD Y SENCILLEZ DEL SANTO

PLUGO a Dios manifestar por un milagro cuánto apreciaba a su siervo. Era costumbre del monasterio que, por espíritu de pobreza, los monjes recogiesen al final de la comida las migajas de pan y las tomasen o las echasen en algún plato. Aconteció una vez que Odón, muy temeroso de Dios y muy observante de las reglas, había recogido las migajas en la mano, y absorto y elevado con la lectura, teníaselas en ella; estando en esto hizo señal el abad para que se acabase la lección y se levantasen. Entonces volvió sobre sí el monje, y hallóse perplejo, porque ya no había lugar ni de comerlas, ni de echarlas en el plato; y, muy confundido de la negligencia que había tenido en la guarda de aquella regla, parecióle que no quedaba ya otro remedio sino ir a decir su culpa al superior y pedirle penitencia por ella. Guardó, pues, las migajas en su puño cerrado, y en acabando de dar gracias, fuése a él, postróse a sus pies, manifestóle la falta que creía haber cometido, y pidióle penitencia con mucha humildad.

Dióle el abad un aviso conforme a la acusación y preguntóle qué había hecho de las migajas. Respondió: «—Padre, aquí las tengo en la mano. —Mostrádmelas, dijo aquél». Odón extiende el brazo, abre el puño y, en lugar de las migajas, hallan unas perlas preciosísimas que luego sirvieron para adornar los vasos sagrados. Y nota el autor que cuenta este hecho, para ir a visitarlos, hablóles con mucha vehemencia y fervor de los grandes los religiosos fervorosos que hacen mucho caso, no sólo de las reglas graves, sino también de las pequeñas y menudas.

A par que buen religioso, Odón era también buen hijo. Diariamente rogaba a Dios por la santificación de sus padres. Habiendo obtenido permiso para ir a visitarlos, hablóles con mucha vehemencia y fervor de los grandes bienes que llegan al alma con la vida religiosa, y persuadiólos a entregarse enteramente a Jesucristo; con lo que, a pesar de su avanzada edad, renunciaron al mundo y entraron en un monasterio.

ABAD DE CLUNY

LUEGO de su profesión fué Odón ordenado sacerdote. Con tan fausto acontecimiento, compuso el magnífico tratado de las *Colaciones*.

En 926, el abad Bernón nombró a su amado discípulo para sucederle en Cluny. Parécenos digno de atención un pormenor que señala esta nueva fase de la vida de Odón: el establecimiento, en el monasterio de Cluny, de una escuela, a imitación de la de Baume. De ella dice Uldarico en su tratado *Usos y costumbres cluniacenses*, que «ni los hijos de los reyes en el propio palacio de sus padres podían estar atendidos con más esmero que los educandos de Cluny».

A pesar de las muchas referencias archivadas entre 927 y 942, sabemos muy poco acerca del gobierno de Odón. Aunque sí lo suficiente como para darnos una idea de las relaciones sociales del gran abad y de la influencia considerable que debió ejercer fuera del monasterio. Odón, como su predecesor, reformó, y no sin trabajo, gran número de monasterios; había sido formalmente autorizado para ello por Bula de Juan IX, fechada en marzo de 931. Ni entramos en discusión sobre si deben o no contarse dichos monasterios entre los que estaban bajo su jurisdicción, o simplemente bajo su dirección espiritual, ni hace al caso consignar aquí su nombre. Los medios que empleó en sus reformas fueron el silencio y el recogimiento, tan recomendados por los sagrados libros.

EL CULTO DEL SILENCIO

SABÍA el fervoroso abad que, donde reina el silencio, reinan también la caridad y la paz. Por eso lo hacía observar tan rigurosamente en las horas señaladas por la Regla y aun encontrándose fuera del monasterio. Sirva de ejempo lo sucedido a un religioso que se encontraba una noche en el campo, puesto en oración, mientras su caballo libremente pacía. Vino un ladrón y se apoderó del caballo. Era la hora del más riguroso silencio regular, y el religioso, creyendo cumplir su deber del momento, prefirió callar antes que pedir socorro. Al día siguiente muy de mañana, encontraron al ladrón inmóvil, montado a caballo, en el mismo lugar donde lo había robado. Condujéronle ante Odón, el cual ordenó que le dieran una moneda, diciendo con donaire que era muy justo recompensar a quien tanta pena se había tomado durante toda la noche para cuidar el caballo; con lo que el afortunado se fué doblemente edificado y tranquilo.

En otra ocasión, dos religiosos de Cluny cayeron en poder de los nor-

mandos y fueron llevados cautivos. Llamábanse Arquibaldo y Adalisio. Abrumados a golpes y malos tratos, no dijeron una palabra hasta que hubo pasado el tiempo de silencio prescrito por la Regla. Quizás esto sea tomar demasiado al pie de la letra la observancia regular, pero estos ejemplos muestran hasta qué punto estaba en vigor la disciplina de Cluny.

EL CRUCIFIJO DE SAN ODÓN

TENÍA la iglesia del monasterio un grande crucifijo «de mármol en medio de la nave, pero la cruz era de madera; y, dicen las Crónicas, encima de la cabeza del Cristo había una nube de donde salía una mano que sostenía una corona de piedras preciosas». Gustaba sobremanera Odón de ir a postrarse ante aquella imagen del Salvador moribundo, para meditar sobre la Pasión. Oraba cierto día con mayor fervor, con los brazos en cruz, y le vieron elevarse a la altura de tres codos, con el rostro transfigurado con sobrehumano resplandor.

Los religiosos, que ante el espectáculo de aquella oración ferviente se habían acercado a él, pudieron contemplarlo en tal estado durante una hora, hasta que la sagrada imagen de Cristo, se inclinó hacia su fiel siervo. «Desde entonces —dicen los referidos documentos— la postura del crucificado es la de un cuerpo con vida, aunque está representado con el costado abierto».

Este precioso crucifijo fué venerado mucho tiempo en la catedral de San Martín, donde obraba portentosos milagros. Mutilado por los calvinistas, fué destrozado por manos criminales durante los aciagos días de la Revolución. Pudo ser restaurado y hoy se venera en la iglesia de San Sinforiano.

VIAJES. — MUERTE DEL SANTO

SOLICITADO a menudo por los príncipes, que le encargaban la reforma de los monasterios situados en sus dominios, y por la Santa Sede, contra la que estaba ya en pugna el poder temporal, Odón residió poco tiempo en Cluny. El santo abad estuvo en Roma cuatro veces. Sabemos de cierto que fué en 936, llamado por León VII, como árbitro entre Alberico —hijo de la célebre Marozia—, el cual se había apoderado de Roma, y Hugo, rey de Italia. Por igual causa tuvo que volver en 939, y, más tarde, en el verano de 942. Durante este viaje contrajo la enfermedad que había de llevarle a la tumba. Deseoso de morir junto al sepulcro de San Martín, despidióse de los religiosos de San Pablo de Roma. A pesar de los dolores propios de la enfermedad, guardó siempre aquella serenidad y aquel aspecto bondadoso que en otros tiempos atraían a los pastorcillos de la montaña, cuando

les enseñaba a rezar y a trabajar por amor de Dios; su caridad, de la cual conservaban tan buen recuerdo los habitantes de Sena, según el testimonio del monje Juan, no se agotó ni aun entonces; siempre, por lo menos, encontraba esas palabras de consuelo que llegan al corazón.

Recluyóse, efectivamente, en San Julián de Tours, donde en otro tiempo compusiera su *Vida de San Martín* y las doce célebres antífonas en honor del gran taumaturgo. Ya podía, por fin, como tantas veces repitiera, «salir en paz de este mundo». Administróle el Santo Viático su amigo Teotolón, arzobispo de Tours; y entre lágrimas y sollozos de sus hermanos, el gran abad de Cluny entregó su alma al Señor el 18 de noviembre de 942.

CULTO DE SAN ODÓN

LOS restos mortales de Odón, fueron depositados por el arzobispo Teotolón en la cripta del monasterio de San Julián de Tours. Desde entonces, las peregrinaciones a su tumba se multiplicaron de día en día. Durante el mes de octubre de 1117, el abad Poncio de Cluny, como dice la crónica de este monasterio, en presencia de sus acompañantes y de los monjes del lugar, celebró, en la víspera de San Dionisio, la misa del «bienaventurado Odón».

En 1457, Juan Bernardi, arzobispo de Tours, a instancias de Roberto, abad de San Julián, hizo la invención del precioso cuerpo. Las sagradas reliquias fueron luego colocadas en cuatro saquitos, que encerraron en una magnífica urna en presencia de María, reina de Francia, esposa de Carlos VII.

Se supone que estas reliquias desaparecieron durante el siglo XVII, a consecuencia de las profanaciones de los protestantes. Según Mabillón, se veneran hoy día en la «Isla Jordana», diócesis de Auch.

SANTORAL

Dedicación de la Basílica de los Santos Apóstoles Pedro y Pablo (Vaticano y San Pablo Extramuros). Santos **Odón**, Momboleno, Nazario, Vicente y Amando, abades; Máximo, obispo de Maguncia; *Román, diácono, mártir en Antioquía; Barulas, niño, mártir al mismo tiempo que San Román;* Esiquio, soldado, también martirizado en Antioquía; Tomás, monje, Osías, confesor; Lorenzo Méndez. Conmemórase en Toledo la traslación del cuerpo de San Eugenio I. Santas *Hilda, hija de un rey de Noruega, abadesa;* Alda, discípula de Santa Genoveva, virgen; Felipa Duchesne, religiosa.



Princesa hacendosa y limosnera — El castillo de Wartburgo

DÍA 19 DE NOVIEMBRE

SANTA ISABEL DE HUNGRIA

DUQUESA DE TURINGIA Y VIUDA (1207-1231)

TODOS, ricos y pobres, vírgenes del claustro y cristianos del mundo, hallan en la vida de Santa Isabel de Hungría edificantes ejemplos que imitar. Aunque vivió sólo 24 años, su corta vida es acabado modelo, tanto en lo próspero como en la adversidad, pues no obstante haber sido hija de reyes, pasó por las mayores humillaciones y por las privaciones más penosas, sin que su virtud cediera.

y por

Nació en Presburgo —hoy Bratislava— el 7 de julio de 1207. Fueron sus padres Andrés II, rey de Hungría, y Gertrudis de Merania, asesinada en 1213.

Aun no tenía tres años y ya daba señales inequívocas de precoz santidad. Su corazón y su espíritu se abrieron a las verdades de la fe al mismo tiempo que a los sentimientos de caridad. Los pobres eran sus mejores amigos y fué cosa muy notable que, desde el nacimiento de esta niña, cesaron en Hungría las guerras exteriores y las disensiones interiores, y disminuyeron considerablemente las blasfemias y otros pecados que antes eran frecuentes.

Dios nuestro Señor, cuidador celoso de la gloria de sus elegidos, rodeó el nacimiento de Isabel de una brillante aureola de popularidad y poesía. El landgrave Hermán, duque de Turingia, príncipe de Hese y de Sajonia, y

conde palatino, favorecía ampliamente a sabios y poetas. Uno de ellos, el célebre Klingsor, dijo cierto día, no sin inspiración, a los señores de Hese y de Turingia: «Voy a anunciaros una cosa tan nueva como buena: ha surgido en Hungría una hermosa estrella que brilla desde allí hasta Marburgo, y pronto enviará sus brillantes fulgores sobre el mundo entero; esta noche le ha nacido al rey de Hungría, mi señor, una hija que será la esposa de nuestro príncipe; esta niña será santa, y sus virtudes confortarán y consolarán a toda la Iglesia.» Los presentes oyeron aquellas palabras con gran júbilo y fueron a referírselas al duque, quien quedó muy complacido de cuanto se decía.

DESPOSORIO TEMPRANO. — HUMILDAD DE ISABEL

CON tales antecedentes, decidióse Hermán a pedir la mano de Isabel para su hijo Luis, el futuro Luis IV, conforme a las costumbres de aquellos tiempos entre las familias reales. Envió, pues, embajadores al rey de Hungría y éste acogió favorablemente su petición y les entregó la infantita, que a la sazón contaba sólo cuatro años. Ataviada con riquísimo manto de seda recamado de oro y pedrerías, lleváronsela aquéllos, no sin gran sentimiento de los padres y del pueblo entero que la amaba con delirio.

A la llegada de los embajadores celebráronse los desposorios y hubo grandes fiestas populares. Desde entonces, la tierna Isabel y el príncipe, que sólo tenía 11 años, se educaron juntos; candorosamente participaban de los mismos juegos y obraban como movidos por un solo corazón y una sola alma. Siempre que podía, la niña entraba en la capilla del castillo y, aunque no sabía leer, se hacía abrir un gran salterio y muy compuesta alzaba los ojos al cielo entregándose con el mayor recogimiento a la oración y a la meditación. A menudo llevaba a sus amigas al cementerio y les decía:

—Acordaos de que un día nos veremos reducidas a polvo y a nada; estas personas que yacen aquí han tenido vida como nosotras y ahora están muertas como nosotras lo estaremos también; ea, arrodillaos y decid conmigo: «Por vuestra Pasión y Muerte y por los dolores de vuestra queridísima Madre María, librad, Señor, de las penas a esas pobres almas, y por vuestras Llagas Sacratísimas, salvadnos a nosotras.»

No es para ponderar su inagotable caridad; no sólo daba a los indigentes cuanto ella tenía, sino que iba en persona a las cocinas del castillo para recoger alimentos que luego llevaba con afable solicitud a los pobres, sin parar mientes en el gesto de disgusto con que miraban aquel despilfarro los sirvientes de la casa ducal.

Tenía Isabel nueve años cuando murió (1216) el landgrave Hermán, que era para ella un verdadero padre; Luis, su prometido, demasiado joven aún

para poder gobernar por sí mismo, estaba bajo la tutela de su madre, la duquesa Sofía, quien veía con disgusto y censuraba ásperamente las pías inclinaciones de Isabel. El día de la Asunción llevó consigo la duquesa a su hija Inés y a Isabel, y les dijo:

—Bajaremos a la ciudad, y entraremos en la iglesia de Nuestra Señora; poneos los mejores vestidos y las coronas de oro.

Las princesitas obedecieron sin replicar. Al llegar a la iglesia, arrodilláronse delante de un gran crucifijo. A la vista del Salvador agonizante, Isabel se quitó su corona de oro, y se postró profundamente sobre el desnudo suelo.

—¿Qué tienes? —le dijo con acritud la duquesa—. ¿Qué vas a hacer? Una joven de tu alcurnia debe mantenerse erguida y no tirarse por tierra como las beatas. ¿Por qué has de estar en el suelo como una vil plebeya? ¿Acaso te pesa demasiado la corona?

Levantóse Isabel y contestó con la mayor humildad:

—Os ruego, señora mía, no toméis esto a mal. Veo aquí ante mis propios ojos a mi Dios y mi Rey, al misericordiosísimo Jesús, coronado de punzantes espinas; y yo, que soy una vil criatura, ¿podría permanecer en su presencia coronada de oro y pedrerías? No, mi corona sería una burla al lado de la suya.

Y seguidamente se echó a llorar porque el amor de Cristo crucificado había herido su tierno corazón.

Tanto privadamente como en público, vióse despreciada e injuriada hasta por oficiales de la corte, los cuales pretendieron desviar el acendrado amor que el príncipe Luis profesaba a Isabel. Le decían que aquella beata deslucía el brillo y la alegría de la corte, y que debía mandarla a su padre; pero Luis se mostró tan indiferente a sus discursos como lo había sido a los de su madre y de su hermana Inés. «¿Veis —les dijo— esa montaña de enfrente? Pues aunque me dierais una cantidad de oro mayor que esa gigantesca mole, no consentiría jamás en apartarme del cariño de Isabel».

FELICIDAD CONYUGAL

VENCIDOS, por fin, todos los obstáculos, celebróse el matrimonio en el castillo de Wartburgo el año 1220; Luis tenía a la sazón veinte años; Isabel, sólo trece. Ambos apreciaban la inocencia del corazón como su mayor tesoro; ambos vivían más íntimamente unidos por la fe que por las ternuras del amor, pues se amaban en Dios y sólo por Dios. Por otra parte, Luis poseía en alto grado las cualidades morales de un soberano cristiano. Amante de la justicia, empleaba toda la severidad para castigar a los violadores de las leyes. Alejó de su corte y privó de empleo y sueldo a cuantos subalternos oprimían al pueblo; obligaba a los blasfemos a llevar por un

tiempo determinado una señal pública de ignominia, y, a la vez que era rigurosísimo para cuantos violaban la ley de Dios, mostrábase muy indulgente con los que no guardaban a su real persona todo el miramiento debido, y obraba siempre con gran prudencia y rectitud. Su vida podía resumirse en esta breve y hermosa norma que él mismo se trazó como programa de conducta: *Piedad, Caridad, Justicia.*

Por su parte, Isabel supo en todo momento unir a sus propios atractivos externos aquellas preciadas virtudes que debían conservar y acrecentar el amor conyugal. A pesar de su extremada juventud y de la vivacidad casi infantil del amor que profesaba a su esposo, no perdió nunca el pensamiento de que él era su dueño y señor como Jesucristo lo es de la Iglesia, y le obedecía como a tal. Fuera de eso, el joven príncipe le concedía amplia libertad para sus obras de caridad y de piedad, y ella, confiando en la discreción y prudencia de su esposo, le daba a conocer todas sus mortificaciones. Hacíanse mutuas exhortaciones para adelantar juntos en el camino de la perfección, y esta santa emulación les proporcionaba fuerzas para darse de lleno al servicio de Dios, sin que nada bastara a estorbárselo.

Isabel comprendió que la gracia singular que el Señor le había hecho uniéndola a un marido tan bueno la obligaba a mayor fidelidad con el mismo Dios, y, atendiendo que aun en medio de la dicha, de la prosperidad y de las honras, estamos en la tierra para sufrir, expiar y ganar el cielo, llevaba debajo de sus ricos vestidos un áspero cilicio; además, todos los viernes del año y cada uno de los días de la cuaresma, hacíase dar la disciplina, lo cual no era óbice para que pudiera luego presentarse ante la corte sonriente y feliz como si de una fiesta llegase.

SU CARIDAD. — MILAGRO DE LAS ROSAS

LA solícita caridad de Isabel para con los pobres iba en aumento de día en día. Les daba de limosna cuanto tenía, y sucedió con frecuencia que, por no hallar a mano otro socorro, llegaba a dar los propios vestidos para aliviar a los desgraciados. Unos pobres aldeanos fueron a quejarse de que los sirvientes del duque les habían quitado todos los ganados; Isabel acudió en seguida a su esposo y obtuvo la inmediata restitución de cuanto se les robara.

Cierto día, cuando ella pasaba por un sendero estrecho y muy desigual, como llevase en su manto pan, carne, huevos y otros manjares para los pobres, se halló impensadamente delante de su marido. Éste, sorprendido al verla con tan pesada carga, sola y como algo turbada, le dijo: «Veamos lo que llevas ahí.»



ENSÉÑAME *lo que envuelves en el manto» —dice el duque a su mujer Santa Isabel. Muéstraselo la Santa y aparece un hermosísimo ramo de rosas encarnadas y blancas en lugar de los alimentos, suceso tanto más prodigioso cuanto que no era aquélla, estación propia para las flores.*

Abrió ella al punto el manto, en el que sólo vieron fresquísimas rosas blancas y encarnadas, lo cual sorprendió tanto más a Luis, cuanto que no era aquélla la estación de las flores. Isabel se turbó y mientras Luis la tranquilizaba, apareció de repente sobre la cabeza de Isabel una radiante imagen en forma de cruz.

Todos los desgraciados eran objeto de la tierna caridad de Isabel, pero los leprosos lo eran de su muy especial predilección. Un día encontró a uno de esos desdichados que, además de la lepra, tenía en la cabeza una asquerosa apostema que le daba un aspecto horrible; llamóle a lugar retirado y ella misma le cortó los cabellos, le lavó y le curó, teniendo apoyada sobre sus propias rodillas la parte enferma. En otra ocasión, y siendo Jueves Santo, reunió gran número de leprosos; después de lavarles los pies, postróse humildemente ante ellos, besó con afecto sus repugnantes úlceras e hízolos obsequiar muy regaladamente como si de grandes señores se tratase.

NUEVOS MILAGROS

CIERTA vez, en ausencia del duque, habiendo redoblado sus esfuerzos en favor de los enfermos, escogió de entre ellos a un pobre niño leproso, de quien todos se apartaban. Después de bañarlo, ungiólo con ungüentos y lo acostó en su propio lecho. Aquel mismo día regresó el esó el duque, y habiendo sido informado por su madre de lo sucedido, iba ya a descargar su enojo contra Isabel cuando, en lugar del niño leproso, vió al mismo Jesucristo crucificado extendido en la cama. Comprendió Luis su ligereza en juzgar la conducta de su esposa y pidióle perdón de ello.

Muy grande fué la humildad y la perfecta exactitud con que nuestra Santa obedeció siempre a Conrado, su director espiritual; dábale a conocer el estado de su alma con la mayor confianza y sinceridad para poder recibir sus consejos, y Dios se complacía en recompensar a veces con grandes milagros el espíritu de sumisión, desprendimiento y caridad de su sierva.

Un día en que se celebraba en la corte de Turingia gran reunión de la nobleza, el duque, muy afligido, se quejó a su esposa de que no tuviese ya ningún vestido con que presentarse dignamente. «Querido dueño mío —dijo ella—, no te inquietes por eso, pues he resuelto no poner mi gloria en la ostentación de los vestidos; verás cómo sabré disculparme con esos señores y procuraré agasajarlos con tanta afabilidad y alegría, que aun quedarán más complacidos que si me viesen con los más hermosos atavíos. «Inmediatamente se puso en oración para pedir a Dios que la ayudase. Cuando llegó la hora, presentóse adornada con un manto de terciopelo azul sembrado de perlas; sonriendo dulcemente dijo a su esposo: «Mira lo que sabe hacer el Señor cuando le place hacerlo.»

DEL TRONO A LA INDIGENCIA

EL momento de la prueba había llegado. El año 1227, acudiendo a la voz del Sumo Pontífice, armáronse los príncipes cristianos para combatir a los infieles. El piadoso Luis fué uno de los primeros en alistarse en la santa cruzada. A pesar de su natural aflicción, díjole Isabel: «No permita Dios que te quedes a mi lado contra su adorable voluntad, antes bien que Él te conceda la gracia de hacer siempre y en todo su adorable beneplácito; yo le hago gustosísima el sacrificio de ti y de mí. Que su Bondad te acompañe y que sólo encuentres felicidades en tu camino».

Luis se despidió procurando endulzar las lágrimas de su esposa, para quien la felicidad de este mundo estaba acabándose. Porque, en efecto, Luis no debía volver; moriría en el camino, después de dejar a los caballeros que le acompañaban el triste deber de transmitir a Isabel sus últimas palabras.

De su breve y santa unión tuvieron cuatro hijos. Hermán, el mayor, debía suceder al padre bajo la tutela de sus tíos Enrique y Conrado; pero estos hombres desnaturalizados, en vez de proteger a la viuda y a los huérfanos, arrojaron sin piedad de palacio a la madre y a los hijos sin permitirles llevarse nada consigo. Y en aquel momento, Isabel, hija de reyes, bajó a pie el áspero sendero que conducía a la ciudad. Llevaba en brazos a su hijito más pequeño, que sólo tenía dos meses; cogidos de sus vestidos la seguían los otros tres, que apenas sabían andar; el frío era intensísimo. Isabel, en los días de su grandeza, había colmado de beneficios a los habitantes de Eisenach, sin embargo, en esta lastimosa circunstancia, nadie se atrevió a socorrerla por miedo al duque Enrique. La infeliz tuvo que refugiarse con sus hijos en una desvencijada pocilga.

Aceptada heroicamente esta terrible humillación, renació tanta paz en su alma que se sintió inundada más que de sobrenatural alegría. Oyó tocar a maitines en la iglesia de los Franciscanos, entró en ella, y allí su corazón se desbordó en afectos del más vivo agradecimiento al Señor, pobre y humillado, que le hacia la honra de compartir con ella sus oprobios. Sin embargo, como la vista de sus hijos que desfallecían de frío y de hambre, reavivara su dolor, acusábase a sí misma de ser la causa de tan gran castigo por sus pecados.

Nunca se mostró más grande la ingratitud humana que entre los habitantes de Eisenach; pues ninguno tenía compasión de la pobre e infortunada duquesa. Una anciana mendiga, afligida de varias y graves dolencias, había recibido durante largo tiempo los cuidados personales de Isabel. Un día que ésta atravesaba un arroyuelo fangoso, en el cual habían echado algunas piedras para facilitar el paso, se cruzó con la miserable vieja la cual, empujando groseramente a la débil Isabel, la hizo resbalar. Al verla caída, aun se atrevió

a increparla: «No has querido vivir como duquesa mientras lo eras; ahora que te veo pobre y caída en el barro, no seré yo quien te levante». Muy enlodada salió la Santa; pero como si hubiera encontrado una íntima satisfacción en aquel lance, sonrió graciosamente y exclamó mirando al cielo: «Bien me está, Señor, en compensación del oro y pedrerías que en otro tiempo llevaba».

TOMA EL HÁBITO DE SANTA CLARA

ENTRETANTO, los parientes de Isabel se conmovieron al saber sus desgracias. Primero la abadesa Matilde, su tía, y después su tío, el obispo de Bamberg, diéronles asilo a ella y a sus hijos. Más aún; trataron de decidirla a casarse con el emperador Federico II; pero Isabel tenía muy dis- dis-
tintas aspiraciones: sólo pensaba ya en Dios desde que, vencido en su corazón de veinte años el último grito de la naturaleza, había exclamado ante los restos de su esposo: «Sabéis, ¡oh Dios mío!, cuánto he querido a este esposo que tanto os amaba; también sabéis que a todas las alegrías del mundo yo hubiera preferido mil veces su compañía, la cual me era tan grata que hubiera con gusto vivido a su lado aunque debiéramos mendigar de puerta en puerta toda la vida. Ahora yo os encomiendo su alma y me entrego a vuestra santa voluntad, de tal modo que, aunque pudiera, nada haría por rescatar su vida, a menos que tal fuera vuestro divino beneplácito.» Los caballeros que condujeran a Turingia los restos mortales del duque Luis, habían visto con suma indignación el vil proceder de Conrado y de Enrique con su cuñada; sus amonestaciones y más aún sus amenazas, decidieron a los principes a hacerle justicia, con lo cual reintegraron al joven landgrave Hermán los derechos hereditarios y a Isabel el castillo de Wartburgo, desde donde, a pesar de todo, sólo tuvo para sus opresores palabras de dulzura y de perdón.

En lo sucesivo, el duque Enrique, a quien correspondía de derecho la regencia durante la menor edad de Hermán, la trató con todo género de atenciones, y dejóle completa independencia en todo lo referente a obras de caridad y devoción. La piadosísima Isabel, el 23 de marzo de 1228, que aquel año era Viernes Santo, hizo solemnemente profesión en la Tercera Orden de San Francisco. No satisfecha aún con esto, en 1229 animóse a fundar ella misma un Instituto Religioso parecido a la Orden de Santa Clara, pero de votos simples y sin clausura, lo cual permitía a las religiosas asistir a los pobres en el hospital. Revistióse, pues, para siempre el santo hábito religioso, y, con otras compañeras, pronunció los votos de religión. Como aun le pareciera poco, hizo el heroico sacrificio de separarse de sus hijas; dos de ellas, conforme a las costumbres de aquellos tiempos, fueron colocadas en un convento, donde más tarde profesaron; la otra se casó con el duque de Brabante.

SU MUERTE

UN día en que estaba enferma y parecía dormir vuelta hacia la pared, una de sus compañeras oyó la dulce melodía que entonaba suavemente. «¡Oh señora! —le dijo—; ¡qué bien habéis cantado! —¡Cómo! —respondió Isabel—, ¿lo has oído? Has de saber que un pajarillo lindísimo ha venido a posarse entre la pared y yo, y ha cantado con tal suavidad y dulzura y ha llenado de tal alegría mi corazón, que he tenido que cantar también. Por él he sabido que moriré dentro de tres días».

Milagrosamente avisada de esta suerte, preparóse Isabel con diligencia para las bodas del Cordero. Al tercer día pronunciaba estas palabras: «¡Oh felicidad, la Santísima Virgen María viene por mí!... Ya llega el ansiado momento en que Dios me invita a la celestial boda... El Esposo sale al encuentro de su esposa. ¡Silencio! ¡Silencio!» Y en seguida expiró. Ocurrió su muerte en la noche del 19 de noviembre de 1231. Los funerales constituyeron un verdadero triunfo. Los padres Franciscanos trasladaron su santo cuerpo a la capilla del hospital de San Francisco y allí estuvo expuesto durante cuatro días exhalando penetrante y suavísimo perfume. Sepultáronlo en dicha capilla y a ella acudían los fieles para orar sobre su tumba, pues obtenían numerosos favores por su mediación y los enfermos de cualquier dolencia quedaban completamente curados. Cuando Gregorio IX la canonizó el 27 de mayo de 1235, substituyóse la capilla por una iglesa magnífica, y las reliquias de Santa Isabel pasaron a una riquísima urna. Desgraciadamente, en tiempo de la Reforma dichas reliquias fueron profanadas, de tal modo que hoy no se sabe a punto fijo su paradero. Se cree que están en el convento de las Isabelinas, excepto el cráneo, que fué adquirido a fines del siglo XVI por la infanta de España Isabel Clara Eugenia, la cual lo trasladó a Bruselas. La fiesta de Santa Isabel fué elevada al rito doble por Clemente X en 1671.

SANTORAL

Santos *Ponciano, papa y mártir;* Crispín, obispo de Écija, mártir cuando imperaba Diocleciano; Budoco, obispo de Dol; Radbodo, de Utrecht, y Suedero, de Múnster; Abdías, profeta; Teodomiro, abad; *Barlaán, mártir; Jaime de Sacerre, solitario;* Patroclo, presbítero y ermitaño; Fausto, diácono, mártir bajo Diocleciano; Azas y compañeros, mártires en el Asia Menor, también bajo Diocleciano; Máximo, presbítero, mártir en Roma cuando imperaba Valeriano; Severino, Exuperio y Feliciano, mártires en Viena de Francia; Muciano, Orestes y Zóforo, mártires en Capadocia; Citronio, confesor. Beatos Pedro Cerca, dominico, y Toto, benedictino. Santas **Isabel de Hungría, viuda,** y Ermemburga, abadesa.


«Este niño trocará las lises de la nobleza por la Cruz de Cristo»

DIA 20 DE NOVIEMBRE

SAN FELIX DE VALOIS

COFUNDADOR DE LA ORDEN DE LOS TRINITARIOS
(hacia 1127-1212)

SEGÚN una tradición que nos ofrece el Breviario de la Orden de los Trinitarios, fué Félix de sangre real, e hijo de Raúl I, conde de Vermandois y de Valois, senescal de Francia, y nieto de Teobaldo III, conde de Champaña y de Blois por su madre doña Leonor. No falta quien, escudándose en el silencio de los historiadores acerca del fruto de esta unión, arguya que el nombre de Valois le fué dado sencillamente por la región donde llevó vida eremítica. En el actual estado de la cuestión, no podemos aventurar una afirmación definitiva, pues carecemos de documentos auténticos irrefutables. Relataremos, por lo tanto, su vida sin pretensiones críticas, e inspirándonos únicamente en la tradición.

Según se afirma en ella, habría nacido Félix en San Quintín o en la ciudad de Amiens por los años de 1127. Administrósele el santo bautismo con el nombre de Hugo; nombre que recibió en recuerdo de su abuelo Hugo de Francia —nobilísimo caballero muerto en 1102 a consecuencia de las heridas que recibiera en Tarso de Cilicia durante las cruzadas— y también por la gran devoción que la condesa, su madre, profesaba a San Hugo, obispo de París y más tarde arzobispo de Ruán († 730).

PRENUNCIOS DE SANTIDAD

A veces, para llamar la atención de los hombres sobre sus predestinados, dígnase el Señor acompañar su venida al mundo con señales prodigiosas que son como aviso y testimonio de la función que aquéllos habrán de cumplir en la vida. Tal se comprueba en la historia de muchos Santos. Podrá preceder un período más o menos notable de apartamiento u oscuridad, mas, en cuanto suene la hora de la Providencia, volverán las aguas a su cauce y se hará patente la obra de la gracia.

Así parece ser que sucedió en el caso de San Félix de Valois.

Dícese que en la expectación de su nacimiento, tuvo su madre un sueño en el que Nuestro Señor le manifestó los futuros destinos del infante: Habiéndose dormido al pie de un altar dedicado al santo arzobispo de Ruán, vió acercarse a la Madre de Dios con su Divino Hijo en brazos, precedida de otro hermoso niño desconocido para ella. En aquel momento quitóse Jesús la crucecita que llevaba sobre sus hombros, y entrególa a su compañero quien, en cambio, le ofreció graciosísimamente una corona de flores que tenía en las manos. Inquiriendo la princesa el significado de tal visión, apareciósele San Hugo y le dijo: «¡Dichosa tú por ser madre de tal hijo!». Leonor comprendió entonces que aquel niño era el que ella llevaba en sus entrañas. Añadióle el Santo que, más tarde, el tierno vástago de los Valois trocaría la flor de lis de Francia por la cruz de Jesucristo. No es para ponderar el gozo que se apoderó de la madre ante tal vaticinio.

Poco después del nacimiento de nuestro Santo, una espantosa carestía devastó todo el país de Vermandois, sembrando la muerte y la desolación en aquella feraz comarca. Conmovido el conde ante la miseria de sus súbditos, dispuso que se abrieran las puertas de su palacio y se distribuyeran abundantes limosnas a todo el que implorase caridad. Mas, fueron tantos los solicitantes, que las provisiones se agotaron en seguida.

Pero jamás Dios abandona a los que confían en Él. Cierta vez en que la nodriza de Hugo se disponía a la diaria distribución de los víveres, tuvo la idea de tomar la mano del niño y hacer con ella la señal de la cruz sobre el poco pan que quedaba, y, ¡oh maravilla!, aquel poco de pan se multiplicó de tal modo que pudo seguirse distribuyendo durante varios días consecutivos entre la multitud de pobres que se presentaron. Visto lo cual por la nodriza, hizo también que el niño bendijera los campos del contorno y hasta las nubes del cielo. Obedientes éstas a la angelical manecita, derritiéronse en copiosas y benéficas lluvias que fecundaron la tierra y devolvieron la abundancia a toda la comarca.

HUGO, EN CASA DE SU TÍO TEOBALDO

EL hogar doméstico fué la primera escuela de Hugo. Por aquel entonces, hallábase la Iglesia dividida en dos bandos, partidarios respectivamente de Inocencio II y de Anacleto II. La elección de ambos al solio pontificio ofrecía serias y dificultosas irregularidades y fué necesaria la autoridad de San Bernardo para apaciguar los ánimos de los contendientes. Bastó, sin embargo, su preferencia y apoyo al más digno, para que todos reconociesen como único Pontífice a Inocencio II.

Después de la elección, encaminóse a Francia, donde recibió hospitalidad en varios monasterios y en los palacios de algunos nobles. Acogióle con especial deferencia y cariño el piadosísimo Teobaldo el Grande, conde de Blois, de Champaña y de Chartres, y hermano de la condesa de Valois. Apenas supo esta princesa la noticia, acudió apresuradamente a postrarse a los pies del Vicario de Cristo. Llevaba su hijito con ella a fin de que el Sumo Pontífice lo bendijese, como así lo hizo él con ternura paternal.

El entrañable amor que Teobaldo sentía por su sobrino hizo que le nombrase su limosnero mayor, cargo que el niño cumplía admirablemente. Paseábanse juntos un día de riguroso invierno, cuando encontraron a un pobre medio desnudo y transido de frío, que les pidió limosna por amor de Dios. Teobaldo, conmovido, preguntóle qué deseaba.

—Su capa, señor —respondió el mendigo.

—Con mucho gusto —replicó el príncipe—; aquí la tienes. ¿Qué más quieres?

—Sus sortijas, señor conde, que son muy hermosas.

—Tómalas, pues; ¿deseas algo más?

—¡Ah! —respondió—; usted es rico y yo pobre; ese collar de caballero me sacaría de muchos apuros.

—Está bien —replicó el conde con sencilla naturalidad—; toma también mis guantes, gustosísimo te los regalo; ¿no deseas nada más?

Entonces, según cuenta la leyenda, desapareció el pobre dejando en el suelo capa, sortijas, guantes y collar. Comprendió el conde que acababa de dar limosna a un ángel y, rebosante de alegría, hizo con Hugo, su sobrino, voto de no negársela nunca a quien se la pidiera por amor de Dios.

Sea lo que fuere de su autenticidad, este episodio no deja de constituir una lección bellísima y muy oportuna.

Cuéntase que yendo un día Hugo con su tío a visitar a San Bernardo de Claraval, salióles al encuentro un leproso. Apenas lo hubo visto, saltó Hugo del caballo, abrazó al desdichado y púsose a consolarle con dulces y tiernas palabras. Avergonzado quedó el conde Teobaldo de haberse dejado adelantar

por Hugo, y se apresuró a ayudarle; tomaron entre ambos al leproso, llevá-ronlo a una casa cercana y proveyeron a su cuidado. Desde entonces, acudían con frecuencia a visitarle.

Murió el leproso estando Teobaldo ausente. A su vuelta, no sabiendo éste lo ocurrido, fué a hacerle su acostumbrada visita; pero, cuál no sería su extrañeza al encontrarlo perfectamente sano y resplandeciente en medio de una luz maravillosa.

—Pero, ¿sois el leproso? —inquirió.

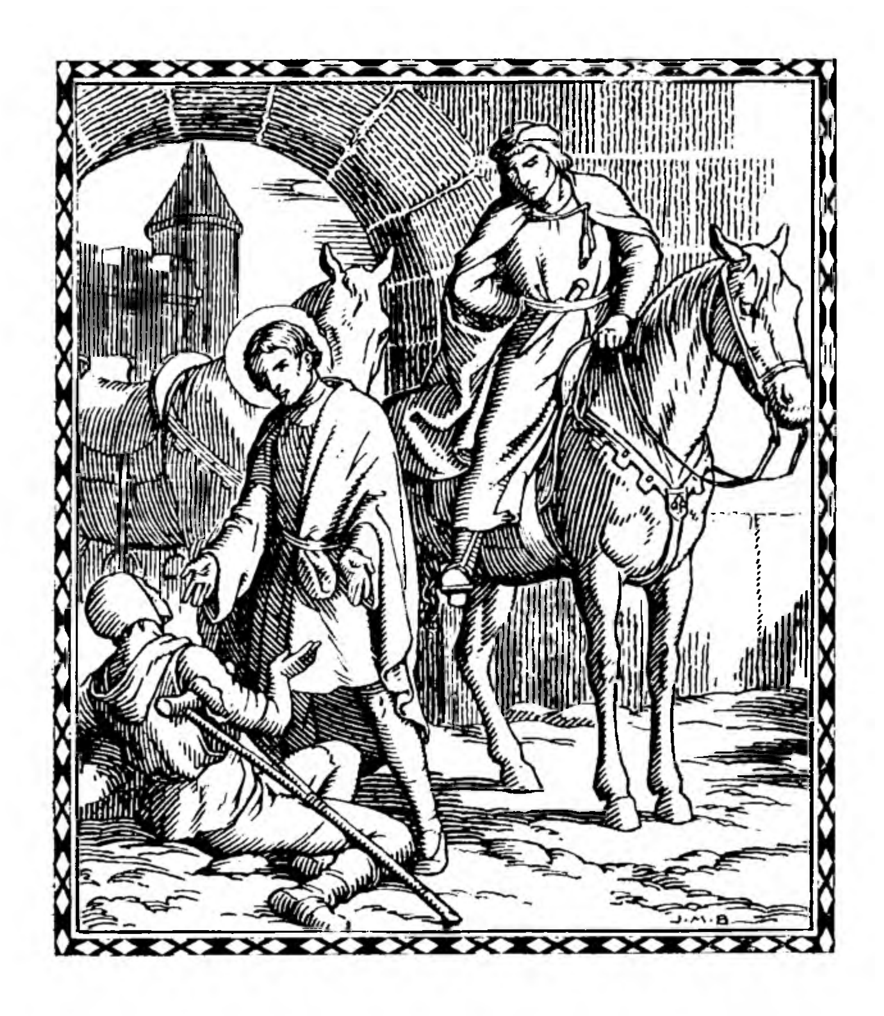
—Sí, yo soy el leproso a quien buscáis —respondió aquél— y vengo a daros las gracias por los delicadísimos cuidados que me dispensasteis. Por mí, conde Teobaldo, bajasteis del caballo con vuestro sobrino, y por vos bajo yo ahora del cielo donde estoy disfrutando de la felicidad eterna. Dios os recompensará por vuestra caridad; yo os ayudaré a mi vez desde el cielo.

EN CLARAVAL, EN LA CORTE Y EN LAS CRUZADAS

DECLARA la Historia que el conde de Vermandois, arrastrado por una pasión criminal, repudió en 1142 a Leonor su legítima esposa; hasta en el mismo trono de Francia halló cómplices para aprobar y ratificar el escandaloso concubinato por el cual se unió a una segunda mujer. Debió de ser entonces cuando la condesa, al verse abandonada y sola, confiaría su hijo a San Bernardo, abad de Claraval. Iba muy bien aquel ambiente con las inclinaciones y gustos de Hugo; mas no pudo gozarlo mucho tiempo, y hubo de trocar la apacible soledad del claustro por la agitada y peligrosa vida de la Corte, a que tan poco aficionado era: así lo exigía su padre por haberlo reclamado el rey para su servicio.

El joven príncipe de Valois no desmintió en un punto la reputación de santidad que le había ya precedido a París. Portóse en Palacio como modelo del caballero cristiano y conquistó, por sus virtudes, el afecto del monarca y la veneración de todos los grandes del reino. Vivía en la Corte cual si fuera un ángel enviado del cielo; Dios se complacía en manifestar la santidad de Hugo por estupendos milagros: no es, pues, de extrañar que todos le amasen cordialmente y buscasen con verdadero placer su simpática y atrayente compañía. Él supo aprovechar de aquel ascendiente para reavivar en palacio el amor a las prácticas cristianas.

Cuando, algo más tarde, predicó San Bernardo la Cruzada de 1146, acudió Hugo de Valois con los primeros para alistarse en el ejército expedicionario de los cruzados. Acompañó siempre al rey; y según nos dice la leyenda, aquel arrogante mancebo, tan humilde y manso de por sí, fué, en el fragor de los campos de batalla, soldado valentísimo y terror de los infieles.



EN *cierta ocasión en que San Félix de Valois paseaba con Teobaldo, su tío, descubrió a la orilla del camino un pobre leproso. Apéase al momento, corre hacia él y le abraza. Teobaldo, santamente celoso de que su sobrino le precediera en aquel acto de caridad, apresúrase a ofrecerle ayuda.*

CAMBIA LA CORTE POR EL DESIERTO

DESPUÉS del desastroso fin de esta Cruzada, regresó Hugo a París tras haber dado brillantes pruebas de valor y santidad. Sin embargo, como ni las riquezas ni las glorias humanas podían llenar las ansias de su corazón, llegó el día en que, hollando las dignidades y honores, trocó trocó los bienes terrenales por la cruz de Jesucristo; y así, dando de mano al brillante porvenir que ante sus ojos se desplegaba y renunciando para siempre a sus atractivos, retiróse a Gaudelu, en el país de Brie, a varias leguas de la capital francesa.

Allí, lejos del mundanal ruido y olvidado de los quehaceres humanos, sintió el ermitaño iluminarse su espíritu con nueva fe e inflamarse su corazón en el más intenso amor divino. Desde este momento desaparece Hugo de Valois del escenario público para convertirse en un humilde solitario, ignorado del mundo que antes le aplaudiera, y únicamente conocido por el nombre de Hermano Félix.

Durante su estancia en el desierto, renováronse las maravillas de San Antonio y de San Hilarión, pues quiso Dios otorgarle los mismos favores que a esos dos grandes solitarios. Era alimentado por un cuervo que le llevaba cada domingo un pan del cielo. No cabe duda de que en este punto ha glosado y fantaseado libremente la crítica lo mismo que acerca de la hermosa leyenda del ciervo a que nos referiremos un poco más adelante.

FÉLIX DE VALOIS Y SAN JUAN DE MATA

CUARENTA años llevaba Félix de Valois en su retiro, plenamente entregado a contemplar las cosas de Dios, cuando le fué enviado San Juan de Mata, doctor por la Universidad de París, pero mucho más eximio por la grandeza de sus virtudes y por la santidad de su vida. vida. También él, olvidado de las promesas con que le tentara el mundo, habíase recogido a un lugar solitario para llevar rigurosa vida eremítica. No bien se conocieron, abrazáronse ambos Santos y ya no pensaron sino en compartir las asperezas de la mortificación en aquel estado de penitencia y en cantar juntos las alabanzas de Dios.

Cuenta la leyenda que cierto día en que los dos solitarios conversaban cabe una fuente acerca de la Divinidad, vieron venir hacia ellos un ciervo blanco que traía en la frente una esplendorosa cruz azul y roja. Buscaba Félix el significado de tal aparición, cuando le explicó San Juan de Mata cómo Dios le había ya manifestado su voluntad, por medio de un prodi-

gio análogo, y cómo los invitaba Dios a fundar, de común acuerdo, una Orden nueva que se denominaría de la Santísima Trinidad, y cuyo fin había de ser rescatar a los prisioneros cautivos de los piratas.

Un sinnúmero de estos desgraciados encerrados en las mazmorras de Berbería, eran víctimas de las torturas más atroces. Otros, esclavizados y vendidos en pública almoneda, como bestias de carga, eran llevados a las galeras donde se exigía de ellos los más duros trabajos sin dárseles un momento de reposo. Allí, expuestos medio desnudos a los rayos del sol canicular, eran terriblemente fustigados. Los feroces sayones atormentaban sin piedad a cuantos se negaban a renegar del nombre cristiano, y proseguían en su empeño hasta hacerles expirar entre los tormentos más atroces.

Al oír referir Félix tan inauditos sufrimientos, sintió que su corazón se inflamaba en ardientes ansias de libertar a tantos pobres cautivos o, por lo menos, de aliviar su martirio. Mientras ambos santos recapacitaban acerca de los medios de realizar sus propósitos, recibieron en sueños, y por separado, mandato, reiterado por tres veces, de presentarse al Sumo Pontífice. Abandonaron sin demora su gruta querida y, con el bordón en la mano, encamináronse hacia Roma (1197).

Inocencio III recibió milagrosamente aviso de su llegada al aparecérsele en sueños un ángel de cándidas vestiduras sobre las que se destacaba resplandeciente una cruz azul y roja, y que extendía los brazos hasta cubrir con las palmas de sus manos las cabezas de dos míseros cautivos. Nuestros peregrinos fueron recibidos por el Papa como enviados del Señor. Era a principios del año 1198. Inspirado por Dios, aprobó Su Santidad los proyectos de Félix de Valois y Juan de Mata, dióles por hábito el mismo que él había visto al ángel y, después de bendecirlos cariñosamente, enviólos a cumplir la nueva misión para la que el cielo los había designado.

EN EL MONASTERIO DE CIERVOFRÍO

DESPUÉS de su regreso a Francia, Félix de Valois y Juan de Mata vivieron aún juntos algunos días. Al cabo de ellos, volvieron a separarse para no volverse a ver en la tierra. Juan de Mata encaminóse a Túnez, donde pudo libertar a unos trescientos cautivos.

Tiempo más tarde, volvió a Roma para fundar una casa de la Orden y organizar el rescate, o, como entonces se decía, la redención de los cautivos. Félix quedó encargado del monasterio de Ciervofrío, construído en el mismo lugar en que el ciervo milagroso se les apareciera.

En la noche de la vigilia de la fiesta de la Natividad de Nuestra Señora, el sacristán del monasterio olvidó tocar a Maitines. A pesar de ello bajó Félix al coro como de costumbre y hubo de sorprenderse al encontrarlo

espléndidamente iluminado y ver ocupados todos los sitiales por ángeles, revestidos con el hábito de la Orden, y presididos por la Reina de los cielos. Apenas Félix hubo entrado, la Madre de Dios entonó la antífona de Maitines, que luego continuaron aquéllos con dulce y suave armonía. Dudando el Santo si estaba en la tierra o en el paraíso, unió su canto al de las angélicas voces para cantar las alabanzas del Creador. En memoria de favor tan insigne, tienen los Trinitarios el especial privilegio de poder celebrar misa de media noche el día de la Natividad de la Santísima Virgen.

MUERTE DEL SANTO

EL siervo de Dios, agotado por los años y por los trabajos del apostolado, sumados a las austeridades de la penitencia, cayó enfermo. Supo por revelación celestial la proximidad de su muerte, y a tal noticia inundóse de gozo su alma.

En un arrobamiento amoroso exclamó el santo anciano: «¡Oh día feliz aquel en que troqué la corte por el desierto! ¡Benditas las lágrimas que he derramado y las austeridades con que he afligido mi cuerpo: ellas me llevan hoy a la bienaventurada eternidad!... Tomó después un crucifijo, llevólo por última vez a sus labios y, en prolongado y extático ósculo de divino amor, entregó apacible y dulcemente su alma el 4 de noviembre de 1212. Tenía a la sazón ochenta y cinco años.

En el mismo instante, las campanas del monasterio iniciaron por sí solas un armonioso y regocijado repique; y Félix, radiante de gloria, aparecíase a Juan de Mata, residente entonces en Roma.

Los restos de San Félix de Valois fueron inhumados en la iglesia de Ciervofrío. Dícese que, desde el día del entierro, se convirtió el sepulcro en verdadero centro de romería, dada la ingente afluencia de fieles. Los niños, de un modo especial, eran llevados por sus padres a la tumba de nuestro bienaventurado para impetrar sobre ellos una especial bendición.

CULTO DE SAN FÉLIX DE VALOIS

NO se conoce la época de su elevación a los altares. Refiérese que Urbano IV, papa, le concedió en 1267 los honores de la canonización, así como a San Juan de Mata. Cuesta creer, sin embargo, que un acto de tal importancia no se halle consignado en la historia de la época, y que el documento pontificio relativo a los dos patriarcas de la Orden de la Santísima Trinidad haya podido extraviarse sin dejar la menor huella.

En el siglo XVII, emprendieron los religiosos Trinitarios la ardua tarea de probar que los siervos de Dios eran ya objeto de un culto inmemorial. El hecho es que unas Bulas de Urbano VIII, en particular la fechada en mayo de 1632, les confiere el nombre de Santos; otro documento pontificio, del 9 de octubre de 1646, permitió a los Padres Trinitarios de España celebrar la fiesta de ambos fundadores el 17 de diciembre. Por fin, las gestiones de la Orden consiguieron en agosto de 1666, en el pontificado de Alejandro VII, el reconocimiento oficial de su culto.

A partir de esta época multiplicáronse de día en día los privilegios y mercedes de Roma para con la citada Orden: el 12 de abril de 1669, Clemente IX concedió a los Padres Trinitarios de España, en honor de sus fundadores, la celebración de la misa de los Confesores no Pontífices; este privilegio fué extensivo, desde el 26 de agosto, a las religiosas Trinitarias, y, el 12 de octubre, a los Trinitarios de Saboya. El 24 de enero fueron incluídos los nombres de los Santos Fundadores en el Martirologio, a petición del rey de Francia Luis XIV. La fiesta de San Félix, fijada en un principio el 4 de noviembre, y la de San Juan de Mata el 17 de diciembre, fueron después trasladadas al 20 de noviembre y al 8 de febrero, respectivamente. Aprobáronse oficios propios para España y sus colonias el 6 de mayo de 1673; y para Francia, el 17 de enero de 1677. En 1769, otorgóse a la Orden de la Santísima Trinidad permiso para incluir el nombre de ambos Santos en el *Confiteor,* como lo hacen los religiosos de otras grandes Órdenes.

La iconografía siempre ha sido rica en las representaciones de San Félix de Valois. Los artistas, inspirándose en el relato tradicional de la vida del Santo, han construído sus imágenes acompañándole de un ciervo, o bien llevando una bolsa y unas cadenas como símbolo de su misión apostólica.

SANTORAL

Santos **Félix de Valois, fundador;** Nersas, obispo, y Barabesciabas, diácono, mártires en Persia; Humberto, obispo en Inglaterra, mártir; Dasio, obispo y mártir en Misia; Silvestre, obispo de Chalons, Benigno de Milán, y Simplicio, de Verona Apotemio, obispo de Angers, e Hipólito, de Belley; *Edmundo, rey y mártir; Agapito, mártir en Cesarea de Palestina;* Aubodio, misionero irlandés; Elías, monje del Sinaí; Ampelio y Cayo, mártires en Mesina Octavio, Solutor y Adventor, de la Legión Tebea, mártires, venerados en Turín · Eustaquio, Tesperio y Anatolio, mártires en Nicea de Bitinia, bajo Galerio Maximiano; Baso, Dionisio, Agapito, Orión y cuarenta compañeros, mártires en Heraclea de Tracia; Boitazato, Dapo y compañeros, mártires en Persia; Gregorio Decapolita, confesor. Santas *Marta, María, Tecla, Ana o Ania,* Susana, Astea y Baica, mártires en Persia Cancia y Majencia, vírgenes y mártires.



«Odiáronme los poderosos y me persiguieron»

DÍA 21 DE NOVIEMBRE

SAN COLUMBANO

ABAD Y FUNDADOR (543-615)

VARIAS naciones aclaman a porfía como suyo a este monje un tanto raro por sus osadías, que a la vez admiran y sorprenden; son: Irlanda, que le vió nacer y fué testigo de sus primeros pasos en la vida monástica; Inglaterra, en donde tan grande fué su influencia sobre el monaquismo anglosajón; Francia, que le es deudora de una rica floración de monasterios, e Italia, en la que pasó los últimos años de la vida. Este ilustre hijo de la Iglesia descuella en el cielo monástico de la centuria sexta como astro de primera magnitud.

Columbano, a quien no hay que confundir con su homónimo y compatriota San Colombino, ilustre abad de Iona, nació en Leinster, en 543.

Muy sobrios son los informes sobre sus primeros años; sin embargo, nos refieren el sueño que su madre tuviera, antes de nacer el niño; sueño en el que vió salir de ella un sol brillante que iluminaba toda la tierra.

La educación e instrucción de Columbano fueron esmeradísimas. Muy pronto se inició en las Sagradas Escrituras. Esta cultura intelectual, unida a una sólida piedad, en cuya formación tuvo parte su madre, rivalizaban en el adolescente con las prendas exteriores. Sus historiadores —comenzando

por Jonás de Bobbio, que escribió en el siglo VI la vida que ha servido de base a las diferentes biografías de Columbano— reconocen unánimemente su belleza moral al par que su belleza física. El joven, consciente del peligro que en el mundo significarían para él esas ventajas, consultó sobre ello a una santa mujer de la que recibió este consejo: «¿No quieres caer?; pues, huye». Como no acostumbraba a hacer las cosas a medias, optó Columbano por huir al momento e, ilustrado por la palabra del Evangelio, franqueó la puerta saltando sobre el cuerpo de su madre, la cual, temerosa de perderlo. se había echado en el umbral para impedirle la salida.

PRIMEROS PASOS EN LA VIDA MONÁSTICA

SENELL, que era a la sazón abad de un convento situado en la frontera de Leinster, gozaba de reputación de hombre ilustrado en el conocimiento de las Sagradas Escrituras. Columbano, muy versado ya en esta ciencia, resolvió ponerse en un principio bajo su dirección, como así lo hizo. Fué ésta la primera etapa. De allí pasó al célebre monasterio de Bangor, en el Ulster. El abad, San Congal, discípulo de San Finiano, reputado por la austeridad y severidad de su dirección, convenía extraordinariamente al nuevo postulante, tan brioso por temperamento.

En tal medio, debía Columbano realizar su ideal de perfección; pero sus ansias de apostolado incitábanle a dejar el suelo irlandés para llevar a otras partes la luz de la verdad. Puesto Congal al corriente de esta nueva orientación, no se la consintió hasta que hubo reconocido la voluntad divina. Dió entonces a su querido discípulo doce compañeros, en honor de los doce apóstoles. La pequeña colonia, tras una corta permanencia en la Gran Bretaña, embarcó para las Galias. Columbano tenía cuarenta años.

Los francos eran ya cristianos, pero las costumbres permanecían bárbaras y disolutas. Sin demora, Columbano y sus monjes diéronse a evangelizar, predicar e ilustrar las conciencias, mientras con su vida austera y mortificada confirmaban la autoridad de sus palabras. Su reputación les había precedido ante el rey de los burgundos o borgoñeses, llamado Gontrán, a quien fueron a visitar. Sorprendido de pronto por el aspecto extraño de aquellos hombres, dejóse luego ganar por la elocuencia de su jefe y rogóles con insistencia que se establecieran en el territorio de Anegrai, en donde se levantaba el viejo castillo romano del mismo nombre. Columbano aceptó la invitación; pero, desdeñando los socorros ofrecidos para este establecimiento, prefirió poner como base de su fundación los sufrimientos y privaciones de todo género. Y hasta aconteció ser la escasez tan grande, que Dios, por dos veces, hubo de proveer milagrosamente a la subsistencia del monasterio.

Conocedoras de tales prodigios, las gentes de los alrededores acudieron al monasterio, unos para obtener la bendición de los santos religiosos, otros con el deseo de ser admitidos entre ellos bajo la égida y gobierno de Columbano. Éste sentía a veces la necesidad de enfervorizarse más en una soledad ajena al recinto del monasterio e internábase en el desierto llevando a las espaldas un saquito en donde guardaba el libro de las Sagradas Escrituras. En uno de estos períodos de retiro profundo, el rudo asceta, tentado de desaliento, preguntábase si no valdría más caer en las garras de las fieras que no pecan, antes que en las manos de los hombres pecadores; tuvo entonces la famosa visión de los lobos y de los bandidos. Habiéndole librado Dios de unos y de otros, vió en ello el símbolo de la gracia que recibe el monje para hacer frente al doble peligro de la soledad y del trato con los hombres. En cuanto a él, sintió acrecentarse el gusto por el retiro, y habiendo obligado a un oso a cederle la cueva en donde se guarecía, a ella se retiraba al acercarse las grandes festividades litúrgicas para entregarse a más profundas meditaciones y a más austeras penitencias. A ruegos de Domnoal, su criado, hizo brotar una fuente, la cual ha sido tenida siempre como milagrosa.

La afluencia de gentes de toda condición que iban a juntarse a la colonia irlandesa, obligóle a pensar en una nueva fundación. Obtuvo de Gontrán el castillo de Luxeuil, antiguo campamento romano abandonado, rodeado aún de restos idolátricos. De estas ruinas iba a surgir uno de los monasterios más famosos de las Galias. Columbano impuso una regla severísima, inspirada en las de los santos Finiano y Congal, pero completada con el fruto de sus propias meditaciones en los Libros Santos, y esforzóse en transmitir al alma de sus hijos los sentimientos que de esos libros sacaba: convencimiento de la brevedad de la vida y necesidad de la perfección.

El legislador descendió a los pormenores más minuciosos y a las observaciones más propias para contrariar la naturaleza. En un artículo especial, llega a prescribir al monje el «acostarse» tan cansado que duerma ya al ir a la cama, y que se levante antes de haber dormido lo suficiente». El alimento será también reducido a lo estrictamente necesario, y las palabras, a lo indispensable. Más que las maceraciones y los ayunos, será de rigor la sumisión del juicio y de la voluntad a la dirección del abad. La sanción de las posibles infracciones está prevista en esta forma: «El charlatán será obligado a guardar silencio; el violento, a mansedumbre, etc.». Columbano, constitúyese en ejemplo vivo de sus prescripciones; es exacto en el trabajo y en los variados actos del día, y hácese especialmente dulce e insinuante al exponer el tema predilecto: la Eucaristía, Pan y Fuente de vida. «Yo —decía— pido cosas grandes; pero Tú, Rey de la gloria, has sabido otorgarnos mercedes inmensas. Y de entre ellas, ninguna mayor que el haberte dado a Ti mismo en alimento a las almas».

CARÁCTER DE COLUMBANO

ANTES de tratar de lo que podríamos llamar su «vida pública», veamos de entender su carácter, para comprender mejor sus aparentes contradicciones y oposiciones. La violencia de temperamento del monje irlandés es de la misma esencia que la de la mayoría de los santos de su época, en especial de los de su raza, y se acuerda con el deseo casi indiscreto que les es común, de una perfección inaccesible al hombre. La severidad de Columbano nos extraña, en efecto, más de una vez; pero hemos de rendirnos ante los juicios del Señor, coincidentes en muchas circunstancias con estas aparentes rarezas. Tal, por ejemplo, cuando hallándose casi todos los monjes enfermos de fiebres palúdicas, les receta como única medicina que se levanten y vayan a despajar el trigo a la era. La mayor parte de los enfermos, sacando fuerzas de flaqueza, levantáronse para cumplir el mandato de su abad y acabar el trabajo, y vieron con el júbilo consiguiente que se hallaban curados, mientras que los que no se decidieron a dejar el lecho tuvieron que permanecer en él el resto del año, y sólo merced a las oraciones del Santo escaparon a la muerte.

A pesar de todo, sería desconocer al Santo el suponerle de dura condición. Desasido de lo terreno, participaba en cierto modo —dicen sus biógrafos— de las prerrogativas de Adán antes de su caída, y convivió con las fieras del bosque, que iban a buscar sus caricias, o, como las ardillas, a jugar en los repliegues de su hábito. Fuera de eso, su espíritu gustaba de explayarse en poemas y en cartas con las que, bajo lo convencional de la forma literaria, se transparentaba la inagotable riqueza de su amor a Dios, a sus hermanos de Religión y a su siempre amada Irlanda.

COLUMBANO Y EL EPISCOPADO

ALMA de fuego, temperamento de profeta, como le definen sus historiadores, Columbano no podía circunscribir su influencia a los muros de un monasterio. Sin embargo, quedó confinado en él durante veinticinco años. Este apartamiento no fué óbice para que su fama traspasara los montes del maravilloso valle de Voga, al cual también llegaban los ecos de la corrupción del mundo. Estos ecos, que excitaban singularmente al apóstol latente en él, hicieron que llegara más allá del monasterio su autoridad espiritual, y llegó a querer imponer sus determinaciones a los obispos, a quienes reprochaba falta de celo y de iniciativa en los remedios pertinentes a la extirpación de los vicios.



TEODORICO, *rey de Austrasia, más deseoso de ampararse en la autoridad y prestigio de San Columbano que de seguir sus consejos, le invita y le fuerza a comer en su casa. El Santo no puede desairarle, pero al principio del banquete hace la señal de la cruz y la fuente de servicio se rompe.*

Entre estos remedios había uno que en Irlanda produjo grandes frutos: la confesión privada, aun no practicada en las Galias. Por eso Columbano preconizaba con suma energía la costumbre irlandesa. Los obispos borgoñeses, a pesar de sus repugnancias, acabaron por adoptar, en razón de su oportunidad, lo que el santo abad proponía. Las sanciones, aunque severas, tenían la ventaja de ser aplicadas en secreto, y el efecto no se hizo esperar.

PRETENSIONES Y HUMILDAD DE COLUMBANO

COLUMBANO no era simpático al episcopado franco —aunque éste reconocía su gran virtud y santidad de vida— por su calidad de extranjero, pero, sobre todo a causa del desprecio en que tenía las costumbres del país, las cuales iba sustituyendo por las suyas. Llegó así a así a establecer la autonomía de sus monasterios. A esta innovación, que los obispos juzgaban grave, añadíase el de la celebración de la fiesta de Pascua según el ciclo adoptado en Irlanda.

Sabido es que esta cuestión del ciclo pascual había sido tema de discusión desde el origen de la Iglesia hasta la decisión del Concilio nacional de las Galias, celebrado en Orleans en 541, que fijó dicha fiesta entre el catorce y el veintidós del mes lunar, y prescribió que se siguieran en este punto las indicaciones de Roma. Ahora bien, el canon llamado alejandrino, anterior a esta decisión, había penetrado en Irlanda con los primeros apóstoles de la fe y había quedado en vigor.

No dudando Columbano que la costumbre irlandesa fuese la buena, escribió al papa San Gregorio Magno para hacerle ver la urgencia de hacerla adoptar por toda la cristiandad. En la carta del fogoso apologista de las tradiciones de su país hay de todo: junto a sus protestas muy sinceras de filial respeto y de humilde sumisión al sucesor de Pedro, hay adjuraciones que no rezan con el «hombre tímido» que él pensaba ser y que firma «Columbano el pecador». Mientras tanto, creaba a su alrededor ambiente para que prevaleciese la costumbre irlandesa, cuya adopción no habría hecho sino complicar una cuestión ya bastante enmarañada. Los obispos sobresaltados por aquella siembra, hasta pensaron expulsar al reformador; pero esta providencia les pareció excesiva vista la santidad del abad. Congregáronse entonces para deliberar sobre el caso, y Columbano les escribió humildemente: «Si soy yo la causa de esa preocupación que os asalta, tomadme y arrojadme al mar». De aquella reunión salió un acuerdo: el abad de Luxeuil conservaría el uso irlandés en el interior de sus monasterios pero no pretendería en adelante imponerlo fuera de ellos. Tras nueva gestión cerca del sucesor de Gregorio, el papa Sabiniano (604-606), Columbano re-

nunció a esta lucha estéril: comprendía cuán graves daños podían derivarse de ella y acató humildemente la resolución que le obligaba a dejar de lado sus bien intencionados propósitos y a seguir las normas comúnmente aceptadas.

COLUMBANO Y LA MONARQUÍA

LA reina Brunequilda ejercía la autoridad soberana en la corte de Thierry o Teodorico, su nieto, rey de Austrasia. Temerosa de perder aquella situación por el matrimonio del joven, procuraba disuadirle de tomar mujer legítima, e incitábale a llevar vida irregular. Thierry experimentaba por esto grandes escrúpulos, y tras los reproches de Columbano, a quien profesaba profundo respeto, prometía sinceramente abandonar su vida escandalosa y enmendarse. Brunequilda, resuelta a disipar tales escrúpulos, quiso obtener por sorpresa la bendición del monje irlandés para los hijos ilegítimos del príncipe. El abad de Luxeuil supo frustrar el lazo que se le tendía, y no temió profetizar a la reina que aquellos hijos del pecado no reinarían nunca.

Deseoso Columbano de volver a Thierry al buen camino, presentóse un día en una quinta en donde el rey se hallaba. Quiso éste obligar al abad a tomar algo, pero Columbano hizo la señal de la cruz y los platos se rompieron y volcaron la comida en la mesa. Prodigio que le dió pie para recriminar al joven príncipe y acusar a la reina madre.

Furiosa ésta por el apóstrofe vehemente de Columbano e inquieta por el ascendiente del abad sobre su nieto, excitó contra él leudes y cortesanos. Éstos llamaron la atención del rey sobre las excentricidades del abad, cuya turbulencia amenazaba comprometer la autoridad real. Quejábase también de Columbano por la severidad de su clausura, cuyo acceso estaba vedado a los laicos, incluso al mismo Thierry. Excitado por aquel discurso, el joven monarca atrevióse un día a violar el sagrado recinto, pero oyó la siguiente maldición: «Sabed que vuestro trono se hundirá y que pereceréis con vuestra raza». Pasada la primera impresión de espanto, el rey hizo expulsar a Columbano de su monasterio y llevarlo con buena escolta a Besançon con orden de esperar la decisión que se tomase sobre él. Las intenciones reales tardaban en conocerse y el prisionero, que gozaba en la ciudad de cierta libertad, volvió a Luxeuil.

La cólera de Brunequilda llegó a su colmo cuando lo supo. Al instante envió al monasterio soldados encargados de apoderarse del abad y llevarle a Irlanda.

—He abandonado mi patria —les dijo Columbano— para servir a Dios, y no debo volver a ella.

Al oír respuesta tan decidida, algunos soldados y el conde Albertario que los mandaba retiráronse sin decir palabra. Los demás se arrojaron a los pies de Columbano, y le rogaron que tuviera compasión de ellos, pues les era necesario cumplir la orden bajo pena de muerte. Rindióse nuestro bienaventurado a tan sentidas razones y dispuso su partida. Sus hermanos querían seguirle en el destierro pero no accedió el santo abad, que se llevó consigo únicamente a los monjes bretones e irlandeses que formaban parte de la comunidad.

Llegados a Nantes y a punto de embarcarse para su nación, envió a sus hijos espirituales de Luxeuil y al nuevo abad Eustasio, que le sucedía, un sentido y elocuente adiós.

«Mis lágrimas corren —escribía—, y es necesario que las contenga porque no es propio de un buen soldado llorar frente al enemigo. A más de que, bien mirado, no es nuevo lo que nos sucede. ¿Acaso no es lo que todos los días predicamos? ¿Es que el Evangelio no ha sido escrito para enseñar a los verdaderos discípulos de Jesús crucificado a seguirle llevando su cruz? Nuestros adversarios son numerosos, la guerra incesante, el enemigo terrible. Pero sin adversarios no hay lucha y sin lucha no hay corona. Allí donde hay lucha hay valor, vigilancia, fervor, paciencia, fidelidad, prudencia, firmeza, sabiduría. Fuera de la lucha, sólo es dable esperar miseria y desastres».

Embarcóse Columbano en un navío que se hallaba a punto de zarpar para Irlanda; pero, a las pocas horas de navegación, una furiosa tempestad le arrojó otra vez a las costas de Nantes. El Santo, al verse así libre, se acogió a los estados de Clotario.

Recibióle éste muy bien, no sólo porque el abad de Luxeuil le había predicho que reinaría solo sobre los reinos divididos, sino también porque la fama de los milagros que el patriarca sembrara por el camino del destierro había llegado hasta él agigantando la figura del insigne abad.

FUNDACIÓN DE BOBBIO

POCO después, decidió pasar a Italia. Agilulfo, rey de los lombardos, aunque arriano, le acogió favorablemente y cedióle el territorio de Bobbio. En torno de una antigua iglesia consagrada a San Pedro, el anciano abad —tenía a la sazón 72 años— construyó con el trabajo de sus manos, aquella «ciudadela de la ortodoxia contra los arrianos y foco de ciencia y enseñanza» como llama Montalembert a la nueva fundación.

El cuerpo fatigado del anciano patriarca le obligaba a renunciar a sus proyectos de proseguir su camino hasta Roma; pero su espíritu, ardoroso

y juvenil, inspirábale sus escritos contra los arrianos e impulsábale a luchar en el conflicto llamado de los Tres Capítulos, cuyos partidarios pretendían que el Papa estaba en contradicción con un concilio ecuménico. Deseoso de salvar el honor de la Santa Sede, Columbano creyó que debía intervenir, como ya lo hiciera en otra circunstancia, y escribió al Papa para invitarle a destruir completamente todo equívoco anatematizando a sus acusadores: «Nosotros, irlandeses, somos discípulos de San Pedro y de San Pablo», afirmaba para justificar su insistencia formulada en términos poco protocolarios. Algunos historiadores tendenciosos han ensayado explotarlos en sentido de una insumisión a la Santa Sede, cuando precisamente Columbano fué su defensor apasionado ya que no siempre acertara en sus modos de expresarse.

MUERTE DEL SANTO

ENTRETANTO, habiendo quedado Clotario como único rey de los francos, según le predijera el monje irlandés, delegó una embajada para rogar a éste quisiera regresar a Luxeuil. El abad de Bobbio no consintió en ello, pero entregó a su querido discípulo Eustasio —mensajero de Clotario— una carta para el rey en la que le recomendaba eficazmente a sus hijos de Luxeuil y le exhortaba a vivir más cristianamente que hasta entonces. Un año después de su instalación en Bobbio, Columbano entregaba dulcemente su espíritu al Señor.

La supervivencia del Santo fué inmensa; su obra, extendida desde Irlanda a la Europa central e Italia, fué obra magnífica de santificación, apostolado, virtud y letras. No es posible enumerar aquí los monasterios de San Columbano que cubrieron este inmenso territorio. La regla benedictina sustituyó con relativa rapidez a la del Santo, en razón de la mayor flexibilidad de adaptación y de su mejor comprensión de la debilidad humana.

SANTORAL

LA PRESENTACIÓN DE LA SANTÍSIMA VIRGEN MARÍA EN EL TEMPLO (véase en el tomo «Festividades del Año Litúrgico», pág. 520). Santos **Columbano, abad y fundador;** *Gelasio I, papa; Alberto, obispo de Lieja, mártir;* Basilio, obispo de Antioquía, con Céfiro y Auxilio, mártires; Mauro, obispo de Verona, y Juan III, de Ravena; *Honorio, Esteban y Eutiquio, mártires en Andalucía;* Celso y Clemente, mártires en Roma; Demetrio y Honorio, mártires, venerados en Ostia; Heliodoro, y con él sus propios verdugos, mártires en Panfilia, durante la persecución de Aureliano; Mampasio, solitario; Diceo, confesor. Conmemórase en Segovia la invención de las reliquias de San Frutos. Beato Romeo, dominico. Santa Principia, reclusa.



DÍA 22 DE NOVIEMBRE

SANTA CECILIA

VIRGEN Y MÁRTIR († hacia el año 180)

SEGÚN el *Liber pontificalis* y el Martirologio romano, el martirio de Santa Cecilia acaecería hacia el año 230, durante el gobierno del emperador Alejandro Severo y siendo papa Urbano I. Sin embargo, como consecuencia de los descubrimientos llevados a feliz término por Juan Bautista de Rossi, la arqueología moderna nos dice que Santa Cecilia alcanzó la palma del martirio reinando Marco Aurelio y durante el pontificado de San Eleuterio, es decir, entre los años 177 y 180. El pontífice Urbano, tan nombrado en la vida de la Santa, era por entonces obispo auxiliar del mismo Papa.

Urbano habitaba en una cripta o gruta debajo de un templo de los ídolos, a las puertas de Roma, no lejos del sepulcro de Cecilia Metela, donde los fieles, que veían llegar una nueva persecución, acudían a oír las exhortaciones del Pontífice y acompañar a los neófitos. Mientras duraban estas reuniones y entretanto se celebraban las ceremonias religiosas, solían cubrir los caminos, de trecho en trecho, algunos cristianos disfrazados de mendigos. Su misión consistía en guiar a los creyentes forasteros y en avisar a los reunidos, o a los que llegaban, caso de existir alguna amenaza.

LA JOVEN PATRICIA

ENTRE los muchos que participaban de aquella arriesgada romería, llamaba la atención una tierna doncella, de nombre Cecilia, descendiente ilustre de los Metelos romanos. Sus virtudes eminentes hacíanla aún más admirable por el riesgo que suponía entonces la persecución.

El martirio era en aquella época el fin probable e inminente de los cristianos. Cecilia lo sabía y de todo corazón se alegraba de ello. Mientras esperaba el llamamiento de Cristo, vivía íntimamente unida a Él y oraba sin cesar. Para asegurarse más la codiciada dicha de derramar su sangre por Jesucristo, consagróle su virginidad. Correspondiendo a esta generosa entrega, el Señor le hizo gozar de la vista de su ángel custodio y dióle a entender que aceptaba su ofrenda y guardaría su virginidad.

Sin embargo, prometiéronla sus padres a Valeriano, joven noble y de bellísimas prendas, que la amaba apasionadamente, pero que no era cristiano. Cecilia profesaba a Valeriano cariño de hermana y deseaba ganarle para Dios. Decidida a ello, preparóse para el combate. Bajo su vestido, bordado de oro y seda, llevaba ya un cilicio; aumentó entonces sus ayunos y oraciones y, por fin, movida por la gracia interior, prometió su mano. Celebráronse las bodas según el rito pagano y aunque probablemente se prescindió de algunos ritos supersticiosos, es de suponer que se cumplirían las demás ceremonias. Así, le presentarían agua, símbolo de la pureza que debe adornar a la esposa; le entregarían una llave, emblema de la administración confiada a su cuidado; haríanla sentar un momento sobre un vellón, alegoría de los trabajos domésticos, y durante el banquete oiría cantar el epitalamio. Cecilia cantaría también, pero desde lo íntimo de su corazón y a sólo Dios.

CONVERSIÓN DE VALERIANO

CUANDO por fin se hallaron solos los dos esposos, Cecilia, fortalecida con la virtud del cielo, habló así a su marido:

—Mi queridísimo Valeriano, tengo un secreto que confiarte; júrame que lo sabrás respetar.

Hízolo así Valeriano, y añadió Cecilia:

—Escucha: un ángel de Dios vela por mí, porque pertenezco a Jesucristo. Si mi ángel ve que no me amas con amor santo, me defenderá y morirás; pero si respetas mi virginidad, te amará con el mismo amor que a mí y obtendrás también su gracia y protección.

Valeriano, turbado, contestó:

Valeriano, turbado, contestó:

—Si quieres que crea en tus palabras, hazme ver ese ángel de Dios y entonces haré lo que me aconsejas; pero, ten en cuenta que si se trata de otro hombre a quien tú amas, os mataré a ti y a él.

Replicó Cecilia:

—Si consientes en ser purificado en la fuente que mana eternamente, si quieres creer en el Dios único y verdadero que reina en los cielos, podrás ver al ángel que vela por mí.

—¿Quién —repuso Valeriano— me purificará, para poder merecer tan extraordinario favor?

—Hay un anciano —replicó Cecilia— que purifica a los hombres. Toma por la vía Apia hasta el tercer miliario; allí encontrarás algunos pobres que piden limosna a los transeúntes; yo siempre los he socorrido y ellos saben mi secreto. Los saludarás de mi parte y les dirás: *Cecilia me envía al santo anciano Urbano para transmitirle un mensaje secreto.* Cuando estés en presencia del anciano, le dirás nuestra conversación; él te purificará y te revestirá con nuevo traje. A tu regreso verás, en este mismo sitio donde estamos, al ángel santo, el cual se hará también tu amigo y te concederá muy gustosamente cuanto quieras pedirle.

Llegó Valeriano hasta el Pontífice. Éste, después de haber escuchado su mensaje, exclamó con santo entusiasmo:

—Señor Jesús, sembrador de castas resoluciones, recibid el fruto de la semilla que habéis depositado en el corazón de Cecilia. Jesús, buen pastor, ¡bien servido habéis sido por vuestra elocuente oveja! Este esposo que ella había recibido era parecido a indómito león y en un instante le ha convertido en manso cordero. ¡Aquí le tenéis! Abrid, Señor, la puerta de su corazón a vuestras santas palabras, y haced que conozca que sois su Criador y que renuncie al demonio!

Mientras Urbano permanecía en oración, otro anciano de muy venerable aspecto, recubierto de vestiduras más blancas que la nieve, apareció allí con un libro de letras de oro. San Pablo —que tal era el noble anciano— presentó su libro al joven y le dijo:

—Lee y cree, para que merezcas contemplar al ángel según te lo ha prometido la virgen Cecilia.

Valeriano leyó estas palabras: *Un solo Señor, una sola fe, un solo bautismo; un solo Dios, Padre de todas las cosas, que está sobre todo lo creado y en cada uno de nosotros.*

El anciano añadió:

—¿Crees que es así?

Y Valeriano contestó con espontáneo acto de fe:

—No hay nada más verdadero debajo del cielo.

El santo Apóstol desapareció en seguida.

GOZOSA APARICIÓN

CECILIA había quedado orando en el cuarto nupcial. Cuando vió entrar a Valeriano con la túnica blanca de los neófitos, conoció en seguida que la causa de Dios había triunfado. Valeriano, a su vez, hubo de reconocer la fidelidad de Cecilia, a cuyo lado vió a un ángel hermosísimo que tenía en las manos dos coronas de rosas y azucenas.

El ángel puso una corona en la cabeza de Cecilia y la otra en la de Valeriano y les dijo:

—Os traigo estas flores de los jardines del cielo. Conservadlas guardando vuestra pureza; son inmortales y nunca se marchitarán ni perderán su perfume; pero no las verán más que los que sean puros como vosotros. Y ahora, ¡oh Valeriano!, pues te has conformado con el voto de castidad de Cecilia, Jesucristo, Hijo de Dios vivo, me envía a ti para recibir cuantas peticiones tuvieres que hacerle.

Después de un momento de natural estupor, postróse el santo mancebo y respondió al ángel:

—La dicha y consuelo de mi vida es la amistad de Tiburcio, mi único hermano. Ahora que yo me encuentro a salvo, me parecería cruel dejarle a él expuesto al peligro. Así, pues, todos mis deseos se reducen a uno solo: conseguir de mi Señor Jesucristo que libre a mi hermano Tiburcio como me ha librado a mí, y que nos haga perfectos en la confesión de su nombre y en la fidelidad a su amor.

Amanecía cuando Tiburcio entró en el aposento. Acercóse a Cecilia como a su hermana, saludóla con ósculo fraternal, y exclamó:

—¿De dónde viene en esta estación ese perfume de rosas y azucenas que me embriaga y parece como que renueva todo mi ser?

—¡Oh Tiburcio! —dijo Valeriano—, es porque Cecilia y yo llevamos dos coronas que tú no puedes ver todavía. Ellas son las que perfuman el ambiente. Si deseas creer, las verás.

Con el fervor de un neófito, empezó Valeriano a instruir a su hermano, mientras le animaba a renunciar a los ídolos y a convertirse al verdadero Dios. Pero Tiburcio no comprendía bien lo que quería decirle, pues sólo por mera costumbre había seguido el culto público, sin darle más cuidado el conocer a sus dioses que el conocer a Jesús. En esto intervino Cecilia y le mostró la bajeza del culto de los ídolos. «¡Sí —exclamó Tiburcio—, así es!» Cecilia, enajenada por aquella sinceridad, exclamó mientras le abrazaba: «Ahora sí que te conozco por hermano mío...»

Cuando dijeron a Tiburcio que era preciso ver al jefe de los cristianos, se acordó de haber oído hablar de él y preguntó:



VALERIANO *halla a su santa esposa recogida en oración. A su lado, bajo apariencias de joven hermosísimo, el ángel del Señor, vestido de claridad, ostenta en las manos dos guirnaldas de extremada belleza, entretejidas de rosas y azucenas traídas del cielo, y le ofrece una de ellas.*

—¿No ha sido condenado dos veces? Pues si le descubren, le entregarán a las llamas y todos correremos igual suerte. De este modo, por haber querido buscar una divinidad oculta, encontraremos un gravísimo peligro.

—No temamos perder una vida pasajera por ganar la que durará eternamente —respondió Cecilia—. La vida de este mundo, no puede llamarse tal, pues se halla expuesta a todo género de penas y acaba con la muerte; concluye cuando apenas ha empezado. La otra, en cambio, es una vida de delicias sin fin para los justos y de penas eternas para los pecadores. El Criador del cielo y de la tierra y de todas las cosas visibles e invisibles —prosiguió— ha engendrado a un Hijo de su propia substancia desde toda la eternidad y ha producido por su propia virtud al Espíritu Santo; al Hijo para crear por él todas las cosas, y al Espíritu Santo para vivificarlas.

—¡Cómo! —exclamó Tiburcio—, hace poco decías que no se debía creer más que en un solo Dios, ¿y ahora me hablas de tres dioses?

Cecilia le explicó el dogma de la Santísima Trinidad y seguidamente le expuso el misterio de la pasión de Jesucristo, su muerte en la cruz por salvar las almas, su sepultura y descendimiento a los infiernos y su gloriosa resurrección al tercer día, triunfante de la muerte, del sepulcro y del pecado.

Tiburcio, profundamente conmovido, escuchó la invitación de Dios.

—Hermano mío —dijo a Valeriano—, llévame ante el Pontífice.

Y ambos se dirigieron al instante a ver a Urbano. Bautizóle éste luego de completar la instrucción, y siete días después le consagró por soldado de Cristo con la unción del Espíritu Santo. Desde entonces Tiburcio, rebosante de alegría y amor de Dios, dióse enteramente a la vida cristiana, estimulado a ello por los mismos ángeles del Señor a quienes veía y con quienes conversaba frecuentemente. Los dos hermanos fueron muy pronto denunciados como cristianos y, después de una heroica confesión de su fe que convirtió a muchos paganos, fueron decapitados. Celébrase su fiesta el 14 de abril.

EN PRESENCIA DEL JUEZ

EL prefecto Almaquio trató de incautarse de los bienes de Valeriano y Tiburcio, pero ya Cecilia los había distribuído entre los pobres. Después del martirio de su santo esposo, manifestaba públicamente su fe, lo cual, por causa de su distinguida posición social, llamó la atención del prefecto. No pudo éste simular que lo ignoraba y decidió proceder contra ella. Abstúvose, sin embargo, de citarla a su tribunal y se contentó con proponerle que ofreciera sacrificios a los dioses sin ostentación pública. Los agentes del prefecto se presentaron avergonzados de su misión y movidos de profundo respeto y de sentida pena. Cecilia les dijo:

—Conciudadanos y hermanos míos: es evidente que en el fondo de vuestros corazones detestáis la impiedad de vuestro magistrado; id y decidle que deseo muy ardientemente padecer todo género de tormentos por confesar a Jesucristo y que lo tendré a muchísima honra.

Quedáronse los emisarios íntimamente conmovidos viendo como señora tan noble y virtuosa deseaba morir, y suplicáronle no expusiera tan a la ligera su juventud, nobleza y felicidad. Cecilia les respondió:

—Morir por Cristo no es sacrificar la juventud, sino renovarla; es dar un poco de barro por oro puro; es dejar una morada estrecha y mezquina por un espléndido palacio. Lo que se ofrece a Jesucristo, nuestro Dios, Él lo paga con creces y da por añadidura la vida eterna.

Y, observando entonces la emoción de sus interlocutores, exclamó con fervoroso entusiasmo:

—¿Creéis lo que acabo de decir?

—Sí, creemos —contestaron—; porque el Dios que tiene semejante sierva, ha de ser el Dios verdadero.

—Id, pues —repuso Cecilia— y decid al prefecto que le pido difiera un poco mi martirio. Volved luego y encontraréis aquí al que os hará partícipes de la vida eterna.

Cecilia mandó avisar a Urbano de que en breve iba a confesar a Jesucristo, y que muchas personas, movidas por la gracia divina, deseaban recibir el bautismo. El Pontífice quiso ir personalmente a bendecir por última vez a Cecilia y a recibir de sus manos virginales aquella multitud, que su sangre, próxima a ser derramada, conquistaba de antemano para el Señor. En aquella ocasión, recibieron el bautismo cuatrocientos neófitos.

Así pasaron algunos días. Por fin, mandó Almaquio llamar a Cecilia. Presentóse ésta con la arrogancia de una patricia y la majestad de una esposa de Cristo. El prefecto le preguntó su nombre y condición. Respondió ella que se llamaba Cecilia delante de los hombres, pero que su nombre más ilustre era el de *cristiana;* y en cuanto a su condición, que era ciudadana de Roma, de noble e ilustre familia.

Quedó Almaquio asombrado de aquella firmeza, y entró sin rodeos a hablarle de la ley decretada por los emperadores contra los cristianos, ley de muerte para los confesores de Cristo; de gracia o perdón para quienes renuncian a ella en favor del culto idolátrico.

—Esa ley —respondió Cecilia— prueba que sois crueles e injustos. Si el nombre de cristiano fuera repudiable, a nosotros nos tocaría renegar de él; pero porque conocemos su grandeza nos honramos en confesarle públicamente como el que más nos honra.

—Sacrifica a los dioses o niega que eres cristiana y te dejaré en libertad —dijo Almaquio con intencionada dulzura.

Y Cecilia sonriente, repuso:

—¡Quieres que yo reniegue del verdadero títulò de mi inocencia! Si admites la acusación, ¿por qué quieres obligarme a negar? Si tu intención es perdonarme, ¿por qué no mandas que se haga la información?

—Los acusadores —replicó el prefecto— declaran que tú eres cristiana; niégalo y la acusación no será tenida en cuenta; si persistes en ello habrás de ver a lo que te llevará tu locura.

—El suplicio —dijo Cecilia— será mi victoria. Acúsate a ti mismo de loco, si has llegado a creer que puedes hacerme renegar de Cristo.

—Pero, desdichada —exclamó Almaquio—, ¿ignoras acaso que por la autoridad de los príncipes se me ha conferido poder de vida y muerte?

—Poder de vida, no —replicó tranquilamente Cecilia—. Tus príncipes no te han otorgado más que el poder de matar. Tú puedes quitar la vida a los que viven, pero no se la puedes devolver a los que la han perdido. Di, pues, que tus emperadores te han hecho ministro de muerte.

Comprendió Almaquio que perdía el tiempo y, señalando las estatuas del pretorio, ordenó a Cecilia:

—Sacrifica a los dioses.

—¿Dónde tienes tú los ojos? —contestó ella apaciblemente—. Esos objetos que llamas dioses, no son más que piedras, bronce o plomo.

—Atiende a lo que dices —exclamó el prefecto—; porque si he despreciado las injurias dirigidas a mí personalmente, no consentiré de ningún modo que insultes a los dioses.

—Prefecto —replicó la Santa—; no has dicho una sola palabra cuya injusticia o sinrazón no haya yo demostrado, y ahora te expones tontamente a que el pueblo se ría de ti. Nadie ignora que Dios está en el cielo. Esos simulacros, que estarían mejor convertidos en cal, son incapaces de librarse por sí mismos de las llamas; así que mucho menos podrían librarte a ti. Sólo el Dios a quien adoro, puede salvar de la muerte y librar del infierno.

MUERTE Y SEPULTURA

NO dijo más. Había conquistado la palma y sólo le faltaba recogerla. Almaquio decidió pronunciar sentencia de muerte; pero no se atrevió a mandar que ajusticiasen en público a dama de tan alta alcurnia y socialmente tan considerada. Mandó, pues, que la llevasen a su casa y que y que allí la hiciesen morir sin ostentación de lictores y sin efusión de sangre, asfixiada por las emanaciones del vapor en la sala de baño de su propio palacio. Un milagro vino a desbaratar aquella precaución. Un rocío celestial semejante al que había refrigerado el horno en que fueran arrojados los tres jóvenes

de Babilonia, templó el ambiente de la habitación. Al cabo de muchas horas, cansados los verdugos de alimentar el fuego y sin esperanza de conseguir dar término a su misión, acudieron al prefecto para comunicarle aquel inexplicable y rotundo fracaso: no obstante haber pasado muchas horas en el empeño, la virgen cristiana manteníase en su pleno vigor.

Despidiólos entonces Almaquio y envió en su lugar un lictor para que diese muerte a la Santa. Recibiólo ella con grandes muestras de alegría porque esperaba que al fin habría de concederle el Señor la ansiada corona. Arrodillóse, pues, a su lado, descubrió levemente el cuello como para quitar estorbos a la espada y, después de muy breve oración, inclinó la cabeza como para recibir el golpe decisivo.

El soldado asestó tres golpes; pero sólo consiguió hacer brotar un poco de sangre, y hubo de dejar la cosa allí por no quebrantar la ley que prohibía pasar de aquel número.

Entraron al punto los cristianos que afuera esperaban, y Cecilia, casi exánime, reconoció a sus queridos pobres y a los neófitos, y tuvo para ellos muy amables y cariñosas palabras. Todos se le acercaban para encomendarse en sus oraciones y empapar lienzos en la sangre de sus heridas. A cada instante parecía que su alma purísima iba a romper las últimas ligaduras y los que la rodeaban comprendieron que sólo vivía por milagro; Cecilia, en efecto, esperaba algo muy importante que había pedido a Dios. Así pasaron tres días, durante los cuales no dejaba de exhortar a los cristianos, admirados de aquella extraordinaria fortaleza.

Al tercer día, se presentó en la casa de la mártir el santo Pontífice, que por prudencia no había ido aún. Cecilia le estaba esperando. «Padre —le dijo— he pedido al Señor el plazo de tres días, para recomendar a vuestro cuidado los pobres que yo mantenía y para legaros esta casa, a fin de que sea convertida en iglesia.» Al terminar estas palabras, la mártir, que estaba reclinada sobre el costado derecho con las rodillas juntas, dejó caer sus brazos uno sobre otro e inclinóse contra el suelo mientras su alma volaba a Dios. Llevada de noche al cementerio de Calixto, en la vía Apia, sepultáronla en aquella misma postura y colocaron a sus pies los lienzos ensangrentados.

SANTORAL

Santa **Cecilia, virgen y mártir.** Santos Pragmacio, obispo de Autún; *Filemón, mártir;* Mauro, mártir en Roma; Marcos y Esteban, mártires en Antioquía de Pisidia, bajo Diocleciano; Verociano, mártir en Cesarea de Capadocia; Cisto, mártir en Etiopía; Sabiniano, abad; Calminio, duque de Aquitania y ermitaño. *Beato Juan de Pontevedra, franciscano. Santas Tigridia, abadesa de Oña; Apia, esposa de San Filemón, mártir;* Maderasma, virgen.



Sucesor de San Pedro — La fuente milagrosa

DÍA 23 DE NOVIEMBRE

SAN CLEMENTE I

PAPA Y MÁRTIR (hacia el año 30-99)

SON muy escasos los pormenores de carácter verdaderamente histórico relativos a la vida de San Clemente. Fué Jefe de la Iglesia universal, como obispo de Roma, durante diez años de fines del siglo primero; pero no ha sido posible hasta ahora puntualizar la época exacta. Aun cuando no se da por absolutamente cierto, admítese en general que sólo median dos pontificados entre el suyo y el del Príncipe de los Apóstoles, crucificado el 29 de junio del año 67.

Dichos pontificados intermedios serían los de San Lino, martirizado el 23 de septiembre del año 79, y el de San Cleto o Anacleto, a quien alcanzó la corona de los mártires el día 26 de abril del año 90.

El orden cronológico según el cual recuerda la Iglesia —en el Canon de la Misa— a dichos tres primeros sucesores de San Pedro, es el antecitado: *Lini, Cleti, Clementis* (Lino, Cleto, Clemente,...). Esta ordenación, que tiene visos de ser la más fidedigna, es la que reconocía San Ireneo.

No han faltado autores que afirmaran haber sido San Clemente el sucesor inmediato de San Pedro, o, por lo menos, su segundo sucesor; pero, las tales opiniones no se aceptan ya en la actualidad.

UN VARÓN APOSTÓLICO

COINCIDEN muchos autores en afirmar que nuestro Santo perteneció a la aristocracia romana y hasta hay quien sostiene que era pariente de Tito Flavio Clemente —primo hermano del emperador Domiciano—, mártir por la fe al terminar su primer año de consulado (año 95). Nada impide dar crédito a tal opinión, como tampoco hay por qué desechar la idea de que el santo Pontífice pudiera ser de humilde condición: liberto o hijo de un liberto de la casa del cónsul cuyo nombre llevaba.

Sábese que nació en Roma, al pie del monte Celio, en fecha desconocida. Bautizado por San Pedro, fué ordenado diácono por el santo Apóstol, quien le confirió también el sacerdocio y, poco después, el episcopado.

Trabajó con San Pablo en la propagación del Evangelio, principalmente en la ciudad de Filipos. El Apóstol de las gentes, en la Epístola escrita a los filipenses hacia el año 63, recuerda los trabajos de Clemente: «Proteged —escribe— a las mujeres que trabajaron en la propagación del Evangelio conmigo, con Clemente y con otros coadjutores cuyos nombres están escritos en el Libro de la vida» (IV, 3). Es de advertir, no obstante, que la identidad de estas dos personas homónimas no está rigurosamente probada.

Mas, no ha de importar este pormenor a nuestro relato, ya que la realidad histórica del personaje y de los hechos fundamentales de su vida aparecen como tema incuestionable.

Es lo cierto que la reputación del futuro obispo de Roma fué creciendo a medida de sus trabajos de manera que, tanto entre sus compañeros de tareas como en la opinión de cuantos le trataban, se le juzgaba eminente por su sabiduría y virtud, y uno de los más dignos representantes de los Apóstoles. El haber sido designado para el solio pontificio en momentos de dificultades tan grandes, demuestra lo acertado de aquella confianza.

ELECCIÓN DE CLEMENTE

CLEMENTE fué elegido para gobernar la Iglesia después del martirio de San Cleto. El *Liber Pontificalis* nos ha conservado, en pocas palabras, las características de este pontificado. «Clemente gobernó la Iglesia durante nueve años, dos meses y diez días... Reorganizó la Iglesia de Roma, dividió la ciudad en siete zonas y confió la custodia de cada una a un diácono, auxiliar de los sacerdotes y del obispo. Designó además siete notarios o escribanos, encargados de redactar por menor, de un modo auténtico y fidedigno, las Actas de los Mártires.»

Ésta, que fué una de las principales preocupaciones del Pontífice, debíase a haber él presenciado las sangrientas persecuciones que diezmaron las filas de los nuevos cristianos. La primera de ellas, decretada por el emperador Nerón, contó entre sus víctimas más célebres a las dos columnas de la Iglesia: San Pedro y San Pablo. Muerto aquel tirano (68), siguióse algún tiempo de calma y prosperidad mientras duró la dominación de la dinastía flaviana. Según testimonio de San Agustín, la Iglesia tuvo «en Vespasiano y su hijo los más amables Césares». Este hijo de Vespasiano, llamado Tito, había realizado en el año 70 la triste profecía de Jesús, sobre la ruina de Jerusalén, ciudad que sus tropas redujeron a escombros.

El historiador romano Suetonio le denomina «el amor y las delicias del género humano». Empero, reinó tan sólo 26 meses (79-81) y tuvo por sucesor al cruel Domiciano (81-96), el cual se hizo tristemente célebre al declarar la segunda persecución por un edicto del año 95, cuando Clemente había pasado ya el primer lustro de su pontificado. Dios había concedido a la Iglesia casi treinta años de tregua para que pudiese recuperar sus pérdidas y estuviese preparada para la era gloriosísima de los mártires.

EL APÓSTOL SAN JUAN EN ROMA. MUERTE DE DOMICIANO

CLEMENTE recibió por entonces, con veneración suma, al último superviviente del Colegio apostólico, San Juan, «el discípulo que Jesús amaba», el cual llegó a Roma cargado de cadenas por orden del emperador Domiciano y fué encerrado en un horrible calabozo. Empezó el zó el martirio del santo Apóstol por la flagelación; cuando todo su cuerpo estuvo rasgado y ensangrentado, sumergiéronle en una tina de aceite hirviendo, pero el Señor obró con él un gran milagro sacándole ileso de la prueba.

A vista de prodigio tan evidente quedaron atónitos los circunstantes y no se atrevieron los jueces a imponer nuevos tormentos al santo anciano, a quien desterraron y condenaron a trabajar en las minas de la isla de Patmos. Durante este destierro, reveló Dios a su glorioso atleta los admirables misterios del *Apocalipsis* —el último de los libros proféticos inspirados—, donde se leen terroríficas descripciones de Roma, «la grande Babilonia, ebria de la sangre de los mártires» y del monstruo que mandaba en ella, «la Bestia destinada al fuego», como valientemente lo llama San Juan.

Para honrar la memoria de aquel triunfo del santo Apóstol, edificaron los cristianos, cerca de la Puerta Latina, en el mismo sitio donde fuera arrojado en el aceite hirviendo, una iglesia que es visitada por gran concurso de fieles, el 6 de mayo, día en que la Iglesia celebra la memoria de su martirio.

Domiciano se había hecho tan odioso por sus crueldades que sus mismos oficiales y su mujer conspiraron contra él y le dieron muerte el 18 de septiembre del año 96, cuando contaba cuarenta y cinco de edad.

Clemente, que dirigía la barca de Pedro, quedó oculto por algún tiempo durante la tormenta. Seguramente estaba guardado por la gran influencia de los cristianos que, según la Epístola de San Pablo a los filipenses (IV, 22), eran ya numerosos en el palacio del emperador.

Porque es un hecho que, durante el imperio de Domiciano, la religión católica había llegado hasta el mismo trono en la persona del cónsul Tito Flavio Clemente, sobrino de Vespasiano; de Flavia Domitila, prima de Domiciano y de sus dos hijos, adoptados por el emperador y confiados al famoso retórico Quintiliano. Pero los sentimientos familiares no impidieron al cruel perseguidor deshacerse de cuantos cristianos descubrió en su palacio.

LA «PRIMA CLEMENTIS». — OBRAS APÓCRIFAS

ANTES de confesar la fe con glorioso martirio, el papa Clemente escribió a los corintios una Epístola admirable que bastaría por sí sola para justificar el apelativo de «varón apostólico», con que la Historia Eclesiástica designa a su autor. Esta famosa carta es llamada *Prima Clementis,* la primera de Clemente, porque se le ha atribuído —aunque sin razón— otra *Secunda Clementis,* de la cual sólo quedan raros fragmentos.

La *Prima Clementis,* documento de valor extraordinario, demuestra la autoridad de que gozaba la Iglesia de Roma en el mundo cristiano; ofrece, además, preciosos documentos doctrinales, jerárquicos, disciplinarios, litúrgicos e históricos sobre aquella época.

Es interesante la circunstancia en que fué escrita. Por los años 96-98, es decir, a fines del reinado de Domiciano y principios del de Nerva, hubo disensiones entre los cristianos de Corinto. Esta comunidad, fundada por el apóstol San Pablo y librada por él del peligro de un cisma, al verse nuevamente desgarrada por estas divisiones intestinas apeló al tribunal de Clemente. Escribió éste una respuesta admirable que mandó llevar por tres venerables ancianos. En ella ruega a los rebeldes que guarden el debido respeto y sumisión a sus legítimos pastores y exhorta a la concordia, a la paciencia y a la humildad, para que la paz reine entre ellos.

Constituye esta carta una prueba patente de la autoridad pontificia. El apóstol San Juan vivía aún, y era el oráculo de Oriente; sin embargo, los corintios llevan su causa no «al discípulo a quien Jesús amaba» —que entonces residía en Éfeso—, sino al lejano tribunal de Clemente, porque a él correspondía, como a sucesor de San Pedro, el gobierno de la Iglesia universal.



COMO *no pudiera Aufidio quebrantar la firmeza y constancia de San Clemente, mandó a los sayones que le llevasen en una barquilla mar adentro y que con un áncora al cuello le arrojasen al agua. Pensaba, con ello, burlar la devoción de los fieles, impidiéndoles poseer las reliquias del Santo.*

Afirma la carta que los diversos grados jerárquicos son de fundación apostólica. Ofrece, además, fórmulas admirables de oración pública y bueno es que transcribamos aquí la que rezaba la Iglesia por el Estado, representado entonces por Nerones y Domicianos. Decía así:

«Concédeles, Señor, la salud, la paz, la concordia y la estabilidad, para que ejerzan sin obstáculo la autoridad que Tú les has conferido. Pues sólo Tú, Maestro celestial, Rey de los siglos, das a los hijos de los hombres gloria, honor y poder sobre las cosas de la tierra. Dirígelos, ¡oh Señor!, por la senda del bien y según lo que es agradable a tus ojos, a fin de que, ejerciendo ellos rectamente la autoridad que de Ti recibieron, merezcan que les seas propicio, porque sólo Tú puedes hacerlo y derramar sobre nosotros aun mayores beneficios.»

Como hemos dicho, la *Prima Clementis* restableció la paz entre los fieles de Corinto. Roma empezaba de este modo a cumplir su misión providencial. Roma cristiana comenzaba a desplegar el genio de la autoridad, el espíritu de orden y de disciplina, tan necesarios a la metrópoli de un mundo nuevo.

De este documento se ha dicho, y con razón, que es como la primera página del Bulario de los Papas. Durante mucho tiempo se leyó en las iglesias como se leían las páginas de los Libros Sagrados, con lo que se fué inspirando en los fieles gran devoción hacia la autoridad espiritual y disciplinaria del Pontífice romano, a quien —según una célebre definición— debemos venerar como «a Cristo sobre la tierra».

Más tarde corrieron, sobre todo por Oriente, varios documentos que indebidamente se escudaban con la autoridad del Papa y así, atribuyósele con evidente falsedad, otra *Epístola* u homilía que tal vez sea de Clemente de Alejandría o del papa San Sotero. Los demás escritos: *Constituciones apostólicas, Epístolas a las Vírgenes, Cánones apostólicos, Reconocimientos clementinos, Epístolas de Clemente a Santiago,* obras, sin duda, de falsarios, dan testimonio de la gran reputación que Clemente gozaba en aquellos tiempos y de la huella profunda que de él quedó en la sociedad de entonces.

DESTIERRO DE CLEMENTE. — SU MUERTE

ASESINADO el cruel Domiciano, no por ello perdieron actualidad los edictos de persecución promulgados por él. Entre los muchos cristianos que fueron víctimas de ellos, cabe contar a nuestro santo Pontífice, harto más cuidadoso del rebaño confiado a su celo que de la propia seguridad. Y, cuando llevaba ya nueve años en el gobierno de la Iglesia, denunciáronlo como a Jefe de la misma ante el emperador Trajano (98-117). Detenido y llevado a presencia de su juez, declaró Clemente su personalidad.

Para no manchar sus manos con la sangre de un anciano venerado como padre de los pobres y consolador de los desgraciados, condenóle aquél a trabajar en las minas de la península del Quersoneso —la Crimea actual—.

Clemente encontró allí más de dos mil cristianos condenados a trabajar en las canteras de mármol. Su presencia fué de gran aliento para aquellas inocentes víctimas. Entre otros mil tormentos que sufrían los santos mártires, era uno la falta de agua, la cual habían de traer a cuestas de más de dos leguas. Movido nuestro Santo por las lágrimas y sufrimientos de aquellos ilustres desterrados pidió a Dios se compadeciese de sus fieles siervos. El Señor escuchó su oración e hizo brotar de una peña una fuente de agua abundante, fresca y saludable. Noticioso el emperador Trajano, despachó al presidente Aufidio con órdenes terminantes de lograr, por cualquier medio, volver al culto de los ídolos a cuantos, influídos por aquel extraordinario suceso o por las predicaciones y enseñanzas de Clemente, hubieran abrazado la Religión Cristiana.

Prometíase el delegado imperial fáciles éxitos en su cometido, pero la obra del santo Pontífice, fecundada por la gracia, había enraizado en lo más profundo de las conciencias. Y aunque luchó por ganarse a los neófitos valiéndose de insinuaciones, promesas y amenazas, tuvo que resignarse a soportar un rotundo fracaso.

En vista de ello, y por no privar al imperio de la ayuda de aquellos brazos, resolvió castigar al principal causante de su derrota. Y habiéndose negado Clemente a apostatar, hízolo arrojar al mar con un áncora al cuello.

UN SEPULCRO EXTRAORDINARIO

YA se habían retirado los verdugos de aquel sitio, y aun seguían los cristianos sin apartar los ojos del lugar en que habían visto desaparecer a su amado Padre. «Oremos juntos —dijeron Cornelio y Febo— a fin de que Dios nos devuelva las reliquias de su mártir.» Hiciéronlo así y al momento el mar, replegándose sobre sí mismo se retiró hasta dejar al descubierto una capillita de mármol. Consta, efectivamente, en las Actas del Santo —escritas en griego en el siglo IV— que bajo las aguas del mar estaba su sepultura labrada por los ángeles, milagro cuyo recuerdo se conserva en uno de los frescos de la basílica subterránea de San Clemente en Roma.

y al

Parecerá poética esta admirable tradición y no han faltado objeciones contra ella, pero aun no se han dado razones convincentes para desestimarla. Añaden los historiadores que los fieles encontraron allí el cuerpo de San Clemente y, a su lado, el áncora que sirvió para su martirio. Mientras oraban junto a las reliquias, fueron advertidos por revelación divina de que, cada

año, en el día aniversario del martirio del santo Papa y en los siete siguientes, podrían renovar su peregrinación. Repitióse, en efecto, aquel prodigio y cada vez se obraban numerosos milagros, de modo que pronto no quedó ningún pagano en aquel país.

Pero el milagro que más resonancia tuvo fué el siguiente, tomado de muy antiguos autores. Un año fueron a visitar el sepulcro del santo mártir un hombre con su mujer y su hijo; como ya declinaba el día séptimo, salieron de la capilla, pero dejaron inadvertidamente en ella al pequeño, disponiendo el cielo ese olvido que no parecía natural. Y como el mar hubiera ocupado su acostumbrado lecho, tuvieron que retirarse con el corazón traspasado de dolor. Al año siguiente, volvieron a visitar el sepulcro con la esperanza de poder recoger los restos del niño. Apenas entraron en la capilla, encontráronle tendido e inmóvil. Poco después despertaba en los brazos de su madre lleno de salud y de vida, como si sólo hubiese dormido una noche. Los dos esposos quedaron por largo rato pasmados y atónitos; al volver de su asombro prorrumpieron en gracias, bendiciones y alabanzas a la grandeza de Dios que así demostraba el valimiento de nuestro Santo.

LA BASÍLICA ROMANA

LOS sagrados restos de San Clemente fueron descubiertos en el siglo IX por San Cirilo, hermano de San Metodio, gran apóstol de los eslavos. El cómo hubieran podido ser trasladados allí desde su encierro submarino, ha sido causa de que se pusiera en tela de juicio la versión referente a dicho encierrro. Lleváronse estas reliquias a Roma en el año 869 y fueron depositadas por el papa Adriano II en la basílica de San Clemente.

En Roma hay una iglesia dedicada al Santo. Compónese en realidad de tres construcciones superpuestas. Al entrar en los sótanos de la basílica subterránea, descubierta en 1857, se ve un espacioso edificio cuyas paredes, grandes masas de toba, parecen remontarse a la época republicana y acaso a la de los reyes. Detrás de esa pared maciza, hay dos aposentos de ladrillo. En la bóveda de uno de ellos se admiran adornos del siglo II. La conservación de esta cripta ha hecho creer que sería algún recuerdo de San Clemente, de cuya habitación formaría parte. Sólo así se justificaría que se escogiera el monte Celio para la construcción de una iglesia en su honor.

Juan Bautista Rossi escribe, a propósito de este asunto: durante los tiempos de persecución, la Iglesia congregaba a los fieles en casas que, al ser transformadas en basílicas después de la paz constantiniana, conservaron el nombre de sus antiguos dueños. Si el personaje que había acogido a los fieles, obtenía después de su muerte el honor de los altares, la basílica se

dedicaba a su memoria y culto. Tal es el origen de las iglesias de Santa Pudenciana, de Santa Cecilia y de muchas otras; y tal, también, según la opinión de Rondinini, el de la de San Clemente.

Sobre el oratorio primitivo fué construída, en tiempo de Constantino, una basílica que San Jerónimo declara haber visto antes del año 385. El concilio que condenó a Pelagio reunióse en ella en 417, y en ella permanecieron los restos de los santos Cirilo y Metodio hasta que en 1084 la destruyeron los normandos. Las ruinas quedaron abandonadas hasta 1108. En esta fecha, el papa Pascual II la hizo reedificar según el plan actual. Clemente XI, en el siglo XVIII, modificó algo más el edificio. En 1857, las excavaciones dirigidas por Monseñor Tizzani despejaron la basílica constantiniana, dejando al descubierto un conjunto de notables pinturas de los siglos VIII y IX.

EL CULTO

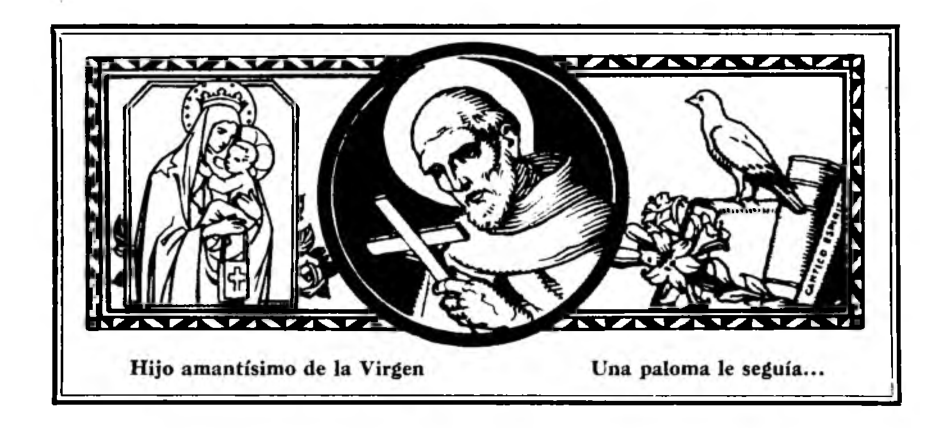
LA fiesta del papa San Clemente fué elevada a rito doble en 1804, por Pío VII, y se celebra en la Iglesia romana el 23 de noviembre, el 25 en la iglesia grecorrutena y el 1.° de diciembre entre los coptos. Para promover la devoción a su santo predecesor, el papa Pío X concedió en 3 de mayo de 1907 que todos los sacerdotes que vayan en peregrinación a Roma, los días de rito doble puedan celebrar la misa de San Clemente en el altar de este santo Pontífice en la iglesia que lleva su nombre.

Los artistas representan a San Clemente de tres maneras diferentes: haciendo brotar una fuente en el lugar indicado por el cordero que se le apareciera en aquella ocasión; con el áncora que fué el instrumento de su suplicio, o apoyado sobre un sepulcro rodeado por las olas.

Es el patrono de la península de Crimea, de la ciudad de Velletri y de Sevilla, por ser esta última ciudad reconquistada a los moros el 23 de noviembre de 1248, día aniversario de la gloriosa muerte del santo Pontífice.

SANTORAL

Santos Clemente I, papa y mártir; Gregorio, obispo de Agrigento; *Anfiloquio, obispo de Iconio, en Pisidia;* Daniel, obispo de Dangor, en Inglaterra; Clemente, obispo de Metz, y Espeo, de Espoleto; Isquirión, obispo en Grecia; Guyón, abad; Trudón, presbítero y misionero, en Brabante; Falerio, presbítero y solitario; Lumano, monje, mártir en el Franco Condado; Sisinio, mártir en el Helesponto; Juan Bueno, agustino; Urbano y Goberto, confesores. Santas *Felicidad, madre de siete mártires* (véase en 10 de julio), *y mártir a su vez; Lucrecia, virgen y mártir* Beatas *Margarita de Saboya, dominica,* y Adela, madre de San Trudón.


Hijo amantísimo de la Virgen — Una paloma le seguía...

DÍA 24 DE NOVIEMBRE

SAN JUAN DE LA CRUZ

PRIMER CARMELITA DESCALZO, DOCTOR DE LA IGLESIA (1542-1591)

DON Gonzalo de Yepes, padre de nuestro Santo, aunque de antiguo y noble linaje, vivía dedicado al oficio de tejedor, sin que jamás la abundancia o el bienestar se hubieran dignado cruzar los umbrales de su casa. Doña Catalina Álvarez, mujer de don Gonzalo, no había traído al nuevo hogar otros bienes que los de su magnífica disposición personal y grandes virtudes.

Honró el Señor a los cristianos esposos concediéndoles tres hijos: Francisco, que vivió en el siglo religiosa y ejemplarmente; Luis, fallecido a los pocos años en olor de santidad; y Juan, nuestro biografiado, a quien el Cielo enriqueció desde su primera infancia con favores extraordinarios. Juan había nacido en Fontiveros, de la provincia de Ávila, y había aprendido en seguida a ejercitarse en el sufrimiento y la privación sin que su alma se doblegara bajo el peso del dolor.

Tendría el niño cinco años cuando, un día en que jugaba con algunos amigos, resbaló y cayó en una laguna cenagosa en la que comenzaba a hundirse. Aparécesele entonces una señora hermosísima en actitud de tenderle la mano. Como Juan tuviera la suya llena de barro, no se atrevió a ofre-

cérsela. En aquel momento, acude corriendo un labrador y alarga una vara al pequeño. Asióse éste a ella y pudo salir del apuro.

Presto enviudó la madre de Juan, por lo que después de muchos traslados en busca de labor, fué a residir a Medina del Campo. Creció entretanto el niño en edad y virtud, y señalóse de tal manera por su ingenio y piedad, que don Alonso Álvarez de Toledo, administrador del hospital de Medina, quedó prendado de él, y se lo pidió a su madre para que sirviera en el hospital, ofreciendo darle alimento y estudios. Convino en ello la madre del muchacho. Juan pasó a servir al hospital, y al mismo tiempo estudió en el colegio de los Padres Jesuítas. Progresó mucho en Gramática, Retórica y Filosofía desde los catorce a los veinte años, pero mayores fueron sus adelantos en piedad y en virtud.

En esta época de su vida y hallándose sirviendo en el hospital, ocurrió otra milagrosa intervención de Nuestra Señora en favor de Juan, a quien guardaba con particular cuidado para grandes empresas de la gloria de su divino Hijo. Había en el patio de aquel benéfico establecimiento un pozo profundo y sin brocal. Un día, sin que nadie lo advirtiese, cayó en él el santo enfermero. Llegáronse algunos a la boca del pozo y le vieron sobre las aguas. Alargáronle una soga y, asido a ella, salió muy alegre. Preguntáronle cómo no se había ahogado, a lo que respondió con sincera humildad: «Una señora, que yo creo era la Virgen María, recibióme en su manto al tiempo de caer y me ha sostenido sobre el agua hasta que habéis venido a sacarme».

VOCACIÓN RELIGIOSA

Su bienhechor, don Alonso Álvarez, le inclinó al sacerdocio y ofreció darle capellanía y rentas. Oportuna ocasión era ésta, humanamente hablando, para dar nuevo lustre a su familia venida a menos; pero aquel mozo de veinte años soñaba con vida más austera. No sabía aún hacia qué punto dirigirse y esperaba confiado la divina inspiración.

Y llegó el día en que el Espíritu Santo sopló en el alma del virtuoso mancebo. Una voz le dijo interiormente: «Me servirás en una religión, cuya perfección antigua ayudarás a levantar». No entendió lo que el Señor pretendía con estas misteriosas palabras. Sólo dedujo de ellas que le llamaba a vida religiosa. Pero, ¿dónde? ¿Con qué regla? ¿En qué Orden?... Dios revela a veces directamente su voluntad a las almas; pero con más frecuencia se sirve de las circunstancias para manifestar sus designios. Los Carmelitas de la Observancia fundaron al poco tiempo en Medina el convento de Santa Ana. Juan se fué un día a visitarlo; allí se le hicieron más precisos los ecos de la misteriosa voz: Dios le llamaba a aquel género de vida religiosa.

ENTRA EN LOS CARMELITAS. — LA REFORMA

INGRESÓ en el noviciado el 24 de febrero de 1563, y profesó en el de 1564, con el nombre de fray Juan de San Matías. Enviáronle después a estudiar a la Universidad de Salamanca, frecuentada a la sazón por cerca de seis mil estudiantes, y allí siguió los cursos de Teología los años 1564 a 1568. Al terminarlos, ordenáronle sacerdote, aunque resistiéndolo su humildad. Mientras celebraba la primera Misa, sintió clarísimamente que Dios le otorgaba la insigne merced de confirmarle en gracia.

Deseoso de mayor quietud y soledad, tramaba pasarse a la Cartuja. Por entonces había comenzado Santa Teresa de Jesús la reforma de las Carmelitas, y buscaba sujetos que principiasen la de los religiosos. Tenía ya ganada la voluntad del prior fray Antonio de Heredia; pero, a su juicio, no era el hombre elegido de Dios para aquella empresa. Importunaba al Señor con insistencia para que se lo descubriera, cuando el padre maestro Pedro de Orozco le presentó a fray Juan de San Matías.

Noticiosa Teresa de la ejemplar vida del joven religioso y de sus admirables disposiciones, declaróle sus intentos y añadió:

—Tened paciencia, Padre mío, y renunciad a pasar a la Cartuja para ocuparos en preparar la reforma de nuestra misma Orden.

Prontó ganó Santa Teresa la voluntad de fray Juan. Rebosando de gozo y comparando la estatura de fray Antonio, buen mozo, con la de fray Juan, que era más pequeño, exclamó con donaire:

—Adelante; ya tenemos fraile y medio para dar principio a la reforma.

Entretanto, don Rafael Mejía Velázquez ofreció a la Santa una casa en la aldea de Duruelo; partió al punto fray Juan con un albañil mientras el padre Antonio iba a resignar el cargo de prior. Del portal de la casa hicieron capilla; no pusieron en toda ella más adornos que algunas calaveras y cruces de palo rústico. El coro era un desván que recibía luz por un agujero abierto en el tejado y adonde sólo se podía entrar de rodillas. Debajo del coro estaba el dormitorio. La antigua cocina, dividida en dos, servía de cocina y comedor: un tronco era la mesa; un cántaro roto, la botella; y unos cachos de calabaza, los vasos.

Dispuesto ya el monasterio, bendijo fray Juan el nuevo hábito que le dió Santa Teresa; vistióselo, determinó andar sin sandalias, alpargatas o cosa alguna que protegiese sus pies, y celebró la santa Misa.

A los pocos días llegó fray Antonio de Heredia con un Hermano de coro; el 28 de noviembre de 1568, dicha la santa Misa, los tres religiosos, arrodillados ante el Santísimo Sacramento, renovaron la profesión y mudaron los nombres. El padre Antonio de Heredia se llamó fray Antonio de Jesús,

el padre Juan de San Matías, fray Juan de la Cruz, y el Hermano, fray José de Cristo.

Con esto dió principio la reforma de los Carmelitas descalzos.

Fué a visitar el convento de Duruelo el padre provincial de los Carmelitas de Castilla, en nombre del Superior general de la Orden. Aprobó todas las disposiciones tomadas y nombró por prior al padre Antonio de Jesús, por subprior al padre Juan de la Cruz, y portero y sacristán a fray José de Cristo.

Pronto acudieron novicios en tal número que fué menester trasladar el convento a Pastrana. Dos años más tarde, en 1571, el nuevo provincial padre Pedro Fernández, al ver la influencia de fray Juan de la Cruz, nombróle rector del colegio de Alcalá, recién fundado. Los alumnos vinieron a ser tan devotos, que entre ellos corría esta sentencia: religiosos y estudiantes, pero ante todo religiosos.

Santa Teresa fué por entonces nombrada priora del convento de la Encarnación de Ávila. A instancia de la santa Madre, pasó Juan de la Cruz a Ávila como confesor de aquel convento. Llegó a principios del año 1572 y permaneció allí hasta el mes de diciembre de 1577. Las grandes tradiciones carmelitanas se fundamentaron en las sencillas pero profundas instrucciones de fray Juan de la Cruz y de la santa Madre.

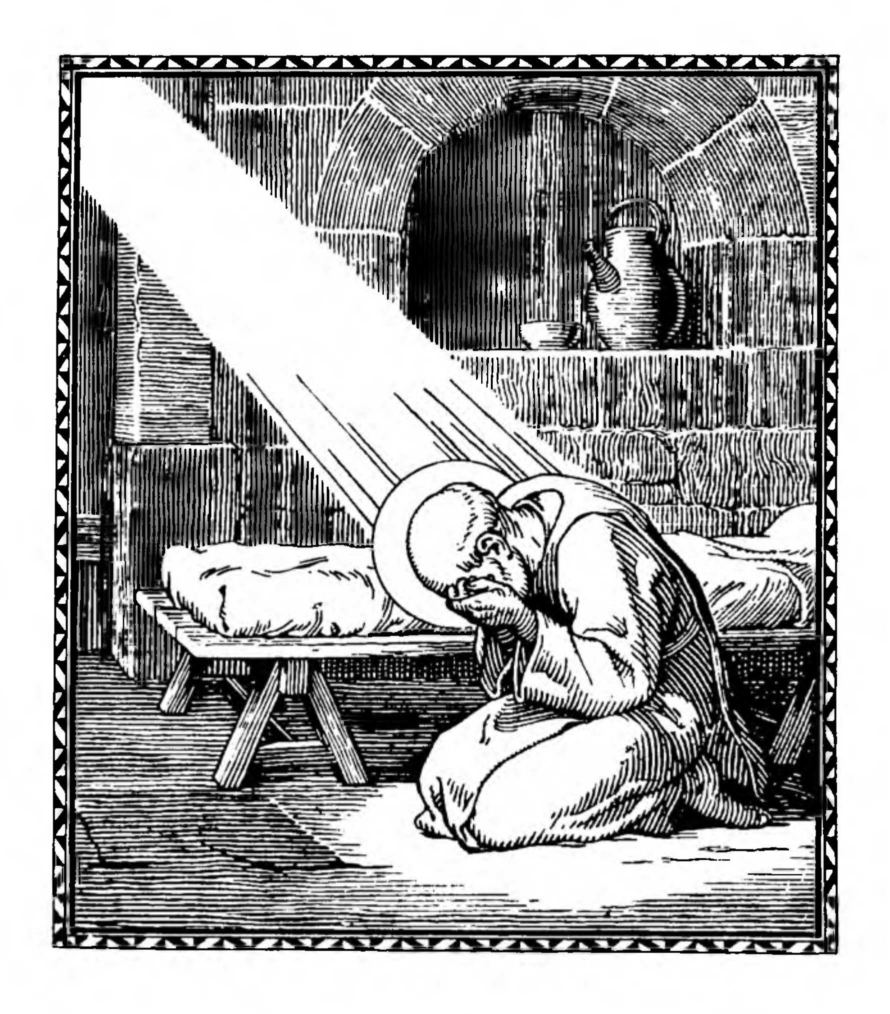
Hablando un día con Santa Teresa del misterio de la Santísima Trinidad, ambos quedaron arrobados en éxtasis. El santo padre quiso impedir el arrobamiento asiéndose a los brazos de la silla; mas no pudo resistir al empuje de la gracia, y así, venciendo la fuerza del alma, levantó al Santo y a la silla hasta dar con ellos cerca del techo. Muchas monjas presenciaron el éxtasis de los dos santos. Otra vez, a punto de ocurrir un éxtasis semejante, Santa Teresa le dijo con sencillez:

—¿Será esto acaso otro arrobamiento?

—Creo que sí —respondió humildemente el Santo.

ADVERSIDADES

TODOS proclamaban las ventajas y provechos de la reforma, y ponderaban los méritos de su principal instrumento. Los carmelitas no reformados empezaron a sospechar de aquella novedad. El comisario general, fray Jerónimo Tostado, temió que fuese aquello una innovación peligrosa y denunció al padre Juan de la Cruz en el Capítulo de Plasencia. Condenáronle por desertor y rebelde, y decretaron contra él severísimas penas si no se humillaba públicamente y renunciaba a sus escandalosos designios. Nada pudieron las amenazas contra la determinación del humilde hijo de



SAN *Juan de la Cruz se ve encerrado en estrechísima reclusión. Todo lo sufre con asombrosa tranquilidad hasta que el Señor, por la resignación y paciencia de su siervo, pone término a tales trabajos, le quita la sequedad que en la oración sentía y le dice: «No temas, Juan, que yo estoy a tu lado».*

Santa Teresa; declaró que obedecería a lo que juzgaba ser voluntad de Dios, aun a costa de su vida si preciso fuere.

La noche del 3 al 4 de diciembre de 1577, fué aprehendido el padre Juan y llevado al convento de Toledo, donde se le redujo a una estrecha y pobre habitación. Nada le faltó que padecer.

Cierto día, quejábase en su interior del abandono en que yacía; iluminóse entonces el cuarto con celestial claridad, y oyó el Santo la voz del Señor:

—Nada temas, Juan —le decía—, que aquí estoy para ayudarte.

Entró el prior un día en el encierro con otros dos frailes, pero el Santo se hallaba en aquel momento de rodillas y tan absorto en Dios, que ni los vió siquiera. Tomólo a mal el prior y díjole con cierto enfado:

—¿En qué pensabais que ni habéis saludado?

—Pensaba —repuso Juan— que mañana es la Asunción de Nuestra Señora, y que sería para mí grandísimo consuelo decir Misa.

—Comprended que eso es imposible —le respondió el prior mientras se retiraba, dejándole en su soledad.

A la siguiente noche aparecióesele la Virgen María rodeada de innumerables ángeles y le consoló con estas palabras:

—Paciencia, hijo mío; porque ya muy pronto acabarán tus penas y actual abandono, y tendrás entonces el consuelo de celebrar la santa Misa.

PROSIGUE EN SU MISIÓN. — SANTIDAD DE FRAY JUAN

AUN no habían transcurrido ocho días, cuando Juan pudo huir de su encierro y corrió al convento de Descalzas, donde una pobre enferma pedía con urgencia un Padre para confesarse. Mientras cumplía con este ministerio, fué advertida su desaparición; salieron en su busca, mas no habiéndole hallado en la iglesia, dedujeron que habría salido de la ciudad y ya no se ocuparon de él.

La nueva de su libertad consoló en extremo a Santa Teresa. A 9 de octubre de 1578, los Padres de la Reforma celebraron Capítulo en el convento de Almodóvar, y determinaron enviar a Roma para defender su causa al prior del Calvario de Andalucía. A punto estuvieron de arriesgarlo todo con aquella inoportuna diligencia, y a no intervenir en el asunto el rey don Felipe II, la reforma hubiera muerto. Después de muchos pasos e instancias, aprobóla Gregorio XIII con Breve de 27 de junio de 1580; pero sólo siete años más tarde, en el de 1587, permitió Sixto V a los Carmelitas descalzos formar provincias separadas de las de los Observantes. En el año de 1593, Clemente VIII decretó la total separación.

Por entonces reducíase la comida de aquellos frailes a una pobre ración

de pan y algunas mal sazonadas hierbas silvestres. Y como quiera que los encargados no sabían distinguir las buenas de las nocivas, servíanse de un asnillo para escogerlas. Un día llegó a faltar el pan en el convento. El padre Juan saltó de gozo; hizo un bello sermón a los frailes en el comedor, y todos ellos se retiraron casi sin probar bocado, felices de haber entendido cuánto vale la pobreza religiosa; pero acababan de entrar en el coro para el rezo, cuando acudió a toda prisa fray Brocardo de San Pedro, anunciando que un desconocido traía una carga de provisiones y una carta. Leyóla el prior y rompió en amargo llanto.

—¿Por qué llora, padre Juan? —le preguntó el Hermano.

—Lloro —respondió— porque somos tan flojos, que Dios nuestro Señor no se fía en dejarnos ayunar un día siquiera.

Parecía no ser ya de este mundo. Tuvo un día dos éxtasis en la misma conferencia, y para disimular dijo luego:

—¿Hase visto qué sueño tan pesado me ha cogido?

Siendo prior de Baeza, quedó una vez arrebatado e inmóvil con el cáliz en la mano después de comulgar. Vuelto en sí, hallóse tan desfallecido, que tuvo que entrarse en la sacristía.

—Que vengan los ángeles a acabar la Misa —exclamó una buena mujer—; sólo ellos podrán proseguirla con tanta devoción como este Santo.

Fué nombrado prior de Granada y después, en 1585, definidor de Andalucía; pero él sólo anhelaba la soledad.

—¿Es acaso hijo de labradores, que le gusta tanto el campo? —díjole un día muy amablemente el Padre provincial.

—Perdone, reverendísimo padre —repuso el siervo de Dios—; soy menos todavía; soy hijo de un pobre tejedor.

Largo sería contar las ocasiones de padecer que tuvo al acompañar a los frailes en las fundaciones de Málaga, Madrid, Caravaca y otras, o en las visitas a los conventos de la Orden. Nunca llevó consigo provisiones, y observó siempre en los viajes perfecta regularidad. Menudeaban peligros y accidentes en aquellas correrías; pero como otras tantas flores de santidad brotaban los milagros al paso del siervo de Dios.

Pronto llenó el Señor la medida de los dones y carismas con que venía favoreciendo al Santo.

Hallándose en el convento de Segovia, después de un largo éxtasis ante una imagen de Cristo con la cruz a cuestas, oyó una voz que le llamaba.

El Santo no hizo caso y se dispuso a salir; pero oyó la misma voz.

—¡Fray Juan, fray Juan!

—Aquí me tenéis, Señor —respondió él.

—¿Qué quieres en premio de lo que por mí has hecho y padecido?

—Padecer más, Señor; padecer más y ser menospreciado por Vos.

Bello programa para un corazón de tantos arrestos como el de Fray Juan. Escuchóle Dios aquellos deseos de modo que puede decirse que nunca faltaron pruebas al santo Reformador. Como poco después se hubiera originado una diferencia entre el Consejo de la Orden y las Carmelitas, defendiólas ardorosamente y, a causa de ello, hubo de renunciar a todos sus cargos.

SUS ESCRITOS

RETIRÓSE el Santo muy gozoso a la soledad de la Peñuela, en Andalucía, y allí escribió o mejor dicho dió la última mano a sus escritos: *Subida al monte Carmelo, Noche obscura, Cántico espiritual, Llama de amor viva,* y algunos tratados menores: *Cautelas espirituales, Cartas, Sentenciario espiritual* y *Devotas poesías.* Habíalos esbozado durante su permanencia en la reclusión de Toledo.

Al ser reeditados con el epígrafe *Obras espirituales,* Pío X mandó escribir a 20 de octubre de 1912, que eran «libros rebosantes de celestial sabiduría y enseñanzas, para las almas deseosas de perfección cristiana».

MUERTE DE FRAY JUAN. — SU CULTO

EL fruto estaba ya en sazón; pronto iba a recogerlo el divino Hortelano para llevarlo a las trojes celestiales. Envióle el Señor recia calentura, agravada con una grande inflamación de la pierna derecha. Esperando lograr su curación, instóle el prior se fuese al convento de Baeza, por ser casa más acomodada; mas como él deseaba padecer, eligió un convento pobre, el de Úbeda, y allí fué en compañía de un Hermano.

Con el viaje se agravó la inflamación de la pierna, que reventó por cinco bocas en forma de cruz. Hubo que acudir al cirujano, el cual la abrió desde el empeine del pie hacia arriba por la espinilla más de una cuarta hasta descubrirle el hueso. Cuanto más padecía, más alientos daba al cirujano:

—No tema —le decía—, si es menester cortar aún, córtese enhorabuena, y hágase la voluntad de mi Señor Jesucristo.

Aunque las curas seguían, iba el paciente debilitándose más y más. En una aparición que tuvo, predíjole la Santísima Virgen que vendría a buscarle el sábado infraoctava de la Inmaculada Concepción.

El jueves, 12 de diciembre de 1591, administrósele el Viático; los presentes le pidieron entonces que les repartiese sus alhajas: hábito, rosario, breviario y correa; el Santo les respondió:

—Bien sabéis que soy pobre y nada de eso me pertenece. Pedídselo, si queréis, a mi superior.

Y juntando el ejemplo al consejo, añadió:

—Padre mío, os pido por caridad un hábito con que puedan enterrarme.

La mañana del viernes anunció el padre Juan que moriría al día siguiente. A las ocho de la tarde pidió la Extremaunción y recibióla con devoción extraordinaria, respondiendo él mismo a las oraciones. El padre provincial y los frailes todos querían permanecer cabe su lecho; pero el enfermo les instó que se fuesen a descansar, pues ya les mandaría llamar a tiempo.

A eso de las nueve tuvo un rato de oración; después, sentado en la cama, rezó algunos salmos alternando con el Hermano enfermero, y mandó luego le leyesen algo del libro de los Cantares. El alma del Santo estaba llena de confianza y de ardiente deseo de unirse con el Amado de su corazón.

A las once y media pidió llamasen al padre provincial y a la comunidad. Acudieron al punto los frailes y, puestos de rodillas, empezaron a rezar las oraciones de la recomendación del alma. En esto dió el reloj las doce. Un Hermano salió a tocar Maitines.

—¡Gloria a Dios! —exclamó el enfermo al oír las campanas.

Pasó luego mansa y amorosamente los ojos por los presentes, como si quisiera bendecirlos con su mirada y besó fervorosamente los pies del crucifijo, y habiendo dicho: «Señor, en tus manos encomiendo mi espíritu», entrególo dulcemente. Murió, a la misma hora que había anunciado, el día 14 de diciembre de 1591, a los cuarenta y nueve años de edad y veintiocho de religión, de los cuales, veintitrés en la Reforma.

Obráronse en su sepulcro milagros sin cuento tanto en Úbeda como en Segovia, adonde se trasladaron las sagradas reliquias. Beatificóle el papa Clemente X el 21 de abril de 1675, y lo canonizó Benedicto XIII el 26 de diciembre de 1726. Por razón de las rúbricas de Navidad, Clemente XI mandó que se celebrase la fiesta el 24 de noviembre. Clemente XIV la estableció con rito doble.

El 24 de agosto de 1926, en atención a la sublimidad doctrinal de los escritor de San Juan de la Cruz, Pío XI le proclamó Doctor de la Iglesia.

SANTORAL

Santos **Juan de la Cruz, carmelita y doctor;** *Crisógono, mártir; Protasio, obispo de Milán;* Cinián o Kenán, obispo de Duleck, en Irlanda Odilardo, obispo de Maurienne; Justo, obispo de Jerusalén, y Leonino, de Padua; Licano, abad, en Etiopía; Román, presbítero; Severino, monje; Crescenciano, mártir en Roma; Alejandro, mártir en Corinto cuando gobernaba Juliano el Apóstata; Felicísimo, mártir, venerado en Perusa; Carión, anacoreta; Audencio, confesor. Santas *Flora, María* y Firmina, vírgenes y mártires. Beata María González, terciaria franciscana; Antonia Núñez, benedictina.



DÍA 25 DE NOVIEMBRE

SANTA CATALINA DE ALEJANDRIA

VIRGEN Y MÁRTIR, PATRONA DE LAS DONCELLAS Y DE LOS FILÓSOFOS (290?-308?)

ES Catalina una de las santas más universalmente populares, como lo atestigua la iconografía: ella sola se halla circundada, en las antiguas vidrieras, con triple aureola: la blanca de las vírgenes, la verde de los doctores y la roja de los mártires. La vida de la Santa sugirió a los primitivos y a los más afamados pintores del Renacimiento, inmortales obras maestras. Conocidísimos son, a lo menos por el nombre, o por haberlos popularizado el grabado, los innumerables *Desposorios místicos de Santa Catalina,* firmados por celebérrimos pintores como Hans, Memling, Correggio, Rubens, Ticiano, Bernardo Luini y Filippo Lippi.

Desde fines de la Edad Media hasta el Renacimiento eligiéronla por patrona más de treinta gremios: molineros, carreros, afiladores, torneros, alfareros, cordeleros, hilanderas, curtidores, guarnicioneros, zapateros, espejeros, estañeros, plomeros, pañeros, etc. También juzgaron tener derecho a su protección los filósofos, nombre en el que se comprende a los estudiantes. Y buena razón hay para ello, ya que la Santa, con la oportunidad y tino de sus respuestas —indudablemente asistidas por la sabiduría del cielo—, dejó confusos a no menos de cincuenta filósofos y controversistas.

Es, sobre todo, patrona de las doncellas cristianas; primero, por haber sido para ellas dechado de virtudes —su mismo nombre, Catalina, significa pura—; además, por haberse Cristo desposado místicamente con ella.

TRES CAPÍTULOS DE UNA HISTORIA

NO obstante la popularidad de la historia de Santa Catalina, preciso es confesar que no hay vida menos conocida entre las de los primeros siglos que siguieron a las persecuciones. Los bolandistas declaran que nadie puede afirmar con derecho nada probable de su biografía. Lo único cierto es que el culto de la Santa tuvo origen en el monte Sinaí, adonde, según testimonio del jesuíta Bolando, fué trasladado su cuerpo, sin que sepamos cuándo ni por quién.

Dícese que fué hija de Costo, rey de Cilicia, y de Sabinela, hija de un príncipe samaritano. Nació por los años de 290. Es cuanto puede conjeturarse respecto de la vida de esta Santa.

Pero la maravillosa leyenda que manos desconocidas tejieron amorosamente ya desde el siglo VIII, nos da pie para escribir tres capítulos de la vida de esta Santa; capítulos que son como las tres partes de un poema tan divino y tan humano, que parece más cierto que la misma historia.

EL ANILLO

CATALINA fué educada en Alejandría, a la sazón muy floreciente en las ciencias humanas. Habían dado nombre y fama a esta ciudad su célebre escuela de filosofía, llamada Escuela de Alejandría, y la importante biblioteca fundada por los Tolomeos. Catalina, de muy agudo ingenio, aprendió en breve la filosofía y las ciencias profanas.

Habiendo muerto su padre Costo, la reina Sabinela, madre de nuestra Santa, pasó a residir en Armenia, donde vivía a la sazón un viejo ermitaño llamado Ananías. Catalina, que admiraba ya la fe cristiana, anhelaba conocer la verdad; pero era aún altiva y discutidora, por lo que defendía la causa del paganismo, empleando para ello silogismos sutiles e insidiosos con los que deslumbraba presto a su madre, más piadosa que letrada.

Ya por entonces, pretendían la mano de Catalina muchos nobles y aun príncipes, maravillados de su hermosura y de su raro saber. Pero solía ella responderles con altanería:

—El esposo de que me habláis, ¿es acaso tan letrado y hermoso como yo?

Habiéndole sido presentada al ermitaño Ananías, declaró él que también quería proponer ventajoso matrimonio a la doncella.

—Antes de empeñar mi promesa, quiero ver al esposo que me destinas —le respondió la joven.

—Hija —repuso el santo anciano—, la más hermosa criatura es vil y despreciable comparada con él.

—No importa, quiero verlo.

—Conforme —dijo Ananías—; quédate sola esta noche en tu aposento, arrodíllate, invoca a la Virgen y dile: «Señora, Madre de Dios, mostraos graciosa conmigo permitiéndome ver a vuestro Hijo».

Este consejo dió mucho que pensar a Catalina. Llegada la noche, encerróse en su habitación y encendió veinte antorchas para acoger dignamente al huésped que esperaba. Arrodillóse luego, y empezó a rezar con fervor, empleando las palabras que le aconsejara el ermitaño. Apareciósele al punto radiante la Virgen María.

—Hija mía —le dijo—, ¿qué me pides?

—Déjame ver a tu Hijo —respondió extasiada la joven.

—Sí, hija; te lo mostraré.

La Madre de Dios levantó entonces el manto y descubrió a su Hijo.

—Aquí lo tienes, Catalina, ¿lo amas?

—¡Oh, Madre! —exclamó ella como arrobada—; cuánta hermosura; no soy digna de ser su esclava.

La Virgen preguntó entonces a Jesús:

—Tú, Hijo mío, ¿la quieres por esposa?

—No —respondió el Niño—; es demasiado fea.

Desapareció la visión y Catalina se quedó sola, muy afligida por aquellas palabras. ¡Ella que se imaginaba ser la doncella más hermosa del mundo! Al despuntar el alba fuése al ermitaño y le contó lo ocurrido. El anciano sonrió con la noticia.

—Escucha, hija mía —añadió—; tu cuerpo será quizá muy hermoso, pero tu alma es feísima, porque está llena de soberbia.

Enseñóle luego las verdades de la fe y, no bien estuvo preparada, la bautizó. Finalmente, le aconsejó que se humillase y volviese a intentar ver a Jesús. Otra vez se le apareció la Virgen con su Divino Hijo.

—¿La quieres ahora? —preguntó María al Niño.

Miróla Él con infinita ternura y respondió:

—Sí, ahora sí; porque se ha trocado en doncella purísima y hermosa.

Ofreció entonces la Santísima Virgen a Catalina un anillo de oro en señal de la alianza contraída y como prenda de las espirituales bodas.

Tal es la tradición de los «desposorios místicos de Santa Catalina», tema bellísimo que ha dado lugar a un sinfín de comentarios espirituales o literarios, y que ha servido de inspiración a obras maestras de muchos y renombrados pintores.

CATALINA Y LOS FILÓSOFOS

TENÍA esta santísima doncella dieciocho años cuando se publicó el siguiente edicto: «El emperador Maximino, a todos cuantos están sujetos a nuestro imperio, salud. Habiendo nosotros recibido grandes beneficios de la benignidad de los dioses, juzgamos que en reconocimiento de su gran liberalidad debemos ofrecerles sacrificios; por tanto, os exhortamos y mandamos que vengáis a nuestra presencia, para que mostréis con las obras el amor y reverencia que tenéis a nuestros grandes dioses. Prevéngoos que quien no obedeciere a este nuestro mandato y siguiere otra religión contraria a la nuestra, además de perder la gracia de los dioses inmortales, caerá en nuestra indignación, y lo pagará con la vida».

La intención aparente de estos decretos con que solían los emperadores justificar su autoridad en materia religiosa, servía sólo para ocultar su verdadero propósito de lanzarse a la persecución. Y así sucedía que, a poco de haberlos dado a publicidad, con uno u otro pretexto, desatábase el furor de los jefes paganos contra la Iglesia.

A poco de publicado este edicto, llenóse de gente la ciudad de Alejandría. Allá, desde su palacio, oía Catalina los aplausos y alborozo de la muchedumbre. Movida del amor a su divino Esposo, determinó hablar por sí misma al emperador y reprenderle aquel desatino con que engañaba a su pueblo y lo llevaba al infierno tras sí. Acompañada de muchos criados, fué al templo donde estaba Maximino II Daza, y vió en él algunos cristianos que obedecían al edicto por temor de los tormentos. Afligióse sobremanera, y no pudiendo ya contener su indignación, acercóse al emperador y díjole con noble franqueza:

—Me gustaría honrarte como a príncipe si no fueses tan celoso del culto de los falsos dioses.

Y luego empezó a conversar con él y a proponerle multitud de consideraciones alegóricas y místicas. El emperador quedó admirado de tanta ciencia y hermosura.

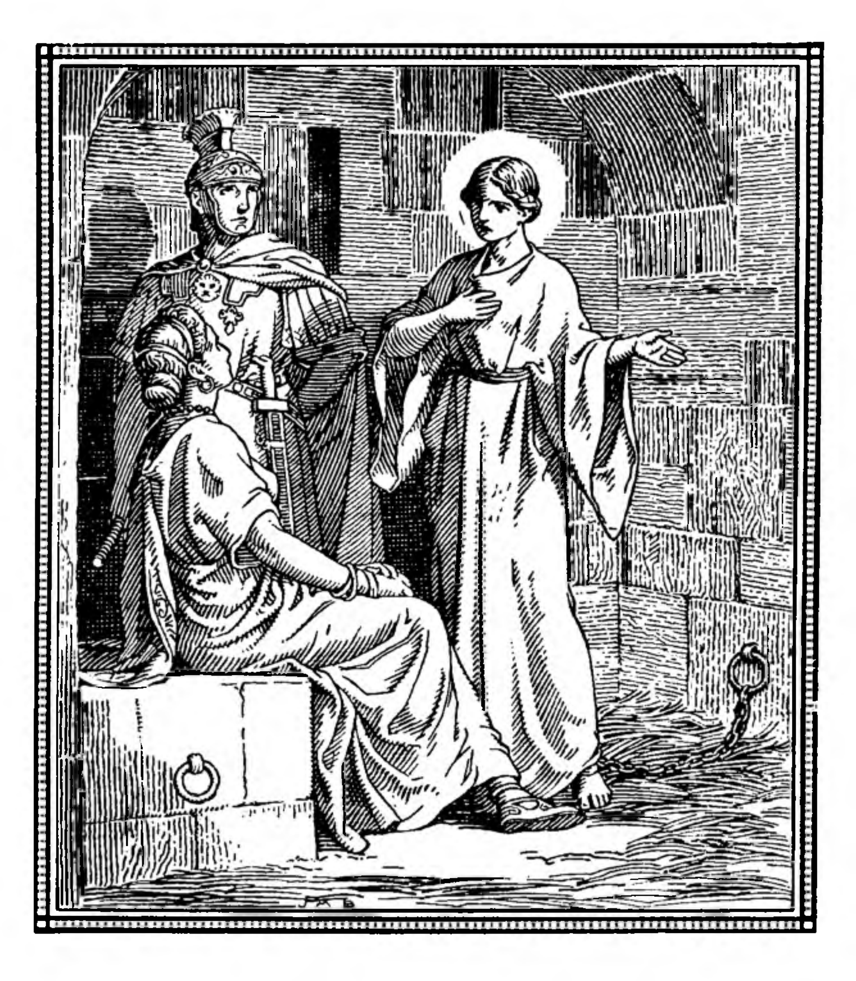
Catalina daba razón de sí y de su fe con tan singular sabiduría, gracia y peso de razones, que el emperador, embobado, estaba mirando sin saber qué responder.

Empezaba ya a impacientarse cuando le dijo la santa doncella:

—Suplícote, ¡oh César!, que no te dejes llevar de la cólera.

Citó luego a un poeta y añadió:

—No es propio de varones prudentes el turbarse. Si en ti manda el espíritu, eres rey; si la impresión, eres esclavo.



LA *emperatriz visita a Catalina, en la cárcel. La Santa, agradecida de su bondad, le dice: «Te anuncio que nada has de temer porque eres amada de Dios; pronto poseerás un reino celestial, como tu alma lo desea; y en vez de un hombre temporal poseerás un Esposo eterno».*

—Ya veo —repuso el emperador— que pretendes engañarme con astucia, trayendo testimonios de filósofos autorizados.

Mandó al punto que acudiesen a la corte de Alejandría cincuenta grandes oradores y filósofos, y prometióles ricos premios si llegaban a convencer a Catalina. Presentáronse ellos, aunque de mala gana, por parecerles que no convenía a su reputación el hacer tanto caso de una doncella que, por mucho que supiese, no dejaba de tener entendimiento y ciencia de mujer. Juego de niños juzgaban ellos el vencerla.

Juntáronse los cincuenta filósofos dando por descontado el triunfo a vista de su número y de su gran saber; toda la ciudad de Alejandría concurrió a un espectáculo tan nuevo y maravilloso, en que cincuenta hombres tenidos por la flor de las grandes escuelas universitarias y oráculos de sabiduría, habían de disputar con una doncella de dieciocho años. Catalina se encomendó al Señor; un ángel del cielo vino a estarse a su lado para tranquilizarla y fortalecerla.

Entablóse la disputa acerca de la Encarnación. Sostenían los filósofos ser imposible que Dios se hiciera hombre y padeciera. Respondióles la Santa con aquella famosa página del filósofo griego Platón, en la que atribuye a Dios forma de cuerpo humano; también les recordó la palabra de la Sibila: «Dichoso el Dios pendiente de un alto leño». Dijo todo ello con tanta claridad y gracia, que los filósofos, antes soberbios e hinchados, quedaron confusos y persuadidos de todo cuanto les decía la santa virgen y empezaron a dudar de la propia ciencia.

Hubo sin embargo unos cuantos que, armados hasta los dientes con copia de argumentos que juzgaban incontrovertibles, quisieron entrar a discutir con la joven. Las razones menudeaban y cruzaban como relámpagos, astutas y solapadas por una parte, sosegadas y convincentes por otra. El emperador y el auditorio presenciaban la lucha; pero los filósofos acabaron declarándose vencidos.

Maximino, ciego de furor, mandó que se encendiese una grande hoguera en medio de la ciudad, y fuesen quemados en ella los cincuenta filósofos. Catalina los instruyó en la fe y los alentó a morir por Cristo. Sólo una cosa los afligía, y era el morir sin haber recibido el bautismo. Mas ella con rostro amoroso y blando los consoló diciéndoles que el fuego les serviría de bautismo y purificaría sus almas. Haciendo la señal de la cruz fueron puestos entre las llamas y dieron sus almas a Dios.

Muy rabioso quedó Maximino con aquella derrota, pero mostróse empedernido y obstinado, y así probó de rendir a la Santa ablandando su pecho esforzado con halagos y promesas. Le ofreció darle en la corte el primer puesto después de la emperatriz, levantarle una estatua en medio de la ciudad y hacerle honrar como a diosa, pero todo fué en balde. Renunció,

pues, a sus artes y mañas, y mandó desnudarla y azotarla con nervios de bueyes. Después de este tormento la echaron en una oscura cárcel, con orden de que no se le diese cosa alguna de comer. Pero los ángeles la visitaban y regalaban, y una paloma le llevaba el sustento cada día.

La emperatriz Constancia, que amaba entrañablemente a Catalina, hízose acompañar por el edecán imperial, Porfirio, y fué a visitarla cierta noche. Al entrar en la cárcel, viéronla iluminada con claridad sobrenatural.

Catalina empezó a hablarles de los goces eternos con elocuencia tan arrebatadora, que los ganó a ambos para Jesucristo, y acabaron recibiendo corona de mártires. Doscientos soldados siguieron valerosamente su ejemplo. Antes de morir, vieron a los cincuenta filósofos mártires sentados alrededor de Catalina. Uno de ellos entregó una corona a la Santa, y ella la puso en la cabeza de la emperatriz. Los cincuenta mártires decían:

—Perla preciosa, gema de Cristo, pronto llegará tu vez; el divino Esposo te recibirá a la puerta de la Iglesia del cielo, donde las arpas angélicas recrearán tus oídos con suavísimas y alegres armonías. Vas a entrar ya en este paraíso, donde la nobilísima compañía de las vírgenes, entre albas azucenas y encendidas rosas, siguen al Cordero doquiera que va.

CONDENADA AL TORMENTO DE LA RUEDA

ENTRETANTO andaba buscando el cruel emperador Maximino cómo saciar su enojo. Un hombre lleno de espíritu satánico, el preboste de Alejandría, llamado Cursato, fué a ofrecerle sus servicios. Había imaginado un instrumento de suplicio horroroso y nunca visto; a su juicio, aquel nuevo género de tormento preparado con refinamiento infernal acabaría pronto con la obstinación y terquedad de la joven cristiana.

Era una máquina de cuatro ruedas cuyas llantas estaban sembradas de clavos y agudas puntas, de tal manera encajadas y trabadas entre sí, que puesta la virgen en una de ellas, y moviéndose dos ruedas en un sentido y las otras dos en sentido opuesto, fuese despedazado el cuerpo de la santa doncella. Pero sucedió que al intentar los sayones mover aquel instrumento horrible, atada ya en él la valerosa virgen, un ángel del Señor lo desbarató, destrabando unas ruedas de otras con tan grande ímpetu, que al salir de lugar mataron a muchos de los gentiles allí presentes.

Es evidente que la *Leyenda áurea* embelleció la historia en esta circunstancia de la vida de la Santa. Los pintores bizantinos habían representado a Santa Catalina en una esfera, para honrar sin duda a la doncella letrada. ¿Cómo transformó la imaginación popular aquella esfera en cuatro ruedas dentadas? Tarea dificilísima la de querer separar de la leyenda, el fondo de

verdad histórica. Sea de ello lo que fuere, puede asegurarse que de todos los incidentes dramáticos de esta maravillosa historia, ninguno impresionó tanto como éste la fantasía de las gentes en la Edad Media.

De ahí que nombrasen patrona a Santa Catalina todos los gremios donde la rueda tiene alguna importancia, como el de torneros y afiladores. Los zapateros y guarnicioneros tomaron pie de estar sembrada la rueda de afiladas cuchillas, para pedir favores y protección a la virgen de Alejandría. Otras adaptaciones parecen más difíciles de explicar. Pero poco les importaba la exactitud del símbolo a aquellos cristianos de fe profunda y activa de la Edad Media, si en él hallaba alimento adecuado su piedad. ¿No es, además, admirable que la patrona de las sociedades cultas lo haya sido al mismo tiempo de los más humildes oficios y de los más oscuros artesanos?

ORACIÓN POSTRERA DE LA SANTA. — SU MUERTE

CON la muerte de la emperatriz Constancia, degollada por la causa de la fe junto con Porfirio, creyó Maximino que le sería empresa harto más fácil conquistar para los dioses a la invencible doncella. Pensando seducirla, ofrecióle el puesto que la emperatriz mártir acababa de dejar vacante en el palacio. En el caso de renunciar a su religión para abrazar el culto idolátrico, se le perdonaría haber sido causa de la muerte de Constancia, y la tomaría él por esposa. De no aceptar, sería condenada.

Ya podía suponer el tirano cuál iba a ser la respuesta de la valerosa joven. Cuando llegó Catalina al lugar del suplicio, pidió a los verdugos unos instantes para orar. Ésta fué su postrera plegaria:

«¡Oh Jesús!, gracias te doy por haberte dignado enderezar mis pasos en este mundo. Extiende ahora esas manos clavadas por mí en la cruz, y recibe mi vida en sacrificio. Acuérdate que somos carne y sangre, y no permitas que las culpas que cometí por ignorancia me sean echadas en rostro ante el tribunal de tu justicia; ni toleres tampoco que el cuerpo de tu esposa venga a manos de estos malvados. Mira también con clemencia a este pueblo que me rodea; tráelo, Señor, a la luz de tu conocimiento y amor. Suplícote, ¡oh Jesús!, que todos cuantos hagan conmemoración de mi muerte y me invoquen en la suya o en cualquier otra necesidad, sean de ti favorecidos y alcancen cuanto pidieren».

Prometióle una voz celestial que cuantos invocasen su valimiento ante el Señor lograrían el auxilio divino. Uno de los soldados le cortó luego la cabeza, y corrió de la herida leche en lugar de sangre.

Para que su sagrado cuerpo no fuese profanado, lleváronle los ángeles al monte Sinaí, que está a veinte jornadas de camino de Alejandría.

De esta circunstancia echó mano la Iglesia para componer la oración litúrgica de la fiesta de la Santa, que es como sigue:

«¡Oh Dios!, que diste la ley a Moisés en la cumbre del monte Sinaí, y por ministerio de tus ángeles trasladaste al mismo lugar el cuerpo de la bienaventurada virgen y mártir Catalina; suplicámoste que por sus méritos e intercesión consigamos llegar al monte celestial que es Jesucristo.»

Santa Catalina fué martirizada el 25 de noviembre por los años de 308.

CONCLUSIÓN

EXCEPTO la parte que se refiere al «desposorio místico», suceso que sólo aparece en la hagiografía de la primera mitad del siglo XV, el anterior relato trae su origen casi en su totalidad de la *Leyenda áurea,* famosa recopilación de Vidas de Santos compuesta en el siglo XIII por Santiago de Vorágine, arzobispo de Génova. Siglo y medio más tarde, el insigne orador popular San Vicente Ferrer, fraile dominico, al igual que Santiago de Vorágine, a menudo la propuso como ejemplo a sus oyentes.

Juan XXII inscribió la fiesta de Santa Catalina en el calendario por los años de 1335; San Pío V la mandó celebrar con rito doble el año de 1568. No se nos pasa por alto que en esta biografía entra por mucho la leyenda; no faltan quienes por ello se han escandalizado. Nos parece criterio harto débil el de quienes sólo se fijan en el pormenor anecdótico y en su alcance crítico, mientras ladean la esencia doctrinal y las lecciones subsiguientes.

Dos sucesos históricos obligan con todo a los críticos a reconocer que Santa Catalina ha desempeñado importante papel en la Iglesia. Fué el primero el milagroso auxilio que por su intercesión lograron los cristianos en la época de las Cruzadas. El otro suceso también estrictamente histórico, es el de las apariciones de Santa Catalina a Santa Juana de Arco, la cual hablaba siempre con entrañable amor de las que ella llamaba sus queridas Santas, y a quienes, decía, siguió siempre fielmente en sus consejos.

SANTORAL

Santa **Catalina, virgen y mártir.** Santos *Gonzalo, obispo de Mondoñedo;* Teliano, obispo de Landoff; Elano, obispo de Albí; *García, abad de San Pedro de Arlanza; Moisés y Máximo, presbíteros y mártires;* Mercurio, soldado y mártir; Erasmo, mártir en Antioquía; Próspero, confesor. Beatos Francisco de Gonzaga, general de los franciscanos y después arzobispo de Mantua; Juan Escalario, dominico. Santa Jocunda, virgen.



Las dos bellas y repetidísimas jaculatorias del Santo

DÍA 26 DE NOVIEMBRE

S. LEONARDO DE PUERTO MAURICIO

DE LA ORDEN FRANCISCANA (1676-1751)

ESTE gran misionero franciscano cuyas predicaciones dejaron tan honda huella en Italia durante la primera mitad del siglo XVIII, mereció que el Excmo. Sr. Pieragostini, obispo de San Severino, escribiera este singular elogio: «El predicador *Leonardo* es un *león* (en latín *leo)* por la fuerza de los argumentos y de las palabras que emplea, pero aun más es un fragante *nardo* que regocija a toda la Iglesia con el suavísimo olor de sus ejemplos». De esta manera daba a entender que San Leonardo tuvo el celo de un apóstol y la virtud de un santo. Un breve estudio de su vida nos permitirá profundizar en la verdad de aquellas afirmaciones.

Nació este esforzado varón el 20 de diciembre de 1676, en Puerto Mauricio, lugar bañado por las olas del golfo de Génova, de cuya república dependía por aquel entonces. El mismo día en que sus ojos se abrieron a la luz natural, su alma, regenerada por las aguas bautismales, se abría a la luz de la gracia; le fueron impuestos los nombres de Pablo Jerónimo.

Su padre, Domingo Casanova, capitán de cabotaje, poseía fe sólida y virtud sincera. La madre murió cuando Pablo contaba dos años. Sin embargo, su primera educación no sufrió excesivamente de esta pérdida, gra-

cias a sus piadosos abuelos, y muy particularmente a María Riolfo, con quien casó su padre en segundas nupcias. El huérfano tenía seis años cuando esta piadosa mujer le tomó bajo su tutela con afecto maternal. De cuatro hijos que nacieron de este segundo matrimonio, dos se alistaron con nuestro Santo en las milicias de San Francisco de Asís, y una hija entró con las Dominicas; únicamente el cuarto permaneció en el siglo.

Muy pronto se echaron de ver las excelentes cualidades de Pablo y, sobre todo, su tierna devoción a la Virgen María. ¡Con cuánto placer pasaba las cuentas de su rosario! ¡Con qué filial confianza se postraba ante la soberana Señora para encomendar a su bondad maternal todos los acontecimientos grandes y pequeños que le ocurrían!

Cuando estuvo en edad prudente, fué enviado a cursar estudios en la escuela pública de Puerto Mauricio. Habiéndole dotado el Señor de muy notables disposiciones para las letras, y como no le faltara al niño voluntad con que hacerlas valer, consiguió rápidos y halagadores resultados.

En vista de ello, no vacilaron sus padres en aceptar una espontánea y generosa oferta que desde Roma les hacía Agustín Casanova, tío paterno del niño, para que éste fuera a continuar como estudiante en dicha ciudad.

EL ESTUDIANTE

CATORCE años contaba Pablo Jerónimo cuando se dirigió a la Ciudad Eterna. Su carácter franco y expansivo y la gran inteligencia de que estaba dotado le conquistaron el aprecio de sus maestros. Entre la fogosa juventud de tan diversas naciones y lenguas que frecuentaba aquellos centros docentes, encontró las seducciones y peligros propios de la edad y se sintió solicitado al mal de diferentes maneras. Era preciso que se cumpliese en él, como en todos los grandes santos, que así como el oro se prueba en el crisol, pruébase en la tentación el hombre justo. Nuestro estudiante mantúvose humilde y modesto, amante de la disciplina, esforzado en el trabajo, ocupado continuamente en el estudio y en la oración, en la ciencia y en Dios. Su íntimo amigo Pedro Miré, nos dice: «Con él los paseos de los días de asueto comenzaban con el rosario».

Siendo miembro de la Congregación de los Doce Apóstoles, que los Jesuítas dirigían, tuvo que dedicarse a ciertas obras de apostolado seglar que estaban prescritas, como explicar el catecismo a los niños y atraer a la iglesia a los ignorantes y desocupados. Según él mismo declaró más tarde, sirviéronle admirablemente tales obras para su conservación moral. En el poco tiempo que le quedaba libre se deleitaba leyendo las obras de San Francisco de Sales, entre ellas, su admirable *Introducción a la vida devota*.

LA VOCACIÓN

EL pensamiento de consagrarse al servicio de Dios a fin de no vivir más que para Él, iba apoderándose gradualmente de su alma. ¡Qué profunda emoción experimentó cuando después de una confesión general habló del asunto al P. Grifonnelli, su director espiritual! Pensando en la dicha experimentada entonces, derramó abundantes lágrimas de consuelo.

Aun no había determinado en qué Orden realizaría su santo propósito, cuando cierto día vió a dos frailes descalzos. Hondamente impresionado por su modestia, siguiólos hasta el convento de San Buenaventura, ocupado por los Franciscanos reformados. Acertó a entrar en la capilla cuando los religiosos entonaban el *Converte nos, Deus, salutaris noster,* de Completas: «Conviértenos, Señor, salvador nuestro». Estas palabras fueron para él como un aldabonazo decisivo de la gracia.

Resuelto a tomar el hábito franciscano y alentado en tal resolución por su director espiritual y por varios teólogos a quienes consultó, faltábale solamente comunicarlo a su tío. Sorprendido éste de la determinación de Pablo, amonestóle seriamente y aun le expuso ciertas razones para obligarle a mudar de resolución. Por fin, viendo que todos sus esfuerzos se estrellaban contra una voluntad inquebrantable, echóle de su casa sin ninguna consideración. Muy angustiado por aquel abandono, Pablo se encaminó a casa de su primo Leonardo Pongetti, casado con una hija de Agustín Casanova. Dispensáronle cariñosa acogida y le brindaron ayuda y protección. Quedó nuestro Santo tan agradecido por este favor que, el día en que tomó el sayal franciscano, eligió para sí el nombre de Leonardo, con el cual es conocido en la Historia.

En cuanto a Domingo Casanova no pudo contener sus sollozos al saber la inquebrantable determinación de su hijo; pero no tardó en reaccionar. Fuése a la iglesia y allí, teniendo en sus manos la carta de su hijo, ofreció a Dios con generosidad el gran sacrificio que le pedía. Animado con la gracia divina, escribió en seguida a Pablo: «Vete, hijo mío; obedece ante todo al llamamiento de Dios».

Pocos días después el estudiante daba gracias a Leonardo Pongetti y se despedía del Padre Grifonnelli y de Pedro Miré para abandonar el mundo y encerrarse con inefable contento de su alma en la apacible soledad del noviciado de Ponticelli.

Llegó a este suspirado refugio en septiembre de 1697 y el 2 de octubre vistió el hábito de San Francisco.

Durante el año del noviciado aplicóse con gran esmero en la adquisición

de las virtudes de su nuevo estado para imprimir en su alma el carácter distintivo de la Orden seráfica, el admirable y nunca bastante ponderado espíritu del pobrecillo de Asís. Hecha la profesión, cursó seis años en las aulas formándose para el apostolado mediante el asiduo estudio de San Buenaventura, del Beato Juan Duns Scoto y de Santo Tomás. Mientras duraron sus estudios, sobresalió como modelo en aprovechamiento y santidad, por lo que tuvo siempre gran prestigio entre sus condiscípulos. Siendo todavía diácono, predicó brillantemente la Cuaresma a las trescientas jóvenes del asilo de San Juan de Letrán.

Llegó por fin el día en que fray Leonardo debía recibir el presbiterado. Cantó su primera Misa con grandísima piedad, a imitación de San Francisco de Sales, a quien tomó por modelo en la celebración de los divinos oficios. Varias veces durante sus estudios manifestó nuestro Santo su anhelo de acudir a las misiones de China; pero, como vamos a ver, la Divina Providencia tenía otros planes.

Ya se disponía a embarcarse para aquellas tierras en busca del martirio que tanto ansiaba, cuando causas inesperadas hicieron fracasar su intento. Los Superiores, con gran satisfacción de todos, encomendáronle entonces la Cátedra de Filosofía. Desempeñábala el joven profesor con mucho acierto cuando inesperadamente se sintió acometido de una grave enfermedad que amenazó dar al traste con las halagüeñas esperanzas en él fundadas.

Obligado a dejar su cátedra, a cambiar de aires y a entregarse a completo reposo, no se pudo conseguir resultado satisfactorio. Sus superiores le enviaron de Roma a Nápoles, y luego a Puerto Mauricio; todo fué inútil, el mal seguía implacablemente su marcha. Ante la impotencia de los remedios humanos, él recurrió a la Santísima Virgen, prometiéndole consagrarse al apostolado de las misiones si curaba. Curó en efecto, y al poco tiempo, repuesto ya completamente, convirtióse en el Apóstol de Italia.

EL MISIONERO

SAN Alfonso María de Ligorio, su contemporáneo, le llamaba «el gran misionero de su siglo». En efecto, Leonardo consagró cuarenta años de su vida al apostolado, imponiéndose un trabajo tal que agotó sus fuerzas completamente. Su celo no temía ni desdeñaba ningún auditorio, tratárase del Papa o de cardenales, obispos, religiosos, profesores y alumnos de universidades, oficiales con sus tropas, gente de mala vida, pobres y personas de toda clase y condición. Para que los presos, los condenados a trabajos forzados y los enfermos no quedaran sin misionar, él mismo se arreglaba para ir en su busca sin reparar en sacrificios. Predicó en grandes ciu-



SAN *Leonardo de Puerto Mauricio da una misión en la isla de Córcega, devastada por luchas encarnizadas, y consigue la pacificación que ningún poder militar ni civil había podido lograr. Representamos la conversión del célebre bandido* «El Lobo», *que para siempre se convirtió en oveja de Nuestro Señor*

dades como Roma, Florencia, Génova; pero no abandonó villas ni aldeas, ni aun cuando en los últimos años de su vida su delicada salud exigía especiales cuidados. El Señor tuvo a bien recompensar su celo, pues las gentes acudían en masa para oír su palabra. Quince, veinte y hasta treinta mil personas se congregaban para recibir del gran misionero la bendición papal con que terminaba ordinariamente sus ejercicios.

Raros, rarísimos fueron los que se resistieron a su llamamiento aun en circunstancias en que la prudencia humana hacía suponer lo contrario, como en las dos ocasiones a que vamos a referirnos en los párrafos siguientes.

EL CARNAVAL EN GAETA Y EN LIORNA

ERA en Gaeta, ciudad del reino de Nápoles. Aproximábase el Carnaval y la población, casi exclusivamente militar, había hecho preparativos como nunca. Comienzan a la vez la predicación de fray Leonardo y los festejos. Dios y el demonio, la gracia y el placer se encuentran frente a frente; ¿para quién será la victoria? Cosa sorprendente; desde los primeros actos, la misión es concurridísima al tiempo que las fiestas fracasan por falta de público. Los organizadores no consiguieron más asistencia que la de algunos disolutos empedernidos. Al verse vencidos, acudieron también ellos a la misión y terminaron por ser los más fieles.

Un caso muy parecido sucedió en Liorna. Esta ciudad marítima parecía una sentina de vicios. Dios sabe el género y variedad de diversiones que preparaban con ocasión del Carnaval. Llegó Leonardo apresuradamente y predicó con tanta unción que no se habló más de Carnaval; los teatros se cerraron como por encanto, y los confesonarios se vieron invadidos de tal suerte que se creyó prudente poner guardias en las iglesias para evitar desórdenes por la aglomeración. El baile de máscaras que prepararan los organizadores, fué reemplazado por una procesión de penitentes.

MISIÓN EN CÓRCEGA

ESTA isla era entonces posesión de Génova. Como algunos de sus habitantes, aprovechando de las guerras del continente, pensaran declarar la independencia, estalló una guerra fratricida entre enemigos y partidarios del régimen. Incendios, robos, asesinatos, rivalidades mortales entre familias, fieros combates entre los distintos partidos: toda la furia del infierno descargó sobre la isla en aquellos aciagos días, sembrando por doquier la ruina y la desolación. Para devolver la paz y la fraternidad a

aquel desdichado país, la República de Génova recurrió a Leonardo cuya oratoria persuasiva, espíritu patriótico y tacto político reconocían todos. Desembarcó en la isla en 1744.

Predicó incansablemente, multiplicó los ejercicios de misiones y, poniendo la Pasión de Nuestro Señor Jesucristo ante la consideración de su auditorio por medio del ejercicio del Viacrucis, consiguió reconciliaciones emocionantes y hasta muy heroicas. El que más resistencia puso fué un jefe de bandidos, harto temido y respetado, a quien llamaban «El Lobo». En una ocasión le dijo el Santo:

—Ah, hijo mío, el diablo te impulsa a rechazar la paz; pero Dios te ordena lo contrario.

—Si me lo ordena —contestó—, quiero hacerlo.

Y, dicho esto, arrojó al suelo su arcabuz mientras gritaba:

—¡Viva la paz!

Los demás compañeros arrojaron sus armas y respondieron: «¡Viva!»

Pero el misionero no se contentaba con predicar; oraba y ponía todos los medios para demostrar al pueblo cuánto le amaba y cuán dulce es la paz entre hermanos. Para que esa paz fuese duradera, estableció en cada pueblo cuatro magistrados encargados de arreglar las desavenencias y tomar juramento a los principales jefes para renunciar a sus personales venganzas. También indicó al gobierno central los medios adecuados para mantener en obediencia al país. En todo cuanto hizo mostró ser un gran hombre de Estado.

EL SANTO

PERO el secreto del éxito de Leonardo no estribaba en artificios retóricos. Aunque tuvo las cualidades del orador popular: claridad en la exposición, abundancia de comparaciones, entusiasmo, fuerza y sonoridad en la voz; sólo en la santidad de su persona se ha de ver la causa de la influencia maravillosa que aquélla ejercía en cuantos le oían o trataban.

Después de haber orado mucho y de hacer muy austeras penitencias, subía al púlpito penetrado profundamente de los divinos misterios; todo predicaba en él; todo hablaba al corazón: su mirada, su gesto sobrio, su rostro demacrado por los ayunos, el calor comunicativo de sus convicciones. Cuando notaba en su auditorio alguna resistencia a la gracia, «¡Sangre! ¡Sangre!», exclamaba; y, ceñida la frente con una corona de espinas, descargaba duros golpes sobre sus propias espaldas, besaba humildemente los pies a los sacerdotes e imploraba la misericordia divina ante un público que no podía menos que deshacerse en lágrimas.

Cuando recorría los campos, prorrumpía en alabanzas a Dios. «Señor, dejadme alabaros y bendeciros; dejadme ofreceros tantos actos de amor

como hojas hay en el bosque, flores en los campos, estrellas en el firmamento, gotas de agua en los ríos, arenas en las playas del mar». El Cielo quiso revelar la santidad del humilde fraile y conquistarle la veneración de las muchedumbres con el don de milagros.

Descubría los secretos de las conciencias, anunciaba lo porvenir, y curaba frecuentemente a los enfermos. En Metálica, devolvió la vista a Francisca Benigni, madre de familia, ciega durante varios años; en San Germán, las campanas tocaron por sí solas, y el granizo acabó con las cosechas de un pueblo que había oído con glacial indiferencia sus exhortaciones.

ACHAQUES Y ENFERMEDADES. — JUBILEO EN 1750

EN 1740, teniendo ya cerca de sesenta y cuatro años de edad, juzgó que debía darse a vida retirada para prepararse a la muerte; pero Benedicto XIV le respondió:

—Hijo mío, soldado eres de Cristo. Un soldado no debe retroceder ante la lucha si ha de morir con las armas en la mano.

Gozoso el Santo con estas palabras del Vicario de Cristo y obediente al Pontífice, redobló su celo por espacio de otros diez años, hasta que un día, agotado completamente, se desvaneció estando en el púlpito. Tuvo la gloria de morir casi el mismo día de su última misión.

Después de la guerra, Génova vino a ser teatro de trastornos internos, poco propicios para el trabajo de las misiones; por lo cual, nuestro infatigable apóstol se corrió hacia el centro y sur de Italia. De 1746 a 1749 evangelizó sucesivamente a Ferrara, Bolonia y más de otras veinte ciudades o villas de aquella península.

Benedicto XIV, que le profesaba sincera amistad, quiso que predicase en Roma y otras poblaciones como preparación al Jubileo de 1750. El gran predicador estaba muy debilitado por la edad y por sus agotadoras empresas; mas, como no acostumbraba huir del trabajo, emprendió con todos sus bríos las predicaciones antejubilares en medio de la plaza Navona. Desde los primeros días acudió a oírle todo el pueblo; el mismo Papa fué varias veces a oír al anciano misionero e impartió su bendición el último día.

Habiendo conseguido que muchos ganaran el Jubileo, tuvo la satisfacción de poder retirarse a la soledad para ganarlo él a su vez. Llamado nuevamente por el Vicario de Jesucristo, predicó en la iglesia de San Andrés «del Valle» el triduo de clausura del Año Santo. Al día siguiente del Jubileo, predicó en la erección del Vía crucis en el interior del Coliseo; puso tanto empeño en esta obra que se hizo célebre por ella entre los romanos.

Leonardo tenía setenta y cinco años, y la ciudad de Luca, en la que ya

había dado cuatro misiones, le reclamaba insistentemente para ganar el Jubileo. Y esto fué para él la ocasión de una suprema jira misional. Como verdadero hijo de San Francisco de Asís, entristecióse al verse obligado, por mandato expreso del papa Benedicto XIV, a hacer en coche estos últimos viajes. El pueblo de Barbarolo recibió los esfuerzos últimos del ilustre misionero, ya completamente rendido y agotado. Fray Leonardo ya sólo anhelaba terminar sus días en Roma, en el convento de San Buenaventura.

MUERTE DEL SANTO. — SU CULTO

AL recorrer los Apeninos en su último viaje, sobrevínole la enfermedad que le llevó al sepulcro. En Foliño, haciendo un supremo esfuerzo, dijo la Santa Misa. «Una misa vale más que todos los tesoros del mundo», respondió a un compañero que le aconsejaba descansar.

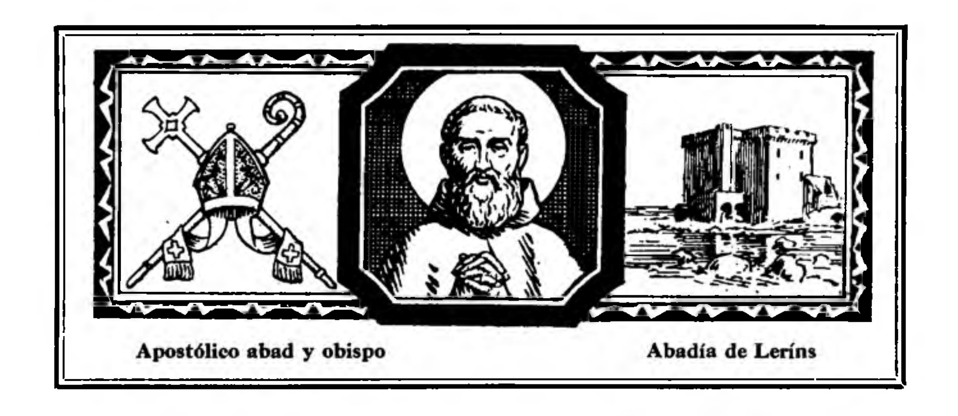
Entrado en Roma, dijo a sus hermanos: «Entonad el Te Deum, que yo responderé». Y cantando este himno llegó al convento de San Buenaventura. Lleváronle a la enfermería; pidió el Santo Viático y lo recibió con singular piedad. Después de un tierno coloquio con la Reina del Cielo, iluminóse su rostro con celestial resplandor, inclinó ligeramente la cabeza y voló su alma hacia Dios. Era el 26 de noviembre de 1751.

Fué canonizado por Pío IX el 29 de junio de 1867 junto con otros veintidós santos; su fiesta se celebra el 26 de noviembre, aunque el Propio de la diócesis de Roma la señala para el día siguiente.

Después de su santa muerte se han publicado varios sermones, algunas cartas y una colección de meditaciones, llamada «Camino del Paraíso».

SANTORAL

Los Desposorios de Nuestra Señora (véase en el tomo «Festividades del Año Litúrgico», pág. 60). Santos *Silvestre, abad, fundador de los Silvestrinos; Pedro, patriarca de Alejandría y mártir; Siricio, papa* (v. en 22 de febrero, pág. 542); **Leonardo de Puerto Mauricio, franciscano;** Fileas, Esiquio, Pacomio y Teodoro, obispos, Fausto, presbítero, Didó y Ammonio, todos mártires en Alejandría; Belino, obispo de Padua, mártir; Martín, obispo de Autún, y Refario, de Coutances; Conrado, obispo de Constanza; *Beato, abad;* Marcelo, presbítero, mártir en Nicomedia; Justo, discípulo de San Hilario, presbítero; Maurino, diácono y mártir; *Juan Berchmans, de la Compañía de Jesús* (véase en 13 de agosto, pág. 452); Basolo y Estiliano, anacoretas; Jaime, solitario en Siria; Nicón, monje y misionero. Conmemoración de los Mártires españoles de las Órdenes Militares. Santas Delfina, esposa virgen del conde San Eleázaro; Victorina, mártir en África.


Apostólico abad y obispo   Abadía de Leríns

DÍA 27 DE NOVIEMBRE

SAN MAXIMO

ABAD DE LERÍNS Y OBISPO (400-460)

NACIÓ Máximo en la ciudad de *Decomeum,* en el sur de las Galias, hacia el año 400. Sus padres, excelentes cristianos, pusieron gran cuidado, solicitud y celo para educar al hijo que Dios les había confiado, conservarle inocente y hacerle digno de la eterna herencia: bello programa que hubo de atraerles bendiciones sin fin.

Dócil a tan buenos principios, mostró Máximo desde su niñez grande inclinación a la santidad. Así lo atestigua Dinamio Patricio, su más antiguo biógrafo, al presentar en cuadro admirable las virtudes del Santo, y comentarlas diciendo que el niño hacía prever desde entonces, cómo sería perfectamente digno de su nombre, por la extraordinaria gracia y la admirable santidad que brillarían en su alma; Máximo sería *máximo,* es decir, *muy grande,* en la presencia de Dios y ante los hombres.

Era piadosísimo, modesto y apacible, humilde, obediente, caritativo con los pobres y amigo de la paz del retiro; huía de la ociosidad, y, como fuera aficionado al estudio, entregábase a menudo a piadosas lecturas, con el fin de instruirse más y más en las cosas de Dios. Su porte grave y tranquilo infundía respeto. Estaba todavía en el siglo y parecía ya religioso.

Llegado a la edad en que el mundo brinda a la juventud sus mejores esperanzas, renunció Máximo a sus bienes y se fué al monasterio de Leríns. Había hecho ya el voto de castidad mientras esperaba la hora en que pudiera consagrarse enteramente a Dios y completar su sacrificio por la obediencia y la pobreza monásticas. Las cosas de la tierra le parecían muy despreciables —dice su historiador— cuando las comparaba con los bienes del cielo. Todo cuanto el mundo pudiera ofrecerle de más atractivo y tentador, era ya para el nobilísimo joven despreciable vanidad: habíase trazado un ideal de vida y no aspiraba a cosa alguna fuera de él. Y harta razón tenía; pues, bien mirado, ¿no vale Dios solo infinitamente más que todas las criaturas?

PEREGRINO HACIA EL ORIENTE

CERCA de las costas de Provenza y no lejos de la orilla donde Cannes siembra hoy día sus villas numerosas y espléndidas, emergen pequeñas islas; son las islas de Leríns. Cuando Máximo llegó a ellas, hace ya más de quince siglos, acababa San Honorato de fundar una comunidad de monjes que floreció muy pronto, y en la villa vecina habíase constituído un convento de religiosas bajo la dirección de Santa Margarita, su hermana.

Honorato, el ilustre maestro en quien Máximo buscaba dirección espiritual, era ya muy conocido y justamente admirado en las Galias. Oriundo de Toul, de familia rica y noble, pero pagana, habíase hecho cristiano a pesar de los grandes obstáculos que se le interpusieran, y había recibido el bautismo al mismo tiempo que su hermana Margarita. Su hermano mayor, Venancio, fué convertido por ellos.

A la muerte de sus padres, distribuyeron sus bienes a los pobres, y, para evitar los elogios que su generosidad y sus muchas virtudes les conquistaban, huyeron a Marsella.

Quedóse Margarita en un convento de religiosas, mientras Honorato y Venancio, acompañados por el monje San Caprasio, se dirigían a estudiar la vida monástica con los ilustres solitarios que por entonces embalsamaban el Oriente con el perfume de su santidad.

San Venancio murió en Grecia, durante esta peregrinación; pero la Providencia había dado ya a Honorato otro hermano en la persona de un noble asirio, Santiago —que así se llamaba—, oficial distinguido de los ejércitos del rey de Persia, habíase convertido al contemplar el heroísmo de los católicos perseguidos en su país, y a fin de seguir libremente la verdadera religión habíalo abandonado todo: vivía en territorio del imperio romano. En la ciudad de Nicomedia, en Asia Menor, tuvo la dicha de conocer a San Honorato con quien pronto trabó estrechas relaciones.

LA ABADÍA DE LERÍNS

GOZOSÍSIMOS con aquel encuentro que el Cielo había favorecido, resolvieron Santiago y Honorato no separarse más; y, como éste diera por terminada su misión en el Oriente, acordaron volver a las Galias. Llegados a Provenza, intimaron con San Leoncio, obispo de Frejus, con quien comentaron las impresiones de su viaje, y retiráronse luego a la soledad de Leríns, desierta entonces e infestada de serpientes. Decididos a establecerse allí, pidió Honorato al cielo les librara de aquella peligrosa compañía y consiguió que los reptiles desaparecieran entre las aguas del mar.

Pronto comenzaron a llegar numerosas vocaciones; el aumento rápido de la comunidad obligó a pensar en la construcción de una iglesia y de un monasterio, obras ambas que se realizaron con toda premura. Faltábales agua; Honorato, cual nuevo Moisés, pidió al Señor acudiera en su ayuda e hizo brotar un manantial riquísimo, gracias al cual pronto se transformó en verdadero jardín lo que había sido hasta entonces campo árido e infecundo.

«La isla cambia muy pronto de aspecto —escribe un historiador moderno—, y el desierto se trueca en paraíso. Una campiña bordeada de sombras espesas, regada por aguas cristalinas, rica en verdura, esmaltada de flores que perfuman el ambiente, indica la presencia fecunda de una nueva raza. Honorato, cuya hermosa faz estaba aureolada de majestad suave y atrayente, abre los brazos de su amor a cuantos desean amar a Cristo. Llegan de todas las naciones numerosos discípulos. El Occidente nada tiene que envidiar al Oriente, y pronto este retiro, destinado en la mente del fundador a renovar en las costas de Provenza las austeridades de la Tebaida, se convierte en célebre escuela de teología y de filosofía cristiana, ciudadela inaccesible a las olas devastadoras de la invasión bárbara, asilo para las letras y las ciencias que huían de Italia invadida por los godos, y semillero de obispos y de santos que siembran por la Galia entera la ciencia del Evangelio.»

CORRERÍAS APOSTÓLICAS DE LOS MONJES

TAL era el estado del monasterio de Leríns a donde Máximo había ido para abrazar la vida religiosa. Entre los monjes, y con hombres como Vicente de Leríns y Salvio, cuyos eruditos y valientes escritos admiramos todavía, encontrábanse San Euquerio, que fué arzobispo de Lyón, San Hilario, que lo fué de Arlés, y San Lupo, el cual ocupó más tarde la silla de Troyes y la salvó del feroz Átila que devastaba Europa al frente de setecientos mil bárbaros. Otros muchos de entre ellos llegaron asimismo

a ocupar sedes diocesanas, tales como los santos: Valeriano, obispo de Cimiez y de Niza; Aurelio, obispo de Frejus; Salonio, obispo de Ginebra, y Verano, obispo de Vence.

Honorato, maestro admirable en la ciencia y en santidad monástica, formaba también a sus discípulos para el apostolado, obra tanto más necesaria cuanto que el Imperio romano se desmoronaba entonces en Occidente, invadido en todas partes por los pueblos bárbaros, herejes unos, paganos otros. Felizmente, la Iglesia católica estaba allí, para amansar y civilizar poco a poco a los vencedores al convertirlos, y guardaba en sus monasterios el tesoro de las ciencias y letras con el que llevaría a cabo la educación de las grandes naciones modernas.

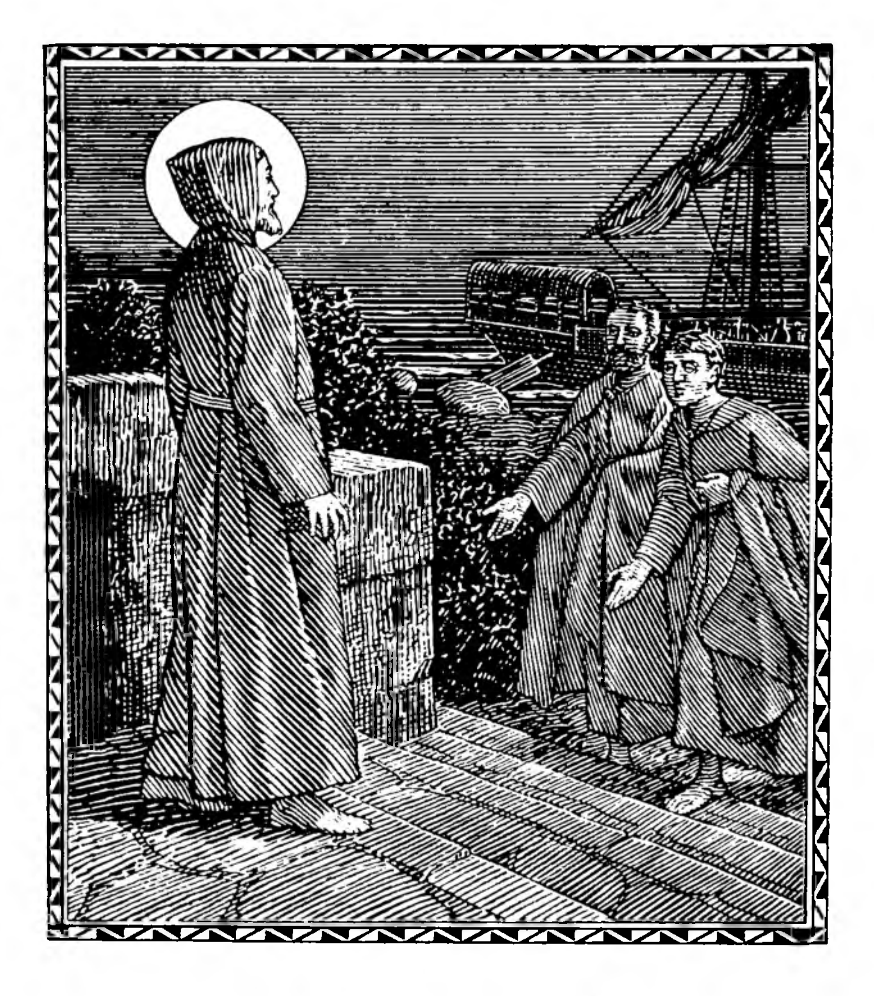
Honorato salía a veces de Leríns con algunos monjes para evangelizar las campiñas que se extienden entre el Ródano y los Alpes. En una de estas excursiones apostólicas, acompañáronle Santiago y Máximo en la predicación a los montañeses de los Alpes Grayos, entre los cuales había numerosos paganos que rendían culto especial a las serpientes. Los misioneros tuvieron que sufrir persecución más de una vez, pero su apostolado dió frutos duraderos. Expulsados de un valle, iban a otro; jamás los contratiempos fueron para los celosos monjes motivo ni ocasión de desánimo.

Refugiados por algún tiempo en el valle del Luc, quizá llamado así por los bosques *(lucus,* en latín), que son aun hoy día una de sus riquezas, formaron allí un núcleo cristiano que floreció con el tiempo. Más tarde, la principal parroquia de este valle, que por su notable castillo se llamó *el valle de Beaufort,* tomaría por patrono a San Máximo.

Las guerras causadas por la invasión de los borgoñones, interrumpen los trabajos de los misioneros, los cuales se reintegran a su abadía de Leríns. Santiago no tarda en volver con varios sacerdotes para fundar definitivamente la diócesis de Tarentaise de la que fué primer obispo (420-429). Poco tiempo después Honorato, designado, muy a pesar suyo, arzobispo de Arlés, nombró a Máximo para sucederle en el gobierno de la abadía (426).

MÁXIMO, ABAD DE LERÍNS

EL nuevo superior mostróse digno sucesor de su maestro, y la abadía continuó floreciente bajo su sabia dirección. «De entre todos los retiros habitados por los servidores de Cristo, me gusta y prefiero mi querido Leríns —escribía San Euquerio—. Merecía haber sido escogido por Honorato, padre de santos, fundador en el que revive la majestad de los patriarcas y de los apóstoles y pontífice actual de Arlés. Menos mal que Leríns ha conservado a Máximo, hombre sin duda eminente, pues ha sido



CIERTA *noche descubre San Máximo en la orilla un maravilloso navío. Desembarcan dos extranjeros y con mucha reverencia le invitan a ir con ellos a Jerusalén, donde se le espera para honrarle. El Santo entiende que aquello es fantasmagoría diabólica, hace la señal de la cruz y todo desaparece.*

juzgado digno de suceder a Honorato en el gobierno de los monasterios... ¡Dios mío!, ¡cuántos santos y cuántos ángeles he visto allí! El perfume del alabastrino vaso evangélico, no exhalaba más suave olor. Era aquélla como una atmósfera de vida celestial. El resplandor de la vida íntima iluminaba los semblantes. Los monjes viven unidos por la más ardiente caridad, son humildes y piadosos; anímales una esperanza invencible; son prontos en la obediencia; modestos en el porte; comedidos en el trato, y refleja su mirar la paz y serenidad interiores.

»Diríase que forman un batallón del ejército celestial. Nada codician, sino a Dios, al que ya poseen; aspiran a la vida bienaventurada y la disfrutan ya; suspiran por el cielo y el cielo está en su morada. Ni siquiera el trabajo deja de ser para ellos inmensa fuente de alegría, puesto que encuentran en él al Dios que será su recompensa.

»¡Oh amado Hilario, qué dicha la tuya que puedes vivir en medio de esa colonia de ángeles! Suplícote que no apartes de tu memoria a pecador tan miserable como yo. Encomienda mi debilidad a las oraciones de esos santos. Como Israel, habitáis en el desierto, para después entrar con Jesús en la tierra prometida.»

El sacerdote Hilario a quien San Euquerio dirigía esta conmovedora carta, debía suceder más tarde a San Honorato en la silla arzobispal de Arlés.

LA SEÑAL DE LA CRUZ Y LOS DEMONIOS

ERA verdaderamente admirable la solicitud de Máximo en el gobierno de los monjes. Cuenta su historiador que cada noche, mientras los Hermanos dormían, visitaba el monasterio para observar si todo estaba tranquilo y en orden.

En cierta ocasión, vióle un religioso joven e, incitado por la curiosidad, siguióle de puntillas. El santo abad continuó su camino, cuando, de repente, en forma de monstruo espantoso y rodeado de llamas, presentóse ante él el demonio. El joven, lleno de indecible temor, huyó corriendo a su celda y cayó en su lecho, presa de ardiente fiebre. Máximo, sin conmoverse, hizo la señal de la cruz y la bestia desapareció. Terminada la ronda, volvió a ver al enfermo, rezó junto a su cama y le obtuvo repentina curación.

Otra noche, haciendo también la ronda del monasterio, divisó el Santo en el mar un hermosísimo navío del que desembarcaron dos extranjeros. Aproximáronsele, le saludaron con apariencias de extraordinario respeto, alabaron con gran entusiasmo sus virtudes, e invitáronle a subir en su navío para conducirlo —decían— a Jerusalén, donde el pueblo le esperaba ansioso para honrarle.

—Cuando el Señor ilumina a sus siervos —dijo Máximo sin inmutarse—, poco valen, Satanás, tus fantasías.

Después hizo la señal de la cruz y toda la fantasmagoría diabólica desapareció en las aguas. De vuelta al convento, tocó a Maitines, y, acompañado por sus religiosos, cantó las alabanzas de Dios con más fervor que nunca.

OBISPO DE RIEZ

LA fama del abad de Leríns se extendía cada vez más, y muchas Iglesias hubieran querido por pastor a aquel hombre admirable, cuyo venerable rostro predicaba santidad. Muerto el obispo de Frejus, el clero de aquella diócesis envió una delegación a Leríns. Pronto conoció Máximo sus intenciones y huyó apresuradamente. Fué a esconderse entre las rocas del bosquecillo de la isla y durante tres días con sus noches, nadie tuvo noticias de él, y por más que le buscaban, no podían hallarle. Hacía un tiempo espantoso —dice uno de sus discípulos, del que poseemos un discurso en alabanza del Santo—, por lo que los monjes estaban con gran inquietud por su abad. Al fin, los de Frejus, desesperando de poder dar con el humilde fugitivo, alejáronse en busca de otro obispo; el abad volvió entonces gozoso a su monasterio.

Sin embargo, quería la Providencia que fuese obispo. Sucedió que, llegados los enviados de la ciudad de Riez que deseaba tenerle por pastor, huyó Máximo en una barca y fué a buscar refugio en las costas de Provenza. Pero acabaron por dar con él y le condujeron triunfalmente a Riez en donde fué consagrado obispo. Era el año 433.

Conforme el Santo con la voluntad de Dios, entregóse de lleno a la salvación de sus diocesanos y colmó las esperanzas que en él habían puesto. En el trono episcopal, continuó viviendo como un monje en la abadía de Leríns, en completa pobreza, humildad y austeridad. Ayunaba frecuentemente, llevaba cilicio, pasaba largas horas en oración, administraba justicia e instruía a su pueblo con discursos llenos de unción y doctrina que hacían en las almas grandísimo bien.

Hizo construir en Riez una iglesia en honor de San Albino. Durante los trabajos, aconteció que una yunta de bueyes que llevaba fuertes columnas destinadas a sostener el edificio, detúvose de pronto sin que nadie pudiese hacerla avanzar. Los bueyes se enfurecían por los golpes y pinchazos de la aguijada, pero parecía como que estuviesen uncidos a una montaña. Comunicaron el caso a Máximo, que fué apresuradamente a la cantera:

—Basta ya —dijo— de pegar sin razón a los animales; porque es nuestro enemigo quien levanta obstáculos que vosotros no percibís.

Hablaba así porque acababa de descubrir un diablo que, bajo la forma de un espantoso negrito, impedía avanzar a los bueyes. Rogó el Santo al Señor; el demonio huyó y la yunta siguió su marcha tranquilamente.

RESUCITA A TRES MUERTOS

UN diácono llamado Ansano, había tomado a su cargo a un sobrino huérfano al que amaba como a hijo. Un día, jugando el niño con sus compañeros en las murallas de Riez, cayó de lo alto y se partió la cabeza. Avisado luego Ansano, acudió apenadísimo, cogió en sus brazos el cadáver ensangrentado, lo llevó a la cámara del obispo, y corrió a echarse a los pies del pontífice que estaba en la iglesia.

Máximo se negaba por humildad a levantarse; pero, por fin, consintió y se fué con él; se arrodilló cerca del cadáver, oró con fervor y el muerto se levantó lleno de vida. Los que habían seguido al obispo, exclamaron arrebatados de entusiasmo:

—¡Bendito sea Dios! ¡Bendito sea Dios!

Y se apretujaban para ver al resucitado mientras el Santo corría a esconderse cual si estuviera avergonzado de aquel su valimiento.

Una viuda perdió a su hija única y después de haberla puesto ella misma en el ataúd, fué a ver al obispo; pero los sollozos entrecortaban su voz. Comprendió Máximo la tragedia de aquella pobre mujer y siguióla a su casa. Pidió que le dejasen un momento solo en oración ante la difunta y poco después llamó a la dichosa madre y le devolvió la hija resucitada. Las gentes testigo de este prodigio, quedaron tan conmovidas y admiradas que, siguiendo al obispo, le cortaban pedazos de sus hábitos para conservarlos como reliquia. La larga túnica del Santo fué de tal modo destrozada, que no pudo servir más. La iglesia de Riez la conservó mucho tiempo con gran respeto como una verdadera joya.

Máximo resucitó también a un joven fallecido a causa de las mordeduras de un perro rabioso; además, con su hálito, dió muerte a la bestia. Curó a otro hombre horriblemente herido de una cornada y dió vista a un ciego que llevaba quince años sin ver. Dice su historiador que hizo otros muchos milagros, que él omite por no alargarse en demasía. Ciertamente era un hombre lleno del Espíritu Santo.

No tendía menos al bien general de la Iglesia, que al de su propia diócesis. En 439, llevado por su ardiente celo en procurar por todos los medios la gloria de Dios, asistió a un Concilio provincial en la ciudad de Riez, a otros dos muy importantes de Provenza y al de 454 en Arlés, en los que tomó parte muy activa.

DÍAS POSTREROS

EL Señor comunicó a Máximo el día de su dichosa muerte. Entonces, el santo obispo rogó humildemente a los fieles de Riez que le permitiesen ir a visitar por última vez su país natal, para despedirse de sus familiares y de sus amigos, antes de emprender viaje hacia Dios.

Al llegar declaró venía para morir entre los suyos, cosa que iba a suceder aquel mismo día. Esta noticia cambió en tristeza la alegría que todos habían experimentado al recibirle. Por la tarde se tendió en una cama como para dormir, y entregó su bella alma al Criador a la hora de Maitines. Era el 27 de noviembre del año 460.

El cuerpo del bienaventurado obispo fué llevado a Riez; los pueblos agolpábanse emocionados al paso del cortejo pues todos querían ver el cadáver del Santo. Pasaron cerca de una aldea en el momento de llevar a la tumba el cadáver de una joven. Los que la llevaban pidieron que hicieran tocar el ataúd de la joven con el del santo obispo. Fuéles permitido y toda la muchedumbre, que bien conocía la poderosa influencia del Santo ante el Señor, arrodillóse y púsose a rezar con profunda fe. Estaban en sus oraciones cuando, en medio del estupor y alegría de todos, levántose la joven llena de vida y tomó parte en el cortejo que acompañaba las reliquias del santo obispo.

Tras haber celebrado funerales solemnísimos, dieron sepultura al cuerpo de San Máximo en la iglesia de San Pedro, de Riez; iglesia que él mismo había hecho construir y a la que más tarde se dió su nombre.

SANTORAL

NUESTRA SEÑORA DE LA MEDALLA MILAGROSA (véase en el tomo «Festividades del Año Litúrgico», pág. 530). Santos **Máximo, abad y obispo;** Basileo, obispo, Auxilio y Saturnino, mártires en Antioquía; *Ansurio, obispo de Orense;* Valeriano, obispo de Aquilea, y Acario, de Tournay y Noyón; Virgilio, obispo de Saltzburgo y apóstol de Carintia; *Facundo y Primitivo —hijos del centurión San Marcelo—, mártires; Barlaán y Josafat, confesores;* Pinufo, abad; Acacio, presbítero, e Irenarco, mártires en Sebaste; Secundino, presbítero Santiago el Interciso, mártir en Persia; Laberio, mártir, venerado en Saponario (Italia); Maarsapor, mártir en Persia; Gustano, monje; Román de Cilicia y Eusicio, anacoretas; Severino, monje y solitario, venerado en París. Conmemórase en León la traslación del cuerpo de San Pelayo. Beatos Leonardo Kimura, Domingo Jorge, Andrés Tocuán, Juan Xoum y Como Taquea, mártires en el Japón. Santas Marina, mártir en Galicia; Mora de Benhor, mártir en Etiopía; siete santas mujeres mártires en Sebaste de Armenia (durante su tormento convirtióse a la fe San Irenarco); Bilildis, abadesa.



El perro recadero — Moneda de Leonisa y Constantino

DÍA 28 DE NOVIEMBRE

SAN ESTEBAN EL JOVEN

MONJE, MÁRTIR EN CONSTANTINOPLA, Y SUS COMPAÑEROS
(715 - hacia el 764)

EL monte Scopa —que aun en la actualidad se llama de San Auxencio, por el primer ermitaño conocido que lo habitó— es una colina al este de la ciudad de Calcedonia —hoy Kadi Koy—, que tuvo gran importancia en la historia religiosa de Bizancio. Durante más de ochocientos años, habitaron en sus grutas y monasterios numerosos ermitaños y cenobitas. Después de San Auxencio († 472), hiciéronse famosos sus discípulos Sergio, Bendidiano y Gregorio. Al principio del siglo VIII la vida monástica estaba en pleno auge en la cumbre y en las laderas del monte Scopa. Allí vivió un solitario llamado Juan, cuya extraordinaria reputación aun fué superada por la de su discípulo Esteban el Joven. Esteban, con el tiempo, había de dirigir varios monasterios y morir mártir en la persecución iconoclasta de Constantino Coprónimo, junto con otros 342 monjes, según el Martirologio romano. Su biografía fué escrita hacia el año 807 por un tal Esteban, diácono de Santa Sofía.

Según ella, el nacimiento de Esteban en 715, vino a ser como la recompensa de un voto que su madre hiciera a la Santísima Virgen en el célebre santuario constantinopolitano de las Blaquernas. Un hecho extraordinario

fué la ocasión de su nombre: Juan y Ana, sus padres, asistían a la toma de posesión del santo patriarca Germán. Ana, en las puertas de Santa Sofía, subida en un poyete para poder verle mejor, gritó al patriarca cuando pasaba:

—Bendecid al niño que el Señor me va a dar.

—Que Dios lo bendiga por intercesión del primero de los mártires —respondió el Santo.

Fué bautizado en Santa Sofía por el mismo prelado que le había dado la bendición antes de su nacimiento, y se le impuso el nombre del protomártir San Esteban.

El niño pasó santamente la infancia y la juventud; y, ya en la escuela, señalóse por su prodigiosa memoria, que le permitía retener perfectamente extensísimos textos de la Sagrada Escritura. Aficionóse de manera extraordinaria al estudio de las obras de San Juan Crisóstomo y de la Biblia. Cuando tuvo dieciséis años, llevólo su madre al monasterio del monte Auxencio para consagrarle al servicio de Dios, como tenía prometido desde antes que el niño naciera. Presentado por sus padres al abad Juan, luego conoció éste los designios de Dios sobre aquel mozo. Admitióle, pues, con gran alegría de su alma, y sin titubeos, hízole la tonsura y revistióle el hábito religioso (731).

EN EL MONASTERIO. — UNA PREDICCIÓN

EL nuevo monje de dieciséis años, deseoso de imitar las virtudes de su padre espiritual, entregóse a vigilias y ayunos con fervor de perfecto religioso. Prefería las ocupaciones más humildes y más duras. Encargáronle de proveer de agua al monasterio; la fuente estaba muy lejos, montaña abajo, y era preciso seguir un camino muy áspero para llegar a ella; Esteban cumplía este menester cotidianamente, tanto en verano como en invierno, sin descuidar ninguna de las prácticas de la vida monástica.

Cuidábase de los encargos y recados de un monasterio de religiosas donde estaba la tumba de San Auxencio, y se cuenta que, para no distraerse demasiado en estos viajes, había enseñado a un perro a llevar las cartas y traer los objetos pedidos. El animal llamaba la atención por su inteligencia y entera docilidad.

Una tarde, a la vuelta de una de sus habituales correrías, vió Esteban al venerable padre Juan que, apoyada la cabeza en una piedra de la gruta, vertía abundantes lágrimas. Postróse como de costumbre para pedir su bendición, pero el anciano le dejó mucho tiempo inclinado y sin hablarle. Levantó por fin la cabeza y dijo:

—Por tu causa, hijo mío, vierto estas lágrimas, porque Dios me ha revelado que este monasterio, después de haber prosperado algún tiempo bajo

tu dirección, será luego derribado por los enemigos de las santas imágenes.

Entristecióse Esteban por estas palabras y exclamó:

—¿Sabéis, acaso, si pereceré yo también vencido por la herejía?

—No lo permitirá Dios, hijo mío —respondió el anciano—; pero bueno es que, como dice San Pablo, estés vigilante y precavido, porque sólo el que perseverare hasta el fin será salvo.

Después de este saludable aviso, el abad predijo más claramente al monje cuáles serían sus combates en el porvenir y cómo habría de enfrentarlos.

DUELOS DE FAMILIA. — SOLEDAD COMPLETA

MURIÓ el padre de Esteban en Constantinopla y Juan envió entonces a su discípulo para que lo enterrase, y consolase a su afligida madre. Permaneció el religioso en la ciudad imperial el tiempo indispensable para arreglar los asuntos de familia, despidióse de una de sus de sus hermanas, consagrada a Dios en un convento de Constantinopla, y distribuyó a los pobres su fortuna. Decidió luego a su madre y a otra hermana suya a seguirle al desierto y se presentó con ellas en la gruta del santo abad Juan, el cual las bendijo con gran alegría. A poco, entraron ambas en el monasterio de religiosas a que acabamos de aludir.

El venerable Juan murió algún tiempo después, hacia el año 743 ó 746. Esteban convocó entonces a los solitarios de los alrededores, y juntos celebraron los solemnes funerales.

A pesar de su edad —tenía sólo unos treinta años—, fué elegido Esteban como sucesor del difunto.

A fin de no hacerse gravoso a nadie, dedicábase el nuevo superior a fabricar redes de pesca y a copiar libros. Muchos monjes hubieran querido tratarle y oír sus consejos, mas él prefería el silencio y la soledad.

Al fin, escogió a doce, tres de los cuales —Juan, Cristóbal y Zacarías— han alcanzado gran celebridad. Más tarde, aumentó su número hasta veinte; pero entonces (754 ó 757) dióles, para suplirle, un ecónomo llamado Marino y él se retiró a la cumbre de la montaña. Construyóse allí una celda que sólo tenía dos codos de largo por medio de ancho, y cuyo lado este, que estaba abovedado y a poca altura, le obligaba a encorvarse bastante, mientras la otra parte quedaba enteramente al descubierto.

Esteban se encerró allí ayudado de Marino, a quien había confiado su secreto. A la noche siguiente, al presentarse los monjes ante su antigua gruta para recibir la bendición, llamaron en vano. En cuanto comprobaron su ausencia, fué tal el concierto de lágrimas y sollozos que, oído por el solitario, no pudo contenerse más, y llamó a sus hijos con palabras de ternura.

Acudieron ellos y se apretaban alrededor de su estrecha celda. Anuncióles su resolución definitiva y los bendijo. Entonces sus discípulos exclamaron:

—¿Por qué, padre, abreviáis la vida con tales austeridades? ¿Es para dejarnos huérfanos?

—¿Podía obrar de otro modo cuando el Evangelio dice que el camino del cielo es estrecho? —replicóles él.

—Dejadnos a lo menos que pongamos un techo a vuestra celda para que no estéis expuesto a la intemperie —insistieron los monjes.

—El techo del cielo me basta —respondió Esteban mientras los despedía.

PERSECUCIÓN DE LOS ICONOCLASTAS

LOS fieles acudían al retiro del siervo de Dios para recibir sus consejos. Era por entonces el tiempo de la persecución de los iconoclastas. El emperador Constantino Coprónimo (740-775) trataba de destruir las imágenes de los santos y perseguía encarnizadamente a cuantos les rendían culto. Los monjes, celosos defensores de aquéllas, eran objeto especialísimo de su odio. De un modo particular, el emperador detestaba a Esteban, cuyos consejos eran mucho más atendidos, a causa de la gran influencia que le daba la santidad de su vida.

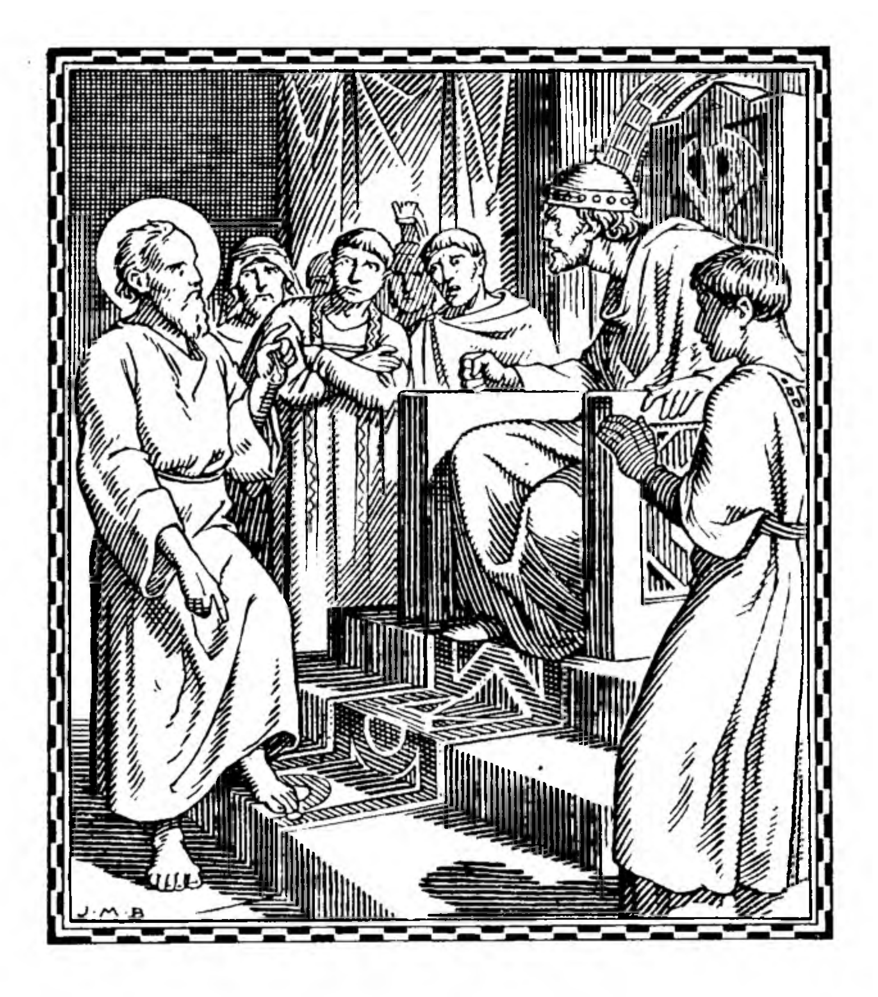
En 752, creyó llegado el momento de pedir al episcopado Oriental, dócil a sus órdenes, la decisión dogmática y los anatemas que podrían justificar la lucha contra las imágenes. En febrero de 753, en el palacio imperial de Hiera —o Fener Bagché— y luego en Santa María de las Blaquernas, reuniéronse los obispos y, ante la presión del emperador y de los prelados heréticos, rechazaron como forma de idolatría el culto a las imágenes de la Virgen y de los Santos; los iconófilos, serían perseguidos por la ley.

Armado de los decretos conciliares, el emperador envió al patricio Calixto, uno de sus funcionarios, para que exigiera de Esteban su adhesión a la fórmula redactada por los iconoclastas. Presentósele Calixto con palabras aduladoras y ofrecióle para los solitarios, de parte del emperador, higos, almendras y otros presentes. Esteban le replicó con indignación y dió, a favor de las sagradas imágenes, un ardiente testimonio de fe que terminó con estas enérgicas palabras:

—Aunque no me quedase más sangre que la suficiente para llenar el hueco de la mano, la derramaría gustoso en defensa de mis convicciones.

Y despidió al senador con sus presentes.

Al otro día, volvió Calixto con un pelotón de soldados: traía orden de conducir a Esteban al monasterio vecino y guardarle allí con sus monjes hasta que llegase la decisión imperial. Los soldados forzaron la puerta del



QUERIENDO *dar al emperador una lección y un ejemplo, San Esteban pisa en presencia de él la moneda que lleva su efigie y, ante la cólera del perseguidor, exclama: «¡Oh ceguedad! Si así os ponéis porque desprecian vuestra imagen, ¿qué castigo no merece el que ultraja la imagen del Hijo de Dios y la de su Madre?»*

reducto en que moraba el solitario y lo arrastraron brutalmente afuera. Observaron entonces que Esteban no podía andar: las articulaciones de sus rodillas, de continuo dobladas para orar, habíanse anquilosado. Fué preciso transportarlo hasta el monasterio que caía más abajo. Allí le juntaron con sus monjes. Estos confesores de la fe, quedaron seis días en el cementerio de las religiosas, expuestos a la intemperie, y sólo debieron la salvación a la necesidad que tuvo Coprónimo de los soldados para combatir a los búlgaros.

CALUMNIAS Y TRAICIONES

EL patricio Calixto no se dió por vencido. Llamó a Sergio —uno de los discípulos de Esteban— y, con promesas y dinero, consiguió que el desgraciado, en connivencia con un funcionario cobrador de impuestos en los puertos del golfo de Nicomedia, redactara un acta de acusación que contenía, entre otras falsedades, injurias que Esteban habría proferido contra el emperador. Contenía, asimismo, una acusación infame en la que se daba como cómplice del solitario a una dama, noble y virtuosa, llamada Ana, a quien él había dado el hábito religioso. Encontraron también una falsa testigo: la propia criada de Ana, seducida con la promesa de un brillante matrimonio. Cuando todo estaba preparado, llegó la noticia al emperador, que guerreaba contra los búlgaros. Lleno de alegría, mandó Constantino que le presentasen a la religiosa acusada. Estrechada inútilmente con preguntas hábiles y capciosas, encerráronla luego en oscura cárcel. Fué allí reciamente azotada con varas, mas no se pudo obtener ni una sola palabra desfavorable a Esteban. Solamente la criada, seducida, como hemos dicho, presentó el falso testimonio tal como se lo habían inspirado sus malvados pagadores; mas, habiéndoles fallado tan inesperadamente la bien urdida farsa, dejaron pasar unos días sobre el asunto.

Imaginó el emperador otra estratagema para acabar con el defensor de las sagradas imágenes. Entre sus pajes estaba Jorge Sincleto, bello, vigoroso y de espíritu sagaz. Envióle al monte Auxencio para que, fingiendo piedad y disgusto del mundo, pidiera el hábito religioso. Tan pronto como lo tuviera, debía huir del monasterio y volver a la corte con su nuevo traje. El incidente produciría gran impresión y se podría perseguir a Esteban violentamente por su ingratitud con el emperador, al que quitaba los pajes para convertirlos en ermitaños. El truco salió bien, puesto que el enviado ejecutó admirablemente su cometido. A los tres días, Esteban, que nada sospechaba, cortóle el cabello y dióle el hábito. Fugóse en seguida el paje y es fácil imaginarse los aspavientos del emperador al recibirlo de aquella guisa. Reunida la asamblea popular, contóle el caso e hizo maldecir a Esteban.

RUINA DE LOS MONASTERIOS. — DESTIERRO

DURANTE el otoño del mismo año 760, los soldados volvieron al monte Auxencio y destruyeron los monasterios, porque —según decían— impedían el desarrollo de la caza. Era orden del emperador. Los monjes fueron maltratados y dispersos. Esteban, de nuevo aprisionado, y cubierto de toda suerte de injurias, quedó finalmente encerrado durante diecisiete días en el monasterio Filípico de Crisópolis —hoy Escutari—.

Allí le envió el emperador algunos obispos iconoclastas para que procuraran atraerle al error. Recibiólos el prisionero en la sala del baño, donde le tenían encerrado, con grillos en los pies, y respondió victoriosamente a cuantos argumentos se le expusieron, y negóse a reconocer su pretendido concilio, porque se había celebrado a espaldas de la autoridad pontificia y sin la aprobación de los patriarcas de Oriente. Tuvo que sufrir malos tratos de los carceleros y hasta del mismo obispo herético de Nicomedia. Por fin regresaron a Constantinopla los comisionados, declarándose vencidos. Durante su estancia en Crisópolis, Esteban no tomó alimento alguno.

El superior del monasterio, que estaba estonces muy enfermo, creyóse próximo a la muerte e hizo llamar a su huésped para darle la última despedida y recibir algunos avisos espirituales. Sin embargo, el enfermo, que notara cómo su mal disminuía a medida que Esteban le iba hablando, levantóse completamente curado cuando el Santo le dió a beber un poco de vino en su copa.

El emperador acabó por desterrar a Esteban a la isla de Proconeso, en el mar de Mármara, donde el santo monje encontró una hermosa gruta que los insulares habían convertido en santuario dedicado a Santa Ana, madre de la Santísima Virgen; gruta que él escogió por morada, dispuesto a reiniciar su vida eremítica.

A aquel lugar fueron a encontrarle todos sus discípulos, menos dos. Su madre y su hermana volvieron a su lado y practicaron bajo su dirección, no lejos de aquel retiro, los ejercicios de la vida religiosa empezados en el monte Auxencio. Murieron ambas poco después, con unos siete días de intervalo. Esteban, que había construído una especie de torrecita, encerróse para poder practicar con más libertad sus antiguas mortificaciones. Desde lo alto de su observatorio, contemplaba la inmensa extensión del mar, y, cuando la veía alborotada por la tempestad, oraba por los viajeros que pudieran hallarse en peligro; de este modo salvó a muchos del furor de las olas, pues Dios nuestro Señor atendía con amor a su fervoroso siervo.

Parecería suficiente calvario el que había tenido que sufrir el santo monje, pero aun le reservaba el Señor más abundantes y decisivas pruebas.

OTRA VEZ ANTE EL EMPERADOR

UN soldado del emperador, oriundo de Armenia, había dejado el servicio militar a causa de una parálisis casi completa. Lleváronlo a Esteban en su retiro y obtuvo que el monje le curase haciéndole venerar las imágenes de Jesús y de María. De vuelta a Constantinopla, el armenio contó a sus compañeros el milagro de que había sido objeto. Este relato levantó mucho revuelo en el ejército, sobre todo porque la curación había sido obtenida por medio de las sagradas imágenes que con tanto encarnizamiento perseguía el emperador. Sabido el hecho por Constantino, llamó al soldado favorecido con el milagro y le amenazó de tal modo que el soldado consintió en ultrajar las sagradas imágenes que le habían salvado. Pronto fué nombrado centurión. Orgulloso de su ascenso, salía una vez a caballo con ánimo de lucirse, cuando he aquí que el bruto le derriba y se pone a cocearle con tal fiereza que le dejó muerto.

Algún tiempo después, el emperador ordenó que Esteban fuese conducido a Constantinopla y encerrado en la cárcel de Fiale, con esposas y grillos. Tuvo entonces Constantino una larga discusión con su víctima y sólo consiguió quedar confundido en presencia de sus cortesanos. Esteban presentó al emperador una moneda con su efigie y le preguntó:

—¿De quién es esta figura e inscripción?

Coprónimo, extrañado, le respondió:

—¿De quién ha de ser sino del emperador?

—Y si alguien —continuó el monje, mientras miraba a los cortesanos— se permitiese arrojar esta imagen al suelo y la pisotease, ¿le castigarían?

—Ciertamente —exclamó al punto uno de ellos.

Entonces Esteban dió un gran suspiro y exclamó:

—¡Oh ceguera impertinente! Si se castiga con la muerte un insulto hecho a la imagen del emperador mortal, ¿qué castigo será necesario dar al que ultraje las imágenes del Hijo de Dios y de su Madre?

Y al decir esto, arrojó la moneda, y la pisoteó. Los cortesanos quisieron lanzarse sobre él, pues era culpable de lesa majestad. A poco de aquella escena fué condenado a muerte, y, en espera de la ejecución, le llevaron de nuevo a la prisión.

Como él estaban detenidos en la cárcel del pretorio otros trescientos cuarenta y dos monjes, tres de los cuales, Basilio, Pedro y Andrés, tienen su nombre inscrito en el Martirologio. Todos ellos sufrieron persecución a causa de las sagradas imágenes y muchos fueron completamente desfigurados o mutilados por los suplicios que experimentaron. Durante su encierro, vivieron en comunidad bajo la dirección de Esteban, y la cárcel se convirtió entonces

en un monasterio en donde noche y día se oían alabanzas a Dios. En los tiempos libres, los cautivos se contaban unos a otros los hermosos rasgos de que habían sido testigos durante la persecución. Los carceleros no podían contener su llanto ante tan piadoso y conmovedor espectáculo.

Así transcurrieron algunos meses: acercábase el momento supremo. En sus últimos días, el confesor de la fe quiso practicar ayuno completo.

MARTIRIZADO EN LA CALLE

UN día en que Coprónimo se hallaba entregado a los placeres sensuales, unos subalternos arrancaron a Esteban de su encerramiento y lo arrastraron por las calles de la ciudad, mientras lo molían a palos y puntapiés y le llenaban de injurias. Al pasar delante de la iglesia dedicada a San Teodoro, hizo Esteban un supremo esfuerzo, se levantó y rindió homenaje al glorioso mártir. En este momento, un miserable, llamado Filomacio, con un golpe de extraordinaria violencia, le quitó la vida.

Era, probablemente, el 28 de noviembre del 764. Aun continuaron arrastrando el cadáver. Las mujeres y los mismos niños le lanzaban piedras; un pastelero le partió la cabeza con un atizador. El cerebro y la sangre esparcidos por el suelo, fueron luego recogidos por un cristiano llamado Teodoro.

Aquellos monstruos, después de haber ultrajado las venerandas reliquias como queda dicho, llegáronse al monasterio de Monoción, en donde una de las hermanas del mártir era religiosa. Pretendían obligarla a que con ellos las apedrease, pero pudo ella ocultarse a tiempo. Lo que quedaba del cuerpo fué arrojado a un muladar.

Las iglesias latina y griega celebran la memoria de San Esteban el Joven y de sus trescientos cuarenta y dos compañeros el día 28 de noviembre.

SANTORAL

Santos **Esteban el Joven, monje y mártir;** Gregorio III, papa; *Conancio, obispo de Palencia;* Silvestre, obispo de Autún, y Felipe, de Viena (Francia); Papiniano, Mansueto, Urbano y Félix, obispos, mártires de los vándalos arrianos; *Famiano o Quardo, monje;* Santiago de Ancona, franciscano; Basilio, Pedro, Andrés y otros trescientos treinta y nueve monjes compañeros de San Esteban el Joven, mártires de los iconoclastas; Sóstenes, citado por San Pablo en su primera Epístola a los Corintios, mártir; Rufo, mártir en Roma bajo Diocleciano; Teodorito, mártir en Antioquía; Teódulo, Trófimo y compañeros, mártires en Siria; Hilario, senador; Máximo de Wismes, confesor. Beatos *José Pignatelli, de la Compañía de Jesús;* Pedro Alfaro, franciscano. Santa Quieta, esposa del senador San Hilario. Beata Ana Morales, carmelita.



Destructor de ídolos — Instrumento del martirio

DÍA 29 DE NOVIEMBRE

SAN SATURNINO

OBISPO Y MÁRTIR (siglo I o II)

SEGÚN antigua tradición, Saturnino era de sangre real y por su madre, Casandra, descendía de los Tolomeos, soberanos de Egipto durante mucho tiempo. Nació en Patras, de Acaya —provincia de Grecia—, al comienzo de la era cristiana. Siendo joven todavía, viajó por Siria para completar la esmerada educación que sus padres le dieran. Con esta ocasión oyó hablar de Juan Bautista, profeta extraordinario que con sus heroicas virtudes y sublimes enseñanzas atraía las multitudes hacia las orillas del Jordán.

Convencido por la nueva doctrina, no vaciló en hacerse bautizar; luego siguió al Precursor en calidad de discípulo. Tuvo así ocasión de conocer a Nuestro Señor cuando Jesús se trasladó desde Nazaret a las orillas del Jordán para ser bautizado, y de oír la confesión con que San Juan daba público testimonio del Divino Redentor:

—He aquí el cordero de Dios; he aquí el que quita los pecados del mundo.

Saturnino, que entendió al punto el significado de estas palabras, comprendió que Jesús era el Mesías verdadero anunciado por los profetas, y no vaciló en abandonarlo todo para seguirle. Fué uno de los setenta y dos discí-

pulos del Salvador de que habla la Sagrada Escritura, testigo de su predicación y de sus milagros, de las amarguras de su Pasión y Muerte y de las alegrías de la Resurrección.

Después de ésta, hallábanse los Apóstoles y discípulos reunidos en el Cenáculo cuando Jesús apareció en medio de ellos y les dijo:

—La paz sea con vosotros. Soy yo, nada temáis. Ved mis manos y mis pies. Tocadme y vedme. Un espíritu puro no tiene carne ni huesos como los tengo yo.

Y como dieran muestras de vacilación y aun de incredulidad, añadió:

—¿Tenéis algo que comer?

Fué precisamente Saturnino quien se apresuró a servirle un trozo de pescado asado y un poco de miel.

Después de la venida del Espíritu Santo, y favorecido con sus dones, hízose colaborador de San Pedro en su predicación por Palestina, Siria, Asia Central y Asia Menor; y, habiendo establecido por entonces el Príncipe de los Apóstoles su cátedra en Antioquía, allá iba nuestro Santo de tiempo en tiempo para darle cuenta de sus trabajos apostólicos y presentarle a sus nuevos convertidos a fin de que San Pedro los confirmase en la fe.

Dotado por el Señor de una hermosura varonil, su aspecto predisponía en su favor; sus labios no se abrían más que para hablar la verdad, y era sapientísimo en sus juicios, por lo que gozaba de gran ascendiente entre cuantos le trataban, todo lo cual contribuía en gran manera a los extraordinarios éxitos de su predicación.

Sabido es que San Pedro, después de haber hecho de Antioquía el centro de su apostolado durante siete años, partió para Roma, entonces capital del mundo pagano, por orden del Espíritu Santo. Saturnino debió ser del número de los varones apostólicos que el Príncipe de los Apóstoles llevaba consigo para extender la luz del Evangelio a las comarcas de Occidente. Había sido consagrado por el mismo Apóstol. Junto con él viajaba San Papul, hijo del prefecto romano de Antioquía.

Este es el relato tradicional, tal como ha llegado hasta nosotros, y con el que parecen no estar muy de acuerdo los hagiógrafos modernos.

ENVIADO A LAS GALIAS

EN el fondo, la cuestión de la fecha en que ha vivido un santo, es de una importancia secundaria. Lo esencial es la realidad del personaje y la veracidad de sus virtudes. Trátese del siglo I o del III, lo cierto es que Saturnino venía de Roma y que, como los primeros misioneros apostólicos, llegó a las Galias por el valle del Ródano. También lo es que en su viaje, iba predicando por donde pasaba las verdades de la fe. En todas partes en-

contró la idolatría triunfante, y los pueblos sujetos a infames supersticiones. Sus palabras que hacían estremecer a los adoradores de los ídolos, provocaron las más terribles amenazas, pero nada fué capaz de frenar su apostólico celo. Iba, con preferencia, a los lugares donde los demonios tenían más sólido prestigio y fundaba comunidades cristianas, construía oratorios, y dejaba sacerdotes para atender a los fieles y mantenerlos firmes en la fe.

De este modo llegó a la ciudad de Arlés, a orillas del Ródano, que era por entonces la más importante de las Galias. Durante el tiempo que allí estuvo, tanto pudo con sus milagros y predicaciones, que ganó innumerables almas para Jesucristo.

De la ciudad de Arlés, pasó, con el mismo feliz éxito, a la de Nimes, célebre ya, y a las demás poblaciones de la Galia Narbonense. En Nimes logró una conquista de gran valor, al convertir para Cristo a un joven llamado Honesto, dotado de brillantes cualidades naturales, e hijo de uno de los labradores más ricos de la comarca. Después de haberle bautizado, Saturnino propúsole un cambio radical de vida invitándole a que le siguiera y a procurar a otros la misma suerte que él acababa de recibir. Honesto, que era el honor y la esperanza de su familia, aceptó la proposición con ardor; dejó a sus familiares, abandonó su casa y sus riquezas y siguió al apóstol de las Galias. En vista de las extraordinarias disposiciones de su nuevo compañero, instruyóle Saturnino en la ciencia y en las virtudes sacerdotales, y le ordenó de presbítero.

Una vez llegado a Carcasona, Saturnino, a quien acompañaban Papul y Honesto, quiso anunciar a los habitantes la buena nueva del Evangelio, pero su celo le acarreó una durísima prueba, Rufino, prefecto de la ciudad, hizo prender a los tres y encerrarlos en un infecto calabozo. Permitió Dios que fuesen tratados así a fin de que tuviesen ocasión de ser brillante testimonio de los cuidados que la Divina Providencia tiene con sus hijos, pues a la noche siguiente, les envió un ángel que rompió sus cadenas y les abrió las puertas de la cárcel.

APOSTOLADO DEL SANTO EN TOLOSA

CUANDO Saturnino llegó a Tolosa, término principal de su viaje apostólico, encontróse con su amigo San Marcial, que evangelizaba por entonces Aquitania y acababa de fundar un núcleo cristiano en Tolosa. Gran consuelo tuvieron los dos obispos al verse. El Señor, por su parte, quiso mostrar cuánto le agradaba la unión de estos dos hermanos de apostolado; y valióse para ello de un espléndido milagro que obraron juntos. Austris, hija del gobernador de Tolosa, enferma de cáncer y desahuciada por

los médicos, había hecho llamar a los dos extranjeros, cuyo poder sobrenatural era muy ponderado en la ciudad.

—Puesto que el Dios crucificado que vosotros predicáis es tan poderoso —suplicó humildemente—, rogadle que me cure.

—Quedarás curada —le contestaron— si abrazas su culto y su moral.

Accedió ella; instruyéronla debidamente, le administraron el bautismo y, al salir de las aguas regeneradoras, se encontró enteramente curada.

Después que se hubo ausentado San Marcial, convirtió Saturnino a una mujer llamada Ciríaca, esposa del presidente del Senado de Tolosa, gravemente atacada por la lepra. En el momento de salir ella de la piscina bautismal quedaron sus miembros sanos y limpios, como los de un tierno infante. Este prodigio dió nuevo ardor a la fe de Ciríaca y apuró la conversión de su familia; en cosa de poco tiempo abrazaba la fe de Cristo media ciudad.

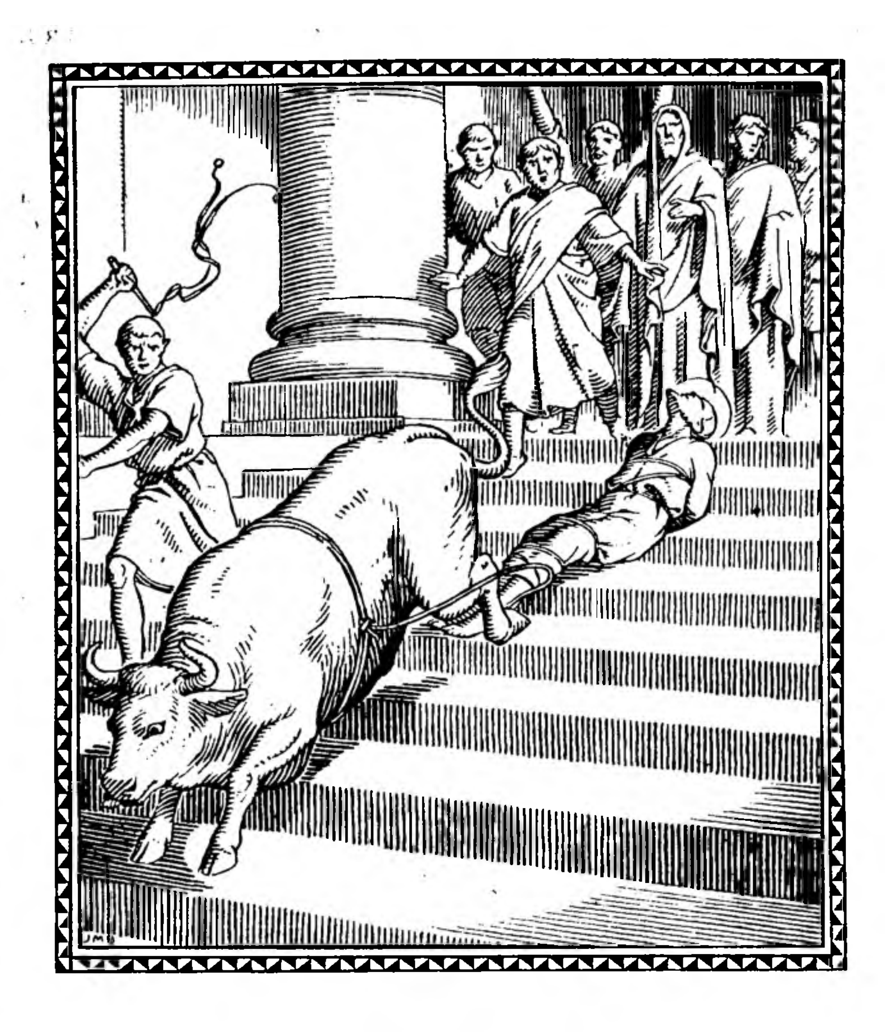
NUEVAS MISIONES

SATURNINO, activo e infatigable, instruía a los nuevos conversos, los confirmaba en la fe con milagros y buscaba incesantemente nuevas almas para arrancarlas a la tiranía del demonio. De todas partes acudían a presentarle enfermos que él curaba con la señal de la cruz; y a quienes luego instruía para devolverlos a sus casas con el don de la fe y la gracia del bautismo.

Cuando la Iglesia de Tolosa estuvo bastante bien organizada, Saturnino dirigióse a Gascuña. En *Villa Clara* —hoy Auch— dedicó al Príncipe de los Apóstoles la capilla que hizo construir, para que sirviese de lugar de reunión a los numerosos cristianos de la aldea.

Pasó luego a la ciudad de *Elusa* —Euze—, donde por su ministerio se convirtieron muchísimas almas. Construyóse allí otra capilla, que Saturnino dedicó a la Santísima Virgen. Fueron tan grandes los éxitos obtenidos por el santo apóstol en esta ciudad, que resolvió hacer de ella el centro de una provincia eclesiástica. Estableció en calidad de metropolitano o arzobispo a uno de sus mejores discípulos, San Paterno, oriundo de Bilbao, el cual, habiendo oído hablar de las maravillas obradas por Saturnino, había ido a oírle, y, una vez abrazada la religión cristiana, llegó a ser muy amigo de su ilustre maestro.

Saturnino volvió a Tolosa donde su presencia era necesaria para fortalecer la fe de los numerosos cristianos que había dejado, y trabajar en la conversión de otras almas. A pesar de esta serie de ocupaciones atraíanle las tierras de España, patria de su discípulo y colega San Paterno, y allí envió a San Honesto con misión apostólica.



ARRASTRADO *por un toro bravo, el cuerpo de San Saturnino va destrozándose al bajar por las gradas del capitolio; después sembrará las calles de despojos ensangrentados hasta que, rota la soga, queden los restos del santo mártir en el lugar donde hoy se levanta la iglesia de Santa María del Toro.*

VIAJE A ESPAÑA

PREDICANDO San Honesto un día en la ciudad de Pamplona, contaba cómo él mismo había aprendido la verdad de boca de Saturnino. Tres de sus oyentes, Firmo, Faustino y Fortunato, notables de la ciudad, se acercaron para decirle: «También ha llegado hasta nosotros la fama de sus virtudes y de los prodigios que realiza; rogadle que venga él mismo a hablarnos de lo que os ha encargado de decirnos, a fin de que por su autoridad y enseñanza creamos en vuestro Dios.»

No se hizo de rogar San Honesto; traspasó en seguida los Pirineos y volvió a Tolosa para llevar a su maestro aquel mensaje. Saturnino tributó a Dios ardientes acciones de gracias, confió la administración de la iglesia de Tolosa a San Papul, y, guiado por Honesto, encaminóse a España. Emplearon dieciséis días para cumplir el viaje y aun, durante ellos, tuvieron ocasión y tiempo para predicar a Cristo en algún lugar del trayecto.

En Pamplona los recibieron muy honrosamente; Saturnino se instaló cerca de un templo de Diana y comenzó a predicar. La muchedumbre que acudía a sus instrucciones era cada vez más numerosa; extraordinarios milagros atestiguaban la verdad de sus enseñanzas y la gracia de Dios, obtenida con austeridades y oraciones, conmovía a los oyentes. Millares de personas —llegóse a calcular cuarenta mil— pidieron el bautismo; entre ellas se contaba el senador Firmo, cuyo hijo mayor Fermín debía ser uno de los más celosos apóstoles de las Galias, primer obispo de Amiéns y mártir.

Saturnino consagró a Honesto obispo de Pamplona, y fué a sembrar la semilla evangélica a otras provincias de España, llegando hasta Toledo y Galicia. En estos viajes supo que Papul había sido martirizado y, para no dejar sin pastor a sus queridas ovejas de Tolosa, volvió apresuradamente a las Galias. Entró por el valle del Garona. En los altos de su marcha, predicaba la doctrina evangélica afirmando en la fe a sus anteriores convertidos.

CONFABÚLANSE LOS PAGANOS

SATURNINO residía en Tolosa; habitualmente, en la humilde vivienda que él se había habilitado. Salía de ella cada mañana para ir a celebrar la santa misa y los oficios divinos en su pequeño oratorio. Veíase obligado a pasar frecuentemente por delante del capitolio. Los paganos habían observado que, desde la llegada del Santo, los dioses, por medio de los cuales daban los demonios sus falsos oráculos, ya no respondían con aquella prontitud y seguridad de que hasta entonces habían hecho gala. Llamóles la aten-

ción tan extraordinaria coincidencia; y aun mucho más hubieron de notarlo cuando, después de haberse mostrado nuevamente habladores durante la ausencia del insigne apóstol, enmudecieron de manera definitiva al regresar él de su viaje a España.

Sorprendidos y escamados de tal estado de cosas, reuniéronse los sacerdotes idólatras junto con sus secuaces más decididos para consultar sobre lo que convenía resolver. Y aunque todos estaban de acuerdo en cuanto a sus proyectos, simularon una investigación para mejor disimularlos.

—¿Quién ha podido cerrar la boca de nuestros dioses? —exclamó uno de ellos—. En vano echamos a sus pies sangre de numerosas víctimas, pues no se dignan responder a los que vienen a consultarlos. ¿Estarán quizás enojados contra nosotros?

—Creo yo estar en el secreto de lo que os preocupa —dijo otro—. Bien sabéis que desde hace tiempo se ha establecido entre nosotros una secta llamada cristiana; ése es el verdadero enemigo de nuestra religión. El jefe de dicha secta, que se llama Saturnino, pasa a menudo delante del capitolio. Casi seguro que su presencia es la causa del silencio de nuestros dioses. Si queremos que vuelvan a hablar, habremos de dar muerte a ese extranjero.

—Pero —repuso alguno—, si nuestros dioses tienen miedo a un hombre, será porque ese hombre sirve a un Dios más poderoso que los nuestros; y, en este caso, más nos convendría adorar a ese Dios.

Aunque muy sensata, aquella observación fué muy mal acogida por la asamblea. En esto, según su costumbre, pasó Saturnino cerca del capitolio. Vióle uno de los idólatras y exclamó:

—Ahí está el sacrílego enemigo de nuestros dioses; si le dejamos que siga predicando la doctrina de Cristo, acabará por aniquilar nuestra religión. Apoderémonos de él; y si rehusa apaciguar a los dioses con un sacrificio, venguemos con su muerte el ultraje hecho a nuestras divinidades.

MARTIRIO DEL SANTO

ESTAS palabras excitaron contra el mensajero de Dios el furor de los que allí se encontraban. En un instante se produjo un espantoso tumulto. La multitud se abalanzó hacia Saturnino, al cual, después de haberle maniatado, hicieron los idólatras subir las gradas del capitolio. Colocado en medio de la asamblea, tomó la palabra el jefe de la reunión:

—Te mando —le dijo— que sacrifiques a los dioses; si desobedeces, serás tratado con el máximo rigor.

El santo anciano respondió con firme y serena majestad:

—Lo que me proponéis es insensato e impío. En vez de consentir en ello,

os exhorto a mi vez a que os arrepintáis de vuestras ofensas a la majestad del verdadero Dios; sólo así obtendréis su misericordia. Yo no ofrezco sacrificios sino al Señor Todopoderoso; y se los presento en el altar de mi corazón.

A tan nobles razones, respondieron los idólatras con una explosión de furor; empujáronle sin compasión y le golpearon hasta cubrirlo de heridas.

En este momento glorificó Dios a su siervo con un gran prodigio. Cayeron los ídolos de sus pedestales, y fueron a hacerse añicos ante el pontífice cristiano; con lo cual ya no reconoció límites la rabia de los verdugos. Pronto cundió por la ciudad entera la noticia de la caída de los ídolos, y el populacho pagano estalló en gritos y maldiciones.

—¡Qué desastre! ¿Cómo viviremos ahora? ¿Cómo subsistirá la ciudad? ¿Qué esperamos para dar muerte al sacrílego y vengar a nuestros dioses tan villanamente ultrajados?

Había en el capitolio un toro indómito, llevado allí para ser inmolado en sacrificio. Trajéronlo; rodearon su cuerpo con una soga a cuyo extremo ataron los pies del santo mártir, y soltaron al animal después de haberlo fustigado rudamente. Precipitóse el toro arrastrando a la víctima. Rompiósele a ésta el cráneo en las gradas, y la masa encefálica se esparció por el suelo. Y como el toro siguiera por las calles su carrera furibunda, el cuerpo del mártir quedó horriblemente destrozado. Rompióse finalmente la soga, y quedó abandonado el sagrado cadáver en el lugar que hoy ocupa la iglesia de Santa María del Toro.

Este glorioso martirio tuvo lugar el 29 de noviembre de un año que, según lo más probable —dicen los Bolandistas—, está entre el 250 y 260.

LAS SANTAS DONCELLAS. — CULTO A SAN SATURNINO

TEMÍAN los discípulos del santo mártir el furor de los paganos y no osaban dar sepultura a los restos mutilados de su maestro; pero dos vírgenes cristianas que habían recibido de Saturnino el bautismo, sin cuidarse más que del agradecimiento y cariño que profesaban al Santo, tuvieron el valor heroico de cumplir con él los últimos deberes.

Fueron primero a las gradas del capitolio y recogieron en un frasco los sesos del mártir y la mayor cantidad de sangre que les fué posible. Procuráronse después un ataúd de madera y en él pusieron el santo cuerpo, hicieron luego cavar, o tal vez cavaron ellas mismas, una fosa profunda en la que depositaron el precioso tesoro, aunque tuvieron buen cuidado de disimular la superficie de la tumba para que no pudiesen los paganos dar con ella y profanar los sagrados restos.

Los enemigos de la fe hicieron pagar caro a las dos cristianas su admirable

valor. El gobernador de la ciudad mandó que las llevasen a su presencia, y tras haberles afeado su buena acción, hízoles recorrer las calles a latigazos, entre las injurias del populacho, y, por fin, las expulsó de la ciudad. Gozosísimas de haber sufrido por Cristo, dirigiéronse ellas a Carcasona y se detuvieron en un lugar denominado Recaudo, donde terminaron su vida consagradas a ejercicios de piedad y a la práctica de las buenas obras.

Los habitantes del lugar, admirados de sus virtudes, las enterraron con grande honor en una capilla vecina dedicada a San Miguel. Tolosa ha guardado fielmente su recuerdo y, desde tiempos inmemoriales, ha celebrado la fiesta de las ***Santas Doncellas*** **el 17 de octubre. Este honor de que críticos exagerados consiguieron injustamente despojarlas, les fué restituído hacia fines del siglo XIX.**

Los cristianos de Tolosa acudían a menudo a orar sobre la tumba de su apóstol. Después de las persecuciones, San Hilario, obispo de aquella diócesis, construyó encima de ella un oratorio. A fines del siglo IV el obispo San Exuperio acabó una hermosa basílica comenzada por su predecesor San Silvio, y transportó solemnemente a ella las reliquias de San Saturnino. Es casi seguro que fundó cerca de la basílica un monasterio.

Más tarde el sagrado cuerpo del santo apóstol de Tolosa fué trasladado a la abadía de San Dionisio, cerca de París, por orden de Dagoberto I —siglo VII—. Luego, cediendo a las instancias de los tolosanos, les fué devuelto y allí descansa en medio de sus hijos, en la magnífica basílica que lleva el nombre del Santo.

El culto de San Saturnino se extendió a los países de Languedoc, el Nivernés, Turena, Normandía, la Isla de Francia y Lorena, así como por diversas regiones de España. El espantoso género de muerte que sufrió San Saturnino ha hecho que se le invoque contra los dolores de cabeza.

SANTORAL

Santos **Saturnino, obispo y mártir;** Emigdio de Tréveris, obispo en la Marca de Ancona; Mirocles, obispo de Milán; Rutoldo, obispo de Utrecht, y Sifredo de Carpentras (Francia); *Sisinio, presbítero, y Saturnino, mártires;* Brandón o Brendan, abad; Mahanes, mártir en Persia; Filomeno, mártir en Ancira de Galacia, bajo Aureliano; Paramón y trescientos setenta y cinco compañeros, mártires en tiempos de Decio; Blas y Demetrio, mártires en Veroli. Beatos *Federico de Ratisbona, agustino;* Alvaro Pelagio, obispo de Selva, en Portugal; Santiago de Benefactis, dominico, obispo de Mantua. *Venerable Bernardo Francisco Hoyos, de la Compañía de Jesús.* Santas Estratónica, virgen y mártir; Iluminada, virgen. Beata Rosata.


Barca del piadoso pescador — Instrumentos y alegoría del mártir

DÍA 30 DE NOVIEMBRE

SAN ANDRES

APÓSTOL (✝ 69?)

FUÉ San Andrés el primer Apóstol de Nuestro Señor. Natural de Betsaida, lugar próximo al mar de Galilea, ejercía con su hermano Simón el oficio de pescador. Como oyese referir lo que la fama pregonaba de San Juan Bautista, presentóse a él para recibir el bautismo de penitencia en las aguas del Jordán. Prendado de la doctrina y santidad del Precursor, resolvió quedarse en su compañía y hacerse discípulo suyo.

Llamábale Dios, empero, a una misión mucho más importante, porque debía ser uno de los gloriosos Apóstoles del Redentor del mundo. La primera entrevista que tuvo con el Divino Maestro, fué encantadora y sublime; leémosla en el primer capítulo del Evangelio que escribió San Juan. Fué precisamente este evangelista uno de los personajes de la escena, si bien, por modestia, no se da a conocer. Dice así:

«Hallábase un día el Bautista a orillas del Jordán con dos discípulos suyos y, viendo a Jesús que pasaba, les dijo: «Éste es el Cordero de Dios.» En oyendo esto, fuéronse los dos discípulos en seguimiento del Salvador. Entonces se volvió Jesús y, viendo que le seguían, les preguntó: «¿Qué buscáis?» Respondieron ellos: «Maestro, ¿dónde habitas?» «Venid y lo veréis», repuso

el Señor. Fueron, pues, y vieron donde moraba y se quedaron con Él aquel día; era entonces como la hora décima —las cuatro de la tarde—. Uno de los dos que siguieron a Jesús era Andrés, hermano de Simón Pedro. El primero a quien éste halló fué Simón, su hermano, y le dijo: «Hemos hallado al Cristo o Mesías», y le llevó a Jesús. Y Jesús, fijando los ojos en él, dijo: «Tú eres Simón, hijo de Juan; en adelante te llamarás Cefas», nombre que significa *piedra* o Pedro.

¿Fué pura casualidad el encuentro de Andrés con su hermano? Parece que no. Entienden los comentaristas que fué diligencia de su celo, porque en habiendo hallado al Mesías, y descubierto tan grande bien, ardió en deseos de que otros le conocieran. Y si es llamado el primero entre los Apóstoles, no es solamente porque había llevado a presencia de Jesús a su hermano Simón.

Después de esta primera conversación volvió Andrés a sus ocupaciones ordinarias de pescador. Poco más tarde, caminando Jesús por la ribera del mar de Galilea, en las cercanías de Betsaida, vió a los dos hermanos, Simón y Andrés, que echaban las redes, y les dijo: «Seguidme, que yo os haré pescadores de hombres.» Y añade el evangelista: «Y ellos dejaron en seguida sus redes y le siguieron.»

Desde este suceso, los evangelistas nombran muchas veces a San Andrés. A tanto llegó su familiaridad con el Divino Maestro, que los exegetas, y entre ellos San Beda, lo proclaman el «introductor» cerca de Jesús; pues a este apóstol se dirigían ordinariamente los que deseaban hablar con el Salvador y que, por timidez o por otra cualquier razón, no osaban acercársele. San Jerónimo atribuye este privilegio a que San Andrés era virgen.

APOSTOLADO DE SAN ANDRÉS

DESPUÉS de la venida del Espíritu Santo sobre el Colegio Apostólico, predicó Andrés en la Ciudad Santa, en Judea y en Galilea, hasta que llegó el momento de separarse los Apóstoles para llevar la buena nueva a lejanos países. Cúpole en suerte la evangelización de la Escitia, pero también recorrió la Sogdiana, Sacia, Etiopía del Irán, Galacia, Capadocia y Bitinia, hasta el mar Negro, alumbrando a todos esos pueblos con la luz de la fe. Pasó después a Tracia y llegó hasta el Epiro —la Albania actual—. Dice San Juan Crisóstomo que desvaneció los errores de los griegos; éstos le atribuyen, equivocadamente, la fundación de la Iglesia de Bizancio.

Estando el santo Apóstol en Patras, ciudad de Acaya, presenció un 30 de noviembre —que según muchas probabilidades sería el del año 69— un pomposo recibimiento: la entrada de un nuevo magistrado, griego de nación, que antes de asumir el cargo iba a ofrecer un sacrificio a los dioses.

Egeo —que así se llamaba el aludido magistrado— estaba ya prevenido contra los cristianos por los sacerdotes de Ceres. De pronto se dirige hacia él un venerable anciano de aspecto humilde y mirada serena.

—¡Oh Egeo! —le dice—; da al César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios.

Lo extraordinario del caso hace detener el desfile. Están cerca del puerto, entre las murallas que unen la ciudad a la ribera, entre huertos, olivares, naranjales y viñedos. A medio kilómetro aparecen las casas de la ciudad, dominadas por los dorados templos de la Acrópolis y recostadas en anfiteatro en la falda del cerro. Egeo ignora la doctrina cristiana, pero odia a los que la profesan; el temor al César tiene alguna parte en tal antipatía. Ante el intrépido rasgo del anciano, ¿qué irá a pasar? En Roma, la violencia hubiera hallado pronta solución, porque los jueces romanos huían las discusiones teológicas por no dar a los mártires ocasión de lucirse ante numeroso auditorio; pero Egeo es griego, y como tal escucha las razones del desconocido.

Inflamado en santo celo, aprovecha Andrés la ocasión para pronunciar una fervorosa exhortación, a sabiendas de que exponía la vida.

«¡Cuán dichoso serías, oh Egeo —exclama—, si quisieras conocer el inefable misterio de la Cruz, que en su infinita caridad escogió el autor del género humano para obrar en ella nuestra restauración...! Porque has de saber que habiendo sido perdidas las almas, no podían ser rescatadas más que por el misterio de la Cruz. El primer hombre introdujo la muerte en el mundo al comer del fruto del árbol de la prevaricación, y por esto fué necesario que la muerte fuese vencida y destruída por el árbol de la Pasión. Y así como una tierra virgen había servido para formar al primer hombre, era también necesario que el Cristo, Hijo de Dios, y al mismo tiempo hombre perfecto, naciese de una virgen inmaculada. De este modo el Hacedor del primer hombre devolvió al género humano la vida que había perdido, y sustituyó el árbol de la concupiscencia por el árbol de la Cruz. Extendió Él sus manos inmaculadas, en lugar de las nuestras criminales. La hiel y vinagre reemplazaron para Él la dulzura y suavidad del fruto prohibido. Quiso revestir nuestra mortalidad para hacernos partícipes de su gloriosa inmortalidad.

»Y esto, como he dicho, lo hizo espontáneamente. Yo mismo estaba con Él cuando fué entregado a los judíos por uno de sus discípulos; pero mucho tiempo antes nos había anunciado que sería entregado y crucificado por la salud de los hombres. Nos predijo también que resucitaría al tercer día; y como le dijera mi hermano Pedro: «No, Señor, eso no sucederá», Jesús le reprendió enérgicamente: «¡Lejos de mí, tentador! Vosotros no entendéis las cosas de Dios.»

»Para mostrarnos más claramente que era voluntad suya sufrir, nos decía: «Tengo poder para dejar esta vida y también lo tengo para recobrarla.» Du-

rante la última cena que hizo con nosotros nos dijo: «Uno de vosotros me entregará.» Y como nos viera a todos entristecidos por esta palabra, añadió: «Aquel a quien yo diere este pedazo de pan, me venderá»; con lo que nos demostró que veía lo por venir. Y lejos de huir del traidor, permaneció en el lugar donde sabía que aquél iría a buscarle.

»Soy el siervo de Cristo, y no solamente no temo, sino que deseo con ardor el triunfante suplicio de la cruz. En cuanto a ti, ¡oh Egeo!, posible te es aún escapar a la eterna crucifixión que mereces, si, después de haber visto mi constancia en los tormentos, crees en Nuestro Señor Jesucristo. Por lo que a mí toca, has de saber que no temo las torturas que puedan procurarme los hombres; ya que mi suplicio duraría, cuando mucho, sólo unos días; mas el tuyo no acabará nunca. Cesa, pues, te conjuro, de aumentar tus tormentos; no alimentes el incendio que eternamente te ha de abrasar.»

MARTIRIO DE SAN ANDRÉS

CONVENCIDO el juez de que el intrépido Apóstol sería insensible a cualquier razonamiento, dictó contra él sentencia de muerte. Sometiéronle previamente al suplicio de la flagelación, y como quiera que el reo acababa de ponderar las glorias y las grandezas de la cruz, pensó el juez que nada mejor que darle ocasión de gustar sus encantos y delicias.

Las actas de los mártires nos han transmitido una relación muy circunstanciada de la «Pasión de San Andrés». Comienza así: «Nosotros, sacerdotes y diáconos de las Iglesias de Acaya, enviamos a todas las Iglesias de Oriente, de Occidente, del Mediodía y del Septentrión, la relación del martirio de San Andrés, la cual hemos visto con nuestros propios ojos...»

Reproduce esta «pasión» el largo interrogatorio y la animada discusión que hubo entre el Apóstol y el magistrado, mal llamado «procónsul» por algunos. Pinta con vivos colores la indignación del pueblo, dispuesto, repetidas veces, a vengarse del juez prevaricador; pero al que el santo mártir logra apaciguar exhortándole a soportar con alegría las adversidades temporales para merecer las eternas recompensas. De ella ha tomado la sagrada liturgia este pasaje conmovedor:

«¡Salve, oh cruz preciosa, consagrada por el cuerpo de mi Señor Jesucristo, que en ti descansó! Antes que mi amable Maestro muriese en tus brazos, eras ignominiosa y espantabas a los hombres, mas ahora los alegras y regocijas... A ti me llego lleno de gozo y de confianza; recíbeme en tus brabos con alegría, como a discípulo de Aquel que, pendiente de ti, redimió al mundo. ¡Oh buena cruz, tanto tiempo deseada, tan ardientemente amada, y buscada con tanta solicitud y diligencia! Ahora que te hallé, recíbeme,



ERA *San Andrés discípulo de San Juan cuando el Precursor, viendo a Jesús que pasaba, exclamó: «He aquí al Cordero de Dios, he aquí el que borra los pecados del mundo». Oídas aquellas palabras, nuestro Santo, con otro discípulo del Bautista, marchan al momento en pos del Salvador*

benigna, en tus brazos, y sacándome de entre los hombres, restitúyeme a mi divino Maestro, para que por ti me reciba el que por ti me redimió.»

Atado estaba el Santo a la cruz *quasi in equúleo,* como en un caballete. Sobre cuál fuera la forma de esta cruz, tardó mucho la tradición, sobre todo en Occidente, en determinarse. San Pedro Crisólogo presentaba al Apóstol con los pies juntos y atados al tronco de un olivo, y extendidos los brazos en dos ramas del árbol: o sea, en una cruz en forma de *Y*. Los antiguos artistas occidentales le dieron la forma de la del Señor; pero, después de la toma de Constantinopla por los turcos (1453), los griegos, al dispersarse, influyeron en la tradición, y la cruz en la forma de caballete o *X,* tuvo aceptación universal. Así figuraba ya en el emblema de la legión romana de Panonia, la cual era reclutada precisamente en los países evangelizados por el santo Apóstol.

Dos días estuvo en la cruz el valeroso mártir, soportando con indecible gozo este suplicio, y no cesando de animar a los fieles a padecer por amor a Cristo; al cabo de ellos, y sin que su ánimo hubiera aflojado un solo instante, remató esta miserable vida mortal, y comenzó la eterna y bienaventurada.

Acercóse a la cruz una noble matrona llamada Maximila, viuda y fervorosa cristiana, y, haciéndose cargo del sagrado cuerpo, lo depositó en el sepulcro que se había construído para sí, en su huerto; allí también encerraría la cruz y demás instrumentos de suplicio, según era costumbre.

RELIQUIAS Y CULTO EN ORIENTE Y EN ITALIA

EN el siglo VI, San Gregorio Magno, a quien se atribuye el primer oficio de San Andrés, decía que la tumba del Apóstol estaba en Patras y que era muy celebrada como lugar de peregrinación. Allí se realizó el portentoso milagro de la curación de Mummolo, embajador de Teodeberto, rey de Austrasia, en la corte del emperador Justiniano; aunque ya por entonces estaba el sepulcro vacío, porque en 357, imperando Constancio, se habían trasladado los sagrados restos a Constantinopla, excepto algunas partecillas que se mandaron a Nola, a Milán y a Brescia, y la cabeza, la cual se dejó en Patras.

El 6 de abril de 399 comenzaron a acudir grandes peregrinaciones. San Juan Crisóstomo en persona organizó una procesión general en la que hizo invocar al santo patrono de Bizancio. La princesa Arcadia fundó el monasterio de San Andrés; y en la isla de este nombre se construyó otra iglesia. Un 28 de julio, hacia el 550, dispuso el emperador Justiniano I que las sagradas reliquias fuesen retiradas de la cripta o confesión en que yacían, y se las colocase debidamente en una arquilla o urna de plata.

Cuando los latinos se apoderaron de Constantinopla, en 1204, apoderáronse también de los preciosos tesoros de reliquias que en la ciudad se encerraban. Pedro de Capua, cardenal legado, tomó el cuerpo de San Andrés el 9 de mayo de 1210, y se lo llevó a Amalfi, su patria. Esta fué la tercera traslación del Apóstol, que se conmemora el 9 de mayo. Más tarde, cuando los turcos se apoderaron de Constantinopla, Tomás, déspota del Peloponeso, salvó el sagrado cráneo de sus atropellos y trasladólo a Roma, siendo sumo pontífice Pío II, el cual salió a recibirlo como a dos millas fuera de la ciudad, y lo entró triunfalmente el 12 de abril de 1462. Esta fué la cuarta traslación; celébrase el 9 de abril, día en que llegó a las puertas de la ciudad.

Del cuerpo del Santo salía una especie de «maná» u óleo suavísimo y de agradable olor, prodigio que aun perdura en Amalfi, donde se venera. El Señor, para honrar la memoria de su Apóstol y premiar la fe de los creyentes, realizó grandes maravillas entre los enfermos por medio de este óleo.

PATRONO DE ESLAVOS, ESCOCESES Y BORGOÑONES

LA devoción y culto al insigne apóstol están arraigadísimos en la Europa central y oriental, principalmente entre los eslavos. No han olvidado éstos que de él recibieron la luz del Evangelio y que fué su padre en la fe. Por doquiera han levantado templos en su honor; admíranse algunos muy hermosos en Moscú, Cracovia (desde el siglo XII), Varsovia y en Kíef, que lo llama «su Apóstol». Hasta en el Cáucaso, la ciudad de Andrewa conserva piadosamente su culto. Pedro el Grande reconoció este patrocinio y puso bajo su protección la suprema Orden de caballería que fundó, en 1698, el día de San Andrés.

Los polacos le tienen en gran estima y veneración, y su nombre es muy común entre ellos, principalmente desde que le dió nuevo lustre en 1657 el insigne jesuíta y bienaventurado mártir Andrés Bobola. Popularísimo es también en Hungría —la antigua Panonia—; lo prueba la lista de los reyes. Las monedas del condado de Hondt de 1568 llevan su efigie, y en los pequeños ducados de oro acuñados en 1579, cuando el sitio de Viena, está grabada la cruz de San Andrés. Sin duda, de allí se extendería su culto por Alemania, donde hallamos importantes iglesias consagradas a él, y donde la efigie o la cruz del Apóstol aparecen en las antiguas monedas de Oldemburgo, Juliers, Thorn, Emden y Campen, ciudades del Sacro Imperio. En la catedral de Tréveris se exponen todavía a la veneración de los fieles las «sandalias de San Andrés», depositadas en una arquita de plata por el arzobispo Egberto (977-993).

A Gran Bretaña, al igual que a Córcega, fué importado el culto del santo

Apóstol por monjes benedictinos discípulos de San Gregorio Magno y compañeros de San Agustín, primer arzobispo de Cantórbery. En 674, San Walfrido, obispo de York, dedicóle una iglesia en Hexham. El prelado sucesor, Acca, vióse obligado a huir ante una invasión y llevóse a Escocia las reliquias de la iglesia de Hexham. El rey Hungo le acogió con benevolencia y le ayudó a edificar la iglesia de Hibrimont, en la que en 760 se depositó un brazo del santo Apóstol. Éste había sido declarado patrono del reino. En el siglo XI la sede episcopal tomó el nombre de San Andrés y Edimburgo, y en 1472, llegó a ser metropolitana de Escocia. También Irlanda recibió la influencia de la devoción especial que en Inglaterra se profesaba al Apóstol y que aun se conserva mezclada con sus tradiciones religiosas; en 1171, la iglesia de San Andrés era una de las principales de Dublín. Al pasar a Francia, los bretones implantaron su culto en Bretaña y Normandía.

Los borgoñones, oriundos de la Escitia, al emigrar, conservaron el culto de su Apóstol y el emblema nacional, que era la cruz de San Andrés. Aun aparece ésta de color rojo sobre fondo amarillo en la bandera del Franco Condado. Casiano, monje escita del siglo V, fundó en Marsella la abadía de San Víctor, y desde entonces hasta la Revolución de 1789 veneróse allí la cruz de San Andrés, de la que se desprendieron, con el tiempo, algunas partículas para diversos países.

España no fué en zaga en la devoción al primer Apóstol del Señor; testimonio de ello es la liturgia mozárabe. Fomentaríanla, probablemente, San Leandro y San Isidoro por las relaciones que tuvieron con San Gregorio Magno, gran devoto del santo Apóstol. Desde Felipe I el Hermoso, esposo de doña Juana y heredero de la casa de Borgoña, hubo un renuevo de veneración a San Andrés; los militares llevaban, a manera de escarapela, una banda roja en honor del santo patrono de la casa real, y la roja cruz de Borgoña ondeaba en los pendones de los tercios españoles.

SAN ANDRÉS, EN EL ARTE Y EN LA TRADICIÓN

GRACIAS a la influencia de Borgoña y de Bretaña, es San Andrés patrón de gran parte de Francia, y donde no, también se ha propagado su culto, como lo prueban las magníficas iglesias o catedrales de Burdeos, Agde, Poitiers y otras muchas. En Francia también, fundó San Andrés Huberto Fournet, en el siglo XIX, una Congregación que lleva el nombre de «Hermanas de la Cruz de San Andrés». En la antigua liturgia galicana tenía el Santo lugar preeminente, con prefacio propio en la misa.

Nuestro Santo es patrono de los pescadores y pescaderos, y a menudo se le representa con un pez en la mano. También lo es de los aguadores,

y, en algunas partes, de los carniceros. En Roma es patrón de los cordeleros, sin duda porque fué sujetado a la cruz, no con clavos, sino con cuerdas. Como es natural, sigue siendo patrono del ejército polaco, como lo fué en el Franco Condado. Ambos países tienen devociones populares idénticas y por cierto muy curiosas, y es cosa notable que suceda lo mismo con las prácticas supersticiosas, las cuales, con sobrada frecuencia, se entremezclan con estas devociones.

Se invoca a San Andrés contra el mal de garganta, contra la calumnia, y, sobre todo, contra las tentaciones impuras.

En la liturgia ha tenido siempre su fiesta un lugar de preeminencia. Con la de San Pedro y San Pablo, fué la primera en celebrarse aparte de las de los demás Apóstoles. Era tan importante en 865, que el papa San Nicolás I la contaba, para los orientales, entre las ocho solemnidades anuales que dispenpensaban de la abstinencia del viernes. La liturgia ambrosiana, al igual que hemos dicho de la galicana, tenía un magnífico prefacio propio, en el que se refería la «Pasión» del santo Apóstol.

Hase complacido el arte —inspirado en la tradición— en representar al primer discípulo del Señor con la figura de un anciano venerable de luenga y florida barba. Su distintivo es la cruz, representada recta en occidente hasta el siglo XVI, y después en forma de X. Los maestros de la pintura italiana, española y flamenca que trabajaron en esta iconografía, produjeron verdaderas maravillas, y dejaron centenares de obras maestras.

Son abundantísimas las citas y dichos de los Santos Padres y de los Doctores de la Iglesia que hacen referencia a la simpática figura de nuestro Apóstol. Andrés, «símil perfecto de Cristo», en el decir de San Juan Crisóstomo, nos da una magnífica lección de cómo debemos seguir sin titubeos las inspiraciones divinas teniendo cuenta, según aconseja San Gregorio Magno al hablar de él, de que «el Señor no mira tanto la ofrenda cuanto la magnitud del afecto con que se la presentamos». ¡Cuán oportunas sus exhortaciones a buscar la Cruz en tiempos de desenfreno como los actuales!

SANTORAL

Santos **Andrés, apóstol;** *Narsés,* Sapor e Isaac, obispos, y Abrahán, Simeón y compañeros, mártires en Persia en tiempos de Sapor II; Troyano, obispo de Saintes; *Tugal, hijo de Hoel I, rey de la Armórica;* Cástulo y Euprepes, mártires en Roma, Constancio, confesor. Beatos *Cutberto Maine, presbítero y mártir;* Reinaldo, obispo de Belley; Andrés de la Dijk, franciscano, mártir; Joscio y César de Heisterbach, monjes; Pedro Guillot y compañeros, dominicos, mártires; Andrés, presbítero. Santas Maura y Justina, vírgenes y mártires. Beata Hunna, viuda.



DÍA 1.º DE DICIEMBRE

SAN ELOY

OBISPO DE NOYÓN Y CONFESOR (hacia 588-659?)

NACIÓ San Eloy cerca de la ciudad de Limoges por los años de 588. Fueron sus padres Euquerio y Terrigia. Antiguas leyendas refieren que antes de darle a luz, vió su madre en sueños un águila hermosísima que revoloteaba sobre el lecho en que dormía y que la llamó por tres veces dando fuertes gritos. Muchos hagiógrafos han interpretado este suceso como profecía de la futura gloria del niño. A los pocos días sintió Terrigia tan vehementes dolores, que estuvo en grande riesgo su vida. Llamaron a un sacerdote para que la asistiese. «No tema, señora —le dijo éste—; dará a luz un hijo que será Santo y sacerdote ilustre en la Iglesia de Cristo». Nació el niño y al bautizarlo pusiéronle por nombre *Electus,* que significa escogido.

Pocos pormenores trae la historia acerca de la niñez de San Eloy. Criáronle sus padres en el temor de Dios y en grande confianza hacia los Santos protectores de aquel lugar.

Habiendo notado su padre la inclinación y excelentes disposiciones del niño para los trabajos de orfebrería, muy considerados entonces, púsole de aprendiz con los herreros y plateros de la ciudad. ¡Con qué gusto y maña

manejaba la lima, el cincel, el buril y demás instrumentos de su oficio! Y, ¡cuánto sufría al ver las penosas faenas a que obligaban a los esclavos! Atormentado con este recuerdo, había de mostrarse más adelante protector cariñoso del pueblo y de la gente pobre.

Para que se perfeccionase en el oficio, enviáronle luego sus padres a la fábrica de moneda del maestro Abbón, perteneciente al fisco, que era a la sazón la más importante en aquel arte. No se envaneció Eloy con aquellos primeros triunfos, antes se dió con mayor cuidado a las prácticas cristianas, asistía asiduamente a los divinos oficios, leía las Sagradas Escrituras y mostrábase en todo verdaderamente bueno y santo.

MAESTRO EN ORFEBRERÍA. — SUS OBRAS

ELOY, honrado y amable para con todos, granjeóse en la corte muchas buenas amistades; ganó entre otras la voluntad del tesorero del rey Clotario II, llamado Bobbón, el cual lo presentó al monarca. Precisamente buscaba Clotario un orfebre que hiciera a su gusto un trono de oro oro y piedras preciosas. «Aquí le tenéis» —le dijo Bobbón—. Mandó entonces el rey dar gran cantidad de oro al tesorero, el cual la entregó a su protegido. Acabó Eloy el trono; pero, juzgando que aun quedaba suficiente cantidad de oro y piedras, púsose a fabricar secretamente otra silla en todo igual a la primera. Presentó la una al tiempo convenido, y el rey, satisfecho y gozosísimo, sobre darle gracias y alabar extraordinariamente la obra, mandó que le retribuyesen con doble precio del estipulado. Al poco rato volvió Eloy con el segundo trono. Maravillado Clotario por la escrupulosa fidelidad del joven artífice, comenzó desde entonces a encargarle cuidados y negocios de mucha cuenta, y Eloy gozó ya de gran fama.

Antes de seguir al Santo en los importantes y delicados cargos que tuvo en la corte del rey Clotario, mencionaremos algunas de las numerosas obras que se le atribuyen. Figuran en primera línea las maravillosas cruces que hizo para la abadía de San Dionisio, la de San Martín de Limoges y las iglesias de San Víctor y de Nuestra Señora de París. Él cinceló los relicarios de los santos Dionisio, Martín, Germán, Luciano, Crispín y Crispiniano, Quintín y Genoveva —los cuales, por cierto, fueron destruídos o desaparecieron cuando sobrevino la funestísima Revolución francesa—. Trabajó, asimismo, varios cálices, candelabros y dípticos y, sobre todo, gran cantidad de monedas palatinas acuñadas con el nombre de Dagoberto I y Clodoveo II. De estas monedas algunas llevan el nombre de Marsella; es probable que el gran protector de los cautivos desembarcados en aquel puerto dirigiese, por encargo del rey, el taller de moneda de aquella ciudad.

Los pocos ejemplares salvados del pillaje y del vandalismo y que a juicio de los entendidos pueden atribuirse a San Eloy y a su escuela, dan pie para deducir que este Santo fué al mismo tiempo que ingenioso orfebre, monedero afamado y meritísimo esmaltador. En todo caso, es innegable que San Eloy influyó muchísimo en la evolución artística de aquella época.

SU VIDA EN LA CORTE. — MINISTRO Y EMBAJADOR

AL llegar al palacio de Clotario II, hallábase Eloy en lo más florido de su juventud. A todos se imponía por su airosa talla y gallardo porte. La opulenta cabellera rizada que lo encuadraba daba a su rostro varonil belleza. Su límpida mirada era reflejo fidelísimo de prudencia, ncia, sencillez y candor. Por cierto que la corte de aquellos reyes, fastuosos pero de costumbres bárbaras, no parecía ambiente propicio al florecimiento de las virtudes; como tampoco resultaba muy edificante la camarilla de oficiales palaciegos. Sin embargo, el obligado roce con aquellas personas no influyó en la virtud y santidad del bienaventurado Eloy.

Trataba a todos con la urbanidad y el respeto exigidos por el protocolo de palacio, y aun vestía suntuosamente, aunque debajo de sus lujosos atavíos ocultara rudo cilicio.

Tenía en la corte muchos confidentes y amigos; entre ellos, San Audoeno, a quien amaba con toda su alma; San Sulpicio, futuro obispo de Bourges y a la sazón capellán de palacio; Rústico, Desiderio, Román, Farón, y otros. Esta falange escogida celebraba a menudo juntas en las que se hablaba sobre cosas santas. También tenía Eloy algunos criados rescatados por él de la esclavitud, tales como Baudor, Tillón, Andrés, Martín y Juan, que más tarde se hicieron clérigos.

Para poner su alma a cubierto de los malos ejemplos y purificarla más y más, hizo confesión general de su vida entera y de allí adelante dióse con más ardor a las vigilias, al ayuno y a la oración. Cierta noche, aparecióseIe en sueños un misterioso personaje que le dijo: «Eloy, tus oraciones han sido oídas y tus deseos cumplidos». Consolado y alentado con esta visión, se entregó con ardor a los estudios jurídicos de la *Schola palatina.*

Muerto Clotario, sucedióle su hijo Dagoberto, el cual heredó con el reino el amor grande que su padre tenía al Santo, al que nombró su ministro y embajador. Siguiéronse de ello grandes provechos para el reino, porque lo mismo fué entrar Eloy en su nuevo cargo, que notarse adelanto considerable en lo referente al orden, justicia y práctica social del Evangelio. Aunque el papel del ministro fué limitado, no por eso dejó de ser a menudo eficaz. No logró impedir que Dagoberto I confiscase las haciendas de algunos monas-

terios, ni acertó a poner dique a las vehementes pasiones del monarca; pero tuvo suficiente habilidad y prudencia para orientarle y dirigirle en la elección de obispos.

Judicael, rey de Bretaña, venció por entonces al ejército de Dagoberto. El rey franco hubiera podido vengarse con las armas, pero prefirió pactar. Eloy, encargado de llevar a buen término el asunto, mostró en las negociaciones gran talento diplomático; logró inmediatas promesas de paz, y acompañó él mismo al monarca bretón a presencia del rey Dagoberto, el cual, viéndole tan bien dispuesto, cambió con él riquísimos presentes.

FUNDACIONES DEL SANTO

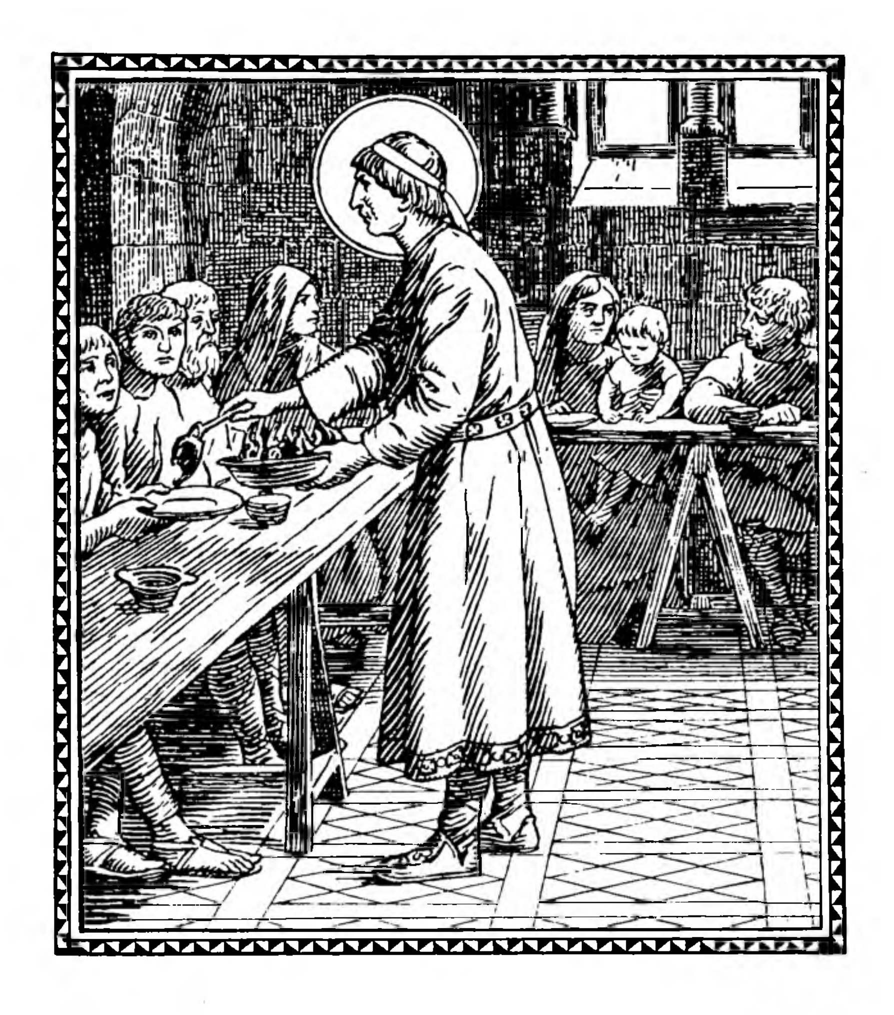
CRECIÓ con esto la estima que el rey le profesaba, lo cual dió alientos a Eloy para pedirle el territorio de Soliñac, con miras a la fundación de un monasterio benedictino. La donación se efectuó el 22 de noviembre del año 632. El autor de la *Vita Eligii* dice que llegó a ser modelo de monasterios y plantel de artistas, lo que da a entender que, al fundarlo, pretendió Eloy establecer en él no sólo una casa religiosa, sino una verdadera escuela de orfebrería semejante a las otras que creara en el Lemosín. Aun existe hoy día la iglesia de tan antiguo monasterio.

Abrió en París una casa de retiro para las vírgenes, y, más tarde, un monasterio en el que impuso una regla severísima. Fué su primera abadesa Santa Áurea.

Apenas levantada esta casa (634), edificó en las afueras de París una basílica en honra del apóstol San Pablo. Andando los años, esta iglesia vino a quedar dentro de los muros de la capital, y dió el nombre al barrio de San Pablo.

No olvidaba Eloy que debía su fortuna a la comarca del Lemosín, y edificó una iglesia suntuosísima, para que en ella se guardase decorosamente el cuerpo de San Marcial. Adosado al templo fundó otro monasterio que se llamó en los principios de San Marcial y luego de San Eloy, su fundador, y de Santa Áurea, la primera abadesa.

A estas obras devotas juntó la actividad social, de la que aparece como insigne precursor en la nación francesa. Así como San Vicente de Paúl había de ser más adelante el redentor de los galeotes, fué Eloy libertador de los esclavos. Por sus instancias e ingeniosas estratagemas, logró que el rey Dagoberto diese libertad a muchos centenares de ellos. La extrema necesidad de los peregrinos que iban en romería al sepulcro de San Martín y a otros santuarios, llevóle a fundar una espléndida obra hospitalaria. Gracias a ella tuvieron los devotos romeros albergue seguro, dinero, vestidos y alimentos.



ERA *San Eloy tan cariñoso para con los indigentes que su casa más parecía monasterio de pobres que residencia episcopal. A todos daba de comer y beber, y él mismo los servía. Cuando sus huéspedes habían terminado, recogíase en cualquier rincón y comía de lo que a ellos les había sobrado.*

El Señor premió tanta caridad con el don de milagros. En la aldea de Gamacho curó repentinamente a un cojo con sólo hacerle rezar. Un día halló a un hombre en la horca cerca de Estrasburgo. Quiso el Santo enseñar a los presentes el respeto que se debe tener a los cadáveres y mandó que lo bajaran de la horca. Empezó Eloy a palparlo y observó con admiración que aun respiraba levemente; merced a sus cuidados y oraciones, el agonizante volvió a la vida. Tal es, sin duda, el origen de las Cofradías de Caridad, algunas de las cuales llevan el nombre de San Eloy.

OBISPO DE NOYÓN

EN aquella época elegían de ordinario al obispo los fieles y el clero de la la ciudad cuyos destinos había de presidir. Los Concilios exigían que los elegidos fuesen naturales del país, que el poder civil ratificase la elección, y, finalmente, si el electo era seglar, que pasase una temporada ordenado de Menores antes de recibir la consagración episcopal.

Al morir San Acario, la ciudad de Noyón eligió por obispo a Eloy. Sin duda que el joven Clodoveo II, sucesor de Dagoberto I, confirmó la elección popular, noticioso de la fama y crédito grande que gozaba en todas partes el candidato. Muy contra su voluntad, había recibido ya la tonsura; pero al saber la determinación tomada por los de Noyón, quedó como suspenso y aterrado; sin embargo, hubo de sujetarse y aceptar la carga. Preparóse al sacerdocio pasando una temporada de clérigo, como discípulo de San Cesáreo de Arlés, y fué consagrado, según algunos, el 13 de mayo del año 641; otros dicen que el 21 de mayo de 640 ó 646. Si se admite la fecha 21 de mayo de 640, Eloy habría sido consagrado en la catedral de Ruán y junto con su amigo San Audoeno, por Adeodato, obispo de Macón.

Cruzó luego la Normandía y la Isla de Francia y llegó a Noyón, donde le aguardaban impacientes el conde y la población entera. La ciudad de Noyón era por entonces importante, el titular de aquella sede era al mismo tiempo administrador de otras metrópolis como Tournai, en Flandes. Al asegurar nuevamente la unión de estas dos diócesis, realizada en el episcopado de San Medardo y que duró hasta el siglo XII, Dagoberto consolidaba su poder en la región del Norte.

Consideraba Eloy que a partir del momento de su elección para el episcopado debía olvidarse de aquellas exigencias que trae naturalmente la vida cortesana, y quiso que su residencia estuviera en el barrio de los pobres, a fin de tener más a su alcance a estos miembros predilectos de Cristo. Allí vivía con sus clérigos y sacerdotes, y allí instaló una escuela con objeto de preparar a quienes pudieran luego ser los rectores del pensamiento cristiano.

TRABAJOS APOSTÓLICOS

CON la nueva misión que el Cielo le encomendaba, debía el Santo imprimir a su actividad rumbo distinto del que trajera hasta entonces. Y si bien era muy poco lo que había de reformar en su vida privada, siempre austera y ejemplar, la responsabilidad de su cargo exigía de él una entrega absoluta a los deberes puramente espirituales del mismo. exigía

Ya, siendo seglar, había fundado, como hemos dicho, algunos monasterios; ahora, como obispo, dióse con más empeño a estas fundaciones. Edificó el primero en Noyón para mujeres, y nombró por abadesa a Santa Godoberta, su discípula de París. Por la misma época (644-650) fundó el oratorio de Ourscamp (Campo del Oso) en un bosque a orillas del río Oise, en memoria de un lobo cruel que se había amansado a la voz del Santo. Los belgas le atribuyen igualmente la fundación de la abadía de San Martín de Tournai, a cuyos monjes dió una regla conforme con las enseñanzas de San Columbano y de San Benito. Merced a la liberalidad de Clodoveo II, fundó, en un arrabal de Noyón, un monasterio de monjes que dedicó a San Lupo, obispo de Troyes.

Cada domingo subía al ambón de la iglesia para leer y explicar a los fieles el sagrado Evangelio. En sus homilías hay reminiscencias de San Cesáreo de Arlés. Una de las más famosas condena enérgicamente la idolatría. Había costumbre en Salency, de coronar de rosas y en medio de grandes festejos a las doncellas que habían sobresalido en virtud y aplicación. San Eloy, como antes San Medardo, favoreció aquella fiesta popular, con el noble fin de que aprovechase al bien moral de los fieles.

Anhelaba, sobretodo, la salvación de las almas. Llevado de su ardiente celo, empezó a misionar los dilatados territorios de su diócesis. En compañía de su amigo Tillón, visitó a los flamencos y frisones, y aun a los bárbaros del litoral, a Suecia y Dinamarca. A su paso fundó nuevas cristiandades en Aldemburgo, Rodemburgo, Brujas y Dunkerque —nombre flamenco que significa «iglesia de las dunas»—.

Llevó su incansable y fecundo apostolado aun fuera del marco de su extensa diócesis. Asistió a los Concilios de Chalons, Auxerre, París y otros. Hay huellas ciertas de su paso por Provenza, Peronne y otros lugares, por los años de 654. Dice el Breviario sagiense —de la actual diócesis de Seez—: que «allí sanó de sus dolencias a muchos enfermos y libró a muchos endemoniados». En su tierra predilecta del Lemosín, visitó el sepulcro de su llorado amigo San Sulpicio de Bourges. Aprovechó este viaje para rescatar a muchos esclavos y volver a ver el monasterio de Soliñac fundado por él.

Muerto el joven príncipe Clodoveo II, a quien habían agotado los vicios

y los excesos, su esposa Batilde rigió el país en nombre de su primogénito Clotario III. Juntos gobernaron a los francos, ayudándose de los sabios consejos de Eloy.

Enlutó los postreros años del santo obispo la pérdida sucesiva de sus mejores amigos: San Sulpicio, San Pablo de Verdún y San Desiderio de Cahors, a quien solía escribir cartas cariñosísimas y muy espirituales.

Pronto le llegó la vez al Santo. Tuvo presentimiento de su muerte: «Sin duda ya se acaba mi vida» —decía a menudo a sus discípulos—. Así fué; envióle Dios una ligera calentura que le consumió poco a poco. Juntó entonces a sus familiares y les hizo sus postreras recomendaciones, insistiendo, como Jesús en su discurso de la Cena, sobre la unión de todos en la caridad.

Llorado por todos, por sus preferidos los pobres especialmente, murió San Eloy el 30 de noviembre del año 659 —o quizá del 665—, tras una laboriosa vida de más de setenta años dedicada íntegramente al servicio de la Iglesia y de su patria.

RELIQUIAS Y CULTO DE SAN ELOY

NOTICIOSA Batilde de la inmensa pérdida que acababan de tener el el reino y la Iglesia de Noyón, fué con sus tres hijos y otros muchos príncipes a ver y venerar el cuerpo de San Eloy. Quiso llevárselo consigo al monasterio de Chelles, pero otros deseaban que fuese enterrado en París. Intervino milagrosamente el Señor en favor de la voluntad del Santo, que había sido de quedarse en medio de sus amados diocesanos: el féretro se volvió tan pesado, que en balde intentaron moverlo. Enterraron el santo cuerpo en la iglesia abacial de San Lupo, en presencia de los principales señores de la corte y de millares de personas que lloraban la pérdida de tan ilustre pastor y padre. Pasado un año, fué otra vez la reina Batilde al sepulcro para poner el sagrado cadáver dentro de una urna de oro y piedras preciosas. San Momelino hizo solemne traslación del sagrado cuerpo y, de allí adelante, el monasterio se llamó de San Eloy, y vino a ser centro de asiduas peregrinaciones. Los milagros y favores de todo género multiplicáronse abundantemente en el sepulcro de este Santo, a quien tomaron por patrono innumerables pueblos de todas las regiones de las Galias.

Para salvar las santas reliquias del furor de los normandos, el obispo Hedilón las trasladó a un sótano del oratorio del palacio episcopal, y el año 1066 fueron llevadas a la catedral. Afligiéronse con esto los monjes de San Eloy, los cuales entablaron largos pleitos. El año de 1462, el Parlamento denegó su petición y declaró que bien estaba el cuerpo del Santo en la catedral; sólo les dejaron, como recuerdo piadoso de aquellos sagrados bienes, algunos cálices y mitras que pertenecieran a su santo fundador.

Las reliquias de San Eloy, salvadas de las profanaciones de la Revolución francesa, hállanse actualmente bajo el altar mayor de la catedral de Noyón, en un relicario de madera dorada y esculpida. El 17 de noviembre de 1903, el obispo de Beauvais procedió a su reconocimiento, y separó tres de ellas para su catedral y oratorio. Otras iglesias de Francia guardan también reliquias del Santo; entre ellas la catedral de París, que recibió un hueso del brazo el año 1212.

Por coincidir su fiesta con la de San Andrés, fué trasladada al siguiente día, 1.º de diciembre. En algunos calendarios y Breviarios del siglo XV, se halla mencionada el 25 de junio.

Es San Eloy patrono de varias ciudades y de multitud de aldeas y monasterios. También le honran como a protector muchísimos gremios de toda clase de oficios: orfebres, plateros, herreros, veterinarios, guarnicioneros, carreteros, caldereros, cuchilleros, relojeros, cerrajeros, mineros, acioneros, carroceros, cocheros, cortijeros, monederos, chapuceros, doradores, hojalateros y muchos otros. Tiempo atrás se fundó una cofradía que lleva su nombre. Era muy concurrida una romería que solía hacerse para pedir la protección del Santo sobre los caballos y otros animales.

De mil maneras representan a San Eloy la pintura y la escultura: de pie como obispo, mitrado y báculo en mano; con un martillo, herrando un caballo, y, a menudo, junto al yunque de la herrería. Otras veces presentando un trono al rey Clotario, o rodeado de los instrumentos de su oficio.

SANTORAL

Santos **Eloy, obispo;** Beso, obispo de Ivres y mártir; Próculo, obispo de Narni, martirizado por el rey godo Totila; Agerico, obispo de Verdún, y Leoncio, de Frejus; Marino, obispo regionario y Declán, su diácono, confesores; Castriciano, obispo de Milán, y Ursicino, de Brescia; Ilero, obispo de Mende; Resignado y Cándido, obispos de Maestricht; Lulo e Hildeberto, abades; Nahum, profeta; *Domingo Sarracino y compañeros, mártires en Córdoba;* Augerio, ermitaño benedictino; Britón, monje; Diodoro, presbítero, Mariano, diácono, y compañeros, mártires en Roma; *Constantino* y Nesán, presbíteros; Albano, martirizado por los hunos en Maguncia; Rogato, mártir en África; Lucio, Rogato y Casiano, mártires en Roma; Ansano, mártir en Toscana; Olimpíades, mártir en Espoleto; Ananías, mártir en Arbelas (Persia); Evasio, Anisiano y Máximo, también mártires; Filareto, allegado del emperador Constantino VI, y Florentino, confesores. Beatos Edmundo Campión y compañeros, de la Compañía de Jesús, mártires de los protestantes en Inglaterra; Graciano, franciscano; Juan Armero el Bueno, dominico. Santas *Natalia, viuda del mártir San Adrián;* Prima y Cándida, mártires; Florencia, virgen y mártir.



El Doctor Divino — **Árbol de las maravillas**

DÍA 2 DE DICIEMBRE

BEATO JUAN RUISBROQUIO

CANÓNIGO REGULAR DE SAN AGUSTÍN (1293-1381)

EL magnífico florecimiento de vida religiosa que hubo en los Países Bajos durante el siglo XIV, debióse principalmente a la influencia de Ruisbroquio, varón extraordinario que destaca muchísimo entre los de aquella época. Luego ganó merecida fama por la santidad de su vida y la sublimidad de su doctrina espiritual, conocida merced a la rá- la rá- **pida propagación de sus escritos. Inclinado naturalmente a la vida eremítica y al apartamiento del siglo, pronto se agruparon en su derredor muchos discípulos atraídos por el ejemplo de sus raras virtudes. Acudieron a verle numerosos peregrinos, visitáronle eminentes teólogos que iban a él en busca de consejo, y hasta se fundaron monasterios que siguieron sus enseñanzas y manera de vida.**

Al Beato Juan se le llama Ruisbroquio por ser de Ruysbroeck, pueblo donde nació el año de 1293. Es una aldea sita a orillas del Senne, al sudoeste de Bruselas. Hasta cumplir los once años recibió cristianísima educación por parte de su virtuosa madre. En tan tierna edad, dejó a su familia y pasó a Bruselas. Tuvo allí por ayo y director a un tío suyo llamado maestre Juan Hinckaert, canónigo de Santa Gúdula.

Con Juan Hinckaert vivía otro canónigo, Franco de Cudenberga, íntimo amigo suyo. Habían convenido ambos en tener sus bienes en común, observar pobreza evangélica, repartir limosnas y ayudarse mutuamente a caminar por la senda de la perfección.

A esta reducida comunidad vino a parar el niño Juan. Asistía a la escuela asiduamente, pero sentía poquísima inclinación a las ciencias humanas. Por otra parte, su tío le aficionó muy luego al estudio de la teología y de la mística. No es extraño, pues, que el niño manifestase pronto señales de vocación religiosa. Ordenado sacerdote a los veinticuatro años, nombráronle luego capellán de Santa Gúdula. Aquel día recibió singular favor del cielo: supo que su madre, muerta poco antes, acababa de salir del purgatorio y entraba en la bienaventuranza eterna.

Desempeñó la capellanía por espacio de veintiséis años, viviendo con su tío y con el canónigo Cudenberga. Sin duda por aquella época escribió sus primeros libros, y emprendió la lucha contra la secta de los «Hermanos del Libre Espíritu», de quienes hablaremos más adelante.

HACIA LA VIDA RELIGIOSA. — CANÓNIGO REGULAR

CANSÁRONSE Ruisbroquio y sus dos compañeros de vivir en aquel ambiente de Bruselas, poco favorable a sus deseos de mayor piedad y perfección. Ni los capellanes ni los canónigos de Santa Gúdula daban ejemplo de ardiente celo y encendido fervor. No siempre rezaban las horas canónicas *attente ac devote,* esto es con la debida atención y devoción, y a menudo dejaban de observar en la iglesia el silencio, hermano del recogimiento. Durante mucho tiempo, habían probado los tres amigos de remediar estos males, pero fué en balde; en vista de lo cual determinaron dejar aquel lugar y buscar un rincón apartado y solitario donde pudiesen darse a gusto al ejercicio de la oración y meditación.

En medio del bosque de Soignes hallaron la mansión de sus ensueños. Era un paraje sombrío y fresco, un vallecito bautizado con el poético nombre de Groenendael —Valle Verde— o Valverde. Vivía allí un varón santísimo llamado Lamberto, el cual había ocupado aquella soledad al morirse otros dos ermitaños que ya antes la escogieran como lugar de retiro. Con mucho gusto y caridad consintió Lamberto en dejar su eremitorio a los tres amigos, y él se buscó albergue en sitio poco distante, en el Valle de Boetendael.

Con esto quedó fundado, el año 1343, el priorato de Groenendael. La comunidad contó sólo tres miembros en los principios, pero a poco vino a juntárseles fray Juan Leuwen, llamado «el buen cocinero». Edificaron una iglesia dedicada a Santiago. Al año siguiente acudió a consagrarla el obispo

de Terbizonda, el cual la erigió luego en iglesia parroquial, bajo la custodia de Franco de Cudenberga.

Creció en breve la fama de santidad de los solitarios de Groenendael, con lo que fueron llegando nuevos discípulos, de suerte que el año de 1349 formaban ya una comunidad floreciente. Hora era ya de darle una regla aprobada, pues no dejaría de motivar acerbas críticas el hecho de que unos ermitaños viviesen sin votos y casi al margen de la autoridad diocesana. Por consejo de Padre de Saulx, prior de la abadía de San Víctor de París, Franco de Cudenberga y Juan Ruisbroquio pidieron y lograron para su comunidad el hábito, la constitución y los privilegios de los Canónigos Regulares de San Agustín y nombraron prior a Juan Ruisbroquio. Por razones desconocidas, dejó de profesar únicamente Juan Hinckaert, que prefirió permanecer en el monasterio llevando vida privada, sin acomodarla a la regla de sus compañeros.

Desde ese día, y por espacio de treinta años, pudo Ruisbroquio entregarse totalmente al ejercicio de la oración. Ya no le distraía la molesta compañía de hermanos poco silenciosos y recogidos, ni le absorbía el cuidado del ministerio parroquial. Vivía sólo para Dios, obediente a los influjos de la gracia divina y siempre atento a las inspiraciones del Espíritu Santo.

FAVORES EXTRAORDINARIOS

GUSTABA el Beato salir cada día del monasterio y retirarse al paraje más apartado y solitario del bosque. Recibía allí singulares gracias, deleite anticipado de la visión beatífica otorgado por el Señor a algunas almas privilegiadas. Pasados aquellos ratos de místicas ascensiones, volvíase al monasterio y escribía páginas ardientes, «infantiles balbuceos» —decía él— sobre cosas inefables.

Cierto día tardaba el Beato en volver de su acostumbrado paseo. Salieron dos monjes a buscarle, un tanto desasosegados, cuando percibieron a lo lejos, en medio del bosque, un árbol que campeaba sobre fondo de verdura y resplandecía como luminosa aureola. Guiados por aquel prodigio, hallaron al piadoso místico arrobado en éxtasis bajo el árbol milagroso.

Pero los arrobamientos del santo prior eran frecuentes, dice su biógrafo. Cuando el Señor llega a estrecharse íntimamente con un alma, de tal modo se enseñorea de las potencias todas de su criatura que ésta siente a las veces desfallecer hasta sus fuerzas físicas. Así le ocurrió muchas veces al Beato desmayarse mientras decía misa. A menudo se le aparecía Nuestro Señor; y un día en que venía acompañado por la Virgen María y otros santos, díjoles Jesús mostrando a su siervo: «Este es mi hijo muy amado en quien he puesto todas mis complacencias.»

Correspondía Ruisbroquio a las extraordinarias gracias con que le favorecía el cielo, llevando vida de ardiente caridad y de humildad profunda. Vuelto en sí de sus arrobamientos y habiendo ya escrito las páginas sublimes que le inspiraba el Espíritu Santo, seguía siendo el monje desconocido y modesto que se entregaba con santa alegría a los oficios más humildes y penosos.

SU MUERTE. — APOLOGISTA Y MÍSTICO

LLEGÓ el día en que el Beato, lleno de años, sintió de repente faltarle las fuerzas. Su madre se le apareció varias veces para anunciarle la proximidad de la muerte. Franco de Cudenberga, para mejor cuidarlo, aposentólo en su propia habitación. Pasadas dos semanas de padecimientos, el Beato Juan, que aguardaba con ansia la muerte y que se había dispuesto a ella santamente, falleció a los dos días de diciembre del año 1381. Tenía ochenta y ocho años de edad y sesenta y cuatro de sacerdocio.

Pomerio trae los títulos de once tratados atribuídos al Beato Juan Ruisbroquio. No hay en esta lista orden metódico ni fecha de composición de cada tratado. Sólo en conjeturas se funda la creencia de que escribió casi todas sus obras en Groenendael, entre los años 1350 y 1359. Esta es la lista que trae Pomerio: *Reino de las almas amantes; Ornamento de las bodas espirituales; La piedrecita; Cuatro tentaciones sutiles; La fe cristiana; Tabernáculo de la alianza; Las siete clausuras; Espejo de la belleza eterna; El Libro de los siete grados en la salutación del amor místico; El Libro de las retracciones; Las doce beguinas.*

Estas obras están escritas en flamenco, o mejor dicho, en dialecto del Brabante. Llamó la atención el que no las redactase en latín, como lo estaban los libros de teología o de mística publicados en aquel tiempo. Dos razones explican la determinación del autor. Hablaba el Beato en sus tratados a sus hermanos y hermanas en religión: tenía, pues, que adoptar un idioma amoldado a las exigencias generales; un idioma que todos entendiesen.

IMPUGNADOR DEL QUIETISMO

SIENDO capellán de Santa Gúdula, ya había tenido el Beato ocasión de luchar contra la secta de los «Hermanos del Libre Espíritu», fundada a fines del siglo XIII por la beguina Margarita Porretta, y dirigida a la sazón por otra mujer llamada Blomardina, la cual vino a dar en un falso y absurdo misticismo, y hacía creer a sus discípulas que dos serafines caminaban de continuo a su lado. Predicaba y defendía una libertad peligrosísima que venía a ser la rebeldía del espíritu contra la autoridad y



AL *fin, ven los dos monjes cómo en medio del bosque aparece un árbol resplandeciente. Adelántanse para admirar el prodigio y encuentran al Beato Ruisbroquio arrobado en éxtasis bajo el árbol milagroso. Muchas otras veces concedió el Señor a su siervo gracias extraordinarias.*

enseñanza de la Iglesia. Para ella, la perfección consistía en la absoluta ociosidad espiritual y corporal, merced a la cual el alma quedaba libre para unirse a Dios. Con esto favorecía hipócritamente gravísimos desórdenes.

El Beato Juan alzó su voz contra esta herejía, conocida ya en aquel tiempo con el nombre de quietismo, y que perturbó la Iglesia de Francia en el siglo XVII. Véase en qué términos condena este error.

«Quien descansa en la inacción, quien se entrega al quietismo sin darse a trabajo ninguno, caerá tarde o temprano en toda suerte de errores; se apartará de Dios para pensar únicamente en sí mismo y buscar su propio descanso... Entre los quietistas hay quienes llevan vida severa y rigurosa; viven como aplastados bajo losa de enormes penitencias; pero no cabe duda que tienen fijo el pensamiento en los ojos de cuantos los admiran, y esta admiración constituye para ellos el premio de lo que hacen. La soberbia los consume interiormente, y sus ojos están muy cerrados a la divina lumbre de la gracia. Adheridos a sí mismos, descansan en la entraña de su ser, y cuando experimentan el menor consuelo en medio de su inmovilidad, siéntense transportados de gozo, sin que tengan tan siquiera noción de la inmensidad de las alegrías que les faltan. Por la pendiente en que resbalan confían saborear interiores dulzuras y hallar gustos y deleites espirituales; a esto llamo yo voluptuosidad espiritual.

»Creo —prosigue —que son pocos los quietistas, pero los considero como los hombres más peligrosos e incurables.»

DOCTRINA DEL BEATO

ADEMÁS de polemista, era Juan Ruisbroquio defensor ferviente de la ortodoxia. Ascendió también a las más altas cumbres de la mística. Alcanzó aquellas regiones casi inaccesibles donde el alma llega a estrecharse tan íntimamente con Dios, que goza de delicias inefables. «Ruisbroquio, Doctor Admirable, Doctor Divino», así se designó a este varón extraordinario, a quien el Señor inspiró páginas sublimes.

A veces remonta el vuelo a tales alturas que desaparece a la vista. No extraña el mismo Beato que llegue a extraviarse quien intente comprenderlo. «Si carecéis de experiencia personal —dice— os será imposible entenderme.» Ahora bien, la iniciación a los arcanos de la vida contemplativa y mística no suelen ser patrimonio general de los hombres. Pero aunque no descubramos a veces el profundo sentido de los escritos de Ruisbroquio, no podemos permanecer insensibles a los acentos de esta alma admitida a la intimidad de lo divino, y que supo hallar palabras encendidas para hablar del camino de la perfección y de la unión con Dios.

Con todo, el Beato sabe también ponerse al alcance de todas las inteligencias. No desconoce el valor sobrenatural de las acciones ordinarias de la vida. A semejanza de San Francisco de Sales, coloca por encima de las más altas meditaciones el humilde cumplimiento de la obligación de estado, por lo mismo que tal es la voluntad de Dios. Véanse los consejos que daba a una monja veladora de enfermos:

«Es el consuelo interior de orden menos elevado que el acto de amor por el que servimos a los pobres espiritual y corporalmente. Si por ventura os hallaseis arrobada en éxtasis y os avisasen que un enfermo necesita un caldo caliente, os aconsejo que despertéis un momento de vuestro arrobamiento y preparéis el caldo. Dejad a Dios por Dios; halladle, servidle en sus miembros; nada perderéis con el cambio.»

A la Hermana de la enfermería le hace estas recomendaciones que admiran por lo humanas y conmovedoras:

«Siempre que preparéis para un enfermo una comida o una tisana, hacedlo con muchísimo cuidado y aseo; mirad que lo que preparáis sea agradable al paladar, que el enfermo lo tome con gusto, y quedaos luego en paz. Haced a menudo las camas y arregladlas perfectamente. Que sean blandas y cómodas, máxime para los más delicados y para cuantos necesiten trato más esmerado. Si fuere preciso, pasad la noche con ellos, pero haya entonces alegría, mucha alegría. Inventad cosas que diviertan. Hacedles reír, Hermana; deseo que dondequiera haya un enfermo, os llamen gustosos para que estéis a su lado. Leedles las palabras y ejemplos del Salvador y de los Santos, caso de hallarse dispuestos a oírlos, pero de tal manera que vuestra presencia cause alegría y recreo espiritual doquiera que vayáis.»

Palabras parecen esas suficientes para reconciliar con la santidad a cuantos la creen triste e inhumana por no conocer sino la máscara de la misma.

INFLUENCIA DEL BEATO

MUY en breve se extendió por los Países Bajos la fama de santidad de Juan. Los peregrinos en masa acudieron al monasterio de Groenendael. Merece nombrarse entre ellos el holandés Gerardo Groot. Tras brillantes estudios en Devénter, su país natal; en Aquisgrán y en Colonia, habíase graduado de maestro en artes en la Universidad de París. Vuelto a su tierra, llevó al principio vida mundana; convertido después por un cartujo, renunció a sus bienes, repartió su hacienda a los pobres y se entregó a la oración y al estudio.

Por aquel tiempo (1374-1377) conoció a Juan Ruisbroquio, con quien tuvo mucha correspondencia. Visitábale a menudo y, finalmente, hízose su

discípulo. Gustábanle tanto los libros, que sacaba copia de ellos, y ocupaba en esta labor a los alumnos más jóvenes de la escuela de Devénter.

A estos copistas se juntó luego un tal Florencio Radevins, maestro en artes de la Universidad de Praga. Éste propuso a Gerardo juntar a los clérigos en comunidad, y Gerardo convino en ello. Llamáronse «Hermanos de la vida común». Observaban la regla de San Agustín y siguieron las enseñanzas del monasterio de Groenendael; también ellos favorecieron muchísimo la propagación de los escritos de Juan Ruisbroquio.

A instancias de Gerardo fundóse otro monasterio en Ernstein el año 1382. Un hermano profeso llamado Wevel, discípulo del Beato, vino a iniciar a los primeros monjes en la vida religiosa. Otro monasterio fundado en Widesheim logró en breve grande fama. El año 1464, se les agregaron ochenta y dos monasterios, entre ellos el de Groenendael.

Esta Congregación de Windesheim llegó a ser centro de intensa vida religiosa. Su influencia cundió por Flandes y aun por Alemania y Francia. Fué cuna de muchos escritores ilustres: Juan de Sconhoven prosiguió en Groenendael la tradición espiritual del maestro y escribió algunos tratados de mística; Enrique Maude y Gerlack Péters inspiráronse también en Ruisbroquio, y, más que nadie, el Beato Tomás de Kempis († 1471), autor de la admirable *Imitación de Cristo.*

Otros que no pertenecieron a la Congregación de Windesheim, reconocieron al Beato como maestro: Enrique Harfio, franciscano († 1471), Dionisio el Cartujano († 1478) y el famoso dominico Juan Taulero. «La autoridad de Juan Ruisbroquio —declara Dionisio el Cartujano en su tratado *De los dones del Espíritu Santo*— es la autoridad de un hombre a quien el divino Espíritu revelaba sus secretos.»

CRÍTICA DE SU OBRA

NO hay que creer que el Beato sólo tuviese admiradores. Sus obras fueron objeto de severísimos juicios críticos. El más grave lo formuló —unos veinte años después de muerto el ilustre autor místico— el canciller de la Universidad de París, Juan Gersón. Pretendió que el tercer libro del *Ornamento de las bodas espirituales* llevaba al panteísmo y era opuesto a la constitución de Benedicto XII sobre la visión beatífica. Juan de Sconhoven defendió a su maestro y demostró que, dejando a las palabras el sentido que quiso darles Juan Ruisbroquio, el lector atento y de buena fe no halla en su doctrina nada que se aparte de la sana ortodoxia.

Hablar de las relaciones del alma contemplativa con Dios, constituye sin duda ardua y casi temeraria empresa. Todos los grandes místicos hallaron

dificultad para dar con términos que explicasen con exactitud lo que ellos espiritualmente habían experimentado. Al intentar describir el misterioso estado del alma unida a Dios en la sublime contemplación, corren gran riesgo de parecer turbios y hasta ininteligibles.

Hemos de confesar que tampoco el Beato habla siempre con la claridad a que estamos acostumbrados. Aun en vida, venía Gerardo Grbot a que le explicase las partes oscuras de su doctrina. Gersón le reprocha este mismo defecto. Concedamos que el Beato emplea una terminología a menudo austera y muy abstracta, que las expresiones filosóficas por él usadas carecen a veces de la precisión deseable, pero no extrañemos que la pluma del escritor místico no acierte siempre a describir con precisión los estados de un alma sublimada por la gracia divina.

El testimonio de mayor valía en favor del Beato y de su doctrina es la conducta de la Iglesia, que reconoció oficialmente el culto a él tributado de tiempo inmemorial. El decreto de la Sagrada Congregación de Ritos aprobado por Pío X, es del día 9 de diciembre de 1908.

La causa de su beatificación tropezó con muchas dificultades desde el siglo XVII. Introdújola Santiago Bonen, arzobispo de Malinas (1624) y la interrumpieron, a los tres años, las guerras de Flandes. Los canónigos de Santa Gúdula de Bruselas volvieron a reanudarla los años 1783 y 1786, pero sobrevino la Revolución francesa y quedó nuevamente en suspenso. Finalmente, el cardenal Gosens llevó adelante la causa el año 1883, y por decreto del año 1890, se aprobó su culto.

La diócesis de Malinas posee misa y oficio propios del Beato, y asimismo los Canónigos Regulares de Letrán, herederos espirituales de los monjes de Groenendael y de Windesheim.

SANTORAL

Santos *Cromacio, obispo de Aquilea; Nono, obispo de Edesa;* Avito, obispo de Ruán; Silvano, obispo en Frigia; Lupo, obispo de Verona, y Evasio, de Brescia; Fredo, abad en Irlanda; Eusebio, presbítero, Marcelo, diácono, Hipólito, Maximino y Neón, mártires en Roma bajo Valeriano; Ponciano y cuatro compañeros, mártires también en Roma; Severo, Seguro, Jenaro y Victoriano, mártires en África; Narciso, mártir en Córdoba; Heracleenión, anacoreta en Egipto; Agilberto, rey en Inglaterra; Atanasio, Eliab y Simeón, monjes. Beatos **Juan Ruisbroquio, agustino;** Ricardo de Borgoña, obispo, Francisco de Alejandría, Raimundo Rutido, Pascual de Victoria y compañeros, franciscanos, mártires de los musulmanes en Tartaria; Juan Rota, dominico, mártir; Roberto, abad cisterciense, en Matallana; Juan de Anclois, abad. Santas *Bibiana —hija de los santos mártires Flaviano y Drafosa, y hermana de Santa Demetria—, mártir;* Adría, Paulina, María, Martina y Aurelia, mártires en Roma cuando imperaba Valeriano; Elisa, virgen.



Un gran amor de Francisco — El Crucifijo del Santo

DÍA 3 DE DICIEMBRE

SAN FRANCISCO JAVIER

JESUÍTA, APÓSTOL DE LAS INDIAS Y DEL JAPÓN (1506-1552)

CON María Inmaculada, Reina de las Misiones, y con Santa Teresa del Niño Jesús, proclamada patrona de las mismas por Pío XI, goza San Francisco Javier de veneración especialísima entre los misioneros, de quienes es patrono y modelo incomparable. Su apostólico e incansable celo y la aceptación jubilosa de un martirio continuo, son el ideal más sublime del misionero encanecido en la carrera y del joven que aspira al apostolado.

El 7 de abril del año 1506, en el castillo de Javier, distante ocho leguas de Pamplona, doña María de Azpilcueta, esposa del doctor Juan de Jaso —consejero de Juan de Albret, rey de Navara—, dió a luz su sexto hijo, a quien pusieron en el bautismo el nombre de Francisco. Siendo el niño de sólo seis años, perdió a su padre. Creció en época de invasión del reino, en medio del fragor de las batallas en las que guerreaban sus hermanos. Siendo aún jovencito trabó amistad con un capitán vasco a la sazón joven todavía, el cual fué herido en el sitio de Pamplona. Llamábase Ignacio de Loyola.

A los diecinueve años pensó Francisco determinarse por un estado de vida. La ambición comenzaba a despertarse en su alma. Pretendía alcanzar

altos cargos como su padre, o quizá escalar las dignidades eclesiásticas, y trasladóse a París (1525) para estudiar en aquella Universidad, ya muy famosa por entonces.

Para alojar a los cuatro o cinco mil estudiantes extranjeros que la frecuentaban, había Colegios, en los que se agrupaban los naturales de la misma tierra o región. Para estudiar Filosofía ingresó Francisco en el de Santa Bárbara, donde la mayor parte de los alumnos eran españoles o portugueses.

IGNACIO DE LOYOLA Y FRANCISCO JAVIER

LOS estudiantes de aquel tiempo vivían en pugna unos con otros, por haber entre ellos partidarios de las antiguas y de las nuevas teorías filosóficas: la oleada naturalista del Renacimiento y la del protestantismo empezaban a invadir la Universidad. De la noche a la mañana, hallóse metido Francisco en ambiente tan peligroso para la fe y las buenas costumbres.

Felizmente encontró en su camino un excelente y providencial amigo; un rico saboyano que estudiaba para sacerdote y que fué su compañero de aposento: el Beato Pedro Fabro, uno de los fundadores de la Compañía de Jesús. Francisco no pudo menos que dejarse llevar en muchas cosas por esta influencia sobrenatural, salvaguardia de su inocencia.

El 15 de marzo de 1530 recibió Javier el grado de maestro en artes. Ya profesor, hácese pronta fama, pues a la vez que letrado es elocuente. Entre sus discípulos de Colegio hay un estudiante español, pobre en apariencia. Es Ignacio de Loyola, el antiguo soldado del sitio de Pamplona, recién venido de la cueva de Manresa, donde, no obstante su edad, tuvo ensueños de ambición. Había acudido a París para perfeccionarse en las humanas letras, quizá harto descuidadas en su juventud; pero su principal ilusión consiste ahora en juntar una compañía de varones letrados y celosos, con quienes emprender la conquista espiritual del mundo. El primero en quien puso los ojos fué el joven profesor navarro. Parecíale ver en él un instrumento de apostolado seguro y maravilloso. Intentó, pues, ganarlo para Dios y dióse a ello con paciente esfuerzo; y aunque aquel amigo suyo, «a veces se le burlaba», acabó Ignacio logrando su propósito.

Ya en adelante poseyó el corazón de Francisco, cosa que aprovechó para conquistar definitivamente aquella plaza. Hablando de las grandezas humanas que anhelaba Francisco, solía el antiguo capitán repetirle a menudo: «¿De qué le aprovecha al hombre ganar el mundo entero, si llega a perder su alma?». Pensamiento eficaz que iba trabajándole poco a poco.

Tres años aún resistió el de Javier a la gracia, pero no cesaba de pensar en el obsesionante «*Quid pródest?*» Ayudáronle sin duda a vencer las inte-

riores resistencias el ejemplo de magnanimidad y la vida mortificada de Ignacio, las oraciones de su santa madre y las que en el recogimiento de un convento de Clarisas hacía una hermana suya. Al poco tiempo, el día 15 de agosto de 1534, en la cripta de la iglesia de Montmartre, delante de la sagrada Hostia que tenía en su mano el presbítero Pedro Fabro, obligábanse con los votos de pobreza, castidad y obediencia, Ignacio de Loyola, Francisco Javier y algunos compañeros más. Todos ellos se comprometían a ir en peregrinación a Tierra Santa para auxiliar a los cristianos cautivos de los musulmanes, y, si no pudiesen hacerlo, pasarse a Roma para ofrecer su voluntad y corazón al servicio de la Iglesia. Quedaba así fundada la Compañía de Jesús.

SACERDOTE Y MISIONERO

POCO después tuvo Francisco unos días de retiro, o de «ejercicios espirituales», bajo la dirección del mismo San Ignacio. Hízolos con tanto fervor y devoción, que pasó cuatro días enteros sin probar alimento. A fines del año 1531, mientras Ignacio arreglaba algunos asuntos en España, Francisco Javier, con nueve compañeros más, cruzó Alemania para ir a Venecia. Aquí había de juntarse a la Compañía al año siguiente para embarcarse con rumbo a Tierra Santa. En este largo viaje señalóse Francisco por su espíritu de penitencia.

Llegaron a Venecia el 8 de enero de 1537. El futuro misionero no quiso más albergue que el hospital de incurables. Pasaba el día entero cuidando las enfermedades más repugnantes. Había allí un pobre hombre que padecía de una asquerosa úlcera y a quien nadie se atrevía a cuidar. Aun el mismo padre Francisco se estremeció al verle; pero sobreponiéndose en seguida a este involuntario movimiento, acercóse al desgraciado para besarle las llagas y encargarse de él.

En el mes de marzo siguiente, fuéle preciso dejar aquellos ejercicios de caridad, pues San Ignacio le enviaba a Roma con sus compañeros, para implorar la bendición del Sumo Pontífice antes de emprender el viaje a Tierra Santa. Paulo III les dió paternal y cariñosa acogida, y los alentó a llevar adelante la empresa. Francisco Javier volvió luego a Venecia, donde se ordenó de sacerdote el día de San Juan Bautista del mismo año 1537.

Para disponerse mejor a celebrar su primera misa, retiróse a una cabaña derruída, poco distante de Padua. Hizo allí ejercicios espirituales por espacio de cuarenta días, en continua soledad y castigando duramente su cuerpo. Pasó luego dos meses predicando en los pueblos de la comarca, y finalmente dijo la primera misa en Venecia con muchas lágrimas y extraordinario fervor.

A raíz de estos viajes y correrías, sobrevínole recia enfermedad. Permane-

ció en el hospital buena temporada, alojado en aposento malsano y con remedios y alimentos tales que no acababa de curarse. Cierta noche, estando Francisco en su lecho de dolor, apareciósele San Jerónimo para confortarle y revelarle a qué misión le destinaba el Cielo. Sanó a los pocos días perfectamente, y dió principio a un ministerio eficacísimo en Bolonia. Por la Cuaresma del año 1538 predicó en algunas iglesias de Roma.

A LAS INDIAS ORIENTALES

La guerra entre venecianos y turcos vino a entorpecer la peregrinación a Tierra Santa. Entretanto, el rey de Portugal don Juan III pidió al Sumo Pontífice (4 de agosto de 1539) algunos religiosos de la nueva Compañía que llevasen la luz del Evangelio a las Indias Orientales. Fueron elegidos los padres Simón Rodríguez y Nicolás Bobadilla. Como enfermara este último, San Ignacio nombró en su lugar a Francisco Javier. Era el 4 de marzo de 1540. Imposible expresar el gozo que sintió el Santo con esta determinación. Dió infinitas gracias a Dios, y, tras haber recibido la bendición del Sumo Pontífice y la de San Ignacio, partió para Roma en compañía de don Pedro de Mascareñas, embajador de Portugal ante la Santa Sede.

Al pasar por Navarra, propúsole el embajador que se llegase hasta el castillo de Javier, poco distante del camino que seguían. Enternecióse Francisco pensando volver a ver a su madre, a quien tanto amaba, y saludar a sus hermanos y amigos. Pero juzgando que el sacrificio de aquella visita le valdría las bendiciones del Señor sobre su apostolado, prosiguió el viaje sin detenerse, conteniendo así heroicamente los impulsos de su corazón.

Llegó a Lisboa el mes de junio y halló al padre Simón Rodríguez que había ido por mar. Alojáronse ambos en el hospital y, mientras llegaba el día de embarcarse, predicaron en las iglesias de la ciudad. Tan extraordinario fruto produjeron aquellos sermones, que el rey no acertaba ya a separarse de los dos santos varones y pidió al Papa que por favor se los dejase. Quedó convenido que el padre Rodríguez permanecería en Lisboa, y que el padre Javier se embarcaría para las Indias. En el entretanto, el Papa envió al fervoroso misionero un Breve por el que le nombraba nuncio apostólico de los países de Oriente.

La flota se hizo a la vela a 7 de abril de 1541 a las órdenes de don Alfonso de Souza, virrey de las Indias. Por su calidad de nuncio apostólico, tuvo que embarcar Francisco Javier en el navío almirante, a pesar de sus protestas.

Fué su viaje un apostolado continuo. Predicaba muchas veces a los marineros, les enseñaba la doctrina y, si caían enfermos, les prestaba cuantos servicios necesitaban animado siempre de grandísima caridad. En septiembre



SAN *Francisco Javier, armado con un crucifijo, sale al encuentro de los bárbaros badajas, que, en son de pillaje, asaltan el pueblo donde él predica. Intímales en nombre de Dios a volverse a su tierra, y ellos, tras un momento de estupor y como movidos por fuerza invisible, danse a precipitada fuga.*

abordó a Mozambique; aprovechó el tiempo que duró la estada para sembrar la palabra de Dios, y consiguió extraordinario fruto. De allí, llegaron a Malinda, en la costa de Zanguébar, donde también predicó. Y, por fin, avistaron Goa, capital de la India portuguesa, el 6 de marzo de 1542.

APÓSTOL DE INDIOS Y COLONOS

EL Santo encontró la ciudad de Goa en muy lamentable estado. Eran muchos los colonos que vivían entregados a vergonzosas pasiones, con gravísimo mal ejemplo que impedía la conversión de los infieles. Francisco deploró amargamente aquellos escándalos; pero no se desalentó. Puesto con activísimo celo al ejercicio de su misión, logró bautizar y convertir a un sinnúmero de infieles y colonos, y la ciudad de Goa quedó en breve tiempo totalmente transformada.

Había en las Indias la distinción de castas, o clases sociales absolutamente separadas unas de otras, lo cual constituía para el misionero un obstáculo casi invencible. Francisco logró maravilloso fruto con las humildes, pero otras, como la de los soberbios brahmanes, refractarios a la palabra divina, mantuviéronse herméticas a su predicación.

Donde lograba fundar cristiandades importantes, procuraba dejar misioneros que prosiguiesen su apostolado.

Si la vida activa de Francisco nos muestra al sacerdote insaciable de ganar almas para Dios, la correspondencia que sostuvo hasta el fin de su vida, descubre en él al varón de ideas claras y enérgicas, al jefe que no teme la responsabilidad y que sabe mandar cuando es menester; precisamente por que era sublime soñador, jamás vivió fuera de la realidad.

De no tener un mapa a la vista o en la memoria, se hace imposible caer en la cuenta, ni de lejos, de las distancias que recorrió Francisco, ora solo, ora acompañado de algún Padre, guía o criado. Es un milagro apenas creíble, dados los medios de entonces, pero no faltan pruebas de que realizó aquellos inmensos viajes. Desde Goa, en la costa occidental de la India, bajó el misionero hacia el sur, pasada la estación de las lluvias, y arribó al cabo Comorín para misionar entre los pobres pescadores de perlas; durante un año entero (1542-1543) evangelizó la tribu de los palavas. Volvió a Goa en diciembre, y al año siguiente fué a predicar en la punta extrema de la India, en el territorio de Travancor. Cierto día hicieron incursión en aquella tierra los salvajes badajas, que sólo vivían de pillaje. Casi toda la población huyó asustada. Francisco Javier salió al encuentro de los invasores sin más armas que su crucifijo; al punto retrocedieron aquéllos aterrorizados y como empujados por fuerza invisible.

CORRERÍAS APOSTÓLICAS. — EN EL JAPÓN

DESEOSO de ganar más y más almas para Jesucristo, corrióse a la extensa isla de Ceilán, separada del continente por el estrecho de Palk. Al poco tiempo se hallaba a tres mil kilómetros de Goa, en la península de Malaca, más allá del golfo de Bengala.

De Malaca pasó a Oceanía, a las islas Molucas, primero a la isla de Amboina y luego a la de Ceram, siempre a bordo de una pobre barquichuela. Sobrevino en la travesía muy recia tempestad. Francisco metió en el agua su crucifijo para calmar las olas; rompióse en esto el cordón que lo sostenía y el crucifijo desapareció. Al día siguiente, fué grande la admiración de uno de los guías que acompañaban al Santo por la playa, al ver sobre la arena un cangrejo que tenía en sus pinzas el crucifijo del padre Francisco.

Poco después llegó a tierra de caníbales en la isla de Nusalaut, pero no logró en ella sino una sola conversión. Volvió de aquí a Amboina y pasó luego a la isla de Ternate, fortaleza portuguesa. Finalmente, solo y sin ningún auxilio humano, fué a convertir a los salvajes de la isla del Moro (Mindanao).

Francisco permaneció en las Molucas tres años y medio. Por enero del año 1548 regresó a Cochín y emprendió la visita de las cristiandades. Advirtió entonces que los misioneros que había dejado para llevar adelante y desenvolver su obra, debían luchar en muchas partes contra la hostilidad de los funcionarios europeos.

Muy afligido por ello, pensó en ir a evangelizar el Japón. Por otra parte, la Providencia le ofreció una ayuda que acabó determinándole a aquella heroica empresa.

Encontró en Malaca a un japonés llamado Yagiro. Tras una juventud muy libre y enredada, Yagiro había acudido a los bonzos o monjes paganos de su país, en busca de paz para su conciencia, pero en balde. Oyó hablar del padre Javier, y fué a Malaca a echarse a los pies del Santo. Francisco le acogió bondadosamente y le habló con tal dulzura y persuasión, que el japonés determinó seguirle. Siguióle en efecto a Goa, donde recibió el bautismo con el nombre de Pablo de Santa Fe.

Francisco dejó Cochín en abril de 1549, y fué a Malaca. De allí partió para el Japón el día de San Juan, en compañía de un Hermano coadjutor. Después de una travesía de más de mil leguas, abordó el 15 de agosto siguiente en Kagoshima, ciudad importante del imperio nipón, en la isla de Kiusiu.

Habiendo evangelizado dos islas y ganado algunas almas en la ciudad de Yamaguchi, trasladóse a Miako, capital del imperio, por enero de 1551, confiando captarse la benevolencia del monarca. Sólo halló decepción; pero nuevas conversiones conseguidas en Yamaguchi consoláronle de aquel fra-

caso. Aunque el fruto de su predicación no era siempre y en todas partes inmediato, no por eso resultaban estériles sus esfuerzos. Difícil es explicar humanamente que, merced a San Francisco Javier, el cristianismo hubiera logrado en el Japón expansión tan rápida: llegó a contar seiscientos mil católicos; dos siglos más tarde, esta primitiva Iglesia, no obstante hallarse huérfana de misioneros, tenía todavía algunos miles de fieles.

MUERTE Y GLORIFICACIÓN. — NOVENA DE LA GRACIA

A mediados de noviembre de 1551, dejó Francisco el Japón y regresó a la India muy determinado a volver luego con el fin de conquistar a China para Jesucristo. Ganoso de lograr su intento, propuso al virrey una expedición apostólica que, so capa de embajada, le permitiría entrar en aquel imperio y predicar en él la buena nueva.

La salida fué el mes de abril de 1552. La indocilidad del capitán de la embarcación —excomulgado luego por esta causa— dificultó la buena marcha de la empresa. En agosto, el navío que llevaba al padre Javier hallóse cerca de las tres islas llamadas Sanchoán, frente a la ciudad de Cantón. Allí tuvo que abordar el misionero, porque a los navíos portugueses les estaba vedada la entrada en los puertos chinos. Alojado en mísera choza expuesta a todos los vientos, aguardó a un mercader que debía llevarle a Cantón. Caso de que fracasase su propósito, estaba determinado a evangelizar el reino de Siam. Un cristiano chino llamado Antonio y un criado malabar por nombre Cristóbal, eran los únicos familiares del nuncio apostólico.

Sobrevínole mientras tanto una fuerte pleuresía, y hubo de permanecer quince días en la choza padeciendo dolores agudísimos. Finalmente, el viernes 2 de diciembre, sintió que se acercaba su hora postrera. Derramando lágrimas de consuelo y apretando en sus manos el crucifijo, pronunció en alta voz estas palabras: *En Ti he esperado, Señor, y ya nunca seré confundido.* Mientras su rostro se iluminaba con alegría sobrenatural, voló al cielo su bendita alma el 3 de diciembre del año 1552. Tenía cuarenta y seis años.

Los portugueses pusieron en cal viva el cadáver del Santo, para que, consumiéndose sus carnes, pudiesen trasladarse pronto los huesos. Pasaron dos meses, y, al abrir el ataúd, vieron admirados que el santo cuerpo estaba intacto. Trasladáronle a Goa, donde todavía se venera, dentro de un relicario de plata, en la iglesia del Buen Jesús.

Francisco Javier fué beatificado por Paulo V a 25 de octubre de 1619, y canonizado por Gregorio XV a 12 de marzo de 1622, junto con San Isidro Labrador, San Ignacio de Loyola, Santa Teresa de Jesús y San Felipe Neri.

El título de Patrono de la Propagación de la Fe, conferido a San Francisco

Javier muchísimos años ha, confirmólo oficialmente Pío X el 2 de marzo de 1904. Su fiesta fué de rito semidoble desde Alejandro VII (1663) y de rito doble desde Clemente X (1670). Hoy día se celebra en la Iglesia universal con rito doble mayor.

Su brazo derecho, que de bautizar a tantos infieles se le quedaba como paralizado de cansancio, fué separado del cuerpo el año 1614 y enviado a Roma, donde se le venera en la iglesia del *Gesù*. El año 1923, pasadas las fiestas del tercer centenario de la canonización, fué traído a España y otras naciones, paseado triunfalmente y vuelto luego a Roma. En 1949 fué llevado al Japón, para conmemorar el cuarto centenario de la llegada del santo misionero a aquel país.

El milagro que más contribuyó a popularizar el culto del santo apóstol de las Indias y del Japón, ocurrió el año 1634 en un colegio de Nápoles. El joven padre jesuíta Marcelo Mastrilli, se hallaba agonizante a consecuencia de una profunda herida que le produjera en la cabeza un martillo caído de diez metros de altura. Como deseaba ardientemente consagrarse a las misiones, se encomendó a San Francisco Javier, y logró de sus superiores licencia para hacer voto de ir a las Indias si alcanzaba su curación; pedía además la gracia del martirio. Ahora bien, desde el siguiente día, el moribundo, curado ya, pudo decir misa. Murió por la fe a 17 de octubre de 1637 en la ciudad de Nagasaki.

La fama de este milagro dió origen a la costumbre de las novenas en honor de San Francisco Javier, ya antes de su festividad (25 de noviembre a 3 de diciembre), ya más comúnmente antes del aniversario de su canonización (4 a 12 de marzo). A esta segunda novena, en la que es fama que se logra del Santo el favor en ella pedido —si conviene a la salvación del solicitante—, se la suele llamar «novena de la gracia», título que justifican las muchas por ella logradas. Pío X la enriqueció con indulgencias en 1904.

SANTORAL

Santos **Francisco Javier, apóstol de las Indias;** Birino, obispo de Dorcester, Mirocletes, de Milán, y Antemo, de Poitiers; *Claudio, tribuno, y sus hijos Jasón y Mauro, con setenta soldados, mártires en Roma; Casiano, mártir en la Mauritania;* Sofonías, profeta; Eloquio, abad; Claudio, Crispino, Juan y Esteban, mártires en África; Agrícola, mártir en Hungría; Ambico, Víctor y Julio, mártires en Nicomedia, Sol, Adegrino y Glagano, ermitaños; Teódulo de Constantinopla, estilita; Lucio, rey en Inglaterra; Germán y Verano, discípulos de San Remigio; Nicéforo y Diontiras, confesores. Beato Abón, obispo de Auxerre. Santas *Atala, abadesa; Hilaria, esposa de San Claudio y madre de los santos Jasón y Mauro, mártir;* Magina, mártir en África.



Torre del encierro y del milagro — Instrumentos del bárbaro suplicio

DIA 4 DE DICIEMBRE

SANTA BARBARA

VIRGEN Y MÁRTIR DE NICOMEDIA (✝ 235)

MUY breve fué la carrera de Santa Bárbara. Créese que logró la palma del martirio el año 235, siendo como de dieciséis de edad. No por eso dejó de gozar en el correr de los siglos de inmensa y maravillosa popularidad, y aun en nuestros días se la venera con singular devoción en la Iglesia entera.

Pese a ciertas rivalidades, parece estar ya fuera de duda que Santa Bárbara nació, vivió y fué martirizada en Nicomedia, capital de Bitinia —hoy día Ismidt, en Turquía asiática—, y no en Heliópolis de Egipto —o de Siria—, y menos en Toscana.

Los más autorizados documentos la proclaman descendiente de linaje real. A juzgar por varios breviarios y misales antiguos descendía, como María y Jesús, de la raza de Jesé; una crónica de los Cartujos de Colonia dice que su madre era la primogénita de una romana llamada Repé, y de Teófilo, hijo de Marcelo y nieto de Agapo, rey que casó con Ester, hermosísima doncella judía, cuando la ruina de Jerusalén por Vespasiano y Tito.

Su padre Dióscoro —en griego, *hijo de Júpiter*— era un sátrapa hacendado, ferviente pagano, servilmente sometido al perseguidor Maximino. Dé-

bese, pues, considerar como dictado por la fantasía, aquel episodio grabado en una antigua imagen de una Cofradía con esta leyenda: «Santa Bárbara entregada a una nodriza cristiana».

Los biógrafos pintan a la Santa como a doncella de rubia cabellera, en quien brillaban a la par la hermosura del cuerpo y las prendas del alma.

ABRAZA EL CRISTIANISMO

No era del agrado de Dióscoro que su hija se desposase tan joven con alguno de los señores que pretendían su mano. Por eso y porque quería sustraerla al proselitismo de los cristianos, la encerró en un castillo donde, por otra parte, nada faltaba del lujo y bienestar que requería quería su noble condición. A todo ello añadió una magnífica piscina, cuya construcción vigiló él mismo muy de cerca, cuidándose hasta de señalar la orientación de las dos ventanas que habían de dar paso a la luz.

A más de todo eso, para asegurar en su hija el desenvolvimiento de las bellas prendas intelectuales que tanto halagaban su orgullo paterno, dióle maestros muy afamados con quienes Bárbara estudió a los más célebres poetas, oradores y filósofos.

El agudo ingenio de la doncella descubrió muy luego lo absurdo de la doctrina pagana acerca de la pluralidad de los dioses. Con igual perspicacia acertó a distinguir, entre aquellos groseros errores, las verdades fundamentales de las tradiciones primitivas que le dieron noción del Dios único y soberano. Consciente asimismo de la nada de cuanto la rodeaba, no quiso seguir adorando aquellas falsas divinidades cuyo poder tanto le encarecían. Acuciada por esos vislumbres de fe, halló medio de hacer llegar un mensaje hasta el famoso Orígenes, para suplicarle que fuese a dar crecimiento en ella a aquellos felices gérmenes.

Bárbara aguardó ansiosamnte la respuesta del insigne doctor de Alejandría. Trájola un discípulo de Orígenes, a quien, sin conocerle, recibieron en el castillo con muestras de respeto y grandes atenciones. Éste acertó a preparar a la neófita para el bautismo sin que sus familiares se lo estorbasen, por considerarle como a médico venido del extranjero para cuidarla.

Es tradición digna de crédito que recibió este sacramento en circunstancias milagrosas. Hallándose en oración pidiendo perdón de sus culpas, brotó delante de ella una abundosa fuente que se dividió en cuatro partes formando como una cruz. En esto se le apareció San Juan Bautista y la bautizó como antes a los judíos en las aguas del Jordán. Jesucristo la favoreció también con su presencia y, entregándole una palma y un anillo de oro, le dijo: «En nombre de mi Padre vengo a desposarme contigo».

Dícese que muchos de cuantos visitaron más tarde con fe aquella fuente milagrosa, hallaron en ella la curación de sus dolencias.

Dióscoro estaba por entonces en país lejano, por haberle encargado el emperador que saliese al frente de una expedición militar. La nueva cristiana pudo así manifestar libremente su desdén a los falsos dioses, destruyendo y rompiendo los ídolos que llenaban sus habitaciones. Para dar fe de la firmeza de sus creencias, trazó un día la señal de la cruz sobre una columna de mármol con el pulgar de su mano derecha, y dícese que dicha señal quedó grabada en la dura piedra. También quedó visible en una losa la huella de su pie derecho. Aseguran sus biógrafos que era tal su amor a la Santísima Trinidad, que obligó a los albañiles a que abriesen la tercera ventana de su piscina para así honrar a las tres Divinas Personas.

Completamente despreocupada gracias a aquella ausencia de su padre, entregábase la santa virgen con alegre libertad a sus ejercicios de devoción sin que nadie se lo estorbase. Su alma cándida y exhuberante gozábase en aquel estado de cosas y aun le daba ocasión de vacar a obras de caridad.

REGRESA DIÓSCORO

MUCHAS transformaciones se habían llevado a cabo en el castillo para que no las echase de ver Dióscoro al regresar de la expedición. Supo que todo ello se había efectuado por mandato de su hija, por lo que la intimó a que le diese razón de su conducta. Bárbara aprovechó la echó la
ocasión para declararse cristiana, y al mismo tiempo expuso ante su padre la vanidad del paganismo y la sublimidad de los misterios de la religión por ella abrazada; díjole finalmente, que las tres ventanas que daban paso a la luz de un mismo sol, representaban a las tres Personas de la Trinidad, única fuente de verdadera luz.

Argumentaba la Santa con tanta gracia y sencillez, que su padre intentó primero la dulzura para apartarla del cristianismo; propúsole honrosísimo matrimonio si volvía a abrazar la religión pagana. Respondióle Bárbara que prefería la incomparable hermosura de la virginidad; que estaba ya desposada con Cristo; que a Él sólo quería por esposo, y que todas las coronas de la tierra juntas no valían tanto como la que esperaba recibir en el cielo.

Enfurecióse Dióscoro y quiso inmolar inmediatamente su hija a los dioses: con tan descabellada intención, desenvainó su espada contra ella dispuesto a sacrificarla. Bárbara consiguió librarse y huyó inmediatamente del castillo. Fuéronsele a los alcances algunos criados, y al aproximarse a una gran roca, abrióse ésta para darle entrada a una cueva que le serviría de albergue. Así lo refieren sus biógrafos. Al parecer, unas zarzas ocultaban la boca del refugio.

No resultó el escondite tan seguro como hubiera podido parecerle, pues llegados los emisarios de Dióscoro, descubrióles un pastor el paradero de la Santa y allí se lanzaron ellos en tropel.

Apoderáronse brutalmente de la fugitiva, ya que traían órdenes muy severas de aquel padre desalmado, moliéronla a golpes y puntapiés, y arrastráronla por los cabellos, decididos a convencerla con tan inhumanas razones.

Persuadidos de que nada lograrían ni con amenazas ni con promesas, condujéronla al pretor Marciano —según les indicara el infame y criminal Dióscoro—, a fin de que el juez legal procediese con ella y la juzgase conforme al rigor de las leyes, sin consideración de ningún género.

EN MANOS DE LOS VERDUGOS

LOS edictos contra los cristianos eran inexorables. No obstante, el magistrado mostró al principio compasión de una víctima tan joven y delicada; con ruegos y promesas intentó apartarla de lo que él llamaba una superstición; mas, como permaneciera inquebrantable, entrególa a los verdugos. Tres días duró el tormento, como para permitirle ofrecer parte del sacrificio a cada una de las Personas de la Santísima Trinidad, a las que tanto amaba.

Azotáronla con inaudita crueldad, la arrastraron sobre tiestos rotos y la acostaron sobre las puntas de las espadas; abrieron otra vez sus llagas con áspero cilicio y las avivaron con sal y vinagre. Quedó como muerta, y en este estado la encerraron en oscuro y hediondo calabozo.

Jesucristo se apareció a su desposada, curó sus heridas, fortaleció su valor y le dió palabra de no abandonarla en aquella lucha por la fe.

Trajéronla otra vez al tribunal de Marciano, el cual, viéndola sana y robusta, la incitó a que reconociese el poder de los dioses postrándose ante ellos.

—¿Qué dices? —exclamó la Santa—; ¿eres por ventura tan necio, que te figuras que han obrado esta maravilla unas estatuas fabricadas por mano de hombre? No, no son ellas; el Hijo de Dios vivo es quien me ha curado, y todo lo padeceré gozosísima por su amor.

—Puesto que se obstina en permanecer en su necedad —gritó Marciano—, suspendedla por los pies, rasgad sus costados con uñas de hierro y quemádselos con antorchas encendidas.

Viendo que aun con estos nuevos tormentos se gozaba y sonreía la mártir, mandó que le golpeasen la cabeza con pesados martillos. ¡Inútiles esfuerzos!: Bárbara permanecía como abismada en Dios, a quien no cesaba de invocar, y sufrió sin quejarse que le arrancasen los pechos con tenazas.

Finalmente, determinaron ofender su honestidad, exponiéndola desnuda



ENFURECIDO *hasta lo increíble, el desnaturalizado padre de Santa Bárbara quiere ser verdugo de su propia hija y darle muerte por su misma mano. Mientras la Santa hace devota oración e inclina la cabeza, Dióscoro, frenético y furioso, esgrime la espada y de un tajo se la corta.*

a las burlas del populacho. En ese estado tan ignominioso, perseguíanla los verdugos a latigazos por las calles de la ciudad. Empezaba ya Marciano a jactarse de crueldad tan refinada.

«¡Señor mío y Rey mío —imploró la dulcísima virgen mirando al cielo—, Tú que envuelves la tierra en tinieblas cuando así te place, oculta mi desnudez para no dar lugar a que los infieles se burlen de tu sierva». Al punto rodeó su cuerpo una aureola luminosa que lo ocultó a las miradas del pueblo.

Cansado ya Marciano de atormentarla, dictó sentencia de muerte.

El furor de Dióscoro había subido de punto con ver la intrepidez de su hija en medio de tan atroces tormentos. Reclamó para sí el triste honor de degollarla y la llevó a una cercana colina.

Bárbara se arrodilló en el suelo, dió gracias al Señor de que al fin le abría las puertas del paraíso, y le pidió que a cuantos acudiesen a su patrocinio los librase de la «muerte repentina» y no muriesen sin «confesar debidamente sus culpas y recibir el Viático celestial». De un tajo cayó al suelo su cabeza, en tanto que su alma volaba a la gloria tan heroicamente conquistada.

No tardó en recibir el desalmado Dióscoro el castigo de su execrable delito. En el cielo sereno brilló de pronto un relámpago, retumbó el trueno con horrible estrépito y cayó una centella sobre el desventurado padre.

Un cristiano tomó el cuerpo y la cabeza de la mártir, y los trasladó a Gelaso para sustraerlos a la profanación de los idólatras.

SANTA BÁRBARA EN NICOMEDIA

LOS fieles veneraron muy luego con extraordinaria devoción el sepulcro de Santa Bárbara. Muchísimas curaciones descubrieron el tesoro que encerraba, como relata su biógrafo de principios del siglo XVIII, el padre Claudio de San José, religioso carmelita.

«Al ver los ciudadanos de Nicomedia —dice este piadoso autor— los frecuentes milagros que se obraban en el sepulcro de la Santa, mandaron fabricar un hermoso cofre recubierto con chapas de oro finísimo y enriquecido con pedrería, en el que colocaron el sagrado cuerpo; aunque todos ellos eran paganos, llevároŋlo a su templo y lo suspendieron de la bóveda con cadenas de oro. Pero luego sitiaron los cristianos a Nicomedia y la tomaron tras una lucha encarnizada en la que tuvieron muchos muertos y heridos. Entraron en el templo pagano, y sucedió que algunos heridos quedaron curados repentinamente, sin que supiesen de dónde les venía esta gracia, hasta que observaron el cofre precioso y un sacerdote que allí estaba les dijo que en él se hallaba encerrado el cuerpo de una virgen cristiana, llamada Bárbara... y por qué la veneraban con tanta devoción.»

RELIQUIAS DE LA SANTA EN OCCIDENTE

LA fama de este sepulcro estaba ya muy extendida en el siglo VII. Todos querían llevarse las reliquias en él encerradas. Según la opinión más probable, fueron trasladadas a Constantinopla y de allí a Venecia. Hace ya varios siglos que todo el Oriente glorifica el nombre de Santa Bárbara, y es honrada con singular veneración en Edesa, Constantinopla y El Cairo.

De su culto en Occidente, hay huellas en Roma que se remontan al siglo VIII, pero alcanzó considerable extensión en la Edad Media. Se invocó siempre a Santa Bárbara contra la impenitencia final. Llamósela «Madre de la confesión». La naturaleza de casi todos los prodigios logrados por su intercesión, justifica el que se la haya mirado como la Santa del Viático. Los Bolandistas reconocen, efectivamente, que nada hay tan cierto y manifiesto como los milagros alcanzados por su intercesión en favor de los agonizantes.

ALGUNOS MILAGROS

TRÁELOS el ya citado padre Claudio de San José en estilo llano y sencillo. En Hesse cayó la torre de un castillo sobre una muchacha. Quedó sepultada debajo del peso de tal cantidad de tierra y piedras, que hubieran bastado para llenar doscientos carros. Llamaron primero a unos cuantos obreros que quitasen los escombros y buscasen a la joven. Trabajaron el día entero con gran afán, y al anochecer oyeron la voz de la muchacha que clamaba con acento ahogado, pero firme:

—No moriré antes de confesarme y comulgar; porque tuve devoción a Santa Bárbara, y le he pedido continuamente este favor, me conserva ahora la vida por disposición del cielo.

Tan pronto como hubo recibido los últimos sacramentos, expiró.

Quedaron asfixiados seis Cartujos bajo un montón de nieve. Era uno de ellos el padre Ardoin de Lorena, devotísimo de Santa Bárbara, el cual fué hallado con vida al derretirse la nieve pasados doce días, a pesar de no haber comido nada y haber padecido, como es de suponer, intensísimo frío. Pero, habiendo recibido los últimos sacramentos de la Iglesia y exhortado con gran encarecimiento a sus hermanos a ser fervorosamente devotos de Santa Bárbara, entregó su espíritu al Señor.

Antes de que entrase en la Compañía de Jesús, estuvo San Estanislao de Kostka enfermo de gravedad en casa de un hereje de Viena. Hallábase muy afligido por parecerle imposible poder recibir el santo Viático. Acudió a Santa Bárbara, fidelísima abogada en este trance, y a la noche siguiente,

mientras repetía su encendida súplica, apareciósele la Santa acompañada de ángeles que le dieron la comunión.

Otras manifestaciones del poder de esta santa mártir relata el piadoso Padre: curación de varias enfermedades; salvamento del naufragio de un religioso; resurrección de un muchacho; castigo de quienes se burlan de los devotos de Santa Bárbara.

Y concluye así:

«Los anteriores milagros están sacados de un manuscrito auténtico archivado en la biblioteca de los padres Carmelitas de Bruselas, o de las vidas de Santos escritas por los padres Ribadeneira, Ros Weid y otros autores».

PATROCINIO DE SANTA BÁRBARA

POR razón del género de muerte con que Dios castigó al padre y verdugo de la Santa, se la invoca contra el rayo y el pedrisco. Las campanas que se tocaban para alejar las tormentas llevaban el nombre de Santa Bárbara y algunas de ellas tenían su imagen grabada. Y cuéntase haber sido sumamente eficaz el volteo de las mismas en caso de amenaza.

Si vino a ser patrona de cuantos trabajan en la preparación de explosivos, de quienes los emplean (particularmente los artilleros) y de los fabricantes de armas de fuego, ha sido por razón de producir la pólvora efectos muy semejantes a los del rayo.

A esos devotos de la Santa se añadieron los bomberos, que luchan contra los incendios causados por el rayo, y, por extensión de la idea de fuego, los fundidores y aún los cocineros.

Siguieron este ejemplo los canteros y mineros, ya porque también ellos manejan la pólvora, ya porque están amenazados del grisú, ya, sobre todo, en memoria de la roca que se hendió para dar paso a la Santa. También el cuerpo de ingenieros, los cuales no sólo zapan minas y trincheras, sino que edifican muros de defensa que recuerdan el castillo donde vivió Santa Bárbara, se ha puesto bajo su patrocinio.

El que los albañiles y arquitectos la tomasen por patrona se explica por los trabajos que la Santa mandó ejecutar para dar luz a la piscina con la simbólica «tercera ventana».

Que sea abogada de cuantos desempeñan algún papel en los funerales, se entiende por la asistencia que prometió a los agonizantes; y que lo sea de los orfebres, por los vasos sagrados en que se lleva a los enfermos el santo Viático.

Era, asimismo, natural que la mártir de Nicomedia, flor de virginidad, fuese patrona de las doncellas cristianas, y que, por el ansia que tuvo de aprender, lo fuese de los estudiantes, y de algunos colegios y librerías.

Fué además proclamada patrona de los marineros y de sus naves, expues-

tos a tantos peligros; de los carniceros, cuyo oficio recuerda su martirio sangriento; de las casadas y de los mozos de cuerda, porque todos pretendían acogerse a su valiosísimo amparo.

Finalmente, como su nombre da pie, en algunos idiomas, para un fácil juego de palabras, los artesanos que trabajan materias primas como pieles, sedas, crines, lanas, estopas y algodones, proclamaron a Santa Bárbara patrona de sus gremios de curtidores, pellejeros, cepilleros, pinceleros, pañeros, sombrereros, tapiceros, tejedores, lenceros y otros.

DEVOCIÓN ACTUAL A SANTA BÁRBARA

CONMOVEDOR testimonio de la confianza universal en Santa Bárbara es el haber sido ella escogida por abogada de tantas y tan variadas profesiones: es uno de los catorce «auxiliadores». Desgraciadamente para la sociedad, fué decayendo con los siglos tan eficaz y floreciente devoción. Con todo, los artilleros, mineros y bomberos han permanecido fieles a la tradición hasta nuestros días.

devo-

Cuando amenaza la tormenta, muchos labios se abren todavía para conjurar a Santa Bárbara que aleje el peligro del rayo. También se la invoca contra la muerte repentina.

Aun perduran algunas de las muchas Cofradías de la buena muerte establecidas al amparo de esta Santa.

San Pío V reconoció y confirmó el culto de Santa Bárbara el año 1568.

Son innumerables los simbolismos de esta santa mártir en iglesias, museos y bibliotecas. Se la reconoce en la torre, imagen del castillo, y en la palma de mártir. Represéntasela también con una espada en la mano —instrumento de su martirio—, o con la Biblia y un cáliz coronado por una hostia.

SANTORAL

Santos *Pedro Crisólogo, arzobispo de Ravena y doctor de la Iglesia;* Fernando, cardenal, obispo de Parma; Annón, arzobispo de Colonia; *Marutas, obispo de Martirópolis, en Mesopotamia;* Félix, obispo de Bolonia, Osmundo, de Salisburgo, y Bernardo, de Parma; Melecio, obispo, venerado en el Ponto; Mauro, obispo, venerado en Hungría; Teofredo, abad; Papías, *Teófanes y Santiago, mártires de los iconoclastas.* Beatos Jerónimo de Ángelis y Simón Yempo, de la Compañía de Jesús, y Francisco Gálvez, franciscano, mártires en el Japón; Pablo de Jesús, lego carmelita; Domingo Salazar, obispo dominico. Santas **Bárbara, virgen y mártir;** Bertoara y Adneta, abadesas. Beata Cecilia de Roma, primera dominica italiana.



Fruta de la tentación — El emperador Justiniano I

DIA 5 DE DICIEMBRE

SAN SABAS

ABAD EN PALESTINA (439-532)

VIÓ Sabas la luz primera en Mutalasca, población cercana a Cesarea de Capadocia, el año 439. Obligada su familia a mudar de residencia por exigirlo así el empleo del padre que era oficial del ejército, quedó el niño bajo la tutela de un tío suyo, tutela que fué para él una verdadera tiranía, hasta tal punto que, al cabo de algunos meses de malos tratos, vióse obligado a huir de la casa de su tutor, yéndose a cobijar al amparo de otro de sus tíos; no se necesitaba más para enconar los ánimos entre ambos deudos. La envidia brotó rápida en sus corazones alimentada por la codicia de las cuantiosas riquezas del pupilo.

Disgustó sobremanera al joven tan egoísta proceder de sus familiares a quienes veía arrastrados por desenfrenada codicia en pos de los efímeros bienes terrenos. Y así, para poner rápido y eficaz remedio, resolvió renunciar a todas sus riquezas y buscar la paz de su alma en el silencio de apacible soledad. Marchóse, pues, en secreto, y fué a llamar a la puerta de un monasterio cercano, donde se le recibió al instante con las más vivas muestras de júbilo, debido a la gran santidad de que daba pruebas. Pronto verían los monjes cuán acertada fuera su admisión.

EL APRENDIZ DE RELIGIOSO

TAN grande fué el ardor de Sabas, durante su noviciado, para adquirir las virtudes religiosas y perfeccionarse en ellas, que al cabo de muy poco tiempo igualó su humildad, obediencia, paciencia y sobre todo su mortificación a la de los religiosos más veteranos. No desperdiciaba ocasión alguna de amortiguar en sí todo resabio de su vida pasada. Cierto día mientras trabajaba en la huerta alzó los ojos y vió un manzano que parecía brindarle sus hermosos y sazonados frutos. Espontáneamente levantó el brazo y llevó a la boca una fresquísima manzana; mas presentósele al instante la triste escena del Paraíso terrenal, que tantos males había acarreado al humano linaje, reprimió su gula, arrepentido de aquella acción, y arrojó inmediatamente la manzana sin saborearla.

Después de haber pasado diez años ejercitándose en todas las virtudes, obtuvo de los superiores permiso para visitar los santuarios de Palestina y establecer allí su residencia. Empezó por abrazarse con la asperísima regla de San Pasarión en un convento de Jerusalén; mas, al poco tiempo, molestado por las incesantes luchas doctrinales que había entre católicos y monofisitas, retiróse al desierto de Judá para vivir en compañía de San Eutimio, paladín de la ortodoxia; éste, empero, no le juzgó capaz de sobrellevar el rigor de las penitencias en la nueva vida, por razón de su corta edad, pues no contaba más que veinte años; por lo cual el mismo San Eutimio le encaminó a otra casa de su religión dependiente de él, pero de regla un tanto más suave.

Firme Sabas en su constante anhelo de escalar las cumbres de la perfección, pronto se convirtió en modelo acabado de todos sus cohermanos, de tal modo que el superior del nuevo cenobio, llamado Teoctisto o Teotista, puso en él toda su confianza. Aconteció que uno de sus religiosos tuvo que trasladarse a Alejandría llamado por urgentes y graves intereses y Teoctisto eligió a Sabas para que acompañase a dicho religioso por entre los peligros del mundo, donde también a él le esperaba una dura prueba.

Recorriendo, cierto día, las calles de una gran urbe, hallóse frente a frente con sus padres, los cuales, a pesar de los cambios que en su hijo habían operado veinte años de vida monástica, al instante le reconocieron. Su padre, sobre todo, comandante a la sazón de la cohorte isáurica, se sirvió de todo para obligar a Sabas a renunciar a la vida que llevaba y hacerle volver a casa, en donde le esperaba el más brillante porvenir. Mas nada consiguieron las súplicas, las lágrimas ni las amenazas. Estaba decidido a hollar todas las riquezas, honores y placeres por seguir su vocación. Finalmente, no pudiendo aguantar más la triste escena que presenciaba, dijo con resolución a sus

padres: «¡Queréis que abandone el servicio de Dios! Si los príncipes de la tierra castigan con tanta severidad a los desertores, ¿cuál no será el castigo a que yo me haga acreedor desertando de las filas del Rey de los cielos?» Quedó el oficial desconcertado ante esta réplica de su hijo, cuya virtud y constancia admiró, y permitióle seguir el llamamiento divino después de haberse encomendado de todo corazón a sus oraciones.

Permaneció Sabas bajo la dirección de San Teoctisto hasta los treinta años. Después, atormentado de continuo por la idea de aspirar a vida más perfecta, suplicó a San Eutimio que le permitiese retirarse a un desierto próximo para pasar allí la vida sin más compañía que Dios y las fieras del monte. En aquel escabroso lugar, considerando como perdido todo el tiempo pasado, principió la más austera penitencia, de cuyos rigores no eran siquiera leve sombra los precedentes. Sepultado en una reducida gruta pasaba cinco días de la semana en oración y trabajos manuales continuos. Cada día confeccionaba diez canastillas y el sábado llevaba las cincuenta al monasterio, donde pasaba el resto del día y todo el domingo en compañía de sus Hermanos. Por la tarde tomaba los ramos de palmera necesarios para la tarea de la semana, y se volvía a su gruta a continuar con más extraordinario fervor su tan monótona como austera y santa vida.

Desde entonces empezó San Eutimio a llamar a Sabas «el joven anciano», y a tomarle por testigo y compañero de sus austeridades y penitencias.

FUNDACIÓN DE LA LAURA DE SAN SABAS

DESPUÉS de la muerte de Eutimio, volvióse Sabas al desierto, y eligió por residencia una colina coronada por una fortaleza ya derruída. En este tiempo tuvo que resistir las más encarnizadas acometidas del enemigo infernal. Divisó desde allí el torrente Cedrón que se des- se des- liza rápido hacia el mar Muerto, formando su lecho una muy pintoresca garganta en aquellos parajes. Allá se encaminó sin tardanza e instalóse en una cueva, verdadero mirador, que domina la orilla izquierda del torrente. Iba por sus provisiones de boca a dos leguas de distancia; y para subir hasta la caverna había atado una cuerda con nudos a una de las piedras de la misma. En esta espantosa soledad fué descubierto y pronto acudió a ella la muchedumbre, ávida de gozar del sublime espectáculo de tanta santidad. No podía él, por otra parte, negar a aquellas almas generosas los tesoros de sabiduría recibidos del cielo; así que, no obstante sus grandísimos deseos de completa soledad, recibiólos en su compañía.

Tan rápidamente crecía el número de sus discípulos que al cabo de cinco años tuvieron que trasladarse a la orilla derecha del Cedrón y diseminarse por las numerosas grutas que bordean al torrente. Transformó en

iglesia una vasta caverna cuya distribución interna semejaba una cruz. Un pasadizo secreto ponía en comunicación la capilla con la torre, construída encima para servir de defensa a la entrada. Venía a celebrar los sagrados misterios un sacerdote de las cercanías, pues era tan alto el concepto que Sabas tenía del sacerdocio que se juzgaba indigno de recibirlo.

Iba en aumento de día en día el número de anacoretas que vivían bajo su dirección, en tal forma, que ya contaban con ciento cincuenta celdas o covachuelas abiertas a entrambas orillas del torrente. Y ¡ojalá hubieran sido tan santos como numerosos! Pero algunos de ellos no llegaban por desgracia al fervor. Quién encontraba demasiado exagerada su rigurosa austeridad; y quién tildaba de sobrada simplicidad y hasta de ignorancia la profunda humildad que había impedido al Santo recibir los sagrados órdenes. Quejáronse, pues, al Patriarca de Jerusalén, y suplicáronle que les diese otro superior menos severo y más experto.

El patriarca Salustio, que no desconocía los méritos y la santidad de Sabas, simuló acceder a sus reclamaciones y ordenó al Santo que se trasladase a Jerusalén con sus religiosos para tener con él una entrevista. Ignorante de lo sucedido, el siervo de Dios encaminóse a la Ciudad Santa al frente de su comunidad. En extremo satisfechos iban los descontentos por el camino, pues no había quien no diese por segura la deposición de Sabas. Pero no salieron de su asombro al ver que el Patriarca le confería, en presencia de todos, los órdenes menores; y más aún cuando vieron que acto seguido le ordenaba de sacerdote. Terminada la ceremonia, habló a la comunidad y dijo: «Aquí tenéis a vuestro padre y superior, elegido no por voluntad de los hombres, sino del mismo Dios; al conferirle este sagrado ministerio no hemos hecho más que secundar las inspiraciones del Espíritu Santo». Concluída la ceremonia, acompañóles personalmente Salustio a su monasterio y consagró con toda solemnidad la iglesia que el fundador había construído.

EJEMPLOS EDIFICANTES DE SU VIDA

AL propio tiempo que el patriarca Salustio confiaba a su amigo San Teodosio el cuidado de cuantos religiosos vivían en comunidad, nombraba a San Sabas Superior General de todos los anacoretas y solitarios de su diócesis. Sirvióse Dios a menudo de la estrecha amistad y con- con- cordia de estos dos santos para templar y moderar el excesivo personalismo que pudiera infiltrarse en su dirección. Sucedía alguna vez que un cenobita culpable era despachado o severamente reprendido por San Teodosio; entonces acudía a Sabas, el cual, después de afearle sus culpas e imponerle la penitencia que juzgaba conveniente, se lo remitía ya del todo enmendado.



MIRA, *león —dice San Sabas—, si quieres, estemos aquí juntos, porque la cueva es capaz para los dos; y, si no, más justo es que tú te vayas y me la dejes libre, porque yo no soy solamente criatura de Dios, como tú, sino que, además, he sido criado a su imagen y semejanza.*»

Lo mismo hacía San Teodosio con los anacoretas, y así, ambos trabajaban de común acuerdo en la santificación de las almas.

No debe de ningún modo imaginarse a los santos y a los padres del yermo, como seres huraños y con ese cierto aire jansenista que con tanta frecuencia se les atribuye. Algún caso pudo darse de ello; pero, por regla generalísima, mostráronse humanos y comprensivos como manda la verdadera virtud.

Hallándose un día Sabas dando cuenta de una importante misión a eminentes personalidades eclesiásticas, invitóle a comer el Patriarca de Jerusalén. Asistía también San Teodosio. Narraba el padre de los anacoretas su viaje, sentado entre el patriarca y otro obispo, e iba comiendo de cuanto sus simpáticos y próximos comensales le servían. Al fin del banquete díjole San Teodosio en tono de broma: «Parece, padre Sabas, que hay apetito, pues necesitáis dos sirvientes». Por toda respuesta, el Santo se echó a reír tan espontánea como inocentemente.

Cierto día divisó, al caer la tarde, al hermano cocinero del monasterio en el preciso momento en que éste arrojaba al cauce del torrente Cedrón una olla llena de habas. Había puesto por descuido aquel día doble ración y tiraba las sobrantes para no tener que servirlas de nuevo. El Santo no se dió por enterado, pero se levantó por la noche y las recogió todas, pues el torrente estaba seco. Al día siguiente se puso él mismo a preparar el desayuno, y después de haberlas limpiado bien volvió a calentarlas y sazonarlas. Estando a la mesa preguntó al hermano cocinero:

—¿Qué tal le parece el plato por mí preparado?

—Jamás lo he comido tan exquisito —respondió.

—Sin embargo —agregó con dulzura—, es el que usted arrojó ayer tarde al torrente; procure en adelante observar bien la pobreza.

En cierta ocasión llegó el monasterio a carecer de pan hasta para celebrar el santo sacrificio. Es de advertir que en el rito griego se usa pan ázimo en la misa. Dirige el Santo a Dios una fervorosa plegaria, y, acto seguido, envía a Jerusalén todas sus caballerías, las cuales al poco rato vuelven cargadas de víveres que almas buenas regalaban para los monjes.

DESTIERRO Y REPATRIACIÓN

EL creciente número de almas fervorosas que se iban reuniendo en torno suyo, obligó a Sabas a levantar nuevos monasterios, llegando a fundar así, en cierto modo, una numerosa Congregación. Fué, como otros muchos superiores de Órdenes religiosas, un gran constructor de edificios, cios, quizá el mayor que se haya conocido en Palestina. Fué también muy afortunado en sus empresas, no sólo por sus excelentes dotes personales, sino

por las cuantiosas limosnas que para ello recibía. Cerca de mil religiosos estaban bajo su dependencia inmediata, o de los superiores por él nombrados. Esto nos dice cómo serían sus dotes administrativas y de gobierno.

Pero un exiguo grupo de religiosos de ideas un tanto avanzadas, quiso sacudir la autoridad de Sabas, que desde algún tiempo soportaban con disgusto, y se mancomunaron para restarle autoridad y ver si, de este modo, conseguían que otros anacoretas abandonasen al Santo. Tan decididos estaban a salir con su intento, que ya ni les hacía mella el temor de ser despedidos de la religión, a cuyo fundador tan descaradamente denigraban. Enterado Sabas de sus solapadas estratagemas, alejóse del lugar espontáneamente exclamando: «Hay que combatir contra los demonios y no pelear con los hombres». Con tan noble solución dábales un nuevo ejemplo de humildad, pero no supieron o no quisieron aprovecharlo los culpables.

Retiróse, pues, a la región de Transjordania, a un lugar cercano al río Gadara y fijó allí su morada en una cueva, donde quedó sumido en profundo sueño, rendido por el extremado cansancio. Era aquella cueva guarida de un león que no tardó mucho en regresar. Al ver dormido al inesperado huésped, tiróle blandamente del ribete de su túnica, como rogándole que le hiciera sitio, o que saliese de su madriguera. Despertóse el Santo tranquilamente sin el menor sobresalto a la vista de la fiera; y empezó a entonar himnos en alabanza del Criador. Respetando el león la oración del religioso, salió en silencio de la cueva y esperó a la puerta a que el Santo terminase; pero como la oración se prolongara demasiado, volvió a entrar la fiera de nuevo, y a dar las mismas señales tirándole mansamente de la túnica. Volvióse hacia el león Sabas y le dijo con dulzura: «En la gruta hay cabida para ambos, y juntos podemos vivir aquí; pero si te molesta mi compañía búscate otra, pues yo he sido creado a imagen y semejanza de Dios, y por tanto a ti te corresponde cederme el sitio». Pareció entender la fiera la observación de Sabas; salió de la guarida, alejóse del lugar y, como si le hubiera cedido la plaza, no volvió por aquel sitio.

A la vuelta de varios años, determinó Sabas volver a Jerusalén para asistir a las fiestas de la dedicación del Santo Sepulcro. Como los revoltosos hubieran divulgado el rumor de que el Santo había sido devorado por las fieras, los monjes todos habían suplicado encarecidamente al patriarca les nombrase otro en su lugar. El prelado contestó tranquilizándolos, y ordenándoles al mismo tiempo que abandonasen la laura los que estaban decididos a mantener la rebeldía contra su fundador. Así fué, porque al dar el mismo Sabas pública lectura de la carta patriarcal, se retiraron, negándole obediencia, unos sesenta monjes. Andando el tiempo, y conmovidos por los paternales consejos de su superior, entraron de nuevo por el camino del deber, arrepentidos y determinados a enmendarse.

LUCHAS EN PRO DE LA ORTODOXIA

UNA vez nombrado por el patriarca de Jerusalén superior de todos los eremitas de Palestina, elevó, de acuerdo con su amigo San Teodosio, una petición al emperador Anastasio I, y, acto seguido, se encaminó a Constantinopla para lograr la abolición de los gravámenes que la codicia romana les había impuesto, lo que consiguió plenamente.

No era éste el único asunto que le había llevado a la capital bizantina; a decir verdad ni era siquiera el principal. Hacía algún tiempo que el patriarca de Jerusalén se veía amenazado por un decreto imperial que le condenaba al destierro, pues el mismo emperador era partidario y protector de los heresiarcas, por lo cual Salustio envió a Sabas al frente de una comisión de abades para que intercedieran en su favor ante el soberano.

Recibidos en audiencia por el monarca, adelantáronse los abades a Sabas en la exposición de sus reclamaciones, más o menos interesadas todas ellas. Mientras tanto Sabas guardaba el más profundo silencio. Admirado el emperador de aquella indiferencia le interrogó:

—Y vos, venerable anciano, ¿no tenéis ninguna petición que formular? ¿Cuál es el fin de vuestro viaje?

—El fin que me ha traído —respondió humildemente el santo anacoreta— es suplicaros en nombre del pueblo de Jerusalén y muy en especial de su augusto patriarca, que hagáis cuanto os sea posible para que la paz vuelva a reinar en las Iglesias de Palestina, para que todos, obispos y monjes, podamos libre y sosegadamente rogar noche y día por la eterna salvación de Vuestra Imperial Majestad.

Anastasio los despidió con promesas bastante ambiguas y entregó a Sabas mil áureos para subvenir a las necesidades de sus monasterios.

Precipitáronse los acontecimientos como se podía entrever por la vaguedad de la respuesta imperial a los comisionados. Antes que Sabas llegase a su monasterio, tomaban, uno en pos de otro, por orden del emperador, los obispos fieles el camino del destierro; el mismo patriarca, violentamente depuesto, era confinado al fuerte de Ela, que domina las costas del mar Rojo.

El sucesor de Salustio simuló acatar las disposiciones de Anastasio I, hasta que Sabas, no pudiendo aguantar aquella intromisión política en los asuntos eclesiásticos, reunió a diez mil monjes y proclamó a la faz del mundo que las decisiones dogmáticas de la Iglesia son inmutables y que los cristianos, en materia de religión, no debían inclinarse ante los caprichos de la autoridad civil. Tales proclamas dejaron pasmado al emperador, que se creía con omnímodo poder en todos los órdenes. Su primer impulso fué expulsar al siervo de Dios, que se permitía contravenir de tal modo sus

mandatos; pero, en esto, reuniéronse de nuevo los monjes, y Sabas junto con San Teodosio dirigieron al monarca, en nombre de la asamblea, una carta modelo de firmeza y caballerosidad.

Con el advenimiento al trono de Justino I, renació la paz en la Iglesia y en toda Palestina, que se hallaba agitadísima desde hacía mucho tiempo. Doce años más tarde, en el reinado de Justiniano, el alzamiento general de los samaritanos atrajo sobre Palestina la más terrible de las venganzas, en la que hubieron de sufrir los cristianos tanto como los insurrectos. Por segunda vez el santo anciano Sabas —contaba a la sazón noventa años— emprendió el camino de Constantinopla para apaciguar al emperador. Éste le recibió con el mayor cariño y deferencia, le obligó a que le bendijese a él juntamente con su esposa y concedióle mucho más de lo que pedía.

PLÁCIDA MUERTE

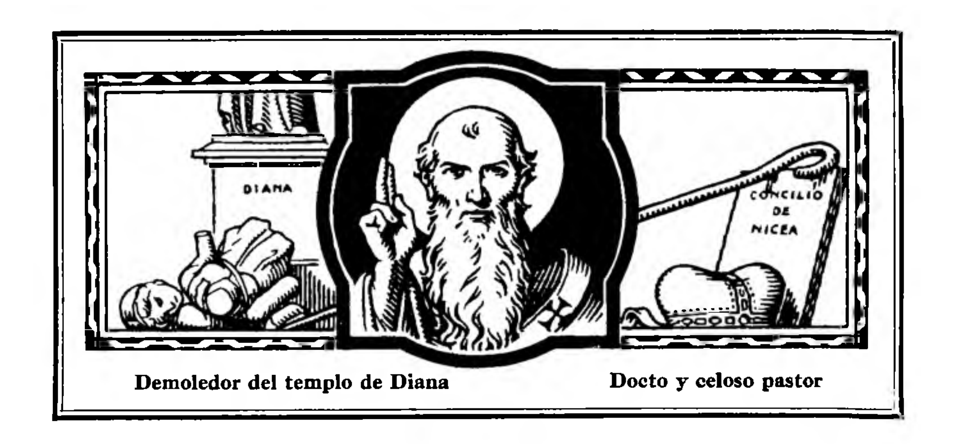
YA durante su estancia en Constantinopla, veía Sabas acercarse el fin de su peregrinación en este mundo, así es que, tan pronto como hubo despachado los asuntos que a la capital le llevaran, apresuró la vuelta. Dió cuenta de sus gestiones al patriarca de Jerusalén, y volvióse a su laura. aura.

A los pocos días de su llegada cayó enfermo de gravedad. El patriarca fué a visitarle y, al ver su extremada pobreza y la carencia absoluta de comodidades y medicamentos, hízolo llevar a su propio palacio. Sufriólo el Santo por obediencia; pero a los pocos días, viendo inminente su muerte, suplicó, con los ojos arrasados en lágrimas, que le trasladasen a su querida laura donde ansiaba morir. En efecto, allí descansó, rodeado de todos sus hijos, el 5 de diciembre de 532, a los noventa y cuatro años de edad.

Honró el Señor su sepulcro con muchísimos milagros, y su memoria fué muy venerada en el Oriente largo tiempo después de su tránsito. Sus reliquias, llevadas más tarde a Venecia, son objeto de fervoroso culto.

SANTORAL

Santos **Sabas, abad;** Giraldo, arzobispo de Braga; Aseclo, arzobispo de Tesalónica; *Dalmacio, obispo de Pavía, mártir;* Baso, obispo de Niza, mártir en tiempos de Valeriano; Pelino, obispo de Bríndisi, mártir bajo Juliano el Apóstata; Nicecio, obispo de Tréveris, y Gerboldo, de Bayeux; Juan, obispo de Poliboto, en Arabia; Gonón y Luano de Irlanda, monjes; Julio, Crispín, Félix, Grato y ocho compañeros, mártires en África; Anastasio, mártir; Herviano y Cirano, confesores. Beato Franco, solitario en el Abruzo. Santas *Crispina, mártir;* Potamia, mártir en África; Consolata, virgen; Basilisa, abadesa. Beatas *Isabel de Valdsech;* Juana, condesa de Flandes, viuda.



Demoledor del templo de Diana

Docto y celoso pastor

DÍA 6 DE DICIEMBRE

SAN NICOLAS

OBISPO DE MIRA (270-341?)

OCUPA San Nicolás un puesto preeminente entre los Santos que gozan del favor popular. Y no lo debe precisamente al brillo de su vida, poco conocida en general, sino al encanto de las leyendas que esmaltan su existencia, convirtiéndola en un hermoso libro de estampas maravillosas y siempre gratas de contemplar.

Nació San Nicolás hacia 270, en Patara, opulenta ciudad marítima y capital de Licia, en la extremidad meridional de Asia Menor. Sus padres, nobles y ricos, eran extraordinariamente piadosos. Apenas el niño abrió sus ojos a la luz, abrióse su alma al conocimiento de Dios y, no bien supo lo que es comer, ya conoció la práctica del ayuno. Dícese que los viernes y sábados tomaba una sola vez el pecho y ello a la hora señalada por la regla disciplinaria del ayuno.

A los cinco años empezó Nicolás a frecuentar la escuela; primero en su ciudad natal y luego en una localidad próxima que en aquellos siglos reunía en su seno a la juventud estudiosa. Muy solícito en evitar los perniciosos ejemplos de sus camaradas, tan sólo trababa amistad con los buenos y virtuosos. Preservaba su corazón de todo apetito desordenado, evitaba los es-

pectáculos peligrosos y domaba su cuerpo con vigilias, ayunos y cilicios. Dios nuestro Señor, atento siempre a las necesidades de sus santos, recompensó sus esfuerzos y plegarias, concediéndole una precoz sabiduría.

Habiendo muerto sus padres, entró en posesión nominal de grandes riquezas. En posesión nominal, ya que nada quería para sí: los reales herederon fueron los indigentes, entre quienes resolvió Nicolás distribuirlo todo.

CARIDAD INGENIOSA

VIVÍA cerca de Nicolás un hombre de ilustre nacimiento y en otros tiempos rico, a quien ciertos reveses de fortuna habían sumido en la mayor miseria. Le ocurrió no poder dar estado a sus tres hijas, aunque hermosas, pues no tenía con qué dotarlas. El desnaturalizado padre, a quien su antiguo pasado le hacía desear un modo de vida que lógicamente no podía ya cumplir, o que creía no poder encontrar solución mejor para sus apuros, atrevióse a proponerles un vergonzoso tráfico con el pretexto de que sólo así podían verse libres de su miseria y abandono.

Enteróse Nicolás de lo que en aquel hogar pasaba y del gravísimo peligro que corría la virtud de las tres doncellas y ya no pensó sino en poner remedio a semejante situación.

Tomó, pues, de sus bienes una cuantiosa suma, envolvióla en un simple lienzo que no pudiera delatar la procedencia del donativo, llegóse, a favor de las tinieblas, al hogar de las desdichadas jóvenes, arrojó su paquete por una de las ventanas y retiróse al punto de aquel lugar.

Al despertar aquel hombre, quedó estupefacto del hallazgo; pero pronto entendió con gran contento que semejante don, sólo de una mano amiga podía proceder. Volvióse a Dios y dándole gracias con lágrimas en los ojos, dispuso el casamiento de su primogénita. Nicolás, más gozoso aún de haber obrado el bien que el otro de haberlo recibido, renovó su anónimo gesto en favor de la segunda hija, que también se casó. Quiso una vez más repetir el rasgo caritativo y seguir ignorado, pero el agradecido padre montó tan perfectamente la guardia que el joven bienhechor fué descubierto.

—¿Por qué —le dijo aquel hombre echándose a sus pies—, por qué os ocultáis así? ¿Por ventura no queréis que os manifieste cuán agradecido os estoy? Vos sois mi auxilio y mi remedio; habéis librado a mi alma y a las de mis hijas del infierno; por vos, el Señor ha sacado a este miserable pecador de la vergüenza y la inmundicia.

Nicolás, confundido, encareció a aquel hombre el secreto. Mas todo fué en vano, porque Nuestro Señor quiso que se hiciera pública esta buena acción, para que la caridad y humildad de su siervo nos sirvieran de ejemplo.

SU DESIGNACIÓN PARA LA SEDE MIRENSE

MURIÓ por entonces el obispo de Mira, y el pueblo y el clero, así como los prelados de la provincia, elevaban al cielo fervorosas plegarias en demanda de luces para la elección de un digno pastor. Ahora bien, aconteció que Nicolás llegaba a la ciudad donde pensaba vivir desconocido. Por una inspiración de lo alto, los electores habían coincidido en nombrar obispo al primero que al siguiente día entrara en la iglesia. Y he aquí que el primero que franqueó el umbral del templo, sin conocer en absoluto el acuerdo aquel, fué precisamente nuestro Santo.

Introdújosele en seguida en la asamblea, fué presentado a los fieles y aclamado por obispo. Resistióse Nicolás cuanto pudo a ser consagrado, pero no tuvo más remedio que ceder a la voluntad de Dios, que de una manera tan ostensible se había manifestado en favor de su elección. Con tal conformidad acabó colmando el júbilo del pueblo todo.

Su vida había sido hasta entonces ejemplar. Nadie habría podido reprocharle nada; pero los Santos, tan indulgentes para con los demás, son severos para consigo mismos. Nicolás juzgó que la dignidad de que acababa de ser revestido le obligaba a mayor virtud: «Nicolás —se decía a sí mismo—, esta dignidad requiere otra vida: hasta hoy has vivido para ti; ahora hay que vivir para los demás; si quieres que tu palabra persuada a la grey que Dios te ha confiado, tienes que dar eficacia a tus exhortaciones con el ejemplo de una vida perfecta». Desde entonces fué todavía más austera. Comía una sola vez al día y no probaba la carne; escuchaba, mientras comía, santas lecturas y pasaba las noches en oración, y los breves momentos que dedicaba al descanso lo hacía sobre una dura tabla o sobre el frío suelo. Levantábase antes del alba y despertaba a sus clérigos para cantar con ellos himnos y salmos al Señor; apenas salido el sol, se encaminaba a la iglesia y consagraba el resto del día a la administración diocesana y al servicio de los fieles.

CARIDAD Y CELO DEL SANTO OBISPO

CUIDABA de los pobres y practicaba en sí mismo la pobreza voluntaria: nada tenía como propio, y hasta los libros que usaba eran prestados. Informábase con cuidado de los públicos pecadores y ponía freno al escándalo de su conducta con dulzura o con severidad, según convenía. venía.

Como todos los Santos, confiaba poco en sí mismo, y pedía consejo a los doctos y prudentes; y teniéndose por flaco, suplicaba con lágrimas al Señor que le ayudase. Un día que estaba orando, presa de angustia su alma, oyó

una voz del cielo que le decía: «No creas, Nicolás, que si cumples fielmente mis deseos, vaya a ser Yo ingrato y te abandone».

En los años 303 y 304, Diocleciano ordenó por edicto que en todo el imperio fuesen demolidas las iglesias y quemados los Libros Sagrados, prohibió las reuniones de los cristianos, privóles de sus cargos y dignidades, redujo a la esclavitud a los que ocupaban puestos inferiores, y, finalmente, decretó la detención de obispos y fieles para que se les obligara a sacrificar a los ídolos. Los antiguos manuscritos griegos refieren «que Nicolás, puesto que era en Mira el gran pontífice de los cristianos y que allí predicaba las verdades de la fe con santa libertad, fué detenido por los magistrados, encadenado, sometido a tortura y luego encarcelado con muchos otros cristianos. Pero cuando el grande y piadoso Constantino ciñó la diadema imperial, los prisioneros vieron caer sus cadenas, fueron reintegrados a su libertad y Nicolás volvió a Mira.»

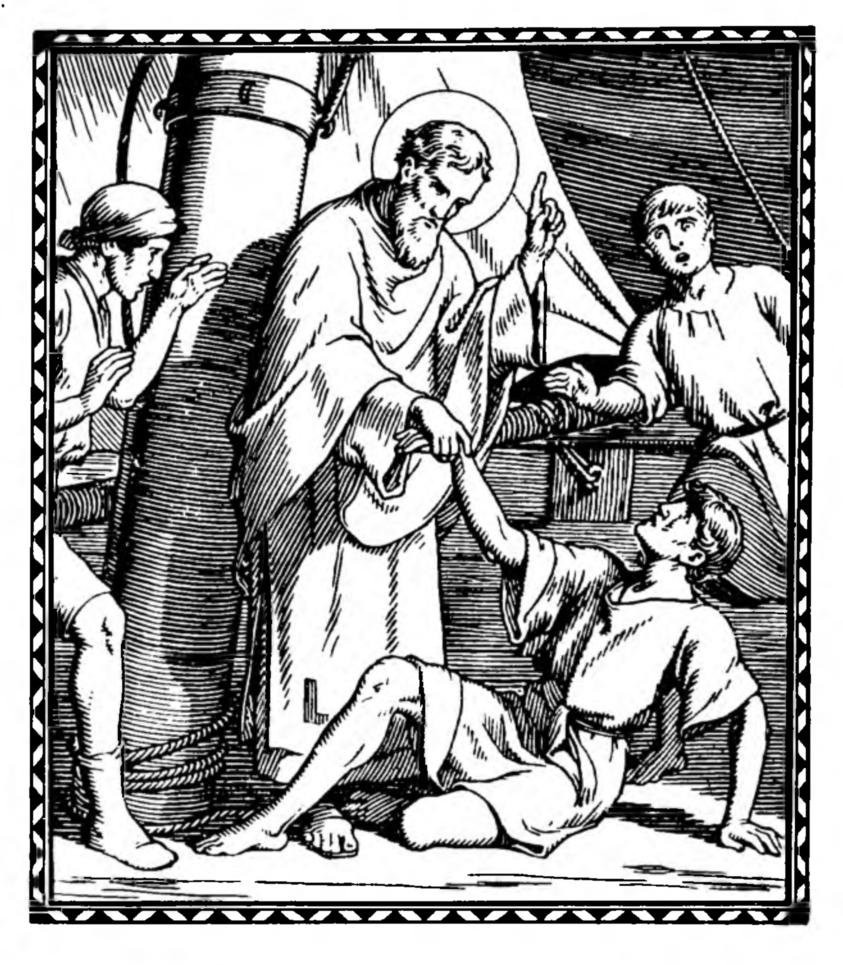
Dios reservaba a su siervo para otras luchas; el glorioso atleta iba a mostrarse pronto, en un nuevo campo de batalla, como uno de los más intrépidos defensores de la ortodoxia católica. Llamado a Nicea para confundir al hereje Arrio (325), logró la universal admiración por sus virtudes, la bondad de su doctrina y su ardorosa elocuencia.

Una leyenda que data apenas del siglo XIV pretende que cierto día, en el fuego de la discusión, el obispo de Mira llegó a golpear al propio Arrio; los demás padres del concilio, indignados por semejante falta de caridad, le arrebataron el palio y el libro de los Evangelios, insignias de sus funciones episcopales y le condenaron a cárcel; pero —termina la leyenda— Cristo y la Virgen, que penetran el fondo del corazón, se mostraron y le devolvieron las insignias de que había sido despojado.

El animoso campeón de la ortodoxia mostró parecido celo contra la idolatría, siempre vivaz en Oriente, incluso después de la conversión de Constantino, y acabó con el templo de Diana que a manera de desafío se erguía en su ciudad episcopal y era el centro de la reacción pagana.

EL TAUMATURGO

EXTENDÍANSE también sus cuidados a los intereses materiales de sus fieles. En cierta ocasión de terrible hambre en Licia, unos barcos de Alejandría, con cargamento de trigo egipcio, hubieron de refugiarse en el puerto de Andriaki, cercano a Mira. Al saberlo Nicolás se apresuró a pedir a los armadores algo de su mercancía con que remediar la extrema necesidad de sus ovejas. Rehusaron aquéllos acceder a su demanda so pretexto de que aquel trigo pertenecía al Estado e iba consignado a la capital



YENDO *San Nicolás a visitar los Santos Lugares, predice a los marineros que pronto se desatará deshecha tempestad, y subiendo uno para aderezar una vela cae de lo más alto de la entena en el navío y muere de la caída. Mas haciendo el Santo oración por él, se levanta vivo y sano.*

del Imperio. Entonces el prelado replicó vivamente: «Desembarcad de cada buque cien medidas y yo fío de todo perjuicio ante el administrador del Tesoro público en Constantinopla». Al final consintieron en ello y, una vez en calma la mar, hiciéronse a la vela hacia el Bósforo. Al llegar midieron el trigo y hallóse idéntica cantidad que al partir de Alejandría. Los marineros refirieron entonces el prodigio operado durante la travesía.

Una vez, supo Nicolás que el prefecto Eustaquio, engañado por falsos informes, había condenado a tres inocentes al último suplicio. Ya estaban los acusados en el lugar de la ejecución. Acudió Nicolás, libertó a los prisioneros y, al frente de la muchedumbre, fuése en busca del magistrado. Se ordenó la revisión del proceso, encargándose de esa misión los tres comisarios imperiales Nepociano, Urso y Herpilio. Tras maduro examen fué reconocida la inocencia de los acusados y los funcionarios regresaron a Constantinopla, donde dieron cuenta de su misión al emperador. Pero entonces los malévolos e intrigantes los acusaron de haberse dejado corromper con dinero. Se llegó a decir que los desgraciados a quienes habían declarado inocentes, habían conspirado contra la vida del emperador, en forma que dichos tres comisarios fueron condenados a muerte. La noche que precedió a su ejecución, conversaban los tres melancólicamente en el calabozo. Súbitamente Nepociano cayendo de rodillas exclamó:

—¡Dios de Nicolás, que en otro tiempo arrancaste de la muerte a los tres jóvenes hebreos: nosotros somos inocentes como ellos! Huérfanos ya de todo humano socorro te suplicamos, por intercesión de tu siervo Nicolás, que tomes nuestra defensa.

En aquel instante el emperador vió en sueños un venerable anciano que le intimaba:

—Levántate y ordena inmediatamente la libertad de los tres funcionarios que acaban de ser condenados a muerte.

Constantino, estupefacto, se dirige al viejo:

—¿Y tú, quién eres para pedirme semejante cosa?

—Soy Nicolás —respondió el anciano—; soy el obispo de Mira.

Y desapareció la visión. Levantóse el emperador y llamó a Ablario, prefecto del pretorio. Éste había tenido la misma visión que su señor y había escuchado la misma intimación. A preguntas de Ablario, el Santo sólo había contestado: «Soy un siervo de Dios».

Se hizo comparecer a los tres condenados a muerte. Interrogados sobre el caso, no supieron qué responder. Tan sólo al saber la causa de su esperada liberación gritó Nepociano:

—¡Oh Dios Todopoderoso, gracias te doy por haberte dignado escuchar nuestros ruegos, enviando a Nicolás, tu siervo, para que dé testimonio de nuestra inocencia!

Relató entonces la escena de la noche anterior, y se defendió de las acusaciones con tal acento de sinceridad que conmovió y convenció al prefecto y al emperador.

Constantino perdonó a los sentenciados y les dijo:

—No a mí, sino a ese santo anciano que ha venido en vuestro auxilio, es a quien debéis la vida. Id a agradecérselo y a decirle que yo he cumplido fielmente sus órdenes y que espero el socorro de sus oraciones.

Mandó traer un ejemplar del libro de los Evangelios, escrito con letras de oro, un cáliz engastado en piedras preciosas y dos vinajeras de oro que entregó a los funcionarios con orden de ofrendarlos en nombre suyo a la iglesia de Mira para uso de su santo pontífice.

En cierta casión, sucedió que unos marineros sorprendidos en alta mar por la tormenta rogaron al Señor verse libres por los merecimientos de su siervo Nicolás. Al momento el obispo de Mira se puso delante de ellos y les dijo:

—Aquí estoy para ayudaros; tened confianza en Dios, de quien soy siervo.

Y, tomando en sus manos el timón, dirigió la nave a través del proceloso mar.

Los marineros fueron en seguida a Mira magnificando a su libertador. Le hallaron en la iglesia ocupado en el divino servicio y, arrojándose a sus pies, refirieron a los asistentes lo que les había acontecido. El Santo, confuso, los atajó diciendo:

—Dad gloria a Dios, hijos míos, pues yo no soy más que un miserable pecador y un siervo inútil.

Luego, llamándolos aparte, les declaró caritativamente que habían corrido aquel peligro a causa de sus pecados; descubrióles algunas particularidades secretas de sus vidas y pidióles que hiciesen penitencia.

MUERTE DEL SANTO

SE diría que la muerte de San Nicolás no fué más que un entreacto en una prolongada sucesión de beneficios. El archimandrita Miguel, su biógrafo, la resume en pocas líneas, entre dos relaciones de hechos milagrosos. «Habiendo regido —dice— la Iglesia metropolitana de Mira y embalsamado el país con el perfume de una santísima vida sacerdotal, trocó esta vida perecedera por el reposo eterno. Allí, mezclado entre los coros angélicos y la multitud de los patriarcas, goza de la dicha perdurable, intercediendo sin cesar por los que le invocan con fe y devoción, singularmente por los afligidos con la desgracia o las públicas calamidades».

Respecto a la fecha de su muerte, según una antiquísima tradición debió

de ser el sexto día de diciembre. Quizá en 352 o, tal vez, en 341, si es cierto que la traslación de su cuerpo a Bari (Italia meridional) el 9 de mayo de 1087, se efectuó, de acuerdo con algunas crónicas, 746 años después.

MILAGROS PÓSTUMOS

NUESTRO Señor, que había honrado a su siervo con estupendos milagros durante su vida, le glorificó aun más después de su feliz tránsito. Manaba de su cuerpo un maravilloso licor que sanó a innúmeros enfermos. Aun hoy día persiste el portento y los canónigos que componen el cabildo basilical del Santo, en Bari, facilitan actualmente frasquitos sellados, con este licor que llaman «maná de San Nicolás».

Encontrábanse varios peregrinos a punto de embarcar con objeto de ir a venerar las reliquias de San Nicolás. El demonio, lanzado en otro tiempo del templo de Diana, quiso vengarse del Santo en sus devotos. Adoptó la figura de una mujer que sostenía un gran vaso de aceite; y dirigiéndose a los viajeros, les dijo que ella sabía perfectamente el motivo de su travesía y que les acompañaría con gusto, si no se lo impidiera su debilidad. Y añadió: «Ya que no puedo ir con vosotros, os ruego que llevéis este aceite y lo ofrezcáis de mi parte para alimentar las lámparas encendidas ante el sepulcro del Santo». Los peregrinos, engañados por las apariencias, aceptaron el encargo.

Al segundo día sucedió una gran tempestad y, como muchos se inclinaban a acercarse a tierra, se les mostró San Nicolás en figura de un anciano venerable que pilotaba una embarcación. Ordenó a los navegantes que arrojasen al mar aquel vaso que el diablo, disfrazado de mujer, les había dado, asegurándoles que su viaje sería próspero. Obedecieron al punto y en el sitio en que el aceite cayó se produjo un fuego tan espantoso y fétido que atestiguaba elocuentemente el origen infernal de aquel peligroso encargo.

CONVERSIÓN DE UN VÁNDALO

CUANDO los vándalos invadieron a Calabria, devastaron todo el territorio. Uno de ellos, viendo en casa de un cristiano una imagen del Santo, llevósela sin saber lo que hacía; los cristianos le aseguraron que era el retrato de un Santo, por mediación del cual Dios obraba milagros. Cierto día en que el vándalo salía apresuradamente a sus ocupaciones, dejó la casa sin otra custodia que la protección de San Nicolás a quien suplicó que le guardase los haberes.

No bien hubo salido el vándalo, ya unos ladrones se entregaban al saqueo.

De regreso, al darse cuenta de lo sucedido, púsose a golpear la imagen, y amenazó con quemarla si no le era devuelto lo robado. En aquel mismo instante aparecióse San Nicolás a los ladrones, e intimóles la restitución. Así lo hicieron, y el vándalo se convirtió junto con toda su familia.

Los hagiógrafos griegos y latinos gustan de relatar milagros obrados por el Santo para librar de la esclavitud y de sus molestias a los niños prisioneros; tal, por ejemplo, la historia de uno llamado Basilio, del cual se cuenta que habiendo sido arrebatado por los sarracenos cerca de Mira, fué devuelto sano y salvo a sus padres un año después del secuestro.

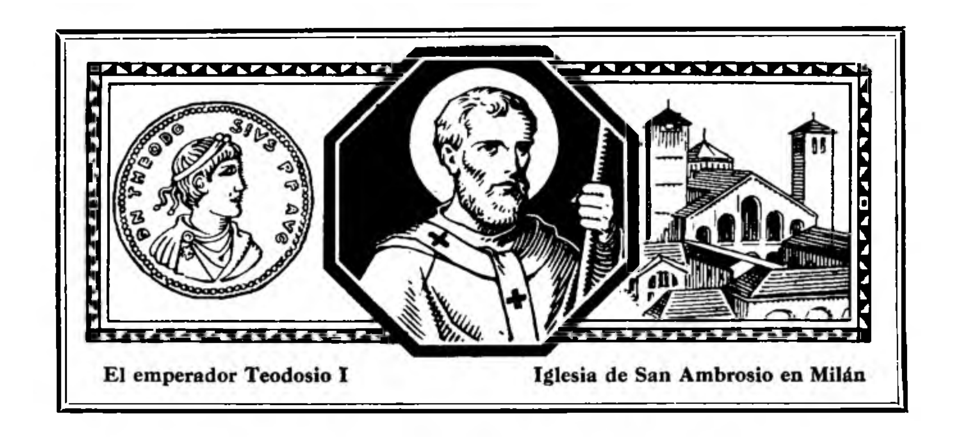
CULTO Y PATROCINIO DE SAN NICOLÁS

EL culto de San Nicolás, comenzado ya en los años inmediatos a su muerte, extendióse y se mantuvo en medio de las vicisitudes religiosas de la Iglesia oriental. Pronto fué instaurado por los griegos en Roma y en toda Italia. Desde la traslación de sus reliquias a Bari, no han han cesado los peregrinos de afluir a aquella ciudad, especialmente el día 19 de mayo, aniversario de la traslación a Bari. Su fiesta fué elevada a rito doble por Clemente X el 6 de diciembre de 1670.

Las futuras madres suelen pedir al Santo venturoso nacimiento y la gracia del santo bautismo para sus hijos. Gran número de corporaciones le han escogido como titular. Marineros, pescadores, caminantes y peregrinos, así como las víctimas de robos o errores judiciales, se acogen también a su tutela. Los toneleros le veneran porque, se cuenta, hizo salir vivos de un tonel a «tres niños» —como se refiere en una célebre composición— a quienes un carnicero había degollado «y cortado en menudas tajadillas que luego pusiera en sal como los perniles». Este último prodigio, el más popular de todos, no obstante el mutismo de la hagiografía e iconografía griegas respecto de él, ha valido al Santo el gracioso patronazgo de la juventud.

SANTORAL

Santos **Nicolás, obispo de Mira; Pedro Pascual, obispo y mártir** (véase en 14 de octubre); Asturio, obispo de Toledo; Gerardo, abad; Policromio, presbítero y mártir *Mayórico, Emiliano su tío, Tercio y Bonifacio, mártires;* Hermógenes y Zelotes, mártires en África; Sintrano, Bonifacio y Humberto, confesores. *Beato Pons de Planella, dominico y mártir. Santas Dionisia, madre de San Mayórico, Dativa, hermana de aquélla, y Leoncia, mártires;* Florentina, virgen y mártir, venerada en Colonia; *Asela, virgen;* Gertrudis, viuda y abadesa. Beata Felipa de Médicis, clarisa.


El emperador Teodosio I — Iglesia de San Ambrosio en Milán

DÍA 7 DE DICIEMBRE

SAN AMBROSIO

OBISPO DE MILÁN Y DOCTOR DE LA IGLESIA (340?-397)

SAN Ambrosio, vástago ilustre de noble linaje romano, vió la luz del día en Tréveris, por los años 333 ó 340. Su gloriosa familia había tenido la honra, durante la persecución de Diocleciano, de dar a la Iglesia la invicta virgen y mártir Santa Sotera. El nacimiento de este vástago constituyó un motivo de grande gozo para el padre, prefecto entonces de las Galias, pues ya tenía heredero a quien legar su cuantiosísima fortuna y el honorífico cargo que desempeñaba. Mas, eran muy otros los designios de Dios sobre el recién nacido, al que destinaba a una altísima misión.

Marcelina, la hija mayor, y Sátiro, benjamín de la familia, andando el tiempo, habían de ser venerados también en los altares. La muerte prematura del último debía de arrancar a la inspiración del gran Ambrosio una de sus composiciones más sublimes y conmovedoras.

Estaba un día Ambrosio en la cuna, en el patio del palacio, cuando vino a revolotear un enjambre de abejas, las cuales entraban en su boquita abierta como para depositar su miel. Corrió una sirvienta a echar de allí a los importunos insectos, mas el padre de Ambrosio, que también se hallaba presente y contemplaba tan extraño suceso, la detuvo. Pronto emprendieron las abe-

jas su vuelo hasta perderse de vista. No entendió el prefecto de las Galias el verdadero significado de esta señal misteriosa, por lo que, interpretándolo como feliz presagio de sus humanas ambiciones, clamó lleno de alegría: «Mi hijo llegará a los más altos puestos del imperio».

Unos años más tarde, Ambrosio, mejor inspirado, había de declarar que no estaba hecho para honores terrenales. Muerto su padre y hallándose en Roma, vió cómo su madre y su hermana besaban —en una solemne recepción— la mano del obispo; y él, que entonces tenía como unos cuatro años, díjoles muy seriamente: «Besadme también la mano, que un día seré obispo».

RÁPIDA CARRERA DE AMBROSIO

EN Roma distinguióse pronto por sus disposiciones extraordinarias para el estudio. Viendo la madre el excelente ingenio y el entendimiento vivo y despierto de su hijo, confiólo a célebres jurisconsultos, y en poco tiempo hizo rapidísimos progresos.

En medio de la corrupción de aquellas escuelas, supo el estudiante despreciar los halagos seductores de la gran urbe, y, a pesar de las múltiples embestidas del demonio, conservóse siempre casto. Buena escuela tenía en casa, pues su hermana mayor, Santa Marcelina, que velaba por él, era perfecto dechado de pureza. Muy joven aún, fué Ambrosio testigo del voto solemne de virginidad que hizo ella en manos del papa Liberio.

No tardó nuestro joven en cautivarse el afecto y la atención del público. Símaco, el más ilustre orador romano de entonces, se gloriaba de tenerle por amigo, y el emperador Valentiniano I nombróle gobernador del norte de Italia —Liguria y Emilia, más extensas que hoy día—, cuya capital era Milán. Díjole Probo, prefecto del pretorio, al despedirle: «Ve, y obra, no como juez, sino como obispo». En tanto que llegó la realización literal de estas palabras, fué Ambrosio modelo de gobernantes íntegros, mansos y justos.

EL ELEGIDO DEL SEÑOR

CUANDO, en 372, llegó Ambrosio a Milán para tomar posesión del gobierno, hallábase la ciudad en situación deplorable. Un arriano, llamado Auxencio, amparado por el emperador Constancio, había arrojado de la sede milanesa a San Dionisio, su obispo legítimo, el cual murió desterrado en las costas de Asia. Durante veinte años oprimió a aquel rebaño este lobo rapaz. En 370 había sido condenado el intruso por el papa San Dámaso I; y cuatro años después, en 374, acaeció su muerte sin que diera señal alguna de arrepentimiento.

Para darle sucesor habíanse reunido los obispos de la provincia; la iglesia fué invadida por el pueblo. Tras veinte años de angustias, pedían los católicos un pastor digno; por su parte los arrianos vociferaban amenazando imponer su candidato por la fuerza.

Tanto se caldearon los ánimos que el gobernador creyó deber suyo acudir a la iglesia para evitar a la ciudad un día de luto. Apenas apareció en la plaza pública el dignísimo magistrado, que ya se había captado el afecto de todos, apaciguóse la muchedumbre como por encanto. Aprovechando el momento, púsose Ambrosio a arengar a la concurrencia, aconsejándole paz y paciencia mientras deliberaban los obispos. No bien hubo terminado de hablar, cuando de la entusiasmada multitud salió la voz de un niño exclamando: «¡Ambrosio, obispo!». Al punto la inmensa muchedumbre, como electrizada por aquella voz, prorrumpió con fervoroso y encendido entusiasmo: «¡Ambrosio, obispo! ¡Ambrosio, obispo!...». Este clamor penetró en la basílica y redujo a silencio a los intrigantes, pues comprendieron que sus oficios ya no tenían razón de ser. Ambrosio obtuvo el voto unánime del clero y fué proclamado metropolitano de Milán.

En vano objetó el noble patricio que no era más que un simple catecúmeno. Todas sus protestas fueron desatendidas. Entonces, obedeciendo a una súbita resolución, abrióse paso hasta el pretorio, y, una vez allí, sentóse en el tribunal, y a los primeros acusados que llegaron, sometiólos sin previo interrogatorio, al tormento que les correspondía. Jamás, desde que era gobernador, había obrado en tal forma. Esta aparente crueldad no persuadió al pueblo, antes, con más insistencia, retumbaron las bóvedas del pretorio al grito de: «Que tu falta caiga sobre nosotros; ¡Ambrosio, obispo!»

ES CONSAGRADO OBISPO

VALIÓSE Ambrosio de todos los medios para disuadirlos y hasta intentó manchar con tal objeto su propia reputación, pero todo fué inútil, por cuanto el pueblo, que le conocía muy bien, no se dejó engañar por la maniobra del Santo. Aprovechando de la oscuridad de la noche salió a hurtadillas del palacio, y lanzóse a caballo hacia las afueras de la ciudad; pero, el Ángel de la Iglesia de Milán torcióle el camino, y al día siguiente, cuando ya se creía a las puertas de Pavía, hallóse en medio de su pueblo, que le aclamaba como a pastor dado por Dios. Viéndose tan estrechado por todos lados, acudió a un nuevo subterfugio. «Soy funcionario del Estado —dijo—; confióme el emperador este cargo que desempeño, y sólo él puede desligarme de esta obligación; apelo, pues, al César». No se turbó la multitud con tal declaración, pues, apenas oída, formóse una diputación

que acudió ante Valentiniano I para solicitar su beneplácito a los deseos de los ciudadanos milaneses. Contestó el César que veía con sumo agrado que uno de sus magistrados fuese reconocido digno de desempeñar las sublimes funciones episcopales. Rindióse, por fin, Ambrosio; fué bautizado el 30 de noviembre de 374; recibió sucesivamente, en pocos días, los órdenes menores y mayores, y, por último, el 7 de diciembre, la consagración episcopal.

Ante todo era menester volver a la tradición católica, interrumpida por un cisma de veinte años. Así lo entendió el nuevo prelado, por lo que mandó una diputación a San Basilio, metropolitano de Cesarea, con el encargo de reclamarle el cuerpo de San Dionisio, su legítimo predecesor. Este acto de reparación fué motivo de gran consuelo para los fieles, que veían terminarse el cisma de Milán y el comienzo de una nueva era de paz y concordia.

AMBROSIO, DOCTOR DE LA IGLESIA

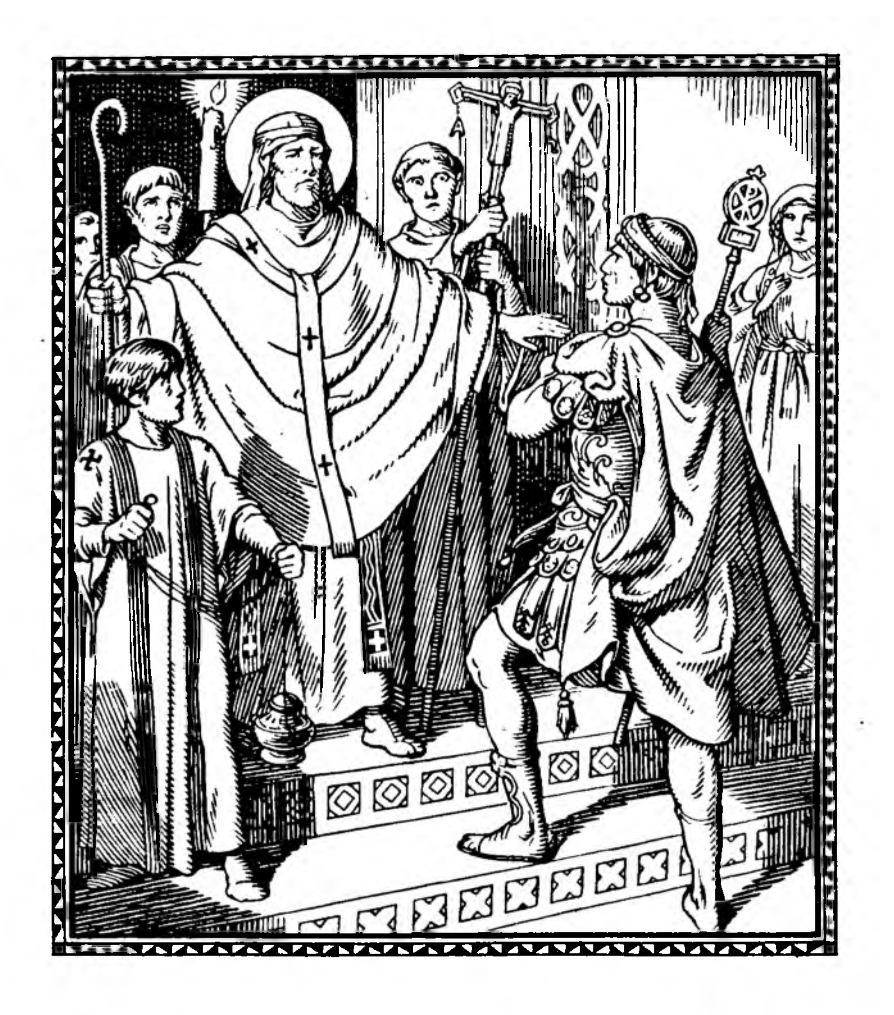
A fuer de jurisconsulto experimentado, conocía Ambrosio muy bien el Derecho Civil, mas al pasar repentinamente de magistrado imperial a obispo, no poseía la ciencia sagrada necesaria a un pontífice. Con la conciencia y humildad que caracterizan a los santos, se puso a estudiar y meditar la Sagrada Escritura bajo la dirección de San Simpliciano, presbítero romano, que llevaba vida religiosa. Simpliciano, tan santo como sabio, había de suceder a San Ambrosio en la sede de Milán.

Llegaron a ser tan extraordinarios sus conocimientos en las ciencias sagradas, que mereció se le contara entre las mayores lumbreras del catolicismo, y como uno de los cuatro principales Padres de la Iglesia latina.

Predicaba con frecuencia a su grey, y su palabra elocuente y persuasiva llenaba las almas de luz y fortaleza. Su conquista más resonante fué la de Agustín, que había de honrar con su santidad la iglesia de Hipona.

Compuso este santo Doctor numerosas obras; unas para edificación de los fieles, otras en defensa de la fe católica, contra herejes y paganos. Eran muy grandes su respeto y veneración hacia el Romano Pontífice. De él es esta sentencia tantas veces escrita y oída: «*Ubi Petrus, ibi Ecclesia:* Donde está Pedro, allí está la Iglesia.» Su celo en pro de la santificación del clero no tuvo límites: a este fin escribió aquel hermoso libro de los *Deberes.*

Fué San Ambrosio elocuentísimo apologista de la virginidad, cuya excelencia ensalzó como nadie. Sus predicaciones movieron a muchas doncellas, aun de lejanas tierras, a consagrarse a Jesucristo. Fundó una comunidad de vírgenes y de viudas cuya dirección confió a su hermana, Santa Marcelina. Para ellas escribió los magníficos tratados *De las Vírgenes* y *De las Viudas,* que tantísimo bien hicieron y hacen entre las almas.



REVESTIDO *con los ornamentos pontificales, sale San Ambrosio al encuentro del cortejo imperial, y con voz severa dice: «El asesino de Tesalónica no puede entrar en el templo de Dios con las manos teñidas en sangre inocente». El emperador baja humildemente la cabeza y se arrodilla en el atrio.*

Su caridad era tanta que un año llegó a vender los vasos sagrados para rescatar a los católicos cautivos de los godos invasores. Reformó y completó la liturgia de la Iglesia de Milán, a cuyo fin compuso bellísimos himnos que aun hoy día canta la Iglesia en los divinos oficios.

AMBROSIO Y LOS EMPERADORES

NUESTRO Santo, padre del pueblo, fué también juez y consejero de los emperadores. Los arrianos, negadores de la divinidad de Cristo, desolaban por entonces la Iglesia. Declaróse en su favor Valente, emperador de Constantinopla, y los católicos se vieron perseguidos; mas, habiendo invadido los godos sus Estados, presentóles batalla en Andrinópolis; sus legiones quedaron destrozadas, y él mismo pereció en la huída.

Su sobrino Graciano, joven de veinte años, emperador de Occidente, y celoso católico, tuvo el noble gesto de asociar al imperio al ilustre general Teodosio, y le confió el gobierno de Oriente. Ambos emperadores reorganizaron el ejército y, una vez vengada la vergonzosa derrota de Andrinópolis, Graciano, vencedor asimismo de los alemanes, se estableció en Milán, para estar más cerca de Ambrosio y mejor valerse de sus sabios consejos. Su legislación, especialmente la que publicó contra el paganismo y la herejía, lleva el sello de un espíritu verdaderamente cristiano, que denota el influjo de la consumada experiencia del gran Doctor.

Desgraciadamente, la paz no fué de larga duración. Máximo, gobernador de Gran Bretaña, se rebeló de pronto contra su señor, y, vistiéndose la púrpura imperial, desembarcó en las Galias. Hallábase Graciano peleando contra los alemanes y al enterarse de la nueva defección corrió al encuentro del rebelde; pero, abandonado por los suyos, fué muerto traidoramente por el gobernador de Lyón, el cual presentó al usurpador la cabeza ensangrentada de su soberano. No es posible decir cuánto sintió y lloró el santo prelado la trágica muerte de Graciano, a quien trataba como a hijo, y con qué acentos de indignación condenó un crimen que sumía al país en profundo luto.

Proclamaron emperador a Valentiniano II, niño de doce años y hermano del difunto, bajo la regencia de su madre Justina. Entretanto proseguía el tirano Máximo su marcha victoriosa y las legiones imperiales eran impotentes para cerrarle el paso. En tan apurado trance, Justina no vió más salvación que la influencia de Ambrosio. Fué, pues, a verle y, presentándole su hijo, exclamó: «Sólo vos podéis salvarle; sed padre del huérfano.» El hombre de Dios corrió a presentarse ante el usurpador para abogar en pro del joven príncipe. Su misión diplomática tuvo sorprendente éxito, pues Máximo detuvo su incontenible avance y renunció a su propósito de invadir a Italia.

LUCHA CONTRA LOS HEREJES. EL EMPERADOR TEODOSIO

La emperatriz, que era arriana, pagó tan grandes servicios con negra ingratitud. Llamó a Milán a Mercurino, obispo arriano y godo de nación, y sujeto de pésima fama que hubo de mudar su nombre por el de Auxencio II para hacer olvidar sus malos antecedentes.

Justina mandó construir un oratorio junto a las imperiales caballerizas, para que allí se congregasen los adeptos a la secta. Gran número de cortesanos y funcionarios aceptaron la herejía, de forma que pronto el oratorio fué pequeño. Como se acercasen las fiestas de Pascua y quisiera renovar el cisma de Auxencio, ordenó la emperatriz que los arrianos ocuparan la basílica Porciana y llamó a San Ambrosio a su casa para notificarle el decreto de expulsión. En esta coyuntura no abandonó el pueblo a su amado pastor. Noticioso de lo que ocurría, presentóse en apiñada multitud en pos del prelado, y, a pesar de la resistencia de la guardia, penetró en el palacio. Bastó semejante actitud para que Justina depusiera su actitud arrogante y, postrada a los pies del pontífice, renunciara a su sacrílego intento.

No obstante, unas horas después hacíase público el bando por el que se ordenaba la entrega de la basílica metropolitana a los arrianos. Un oficial presentó al Santo el inicuo decreto que habían hecho firmar al joven Valentiniano, y le dijo:

—Esto quiere el emperador; y mal os irá si no prestáis vuestra conformidad.

—Decid a vuestro príncipe —repuso el Santo— que un obispo no entregará jamás la casa de Dios.

La emperatriz vióse obligada a rectificar; mas no por eso renunció a la lucha. Unos meses después recibía el prelado orden de destierro. Respondió que no obedecería si no a la violencia; y, como viera a los pobres agruparse junto a él, añadió: «Estos son mis defensores. Se me acusa de ganarme sus sufragios con mis limosnas: no lo niego. Sabed que cifro toda mi esperanza en los pobres; la oración de estos ciegos, cojos y enfermos es más poderosa que todos vuestros guerreros.»

El año siguiente, al llegar Semana Santa, renovó otra vez la emperatriz sus sacrílegas tentativas. Durante ocho días cercaron los soldados la catedral, llena de fieles en actitud amenazadora. No faltó quien aconsejase al santo prelado rechazar a los sitiadores por la fuerza; mas él contestó: «No resistiré a la violencia, si contra mí se emplea; un obispo no es un gladiador.»

Quiso el pueblo compartir la cautividad voluntaria de su prelado y se quedó encerrado con él en la basílica. Su oración pudo más que la obstinada

persistencia de los arrianos, y aquel año, como los anteriores, logró el obispo administrar el bautismo a los catecúmenos el Sábado Santo, según la costumbre de aquellos tiempos. Entre los recién bautizados, estaba San Agustín.

La invencible firmeza del obispo obligó a la emperatriz a respetar, por entonces, la basílica; pero discurrió nuevos medios para salir con su intento. Pagó una mano criminal para que entrara durante la noche en casa del pontífice y lo apuñalara. Adelantóse el desgraciado hasta la cama en que descansaba el varón de Dios; mas, a punto de perpetrar el horrendo crimen, comenzó a lanzar gritos desgarradores: habíasele paralizado el brazo. A las voces, acudió la servidumbre, y el mismo Ambrosio se levantó para auxiliarle. Viéndose cogido, el delincuente se arrojó a los pies del Santo, y a un tiempo alcanzó el perdón y la curación.

No tardó mucho Justina en recibir el justo castigo. Máximo invadió a Italia, y ella, con su hijo, tuvieron que huir precipitadamente a buscar refugio en la corte de Teodosio. Tomó éste la defensa de los fugitivos; lanzóse contra Máximo, a quien derrotó completamente, y fijó su residencia en Milán, corte de los emperadores. Con sabia administración reparó pronto los desastres ocasionados por Justina y Máximo, y los pueblos todos bendijeron su nombre.

Reinaba absoluta paz en el imperio, cuando un incidente ocurrido en 390 estuvo a punto de levantar una tempestad. Habíase dictado auto de prisión contra un escudero tesalonicense de malas costumbres, pero la ciudad tomó las armas para defenderle. Habiendo sido apedreados en el motín el gobernador y los magistrados imperiales, juró Teodosio dar un terrible escarmiento, y mandó destruir la ciudad. Convocó a todos los tesalonicenses en el circo; pero, en vez de darles juegos como otras veces, ordenó el gobernador una matanza general, y cayeron al filo de las espadas siete mil víctimas.

El metropolitano lanzó pena de excomunión contra los culpables de semejante crueldad; no se atrevió el emperador a infringir la prohibición que aquella suponía, y abstúvose de asistir a los divinos oficios. Mas como se acercasen las fiestas de Navidad, resolvió Teodosio acudir a la basílica.

No vaciló Ambrosio ante aquel intento de violación. Revestido de los ornamentos pontificales, salió al encuentro del emperador. «El asesino de Tesalónica —díjole con serenidad y firmeza— no puede entrar en el templo del Señor con las manos teñidas en sangre inocente.»

Insistió Teodosio alegando el ejemplo de David, que pecó y fué perdonado. A lo que repuso el santo pontífice: «Ya que imitasteis a David en el crimen, imitadle también en la penitencia.»

Bajó la cabeza Teodosio comprendiendo que ni la púrpura imperial ni todo su poder le ponían a cubierto de las censuras eclesiásticas y, obediente a la voz del obispo, se arrodilló en el atrio de la basílica. Viósele con hábito

de penitencia, confesando públicamente su pecado. Hasta que obtuvo el perdón de su crimen no pudo entrar en el santuario para llevar, con los demás fieles, su ofrenda al altar. Esta voluntaria humillación agigantó la figura del gran Teodosio, el cual, lleno de admiración y gratitud por el Santo exclamaba con frecuencia: «Sólo a un hombre conozco que no me haya ocultado ni disimulado nunca la verdad: es el obispo Ambrosio.»

La salud del Santo, ya muy quebrantada por sus apostólicos trabajos, recibió tremendo golpe con la desaparición casi repentina de Teodosio (395). El cristianísimo emperador había muerto invocando el nombre del Santo prelado; éste, partida el alma de dolor, presidió los funerales, y, entrecortado por los sollozos, pronunció una magnífica y elogiosa oración fúnebre.

SU MUERTE

POCO después obligóle la enfermedad a guardar cama. La noche del Sábado Santo —4 de abril de 397—, San Honorato, obispo de Verceli, que había ido a visitarle y se hospedaba en su casa, oyó una voz que le decía: «Levántate, porque Ambrosio va a salir de este destierro.»

Levantóse inmediatamente. Los clérigos rodeaban el lecho del agonizante. Una hora hacía que Ambrosio oraba con los brazos en cruz; movía los labios, pero no era posible distinguir palabras. Administróle Honorato el santo Viático. Poco después entregaba su alma a Dios.

El cuerpo, según deseo del Santo, fué inhumado bajo el altar de la basílica, entre los de los santos Gervasio y Protasio. Manifestó Dios la santidad de su siervo con numerosos milagros, y su sepulcro atrajo gran concurso de gente. Con las invasiones de bárbaros perdióse el recuerdo de sus reliquias, hasta que, en 8 de julio de 1871, fueron descubiertas e identificadas, así como las de aquellos dos santos mártires. Su fiesta, fijada en el día aniversario de su consagración episcopal, se celebra con rito doble desde Bonifacio VIII.

SANTORAL

Santos **Ambrosio, obispo y doctor;** Urbano, obispo de Chieti (Italia); Genebaldo, primer obispo de Laon; Geretrando, obispo de Bayeux; Martín de Saintes —discípulo de San Martín de Tours—, abad; *Agatón, soldado y mártir; Siervo, martirizado por los arrianos;* Policarpo y Teodoro, mártires en Antioquía; Sebaste y Gorgonio, mártires en el Abruzo en tiempos de Juliano el Apóstata; Neófito y Sapídico, también mártires; Simeón, solitario. Beatos Nicolás Fortiguera, dominico, obispo; Tomás de Irlanda y Lorenzo de Camerino, franciscanos. Santas *Fara, abadesa;* Victoria, martirizada por los arrianos.



Esforzado y valiente guerrero — Religioso piadoso y penitente

DÍA 8 DE DICIEMBRE

SAN ROMARICO

ABAD Y CONFESOR (573?-653)

EN el límite de los siglos VI y VII, brillaba como foco radiante de civilización cristiana la abadía de Luxeuil, cuyos resplandores se extendieron hasta los confines de las Galias y de Germania. De todas partes acudían a este centro almas ansiosas de santificación y deseosas de encontrar en su seno asilo contra los peligros del mundo y una norma para el apostolado. Por su parte, los Padres de Luxeuil no se daban punto de reposo para atraer a los hombres de notoria austeridad y virtud para que les sirvieran de ejemplo.

Databa esta abadía del año 586. San Columbano, su fundador, llegado de tierras de Irlanda en 573 con doce compañeros suyos, había establecido su residencia en el país de los borgoñones, cuyo rey Gontrán le dispensara favorable acogida. La regla que observaban estos santos varones era aún más severa que la de San Benito. Columbano tenía proscritos el vino y la carne y no permitía más que una sola comida diaria, que tenía lugar poco antes del crepúsculo vespertino; los infractores de la regla, según costumbre de entonces, sometíanse a la *disciplina*.

Luxeuil fué en realidad plantel de obispos, abades y fundadores de monas-

terios; de su martirologio, extremadamente abundante, citaremos los nombres de Rañacario, obispo de Augusta y Basilea; Hermenfrido, de Verdún; Cañoaldo, de Laon; Acario, de Noyón y Tournai; Omer, de Terouanne; Mommolino, de Noyón, y Teofrey, de Amiéns, probablemente. En la sede abacial del mismo Luxeuil, además de San Columbano, encontramos a los santos Eustasio, Walberto e Ingofroy. En las otras abadías afluyen los nombres, como los de los primeros abades de Besa, Disentis, Granfeld, Leuconas, Maurmúnster, Rebais, etc...; tres abades de Bobbio, monasterio fundado por San Columbano y en el cual acabó el Santo sus días en 615; y, en fin, los fundadores de las abadías de Remiremont, Amado y nuestro Romarico.

JUVENTUD. — MATRIMONIO

ROMARICO nació en Austrasia hacia el año 573. Al decir de un biógrafo suyo, sus padres se llamaban Romulfo y Romulinda. El padre, noble y afortunado, era, sin duda, personaje importante de la corte. Desde su juventud no tenía mayor dicha que visitar frecuentemente los monasterios y las basílicas de los Santos, así como socorrer asiduamente a los pobres de Jesucristo; y consideraba perdido el día en que no había podido realizar algún acto de religión o consolar con sus limosnas la miseria de algún indigente. Más tarde ocupó un puesto importante en la corte del rey Teodoberto, hijo de Chilperico, y trabó amistad con un hombre digno de él, Arnulfo, venerado hoy con el nombre de San Arnoldo. Parecían hechos el uno para el otro; se entendían a las mil maravillas; del primero había de sacar la Providencia un monje; del segundo, un obispo de Metz.

Pero aun no había sonado esta hora. Romarico se desposó con una noble doncella de nombre desconocido de la que tuvo tres hijas: Aselberga, Adzaltrudis y Segeberga. Las tres recibieron la misma educación cristiana; dos se consagraron al Señor; Aselberga se casó con un señor distinguido llamado Betilino. Se supone, no sin razón, que Romarico sobrevivió a su mujer.

UNA GRAN VICTORIA SOBRE SÍ MISMO

HABIENDO estallado una guerra encarnizada entre Teodoberto II, rey de Austrasia, y su hermano Teodorico II (Thierry), rey de Borgoña, el primero fué vencido en Tolbiac (612), hecho prisionero y muerto en Chalóns de Saona. Las consecuencias de esta lucha resultaron desastrosas para Romarico, que perdió todos sus bienes y sufrió las amarguras del destierro. Cuéntase de él que, hallándose en la miseria, presentóse a un personaje muy influyente en la corte del rey Teodorico, y suplicóle humildemente in-

terpusiera su valimiento para que se le devolvieran los bienes perdidos. Recibióle el cortesano de modo inicuo, llenóle de insultos y arrojóle de su presencia con malos tratos. No podía inferirse mayor ofensa a un príncipe franco.

Romarico, lejos de vengarse, armóse de paciencia, entró luego en una iglesia dedicada a San Martín y rogó confiadamente al Santo: «¡Oh bienaventurado Martín!: me he puesto bajo vuestra protección. ¿Dónde estáis? ¿Qué hacéis? Venid a ayudar a un infortunado, si queréis que se siga teniendo confianza en vos.»

Aquella breve oración trajo nuevamente la paz a su espíritu. Ya sereno y reposado, recordando los ultrajes inferidos a Nuestro Señor durante su sagrada Pasión, ofreció la humillación en reparación de sus pecados y echó en olvido la desagradable escena.

Al cabo de algún tiempo, y como consecuencia de la victoria alcanzada por Clotario II sobre Teodorico, vino a recobrar sus bienes y los honores correspondientes a su alcurnia. No por ello se envaneció ni quiso sacar partido de las nuevas circunstancias, sino que, manteniéndose en su resolución primera, mostróse ampliamente generoso y perdonó a sus ofensores. Dios nuestro Señor había de premiar tan noble proceder con gracias especialísimas haciendo del antiguo cortesano un dechado de santidad.

ROMARICO Y SAN AMADO

EL haber recuperado su antigua posición, no fué impedimento para que Romarico se sintiera entusiasmado y atraído por la santidad y elocuencia de un monje de la abadía de Luxeuil, de nombre Amado, hombre insigne a quien la Iglesia venera hoy como santo.

Durante sus correrías apostólicas por varias ciudades de Austrasia, Amado había sido huésped de Romarico. El contacto entre estas dos almas elegidas renovó el recuerdo de las conversaciones tenidas en la corte entre el funcionario real y su amigo Arnoldo; ambos sentían la misma preocupación por la salvación y el anhelo de entregarse al servicio de Dios en la práctica de los consejos evangélicos.

Entonces —como dice el biógrafo de Romarico— «quiso el Señor arrancar a su soldado de las luchas obscuras del siglo, para conducirlo a campos de batalla más gloriosos».

Romarico, decidido a imitar el ejemplo del monje de Luxeuil a quien hospedaba en su casa, renunció voluntaria y espontáneamente a la mayor parte de sus bienes, concedió la libertad a sus esclavos, y, seguido de algunos de ellos que quisieron imitarle en su nueva vida, partió para Luxeuil, a cuyo monasterio ofreció grandes recursos.

A la sazón regía los destinos de la abadía San Eustasio, cuya mano paternal, aunque firme, parecía dulcificar la regla un tanto rígida del severo irlandés San Columbano.

La vida de los santos nos ofrece con frecuencia el ejemplo de altos varones que, habiendo ocupado en el siglo brillante posición, cortaron las alas de su propia libertad encerrándose en el claustro, y fueron en él modelos de virtud por el celo ardiente que los impulsaba a buscar la perfección.

Tal sucedió con Romarico. Su humildad era tan grande que recibía gustoso las órdenes de los que habiendo sido antes sus esclavos eran entonces hermanos en religión; tenía preferencia por las ocupaciones más bajas y modestas, como trabajar la tierra, labor penosa para el cuerpo, pero que deja libre al espíritu para remontarse hacia Dios. Así, pues, mientras con su trabajo material aseguraba el alimento de los monjes, complacíase en repetir de memoria y en meditar los salmos, con gran contento de su corazón.

UN CISMA EN LUXEUIL. — ROMARICO Y SAN AMADO

EL monasterio de Luxeuil, de sí tan fervoroso, vió turbada su paz por intromisiones de un tal Agrestino, ex notario del rey Teodorico II. Después de una larga estancia en Italia, donde se contagiara de los errores de algunos herejes, Agrestino había tenido graves disensiones con San Eustasio, disensiones agravadas con motivo de la implantación de la regla de San Columbano.

Sucede con frecuencia que la verdad y el error andan tan parejos que resulta harto difícil distinguirlos. Es asunto históricamente incuestionable que Agrestino nunca gozó de la confianza de los que le trataban, aunque en esta ocasión encontrara entre sus hermanos almas rectas que, por falta del necesario discernimiento para conocer la verdad, apoyaron sus manejos. Uno de éstos fué San Amado; y tal confianza había puesto en él Romarico que, sin titubear un instante, pasó a su lado en defensa de Agrestino.

A veces permite el Señor estos momentáneos extravíos para hacer resplandecer con mayor eficacia su santísima voluntad y avivar la humildad y el fervor de sus predestinados, ya que, con la necesidad de reconocer sus yerros, les ofrece pie para confiar sólo en la obediencia.

El abad de Luxeuil no podía por menos de condenar a estos dos religiosos por el inesperado apoyo que prestaban al monje hereje, y lo hizo con tono enérgico cual convenía a la causa de la verdad. Apesadumbrados y arrepentidos, Amado y Romarico resolvieron abandonar el partido tomado sin menoscabo de su dignidad.

Fuera de esto conviene saber que en aquel tiempo los monjes podían libre-



ROMARICO, *noble cortesano y muy poderoso señor, encuentra en Amado un santo compañero, y trábase entre ambos admirable y profundísima amistad. Como dice un biógrafo de San Romarico, quería el Señor proporcionar un buen guía a quien tan gallardamente había combatido en el mundo.*

mente cambiar de monasterio; por eso era frecuente ver un grupo de religiosos que se trasladaban de un convento a otro.

La comunidad de ideas entre Agrestino y otros monjes respecto de la vida religiosa, no implicaba, ni mucho menos, la adhesión a su doctrina; tal es el caso de Amado y Romarico, los cuales abandonaron tales ideas apenas fué condenada por la autoridad competente la doctrina propugnada por aquél.

EL CASTILLO DE HABENDI. — REMIREMONT

ANTES de su ingreso en Luxeuil, y probablemente por consejo de San Amado, Romarico, que se había desprendido de sus bienes, harto considerables, había reservado para sí el *castrum* o castillo de Habendi o Habundi, emplazado en una montaña que refleja sus laderas en las tranquilas agua del Mosela. No estaba de más aquella providencia, ya que la amplia y bien situada construcción podía servirles más adelante para los proyectos de fundación en que andaban.

Así resultó, en efecto; pues fueron muchas las personas que acudieron a recibir de ellos dirección y a ponerse bajo sus órdenes.

Convinieron ambos religiosos en fundar en lugar tan apacible un monasterio de mujeres, idea que pronto se convirtió en realidad, siendo su primera superiora una santa religiosa llamada Mactefelda o Maflea. Dos hijas del mismo Romarico, Adzaltrudis y Segeberga, encontraron en el recinto de dicho claustro los medios adecuados para alcanzar la perfección. El director espiritual del convento era Amado, que vivía en una humilde gruta retirado del mundo; pero el gobierno de la casa corría a cargo de Romarico, que gozaba de gran prestigio.

Tal fué el origen de una abadía que después se hizo famosa y que, de su primer emplazamiento, tomó el nombre de *Romarici Montis* o Monte de Romarico, en alemán *Romberg;* de él derivó el nombre francés de Remiremont, que es el de una población importante edificada posteriormente en el valle.

La hija mayor de Romarico, Aselberga, esposa de Betilino, veía con malos ojos las santas prodigalidades de su padre, y creyó torcer las intenciones paternas enviándole su propia hija Tecta o Gebetrudis. El abuelo recibió a la niña con ternura, pero con un propósito muy diferente del que tenía Aselberga, por lo que encomendó la custodia de Gebetrudis a sus dos tías. Sirviéronle éstas con cariño maternal y, bajo sus solícitos cuidados, creció la niña en edad y en virtud, y llegó a ser la sucesora de Maflea, cargo en el que logró reputación de santa.

La historia de la abadía aparece muy movida en el transcurso de los años. Destruída por los hunos, fué reconstruída a orillas del Mosela, y sus mora-

dores adoptaron la regla de San Benito; en los albores del siglo XVI, sus ocupantes se habían convertido en canonesas regulares de San Agustín. Al estallar la Revolución francesa, el monasterio fundado por San Amado y regido por Romarico, se había transformado en lugar noble y fastuoso que gozaba de grandes privilegios seculares, reservados a las hijas de los príncipes; las canonesas no emitían votos y vivían como meras devotas. La última «abadesa», princesa Luisa de Borbón Condé, dejó un recuerdo muy edificante: después de una tragedia privada y de varios ensayos de vida religiosa, había profesado la Regla de San Benito en un convento de Polonia y, luego de llevar una vida muy ejemplar, murió en 1824, siendo superiora de las Benedictinas del monasterio de San Luis del Temple, en París.

Posteriormente habíase erigido otro monasterio para hombres. San Amado fué inspirador y alentador del mismo, aunque había confiado la dirección a Romarico, mientras él se entregaba por completo a la vida contemplativa y a la maceración de su cuerpo sin salir de su retiro más que los domingos para dirigir a sus hermanos paternales exhortaciones. La muerte de Amado, acaecida el 13 de septiembre del 625 ó 627, privó a los dos monasterios de un modelo viviente de santidad, cuyos ejemplos habían constituído como una escuela práctica de perfección evangélica; sin embargo, gracias a la incansable dedicación de Romarico, no se modificó en nada la vida de estas casas.

SAN ADELFO. — ÚLTIMOS AÑOS Y MUERTE DE ROMARICO

HUMANAMENTE hablando, Aselberga no tuvo mejor suerte con su hijo Adelfo que con su hija Gebetrudis. Entre los francos, la descendencia masculina se consideraba como una gran ventura y por esto era objeto de un amor de predilección. Movida por este sentimiento, la mujer de Betilino envió a su hijo a Romarico, quien le acogió con gozo, haciéndolo educar por su amigo San Arnoldo, que había renunciado a la mitra de Metz para retirarse a la soledad.

Más tarde, Adelfo, al suceder a su abuelo en la silla abacial, compartió con él su gloria. Fué, pues, el tercer abad de Remiremont.

Romarico acabó sus días a edad muy avanzada, edificando a sus religiosos por su vida austera y penitente. En 643 fué a recibir el último suspiro de su amigo San Arnoldo. En alas de un santo celo y de un gran amor por el prójimo, procuraba emplear, cuando la caridad lo requería, la influencia que sus dignidades pasadas le habían merecido en la corte, y no vacilaba en salir de su retiro siempre que el bien común lo exigía así.

Precisamente cuando volvía de uno de estos viajes, se sintió acometido de una recia calentura y comprendió que su muerte se aproximaba. Preparóse

a ella con tranquilidad santa, recibió el Viático y expiró poco después, el 8 de diciembre del año 653.

Tanto su nieto como su nieta que estaban al frente de las respectivas comunidades, rivalizaron en celo para continuar su obra. Se ignora la fecha en que murió Gebetrudis. Acaeció la muerte de Adelfo el 11 de septiembre, hacia el año 670. Sus cuerpos fueron depositados cabe la tumba de su abuelo, el cual yacía junto a los restos mortales de San Amado, a quien eran deudores, después de Dios, de su santa vocación.

EL CULTO

LOS cuatro personajes últimamente citados recibieron los honores de la santidad a poco de su muerte. Sus preciosos restos fueron trasladados, el 20 de agosto del año 910, por insinuación de Drogón, obispo de Toul, a otro monasterio edificado al pie de la montaña, aunque en la orilla opuesta del río.

El papa San León IX, gran admirador de sus cuatro ilustres compatricios, designó, el 13 de noviembre de 1051, a Hugo el Grande, arzobispo de Besanzón, para que levantara acta oficial respecto a las virtudes y milagros de los santos Amado, Romarico, Adelfo y Gebetrudis. Sus reliquias, reconocidas por el arzobispo, fueron colocadas en una urna relicario y expuestas en un altar que el Papa quiso consagrar personalmente. Disposiciones éstas que, prácticamente, venían a ser como una especie de canonización.

TRABAJOSO RECONOCIMIENTO DE LAS RELIQUIAS

SE ignora cómo pudieron juntarse y confundirse las reliquias de los cuatro santos y si estaban ya mezcladas cuando se hizo el reconocimiento en 1051 ó lo fueron más tarde, ya sea en la época del protestantismo, ya en tiempos de la Revolución francesa de 1789. Lo cierto es que en el siglo XIX aparecen hacinadas en la misma urna.

La piedad de monseñor Caverot, a la sazón obispo de Saint-Dié y más tarde arzobispo de Lyón y cardenal, no pudo resignarse a dejar las cosas como estaban e inspiróle proceder a un científico reconocimiento. Prestáronle valiosa ayuda algunos famosos médicos que llevaron a cabo sus trabajos de investigación con la mayor escrupulosidad.

Por el carácter de los procedimientos que se emplearon, podrá deducirse el exquisito cuidado que pone la Iglesia en asegurarse de la identidad de las reliquias que expone a la adoración de los fieles.

Se sabía que San Amado andaba inclinado hacia un lado por defecto natural; dos vértebras anormalmente soldadas indicaban la desviación de la columna vertebral; púdose así reconstruir progresivamente el esqueleto. La estatura elevada que, según los cronistas, correspondía a San Romarico, se reconoció por la longitud de los huesos de la pierna, los cuales dieron base para integrar el de este Santo metódicamente. Igual procedimiento se siguió con el de Santa Gebetrudis, quedando así aislado el cuerpo de San Adelfo.

Este trabajo, concebido y ejecutado con precisión de método y con cuidado exquisito, hace honor a los médicos que lo llevaron a cabo. Así se ha podido llegar a la veneración particular de cada uno de estos cuatro santos de Remiremont, y se ha comprobado la exactitud de los relatos de sus biógrafos acerca de su retrato físico. Y como para juzgar de la buena fe de un historiador, se ve uno muchas veces precisado a recurrir a los argumentos de la lógica, fuerza es reconocer que aquella comprobación depone en favor del relato de los antiguos biógrafos respecto de los cuatro Santos.

REPRESENTACIÓN DE SAN ROMARICO

EN la iconografía, Romarico huella bajo sus plantas el báculo y el cetro; se le representa afeitado, con la tonsura al estilo de Irlanda, es decir, en la parte alta de la cabeza, tal como la llevaban los primeros luxovienses, a ejemplo de su padre San Columbano, conforme a la tonsura tradicional de San Pedro. Tiene el cetro bajo sus pies para indicar que renunció al poder y a los honores del mundo; y aplasta con su pie el báculo para darnos a entender que su humildad le mantuvo bajo la autoridad de San Amado, cuando éste fué su huésped en la casa que poseía en Habendi.

Por fin, aparece con una cadena de cuentas en sus manos, tal como se usaba en aquellos tiempos para contar los Padrenuestros y Avemarías, cadena que más tarde fué sustituída por los rosarios actuales.

SANTORAL

La Purísima Concepción de Nuestra Señora (véase en el tomo «Festividades del Año Litúrgico», pág. 540). Santos **Romarico, abad;** Eutiquiano, papa y mártir; *Sofronio, obispo de Chipre;* Hildemano, obispo de Beauvais; Eucario, consagrado obispo de Tréveris por San Pedro; Zenón, obispo de Verona, y Suceso, de Tolosa; Apolo, de quien dice San Jerónimo que fué obispo de Corinto; *Macario, mártir en Egipto;* Valfrido y Raifrido, mártires venerados en Holanda; Patapio y Ramiro, solitarios; Eusebio, confesor. Beatos Pedro Bessón, capuchino; Frumencio de Hungría, dominico, mártir. Santas *Gontilde, abadesa;* Ravenosa, virgen; Hidra, en Egipto; Cazaria, solitaria en Aviñón. Beata Juana, abadesa, en Portugal.


Relicario de la Santa — Iglesia de Santa Leocadia en Toledo

DÍA 9 DE DICIEMBRE

SANTA LEOCADIA

VIRGEN Y MÁRTIR († 305?)

SIEMPRE fué España campo fertilísimo de grandes Santos. La sangre de sus mártires, derramada abundantemente en los primeros siglos de la Iglesia, engendró en el correr de los tiempos gloriosísimas falanges de bienaventurados. No faltaron, entre tantos héroes cristianos, valerosas matronas y tiernas doncellas que, superando con el vigor e intrepidez de su fe y amor a Cristo la natural delicadeza y debilidad de su edad y sexo, burlaron la barbarie de los cruelísimos tiranos, viniendo a ser, con su constancia en los tormentos, insignes milagros de la gracia omnipotente. De todas estas santas vírgenes españolas que gloriosamente coronaron su vida con la aureola del martirio, fué la más famosa y venerada Santa Leocadia, natural de la ciudad de Toledo, donde nació a fines del tercer siglo.

Las actas del martirio de Santa Leocadia dicen que sus padres eran cristianos, y casi todos sus biógrafos andan contestes en declarar que descendía de muy noble linaje, de una de las familias más antiguas y principales de aquel lugar. Afirman también que su padre era griego de nación y se llamaba Leocados, pero que su madre era de puro linaje toledano. Nada extraño, pues, que en la persona de la santa doncella se hermanasen la gracia y la

hermosura helénicas con la indomable fortaleza e intrépido valor de los viejos carpetanos. Mucho cuidado tuvieron sus cristianos progenitores en educarla, desde pequeñita, según los principios y máximas de la religión cristiana. Ayudaron sobremanera al trabajo de esta educación el buen natural de la niña y su espontánea inclinación a la obediencia y hacia todo lo bueno.

VIRTUOSÍSIMA DONCELLA

PARECÍA haber venido al mundo para darse únicamente a los ejercicios de devoción. Ningún atractivo ejercían sobre ella los ordinarios juegos y entretenimientos de los niños de su edad. Prevínola el Señor desde la cuna con regaladísimos favores y carismas, y así, al verla obrar, advertíase fácilmente que en ella se habían adelantado la razón y juicio a la edad; tanta era la cordura y madurez que manifestaba ya en los tiernos años.

Su principal y casi único recreo y pasatiempo era la oración. Estaba dotada de ingenio agudo y desembarazado, de rara hermosura y de todas aquellas brillantes prendas en que de ordinario fundan su principal mérito las doncellas; pero, con todo eso, no quiso nunca para sí otras galas sino las que da la virtud; nada la atraía fuera del retiro y la soledad. Aun se conserva en la parroquia dedicada a su nombre en Toledo, una cueva donde la tradición nos presenta a la Santa en oración elevadísima y entregada a la penitencia.

Crecía entretanto la castísima doncella en sabiduría y gracia delante de Dios y de los hombres, y en tan alto grado, que toda la ciudad de Toledo la tenía por un prodigio de santidad, y aun los paganos la miraban como a la doncella más cabal de toda la comarca. Porque era tal su modestia que a todos infundía veneración y respeto; tal su caridad y compasión de los males del prójimo que a todos acudía para aliviarles; a los pobres para remediar su pobreza; a los débiles e inconstantes para sostenerlos en la fe; a los ignorantes para ilustrarlos con las claras luces de su ingenio. Lloraba con los que lloraban y se regocijaba con los alegres, «haciéndose toda para todos», como el Apóstol, a fin de ganarlos a todos para Jesucristo.

«Ella sirvió de refugio en sus tribulaciones a los primeros creyentes de Toledo —dice don Blas Ortiz—; fué el consuelo de los pobres, la firmeza de los que vacilaban en la fe, el gozo de los esforzados y defensa de todos los cristianos. Parecía vivir en el mundo vida del cielo más que de la tierra».

De vida tan activa y fecunda, trae la historia poquísimas líneas. Por el testimonio que la Santa dió de sí ante sus verdugos, sabemos que era *virgen consagrada*. Así consta en dos santorales conservados en la catedral de Toledo, uno del siglo XIII y otro del XVI. Dice el primero: «A Santa Leocadia, virgen; nobilísima por su familia y nacimiento, más noble todavía por

su propósito de vivir *consagrada* a Dios». En el segundo se lee: «Leocadia, virgen *consagrada* a Dios, llena del Espíritu Santo...».

De ahí podemos colegir la vida santísima que llevaría esta valerosa doncella cristiana hasta la época de su martirio. Las vírgenes *consagradas* formaban en la primitiva Iglesia una clase de fieles particularmente enseñada y atendida por los prelados. Componíanla todas las doncellas que ya en su juventud se ofrecían en cuerpo y alma al Señor con voto de castidad. Con todo, no llevaban vida religiosa en común, ni estaban obligadas a la observancia de regla alguna monástica. Vivían en sus casas, en medio de sus parientes y amigos, edificándolos con santos ejemplos y devotas pláticas.

Es sabido que en Roma, en el siglo III, las vírgenes *consagradas* vestían traje sencillo y oscuro, y que en los oficios divinos ocupaban siempre un lugar a ellas reservado. Aunque nada se dice de la manera de vida que llevaban en España, y en particular en la ciudad de Toledo, a la sazón muy romanizada, no cabe duda que sería en todo parecida a la de aquéllas.

LA PERSECUCIÓN DE DIOCLECIANO

A fines del siglo III había subido al trono de los Cesares el impío Diocleciano, el cual gozaba del gobierno junto con el perverso Maximiano. Para ambos era el cristianismo religión absurda y despreciable. Pero Diocleciano, hombre político y muy astuto, luego cayó en la cuenta de que aquella semilla cristiana que iba creciendo y difundiéndose calladamente, encerraba misteriosa pero extraordinaria fuerza de proselitismo. Veíala ya floreciente en Roma y en buena parte del imperio, y temió que, al empuje de la nueva religión, bambolease y se viniese al suelo la civilización romana. De ahí que ya no se contentara con despreciar la doctrina del cristianismo, sino que llegó a aborrecer de muerte a cuantos la creían y practicaban. No había, a juicio suyo, peores enemigos del imperio que los cristianos.

Decretó en consecuencia la décima persecución general, que fué la última, pero la más larga y cruel (23 de febrero de 303). El decreto de exterminio decía en substancia: «Las iglesias serán destruídas y quemados los libros sagrados; se privará a los cristianos de honores y dignidades, y se les condenará al suplicio sin distinción de edad ni dignidad; se les podrá perseguir ante los tribunales, y a ellos no se les permitirá proceder contra nadie, ni aun por reclamación de robo, reparación de injurias o adulterio. Los libertos cristianos volverán a ser esclavos».

La persecución se extendió rápidamente desde las orillas del Tíber hasta los últimos confines del imperio. España tuvo mártires a millares, ejecutados por orden del crudelísimo procónsul Daciano.

LLEGA DACIANO A TOLEDO

LA ciudad de Toledo era en el siglo IV un remedo de la Roma imperial. Estaba llena de palacios dominados por el pretorio. Había en ella multitud de templos dedicados a dioses romanos, siendo el principal el de Hércules, a quien había sido consagrada Toledo. Tenía extramuros, en la parte llana, un amplísimo circo capaz para diez mil espectadores, un suntuoso anfiteatro que vió correr la sangre de muchos mártires y una naumaquia, o gran balsa de agua, en la que se simulaban combates navales.

Pero en aquella sociedad corrompida por los vicios, había ya germinado, pujante de vida espiritual, la semilla cristiana sembrada un siglo antes por San Eugenio, primer apóstol y arzobispo de la nobilísima ciudad. Vivían los fieles de aquel entonces respirando ambiente carnal y cenagoso, pero vivían de Cristo, y con eso se conservaban puros e incontaminados, a pesar de tan malsanas influencias.

Amanecía el cuarto siglo cuando llegó a España la noticia de los edictos promulgados por el emperador Diocleciano. Gobernaba a la sazón la España Tarraconense, a la que pertenecía Toledo, un hombre crudelísimo, adulador de los Césares y enemigo encarnizado de la religión cristiana; era el pretor Daciano, el cual había recibido orden expresa de cumplir con severidad los edictos de Diocleciano, haciendo desaparecer de la península hasta el nombre y las huellas del cristianismo. Ni que decir tiene que para congraciarse con su tirano señor, llevó a efecto Daciano el cruel mandato con toda la ferocidad y saña de su natural despótico y soberbio. Más que humana persona, pareció desde entonces una fiera cruel insaciable de sangre cristiana. Pasan de diecisiete mil los mártires que fueron individualmente juzgados.

Bañado en la sangre generosa y fecunda de los Innumerables de Zaragoza, llegó Daciano a Toledo el año 303. A las puertas de la ciudad le hablaron ya de la virgen Leocadia, admirada y reverenciada de todos, aun de los mismos gentiles. Mandó primero publicar los edictos del emperador Diocleciano, en que se prohibía, so pena de muerte, adorar a otros dioses que a los del imperio; ordenó luego que se buscase a todos los cristianos, y se le entregase lista de los hallados en la ciudad y contornos. Se informó entretanto de la persona y vida de la doncella de que le hablaran al entrar en la ciudad; dijéronle que era una joven hermosísima, cuyos antepasados habían desempeñado hasta entonces los primeros cargos públicos; que poseía muy agudo ingenio y otras muchas y raras prendas naturales que la hacían extremadamente amable y agraciada. «Pero es cristiana —añadieron—; y, como tiene embelesado al pueblo con su virtud, modestia y pureza de costumbres, predica su religión y desacredita grandemente el culto de los dioses».



YENDO *Santa Leocadia camino de la cárcel, advirtió que muchos de los testigos de su martirio lloraban de compasión. «¡Ea!, soldados de Cristo —díjoles muy alegre—, no os aflijáis de mi pena, felicitadme, más bien, pues el Señor me juzga digna de padecer algo por la confesión de su nombre».*

Pensó Daciano lograr de golpe la apostasía de los fieles toledanos, si conseguía persuadir a aquella joven cristiana que, en opinión de todos, era la más celosa y popular; y así mandó que al punto se la trajesen.

COMPARECE ANTE DACIANO

NO bien supo Leocadia que la llamaba el gobernador, pensó en prepararse para el martirio. Renovó con más amor que nunca la consagración de su virginidad al Señor, y con fervor nuevo y nueva generosidad ofrecióle su vida en sacrificio. Fuése luego a palacio, y se presentó a Daciano muy serena y graciosa, radiante de virtud y de hermosura. Sólo con verla, quedó el tirano mudo de espanto. Había en ella, además de su hermosura y dignidad, algo muy superior a las prendas naturales; algo que la diferenciaba de las demás jóvenes; y aquello no era don de la naturaleza. Daciano parecía advertirlo, pero no se lo explicaba; por eso al verla entrar quedó como suspenso y admirado.

Levantóse luego y la recibió con grandes muestras de honor, como a persona muy noble. Comenzó a hablarle blandamente para ver si, con halagos y promesas, lograba persuadirla que dejase la fe de Cristo.

—Informado estoy —le dijo— de la nobleza de tu linaje, de los grandes servicios prestados a la República por tus antepasados y de las raras prendas que adornan tu propia persona. Bien veo ahora que se quedaron cortos en ponderar tu hermosura quienes de ti me hablaron. Yo mismo daré parte al emperador del tesoro que se oculta en la ciudad de Toledo. Sigue, pues, mi consejo y renuncia a esa religión que tan mal reza con tu linaje. Con eso te favoreceré cuanto pueda, te llevaré a la corte de nuestros augustísimos emperadores y serás muy honrada de ellos y de todos los patricios romanos. Quienes te delataron por ser cristiana, creyeron darme gusto; pero no quiero tener ninguna cuenta con su calumnia. Siendo como eres tan ilustre y prudente doncella, no dudo de que abandonarás una secta que miran con horror los buenos ciudadanos y que está ya raída de todo el imperio.

Escuchó la Santa el discurso de Daciano serena y tranquila, sin dar muestra alguna de contento o desagrado. Pero, en acabando su razonamiento el presidente, empezó ella el suyo con aquel esforzado valor y aquella santa libertad con que solían hablar los primeros cristianos.

—Señor —le dijo—, mucho os agradezco el que tengáis tan excelente opinión de mi persona y de mi linaje, y mostréis tanto interés en querer favorecerme y honrarme; permitid, empero, que os exprese la honda pena que me causa el ver que perseguís a los cristianos y tenéis tan en poco nuestra religión sacrosanta, la única que nos puede alcanzar bienes infinitos y per-

durables, que no tienen punto de comparación con todos cuantos me habéis prometido. Y ¿cómo pretendéis que llame yo cuerdo y sensato a quien menosprecia al Dios verdadero para adorar a dioses imaginarios y a unos ídolos que son hechura de hombres mortales? Únicamente la religión cristiana nos descubre a este Ser soberano, omnipotente y eterno; ella nos enseña que la verdadera grandeza no se halla sino en el servicio de Dios, y en la fidelidad a Jesucristo, su Hijo y Señor nuestro. Por lo que a mí toca, ¡oh gobernador! —añadió con energía—, jamás adoraré a otro Dios que a éste; a él estoy consagrada, y siempre miraré como mi mayor dicha y gloria el vivir y morir cristianamente.

Dijo esto la santa doncella con tanta valentía, sencillez y gracia, que todos los presentes quedaron admirados, y dieron a entender que aprobaban cuanto habían oído. El mismo Daciano parecía dar muestras de haber escuchado con cierta agradable sorpresa y emoción el discurso de la joven.

FLAGELACIÓN DE LA SANTA

PERO antes se logra ablandar la peña viva que el empedernido corazón del hombre impío. El desalmado juez temió desagradar al emperador y perder su gracia y amistad mostrándose benévolo y clemente con los cristianos, y creyó ser vergonzosa cobardía el ceder a las razones de Leocadia. En un instante, la soberbia y el odio ahogaron en su corazón la voz de la conciencia.

—Anda, vil esclava —gritó a la Santa con voz descompuesta—; eres indigna de pertenecer a la noble familia de que desciendes.

Volvióse luego a los soldados que le rodeaban y les dijo:

—Puesto que esa mujerzuela dice gloriarse de ser esclava de cierto galileo muerto en una cruz, tratadla como a esclava.

Era mandar que la azotasen cruelmente. Tomáronla por su cuenta los soldados, la desnudaron y tratáronla de tal manera, que su delicado cuerpo quedó cubierto de llagas. La sangre de la heroica mártir corrió a raudales, empapó el suelo y salpicó las paredes y los vestidos de los verdugos. Ella, entretanto, serena y valerosa, sin exhalar la más leve queja, antes inundado el rostro en celestial alegría, oraba al Señor por los soldados que la atormentaban, y dábale infinitas gracias porque la juzgaba digna de padecer martirio por su gloria.

No era intento de Daciano acabar con la santa doncella por medio de aquel tormento. Aun tenía esperanza de persuadirla a que dejase la fe cristiana, y así mandó que la encerrasen en lóbrega y hedionda cárcel. Mucho se regocijó la esforzada virgen al oír el nuevo mandato del presidente. Con

paso decidido caminó hacia la cárcel, dando gracias a Dios por la gran merced que le hacía de padecer por su amor nuevo tormento. «¡Oh, qué hermosa, qué soberanamente bella va Leocadia a la muerte entre transportes de alegría!» —exclama al llegar a este punto de su vida uno de sus biógrafos.

Advirtió al pasar, que algunos cristianos y no pocos gentiles lloraban amargamente al ver tan lastimado por los azotes su cuerpo virginal.

—Ea, soldados de Cristo —les gritó vuelta hacia ellos con rostro sereno y alegre—; no os aflijáis por mi pena, antes holgaos y dadme el parabién, pues el Señor me juzgó digna de padecer algo por la confesión de su nombre.

EN LA CÁRCEL. — GLORIOSO TRÁNSITO

ENTRÓ la santa virgen en la cárcel como en la antecámara del cielo, alabando y deshaciéndose en acciones de gracias a su divino Esposo. En ella permaneció una temporada sujeta a las molestias naturales del lugar y a los malos tratos de sus impíos y crudelísimos guardianes. Sufríalo todo con indecible amor, puestos los ojos de su alma en Jesús crucificado. Tanto deseaba padecer por Cristo, que, aun en medio de aquella negra y desapacible soledad, hallaba ocasión de añadir nuevos tormentos a los muchos que la afligían macerando sin piedad su dolorido cuerpo. Arrodillada en el duro suelo, pasaba buena parte del día y de la noche, ofreciendo sin cesar oraciones al Señor, para que se dignase llenar de fortaleza a los cristianos, y devolver la paz a la Iglesia.

Su-

Entretanto arreciaba la persecución en Toledo y en toda la Península. El soberbio y cruel Daciano, como tigre embravecido, había trocado las más bellas ciudades hispanas en otras tantas carnicerías de cristianos. No se hablaba por doquier sino de varas, potros, garfios de hierro, cruces, hogueras, fieras y otros mil géneros de suplicios atrocísimos con que el inicuo gobernador atormentaba cada día a un sinnúmero de discípulos de Cristo.

Llegó a oídos de Leocadia la nueva de estas atrocidades y del heroico valor con que los mártires padecían muerte violenta antes que dejar su fe y oyó referir con todos los pormenores el glorioso triunfo de Santa Eulalia de Mérida. Enternecida y traspasada de dolor con este relato, suplicó a Nuestro Señor que se dignase sacarla cuanto antes de entre las maldades de este mundo.

Oyó el Señor la súplica de la santa virgen y llevóla para Sí de modo maravilloso; porque hallándose todavía en oración, hizo ella con los dedos, en la dura piedra de la cárcel, una cruz que allí quedó milagrosamente grabada y, habiéndola besado con muchísima ternura y devoción, entregó su bendita alma. Era el día 9 de diciembre, probablemente del año 305.

RELIQUIAS Y CULTO DE SANTA LEOCADIA

EL sagrado cuerpo de la Santa fué arrojado a un campo por los soldados; pero los cristianos hiciéronse con él y le dieron honrosa sepultura. Edificóse sobre su tumba un suntuosísimo templo, en el que se celebraron los famosos Concilios toledanos. Siendo arzobispo de Toledo San Ildefonso, y estando este santo prelado orando sobre el sepulcro de la Santa en ocasión de haber defendido con ardiente celo la perpetua virginidad de María Santísima, levantóse milagrosamente la enorme y pesadísima losa que lo cubría, y salió de él Leocadia. Tocó en la mano a San Ildefonso y le dijo: «¡Oh Ildefonso!, por ti vive la gloria de mi Señora». El santo arzobispo le suplicó que rogase por Toledo, y, con la daga del rey Recesvinto allí presente, cortó un pedazo del velo de la mártir; reliquia inestimable que se guarda en el tesoro de aquella iglesia.

Tiene Santa Leocadia tres templos en la ciudad de Toledo: uno en lo que fué su casa; otro donde estuvo presa, y el tercero, edificado por el rey Sisebuto, en el lugar de su sepultura. Prueba irrecusable ésta de la grande y secular veneración de los toledanos a su esclarecida Patrona.

El cuerpo de la Santa pasó de Toledo a Oviedo cuando la invasión sarracena, y de aquí a Flandes, al monasterio de San Gisleno. Fué devuelto a Toledo por el rey don Felipe II, a 26 de abril del año 1587, y recibido por los toledanos con alborozo inenarrable. A ruegos del católico monarca, concedió el papa Sixto V oficio doble de la Santa, tomado del común de una virgen mártir, para el 9 de diciembre, y asimismo, para el 26 de abril, conmemoración de aquel traslado a la nobilísima e imperial Toledo.

SANTORAL

Santos Siro, discípulo de San Pedro, por quien fué consagrado obispo de Lombardía; Restituto, obispo de Cartago, mártir; *Próculo, obispo de Verona,* Benito, de Quimper, y Julián, de Apamea; Pedro Fourier, fundador de las Canónigas Regulares de Nuestra Señora; Budock y Cipriano, abades; *Hiparco, Jaime, Filoteo, Paragro, Habido, Román y Loliano, mártires;* Pedro, Suceso, Basiano, Primitivo y otros veinte mártires en África; Pedro de Toledo, mártir de los sarracenos en África; Turno y Publiciano, mártires; Lesmón, solitario; Nectario y Barsuso, confesores. Beato Gonzalo de Toledo, confesor. Santas **Leocadia** y *Valeria, vírgenes y mártires;* Deotila —hija de Santa Berta y hermana de Santa Gertrudis—, Vulfilda y Balda, abadesas; Gorgonia, hermana de San Gregorio Nacianceno e hija de los santos Gregorio de Nacianzo y Nona. Beata Isabel.



Signo de victoria — Llaves del poder

DÍA 10 DE DICIEMBRE

SAN MELQUIADES

PAPA († 314)

EL pontificado de San Melquíades —o Milcíades, que tal es su verdadero nombre, según demuestran autores tales como el jesuíta Hermán Grisar— duró poco, pero desarrolláronse durante él importantísimos sucesos que cambiaron completamente la situación de la Iglesia; tales fueron, por ejemplo, el triste fin de los últimos perseguidores, y el triunfo y conversión de Constantino el Grande, que suministraron a la Iglesia una época de paz y de libertad, bajo la protección del Estado, conocida con el nombre de «paz constantiniana».

Consérvanse pocos documentos relativos a la vida personal de Melquíades. Era africano. No se sabe qué grado ocupaba en la clerecía cuando se trasladó a Roma. No hay que olvidar que la destrucción sistemática de los archivos de la Iglesia, ordenada por Diocleciano en los tiempos de la persecución, privó a la Historia de documentos preciosos. Se sabe, no obstante, por el Catálogo Liberiano, que Melquíades, después de una vacante más o menos larga (casi un par de años) de la Santa Sede, sucedió a San Eusebio el 2 de julio del 310, y murió el 10 de enero del 314. Su pontificado no duró, pues, más que tres años, seis meses y ocho días.

FIN DE LAS PERSECUCIONES

EL imperio romano se hallaba a la sazón gobernado por cuatro emperadores: Constantino, en las Galias; Majencio, en Italia; Licinio, en la Iliria —que comprendía toda la península de los Balcanes— y Maximino Daya, en Oriente. Aunque oficialmente no se había publicado el decreto que ordenaba el cese de la persecución, había ésta decrecido mucho, principalmente en Occidente, y los cristianos empezaban ya a respirar tranquilos. Melquíades vió cómo iban desapareciendo trágicamente quienes en vida habían sido los más feroces enemigos de la fe.

El principal responsable, Diocleciano, que había abdicado en 305, y se hallaba retirado en su fastuoso palacio de Salone, no pudiendo soportar por más tiempo los males que le aquejaban, ni el aburrimiento propio de la soledad en que vivía, se dejó morir de hambre en 313, después de haber escupido a pedazos la lengua que, como castigo del cielo, se le fuera pudriendo en la boca.

Maximiano Hércules, dimisionario también, pero que, con el afán de adquirir de nuevo el poder, no cesaba de intrigar contra Constantino, su yerno, y contra Majencio, su hijo, urdió una conjuración en la que trató de comprometer a la emperatriz Fausta, su hija, para destronar a Constantino y ocupar su puesto. Las maquinaciones del viejo intrigante fueron descubiertas, y esta vez no obtuvo perdón del emperador: Maximiano fué condenado a darse la muerte a sí mismo. Por un especial favor se le dejó escoger el modo y manera; prefirió la horca, en cuyo suplicio expiró en los albores del año 310.

El monstruo Galerio tuvo aún más desdichado fin. Herido en 310 por una enfermedad horrible, vió cómo iban cayendo sus carnes roídas por los gusanos. Causa, en verdad, horrible estremecimiento la lectura de las repugnantes descripciones que de ello nos hacen los historiadores. Este feroz perseguidor consultó a los médicos más famosos, pero sin resultado positivo; y éstos pagaron con su vida el fracaso de sus remedios. Recurrió a los oráculos de Apolo y de Esculapio, pero en vano. Atemorizado por el recuerdo de sus crueldades para con los cristianos, quiso apaciguar la cólera de Dios, que así le hería con el rayo de su poder, y publicó un edicto de tolerancia que mandó fijar por las calles de Nicomedia el 30 de abril del año 311. Pero esta enmienda, tardía y llena de orgullo y de reticencias, había sido inspirada más por el temor que por el verdadero dolor. Galerio murió algunos días después, el 5 de mayo del mismo año 311. Dejó el trono a Licinio, a quien había hecho Augusto en 307.

HIPOCRESÍA DE MAXIMINO DAYA

EL edicto de tolerancia publicado por Galerio en nombre de los emperadores no llevaba la firma de Maximino Daya (o Daza), tal vez porque éste se negó a refrendarlo. San Jerónimo llama a este emperador el más cruel de los perseguidores: *sævíssimus ómnium.* La opinión pública obligóle, no obstante, a seguir la corriente general, y acabó por enviar a los gobernadores de sus provincias instrucciones análogas a las del edicto, aunque muy ambiguas y llenas de despecho. Como todos, cristianos y paganos, anhelaban la paz, dichas instrucciones fueron recibidas y observadas con júbilo. Por doquier se abrieron las cárceles y fueron desalojadas las mazmorras. Las comunidades cristianas acogían en triunfo a los confesores de la fe que por largo tiempo habían gemido soportando el peso de las cadenas llevadas por amor a Cristo. Los apóstatas, los «caídos», como se los llamaba, acudían también avergonzados de su cobardía a los pies de los mártires, rogándoles que intercedieran por ellos. Los mismos paganos admiraban y felicitaban a los fieles, y muchos de ellos exclamaban: «El Dios de los cristianos es el sólo grande, el único verdadero Dios».

Mas, a pesar de todo, Maximino Daya encendía sórdidamente la persecución por medios ilegales y desacostumbrados. Favorecía y organizaba acusaciones contra los cristianos, procuraba reavivar el odio que había sido causa de las anteriores persecuciones contra ellos, y les prohibía cualquier clase de reuniones so pretexto de orden público. Alcanzaron entonces la palma del martirio algunos cristianos; y otros muchos sufrieron atroces mutilaciones por la causa de su Religión.

Por fortuna, fué de corta duración este recrudecimiento. En 312, Daya concentró su odio contra el reino de Armenia, que fuera convertido al cristianismo por San Gregorio el Alumbrador. La derrota de Maximino fué completa: la cruz triunfaba dominadora en las laderas del Ararat Era la hora en que este mismo lábaro sagrado se aparecía, en Occidente, a Constantino, aureolado con el *In hoc signo vinces* (Con esta señal vencerás). Tras nuevas luchas intestinas de los dos emperadores de Oriente, Maximino Daya fué vencido por Licinio cerca de Andrinópolis y huyó a Tarso en Cilicia, donde se envenenó después de un hartazgo. Murió a los pocos días en medio de atroces dolores (313). Su familia fué degollada. Con la muerte de este tirano volvió la libertad para los fieles.

Así fueron desapareciendo de la escena aquellos durísimos verdugos, empeñados en conservar la sangrienta tradición de ignominias y martirio que durante cerca de trescientos años soportara la Santa Iglesia de Cristo.

LA CRUZ VICTORIOSA

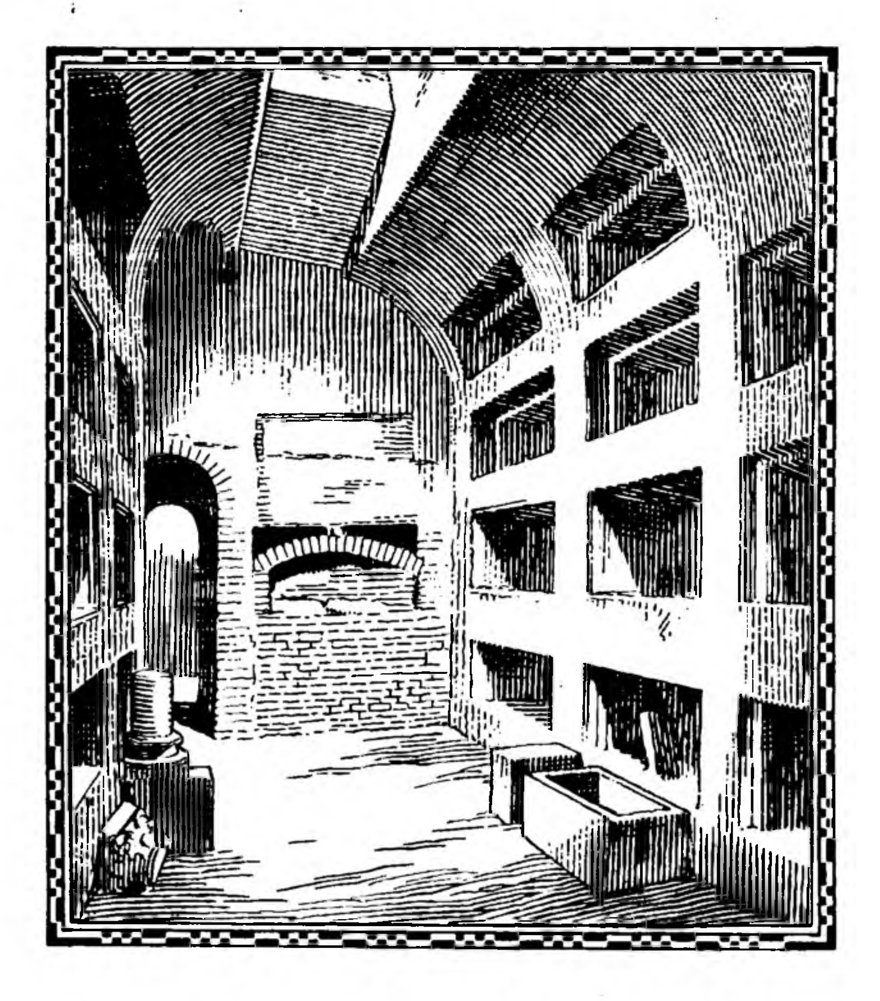
MAJENCIO, hijo de Maximiano Hércules, había declarado la guerra a Constantino. Pretendía despojarle del trono, como antes lo intentara su padre. El ejército de Majencio formado por 180.000 hombres, se aprestaba a invadir las Galias. Constantino decidió salir en busca de su enemigo y franqueó los Alpes a la cabeza de 40.000 soldados: pocos, relativamente, pero muy valerosos. Este ejército tomó a Susa por asalto, deshizo un cuerpo de caballería de línea en las cercanías de Turín y otro en Brescia, y obtuvo brillantes victorias en los campos de Milán y de Módena. Venecia capituló, y la guarnición fué presa con cadenas hechas de las espadas de los vencidos. Así, de triunfo en triunfo, presentóse Constantino en las puertas mismas de Roma, donde se había encerrado y fortificado Majencio porque un oráculo le amenazaba de muerte si salía; sus jefes y capitanes, la mayor parte de ellos muy peritos en el arte de la guerra, mantenían el campo en lugar suyo. Constantino había acampado frente al puente Milvio, hoy Ponte Mole.

Constantino, aunque pagano como su padre Constancio Cloro, había aprendido a respetar al Dios de los cristianos, aun desconocido para su corazón, y a admirar el valor y la lealtad de los discípulos de Cristo, los vasallos más disciplinados y virtuosos que tenía. Por eso, ante las contingencias de la empresa y el convencimiento de su debilidad, acudió al cielo para pedir el apoyo divino en su favor.

Cierto día en que adelantaba al frente de un cuerpo de tropas, en las primeras horas del atardecer, apareció en medio de los aires, por encima del sol, que le servía como de escabel, una cruz brillantísima en torno a la cual se leían en caracteres de fuego estas palabras latinas: *In hoc signo vinces.* El ejército entero fué testigo del prodigio, el cual conmovió profundamente a Constantino. A la noche siguiente apareciósele Nuestro Señor Jesucristo teniendo otra cruz igual en la mano, a modo de estandarte. Él mismo le explicó el significado de aquella visión, y mandóle que hiciera una enseña militar conforme a lo que veía para conducir sus tropas al combate.

Eusebio, obispo de Cesarea, oyó estos relatos de labios del mismo Constantino, y él es quien nos lo refiere, añadiendo: «Si otro cualquiera que no fuera el emperador me lo hubiese contado, lo habría creído difícilmente; pero siendo él mismo el testigo, ¿quién podría ponerlo en duda?».

El estandarte o *Lábaro* pedido por el mismo Jesucristo fué preparado sin demora. Según la descripción de Eusebio, consistía en una pica larga de palo dorado que tenía en la parte superior un travesaño en forma de cruz. De



ESTADO *actual de la cámara de los Papas del cementerio de San Calixto. Conviene advertir que el cuerpo de nuestro Santo no fué enterrado en ella, sino en una cripta particular, y que, en el siglo VIII, el papa Paulo I lo hizo trasladar solemnemente a la iglesia de San Silvestre.*

los brazos pendía un tejido de oro y pedrerías. En la parte superior brillaba una corona de oro y piedras preciosas, y en su centro la cifra de Cristo, cifra que el emperador hizo grabar también en su casco y en el escudo de sus soldados. El emperador ordenó que este estandarte o lábaro figurara al frente de sus tropas en todas las batallas.

La que iba a librarse entre Majencio y Constantino constituiría una verdadera revolución. En el puente Milvio se encontraron dos mundos, dos religiones. Para atravesar el Tíber, Majencio tendió sobre él un puente de madera formado por dos partes móviles. El encuentro de ambos ejércitos tuvo lugar el 27 de octubre del 312, en la orilla derecha del río, cerca de las «Rocas rojas», *ad saxa rubra,* que flanqueaban la vía Flaminia, a nueve millas de Roma. Los soldados de Constantino atacaron con tal ímpetu, que las tropas de Majencio fueron destrozadas al primer choque. Perecieron unos en sus puestos y otros en las aguas del Tíber. El mismo Majencio, fugitivo, volvióse al puente que había mandado construir. Rompióse éste por el peso de la muchedumbre y el tirano cayó al río, donde murió ahogado. Acabó así con la muerte que preparara a su contrincante. Las tropas de Cristo habían triunfado sobre las de los antiguos dioses del monte Janículo; el Lábaro quedó victorioso dominando a las águilas del imperio.

Dos días después, el 29 de octubre, Constantino entraba triunfalmente en Roma dando gracias a Dios a quien reconocía como verdadero autor de su victoria. Hizo construir en el Foro un monumento con su estatua; empuñaba con su diestra una lanza en forma de cruz que llevaba esta inscripción: «Por este signo salvador, señal inequívoca de fuerza, he librado vuestra ciudad del yugo de la tiranía y he devuelto al Senado y al pueblo romano su antiguo esplendor y dignidad». El Senado, por su parte, hizo erigir en la vía triunfal, entre el Palatino y el Coliseo, el majestuoso arco llamado de Constantino, que aun hoy día puede admirarse. En el frontón de este arco hay una inscripción que declara que Constantino alcanzó la victoria «por inspiración de la divinidad, *instinctu divinitatis*», alusión manifiesta a la famosa visión.

La era de las persecuciones había terminado. Inicióse entonces un largo período de tolerancia para los cristianos. El famoso edicto de Milán, promulgado en marzo del año 313, decretaba la libertad religiosa, reconocía a las iglesias cristianas existencia legal, ordenaba se les restituyesen los bienes confiscados y dotábales de los mismos privilegios de que gozaban los templos paganos: inmunidad de impuestos territoriales, derecho de asilo, facultad de recibir legados y donativos, y, en fin, la de manumitir a los esclavos. El decreto decía: «Que cada cual abrace la religión que le plazca y practique libremente sus ritos particulares. Tratándose de las cosas divinas a nadie se puede impedir que siga el camino que le convenga».

No era posible hacer más en un mundo pagano, sin llevar a cabo una re-

volución sangrienta. Muy pronto, sin embargo, bajo el mando de Teodosio el Grande, la desaparición progresiva del paganismo permitirá el establecimiento del cristianismo como religión oficial del Estado. Bueno es tener en cuenta que Constantino, aunque cristiano de sentimientos, no había sido aún regenerado en el bautismo, el cual recibió durante el pontificado de San Silvestre (314-335), sucesor de San Melquíades.

EL PAPA Y EL EMPERADOR

IGNÓRASE qué papel desempeñó el Sumo Pontífice en este derrumbamiento del paganismo y frente al acto legislativo más grande de cuantos emperador alguno haya publicado jamás; pero seguramente existieron desde los primeros momentos acuerdo y relaciones —según podemos apreciar por sus consecuencias—, y Melquíades fué el primer Papa a quien cupo la satisfacción de tratar con un emperador que se inclinaba respetuoso ante su soberanía espiritual.

No contento con hacer restituir a los cristianos los bienes de que se les había despojado, tratólos Constantino con munificencia, y construyó iglesias a las que dotó magníficamente. Sobre todo mostróse espléndido y deferente con el Papa, pues queriendo que el Jefe de la religión cristiana tuviese una morada digna de su eminente dignidad, hízole donación del palacio imperial de Letrán, que pronto se trocó en residencia del Sumo Pontífice. Los Papas lo habitaron hasta el destierro de Aviñón, en 1307; pero siempre fué, y aun hoy día sigue siendo propiedad pontificia.

LA CUESTIÓN DE LOS DONATISTAS

CON motivo de un conflicto puramente eclesiástico que turbó largo tiempo la paz de la Iglesia en África, varios obispos cismáticos con Donato al frente, acudieron al emperador durante los primeros meses del año 313, para apoyarse en su autoridad y pedirle les diese como como jueces en tal asunto a los obispos de las Galias. La respuesta de Constantino debiera estar escrita con letras de oro: «¡Cómo —exclamó—, vosotros me pedís jueces a mí que aguardo el juicio de Cristo!».

Rehusó tomar cartas en el asunto y envió los memoriales con todas las piezas del negocio al papa Melquíades, y añadió el siguiente escrito, digno de figurar a la cabeza de la correspondencia de los príncipes temporales con el Sumo Pontífice: «Constantino Augusto a Melquíades, obispo de Roma. El procónsul de África, Amelino, me ha remitido una memoria relativa a

Ceciliano, obispo de Cartago, acusado de diversos crímenes por algunos colegas suyos. Creo que nada hay tan desastroso como estos cismas entre diversas Iglesias, en una provincia que yo quisiera ver próspera y pacífica. Estimo conveniente enviar a Ceciliano ante vuestro tribunal; juntamente se os presentarán diez obispos partidarios suyos y otros diez de sus acusadores, y así Vos podréis pronunciar la sentencia definitiva. Para mejor informaros del asunto os envío el pliego recibido de Amelino. Estudiándolo será fácil a vuestra santidad formar juicio sobre el punto que es origen de la controversia. Ya conocéis mi adhesión respetuosa a la Iglesia católica: quisiera que desapareciesen de su seno todos los gérmenes de divisiones y de luchas. Que Dios omnipotente os conceda muchos años de vida».

Animado el Papa por la noble y correcta actitud del emperador, abrió en el palacio de Letrán, el 2 de octubre del 313, un Concilio compuesto de obispos de ambas tendencias para dirimir tan grave asunto. Aclarada la cuestión, Melquíades, a fin de no alterar la paz del pueblo, condenó sólo a Donato, perdonó a los demás obispos de su partido y ordenó que, doquiera se encontrasen dos obispos a consecuencia del cisma, fuera mantenido en la silla episcopal el más antiguo en ordenación, y se diera al otro el primer obispado vacante. Por desgracia, los jefes más notables del partido y principalmente Donato, no quisieron someterse a sentencia tan benigna y tan prudente, y buscaron ocasiones para fomentar nuevos disturbios. San Agustín parecía ser el destinado por la divina Providencia a poner término a estas luchas.

DISPOSICIONES DE MELQUÍADES

EL Libro de los Pontífices menciona dos decretos dados a la Iglesia por este Sumo Pontífice. Uno se refiere a los ayunos: prohibe imponer ayunos el domingo y el jueves. Todavía está en vigor esta ley, excepto para el tiempo de cuaresma en los lugares donde el jueves es día de ayuno. El segundo decreto se refiere a una costumbre eucarística que no ha subsistido. Prescribía que todos los domingos se llevase a las diversas parroquias pan consagrado por el obispo, lo que se conocía con el nombre de «fermento». En un principio, sólo celebraba la misa el obispo, y los demás sacerdotes estaban presentes en el altar ayudando al prelado; costumbre que subsiste en los ritos orientales, pero no en el latino, excepto durante la ordenación sacerdotal y la consagración de un obispo. El aumento de fieles exigió posteriormente el aumento de centros destinados al culto y el de sacerdotes para celebrar en ellos los santos misterios. Sin embargo, a fin de hacer ostensible la unidad de la Iglesia y del sacrificio, el obispo enviaba a todos los sacerdotes una fracción del pan por él consagrado y que los sacerdotes juntaban al que

ellos consagraban. Era como un lazo espiritual que unía a los sacerdotes con el obispo respectivo, era un signo de comunión. El nombre que se daba al envío no significaba precisamente pan fermentado, sino la levadura que une y levanta toda la masa, hecho que opera espiritualmente en la Iglesia la Santísima Eucaristía.

MUERTE DEL SANTO PONTÍFICE

El Papa de la «paz constantiniana» no pudo disfrutar mucho tiempo del nuevo estado, aunque tuvo el consuelo de ver cómo la Iglesia de Jesucristo ocupaba en el imperio el puesto que le correspondía. Se ignoran las circunstancias de su muerte, pero es muy probable que fué en el palacio de Letrán donde entregó su alma a Dios el 10 de enero de 314.

El Breviario, que fija su fiesta el 10 de diciembre, le da el título de mártir, tal vez a causa de lo que tuvo que sufrir en la persecución de Diocleciano.

Es el último Sumo Pontífice enterrado en el cementerio de San Calixto, no precisamente en la cámara de los Papas, sino en una cripta particular. Aun existen en la bóveda unas pinturas muy visibles y, junto a ellas, la tapa que cubría un sarcófago, tapa que tenía esculpidas en los cuatro ángulos sendas imágenes del Buen Pastor. A lo largo de la pared de esta cripta corre un banco de mampostería que en otro tiempo estuvo revestido de mármol y adosado al muro, señal segura de que anteriormente se habían tenido en esta cripta reuniones litúrgicas.

El papa San Paulo I, en el siglo VIII, hizo transportar el santo cuerpo a la iglesia de San Silvestre *in Cápite* de Roma, donde se conserva hoy.

SANTORAL

Traslación de la Santa Casa de Loreto (véase en el tomo «Festividades del Año Litúrgico», pág. 560). Santos **Melquíades, papa**; Sindulfo, obispo de Viena (Francia), y Edibo, de Soissons; Deusdédit o Diosdado, obispo de Brescia; *Mercurio, centurión romano, y compañeros, mártires; Fivetón, monje;* Florencio, abad; Simón, monje, mártir en Etiopía; Carpóforo, presbítero, y Abundio, diácono, mártires en Sicilia bajo Diocleciano; Menas, Hermógenes y Éugrafo, mártires en Alejandría bajo Galerio; Gemelo, mártir en Ancira de Galacia durante el gobierno de Juliano el Apóstata; Invento o Trobat, mártir en Gerona; Beenam, mártir en Persia. Beatos Sebastián Montañol, dominico, mártir en Méjico; Bartolomé de Pisa, franciscano; Tarquilo, benedictino. Santas *Eulalia de Mérida y Julia, vírgenes y mártires;* Sara, hermana de San Beenam y compañera suya en el martirio.



Antorcha de la fe — Moneda del emperador Graciano

DÍA 11 DE DICIEMBRE

SAN DAMASO

PAPA (305-384)

SAN Jerónimo, que fué su secretario, esbozó con tres pinceladas el retrato de este santísimo y gloriosísimo Papa: «Dámaso fué heraldo de la fe, oráculo de la ciencia sagrada y doctor virgen de la Iglesia virgen».

Hijo de muy ilustres padres españoles y nacido él mismo en España —aunque no falten autores que lo hacen romano—, vino al mundo por los años de 305.

Una inscripción del mismo San Dámaso en la basílica de San Lorenzo *in Dámaso,* dice que su padre, tras algunos años de vida matrimonial, abrazó el estado eclesiástico y ascendió en los sagrados órdenes hasta llegar al sacerdocio. Su madre, llamada Lorenza, vivía aún cuando su hijo fué elevado a la cátedra de San Pedro, así como su hermana Irene, la cual a los veinte años consagró al Señor la flor de su virginidad.

Encontró Dámaso la vocación sacerdotal en la mencionada basílica de San Lorenzo, en donde celebraba su padre los santos misterios. Como él, siguió la carrera eclesiástica y ejerció las funciones de escribano y de lector de la Iglesia romana. Hacia 345 el papa San Julio I le ordenó de diácono y años más tarde fué nombrado arcediano por San Liberio.

PERSECUCIÓN DE CONSTANCIO

EL nuevo cargo ponía en manos de Dámaso la administración de buena parte de la Iglesia e implicaba múltiples obligaciones. No obstante, aun tenía tiempo para dedicarse a guiar por la senda de la perfección a una piadosa comunidad del monte Aventino. Poniendo en práctica las reglas de la vida común, cuyas maravillas les había descrito San Atanasio, algunas ilustres damas romanas habían organizado congregaciones y asambleas de vírgenes y de viudas que seguían las huellas de las de Alejandría.

Formáronse así santas comunidades cuyos miembros aspiraban a practicar con la máxima perfección los deberes de la vida cristiana, estimulándose a ello con el ejemplo de las más fervorosas y de acuerdo con la dirección espiritual recibida en común o personalmente. Por tal modo, venían a constituir como el centro o punto de partida de una mayor intensificación en el ambiente religioso de los hogares.

Dámaso era el alma de cuanto se proyectaba y realizaba en aquellas reuniones en las que difundía la devoción, el celo y el amor al ascetismo de que rebosaba su corazón.

Por entonces una nueva persecución contra la Silla apostólica sembró la inquietud y los temores en aquella comunidad: el emperador Constancio acababa de declararse defensor de la herejía arriana. Como la muerte de sus hermanos le había dejado por dueño único del imperio, llevó la osadía hasta prender al Papa, con objeto de arrancarle un anatema contra San Atanasio, insigne debelador de aquella herejía; Liberio fué conducido por soldados de Roma a Milán y luego a Oriente (355).

En esta ocasión se dió a conocer Dámaso por su adhesión al legítimo sucesor de San Pedro, pues, a pesar del riesgo que corría al declararse a su favor, obligóse públicamente, junto con el clero de Roma, a no recibir otro Papa mientras viviese Liberio. Aun acompañó al ilustre Pontífice en su destierro, y con él permaneció hasta que el noble perseguido le ordenó regresase a Roma.

A petición de Constancio, eligióse nuevo Papa, Félix II, a quien el pueblo romano acogió con buenos ojos, considerándole digno sucesor de Liberio.

Dámaso se puso a sus órdenes y Félix II le confirmó en su dignidad de arcediano, y además le revistió de las insignias cardenalicias. En 358, volvió Liberio del destierro y Félix se negó a reconocerle por legítimo pastor. Surgió entonces un cisma y Dámaso se puso de parte de Liberio. A la muerte de éste, acaecida en 24 de septiembre de 366, la inmensa mayoría del clero y del pueblo designó a Dámaso para sucederle.

ELECCIÓN ACCIDENTADA

EL historiador Amiano Marcelino nos ha dejado escritas las escenas escandalosas que acompañaron y siguieron a la elección de Dámaso para el solio pontificio. La vida y los méritos del ilustre arcediano eran títulos suficientes como para que los romanos le dieran sus votos; pero un grupo de facciosos, dirigidos por los diáconos Ursicino y Lupo, tacharon de apostasía la adhesión provisional de Dámaso al papa Félix II, y opusiéronse tenazmente al nombramiento. La conducta que observaron posteriormente vino a demostrar la calidad de sus intenciones al obrar así.

Con gran muchedumbre de vagabundos y de cocheros que recogieron del circo, apostáronse en las calles adyacentes a San Juan de Letrán, dispuestos a no dejar entrar en la iglesia más que a sus propios partidarios. Obispos y fieles hubieron de trasladarse a San Lorenzo *in Lucina,* en donde eligieron a Dámaso como sucesor de Liberio, mientras Ursicino y los suyos se congregaban en la basílica de Julio —Santa María *in Trastévere*—, donde Ursicino fué elegido papa y consagrado casi inmediatamente. Dámaso dejó trascurrir los siete días que exigía el protocolo y fué consagrado en Letrán (1.º de octubre).

El desorden causado por estas dos elecciones y que fué tolerado al principio en las calles de Roma por el prefecto, siguió entre ambos bandos durante todo el pontificado de Dámaso; pues, aunque se reunieron varios Concilios con objeto de resolverlo, sólo la muerte de Ursicino, que se anticipó de pocos días a la de su legítimo adversario, fué capaz de poner término a aquella situación anormal.

No faltó quien culpara al santo pontífice Dámaso de los desmanes cometidos en la lucha, siendo así que él hizo cuanto pudo para contener el tardío furor del prefecto.

Un día, al salir de la basílica del Vaticano, comenzó un ciego a darle grandes voces:

—Padre santo, curadme.

Dámaso, ante las súplicas y la confianza de aquel hombre, hízole la señal de la cruz en los ojos, mientras decía:

—Te salve tu fe.

Con lo que el enfermo recobró la vista instantáneamente.

En vista de aquel milagro, Roma se puso de su parte. Siete sacerdotes y dos diáconos, secuaces del antipapa, abjuraron sus errores en manos del legítimo pastor y, gracias a las enérgicas providencias que la autoridad civil tomó en favor del elegido de Dios, la paz volvió a reinar en la Iglesia.

EL CANTOR DE LOS MÁRTIRES

ENTENDIÓ Dámaso que debía aquella gracia a la intercesión de los mártires, y, desde aquel punto, profesóles mayor devoción y les dedicó las inspiraciones de su musa, los recursos de la Iglesia y los tesoros que la piedad de las nobles señoras romanas dejaba a su disposición.

Los descubrimientos arqueológicos de los siglos XIX y XX nos han puesto de manifiesto los trabajos llevados a cabo por este santo Papa en las galerías de las Catacumbas, trabajos que no se limitaron a un punto determinado, sino que se extendieron a toda la Roma subterránea. Su nombre se halla a cada paso en aquellos venerandos lugares, y su piedad y su ingenio se manifestaron en las inscripciones con que adornó las tumbas de los santos mártires.

Para armonizar la belleza exterior con la elegancia del lenguaje, ordenó que los epitafios se grabasen en mármol y con los magníficos caracteres hoy llamados «damasianos» o, también, «filocalianos», en recuerdo del humilde artista Dionisio Filocalo, que fué su genial realizador.

DÁMASO Y LAS HEREJÍAS

EL pontificado de San Dámaso I ocupa un espacio de dieciocho años, desde el 1.º de octubre de 366 hasta el 10 de diciembre de 384. Cuando el Santo subió al trono de San Pedro, ardía en Oriente el fuego devastador de la herejía arriana; las luchas de San Hilario de Poitiers demuestran que el mal había prendido también en Occidente.

En el laberinto de las interminables discusiones y en la confusión doctrinal que de ellas derivaba, hacíase indispensable un criterio recto que sirviese de pauta a los espíritus extraviados. El mundo cristiano lo encontró en Dámaso, a quien llegaban consultas de todos lados. San Jerónimo, que le servía de secretario, nos declara con qué lucidez y con qué elevado criterio participaba en las controversias teológicas. ¡Lástima grande que se haya perdido la correspondencia oficial redactada por San Jerónimo en nombre del santo Pontífice!

El año 371, San Basilio y otros obispos pidieron ayuda a Roma, pero la solicitud de Dámaso habíase anticipado a sus súplicas, porque en el concilio romano de 369, en consideración a la situación de las Iglesias de Oriente, ya había reprobado la fórmula aceptada por los obispos de Rímini y anatematizado a los jefes del partido arriano.



SAN *Dámaso, con valiente demostración de fidelidad, acompaña al papa Liberio cuando Constancio, protector de los arrianos, le arroja de la Sede Apostólica porque combate aquella herejía. Nuestro Santo demostraba con ello su espontánea y decisiva adhesión al Pontífice legítimo.*

La persecución del emperador Valente, favorecida por circunstancias políticas e inaugurada con increíbles crueldades, hizo que San Basilio pidiera varias veces protección al Papa, el cual respondió con la celebración, en Roma, de varios Concilios que proclamaron nuevamente la consustancialidad del Padre y del Hijo y anatematizaron a las sectas arrianas.

Después de la derrota y muerte de Valente en Andrinópolis (378), las sabias providencias de Graciano y el genio de Teodosio salvaron la civilización y el imperio. El concilio ecuménico de 381, primero de Constantinopla, asestó terrible golpe al moribundo arrianismo, así como a los errores de Apolinar y de Macedonio.

Con todo, la paz aun no quedó restablecida, porque después de condenados en el Concilio de Constantinopla, los discípulos de Apolinar acudieron a la Santa Sede y ésta hubo de volver a intervenir. San Jerónimo, en nombre del Papa, les propuso el símbolo de la fe: unos lo aceptaron y firmaron, y otros lo rechazaron; uno de éstos, llamado Timoteo, trataba de prolongar la discusión, pero una carta tan firme como apostólica, la última del pontificado de San Dámaso, renovó los anatemas lanzados antes contra él.

DÁMASO Y LOS CISMAS

PARALELOS a los cismas del dogma, nacieron entre los católicos, por cuestiones disciplinarias, otros cismas, a los que también hubo de poner remedio la prudencia de Dámaso. Merece especial mención el de la Iglesia de Antioquía. Tres obispos, dos de ellos católicos, Paulino y Melecio, compartían la jurisdicción de aquella metrópoli. Consagrados ambos en circunstancias extraordinarias, y en medio de las persecuciones, ejercían de buena fe su autoridad en la parte de la población que les era igualmente adicta. San Basilio y casi todo el Oriente con él, se ponían de parte de Melecio; Dámaso, y con él casi todo el Occidente, no creían que fuese ilegítima la consagración de Paulino. Ante la imposibilidad de escoger entre dos obispos igualmente recomendables, sin exponer gran parte de la población a un cisma funesto, la Santa Sede decidió que ambos competidores gobernasen simultáneamente la Iglesia de Antioquía, a condición de que a la muerte de Melecio o de Paulino, el superviviente fuese reconocido por todos. No podía darse solución más prudente y, de seguirla, ciertamente se habrían pacificado los espíritus.

Al mismo tiempo que el cisma de Antioquía, inauguraba otro Lucifer, obispo de Cálaris (Cagliari), en Cerdeña, brioso defensor de la fe, pero tan intransigente que no estaba nunca conforme con los actos de misericordia de la Santa Madre Iglesia; y ni como legado del Papa quiso aprobar que Ata-

nasio, en el concilio de Alejandría (362), concediese a los arrianos arrepentidos el reintegro a sus funciones eclesiásticas. No es, pues, extraño que se negara a participar en los sentimientos de los católicos respecto del cisma de Antioquía y Rímini, y, en general, de las cuestiones en que la Iglesia, con maternales entrañas, se creía obligada a tratar con mansedumbre y suavidad a sus hijos desgraciados. Acabó por separarse de Roma y formó una iglesia independiente con un puñado de exaltados adictos a su persona. Murió apartado de la Iglesia católica y dejando en Roma un obispo rival de Dámaso, que causó no pocos sinsabores al Papa.

Su tercera intervención en Oriente la motivó la ordenación de Máximo el Cínico. Este singular personaje que, sin saber por dónde, llegó a Constantinopla con fingimiento de finos modales, hueca piedad y afectado desdén de las cosas del mundo, habíase ganado la confianza de San Gregorio Nacianceno, el cual no sólo lo trató con benignidad, sino que defendió públicamente su buen nombre.

El elogio que de él hizo ante el pueblo constantinopolitano, abrió paso a la ambición apenas disimulada de Máximo. San Gregorio, que no consintió nunca en ser reconocido oficialmente como obispo de Constantinopla, ejercía interinamente las funciones episcopales con aplauso general, y, en espera de elección canónica, se consideraba aquella diócesis como sede vacante. Máximo halló titular en su propia persona, hízose consagrar fraudulentamente y se puso en camino para Tesalónica, a fin de que el emperador Teodosio le reconociese como legítimo obispo de Constantinopla. El emperador dió cuenta de ello a Dámaso, y éste excomulgó al intruso y permitió al emperador que procediese a la elección canónica de San Gregorio.

DÁMASO Y LA SAGRADA ESCRITURA

SAN Jerónimo había acudido al Concilio de Roma convocado por San Dámaso en 374. Conocedor de la ciencia y de las virtudes del solitario de Belén, escogiólo el Papa por secretario, le encargó que respondiera en nombre suyo a las consultas del pueblo cristiano y movióle a emprender grandes trabajos en provecho de la Iglesia. A instancias de Dámaso, revisó San Jerónimo el Nuevo Testamento de conformidad con el original griego. No ignoraba a cuántas críticas le expondría aquella magna labor, pero consiguió llevarla a cabo gracias a la protección del santo Pontífice, el cual le encomendó después la revisión del Salterio.

Actualmente atribúyese a este Papa el catálogo de las Sagradas Escrituras, que antes se atribuía a San Gelasio, pues se compuso en el Concilio romano de 374 por influencia de San Jerónimo. La Iglesia ha conservado

de San Dámaso el canto frecuente del *Alleluia,* que antes era propio del tiempo pascual. El santo Pontífice extendió la costumbre de repetirlo durante todo el ciclo anual, a excepción de la cuaresma. Estableció, además, las normas para cantar los salmos y señaló las horas del día y de la noche en que debía entonarse el oficio en las iglesias y monasterios.

EL PAGANISMO AGONIZANTE

EL edicto de Milán, promulgado en 313 por el emperador Constantino, hirió de muerte al paganismo al quitarle el privilegio de ser la religión del Estado. Pero la antigua religión de Roma, sostenida por la mayoría de la aristocracia, logró aún horas de triunfo y de gloria, pues al lado de las basílicas cristianas que comenzaban a erguirse majestuosas, humeaban todavía los altares paganos y eran incontables las víctimas sacrificadas en honor de los dioses. Aunque la idolatría había recibido ya el golpe de gracia, aun faltaba borrar los resabios de las antiguas costumbres, bastante arraigadas en ciertos sectores sociales.

En la sala de deliberaciones del Senado romano se conservaba, desde el reinado de Augusto, el famoso altar de la Victoria, segundo paladión del paganismo. Una orden imperial dada en Milán prescribió su demolición, la cual se realizó de noche. Al saberlo Símaco, senador pagano, elevó al emperador una instancia firmada por él y por muchos correligionarios suyos, en la cual se solicitaba el restablecimiento del famoso altar en el Capitolio; pero, a su vez, los senadores cristianos protestaron ante el papa Dámaso, cuya influencia decidió favorablemente el pleito. Era el año 382.

Dos años después, viendo en la trágica muerte de Graciano la venganza de los dioses ultrajados, volvió Símaco a la carga, y reclamó a Valentiniano II la abolición del decreto. Dámaso encargó entonces a San Ambrosio que, con su autoridad y elocuencia, apoyase la protesta de los senadores cristianos; y sucedió, como más tarde dijo con donaire San Ennodio de Pavía, que la «Victoria» se volvió contra sus defensores y se entregó a sus adversarios, puesto que Valentiniano no llegó a revocar el decreto de su hermano Graciano.

También se valió el santo Papa de su influencia para asestar el último golpe al culto de Vesta. En 382 privó Graciano a las vestales de sus privilegios, y con ello se extinguió el culto de la diosa del hogar. Puede darse igualmente por probable que la conversión de la virgen pagana Claudia, cuya mutilada estatua se ve aún en el Foro romano, se debió al celo personal del mismo Papa. Así, sobre las ruinas del paganismo, alzó Dámaso los trofeos de la verdadera Religión.

A más de sus ya citados trabajos en las Catacumbas, agrandó y embelleció la basílica de San Lorenzo Extramuros, dotó con gran magnificencia otra basílica en la vía Ardeatina, construyó fuentes bautismales en San Pedro y fundó hospitales y otros establecimientos benéficos.

MUERTE Y SEPULTURA

FRISABA el santo Pontífice en los ochenta años. Con el peso de la edad y cargado de méritos —dice un cronista—, pedía insistentemente al Señor pusiera fin a su larga peregrinación. Cada vez más desprendido de lo terreno, abrasábanle las ansias de unirse cuanto antes con su Dios. Acometióle por entonces recia calentura y el Santo entendió por ella que se acercaba su tránsito. Hízose llevar el Viático, y habiéndolo recibido, alzó la vista y los brazos al cielo y expiró. Era el 10 de diciembre de 382; había cumplido dieciocho años, dos meses y diez días de pontificado.

La humildad del Santo no le permitió señalar por lugar de su sepultura las tumbas de los mártires que él había adornado profusamente con ricos mármoles y poéticas inscripciones. El motivo de esa determinación lo expone él mismo en uno de sus poemas. «Ciertamente —dice— sería de mi agrado que me enterrasen en las Catacumbas, pero temo profanar aquellos augustos lugares donde descansan los mártires». Su cuerpo fué sepultado junto a la tumba de su madre y de su hermana, en la basílica erigida por él en la vía Ardeatina.

No se sabe en qué época se trasladaron sus restos al interior de Roma; parece lo más probable en el pontificado de Paulo I. Lo cierto es que en tiempo de Adriano I (772-795) las reliquias del ilustre pontífice se veneraban con gran devoción en San Lorenzo *in Dámaso,* en donde descansan aún hoy día, excepto la cabeza, que se conserva en San Pedro.

Celébrase su fiesta en la Iglesia universal el día 11 de diciembre.

SANTORAL

Santos **Dámaso I, papa;** Sabino, obispo de Plasencia; *Daniel, estilita; Victórico, Fusciano y Genciano, mártires;* Tutón, abad; Vulfero, monje; Trasón, Ponciano y Pretextato, mártires en Roma cuando imperaba Maximiano; Eutiquio, mártir en España; Barsabás, mártir en Persia. Entre los griegos se honra hoy a José, hijo de Jacob. Beatos Melchor de San Agustín y Martín de San Nicolás, agustinos, mártires en Manila; Bartolomé, hermano de San Bernardo, abad; Teodoro de Múnster, franciscano recoleto. *Beata María de los Ángeles, carmelita descalza.*


Enrique V de Alemania Luis VI el Craso

DÍA 12 DE DICIEMBRE

BEATO CALIXTO II

PAPA (1060?-1124)

A pesar de su breve pontificado, Calixto II realizó en la Iglesia reforma de gran importancia, al resolverse definitivamente el largo y enojoso conflicto de las investiduras, con lo que devolvió a la Iglesia la paz desde hacía ya tanto tiempo anhelada. Los contemporáneos de este Pontífice encomiaron altamente las acrisoladas virtudes de que estaba dotado, y en particular su piedad, celo, paciencia y abnegación en el cumplimiento de los deberes del cargo, en tiempos tan difíciles.

Guido de Borgoña, que al ceñir la tiara pontificia debía tomar el nombre de Calixto II, nació, según opinión general, en el Franco Condado, hacia el año 1060. Fué el quinto hijo de Guillermo, conde palatino de Borgoña, y de Estefanía, condesa de Viena del Delfinado; su noble familia estaba, por lo tanto, entroncada con las grandes dinastías a la sazón reinantes en Inglaterra, Alemania y Francia.

Siendo aún de temprana edad, consagróle su madre al servicio de los altares con la esperanza de que seguiría el camino de un tío suyo, llamado también Guido, el cual, dando un adiós al mundo, se había encerrado en la oscuridad del claustro, en la abadía cluniacense, para entregarse a las

más austeras penitencias. El joven Guido, sin imitarle en todo, sintióse, sin embargo, atraído al estado eclesiástico, y, después de cosechar gloriosos laureles en una escuela de Besanzón patrocinada por el cabildo de San Esteban, pudo, por favor especial, recibir antes de tiempo los órdenes sagrados;

ARZOBISPO Y NUNCIO DE SU SANTIDAD EN FRANCIA

GUIDO de Borgoña recibió una tras otra las más altas dignidades eclesiásticas. Fué nombrado canónigo de la catedral de Besanzón y secretario particular del arzobispo. Más tarde, en 1088, atendiendo a sus méritos más que a su origen, elevólo el papa Urbano II a la silla metropolitana de Viena, en el Delfinado. A pesar de su juventud, Guido luchó ardorosamente, por espacio de más de treinta años, en pro de la conservación y acrecentamiento de la fe, y del reconocimiento, por parte de las autoridades civiles, de los derechos e independencia de la Iglesia. No contento con gobernar con exquisita prudencia el rebaño confiado a su guarda, preocupóse hondamente por las desgracias que aquejaban entonces a la Santa Sede, combatida por los emperadores alemanes. Desde Gregorio VII, no había cesado la lucha entre los poderes religioso y civil, entre el sacerdocio y el imperio. Defendían los monarcas germanos por todos los medios sus pretendidos derechos de traficar con las dignidades episcopales y abaciales, por medio de las investiduras, usurpación diametralmente opuesta a la libertad y a las leyes de la Iglesia, y funesta en extremo al bien de las almas.

Precisamente cuando el emperador Enrique V acababa de arrancar astuta y violentamente al papa Pascual II (1099-1118), cierto reconocimiento de la investidura real por el báculo y la mitra, se dirigía Guido de Borgoña a Roma para asistir al Concilio de Letrán —marzo de 1112—; y en dicho Concilio iba a ser declarado nulo el privilegio, que con malas artes había obtenido el emperador. Pascual designó como Nuncio suyo en Francia al obispo de Viena.

Pocos años más tarde, el arzobispo vienés, Nuncio de Su Santidad en Francia, acogía hospitalaria y cariñosamente en su palacio al papa Gelasio II, sucesor de Pascual II. El virtuoso Pontífice era a la sazón víctima de los sacrílegos y violentos atropellos de uno de los más fanáticos secuaces de Enrique V, el famoso Cencio Frangipani, y de los ataques del antipapa Mauricio Burdiño, arzobispo de Braga y oriundo de Limoges, a quien instigaba el mismo emperador. Burdiño, coronado en la basílica de San Pedro, había tomado el nombre de Gregorio VIII. El papa Gelasio II sufrió las amarguras del destierro y se refugió en Francia, donde el arzobispo de Viena le recibió con tanto respeto como magnificencia.

Algunos días después de su paso por el Delfinado, sintióse el Papa herido de mortal enfermedad, mientras se hallaba en la ciudad de Macón. Conociendo la proximidad de su fin, quiso ser trasladado a la abadía de Cluny, pues era su más ardiente deseo morir en ella como religioso. Allí, rodeado por el cariño de sus hermanos y tendido en el suelo sobre un lecho de ceniza, expiró dulcemente en el Señor el día 29 de enero de 1119.

ELEVACIÓN AL SUMO PONTIFICADO

ANTES de morir, reunió Gelasio II a los cardenales para designar como sucesor suyo a Conón, obispo de Palestrina, esforzado paladín de la causa católica contra las tiranías imperiales. Mas este ilustre prelado interpeló al Pontífice moribundo en estos términos: «No permita Dios, santísimo Padre, que recaiga sobre este hombre miserable tan altísimo honor y peso tan enorme. Soy yo entre todos el más indigno. La Iglesia Romana se halla muy necesitada, sobre todo en estos tiempos, de fuerte defensa contra la persecución, y nadie más indicado en el caso presente que el arzobispo de Viena, único que, con la ayuda de Dios y los méritos de San Pedro, podrá libertar a la Santa Sede de la opresión y de la tiranía». A los pocos días de la muerte de Gelasio —ocurrida en el destierro—, el Conclave cardenalicio reunido en Cluny a principios de febrero de 1119, escogía, a pesar de sus protestas, a Guido de Borgoña, el cual cedió al fin en su oposición y tomó el nombre de Calixto II.

Una clamorosa ovación de los cardenales, del clero y de toda la Cristiandad fué la más categórica respuesta dada a la elección del sucesor de Gelasio II. No se podía esperar mayor acierto. La voz común aclamábale como «el hombre providencial». Su parentesco con tres monarcas europeos, garantizaba, al menos en parte, la paz de la Iglesia. Era allegado próximo del emperador de Alemania, primo del rey de Inglaterra y tío político de Luis VI de Francia, lo cual daba pie para esperar que humanamente pudiera valerse de aquellos títulos en sus relaciones con ellos.

El nuevo Pontífice demostró su carácter enérgico y emprendedor lanzando fulminante anatema contra Enrique V de Alemania. No le arredraban las consecuencias de sus decisiones: importábale, eso sí, la mayor gloria de Dios y la firme defensa del derecho. La austeridad de sus costumbres y la integérrima vida de que daba continuas pruebas constituían uno de los más firmes puntales de su bien orientada política.

No defraudó Calixto II las esperanzas que la cristiandad tenía puestas en él, pues su breve pontificado de cinco años constituyó una de las más gloriosas páginas de la Historia de la Iglesia.

CONCILIO DE REIMS (1119)

CORONADO solemnemente después de transcurrida una semana desde su elección, propúsose en seguida dar feliz remate a un proyecto de su predecesor: reunir un concilio donde se resolviera la famosa cuestión de las investiduras. Reims fué la ciudad elegida para las solemnes sesiones del mismo. El emperador de Alemania manifestó deseos de asistir a ellas para ver de conciliar el Imperio con la Iglesia.

Mientras llegaba la fecha de la apertura del concilio, es decir, desde marzo hasta octubre de 1119, recorrió el Sumo Pontífice casi toda Francia edificando a los fieles con su humildad y causando admiración general por la firmeza de su gobierno. En Tolosa, último baluarte del maniqueísmo, acabó por relegar estos herejes al brazo secular. Por el oeste de Francia visitó monasterios, consagró templos catedrales y abaciales, y atendió a todos en sus quejas. Finalmente, después de entrevistarse en París con Luis VI, llegó a Reims, donde ya le esperaban dieciséis arzobispos, doscientos obispos y otros tantos abades; reuniéndose en total, según afirma un testigo ocular, cuatrocientos veintisiete prelados.

Luis VI de Francia hallóse presente a todas las sesiones del concilio, con la más exacta puntualidad —a pesar de una dolencia que la aquejaba—, dispuesto a obedecer a cuantas disposiciones emanasen de él. Celebráronse las asambleas en la iglesia metropolitana de Nuestra Señora. Los arduos asuntos sometidos al Papa por los distintos prelados, fueron contestados por él con acierto y prudencia extraordinarios.

DESLEALTAD DEL EMPERADOR

EN un momento dado, creyó el Pontífice deber suyo suspender las sesiones para acudir a Muzón, donde le había citado el emperador de Alemania. Despidióse, pues, de los Padres del Concilio. «Rogad a Dios por el feliz éxito de este viaje —les dijo—. Ofrecedle vuestros personales sacrificios e id procesionalmente y descalzos desde la catedral a la iglesia de San Remigio. Cuando yo regrese, atenderé a vuestras quejas, haré justicia y, Dios mediante, podréis volveros en paz».

Al llegar a Muzón corrió Calixto II el peligro de caer en manos del emperador, el cual, con toda mala fe, había acudido al lugar de la cita con treinta mil hombres armados, dispuesto a intimidar al Papa y, si el caso lo requería, apoderarse de su persona. El Sumo Pontífice no retrocedió, y supo aguantar aquella felonía con paciente disimulo.



CONSEGUIDA *por el papa Calixto II la victoria de la Iglesia en el conflicto de las investiduras, encamínase a Roma para recibir en ella solemne ratificación de su elección. El viaje es una verdadera marcha triunfal. El rey, con numeroso séquito, le acompaña largas jornadas.*

Envió legados a parlamentar con el emperador; mas nada pudo conseguir. Profundamente apenado por aquella deslealtad, volvióse al castillo de Reims, a pesar de las reiteradas instancias del emperador para que se quedase más tiempo. «Por amor a la paz —dijo— he cumplido lo que ninguno de mis antecesores, al menos que yo sepa, haya hecho: he abandonado un concilio general, para venir, no sin grandes trabajos, a entrevistarme con un hombre en quien no veo ninguna disposición favorable a la paz. Quiero volver a unirme lo antes posible con mis hermanos; pero estaré siempre dispuesto, tanto durante el concilio como después de él, a recibir al emperador con los brazos abiertos».

Llegado que hubo a Reims, clausuró el concilio con una ceremonia de imponente solemnidad: obispos y abades, vestidos de pontifical y con cirios encendidos en las manos, acudieron a reunirse en la catedral. Leyóse allí la sentencia de excomunión contra el antipapa Mauricio Burdiño y contra el emperador, cuyos súbditos fueron desligados del juramento de fidelidad a un monarca perjuro. Acto continuo, los asistentes apagaron y arrojaron al suelo las velas, repitiendo las tremendas palabras del anatema.

MARCHA TRIUNFAL. — CAÍDA DEL ANTIPAPA

CLAUSURADO el concilio, el Pontífice, deseoso de recibir la ratificación solemne de su elección, emprendió el camino de Roma pasando por los Alpes. Su paso por las poblaciones de Francia fué clamorosamente triunfal y apoteótico. Los pueblos vertíanse en masa al camino por donde había de pasar, y saludaban con vítores y aplausos al Pastor de la Iglesia Universal. Encontróse Calixto II en Gisors con Enrique II de Inglaterra, y aprovechó la coyuntura para reconciliarlo con Luis VI el Craso, de Francia, el cual fué acompañando al Pontífice hasta Melún. Cluny, a donde llegó a principios del año 1120, organizó en su honor procesiones ecuestres a las que asistió la nobleza en pleno. Viena, su antigua diócesis, que guardaba muy gratos recuerdos y la más viva simpatía unidos a una firme adhesión hacia su pastor, participó de los favores que derramaba a manos llenas doquier pasaba; pues fué erigida por él en sede primada con jurisdicción sobre siete provincias eclesiásticas (25 de febrero de 1120).

Llegó por fin a Italia. Las ciudades de Lombardía y Toscana rivalizaron por testimoniarle su amor. Pero a todas excedió la capital del mundo católico, donde el Vicario de Cristo fué recibido con transportes de júbilo indecible, el 3 de junio de 1120. La caballería romana había salido, para escoltarle, a tres jornadas de la ciudad; y el pueblo aclamóle a su llegada con delirantes ovaciones.

Ante las manifestaciones de entusiasmo en favor de Calixto II, el antipapa Mauricio Burdiño, temeroso del furor popular, no quiso esperar la llegada del verdadero Pontífice, y encerróse en el fuerte de Sutri. Pero aun desde allí seguía siendo una continua amenaza para el Papa legítimo, y sus partidarios atacaban y daban muerte a cuantos extranjeros iban a Roma para rendir acto de homenaje al Pontífice.

Tenía éste a la sazón tropas a sus órdenes, y el apoyo y ayuda de Guillermo de Normandía, duque de Pulla y de Calabria; con este ejército pensó el Papa reducir al de Burdiño. Apoderáronse las tropas pontificias de Sutri casi sin esfuerzo y Mauricio fué entregado por los mismos habitantes en manos de las tropas de Calixto II (abril de 1121).

Mauricio Burdiño —antipapa Gregorio VIII— tuvo que sufrir grandes escarnios en manos del pueblo; y es seguro que hubiera sufrido muerte violenta de no haber mediado los buenos oficios de nuestro santo Pontífice.

Pero aquel trato vergonzoso de que fué objeto, por parte de la soldadesca en especial, no debe atribuirse en modo alguno a su aprehensor. Rescatado del poder de quienes lo maltrataban, confinósele en un monasterio —el monasterio de Cava, cerca de Salerno— y de allí a la ciudadela de Jánula, próxima a Monte Casino. Honorio II, sucesor de Calixto II, sacóle posteriormente de aquel encierro para trasladarle al fuerte de Fumona, cerca de Alatri, donde al parecer estuvo hasta su muerte.

RECONCILIACIÓN DEL IMPERIO CON LA IGLESIA

LA caída del antipapa creado por Enrique V asestaba un rudo golpe a las ambiciosas aspiraciones del emperador germano. Además, este monarca sentía sobre sí el peso del anatema que Roma había lanzado contra él: poco a poco iba quedando sin príncipes, sin obispos, sin vasallos.

Mientras en las iglesias de Alemania se ayunaba y se hacían solemnes rogativas para obtener la reconciliación del Imperio con el Papado, Calixto II, lejos de abusar de su triunfo, renovaba sin cesar sus proposiciones de paz. Enrique V, convencido, o más bien obligado por los príncipes alemanes, consintió, al fin, en reconocer a Calixto como único y legítimo Pontífice, y a todos los obispos que estaban en comunión con él por pastores legítimos.

Concedió, pues, audiencia a los legados pontificios, los cuales le entregaron, de parte del Papa, Letras rebosantes de paternal afecto y no menos llenas de serena y tranquila firmeza. De ellas entresacamos las siguientes líneas:

«Tú, oh Enrique, tienes soldados para defenderte; mas la Iglesia tiene como defensor al Rey de reyes que la rescató con su sangre: renuncia, pues, a lo que no te pertenece. Si consientes, de acuerdo con el deseo de los hombres

sabios, prudentes y religiosos, en escucharnos y obedecernos, tributarás la mayor gloria a Dios y alegría a los hombres; nos encadenarás, a Nos y a la Iglesia, con cadenas de amor tal, que aparecerás a los ojos de todos como verdadero rey, como verdadero emperador.»

SUMISIÓN DEL EMPERADOR ENRIQUE

ABATIÓSE, por fin, el orgullo de Enrique V. Después de doce días de entrevistas con los embajadores pontificios, firmó en Worms, en septiembre de 1122, una declaración en virtud de la cual renunciaba a toda investidura por el báculo y el anillo y comprometíase a dejar entera libertad a la Iglesia para elegir y consagrar a sus pastores, si bien él debería hallarse presente en la ceremonia. Terminaba el acto de plena y sincera sumisión con esta fórmula:

«Conservaré la paz con el papa Calixto II y con la Santa Iglesia Romana y le socorreré fielmente siempre que me lo pidiere. Otorgo a todas las iglesias de mi imperio las elecciones y consagraciones canónicas.»

Hubo de rebosar de júbilo el Pontífice al saber que el emperador había remitido a su legado Lamberto, cardenal de Ostia, el acto de reconciliación con la Iglesia, acto llevado al cabo en presencia de infinidad de vasallos suyos que habían acudido a Worms para conocer el resultado de las negociaciones.

El cardenal Lamberto, en nombre del Papa, dió al emperador y a todos sus partidarios la absolución, el ósculo de paz y la Sagrada Comunión, mientras resonaban las bóvedas con los alegres cánticos que el pueblo en masa entonaba en acción de gracias por el señalado triunfo de la Iglesia. Después de la ceremonia, Enrique V envió a Calixto II una embajada con ricos presentes; en ella daba al Papa el título de «querido primo», tratamiento de honor con que los príncipes suelen reconocer la mutua soberanía.

ACTUACIÓN DE CALIXTO II. — SU MUERTE

ACABAMOS de ver cómo, por la gracia de Dios, al tercer año de su pontificado llevaba Calixto a feliz término una obra tan extremadamente difícil. Con ella, entraba la Iglesia en un período de paz. Aprovechó el Pontífice esta ocasión para dilatar su influencia y sus beneficios por todo el mundo católico.

Roma recobró con él su tranquilidad y su antiguo esplendor. Mandó demoler todas las fortalezas levantadas en los alrededores por los Frangipani y otros señores que, con pretexto de fidelidad al emperador, amenazaban sin cesar al Pontificado y oprimían al país con sus violencias y vejaciones.

Sin descuidar nada de cuanto podía contribuir al embellecimiento de la ciudad romana, empleó grandes bienes en el ornato de la basílica de San Pedro, construyó acueductos y otras obras de urbanización en la capital.

Además, erigió en los confines de Letrán el oratorio de San Nicolás de Mira y adornó el ábside con artísticos frescos.

En la correspondencia del Vicario de Cristo aparecen documentos que resolvían ciertos litigios entre metropolitanos y sufragáneos, especialmente en Inglaterra y el Delfinado.

Anexionó la diócesis de Santa Rufina a la de Porto, reduciendo a seis las sedes suburbicarias; pagó el rescate de Balduino II, rey de Jerusalén, y envió socorros al rey de España Alfonso VI para ayudarle en las guerras que sostenía contra los moros.

Para terminar definitivamente la triste querella de las Investiduras y sellar la alianza entre el sacerdocio y el imperio, convocó Calixto, en 1123 y en la iglesia de Letrán, el noveno concilio ecuménico, que fué el primero de Occidente. Asistieron más de novecientos entre obispos y abades, y en él ratificó y promulgó solemnemente el tratado de paz firmado con Enrique V y la sentencia de absolución en favor de dicho emperador.

Determinóse en el mismo concilio que la recepción de los sagrados órdenes constituía impedimento dirimente para el matrimonio; tomóse la determinación de iniciar una cruzada con el fin de enviar socorros a los cristianos del Asia Menor y adoptáronse varias otras resoluciones de no menor importancia.

Cuando Calixto hubo terminado la misión de paz a la que el Señor le había destinado, fué llamado a mejor vida. A fines del año 1124, tuvo un ataque de fiebre que en pocos días le dejó sin fuerzas. Su muerte, acaecida el 12 de diciembre de 1124, fué motivo de dolor en toda la Iglesia. Nunca ha recibido Calixto II culto público universal. Hállase inscrito como santo en los Martirologios benedictino y cisterciense, y hónrasele el 12 de diciembre.

SANTORAL

NUESTRA SEÑORA DE GUADALUPE, PATRONA DE LA HISPANOAMÉRICA (véase en el tomo «Festividades del Año Litúrgico», pág. 570). Santos Finano, obispo de Clonard, en Irlanda; Florentino, obispo de Bourges; Cuimín, obispo en Irlanda; *Valero, abad;* Hermógenes, Donato y veintidós compañeros, mártires; Epímaco, Alejandro y compañeros, mártires en Alejandría bajo Decio; Majencio, Constancio, Crescencio Justino y compañeros, mártires en Tréveris durante el imperio de Diocleciano; Conmemoración de los Santos Mártires cordobeses. Beatos **Calixto II, papa;** Jerónimo Ranucci, servita; Samuel de Etiopía, dominico. Santas *Dionisia, Mercuria y dos compañeras llamadas ambas Amonaria, mártires en Alejandría en tiempos del emperador Decio;* Bertoria, virgen; Emma, viuda. *Beata Leonor de Guzmán, abadesa.*


Gloriosísima mártir, flor de virginidad

DÍA 13 DE DICIEMBRE

SANTA LUCIA

VIRGEN Y MÁRTIR DE SIRACUSA (284-304)

ERA el año 59. Los albores del cristianismo ahuyentaban con sus fulgores las sombras del error pagano; San Pablo, que llegaba al término de sus viajes apostólicos, al ir de Malta a Roma pasó por Siracusa donde se quedó por espacio de tres días para anunciar el reino de Dios. No fué Siracusa la primera ciudad de Sicilia que se honró de haber tenido entre sus habitantes quien se viera adornado con la palma del martirio; precedióla Catania, patria de Santa Agueda, gloriosísima virgen que, en el año 251 y después de horroroso martirio por confesar la fe de Cristo, alcanzó la inmarcesible palma de los mártires.

Hacia el año 304, en una peregrinación a Catania, tuvo Lucía una revelación por la que conoció su vocación y cómo había de ser atormentada con la misma clase de tormentos con que lo fuera Santa Águeda, sobre cuya tumba estaba orando. Pero los designios de Dios son inescrutables a la humana ciencia; mientras Águeda había confesado su fe en medio de los más atroces tormentos, Lucía pasaría por los mismos suplicios sin sentirlos y sólo a la espada permitiría el Celestial Esposo separar de su tallo esta flor de virginal pureza.

El relato del martirio de Santa Lucía que ha llegado hasta nosotros y del que hemos entresacado esta biografía, no se halla completamente expurgado de interpolaciones, pero la trama del hecho es absolutamente cierta.

LA VIRGEN DE SIRACUSA

LUCÍA —cuyo nombre, en griego como en latín, significa *luz*— nació hacia el año 284, según la creencia general, de una familia cristiana que se contaba entre las más nobles y ricas de Sicilia. Tenía sólo cinco o seis años cuando perdió a su padre, el cual, a estar con algunos autores, era romano de elevada categoría y una de las personalidades más importantes del Estado. Su madre se llamaba Eutiquia, y era de origen griego.

La joven viuda, que sólo encontraba consuelo en el ángel puesto por el cielo en sus manos, empleó con verdadero ahinco, todo el cariño de madre para la conservación y perfeccionamiento de su hija. Como solía acontecer en la mayor parte de las familias de los primeros cristianos, conocía a fondo las Sagradas Escrituras, y de un modo especial el santo Evangelio. A estos conocimientos juntaba los de las ciencias profanas. Siempre había cuidado de fomentar en el alma de Lucía el amor a Dios y de incitarla a la práctica de las virtudes cristianas, mostrándole los bellos ejemplos de los santos y mártires que habían sostenido terribles combates para conquistar la gloria y felicidad del cielo. Entre los héroes de que su madre le hablaba, Lucía veía brillar de modo incomparable a la mártir Águeda, a la que contemplaba con arrobamiento por tratarse de una santa compatriota casi contemporánea suya, y cuya vida y martirio estaban constantemente en labios de los sicilianos de todos los lugares de la isla, tanto cristianos como paganos, numerosos en acudir a su tumba para experimentar los efectos admirables de su protección.

De natural dócil, piadosa y humilde, entregábase la niña totalmente a los encantos de la divina gracia y, atraída por ella, consagróse al divino esposo de las almas, Cristo Jesús, haciendo en lo más íntimo de su ser el voto de castidad que más adelante habría de defender con tanta constancia y valor.

PROYECTO DE MATRIMONIO

A pesar de sus solícitos cuidados, no logró Eutiquia descubrir los nobles propósitos de su hija, y, al llegar ésta a la edad de dieciséis años, preparóle un excelente partido que habría de darle una posición envidiable según el mundo, y un apellido de celebridad. Se trataba de un joven que, aun con ser pagano, poseía hermosas prendas naturales, y parecía digno de los delicados sentimientos de nuestra doncella.

Al recibir la noticia, llenóse Lucía de dolor; pero, como no quisiese manifestar por entonces sus propósitos, se contentó con alegar que era demasiado joven para pensar en matrimonios y que su mayor consuelo consistía en poder vivir feliz al lado de su madre. Aprovechó la circunstancia de que su pretendiente era pagano para eludir el compromiso, y puso de manifiesto los enormes peligros que correría su fe.

Los delicadísimos cuidados con que había atendido a la educación de su hija, la sólida instrucción que había procurado darle y la ceguera natural de las madres en cuanto se trata del bienestar material de sus hijos, hicieron que Eutiquia no diera gran importancia a las objeciones que al matrimonio presentaba su hija y siguió celosamente empeñada en estrechar las relaciones. Lucía, por respeto y sumisión a su madre, no quiso dar un no rotundo a tales propósitos, y contentóse con guardar silencio y buscar modos de dilatar día tras día la fecha del enlace matrimonial; mientras tanto, se entregaba por completo a la Divina Providencia, bien segura de que sería Ella la que acabaría por triunfar de aquellos obstáculos que entonces parecían insalvables.

PEREGRINACIÓN A CATANIA

UNA enfermedad, al parecer casual, fué el medio escogido por la Providencia para acudir en ayuda de su fiel sierva. Vióse Eutiquia atacada de un flujo de sangre y no hubo medio de encontrar médico capaz de atajar la terrible dolencia. Durante cuatro años seguidos fué la en- la en- ferma solícitamente atendida por su hija, la cual, con pretexto de cuidarla mejor, iba desentendiéndose de las relaciones contraídas y del proyecto de matrimonio. Por último, y como inspirada por el cielo, propuso Lucía a su madre una peregrinación al sepulcro de Santa Águeda, en donde tantos milagros se obraban, con la confianza de que allí obtendría la curación completa. Eutiquia, que anhelaba ardientemente la salud, cedió fácilmente a tales instancias. A pesar de que Catania dista de Siracusa unos 75 kilómetros, madre e hija partieron en los primeros días de febrero del año 301 ó 304 para llegar al término de su viaje el día de la fiesta de Santa Águeda —5 de dicho mes—.

Apenas llegadas, fueron a postrarse ante la tumba de la Santa, situada en la iglesia en el mismo lugar de su martirio. Como durante la celebración de la Misa oyeran la relación del milagro obrado por el Salvador en favor de la hemorroísa, dijo Lucía a su madre: «Si creéis en la verdad de lo que acaban de leer y en el valimiento de Santa Águeda ante el Señor por el que perdió su vida, acercaos confiada a su sepulcro y obtendréis la curación completa.»

Terminadas las ceremonias, acércanse reverentes a la tumba de la Santa

y piden a Dios, por medio de la insigne mártir, la repetición del milagro evangélico. De repente, cae Lucía en un sueño misterioso durante el cual ve a Santa Águeda encaminarse sonriente hacia ella, y oye que le dice:

—¿Por qué te empeñas, hermana mía, en pedirme una cosa que puedes obtener con la misma facilidad que yo? Tu fe ha salvado ya a tu madre; ya está curada; tú serás un día la gloria de Siracusa, como yo lo soy de Catania, porque tu corazón virginal es un templo agradable al Señor.

Desaparece la visión, despierta Lucía, y exclama temblando de dicha y emoción:

—¡Madre mía, madre mía; estáis curada!

Madre e hija se abrazan tiernamente, bendicen a Dios y dan gracias a su bienhechora por tan señalado favor. Después siguen piadosamente la vía dolorosa recorrida por la virgen mártir; Lucía, antes de alejarse de la tumba, en el colmo de la felicidad, se reclina suavemente en el seno de su madre y murmura:

—Madre mía, el cielo acaba de concedernos un insigne favor; permitidme a mi vez que yo solicite otro de vos, y es que no me habléis ya más de matrimonio, pues estoy consagrada en cuerpo y alma a Cristo y no deseo tener otro esposo sino a Él.

No le pareció posible a la madre oponerse a los santos propósitos de su hija y accedió sin dificultad a lo que solicitaba. Entonces añadió la casta doncella:

—Dejadme, pues, distribuir entre los pobres la dote que me tenéis preparada, y lo que me corresponde de la herencia de mi padre.

—De los bienes que tu padre me dejó al morir —respondió Eutiquia—, puedes disponer libremente; en cuanto a mi fortuna personal, espera a que Dios tenga a bien sacarme de este mundo; cuando me hayas cerrado los ojos, harás lo que gustes de cuanto tengo.

—¿Después de la muerte? —exclamó Lucía—; ¿qué sacrificio representa abandonar lo que ya no nos es posible retener por más tiempo?

LIMOSNAS Y SACRIFICIOS. — EGOÍSMO PAGANO

TAN pronto como llegó a Siracusa faltóle tiempo a Lucía para deshacerse de sus riquezas; vendiólo todo: joyas, bienes e inmensas posesiones y el importe íntegro fué distribuído inmediatamente entre las viudas, huérfanos e indigentes.

El prometido de Lucía, inquieto ante tanta prodigalidad, quiso indagar el motivo de aquel extraño proceder, y acudió a la nodriza de Lucía, la cual, muy ducha en las cosas de la vida, se contentó con responderle que la joven



MANDA *el malvado juez que la santa virgen Lucía sea llevada a un lugar de pública vergüenza. Multitud de mozos lascivos y carnales echan mano de ella; pero, por un milagro del Señor, ninguna fuerza de hombres, ni de bueyes que trajeron, fué bastante a moverla.*

obraba muy cuerdamente, pues, habiendo encontrado una joya de subidísimo precio, quería obtenerla por muchísimo menos de su valor, a cuyo fin no tenía más remedio que deshacerse de algunas otras joyas de menor valía.

La explicación tranquilizó por de pronto al joven; pero, como averiguase que todo era distribuído inmediatamente a los pobres, ciego de rabia al ver que se le escapaba de las manos una fortuna inmensa, denunció a Lucía como cristiana ante el presidente de Siracusa. Lo cual equivalía a entregarla a la muerte. No otra recompensa esperaba la santa virgen de sus buenas obras.

EL INTERROGATORIO

EL prefecto citó a la virgen ante su tribunal. El autor de la *Pasión de Santa Lucía* reconstituye el interrogatorio en términos que nos dan clara idea de cómo se desarrollaron las escenas del juicio y sentencia de la Santa. De siglo en siglo, han corrido por los labios de los cristianos las palabras pronunciadas entonces por Lucía, palabras que no cesan de estimular a las almas que aspiran a la perfección.

Pascasio quiere obligarla a sacrificar a los dioses.

—El verdadero y puro sacrificio a los ojos de Dios —responde Lucía— es visitar a las viudas y a los huérfanos para socorrerlos en sus tribulaciones, cosa que yo he practicado hasta ahora. Como ya nada me queda por dar, vengo a ofrecerme como hostia viviente al verdadero Dios en la esperanza de que Él querrá aceptarme en sacrificio.

—Podías contar esas cosas a los cristianos de tu secta; pero delante de mí, guardián de las leyes, son completamente inútiles tales discursos.

—Tú guardas las leyes de tus príncipes, y yo las de mi Dios. Tú temes a los emperadores de la tierra; yo sólo temo al del cielo. Tú deseas agradar a tu señor, y yo a mi Criador. Tú haces lo que piensas que te está bien, y yo hago lo que juzgo que me conviene.

—Ahora, después que has dilapidado tus bienes con gente de mal vivir, hablas como una cortesana cualquiera.

—Yo he puesto mi patrimonio en lugar seguro, y jamás se ha acercado a mí ningún corruptor de cuerpo ni de espíritu.

—Está bien; tan hermosas palabras terminarán en cuanto sientas el rigor de las varas.

—No es posible imponer silencio al Verbo de Dios.

—¿Eres acaso Dios?

—Soy la sierva de Dios, y Él es quien habla por mi boca, porque dijo: «No vosotros responderéis ante los tribunales, sino el Espíritu Santo, que hablará por vosotros.»

—¡Ah! ¿El Espíritu Santo está, pues, en ti y es Él quien nos habla con tan bellos discursos?

—El Apóstol dijo: «Los corazones puros son templos de Dios y el Espíritu Santo habita en ellos».

—Yo te conduciré a los lugares de perdición y ese Espíritu Santo a que te refieres abandonará tu cuerpo manchado por el vicio.

—Sólo se pierde la castidad y se ensucia el cuerpo con el consentimiento de la voluntad. Y si pusieses en mi mano incienso, y por fuerza me hicieses echarlo en el fuego para sacrificar a tus dioses, el Dios verdadero que lo ve no lo tomaría en cuenta.

—Obedece a las órdenes de los emperadores, o de lo contrario sucumbirás en una casa de vicio, con vergüenza e infamia.

—Jamás consentirá mi voluntad en el pecado. En cuanto a los tratos odiosos que os proponéis dar a mi cuerpo, sabed que os será imposible violar a la esposa de Cristo.

Para poner fin a estos discursos, Pascasio cortó en seco el interrogatorio y ordenó que condujesen a la virgen a una casa de perdición.

FUERZAS HUMANAS Y PODER DIVINO

ECHANLE mano los soldados para llevarla; pero quiso Dios que ninguna fuerza de hombres fuera poderosa como para moverla del lugar donde estaba. Turbado Pascasio, comienza a sospechar que allí interviene algún poder oculto, y recurre a la ciencia de los magos y de los sacerdotes de los ídolos. Éstos tratan de producir encantamientos alrededor de la valerosa cristiana; la bañan con agua infecta, para vencer los pretendidos secretos de la magia que constituye su fuerza. Pero todos los sortilegios fracasan. Uncen entonces varias yuntas de bueyes y átanlos al cuerpo de la heroína, pero ni aun así consiguen removerla del lugar.

Con ello encónase aun más el ánimo del verdugo, que siente la inutilidad de su poder frente a la delicada víctima.

—¿Qué maleficios empleas? —preguntóle despechado.

—No necesitó recurrir a maleficios —respondió la virgen—; los beneficios de Dios son mi poder.

—¿Cómo puedes tú, mujer vulgar, resistir la fuerza de tantos hombres?

—Más de diez mil que trajeras, oirían lo que el Espíritu de Dios me dice: Mil caerán a tu derecha y diez mil a tu izquierda».

La rabia ahogaba a Pascasio, el cual se mesaba los cabellos y gritaba desesperadamente.

—¿Por qué te congojas y atormentas? —díjole Lucía—; si conoces que

soy templo de Dios, cree, y, si aun no estás cierto de ello, no te faltarán pruebas hasta que lo conozcas.

Ante aquel desafío, perdió el cruel perseguidor toda clase de consideraciones y mandó que empapasen a la Santa en aceite, pez y resina y que le prendiesen fuego. Lucía, inmóvil en medio de las llamas, dijo entonces: «He rogado a mi Señor Jesucristo que este fuego no me dañe, y que dilate mi martirio para que los fieles se animen a mantenerse firmes en su fe y no teman los tormentos, y para que los infieles se confundan viendo lo poco que pueden contra los siervos del Altísimo».

Pascasio pudo convencerse de que el fuego respetaba el cuerpo virginal de su víctima. Entonces, uno de los satélites del prefecto atravesó con una espada el cuello de la mártir la cual cayó bañada en su sangre. Abandonáronla en seguida los verdugos y pudieron los cristianos acercarse a ella.

—Perseverad animosos en la fe —les dijo la santa mártir—; os anuncio el final de la persecución y la paz de la Iglesia. El castigo para los enemigos de Dios no tardará. Así como mi hermana Águeda es protectora de Catania, yo lo seré de Siracusa si sus habitantes quieren recibir la fe de Cristo.

Dícese que un sacerdote le llevó entonces la sagrada Eucaristía. Con tan precioso viático pudo emprender el camino hacia la gloria. Lucía entró en el cielo con la doble corona de virgen y mártir el día 13 de diciembre del año 304.

Las predicciones de Lucía se cumplieron al pie de la letra. Mucho tiempo hacía que Pascasio saqueaba la provincia de Sicilia, por lo que eran numerosas las quejas presentadas contra él ante el poder central. Acababa nuestra Santa de dar el último suspiro cuando llegaron los encargados de depurar responsabilidades. Habiéndosele hallado culpable del delito que se le atribuía, fué condenado a muerte.

La era del paganismo terminaba en el crimen y en la corrupción. Uno tras otro, los emperadores Diocleciano, Galerio y Maximiano, perecieron con muerte violenta o ignominiosa; y, pocos años más tarde, en el 312, Constantino alcanzaba la victoria del puente Milvio, victoria que aseguraba a la Iglesia una paz definitiva después de tres siglos de violentísima prueba.

RELIQUIAS DE SANTA LUCÍA. — CULTO A LA SANTA

EL cuerpo de Santa Lucía fué enterrado en el lugar de su martirio, en donde más tarde se levantó un oratorio. En la misma ciudad edificóse otra iglesia para depositar en ella los preciosos restos. Obráronse allí tantos prodigios que las reliquias de la Santa llegaron a ser objeto de conmovedora veneración, de modo que fué pronto aquél lugar de fervorosas e inacabables peregrinaciones.

Asegura el Breviario romano que sus restos fueron trasladados a Constantinopla y luego a Venecia; sin duda se trata de una parte de sus reliquias, pues la *Historia de los obispos de Metz* cuenta que, en el siglo VIII, Furoaldo, duque de Espoleto, se adueñó de Sicilia y mandó llevar el cuerpo de la Santa a Corfino, una de las ciudades de su ducado, a la que quiso enriquecer con estas reliquias. Se cree que al cuerpo le faltaban un brazo y la cabeza; la república de Venecia había obtenido el brazo en Constantinopla y la cabeza había sido transportada a Roma.

Grandes fueron los milagros obrados por Santa Lucía; se la invocaba de modo especial contra las enfermedades de los ojos, sin duda porque su nombre significa *luz;* de ahí el nombre de «agua de santa Lucía» dado a cierto remedio que se usa para combatir las dolencias de los ojos. Los fieles, con el polvo que recogían de los pilares que sostenían la urna, hacían una especie de barro que se ponían con plena confianza en los ojos. También se la invoca contra los males de garganta por su género de muerte, y contra la disentería, por el milagro de la curación de su madre.

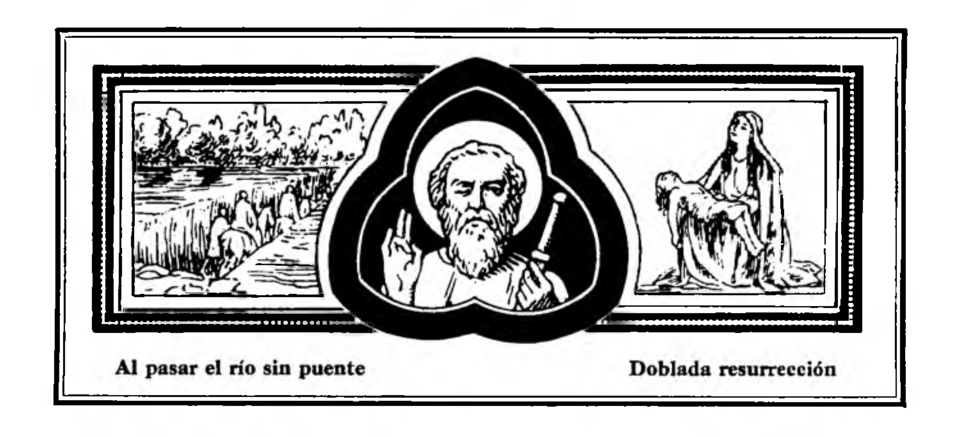
En Siracusa han quedado el velo, la túnica y las sandalias que llevaba la Santa en el momento del martirio. Estos objetos conservados en la iglesia de la Concepción, son expuestos a la veneración de los fieles en la fiesta de Santa Lucía durante tres días consecutivos. Los siracusanos conservan piadosamente el sepulcro de su patrona en una vasta cripta, próxima a la iglesia de Santa Lucía di Fuori.

El nombre de Santa Lucía está inscrito en el Canon de la Misa, después del de Santa Águeda. El sacramentario de San Gregorio tiene una Colecta propia de la fiesta. El antifonario del mismo papa contiene las antífonas que la Iglesia romana canta todavía hoy en honor de la Santa.

Represéntanla algunos artistas llevando los propios ojos en un platillo o bandeja. Atribúyenle así erróneamente una actitud que corresponde a cierto hecho referido en la vida de la Beata Lucía llamada *la Casta*.

SANTORAL

Santos Auberto, obispo de Cambray Ursicio, obispo de Cahors; *Eustracio, Ausencio, Eugenio, Mardario y Orestes, mártires en Armenia bajo Diocleciano;* Antíoco, mártir en Cerdeña; Aristón, mártir en Roma; Judoco, rey de Bretaña, confesor. Beatos Juan Chauvenau, dominico, mártir de los calvinistas *Gonzalo Sancio, penitente;* Juan Marimón, teatino; Bartolo, solitario. Santas **Lucía, virgen y mártir;** *Otilia,* Abra, hija de San Hilario obispo de Poitiers, virgen que a los diecisiete años subió al cielo en un rapto de amor divino; Vitalina, virgen; Isabel Rosa, abadesa. Beata Mencía, benedictina, en Portugal.



DIA 14 DE DICIEMBRE

SAN ESPIRIDION

OBISPO (270-344)

LA isla de Chipre, que aparece en medio del Mediterráneo oriental como inmenso buque anclado lejos de la ribera, hállase frente a la costa de Siria. Esta tierra, testigo antaño de desenfrenado libertinaje, pasó a ser patria de Santos desde que San Pablo plantó en ella la cruz y la regó San Bernabé con su propia sangre.

San Espiridión nacido allí por los años de 270, pasó la niñez guardando el rebaño de su padre. Siendo pastorcito empezó ya a obrar milagros. Unos ladrones que entraron cierta noche en su corraliza, halláronse de repente maniatados a la espalda, y completamente inmovilizados. Llegó Espiridión de madrugada, y, al verlos en aquella forma, preguntóles a qué habían venido; los ladrones confesaron sus malos propósitos. El pastorcito los amonestó con dulzura, desatóles las manos, y dejó que se fuesen.

El apacible natural de Espiridión inclinábale a la soledad. En ella hubiera deseado pasar su vida entera. Sin embargo, para obedecer a los deseos de sus padres, consintió en casarse. Su joven esposa, pobre como él, y como él virtuosa y sencilla, fué prenda de sosiego y felicidad en el hogar. Vivían en su casucha más dichosos que muchos reyes en sus palacios, no gozando de

otras alegrías que las que provenían de la perfecta unión de sus almas.

Su alegría se acrecentó cuando el Señor se dignó bendecir el nuevo hogar dándoles una hija, a la que pusieron en el bautismo el simbólico nombre de Irene, que significa «la paz».

Espiridión sembraba entretanto los milagros por doquier; de toda la isla acudió en breve muchísima gente a la choza del humilde pastor. Esta afluencia asustó al taumaturgo, el cual, de acuerdo con su esposa, tomó una resolución que a muchos parecería insensata y que la Iglesia autoriza todavía excepcionalmente: determinó retirarse a un monasterio. Su esposa, por no ser menos, sacrificó a Dios la felicidad doméstica, y entró con su hija en un convento de religiosas para consagrarse por entero al divino servicio.

FLORES DEL CARMELO. — EL EPISCOPADO

EN la cumbre del Carmelo había un santuario junto al cual habíanse agrupado unos cuantos religiosos. Solicitó Espiridión le admitiesen en su compañía, y el superior, inspirado de Dios, acogió gozoso al enviado del cielo que por espacio de ocho años había de embalsamar con sus virtudes la Orden que le recibía en su seno.

El Señor, que le destinaba al gobierno de su pueblo, preparóle a ello con la tonificante disciplina del claustro. Cierto día llegó al Carmelo una diputación de chipriotas, habitantes de Tremito o Tremitonte —hoy en día Trimitusia, en el distrito de Crisocu—, que venían a sacar al Santo de su retiro. Muerto el obispo, los fieles habían puesto las miradas en la santa montaña donde vivía retirado un hijo de aquella Iglesia.

El año 325 dejó el santo monje la soledad con mucha aflicción y lágrimas. Dió el postrer adiós a sus hermanos, cruzó otra vez el mar y volvió a Chipre, para ser pastor de almas donde antes apacentara el rebaño de su padre. Ya obispo, no quiso mudar en nada su manera de vida del monasterio, y aun siguió llevando debajo del palio episcopal el burdo hábito de los monjes.

CUAL OTRO ELÍAS

CUANDO el nuevo prelado llegó a Tremito, asolaba la comarca una pertinaz sequía y eran ya muchos los que habían perecido de hambre o de peste. Pero el pueblo fiel, que en medio de sus desgracias seguía confiando en el Señor, invocó el auxilio de su santo obispo. Espiridión, con- , con- movido ante el sufrimiento de sus hijos, oró por ellos, y logró del cielo abundante lluvia que volvió la fertilidad a los campos de Chipre, y con ella la alegría a todos los corazones.

Con frecuencia, empero, olvidan los hombres el mostrarse agradecidos. La indiferencia de los de Chipre pareció provocar la cólera del Señor pues otra vez castigó a la isla con la sequía. Algunos usureros quisieron tomar ocasión de la nueva desgracia para acrecentar su caudal y amontonaron en sus graneros las provisiones todas de la ciudad, con lo que se agravó más todavía la miseria. El santo prelado mostró otra vez que era verdadero padre del ingrato y olvidadizo pueblo.

Un pobre a quien no habían querido fiar un poco de pan, acudió a él.

—Dios castigará al culpable mañana mismo —dijo el Santo.

En efecto, a la noche siguiente, un torrente devastador echó al suelo la casa del avaro y llevóse de paso la mayor parte de sus provisiones.

EL VERDADERO VALOR DEL ORO

LOS castigos del cielo, a la vez que son saludable aviso para los buenos, suelen ser para los malvados motivo de obstinación en sus vicios y pecados. En la época de la siembra, fué un labrador a pedir al mismo usurero una cantidad de trigo que prometía pagarle después de la cosecha. El avaro respondió que él no daba ni un grano de trigo sin antes cobrarlo.

Acudió el labriego a Espiridión, abogado ordinario y paño de lágrimas de los pobres, y el obispo le entregó al punto una barra de oro macizo.

A vista del oro, vendióle el usurero cuanto trigo quiso comprarle; y aconteció que fué tan abundante la cosecha, que el buen labriego pudo vender trigo suficiente para las propias necesidades y desempeñar la barra. En cuanto la tuvo en su poder, corrió a devolverla a su bienhechor.

La leyenda del Santo trae aquí un milagro harto más maravilloso que el de una cosecha copiosísima. Deseoso de mostrar al labrador el verdadero valor del oro, metal tan codiciado de los hombres, llevóle el prelado a su huerto, tiró al suelo la barra de oro y mandóle volver a su primitiva forma. Al punto se trocó la barra en una serpiente que huyó a ocultarse.

CRUZA UN RÍO MILAGROSAMENTE

SUPO Espiridión que en una ciudad poco distante de Tremito, un amigo suyo, injustamente acusado de un delito, había sido condenado a muerte. No pudiendo sufrir que de esta suerte fuera pisoteada la inocencia, salió inmediatamente para aquella ciudad. Estaban entonces en lo más frío del invierno. Al llegar a orillas de un río, halló que el puente había sido arrastrado por las aguas.

Como no hubiera medio alguno para salir del paso, arrodillóse el santo

obispo y pidió al Cielo le socorriese en aquella necesidad, Vuelto luego de su oración, mandó a la corriente que se detuviera; y a su voz, como a la de un nuevo Moisés, dividiéronse las aguas dejando en el cauce un camino enjuto por el que pudieron pasar el prelado y cuantos venían con él.

La fama de este milagro extendióse rápidamente y llenó de admiración a todos los de la ciudad.

No bien hubo llegado Espiridión al término de aquel viaje, dirigióse a los jueces; y éstos, tras un nuevo examen de la causa, hallaron haberse equivocado en su determinación y dieron inmediata libertad al inocente.

AUREOLA DE MÁRTIR. — ESPIRIDIÓN EN ESPAÑA

EN medio de aquellos triunfos reservaba el Señor a su siervo muy duras pruebas. Maximiano Galerio, cuyos hombros acababa de cubrir Diocleciano con la púrpura imperial, recibió encargo de gobernar parte del imperio romano. En el pecho de aquel monstruo hervía odio infernal contra el nombre de Cristo, por lo que también él intentó dar en tierra con la Iglesia católica.

La sangre de los mártires inundó nuevamente los anfiteatros y llenaban los caminos filas interminables de cristianos mutilados, condenados a morir en el fondo de las minas o en los trabajos de las obras públicas. A Espiridión le tocó la suerte de estos últimos.

Llegados a Tremito los emisarios de Galerio, invadieron la casa episcopal y llevaron ante el juez al virtuoso prelado. También hubo de comparecer ante un gobernador especial enviado a la isla. Espiridión mostróse ante ellos firme y valeroso. Viéndole tan esforzado, el gobernador, que tenía poder para atormentar como quisiese a los acusados traídos a su tribunal, mandó que le arrancasen el ojo derecho y le desjarretasen la pierna izquierda. Mutilado de manera tan cruel, embarcáronle en un navío que hacía vela con rumbo a España con algunos condenados más.

El gobierno de Roma, dueño de las minas de plata españolas —famosas ya en tiempo de los Macabeos—, hacíalas explotar por medio de los sentenciados. De esta manera, al mismo tiempo que cumplían su castigo, trabajaban para el Estado que los condenaba. Y fueron muchos los cristianos que hubieron de sufrir aquella dura e injusta ley.

Allí fué conducido Espiridión. Por espacio de ocho años trabajó en compañía de esclavos y criminales, para extraer la plata que los emperadores gastaban en sus fiestas y desórdenes. Había en las minas muchos otros cristianos; Espiridión fué el ángel enviado por el Señor para consolar a aquellos valerosos confesores y sostener su fortaleza en tan largo martirio.



UN *labrador a quien San Espiridión había prestado una barra de oro, corre a devolverla no bien la hubo rescatado. El Santo hace oración a Dios y suplícale convierta aquel oro en lo que era antes. Escucha el cielo su plegaria y conviértese la barra en una serpiente.*

EN EL CONCILIO DE NICEA. — UNA CONVERSIÓN

Cuando el triunfo de Constantino devolvió la paz a la Iglesia y la libertad a los cristianos encarcelados, dejó nuestro Santo las minas de España y embarcó para Chipre, anheloso de ver en qué paraba su desdichada Iglesia. Los fieles salieron en tropel a recibirle, y entre aclamaciones y jubilosos himnos le acompañaron hasta la iglesia.

«Conviene saber —dice el hagiógrafo— que las lámparas destinadas a alumbrar a los fieles estaban a punto de apagarse; faltaba aceite y no lo hallaban en la isla. Pero entrar el Santo en la iglesia y llenarse las lámparas de aceite fué todo uno».

La Iglesia, que había salido triunfante de la sangrienta lucha con los perseguidores, iba a entrar en otro género de combates. El papa San Silverio quiso acabar de una vez con el peligro provocado por la herejía arriana y, de acuerdo con el emperador Constantino, convocó a los obispos a un Concilio ecuménico que debía celebrarse en Nicea por los días del mes de junio del año 325.

Juntáronse trescientos prelados venidos de todos los confines del orbe cristiano. Aquellos varones venerables salidos en su mayor parte de las cárceles y de los tormentos de los perseguidores, y coronados de virtudes más que de años, querían defender con su voz la divinidad de Cristo, a quien habían ya confesado con inquebrantable energía ante los verdugos. Espiridión acudió también al Concilio.

Frente a los gloriosos confesores de la fe católica, el arrianismo agrupó a su vez sus más aguerridas huestes. El mismo Arrio llamó a Nicea a muchos sofistas, algunos de los cuales eran paganos, para mantener el fervor de los suyos o, al menos, para promover ruido y alboroto. Acudieron los tales filósofos sólo para darse el gusto de argumentar contra unos ancianos a los que ellos consideraban ajenos al arte del silogismo y a las especulaciones de la metafísica.

Uno de ellos se gloriaba ante los Padres del Concilio, de poder reducir al silencio a quien intentara sostener delante de él la divinidad de Cristo. Espiridión aceptó el reto. Los Padres temieron por un momento, porque el anciano, además de ser poco entendido en la lengua griega, nunca había estudiado la dialéctica. Pero su aprensión desapareció pronto: sabían que el obispo de Tremito era varón apostólico, y no dudaban de que él, como antes los Apóstoles, confundiría a la ciencia humana con la virtud de la cruz.

—Ni Jesucristo ni los Apóstoles —dijo Espiridión— nos enseñaron la dialéctica ni las vanas argucias de la palabra; nos enseñaron la verdad que se conserva con la fe y las buenas obras.

El sofista, extrañado, guardaba silencio.

—Filósofo, en nombre de Jesucristo atiéndeme —añadió el anciano con tono de apóstol y de profeta inspirado.

—Habla —repuso el retor—; ya te escucho.

Entonces, en breves palabras hizo Espiridión profesión de fe católica y acabó diciendo:

—Eso es sencillamente lo que creemos. Acaba ya de buscar inútiles explicaciones; los misterios no se escudriñan, se creen. Y ahora, ¡oh filósofo!, en nombre de Jesucristo mi Dios, te conjuro que me contestes: ¿Crees cuanto acabo de decir?

El filósofo permaneció un instante como anonadado por una visión divina. Vuelto en sí del espanto, exclamó: «Creo», y en un buen rato sólo pudo repetir la misma exclamación: «Creo, creo».

Finalmente, cuando ya sosegado pudo explicar la repentina transformación que acababa de experimentar, añadió:

—Mientras me combatieron con la fuerza del raciocinio, me defendí con la fuerza de mi arte. Pero desde que han opuesto a mis sutilezas la sencillez de la divina palabra, no me avergüenzo de confesarme vencido; a cuantos me oyen les aconsejo que crean en Jesucristo y sigan la doctrina de este anciano que, aun hablando como los demás hombres, pronunció, sin embargo, palabras divinas.

—Si así es —añadió el Santo—, vente después conmigo y te bautizaré.

Siguióle el filósofo a la iglesia y fué bautizado. El Martirologio romano menciona esta notable conversión.

A más de los milagros aquí referidos, el biógrafo atribuye muchos otros a la intervención del Santo, justificando con ello su título de Taumaturgo. Sólo traeremos algunos aunque sin pretender resolver sobre su autenticidad. Por otra parte, el Martirologio señala explícitamente que este santo obispo fué «célebre por el don de profecía y el de milagros».

LA PERLA PERDIDA

HALLÁNDOSE el santo prelado en Nicea, luchando en favor de la consubstancialidad del Verbo, visitóle la adversidad: su hija Irene había pasado a gozar del eterno descanso. Cuando volvió a su diócesis, vino a verle una mujer llorando a lágrima viva; díjole que había prestado a la difunta una perla preciosa, y que Irene había muerto sin decirle dónde la dejaba. Espiridión mandó que la buscasen, pero fué en balde.

Confiado en el poder divino fuése con la muchísima gente que le acompañó al sepulcro de su hija y le preguntó:

—Irene, hija mía, ¿dónde dejaste la perla que te prestó esta mujer?

La muchacha respondió y dijo el lugar en donde estaba.

—Duerme ahora, hija mía —repuso el prelado—, y descansa en paz hasta el día en que Nuestro Señor te resucite para la vida eterna.

Con asombro de los testigos, apareció la perla en el sitio señalado.

VERDADEROS MÉDICOS. — SECRETO DE HACER MILAGROS

AL morir Constantino, el año 337, sus tres hijos Constantino el Joven, Constante y Constancio se repartieron el imperio. A Constancio le cupo el Oriente y fijó su residencia en Antioquía, a orillas del Orontes. Sobrevínole al poco tiempo recia calentura que al cabo de unos días le llevó a las puertas del sepulcro; desahuciado por los médicos, acudió el emperador a la oración; sus súplicas iban a ser oídas. A la noche siguiente mientras veía en sueños una magna asamblea de obispos, apareciósele un ángel y le señaló a dos de ellos.

—Mira —le dijo—, éstos son los únicos médicos que pueden curarte.

Pero el ángel no le reveló ni el nombre ni la Iglesia de los dos prelados.

En cuanto hubo amanecido, Constancio dió orden de hacer venir a los obispos que gozaban de mayor fama de santidad; entre ellos le trajeron a Espiridión, a quien Dios revelara la visión del emperador. El santo anciano había embarcado sin pérdida de tiempo para Antioquía con su discípulo Trifilo.

Constancio reconocióle al punto por uno de los obispos que el ángel le había señalado, y, a pesar de sus grandísimos dolores, arrodillóse para recibirlo. Acercóse Espiridión, extendió las manos sobre la cabeza del emperador y éste se levantó curado.

Mostró Constancio su alegría y agradecimiento dando al Santo grandes cantidades de dinero; pero, aun no había salido de palacio cuando ya todo estaba en manos de los pobres.

—No me sorprende —dijo Constancio al saberlo— que un hombre que así menosprecia los bienes terrenos obre tan extraordinarios milagros.

En efecto, observa San Juan Crisóstomo, Jesucristo no dió a los Apóstoles el poder de obrar milagros sino cuando hubieron hecho voto de pobreza.

Al salir Espiridión de palacio, presentósele una pobre mujer que llevaba en brazos a su hijo muerto. No hablaba, pero harto daban a entender sus lágrimas lo que deseaba. El Santo tomó el cadáver, lo bendijo y devolviólo resucitado a su madre.

Tan intensa fué la alegría de la buena mujer, que cayó muerta a los pies del obispo como herida por un rayo; otra vez oró el Santo, y Nuestro Señor otorgó la vida a la madre como antes se la diera al hijo.

El siervo de Dios, bueno y blando para con todos, también sabía encenderse en santa ira cuando se trataba de la honra de Dios, como lo demuestra este rasgo. Cierto día en que llegaba a Eritrea tras largo y penoso viaje, acompañáronle a la iglesia al son de himnos y salmos. Un diácono dotado de hermosísima voz cantaba con excesivo énfasis en medio del pueblo que le oía admirado. Enojóse el obispo con aquel escándalo, y dijo al diácono: «Cállate»; y quedó mudo el cantor. Los fieles suplicaron al prelado que suspendiese tan terrible castigo. El Santo convino en ello, «pero puesto que has empleado mal el talento que Dios te había prestado —dijo al diácono—, quedarás tartamudo toda tu vida».

MUERTE DE ESPIRIDIÓN

NO se sabe a ciencia cierta en qué año murió nuestro Santo; se cree generalmente que fué el de 344. Sin embargo, San Atanasio trae el nombre del obispo de Tremito entre los Padres del Concilio de Sárdica, celebrado el año 347, en el que volvieron a juntarse más de trescientos prelados procedentes de Oriente y Occidente, para anatematizar por segunda vez la doctrina de Arrio.

Al volver a Tremito cayó enfermo y murió pocos días después.

Cuando las grandes invasiones musulmanas, su sagrado cuerpo fué trasladado a la isla de Corcira —hoy día Corfú, la más septentrional de las islas Jónicas—. Allí descansa todavía y sigue siendo muy venerado de los fieles. San Espiridión es llamado «el obispo protector de Corfú».

El Martirologio romano menciona su nombre el 14 de diciembre, y los calendarios del rito sirio puro y grecorruteno lo hacen el 12 del mismo mes.

SANTORAL

Santos **Espiridión, obispo;** *Nicasio, obispo de Reims,* y Diógenes de Arrás, mártires; *Fortunato, obispo de Poitiers y famoso escritor eclesiástico;* Folquino, obispo de Terouane; Viator, de Bérgamo, Pompeyo, de Pavía, y Lupicino, de Viena, en Francia; Samuel y Agnelo, abades; Justo y Abundio, mártires en tiempos de Numeriano; Promo, Elías y Arés, mártires en Ascalón (Palestina); Herón, Arsenio, Isidoro y Dióscoro, niño, mártires en Alejandría durante la persecución de Decio, Druso, Zósimo y Teodoro, mártires en Antioquía; Luciano y compañeros, mártires en Trípoli; Matroniano, ermitaño. Beatos *Buenaventura Bonacorsi, servita;* Juan Descalzo, franciscano; Juan de Paniagua, cisterciense. Santas Drosida, virgen, martirizada en Antioquía; Aspedia, mártir; y Eutropia, virgen.



Castísima y humilde doncella

DÍA 15 DE DICIEMBRE

SANTA CRISTINA

VIRGEN, APÓSTOL DE GEORGIA († 330)

HACIA la extremidad oriental del mar Negro, y entre la cordillera del Cáucaso y el macizo del monte Ararat, extiéndese la fertilísima región de Georgia, conocida también por el antiguo nombre de Iberia, cuya capital es Tiflis. Para conquistarla había empleado Roma sus más aguerridos ejércitos y mejores generales; pero fueron vanos cuantos esfuerzos realizó, pues apenas si al cabo de muchos años consiguió imponer a sus reyes un ligero tributo. En cambio, cuando el Señor quiso llevar la fe a esos valientes, bastóle una tierna doncella, tímida y candorosa virgen conocida por el nombre de Nina, Cristina o Cristiana, para cumplir entre ellos los planes de su amorosa Providencia.

Gustaríanos poseer documentos sobre las hermosísimas e interesantes circunstancias que sin duda debieron de acompañar los primeros años de esta virgen de Iberia; pero, desgraciadamente, todos ellos se han extraviado en el correr de los dieciséis siglos que de su vida mortal nos separan, y lo poco que a nosotros ha llegado reviste carácter legendario y de poca autenticidad. Las viejas tradiciones de Georgia dicen que fué de sangre real y pariente de San Gregorio, apóstol de Armenia, y otra tradición afirma que fué de

raza grecorromana y aún latina; lo único que consta de un modo positivo, es que floreció en tiempo de Diocleciano y de Constantino el Grande.

Mucho se ha discutido también acerca del modo y época de su traslado a Georgia. Cree Rohrbacher que fué llevada cautiva en una de las incursiones de los georgianos a los dominios de Roma. Cuentan, sin embargo, algunas tradiciones orientales que ella misma se refugió en Georgia para sustraerse a las persecuciones de Tirídates, rey de Armenia; y que, no obstante ser de estirpe regia, no vaciló en acomodarse como criada de la dama que le dió hospitalidad. Refiérenos esta misma tradición que, antes de entrar en Georgia, había llevado vida religiosa en compañía de Santa Rípsima y de Santa Gayana, vírgenes y mártires, objeto de gran veneración entre los armenios. Habíanse retirado éstas a tierras de Armenia durante la terrible persecución de Diocleciano; pero no les duró mucho tiempo la paz que habían creído hallar, porque las alcanzó en su retiro la no menos terrible saña de Tirídates, y en medio de los suplicios más atroces habían encontrado la palma del martirio. Este mismo príncipe, convertido más tarde por San Gregorio el Iluminador, fué el primero en rendir público homenaje al recuerdo de sus víctimas, erigiendo en su honor una suntuosa capilla en la catedral de Echmiadzin.

Todavía se conservan detalladas Actas referentes a Santa Rípsima y sus compañeras, aunque muy retocadas y adornadas por la fantasía oriental; a modo de piadosa e interesante leyenda publicamos aquí un resumen, aunque sin responder de la veracidad histórica de sus pormenores.

SANTA RÍPSIMA Y SUS COMPAÑERAS

RÍPSIMA, doncella de ilustre linaje, para conservarse más fiel a Jesucristo, su verdadero y único esposo, vivía apartada de la sociedad y oculta en una quinta o villa sita en las cercanías de Roma. Hay quien pone la quinta —con más visos de realidad, a nuestro entender— cerca de la ciudad de Éfeso. Compartían con ella la soledad sus amigas de infancia, y entre ellas es citada Nina como un modelo de dulzura y humildad, llevada esta última al extremo de silenciar, no sólo su linaje, sino su nombre, pues sólo era conocida con el título de *doncella cristiana,* y de esta calificación nació el sobrenombre con que es generalmente conocida. Como el Apóstol, había ocultado su vida en Cristo, y el nombre de Cristo llegó a ser el suyo y con él fué más conocida que con el propio.

Gayana era la directora de esta fervorosa comunidad.

Pasaban los días dedicadas a ejercicios de caridad y penitencia, aromatizados con el balsámico perfume de la piedad. Sirvióse el demonio del

poder imperial para deshacerse de aquella pacífica mansión, donde con ta asiduidad y fervor era servido el Criador de cielos y tierra. Encendió el corazón del príncipe una de esas pasiones que ciegan hasta la misma natural de la razón y convierten a sus víctimas en befa y ludibrio de t el pueblo. Diocleciano, como en otro tiempo Asuero —cuenta el narra asiático—, quiso escoger por esposa a la más hermosa mujer de sus do nios, y gran número de pintores fueron por las distintas regiones con encargo de retratar a las jóvenes más bellas.

Cierto día en que uno de aquellos artistas volvía entristecido y animado por la inutilidad de sus esfuerzos, llamó a la puerta de una qui hacia la que veía encaminarse alegre y confiada multitud de mendi Abrióle la puerta Rípsima; al ver el pintor su radiante belleza, quedó co pasmado y exclamó: «¡Cómo es posible que a las puertas de la capital h yo encontrado lo que fuí a buscar a los confines de la tierra!». Rípsima cu plió diligentemente los deberes de la caridad cristiana, y mientras, fué delineando, con sumo disimulo, los rasgos de su esbelta figura. Loco de c tento, corre al palacio imperial. Diocleciano sintióse conmovido ante se jante beldad. «Ésta —dice— es la única mujer digna de compartir conm el trono», y al instante envió heraldos por todos los confines de su imp para proclamar su próximo enlace. No tardaron en presentarse mensaje para anunciar a la virgen solitaria el alto honor que le esperaba, y ofrec con mil parabienes los primeros regalos de boda de su futuro esposo. A tan inesperada noticia quedóse ella profundamente apenada. Temió, y sin motivo, la imposibilidad humana en que iba a hallarse de rehuir el samiento. Para evitar el inminente peligro que la amenazaba, aconsej Gayana que huyera inmediatamente de aquella casa para ella tan queri Las hermanas de Rípsima quisieron compartir los peligros que iba a co su compañera, y, aprovechando la oscuridad de la noche, embarcáro todas, en número de treinta y tres, en un navío que surcaba el Mediterrá rumbo a Egipto. Y mientras Diocleciano salía en su persecución por me de sus emisarios, el barco, impelido por la mano de Dios, arribaba felizme a Alejandría. Las intrépidas navegantes pasaron de Egipto a Judea y manecieron algún tiempo en Jerusalén regando con dulces lágrimas de g aquellos lugares santificados por la vida y pasión de nuestro adorable dentor. Un día, mientras adoraban la cuna del Señor en Belén, aparecióse la Santísima Virgen y les indicó el camino que debían proseguir. «Id a tier de Armenia —les dice—, allí os espera mi Hijo». Fieles a la orden del ci pusiéronse en camino las santas vírgenes y, tras largas y rudas jornad llegaron a Wagarschapat (Villanueva), ciudad perteneciente a la provin de Ararat. En ella fijaron su residencia y escogieron por casa uno de los merosos graneros abandonados. Con el trabajo de sus manos sacaban

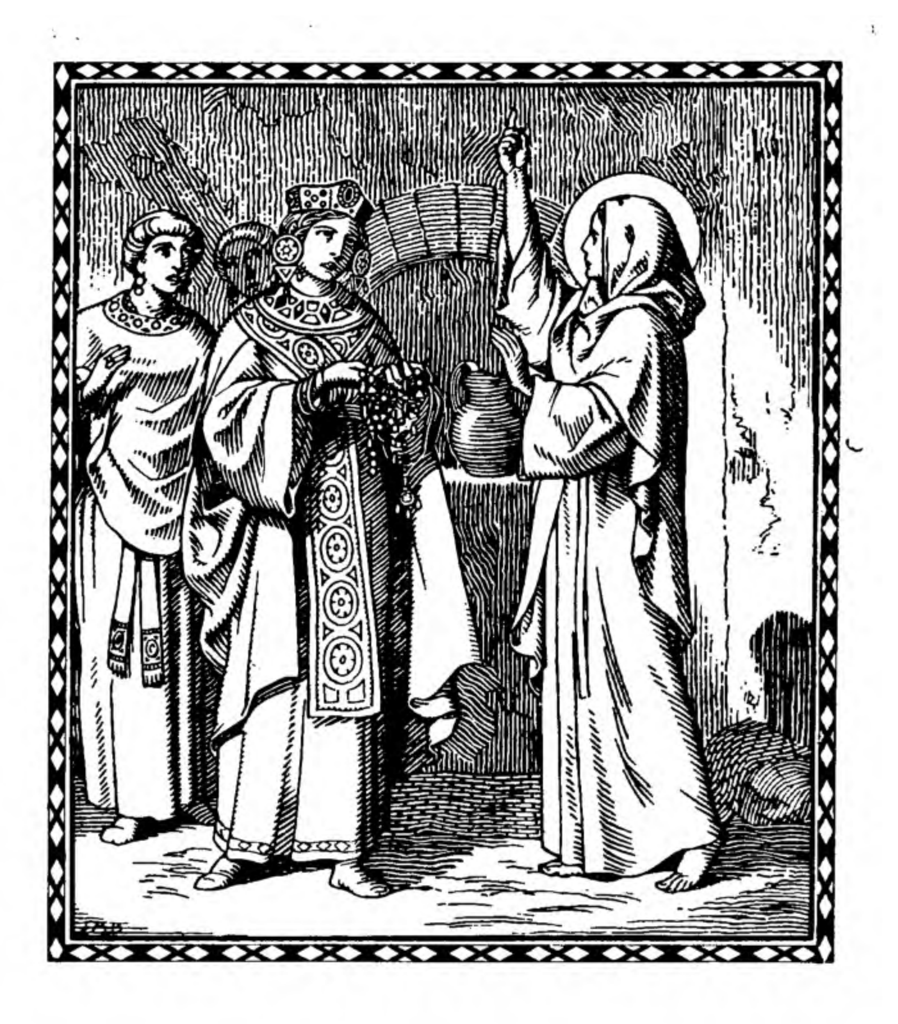
suficiente para su manutención en aquella asperísima vida que llevaban. El resto del tiempo dedicábanlo casi todo a la oración.

Entretanto, Diocleciano, cada vez más enloquecido por la pasión que hacia la joven Rípsima sentía, no cesaba de buscarla por todas partes y, habiendo removido, por decirlo así, todas las piedras de su imperio, acabó por descubrir el lugar de su retiro, por lo cual, sin pérdida de tiempo escribió a Tirídates III, rey de Armenia, lo que sigue:

«Tenía yo puestos mis ojos en la doncella más hermosa de mi reino, para hacer de ella mi esposa; pero los cristianos me la han arrebatado y la tienen oculta en vuestros Estados. Haced que os la entreguen y enviádmela a Roma, a menos que prefiráis tomarla por compañera». No hacía falta tanto para excitar la pasión de aquel bárbaro príncipe. Mandó inmediatamente emisarios que recorrieran todos los rincones de Armenia, hasta dar con el refugio de la fugitiva. Así que la encontraron, corrieron ellos a dar cuenta al rey de su hallazgo, manifestándole que la belleza de Rípsima excedía a toda ponderación.

Tirídates envió entonces una fuerte escolta de soldados para que custodiasen la casa donde residían las santas vírgenes, y encargó al oficial que mandaba la tropa rogase a Rípsima se trasladara a palacio, donde la esperaba para unirse a ella en bodas magníficas. La santa doncella respondió a esta proposición con una rotunda negativa; y, retirándose con sus compañeras al oratorio común, suplicaron todas al Señor para que acudiera en su auxilio. Aprestábanse ya los soldados a usar la violencia cuando de repente cubrióse el cielo de negros nubarrones y, al tiempo que estallaba el trueno, oyóse una voz que clamaba de lo alto: «Tened valor y fe, que yo estoy con vosotras; os libraré de la infamia de vuestros enemigos y entraréis sin mancha en el reino de los cielos que os tengo preparado». Helados de espanto, los soldados permanecieron aterrados y como clavados en el suelo. Algunos diéronse precipitadamente a la fuga y fueron a comunicar lo que habían presenciado. Tirídates se rió de sus temores y obligóles a volver a la granja en busca de Rípsima. Obedecieron y Dios se compadeció de ellos permitiéndoles que se apoderasen de la santa virgen, a la que condujeron a palacio sin que Rípsima experimentase el más leve temor; tan grande era su confianza en las promesas del cielo.

A la vista de Rípsima, experimentó Tirídates una alegría extraordinaria, y la invitó con dulces palabras a que aceptase su trono y su mano; mas en vista del desdén con que la santa doncella acogía sus proposiciones matrimoniales, tornóse furor aquella dulzura y trató de lanzarse sobre ella para maltratarla, pero una fuerza sobrenatural armó el brazo de Rípsima la cual rechazó lejos de sí al tirano. Renunció éste entonces a emplear la fuerza para conseguir sus torpes deseos; llamó a Gayana y le ordenó persuadiese a



LA reina de Georgia se despoja de sus joyas para ofrecérselas a Santa Cristina, pero ella le responde: «Sólo a Dios, mi Señor, habéis de agradecer el beneficio obtenido. Renunciad para siempre al culto de los ídolos; haceos bautizar y vivid de ahora en adelante según la ley de Cristo.»

su compañera a corresponderle. Pero Gayana, animada por la virtud de lo alto, cantó en su presencia las excelencias de la virginidad y la brillante corona que está reservada en el cielo a las vírgenes. Loco de rabia, mandó el rey a sus sicarios que le rompiesen los dientes, suplicio que no impidió a la santa doncella repetir las palabras que tan fuera de sí habían puesto a Tirídates, hasta que logró por su constancia la corona del martirio.

Volvió el rey a interrogar a Rípsima; y, en vista de su fracaso, sólo pensó en vengarse de los desprecios y de la derrota que acababa de sufrir. La furiosa pasión convirtióse en el odio más profundo; ordenó a los crueles sayones abrieran la garganta de la virgen y por aquella abertura le arrancasen de cuajo la lengua; que aplicasen teas encendidas sobre sus delicadas carnes y luego le arrancasen las entrañas; y como vieran los verdugos que aun respiraba, por orden del tirano le sacaron los ojos.

Apenas se enteraron las demás doncellas cristianas de los terribles tormentos de Gayana y Rípsima, corrieron a recoger sus despojos; mas no lo permitió el cruel tirano, sino que dió orden de que fuesen tratadas de la misma manera. Algunas pudieron huir; una de ellas era Nina.

APÓSTOL DE LOS GEORGIANOS.—UNA CURACIÓN MILAGROSA

A partir de estos episodios que acabamos de relatar, ofrece ya la vida de Nina visos de más autenticidad, por lo mismo que es más conocida. La escribió Rufino. a fines del siglo IV, en el tomo primero de su *Historia Eclesiástica*.

La fidelísima Cristina huyó apresuradamente atravesando caminos y lugares desconocidos, y teniendo al mismo Dios por guía. Llevaba ya muchos días de andar, cuando llegó a la capital de Georgia, reino limítrofe de Armenia. Allí, para poder entregarse a la vida de retiro, oración y penitencia a que su vocación la llamaba, vendióse como esclava, o —al decir de otros autores— dejóse reducir a servidumbre.

Fuera una u otra la forma de su esclavitud, es un hecho, en el que concuerdan los autores, que se entregó a las más austeras penitencias, hasta el extremo de no tener en la estancia que le servía de albergue otro lecho que una estera de palma tendida sobre el desnudo suelo. A este mísero aposento se retiraba después de terminadas las faenas de la casa, para orar, disciplinarse e implorar las bendiciones de Dios sobre aquella tierra. Los bárbaros que la rodeaban, no salían de su admiración al ver la pureza de vida, sobriedad, sencillez y afabilidad con que realizaba todos sus actos y la perfecta fidelidad con que servía a sus dueños, por lo que le preguntaron la razón de su conducta. «Así es como sirvo a Cristo, mi Dios y Señor» —les respon-

dió—. No comprendieron los georgianos lo que les quería decir con aquella respuesta; pero su veneración a la Santa fué en aumento.

Era costumbre en Georgia llevar a los niños enfermos de casa en casa, para que cada madre de familia examinara la enfermedad del paciente e indicara el remedio que le pareciera oportuno. Siguiendo esta costumbre, cierta mujer, cuyo hijo iba a morir de una dolencia desconocida, comenzó a recorrer las moradas de sus vecinas sin que ninguna diera con el remedio necesario para salvar la vida del pobre niño. De este modo llegó a la casa de Nina. Ésta le respondió: «Yo no conozco remedio humano alguno, pero Jesucristo, mi Dios, con su omnipotencia puede devolver instantáneamente la salud a los enfermos». Y al momento tomó al niño agonizante, lo acostó sobre su esterilla e invocó por él a Cristo Jesús al tiempo que lo cubría con su cilicio. Instantes después sonreía el infante, fresco y sonrosado, en brazos de su madre, que loca de alegría recorría las casas de las vecinas y las calles pregonando la curación milagrosa y las virtudes de nuestra Santa.

CURACIÓN DE LA REINA DE GEORGIA. — CONVERSIÓN DE LOS REYES DE GEORGIA

LA noticia de aquel milagro causó extraordinario revuelo en la ciudad y atrajo sobre Nina la atención del pueblo. Todos se apresuraban a rodearle con mil consideraciones y a encomendarle los propios males con la seguridad de ser eficazmente atendidos por ella. La reina de Georgia, en el lecho del dolor desde hacía muchos años a causa de una dolencia incurable, mandó llamar a la Santa. Rogó ésta al Señor que le devolviese la salud, y la reina quedó instantáneamente curada. Llena de gratitud, quiso luego despojarse de sus joyas para hacer donación de ellas a su bienhechora, pero Nina las rechazó diciendo: «Sólo a Dios, mi Señor, debéis agradecer el beneficio obtenido. Yo no sabría qué hacer de esas riquezas; pero, si queréis darme un gran contento, renunciad al culto de los ídolos para adorar y servir desde hoy al único Dios verdadero. Haceos bautizar y vivid según la ley de Jesucristo».

Muy poco después, presentóse la reina llena de salud al monarca, su esposo. «¿Cómo recompensaremos —exclamó éste— a la mujer que te ha salvado? —Ha rechazado mis dones —respondió la reina— y sólo pide de nosotros que abracemos su fe y adoremos a Jesucristo». El rey prometió hacerlo así; pero siempre difería para más adelante el cumplimiento de su promesa, mientras Nina, desde su retiro, rogaba a Dios, que había obrado cosas tan extraordinarias por sus manos, no se limitara a la salvación de los cuerpos, sino que salvara las almas de los georgianos.

Cierta mañana partió el rey para una gran cacería, acompañado de lucido séquito. Proponíase entrar en los bosques donde, por no haber la mano del hombre trazado camino alguno, reinaban libremente las bestias más feroces. Caía del cielo una niebla húmeda; pero se esperaba que el sol viniera pronto a iluminar el campo.

La impaciencia impetuosa del rey no le permitió aguardar aquel momento, y, sin darse cuenta del peligro en que se metía, lanzó su caballo a todo galope para perseguir una alimaña que huía ante él. Cuando quiso detenerse, vió que estaba solo en un matorral espeso, lejos de su séquito y sin saber a qué punto encaminarse. La bruma era cada vez más espesa y la tenue claridad del día acabó por extinguirse; antes de que pudiera salir de aquella espesura, vióse rodeado de multitud de fieras.

En tan apurada situación, acudió a su memoria el nombre de Nina y con él la promesa que había hecho de convertirse al verdadero Dios, por lo que lleno de angustia exclamó: «Si logro escapar de este peligro, prometo no entrar en mi palacio sino para hacerme bautizar». En aquel mismo punto el sol logró rasgar la espesa niebla, huyeron las fieras y el rey pudo hallar una senda para reunirse a sus servidores.

Fiel esta vez a su promesa, hizo llamar a nuestra Santa para que le instruyera al mismo tiempo que a la reina en la doctrina de Jesucristo. Cuando ambos esposos estuvieron preparados para recibir el bautismo no quisieron ingresar solos en el seno de la Iglesia católica; y el rey convocó a sus súbditos para darles cuenta de los milagros que el Dios de los cristianos había hecho para librarle a él de las fieras y para curar a la reina. «Ese Dios Todopoderoso y lleno de misericordia —les dijo— es el solo Dios verdadero, y por esto nosotros, vuestros jefes, queremos consagrarnos a su servicio, y dejamos a los vanos ídolos que hasta aquí hemos adorado. Seguid nuestro ejemplo y haceos también cristianos». Una aclamación general acogió las palabras del monarca, que se ocupó desde aquel momento en instruir a los hombres en la religión cristiana, mientras Nina y la reina hacían lo mismo con las mujeres. Cuando todos estuvieron dispuestos, recibieron el bautismo.

CONSTRUCCIÓN DE UNA IGLESIA.—MUERTE DE SANTA NINA

ESTE nuevo rebaño de Jesucristo carecía de pastores. Nina aconsejó al rey enviase una embajada a Constantino el Grande, que a la sazón tenía su corte en Bizancio, para pedirle designara a varios obispos y sacerdotes que se trasladasen a Georgia dispuestos a guiar a sus habitantes por el camino de la salvación. Poco tiempo después regresaron los mensajeros acompañados de algunos prelados y presbíteros, que se repartieron entre

Georgia y Armenia, donde la sangre que habían derramado Rípsima, Gayana y sus demás compañeras comenzaba a dar abundantes frutos. Los persas y los etíopes no tardaron en pedir a su vez misioneros, y en breve espacio de tiempo, bajo los pechos de aquellos hombres de aspecto feroz y poco cultivado entendimiento latían corazones sinceramente cristianos.

Nina, entretanto, en la capital de Georgia, persuadía a sus catecúmenos a levantar un suntuoso templo en honor del Dios verdadero. Con el ardimiento que presta la fe, comenzaron las obras, que después continuaron con gran rapidez. Para dar mayor suntuosidad a la edificación, pusiéronse en juego todas las riquezas del reino; faltaba sólo colocar una enorme columna granítica para rematar el edificio; pero cuantos esfuerzos se hicieran resultaron inútiles, pues no había medio de moverla del suelo. Durante un día entero, hombres y animales trabajaron inútilmente con dicho objeto. Llegada la noche, púsose Nina en oración para que el Señor se dignara deshacer el maleficio satánico que retenía a la columna adherida al suelo.

Al día siguiente presentóse nuestra Santa en el lugar donde se proseguía la obra suspendida el día anterior, y poniéndose de rodillas, invocó de nuevo al Señor y rogóle removiese el obstáculo que hacía estériles los esfuerzos de los trabajadores. Vióse interrumpida en su plegaria por las aclamaciones del pueblo entero que, con gran admiración, había observado cómo a medida que la Santa oraba, la columna se había ido levantando por sí sola hasta colocarse en el sitio que le estaba destinado. Cuando los obispos y sacerdotes llegaron de Bizancio, ya estaba acabada la iglesia, y procedieron a su solemne consagración. Quedaba así sellada la alianza de Dios con el nuevo pueblo cristiano.

Nina vivió todavía largo tiempo pobre, austera y humilde en medio de los que había convertido a la fe de Jesucristo. En el año 330, llena de merecimientos, y entre los sollozos y súplicas de sus fervorosos admiradores, dejó este mundo y subió a gozar de la gloria que había despreciado en la tierra. El Martirologio romano conmemora su fiesta el 15 de diciembre.

SANTORAL

Santos *Valeriano, obispo de Albenza;* Florencio y Mesmín, abades; *Sánctulo, presbítero;* Ireneo, Antonio, Teodoro, Saturnino, Víctor y diecisiete compañeros, mártires en Roma durante el gobierno de Valeriano; Faustino, Lucio, Cándido, Celiano, Marcos, Jenaro y Fortunato, mártires en África; Eleuterio, mártir durante la persecución de Adriano; Maximino, confesor; Pablo de Latre, ermitaño. Beatos Adalberón, obispo de Metz; Juan Deschaux, presbítero. Santas **Cristina o Nina** y *Silvia, vírgenes;* Matrosa, mártir.



El emperador Constancio — Mártir de Cristo

DIA 16 DE DICIEMBRE

SAN EUSEBIO

OBISPO Y MÁRTIR (286?-371)

EN tiempos de San Atanasio, invencible defensor de la divinidad de Jesucristo contra los herejes arrianos, la Providencia suscitó también para consuelo de la Iglesia al célebre obispo de Verceli, San Eusebio. Este nombre que significa «piadoso» lo recibió —según algunos autores— en el bautismo que le administró el papa San Eusebio. Los que tal afirman fijan su nacimiento en el año 286, pero otros opinan que el mencionado Pontífice había muerto ya (308) cuando vino al mundo el futuro obispo de Verceli, cuya fecha de nacimiento ponen hacia el 315. De su existencia sólo dos fechas son ciertas: la de 328, en que fué enviado a desempeñar una misión en Egipto, y la de 371, en que Eusebio falleció siendo ya de edad muy avanzada.

Había nacido en Cerdeña. Desde pequeñito, Restituta, su madre, encaminóle por la senda del bien y encendió en su corazón la lumbre de la cristiana piedad. La historia de su vida calla cuanto hizo antes de los veinticinco años, pero cuando uno ha mamado con la leche el pan sustancial de la divina palabra, es de suponer que haya conseguido vigor y fortaleza para despreciar el mundo y vivir según Dios.

Pocos años contaba Eusebio cuando tuvo el sentimiento de perder a su noble y virtuoso padre. Consolóle de tan terrible golpe lo que había aprendido en el regazo materno, a saber, que en el mundo tenía dos padres: el autor de su vida corporal y el Papa, padre común de todos los cristianos. Partió, pues, hacia Roma acompañado de su madre y ambos fueron a echarse a los pies del sucesor de San Pedro; Eusebio experimentó suma alegría en tal ocasión.

En aquella época surgían de todas partes herejes que intentaban desgarrar la túnica inconsútil del Divino Maestro introduciendo cismas en la Iglesia. Eusebio, que no podía comprender que un hijo se levantara contra su madre, aprestóse a la defensa de la mística esposa de Jesucristo consagrándose asiduamente al estudio y a la oración, y llevando una vida tan pura que, más que hombre, parecía un ángel inflamado en el amor divino. Como se verá más adelante, dió asombrosa fecundidad a su apostolado la pureza virginal que guardó siempre intacta. Nuestro Señor se dignó librarle, sin que él lo advirtiera, de las persecuciones de una mujer de mala vida.

Estudió con asiduidad y aprovechamiento las artes liberales y las Sagradas Letras, y luego San Silvestre I le confirió los sagrados órdenes, excepto el sacerdocio. Pronto fué la admiración de los fieles de Roma aquel clérigo de virtud consumada que con tan extraordinaria devoción ayudaba en las sagradas ceremonias, hacía de lector y anunciaba la divina palabra con el canto del Evangelio. Prendados de su exquisita y amable santidad, escuchábanle todos como a un oráculo y le veneraban como a escogido del Señor.

EL PRIMER OBISPO DE VERCELI

SAN Marcos, sucesor de San Silvestre, prendado de la virtud y extraordinaria sabiduría del piadoso clérigo confirióle el sacerdocio en 339; la muerte impidió al santo Pontífice ver realizadas las esperanzas que en su diácono había fundado. Estaba reservado al pontífice San Julio I ser testigo de las tareas apostólicas de Eusebio.

Ya por aquel tiempo empezaba a sonar el nombre de Arrio, que más tarde había de ser pronunciado con estremecimientos de horror. El infame heresiarca iba propagando sus abominables doctrinas entre las gentes amigas de novedades peligrosas. Arrio profería a la faz del orbe que Jesús no era Dios. La herejía se propagó como un incendio y Verceli, ciudad del Piamonte, era presa de la furia de los herejes. Tratábase por tanto de poner dique al torrente devastador por medio de un varón verdaderamente apostólico que contuviera y destruyera error tan pernicioso. El sumo Pontífice designó a Eusebio para la difícil misión.

Los cristianos de Verceli fieles a sus creencias conocieron muy luego la santidad del enviado pontificio, desearon tenerlo por obispo y así se lo pidieron al Papa. Su solicitud fué acogida benignamente y, en 15 de diciembre de 340, la entonces populosa ciudad piamontesa lo aclamaba por Pastor. Eusebio se sentía con ánimos para el combate. Conocedores sus adversarios del ardor que le caracterizaba, cerráronle las puertas de la iglesia principal, pero Dios desbarató sus planes y las puertas se abrieron al impulso de una mano invisible y el santo Prelado entró en el templo sin que hombres ni demonios pudieran impedírselo. Era su primera victoria contra los disidentes.

UN SEMINARIO MODELO

LA conducta del nuevo obispo demostró con cuánta razón se le había juzgado apto para gobernar aquella afligida iglesia. Habíase propuesto como único fin, el cumplimiento de la voluntad de Dios y, conocida ésta, nada ni dadie era capaz de hacerle retroceder. Llegó a tal grado de santidad que los ángeles le cercaban mientras celebraba el Santo Sacrificio y acompañábanle con suavísimas armonías. El agua con que se purificaba después de la sagrada Comunión, sirvió muchas veces, según afirman sus contemporáneos, para curar toda suerte de enfermedades.

Eusebio, inspirado por lo que había visto en Egipto cuando fuera delegado allá en 328, fundó en su propio palacio episcopal un seminario para jóvenes clérigos cuya piedad y santa vida le eran manifiestas. Dios bendijo aquella obra y no tardaron sus discípulos en ocupar sillas episcopales. En Occidente fué el primero que hermanó la vida monástica con la clerical, ejemplo que inspiró a San Agustín la regla por la que durante tantos siglos se han hecho célebres multitud de comunidades apostólicas.

Los discípulos de Eusebio, aunque vivían en Verceli, llevaban vida tan retirada como la de los monjes del desierto. Las oraciones del santo obispo y de sus clérigos atraían numerosas vocaciones, y los sacerdotes de la población se decidieron a imitarlos de suerte que, sin dejar de velar con solicitud por las almas confiadas a su ministerio, vivían en comunidad y eran dechados de virtudes religiosas y apostólicas. San Ambrosio, admirador de Eusebio y de su seminario, escribía:

«Es admirable ver cómo en su Iglesia ha hecho monjes a los que hiciera clérigos y de qué manera ha sabido aunar el ejercicio de las funciones sacerdotales con las observancias de la vida religiosa, de modo que en unos mismos hombres se pueden contemplar a la vez la abnegación monástica y el celo del ministerio; los dormitorios de este cenobio os harían pensar en las instituciones orientales, y, considerando la devoción de estos clérigos, creeríais

contemplar a miembros de la Orden angélica. Es una milicia celestial y evangélica ocupada día y noche en cantar las alabanzas del Señor, para apaciguar su cólera e implorar su misericordia sobre los hombres».

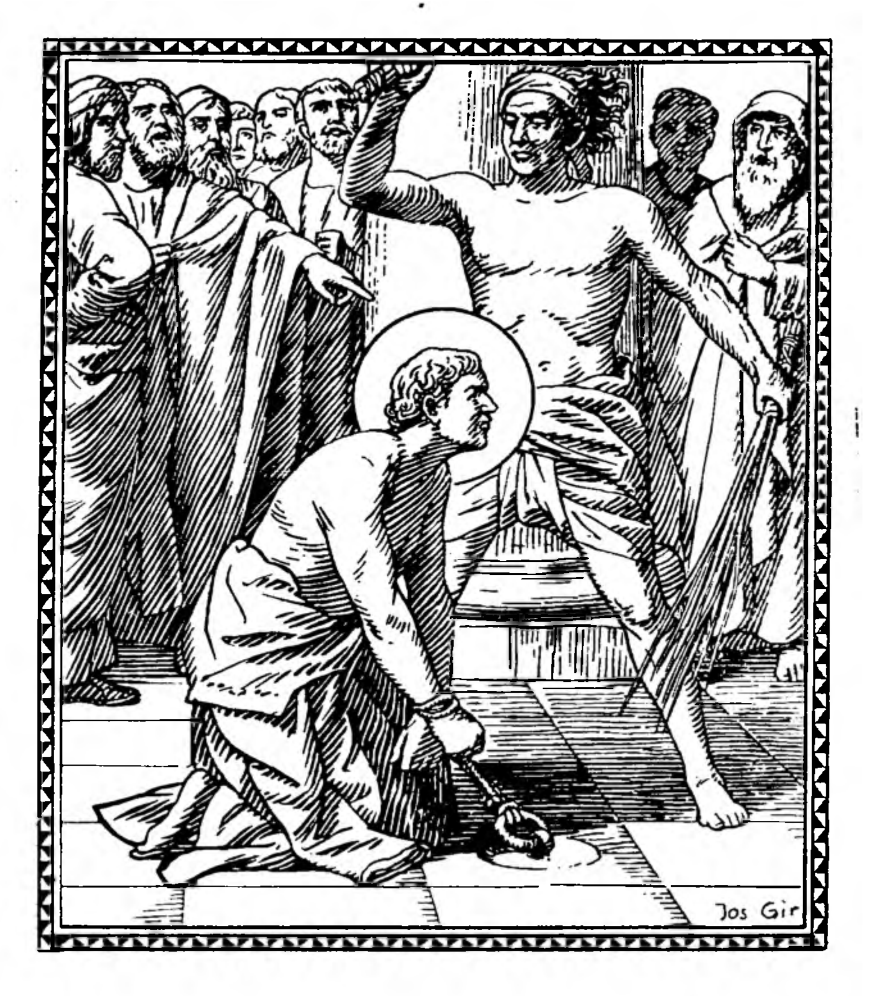
LEGADO EN LAS GALIAS. — CONCILIO DE MILÁN

CON esta vida de recogimiento y oración preparábase nuestro Santo a los combates en que muy pronto había de entrar en defensa de la fe católica. Llegó el año 354. Ocupaba el trono pontificio el papa Liberio. So pretexto de impugnar al gran Atanasio, combatíase la doctrina de la Iglesia por toda clase de sectarios, en vista de lo cual Liberio envió legados a las Galias, a fin de obtener del emperador Constancio favor para reunir un Concilio en Milán; y, conocedor del celo del obispo de Verceli, escribióle para que se juntase con Lucifer, obispo de Cagliari, y con Pancracio e Hilario, diáconos de la Iglesia de Roma.

Llegados a las Galias, acudieron los comisionados a entrevistarse con el emperador, que a la sazón se hallaba en Arlés, y expusiéronle puntualmente los deseos del Sumo Pontífice.

Recibiólos Constancio amablemente y les concedió cuanto pedían. Los arrianos, temerosos de que pudieran peligrar los intereses de su secta por el alcance de aquellas concesiones, dieron en halagar al emperador a fin de ganarlo para su causa. En su inicuo afán, no titubearon en rebajarse hasta el punto de darle los títulos de eterno y señor del mundo, ellos que precisamente negaban a Cristo el de su divinidad.

Celebróse al año siguiente el Concilio de Milán, en el que por desgracia dominaron los arrianos y el emperador. Las tropas custodiaban las puertas del edificio en provecho de los que pensaban como ellos. El obispo de Verceli se dió cuenta del ningún fruto que habría de resultar de aquella asamblea y se negó al principio a asistir; mas luego, a instancias de los demás legados del Papa y del mismo emperador, acabó por ceder. Los herejes llevaban bien concertado su plan de ataque, pero Eusebio no se dejó sorprender. «Haré cuanto queráis —dijo a sus adversarios—; pero, ante todo, deseo saber cuál es vuestra fe. He aquí el Símbolo de Nicea: si no lo suscribís, me retiro». El obispo de Milán accedió en seguida a su demanda, pero Valente de Murso le arrebató de las manos el pergamino y la pluma con que se disponía a firmar, y levantó precipitadamente la sesión. El emperador reunió entonces la asamblea en su palacio. Presidióla en persona; mas, aunque empleó toda clase de astucias para vencer la firmeza de Eusebio y de los otros legados, no se dejaron éstos seducir. Furioso Constancio ante este fracaso, entrególos a los herejes.



SAN *Eusebio, desterrado en Escitópolis, de Frigia, tiene que soportar continuas flagelaciones y malos tratos. En medio de sus tormentos el Santo mantiénese animoso y no cesa de bendecir al Divino Maestro crucificado. Como los Apóstoles, regocíjase de poder sufrir algo por su causa.*

DESTIERRO DE EUSEBIO

EUSEBIO, después de ser maltratado y azotado, vióse desterrado a Escitópolis de Frigia; pero aun en medio de los tormentos, no cesó de bendecir al divino Maestro; y, como los Apóstoles, se regocijaba al poder sufrir algo por su causa. Soportó el destierro —dice el Breviario— como una carga de su ministerio.

Un cristiano, llamado José, le hospedó en su casa, adonde fueron a visitarle San Epifanio y varios clérigos. Súpolo Petrófilo, obispo de la ciudad y uno de los más terribles jefes arrianos, y mandó prender al noble perseguido. Los verdugos que le apresaron tratáronle cruelmente y le encerraron en un aposento tan bajo que no se podía estar de pie en él. Para ver si le rendían, maltratábanle de continuo. Le arrastraron medio desnudo por el suelo, le hicieron bajar cabeza abajo una altísima escalera y le molieron a golpes; nunca dejó oír una palabra de queja.

Imaginó Petrófilo que quizá doblegaría a Eusebio convidándole a sentarse a su propia mesa, pero el santo desterrado rehusó la hipócrita invitación y prefirió estarse varios días sin probar alimento alguno. Por entonces envió al indigno obispo un acta de protesta con esta dedicatoria: «Eusebio, siervo de Dios, y los demás siervos que padecen conmigo por la fe, a Petrófilo, el carcelero, y a los suyos». Después de relatar brevemente sus padecimientos y de afirmar una vez más la divinidad de Jesucristo, declara a Petrófilo y a sus cómplices que no tomará alimento alguno mientras no le prometan por escrito que dejarán a sus hermanos que le visiten y le lleven lo necesario. «Si no —añade—, seréis culpables de mi muerte, y toda la Iglesia sabrá lo que los arrianos hacéis padecer a los católicos... Te conjuro, a ti que lees esta carta, por el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, que no la destruyas, sino que la des a leer a los demás».

Después de haber pasado cuatro días sin tomar ninguna clase de alimento, logró el santo obispo de Verceli volver a su alojamiento, al que fué acompañado por el pueblo, que iluminó con antorchas su casa; pero los arrianos, no contentos con lo que le habían hecho sufrir durante su prisión, volvieron al cabo de un mes a su morada, y, después de azotarle con varas, sepultáronle de nuevo en un estrechísimo calabozo juntamente con un sacerdote llamado Tegrín.

El lugar de su destierro fué cambiado con frecuencia, y tan pronto era conducido a Capadocia como llevado a Egipto, sin que en todas las penalidades que sus enemigos le hicieron sufrir se doliese de otra cosa que de tener huérfana a su diócesis. Para suplir su ausencia, comunicábase frecuentemente con ella por medio de cartas, las cuales hacía a veces extensivas a

todas las iglesias de Italia, y por las que exhortaba a los fieles a permanecer firmes en medio de las contradicciones que les suscitaba la herejía.

Al fin, tras tormentos inauditos, soportados con inalterable paciencia y santa alegría, el obispo de Verceli recobró la libertad; pues, habiendo muerto Constancio, Juliano el Apóstata, sucesor de aquél, levantó el destierro (361) a todos los obispos que lo padecían, a reserva de perseguir a la Iglesia usando de medios menos violentos, aunque con hipocresía aún mayor.

VISITA LAS IGLESIAS DE ORIENTE Y VUELVE A SU CIUDAD EPISCOPAL

LOS crueles y bárbaros sufrimientos que soportó el obispo de Verceli, no pudieron abatir su esforzado ánimo. Al contrario, su alma se sentía aún más vigorosa y más dispuesta a los grandes combates; su amor a la Iglesia era más ardiente, y su celo de las almas mayor que nunca. Antes de regresar a su diócesis, fué Eusebio a encender de nuevo, en las iglesias de Oriente, la antorcha de la fe apagada por las herejías. Visitó en primer lugar Alejandría, donde tuvo la dicha de abrazar al gran San Atanasio; concertado con él, reunió un Concilio en aquella ciudad el año 362. La docta asamblea le encargó que recorriera las principales ciudades de Oriente para volver al seno de la Iglesia a todos los que de ella se habían apartado por temor a las persecuciones. Recorrió, pues, el Oriente promulgando a su paso las misericordiosas providencias del Concilio alejandrino para con los obispos semiarrianos. El resultado que obtuvo en su santa misión fué extraordinario, pues su palabra persuasiva, fecundada por la divina gracia, atraía a sí los corazones, y no se pasó mucho tiempo sin que aquellas ovejas descarriadas retornaran contritas al redil del Buen Pastor.

El biógrafo de San Basilio nos describe como sigue este período de la vida de San Eusebio de Verceli:

«Sabemos por Teodoreto que este ilustre y generoso prelado, al ver la mayor parte de las iglesias faltas de pastores, se vestía de soldado y recorría con aquel disfraz Siria, Fenicia y Palestina, en donde ordenaba sacerdotes, diáconos y demás ministros; y, si se encontraba con obispos católicos, se concertaba con ellos a fin de designar prelados para las iglesias que no los tenían, en lo cual consultaba más la soberana ley de la caridad que las reglas de detalle de la Iglesia. Y aunque donde ordenaba era jurisdicción de San Melecio, hacíalo con toda libertad en vista de la necesidad y sin pretender usurpar los derechos del obispo desterrado, quien, a su regreso, ratificaría seguramente lo que el celo y el amor de Dios y del prójimo habían inspirado a Eusebio en su ausencia.»

También Italia había padecido bajo el poder del arrianismo y era necesario libertarla. Aunque agotado por la persecución y los trabajos apostólicos, el celoso confesor de la fe dirigióse con nuevo ardor hacia el glorioso campo de batalla. Antes había ido a postrarse a los pies del Sumo Pontífice para darle cuenta de su misión. El Papa, satisfecho, otorgóle su bendición, y Eusebio encaminóse nuevamente a Verceli.

Cuando el pueblo supo que llegaba, salió a su encuentro y le recibió con entusiasmo indescriptible. En poco tiempo, y a fuerza de lágrimas, oraciones, ayunos, vigilias, mansedumbre e incansable energía, consiguió el Santo volver a su redil las ovejas extraviadas e infundió en sus diocesanos un intenso amor a Nuestro Señor tan inicuamente ultrajado por los herejes.

ÚLTIMOS AÑOS Y SANTA MUERTE

EL primer cuidado de Eusebio, una vez vuelto a su ciudad episcopal, fué reanudar la vida monástica con sus discípulos. Luego hizo edificar una iglesia en honor de San Teonesto, mártir, iglesia que erigió en catedral. Mas esto no bastaba a su infatigable actividad de apóstol. Tradujo al latín, purgándolos de ciertos errores, los Comentarios de Orígenes sobre los Salmos, y lo mismo hizo con los escritos de Eusebio de Cesarea. Mereció por todo ello que San Jerónimo lo colocara en el número de los escritores más célebres de la Santa Iglesia. Ferrario, obispo de Verceli, hablando más tarde de su glorioso predecesor, decía:

«Eusebio, defensor de la fe católica, custodio fiel de su grey, protector de los errantes, padre de huérfanos y pobres, sostén celoso de viudas y huésped de peregrinos, hízose todo a todos y condujo a Cristo muchas almas».

Existen dos versiones respecto al fin de Eusebio de Verceli. Según la primera de ellas, el siervo de Dios tuvo revelación del cielo de su próxima muerte y del martirio que iba a coronar su carrera. Lleno de alegría, dió efusivas gracias al Señor y esperó la hora de la recompensa en el recogimiento y la oración. El obispo intruso de Milán, llamado Auxencio, promovió en aquella época una sedición y ordenó a sus secuaces los arrianos que hiciesen desaparecer a toda costa al obispo de Verceli, su implacable adversario. Sin más tardanza, encamináronse los herejes al palacio episcopal, apoderáronse del heroico anciano, lo arrastraron por las calles y, finalmente, lo apedrearon hasta dejarlo exánime.

A estar con la segunda versión, hoy día más aceptada, Eusebio, en 369, habíase trasladado a Milán para sostener controversia con el hereje Auxencio, protegido de Valentiniano I, pero un edicto imperial mandó expulsarlo de dicha ciudad y tuvo que volver a Verceli, donde, venerado por los fieles,

entregó su alma a Dios el 1.° de agosto de 371. La primera versión parece más conforme con el título de mártir que la Iglesia da a San Eusebio, pero también sabemos que la Iglesia confiere este título a otros *confesores* de Cristo que padecieron por la fe sin hallar la muerte en el tormento.

LA CORONA DE SAN EUSEBIO. — CULTO DEL SANTO

CUANDO murió San Eusebio, algunos discípulos suyos gozaban ya de la visión de Dios; más tarde acudieron a recibir el premio eterno muchos otros discípulos del Santo que habían de formar en torno suyo una corona de gloria. Entre éstos se contarían San Dionisio, obispo y mártir, de Milán; San Limenio y San Honorato, obispos de Verceli, y San Gaudencio, obispo de Novara.

De San Ambrosio se conservan dos sermones sobre la fiesta de San Eusebio; pruébase en ellos que, apenas muerto, fué ya venerado como santo.

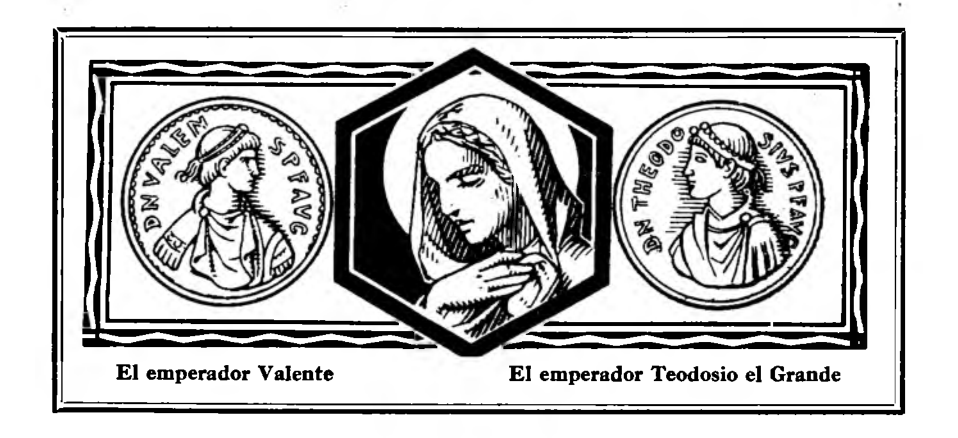
Dicha fiesta celebróse en un principio el 1.° de agosto, su *dies natalis;* pero Clemente VII, a fin de dejar la citada fecha libre para los Santos Macabeos, trasladó la conmemoración al 15 de diciembre, día en que San Eusebio fué consagrado obispo.

Cuando Benedicto XIII, en 1728, señaló octava a la fiesta de la Inmaculada Concepción, trasladó la fiesta de San Eusebio al 16 de diciembre, con rito semidoble. Finalmente, Pío XI, en 1924, la elevó a rito doble para Italia.

En el tesoro de la catedral de Verceli se halla un manuscrito de los Evangelios que se cree obra de mano de nuestro santo obispo. Se invoca a San Eusebio contra las posesiones diabólicas y contra los incendios, sobre todo desde que Gregorio Turonense refirió haber salido ileso él mismo por intercesión del santo obispo, de uno que amenazaba destruir su casa.

SANTORAL

Santos **Eusebio, obispo y mártir;** Modesto, patriarca de Jerusalén; Adelberto, arzobispo de Magdeburgo; Adón o Adonís, arzobispo de Viena, en Francia; Beano, obispo de Aberdona, en Irlanda; Irenión, obispo de Gaza; Hildemaro, obispo de Beauvais, Melecio, de Espoleto, y Rubiano, de Como; *Ananías, Azarías y Misael, mártires; Valentín, general romano, su hijo Concordio, y Nadal y Agrícola, mártires bajo Maximiano; Valentín de Aquitania, mártir poco después de la muerte de Valeriano;* Flavito y Berikerto, solitarios; Evrardo, confesor. Beatos Helinvardo, obispo de Minden, y Sebastián Magi, dominico. Santas Adelaida y Teófana, emperatrices; Albina, martirizada en Campania en tiempo de Decio; Tértula, Antonia, Romana y Piala, vírgenes y mártires. Hónrase hoy a las Santas Vírgenes Africanas, religiosas agustinas martirizadas por el cruel Genserico.



El emperador Valente

El emperador Teodosio el Grande

DÍA 17 DE DICIEMBRE

SANTA OLIMPIA

VIUDA (hacia 368-410)

NINGUNA biografía antigua queda de esta ilustre viuda; empero su vida es históricamente conocida por autores contemporáneos suyos. San Juan Crisóstomo le dirigió al menos diecisiete de sus numerosas epístolas, y Paladio, en la historia del santo Doctor, la menciona frecuentemente.

Nació Olimpia en Constantinopla, hacia 368, imperando el arriano Valente, en ocasión en que dicho príncipe desencadenaba sobre el Oriente una espantosa persecución.

Su padre, el conde Anicio, desempeñaba en la corte un cargo importante; su madre estaba emparentada con Arsacio el Grande, rey de Armenia. Confiáronla, de joven, a Geodosia, hermana de San Anfiloquio, apóstol de Licaonia, «ángel y paladín de la verdad», en expresión de San Gregorio Nacianceno.

La piadosa preceptora la inició en el amor de Jesucristo depositando en su tierno corazón el germen de las virtudes que más tarde habían de crecer y embalsamar la Iglesia de Constantinopla.

Aquella martirizada Iglesia hubo de soportar a los obispos heréticos Eusebio de Nicomedia, Macedonio y Eudoxio, después de haber visto a su pastor

legítimo, Pablo, emprender el camino del destierro. En 370 murió Eudoxio, y Valente le sustituyó por Demófilo de Berea, «el más cruel fautor de la perfidia arriana», dice el Concilio de Aquileya. En tal estado se encontraba aquella infortunada cristiandad cuando los fieles de Bizancio se llegaron, en 379, a San Gregorio Nacianceno, obispo dimisionario de Sasima y Nacianzo, para rogarle que consolara a aquel rebaño sin pastor. Le encontraron en Seleucia de Isauria, donde vivía retirado desde la muerte de su padre, una vez que su sede quedó provista. Resistíase él a aceptar; mas, rindióse al fin ante las súplicas de San Basilio, moribundo, y de sus amigos.

No bien llegado a Constantinopla y haciendo caso omiso de la persecución incesante de los herejes, emprendió animosamente su labor. Tuvo su primera iglesia en la propia morada. Porque, decía: «Así como Jebús trocó su nombre por el de Jerusalén, y Silo se llamó más tarde Belén, yo di una denominación nueva y profética a mi casa y la llamé *Anastasia* —esto es, *Resurrección*—, porque en su recinto había de revivir la fe de Constantinopla».

Anicio y su familia fueron los primeros en frecuentarla. El alto cargo y gran prestigio de que gozaba en el imperio hacían de él uno de los principales sostenes de la renaciente Iglesia.

La joven patricia Olimpia aprendió en aquella escuela el amor a los menesterosos, que constituiría el carácter dominante de su vida. Desde pequeñita gustábale ministrar a los necesitados que se acercaban al palacio paterno; por eso los pobres volvían con duplicado contento, pues a la abundante limosna, unía la Santa, con afabilidad exquisita, el consuelo espiritual.

AMISTAD DE ANICIO Y DE SAN GREGORIO NACIANCENO

EN una de sus cartas da cuenta San Gregorio de la gran amistad que había entre él y Anicio. El santo prelado sorprendió en la hija del conde tan poderosa inteligencia y cualidades tan excelentes, que quiso perfeccionar personalmente su instrucción religiosa. Olimpia fué testigo ocular de las persecuciones movidas por los arrianos contra el santo obispo. Vió cómo irrumpían en la Anastasia, desde donde la elocuencia arrebatadora de Gregorio se expandía por toda Constantinopla; oyó amenazas de muerte contra el predicador de la verdad, y admiró la tenacidad y perseverancia del Santo, de todo lo cual sacó ella espiritual provecho y aprendió a mostrar gran firmeza en las adversidades. También presenció los jubilosos días del triunfo de la fe, cuando, tras diez años de pruebas, en 380, llegó a Constantinopla el vencedor de los godos, Teodosio el Grande, y luego de deponer al falso pastor Demófilo, acompañó a San Gregorio a la patriarcal basílica de los Doce Apóstoles.

Pero semejante alegría iba a durar poco. Un año después, San Gregorio, que en el concilio ecuménico de Constantinopla se cubriera de gloria, vióse envuelto en las acusaciones de sus enemigos, los cuales le echaban en cara el haber preferido la sede constantinopolitana a la de Sasima. Por amor a la paz, Gregorio creyóse obligado, no obstante los ruegos de algunos conciliares y el voto unánime de su pueblo, a presentar la dimisión y retirarse.

MATRIMONIO Y VIUDEZ DE OLIMPIA. — PRUEBAS

A los 18 años, Olimpia fué dada en matrimonio a Nebridio, intendente de los señoríos del emperador Teodosio. Anicio tuvo la delicada atención de invitar al obispo ausente por medio de un mensajero; el santo viejo, desde su lejano retiro, contestó con una carta que empezaba así: «Gregorio, enfermo, a su fiel Anicio, que goza de buena salud». Luego excusaba su asistencia diciendo que no era fácil ni decente para un goloso como él acudir a un banquete nupcial.

Adjunto envió a la recién casada un epistolario en el que se hermanan su corazón de padre y su imaginación de poeta.

«Éste es, hija mía —decía el santo obispo—, mi regalo de bodas, regalo utilísimo, pues los consejos de un padre son siempre excelentes. No son los colores deslumbrantes, ni las pedrerías engastadas en oro, ni las purpúreas telas lo que realza la hermosura de una matrona. Sean para otras estos adornos. Por lo que a ti toca, abrázate a la modestia, la gravedad y la inocencia como a tus mejores galas. No podrías dar con flores más bellas.

»Consagra a Dios tu principal amor; luego date a tu esposo. Sean comunes vuestras alegrías y también vuestras aflicciones.

»Deja a tu marido la solicitud por los negocios de fuera; llenen tus días, en cambio, la rueca y el huso y la meditación de los divinos oráculos. Vive sobre aviso, pues los placeres de este mundo conducen siempre a la corrupción del corazón más puro, a la manera que el rayo de sol logra poco a poco disolver la más blanca cera.

»Aun quiero expresarte un anhelo: el último. Ojalá seas en la casa de tu marido cual viña abundosa: que veas a los hijos de tus hijos nacer y desarrollarse alabando al Señor.»

Ambos esposos eran dignos el uno del otro. Por Paladio sabemos que de común acuerdo observaron perfecta continencia. Transcurridos apenas veinte meses, murió Nebridio dejando a Olimpia presa de indescriptible dolor.

Viuda a los veinte años y dueña de inmensa fortuna, Olimpia vióse pronto asediada por una multitud de pretendientes. Teodosio mismo la instó a aceptar la mano de uno de sus parientes llamado Elpidio.

—Si Dios me hubiera querido casada —respondió Olimpia al emperador—, no habría llamado a Sí a mi primer esposo. Al romper mis lazos, me muestra la vía que su Providencia me ha trazado: la de la cristiana viudez.

Ello fué la señal de empezar los sufrimientos y persecuciones de la intrépida joven; durante ellos se manifestaron también sus más hermosas y heroicas virtudes. San Juan Crisóstomo, al escribirle, más tarde, comparaba sus pruebas a las del santo Job.

Teodosio no se dejó convencer por las razones de Olimpia. Atribuyó su negativa a su ardor juvenil, exaltado y poco duradero. En demostración de ello, ordenó que sus bienes fuesen administrados por el intendente del dominio imperial. Disposición tan tiránica fué ejecutada con un rigor que la hacía más odiosa. El funcionario encargado de administrar el patrimonio secuestrado, se arrogó una autoridad despótica sobre la propia persona de Olimpia: la impidió frecuentar el santo templo e incluso conversar con el obispo San Nectario.

Pasó por todas las vejaciones; pero su impasibilidad ante las demasías de su carcelero no le impidió dirigirse al mismísimo emperador.

«Os agradezco, señor —le escribió—, el haberos encargado de la administración de mi fortuna: me habéis librado con ello de una pesada preocupación. Terminad vuestra obra ordenando se distribuyan mis bienes a los pobres y a la Iglesia; eso es lo que habría hecho yo misma. Además, así me evitaréis el caer en tentaciones de vanagloria a que este linaje de exhibiciones se presta de costumbre.»

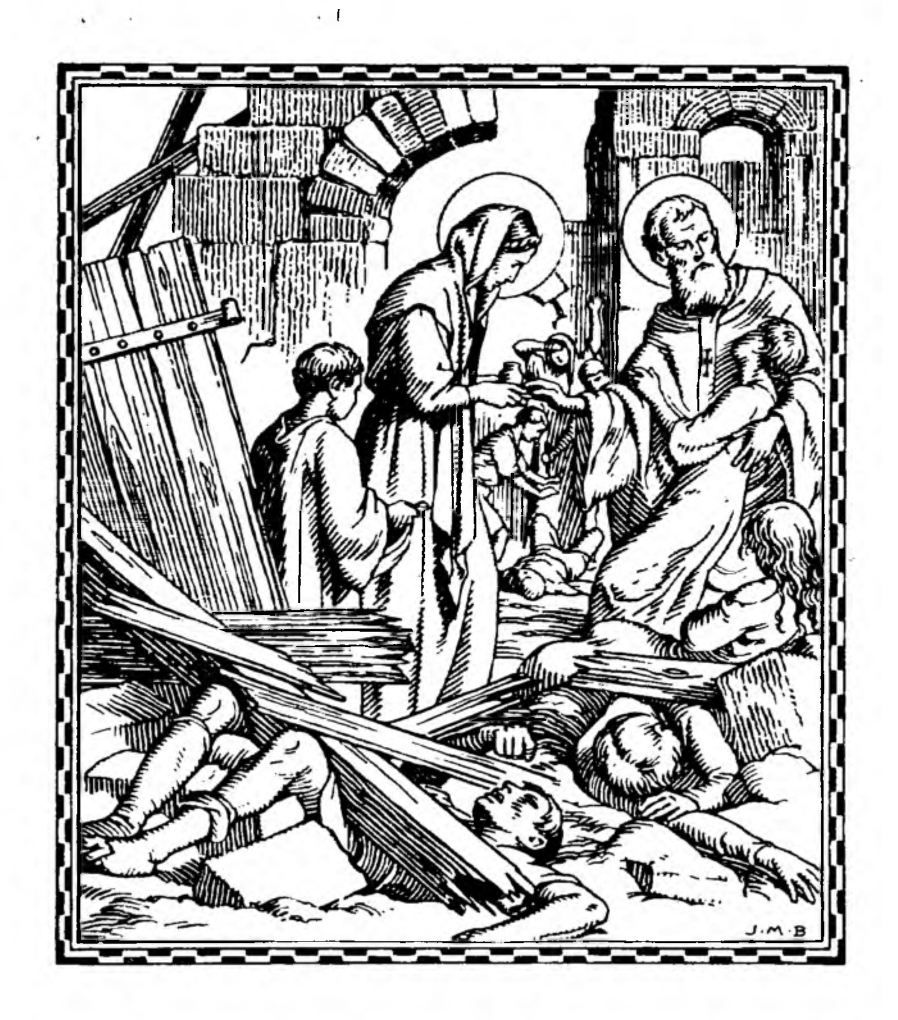
Teodosio leyó la carta, reconoció el abuso que de su poder había hecho, y lo reparó devolviendo a Olimpia la fortuna y libertad que le quitara.

OLIMPIA, DIACONISA

MUERTO su marido, había adoptado Olimpia un género de vida más austero que el seguido hasta entonces. Sus ayunos se hicieron más rigurosos y continuados: jamás comía carne. Dió libertad a sus esclavos, los cuales continuaron voluntariamente a su servicio. Ella misma administraba sus tesoros en beneficio exclusivo de los pobres; las más remotas ciudades, las islas y los desiertos, las iglesias sin recursos experimentaban sin cesar los efectos de sus larguezas.

San Nectario, a quien los Padres del Concilio constantinopolitano de 381 habían elegido como sucesor de San Gregorio, la nombró diaconisa de su Iglesia, en recompensa a su celo.

Conviene observar que la institución de las diaconisas es de origen apostólico. Eran consagradas por el obispo, que les imponía las manos con



SANTA *Olimpia, acompañada de San Juan Crisóstomo, reparte cuantiosas limosnas a las víctimas de un terremoto. Fueron aquéllas tan considerables que San Juan Crisóstomo las compara a un río que corre hasta las extremidades de la tierra y cuya abundancia enriquece al mismo océano.*

fórmulas litúrgicas especiales; naturalmente, no participaban en las funciones clericales, pero ayudaban en la administración de los sacramentos y en la distribución de las limosnas. Se ocupaban también en la instrucción de catecúmenas y en confeccionar ornamentos y lienzos de altar. Al tomar el velo emitían el voto de castidad perpetua.

Olimpia vacó a estos ejercicios santos de 381 a 397, mientras duró el episcopado de San Nectario. También en este período de su vida abundó en contradicciones y pruebas. Afligida sucesivamente por crueles dolencias y tenebrosas calumnias, no cesó —en expresión de San Juan Crisóstomo— de verter torrentes de amargas lágrimas.

OLIMPIA Y SAN JUAN CRISÓSTOMO

AL morir San Nectario, Arcadio, que había sucedido a Teodosio en el trono de Oriente, convocó a clero y pueblo de Constantinopla para designar obispo. No bien Eutropio, chambelán del emperador, hubo pronunciado ante la asamblea el nombre de Juan, presbítero antioqueño, ueño, todos le aclamaron unánimemente.

A la cabeza de aquella Hermandad cristiana, que tantos consuelos había de procurar al Santo en medio de sus persecuciones, se encontraba Olimpia. Las injusticias de los príncipes y el envidioso despecho de otros, fueron superados por las satisfacciones recibidas por parte de los buenos.

Las arcas de Olimpia proveyeron a la construcción de un hospital para valetudinarios y de un hospicio para los ancianos y huérfanos. La santa viuda estaba en todo, y como la verdadera caridad es contagiosa, luego veía sustituídos por otros los tesoros gastados en bien del prójimo.

El año 400 Calcedonia fué destruída por un terremoto. Olimpia y Juan Crisóstomo atendieron solos a la subsistencia de poblaciones enteras. Por eso se decía entonces: «Mientras el Universo cubre de adulaciones a la emperatriz Eudoxia, abruma de bendiciones a Olimpia».

SUCESIVOS DESTIERROS DE SAN JUAN CRISÓSTOMO

ESTE santo prelado fué para Olimpia consolador y padre, como ya lo fueran en sus días San Gregorio y San Nectario. Pero, ¡ay!, se acercaban para la Santa nuevas horas de amargura. La valiente independencia del pontífice al reprender los vicios de la corte y del pueblo, le enajenó la voluntad de Eudoxia. Esta altiva mujer puso todo en juego para lograr su deposición. Un conciliábulo reunido en 403 en la iglesia de la Encina, en el arrabal de Calcedonia, decretó la condenación del Santo.

Cuando los soldados imperiales se llegaron al Patriarca para conducirlo a Prenesto de Bitinia, Olimpia estaba asistiéndole en la iglesia de los Apóstoles. Siguióle hasta el embarcadero; los marinos, obedeciendo a una consigna, se apresuraron a levar anclas para evitar el concurso del pueblo y, remontando el Bósforo, avistaron al siguiente día el puerto de Hiero, en el Ponto Euxino.

Al saberlo el buen pueblo de Constantinopla, se manifestó en masa frente al palacio imperial, reclamando a gritos que se le devolviera a su pastor. Eudoxia, previendo el peligro a que podía exponerse si no atendía la justa demanda, apresuróse a repatriar al Crisóstomo.

Pero no tardó en estallar nueva tempestad. No gustaba a la emperatriz que se le recordaran sus deberes de princesa cristiana, y los émulos del Patriarca guardaban aún el rencor en sus pechos. Pocos meses más tarde, el manso pontífice vió de nuevo invadida su morada por los esbirros de Arcadio. Entregóse al instante y salió silenciosamente de la basílica de Santa Sofía para no soliviantar al pueblo fiel.

Antes de separarse del baptisterio —refiere Paladio—, llamó a Olimpia y demás diaconisas para hacerles sus postreras recomendaciones: «Venid, hijas mías —les dijo—, escuchad por última vez a vuestro padre. A juzgar por las apariencias, el fin de mi vida se acerca. He llenado mi carrera y posiblemente ya no nos veremos más. Espero de vosotras una sola cosa, y es que prosigáis en favor de esta Iglesia en vuestra conducta abnegada como hasta aquí. Al que por sufragio del clero y pueblo sea elevado a la mitra, recibidle como «vuestro pastor» e inclinad vuestra cabeza ante sus bendiciones, como lo hacíais conmigo. Hijas mías, os dejo en las manos misericordiosas de Dios. Encomendadme a Él en vuestras plegarias».

Al oír estas palabras, cayeron a los pies de su obispo, deshechas en lágrimas. Juan, entonces, las confió a uno de sus auxiliares: «Llevadlas a su casa —dijo—, para que sus lamentos no trasciendan al público». Entonces las santas mujeres contuvieron su emoción y se retiraron en calma.

CARTAS DE SAN JUAN A OLIMPIA

JUAN fué conducido como preso vulgar a Cucusa, en Armenia. Durante su viaje, largo de varios meses, pensó con frecuencia en aquella mujer extraordinaria cuyas virtudes alegraban al Señor. Llegado a Cesarea de Bitinia, dirigió a su diaconisa estas consoladoras líneas:

«Veo por doquier tropeles de hombres y mujeres que se llegan a mí para llorar conmigo. Estas lágrimas me traen a la memoria las que vos derramaréis, sin duda, con mayor abundancia. Mas pensad que en lo más recio de la tormenta el buen piloto no larga todas sus velas; al contrario, las recoge

para moderar la marcha de su embarcación y navegar más seguramente. Moderad vos también vuestro dolor.»

Algunas jornadas después, al llegar a Nicea, pedíale noticias de su persona, y la rogaba que disipase su tristeza; desde Cesarea de Capadocia la conjuraba que dejase ya sus llantos. Finalmente, en el término de su viaje, se apresuró a notificarle su feliz llegada. Esta santa correspondencia no se interrumpió durante los tres años que duró la ausencia del Prelado.

OLIMPIA ANTE EL TRIBUNAL DEL PREFECTO DE CONSTANTINOPLA

EL mismo día de la marcha de San Juan, un incendio de misterioso origen redujo a pavesas la basílica de Santa Sofía. Acusaron como autores del hecho a los partidarios del obispo desterrado, siendo forzados a comparecer los más influyentes ante el tribunal del pagano Optato, prefecto de la ciudad. Olimpia no podía faltar en tal ocasión. Sozomeno nos ha conservado las circunstancias de aquel interrogatorio:

—¿Por qué —preguntó Optato— has quemado la basílica?

—Yo —respondió Olimpia—, que me he pasado la vida y gastado mi fortuna en levantar templos a Jesucristo, no los quemo; no es ésa mi misión.

—Conozco todos tus antecedentes —replica el magistrado.

—Pues bien —saltó con firmeza Olimpia—, si quieres discurrir sobre mi vida como acusador, baja de ese sitial y ve a sentarte entre los testigos, y llama a otro juez que entienda en mi causa.

Entonces el indigno funcionario, variando el tono, se dedicó a persuadirla de que era una insensatez en ella exponerse a tantas desazones y malquerencias, cuando para evitarlas bastaba someterse a Arsacio, que no era otro que el sustituto de San Juan Crisóstomo en la sede de Constantinopla, a despecho de las reclamaciones del Papa, a quien el Patriarca desterrado había apelado.

Olimpia contestó al prefecto con santa altivez:

—Estoy ante ti para escuchar mi sentencia y no tus consejos. Pero sábete que si pretendes obligarme a que comunique con Arsacio, jamás consentiré en cosa tan contraria a mi conciencia.

Entonces el prefecto, fingiendo suavidad, la despidió. Olimpia retiróse a su modesta vivienda, junto a Santa Sofía, donde esperaban sus compañeras; desde allí, enferma y alcanzada por toda suerte de vejaciones, escribió al santo desterrado cartas llenas de afectuosa veneración, en las que califica de bagatelas las penalidades y persecuciones de que ella misma era objeto. Juan, a su vez, la felicita por su valentía no obstante la debilidad

de su cuerpo y mezquina salud; ensálzala porque se ha constituído en sostén y fortaleza de una gran ciudad y porque, sin mostrarse en público, enciende en su propio heroísmo a los defensores de la verdad.

Poco después se vió obligada a refugiarse en Círico; pero fué detenida. De vuelta a Constantinopla, hubo de comparecer nuevamente ante el prefecto; una vez más rehusó prestar obediencia a Arsacio, lo que le valió una multa de 200 libras de oro y la confiscación y subasta de sus bienes; su querida comunidad fué disuelta y sus mismos criados, a quienes antaño colmara de favores, volviéronse contra ella pagando sus beneficios con ultrajes.

DESTIERRO Y MUERTE

SUS compañeras más santas y más queridas, Prócula, Ampruda, Asineritia, la noble viuda Pentadio y la admirable virgen Nicareta sufrieron un trato semejante. El corazón de Olimpia, tierno y fuerte a la vez, recibía así de continuo renovados dolores. «Una sola de vuestras penas —escribíale San Juan Crisóstomo— hubiera bastado para enriquecer espiritualmente vuestra alma».

Juan Crisóstomo continuaba echando mano de ella para la obra de las misiones en Persia y Fenicia, y para la propagación de la fe entre los godos, acampados en las orillas septentrionales del mar Negro. No cejaron, sin embargo, los perseguidores en su infamia contra la intrépida mujer. Olimpia, después de intentar diversos medios para burlar a sus enemigos, fué confinada en Nicomedia, donde terminó su vida en caridad esforzada y perseverante oración, en 410, sin haber gozado del consuelo de volver a ver en la tierra a su mentor y padre espiritual, San Juan Crisóstomo.

Santa Olimpia es venerada por los griegos el 25 de julio, y por la Iglesia latina el 17 de diciembre. Los artistas la suelen representar en actitud de limosnera, o bien compareciendo ante el emperador o ante el prefecto.

SANTORAL

Santos *Lázaro, hermano de las santas Marta y María Magdalena* (véanse las vidas de estas dos Santas en 22 y 29 de julio); *Franco de Sena, carmelita;* **Juan de Mata, fundador** (véase en 8 de febrero); Esturmio y Briaco, abades; *Urbicio, confesor;* Majenciolo y Lorenzo de Solago, monjes; Clemenciano, Matero y Faustino, mártires en África; Dióscoro, Justiniano y otros cuatro compañeros, mártires; Floriano, Calámico y cincuenta y ocho compañeros, mártires en Eleuterópolis (Palestina). Santas **Olimpia, viuda;** *Vivina, virgen;* Begga, viuda y abadesa; Merasia, mártir en África; y Clemenciana, honrada en Cartago.



Pastorcillo de Belén — Catedral de San Gaciano en Tours

DÍA 18 DE DICIEMBRE

SAN GACIANO

OBISPO (siglos I o III)

LA más antigua tradición de la iglesia de Tours, tiene a San Gaciano por uno de los afortunado pastores de Belén que recibieron de los ángeles la buena nueva del nacimiento del Salvador en la noche más grande que vieron los siglos. En ella se dice que llegó a las riberas del Líger —hoy llamado Loira— en tiempos de los Apóstoles.

Otros autores opinan que vivió en el siglo III, del 250 al 301, y afirman que fueron sucesores suyos inmediatos en la silla de Tours, San Lidorio, que murió en 371, y el ilustre San Martín, que en esa misma fecha ocupó aquella sede y a partir de cuyo pontificado ofrece ya la Historia documentos ciertos e incontrastables.

Tal es la opinión de un notable historiógrafo de la diócesis que no se ha atrevido a llegar sus investigaciones nada más que hasta el pontificado de San Martín; por lo menos así parece deducirse de las siguientes palabras: «La cristiandad de nuestra región tenía la fe lo suficientemente arraigada como para mantenerse latente durante los treinta y tres años de persecución, a pesar de hallarse vacante la sede episcopal, lo que prueba que al morir San Gaciano dejó bien formado un clero relativamente considerable».

PREDICACIÓN DE GACIANO

La Turena actual o país de los turonenses, cuya capital, hoy llamada Tours, se denominaba en la antigüedad *Cæsarodunum Turonensium,* adquirió durante la dominación romana una prosperidad material envidiable; pero unían sus habitantes a las supersticiones idolátricas más abominables las costumbres feroces de la más salvaje barbarie. El nuevo apóstol sólo encontraba por doquier imágenes de falsos dioses que poblaban la ciudad, los campos, los collados, las casas particulares y los edificios públicos.

Gaciano puso manos a la obra con prontitud y decisión. Empezó insinuándose en conversaciones familiares, demostrando la inutilidad de los ídolos y poniendo de manifiesto su fragilidad e impotencia.

Y cuando creyó haber disipado los errores de más bulto y amenguado en los turonenses la estima por las vanas y supersticiosas ceremonias de su culto, expuso con celo evangélico las verdades de la fe cristiana, les habló de un solo Dios creador del cielo y de la tierra, les descubrió el misterio de la Santísima Trinidad, les hizo comprender la necesidad de la encarnación del Verbo, celebró las grandezas de la Virgen María y se la presentó como madre llena de bondad y misericordia.

La palabra ardiente y convencida del apóstol logró a no tardar preciosas conquistas. Pero las pasiones se muestran reacias a las verdades santas y el demonio se enfurece cuando se pretende arrancarle las presas que considera seguras. No es de extrañar, pues, que los predicadores del Evangelio se vean despreciados de los ricos y grandes de la tierra y odiados del populacho.

EN ESPERA DEL MARTIRIO

Tratado como espía y público violador de las leyes del país, apresáronle los paganos para conducirlo al suplicio, o, por lo menos, arrojarlo del país después de someterle a cruelísima flagelación. Pero no pudieron poner por obra tan insanos propósitos porque los discípulos de Jesucristo, que ya eran muchos, acudieron a libertar a su obispo de las manos de aquellos facinerosos.

—Este hombre —dijeron a sus paisanos— es de gran utilidad para la población por las curaciones que realiza y es, además, de vida muy ejemplar.

Tales observaciones produjeron admirable resultado: apaciguóse el populacho y dejó en paz al obispo, que prosiguió su apostolado con nuevo ardor.

Aquella su vida, más angélica que humana, le atrajo numerosos discípulos, y los que no se convencían por sus predicaciones, tenían que rendirse ante la evidencia maravillosa de sus milagros.

SE RETIRA A LA SOLEDAD

AQUELLA paz no fué duradera. Irritábanse los paganos por las conversiones que el obispo lograba incesantemente, y promovían violentas persecuciones contra los discípulos del Crucificado. Entonces se retiraba Gaciano a la soledad para evitar los ultrajes con que los poderosos del país querían abrumarle. Seguíanle sus hijos espirituales y el santo prelado celebraba los santos misterios en las grutas y criptas solitarias.

Según un autor del siglo XIII, hallábase el oratorio del primer obispo de Tours en el mismo lugar donde más tarde se construyó la célebre abadía de Marmoutier. En los primeros siglos de la era cristiana, ese refugio era de difícil acceso y el único camino para llegar a él estaba obstruído por malezas y zarzas que lo hacían impracticable. El mismo pontífice, con sus propias manos, cavó en la roca una gruta que dedicó a la Santísima Virgen María; allí acudía a pasar largas horas en oración después de sus apostólicas correrías, y allí se refugiaba en las épocas de persecución.

Con él compartían la soledad y las devociones algunos cristianos que, para estar cerca de su pastor, se habían preparado en las cercanías ocultos retiros donde moraban. Reuníanse en el santuario de María para los rezos y asistían al santo sacrificio de la misa. De vuelta en sus grutas, vacaban a la lectura espiritual y a la meditación, y, para domar su cuerpo y sujetarlo al espíritu, entregábanse a la mortificación y penitencia.

Todavía en el siglo XVII, el priorato de la Santísima Virgen de los Siete Durmientes, encerrado en el recinto del monasterio de Marmoutier, se consideraba como el santuario dedicado por San Gaciano a la Madre de Dios.

UN CEMENTERIO CRISTIANO

EN cuanto se apaciguaba la persecución, salía el obispo de su retiro y continuaba su apostolado obrando nuevas conversiones, de modo que el rebaño de Jesucristo aumentaba incesantemente.

Los milagros y virtudes de Gaciano daban realce a su autoridad y ganaban la estima de los habitantes del país, de modo que a poco desaparecería el culto de los ídolos, se despoblaban los templos de las falsas divinidades y se elevaban en su lugar templos y altares al Dios verdadero.

Los edictos imperiales prohibían a los cristianos enterrar a los muertos en las ciudades. Gaciano compró en los arrabales de Tours un amplio terreno para dar en él sepultura cristiana a los restos preciosos de sus hijos espirituales.

Allí, alrededor de las tumbas de los Santos, reunía el piadoso obispo a

su fiel rebaño; allí celebraba los domingos los sagrados misterios, enseñaba la doctrina de Jesucristo y confortaba el corazón de sus hijos con palabras inflamadas de apostólico celo y con el ejemplo admirable de sus virtudes; allí les distribuía el pan de vida, iniciaba a los catecúmenos en las verdades sublimes de la fe, enseñábales las prácticas de vida cristiana, los familiarizaba con las ceremonias del culto y les enseñaba a cantar las divinas alabanzas.

Afirman algunos que allí mismo levantó Gaciano un seminario, donde los jóvenes clérigos se formaban para sus futuras funciones, se instruían en los deberes de su estado y se preparaban cuidadosamente al ministerio sublime del sacerdocio. Notaremos, sin embargo, que en 1911 el arzobispo de Tours, hablando de San Martín, decía que a este Santo se deben «la primera escuela y el primer seminario que se conocieron en las Galias».

Con ayuda del cielo y la cooperación entusiasta y eficaz de sus fieles, edificó Gaciano ocho iglesias en el territorio de Turena confiado a su celo. Dícese que a la séptima iglesia construída, llamó Septmia o Sepmes, y a la octava Óximæ o Huisme. Ambas subsisten en nuestros días.

APARECÉSELE NUESTRO SEÑOR. — DICHOSA MUERTE DE SAN GACIANO

LOS trabajos apostólicos del misionero no le impidieron entregarse a penitencias y austeridades. Al mortificar su cuerpo con ayunos y vigilias, preparábase con el martirio voluntario a recibir el premio de los que sellaban con su sangre la fe que predicaban.

Como todos los verdaderos discípulos de Jesucristo, era nuestro Santo amigo de los pobres y gustaba de socorrerlos y aliviar sus miserias. Esa ardiente caridad le movió a construir un hospital, en los arrabales de Tours, para la asistencia y alivio de los indigentes. En ese asilo de la caridad iba a concederle el Cielo una merced extraordinaria. Ya llevaba el apóstol cerca de cincuenta años trabajando en la viña del Señor, y veía gozoso agruparse alrededor suyo una multitud de hijos dóciles y amantes para quienes la práctica de la virtud era programa de vida a que se entregaban fervorosamente.

Cierto día, agotado ya por la fatiga y la vejez, habíase retirado al hospital de los pobres para dar un menguado descanso a su cuerpo, cuando de repente se apoderó de él un ligero sueño durante el cual se le apareció el Redentor y le dijo:

—Nada temas, amado mío; pronto verás coronados tus trabajos en la compañía de los felices moradores de mi gloria. La patria celestial te reclama y la sociedad de los Santos espera tu llegada.



MIENTRAS *San Gaciano está descansando en un lecho del hospital de pobres por él fundado, aparécesele el Señor y le dice: «Hijo mío, muy pronto verás coronados tus trabajos en la gloria con los habitantes del Paraíso. La patria celestial te reclama y te espera la sociedad de los Santos».*

Despertóle entonces Nuestro Señor de aquel sueño y administróle Él mismo, a manera de viático, la sagrada Comunión.

Quedó Gaciano consoladísimo por tan inesperados y extraordinarios favores; y, con el alma desbordante de gratitud, ya sólo pensó en prepararse de acuerdo con la divina invitación. Sobrevínole a poco una enfermedad. A los primeros síntomas de ella fué tanta su alegría que no podía ocultarla ante los otros. Siguieron siete días de sufrimientos, tras de los cuales, ya purificada, voló su alma santísima a recibir la eterna corona.

DEVOCIÓN DE SAN MARTÍN A SAN GACIANO

LOS restos preciosos del pontífice fueron sepultados en el cementerio común de los pobres, donde se levantaba la iglesia de Santa María la Pobre, denominada más tarde Nuestra Señora la Rica por los tesoros con que la generosidad de los fieles la había dotado.

Después del fallecimiento de San Gaciano quedó la Iglesia de Tours mucho tiempo sin pastor, y aquel campo, cultivado con tantas fatigas y admirable celo por el apóstol, vióse invadido por las malas hierbas, según se desprende de las palabras del escritor Sulpicio Severo: «Antes de San Martín, muy pocos o tal vez ninguno de los habitantes de aquellas regiones habían oído pronunciar el nombre de Jesucristo, de modo que el santo obispo deploraba con gemidos y lágrimas el estado de aquellas gentes que no tenían conocimiento alguno de su Dios y Salvador».

De hecho los paganos volvieron a levantar cabeza y recomenzaron las persecuciones contra los cristianos; lo que obligó a éstos a celebrar los santos misterios en los más ocultos retiros. Cuando los descubrían, golpeábanlos y los maltrataban, y aun les quitaban la vida.

Por revelación supo San Martín el lugar preciso donde se hallaban las reliquias de su santo predecesor, y, cada vez que regresaba de sus apostólicas correrías, iba a postrarse sobre aquella tumba y a implorar la protección del primer sembrador de la buena semilla en la tierra que se le había encomendado. Refiérese en la antigua liturgia de la diócesis de Tours que un día en que el gran taumaturgo de las Galias pedía según costumbre la bendición a su protector, oyó una voz misteriosa que salía de la tumba y que le daba la orden de transportar su cuerpo a la iglesia mayor.

Obedeció San Martín y mandó que se llevasen aquellas reliquias a la basílica de San Lidorio —hoy llamada de Nuestra Señora la Rica.

Desde entonces ha ido siempre en aumento la devoción de los turonenses a su primer apóstol y obispo. San Gregorio de Tours, que vivió en el siglo VI, habla de San Gaciano en varios lugares de sus obras.

LAS RELIQUIAS DE SAN GACIANO

CUANDO los bárbaros del Norte invadieron las Galias y sembraron por doquier la muerte, el pillaje y el incendio, los fieles de Tours retiraron de su sepulcro las reliquias de San Gaciano. Para sustraerlas a la profanación de los normandos las enviaron a Maillé, o *Malliacum,* en el Poitou. Pero estuvieron allí poco tiempo, puesto que, no mucho después, se hallaban en el monasterio de San Proyecto, en Bethune de la Galia Bélgica, y, por fin, en la abadía de San Vedasto, en Arrás, donde permanecieron hasta la época de la conversión de los normandos.

Entonces tuvo la Iglesia de Tours la alegría de recobrar su más querido tesoro. Quedaron, sin embargo, en Arrás y en los varios lugares en donde estuvo depositado el cuerpo de San Gaciano durante las invasiones, algunas de sus reliquias. Por eso se levantaron en los citados lugares santuarios dedicados a su culto y al recuerdo de su poderoso valimiento.

A mediados del siglo XIII, colocaron el cuerpo del Santo en la catedral de Tours. Estaba encerrado en una urna de plata dorada, adornada de piedras preciosas. Al principio lo pusieron detrás del altar mayor; pero, más tarde, lo trasladaron a un lado del mismo altar entre las reliquias de los santos Lidorio, Benigno, Beato, Cándido y Arnoldo.

El arzobispo de Tours, Juhel de Manteflón, estableció la fiesta de la traslación solemne de las reliquias de San Gaciano el 2 de mayo, y ordenó se distribuyesen a los cofrades que la celebrasen, cestas llenas de carne y frutas, por partes iguales.

Quedaba, pues, establecida una cofradía en honor del santo obispo, erigida en la catedral y con misa cotidiana. A la inauguración de la dicha cofradía acudió enorme gentío, y tal entusiasmo despertó entre la multitud de devotos que éstos pidieron se cambiase a la iglesia metropolitana la denominación de San Mauricio que hasta entonces llevaba, por la de San Gaciano.

MILAGROS OBRADOS POR INTERCESIÓN DEL SANTO

EN el año 1368 y en el reinado de Carlos V de Francia, asaltó y saqueó el castillo de Goulery, en Turena, una banda de foragidos venida de Inglaterra, y en él encerraron a un desgraciado turonés en una profunda cueva donde permaneció once semanas. La víspera de la fiesta de San Gaciano acordóse el recluso de los numerosos beneficios que el santo patrono de su país concedía a los que a él acudían. Lleno de confianza en su poder y bondad, imploró la asistencia del santo obispo, y al instante se sintió con tanta fuerza que franqueó sin dificultad el muro de su encierro, atravesó el foso

del castillo y llegó sin tropiezo ninguno a Tours, donde se presentó a tributar el homenaje de su agradecimiento a su celestial bienhechor.

Los citados bandidos se apoderaron también del hijo de un pobre habitante de Bourgueil que llevaba al mercado un borrico cargado con seis piezas de paño. Informado de ello el desgraciado padre, encomendóse a San Gaciano, y tuvo la alegría de hallar milagrosamente a su hijo y de recuperar el borrico y las piezas perdidas.

Habían penetrado por la fuerza los ingleses en casa de un labrador para robarle los bueyes y demás animales que poseía. El pobre hombre, asustado, se ocultó e imploró la protección de San Gaciano y vió con agradable sorpresa que los invasores se retiraban sin llevarse nada. Cuando salían de la casa, vieron al hermano del dueño y lo persiguieron, pero él se encomendó al Santo, pasó entre los soldados sin que éstos le viesen, y libre de todo peligro refirió a su hermano lo que le había sucedido. Ambos hermanos, llenos de gratitud, acudieron a la catedral de Tours para postrarse ante el sepulcro de su insigne bienhechor.

Durante el cautiverio del rey Juan el Bueno, fué la reina madre a Tours para implorar la protección de San Gaciano; obtenida la libertad del monarca, reconoció aquélla que tan señalado favor se debía al Santo.

En el reinado de Carlos VI pusieron sitio los ingleses a la ciudad de Tours. Los habitantes, asustados, acudieron a su celestial abogado y prometieron ofrecerle, conforme a la costumbre de otras ciudades, la cantidad de cera necesaria como para fabricar una vela capaz de rodear los muros de la ciudad. Cumplida la promesa, hízose la paz entre Inglaterra y Francia.

LAS RELIQUIAS DE SAN GACIANO

AUN existe hoy, cerca de la iglesia de Nuestra Señora la Rica, una pequeña capilla llamada Cueva de San Gaciano que, según algunos, era el lugar donde este Santo celebraba los sagrados misterios, y según otros su tumba. La devoción de los fieles hizo levantar allí una pirámide con la siguiente leyenda en una de sus caras:

«Aquí estuvieron las reliquias y la tumba del glorioso San Gaciano, apóstol de Turena.»

En el siglo XVI pareció que la herejía de los iconoclastas renacía con los partidarios de Calvino, los cuales destrozaban las imágenes de los Santos, quemaban las reliquias y aventaban sus cenizas. No se vió libre de esos crímenes la capital de la Turena, de la que se apoderaron los calvinistas en 1562, profanaron la catedral y quemaron el cuerpo de San Gaciano en unos hornos donde hicieron fundir al mismo tiempo los objetos de oro y plata robados en varias iglesias de la ciudad.

Salváronse, sin embargo, algunas partecitas de los restos venerados del pontífice, gracias al valor y piadosa devoción de los fieles de la parroquia de Nuestra Señora la Rica.

Nuevos milagros atrajeron las muchedumbres en torno a las reliquias del Santo, y a fines del siglo XVIII, la tumba de San Gaciano se hallaba decorada con riquísimos adornos. Pero el Consejo general de Indre y Loire, anhelando, según decía, el triunfo de la filosofía, de la razón y de la libertad —o sea del libertinaje—, ordenó que despojasen las iglesias de todos los objetos de valor. La ornamentación de la tumba de San Gaciano estaba evaluada en más de doscientos mil francos.

Habían puesto los ojos en tan rica presa los consejeros revolucionarios. Ya se disponían a echar mano de ella, cuando se les anticiparon otros bandidos y robaron durante la noche las mejores piezas de la decoración.

DESPUÉS DE LA REVOLUCIÓN

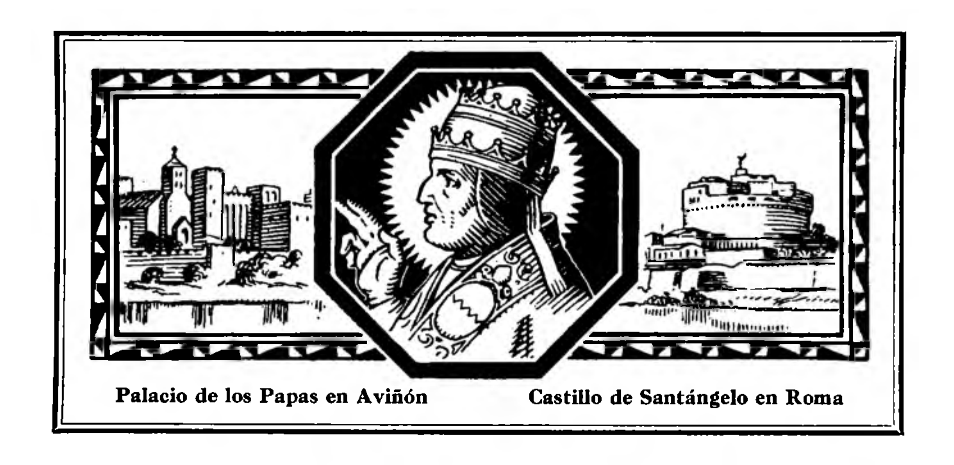
LOS furores e impiedades de la Revolución no pudieron borrar de la memoria de los turonenses el recuerdo de los beneficios obtenidos por intercesión de San Gaciano. Por eso los arzobispos de Tours, apenas pasó la tormenta, hicieron cuanto les fué posible para reavivar su culto.

En 1827, el Ilmo. Sr. Montblanc pidió a la iglesia de San Vedasto de Arrás, algunos fragmentos de las reliquias del Santo. Acogida favorablemente su petición, fueron transportados aquellos restos preciosos con gran solemnidad a la iglesia metropolitana de Tours, donde se exponen a la pública veneración de los fieles.

Invócase a San Gaciano en toda clase de necesidades; pero, muy particularmente, con el fin de hallar los objetos domésticos perdidos o robados.

SANTORAL

NUESTRA SEÑORA DE LA ESPERANZA O DE LA O (véase en el tomo «Festividades del Año Litúrgico», pág. 590). Santos **Gaciano, obispo;** *Ausencio, obispo de Mopsuesta;* Flamiano, obispo en Irlanda; Vinebaldo, abad; *Rufo y Zósimo, Quinto, Simplicio y compañeros, mártires;* Desiderio, monje; Teótimo y Basiliano, mártires en Laodicea; Moisetes, Víctor, Victuro, Victoriano, Adjutor, Cuarto y treinta compañeros, mártires en África; Digno, Bodagislo, Ulto y Dequiso, confesores; Judas Macabeo, jefe del pueblo judío. Beatos Hildeberto, arzobispo de Tours; Fulgencio y Pedro, abades; Vigoroso, dominico. Santas Besa y Redúctula, mártires.



Palacio de los Papas en Aviñón — Castillo de Santángelo en Roma

DÍA 19 DE DICIEMBRE

BEATO URBANO V

PAPA (1310-1370)

EL Pontificado, la más independiente de cuantas instituciones existen sobre la tierra —como acertadamente ha dicho el cardenal Pitra— encuentra siempre y con providencial oportunidad el hombre indispensable, exclusiva y completamente idóneo para la obra de Dios. Por eso cuando en el transcurso del siglo XIV sobreviene en Europa la decadencia de la fe y la general relajación de costumbres, un Pontífice, el gran Urbano V, renueva casi por completo la faz de Occidente al tiempo que sus emisarios siembran la semilla de la fe hasta los últimos confines de Oriente. Prudente reformador del clero y de las Órdenes religiosas, es a la vez defensor intrépido de los derechos y libertades de la Iglesia y ardiente propagador del Evangelio en tierras de infieles.

Guillermo de Grimoardo —el futuro papa Urbano V— nació en el castillo de Grisac, cerca de Mende, el año 1310. Era hijo del caballero Guillermo de Grimoardo y de Anfelia de Montferrand, esposos buenos y piadosos que vieron bendecido su hogar con el nacimiento de varios hijos. Guillermo había venido al mundo contrahecho; pero, antes de que las aguas del bautismo purificaran su alma, fué curado su cuerpo por las oraciones de su pa-

drino San Elzear o Eleazar de Sabrán, excelente cristiano que, con su joven esposa, Santa Delfina, era una maravilla de virginidad en el estado matrimonial.

Muy pronto manifestó Guillermo marcada aversión a los entretenimientos frívolos. Extrañada por tal proceder, decíale a veces su madre: «Pero, hijo mío, no te entiendo»; y añadía a fuer de buena cristiana: «En fin, basta que te entienda el Señor».

En efecto, Dios había tomado posesión del corazón del niño y traídole dulcemente a Sí antes de que el mundo le sedujese.

Ya tenía doce años cumplidos cuando sus padres le enviaron a estudiar a Montpeller, cuya universidad gozó merecido renombre en el mundo intelectual de la edad media. Dotado de clara inteligencia, progresó rápidamente en las ciencias y en las letras, de modo que atrajo sobre sí la atención de sus maestros y fué digno émulo de los mejores estudiantes.

No por ello perdió nuestro joven aquella natural sencillez que demostrara desde los primeros años. En esta edad en que los triunfos suelen causar muchas ruinas espiritualmente hablando, conservó Guillermo extraordinario dominio sobre su corazón, de manera que aun en medio de aquella mocedad alborotada, supo mantenerse rígido en sus principios morales y hacer gala de una irreprochable conducta y de una vida plenamente cristiana.

Con el fin de cursar los estudios superiores, hubo de abandonar Montpeller y trasladarse a Tolosa. El nuevo ambiente resultaba aun más peligroso por la gran diversidad de estudiantes que acudían allí de todos los países. Obligado por las circunstancias a alternar con jóvenes libertinos, siguió aferrado a sus buenas prácticas religiosas y al ejemplar comportamiento de siempre; gracias a lo cual logró conservarse puro. Dedicó Guillermo varios años a estudiar el derecho civil, ciencia a la que sentía especial inclinación y que le abría las puertas a los principales cargos y dignidades.

EL MONJE DE SAN VÍCTOR

LOS brillantes resultados obtenidos le brindaban lisonjero porvenir, máxime en una época en que los sabios eran muy considerados. Sonreíale la fortuna y halagábanle los honores; pero Dios le dió a entender que la dicha cumplida y la verdadera sabiduría se hallan en la ciencia y en el amor divinos; y que la sólida piedad, en frase del ilustre Bacón, es «el aroma que las preserva de la corrupción». Terminados los estudios, regresó el joven al hogar paterno.

A pocas leguas de Mende y en un paraje encantador, habían fundado los Benedictinos el convento de Chirac, del cual era a la sazón prior Anglic,

tío de Guillermo, a quien nuestro joven confió la dirección de los primeros pasos de su formación religiosa. Dispuesto como estaba a seguir los impulsos de la gracia, no sólo se amoldó fácilmente a las prácticas de la vida religiosa, sino que avanzó rápidamente por el camino de la santidad; sus biógrafos están acordes en afirmar que su regularidad y virtud fueron extraordinarias. Llegado el momento de hacer la profesión religiosa, enviáronle sus superiores a la célebre abadía de San Víctor de Marsella, uno de los monasterios benedictinos más ilustres de aquella época. Vuelto a Chirac, recibió los órdenes menores y el sacerdocio.

Sin embargo, la profesión religiosa, lejos de enfriar su ardor por los estudios, sirvióle de estímulo, porque se entregó a ellos con nuevos bríos. Frecuentó sucesivamente las universidades de Tolosa, Montpeller, París y Aviñón, y graduóse de doctor en derecho canónico el 31 de octubre de 1342. En el entretanto, y sin que se conozca la fecha, pasó de la rama benedictina de San Víctor a la de Cluny.

Encargado el joven doctor de la enseñanza del derecho canónico en las mismas universidades en donde lo había estudiado, hizo amable el árido texto de esta ciencia gracias a los encantos de su elocuencia natural. Vióse muy luego rodeado de discípulos, cada vez más numerosos, a quienes atraía la fama del insigne maestro, y que de todas partes acudían a su cátedra ansiosos de oírle y de aprovechar sus lecciones y enseñanzas.

VICARIO GENERAL DE CLERMONT Y LEGADO PONTIFICIO

IBA extendiéndose la fama del nuevo doctor, cuando el obispo de Clermont le confió, con la dignidad de vicario general, la administración de la diócesis. Fué venerado de todos como siervo de Dios y santo; justificó plenamente por su celo y prudencia, la estima y simpatía del Prelado y ganó el afecto y admiración del pueblo con su inagotable caridad para con los pobres y ardor en distribuir el pan de la divina palabra.

Algunos años más tarde, llamóle Dios a ejercer funciones más elevadas. En efecto, el papa Clemente VI le confió, el 13 de febrero de 1352, la abadía de San Germán de Auxerre, y poco después, el 26 de julio del mismo año, le nombró legado suyo en Lombardía. Guillermo de Grimoardo llevó a feliz término la delicada y espinosa misión que el Pontífice le confiara, volviéndose luego a su abadía para continuar, en medio de graves obstáculos, la obra de reforma que tenía emprendida.

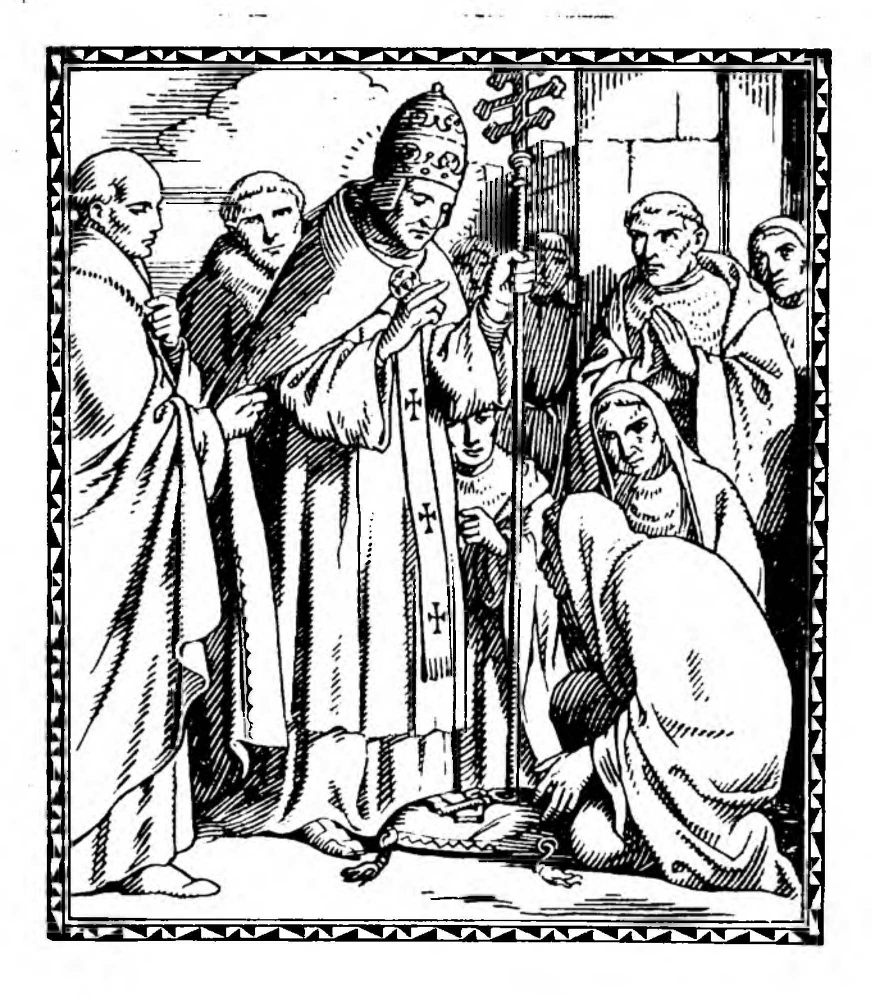
El papa Inocencio VI, sucesor de Clemente VI, le confió también numerosas misiones en Italia, cuya importancia se comprenderá recordando el deplorable estado en que la península itálica se hallaba en aquella época.

ROMA E ITALIA EN EL SIGLO XIV. — LOS PAPAS EN AVIÑÓN

LA ciudad de Roma era a la sazón teatro y foco de tumultos populares; las continuas sediciones de Italia no menos que las reiteradas instancias del rey de Francia, movieron a Clemente V a transferir la corte romana a Aviñón, capital de un Condado que pertenecía entonces al Sumo Pontífice (1309). Desgraciadamente, siguiéronse de este traslado deplorables consecuencias, y lo que impropiamente se ha dado en llamar «el gran cisma de Occidente», que por vía indirecta tuvo su origen después de la elección de Urbano VI, comprometió, aunque momentáneamente al parecer de los hombres, la autoridad del Romano Pontífice, manantial de todo poder en la Iglesia y cumbre de la jerarquía. Pero al mismo tiempo, abandonado el pueblo romano a la propia iniciativa a causa de sus desórdenes, pudo comprobar por propia experiencia cuán triste y doloroso le resulta verse privado de la presencia y gobierno del Papa. Famosos aventureros, como Nicolás Rienzi, y una plaga de tiranos subalternos, aprovechando el desorden social reinante, apoderáronse de las riendas del poder a fin de tornar en beneficio propio la caótica situación. La libertad personal desapareció completamente, con lo que la seguridad y la verdadera civilización hubieron de batirse también en retirada. El choque de egoísmos entre los más exaltados provocó una serie de conflictos internos acarreando la ruina pública y el desenfreno de todas las bajas pasiones que suelen vivir al amparo de tales circunstancias. Los que hasta entonces se habían mostrado indiferentes a las exhortaciones de los Papas, comprendían al fin su culpabilidad.

La misión que Guillermo recibiera como legado, consistía precisamente en la restauración de este poder, manantial de paz y felicidad, y en preparar el retorno del Pontificado a Roma, lugar asignado por la Providencia. Se trataba nada menos que de una conquista, y, para acertar en tan difícil cometido, necesitábase un hombre que reuniera en su persona el sentimiento de la equidad y de la justicia junto con una energía y tesón invencibles.

En su primera visita a tierras italianas, Guillermo encontró al que debía ser su brazo derecho y principal artífice de la restauración del dominio pontificio; un amigo a toda prueba. Este preclaro varón no era otro que el célebre cardenal Albornoz, ex arzobispo de Toledo. Aprovechó Guillermo la oportunidad que le brindaba su misión para conocer las necesidades y costumbres de las diversas poblaciones de la Península y compenetrarse con ellas. Terminado su ministerio, Inocencio VI le nombró, el 12 de agosto de 1361, abad de San Víctor de Marsella, cargo que se hallaba entonces vacante por muerte de Esteban de Clapiers.



EL *cardenal Albornoz, que con tanta resolución como talento había ayudado al papa Urbano V, sale a recibirle al puerto de Corneto. Viene acompañado de gran número de prelados y miembros de la nobleza, que depositan a sus pies las llaves del castillo, reconociendo con aquel acto su soberanía temporal.*

ES ELEGIDO PAPA

APENAS pudo el piadoso benedictino gozar por última vez de la tranquilidad monástica, porque Italia requería nuevamente su presencia. Inocencio VI le confió en esta circunstancia una misión en el reino de de Nápoles. Llegado a Florencia, el legado tuvo conocimiento de la muerte del anciano papa, que acababa de sucumbir en Aviñón al peso de los años y de los achaques; era el 12 de septiembre del año 1362, décimo de su pontificado. Reunióse el conclave, según costumbre, el 27 de septiembre de 1362, y recayó la elección, por unanimidad, en Guillermo de Grimoardo. Llamáronle a Aviñón; pero, temerosos de la resistencia de su humildad, tuviéronle secreta la elección hasta su entrada en Marsella, adonde llegó el 28 de octubre, mas no sin graves esfuerzos, porque una inundación tenía como sitiada la ciudad. Declaró que cargaba sobre sus hombros la pesada carga por servir a los intereses de la Iglesia, y que se llamaría en adelante Urbano V, porque —en su decir— los Papas que habían llevado ese nombre se habían distinguido siempre por la santidad de su vida.

El recién electo fué consagrado y coronado el 6 de noviembre. Su primer acto fué suprimir, por humildad, la brillante cabalgata que después de una elección papal se celebraba en Aviñón para festejar al nuevo Pontífice.

POR LA UNIDAD DE LA IGLESIA. — PROYECTO DE CRUZADA. — LAS MISIONES

ANSIOSO de favorecer, en la medida de sus posibilidades, los esfuerzos encaminados a asegurar la unidad de la Iglesia, el Papa oyó benignamente el ruego del emperador de Oriente Juan V Paleólogo, el cual, viendo reducido su imperio a algunas provincias divididas, pidió socorro al jefe de la cristiandad, prometiendo en cambio la vuelta de los griegos disidentes al seno de la Iglesia romana, unión varias veces intentada pero siempre con resultado negativo.

En 1363, Urbano V predicó la Cruzada, y dió personalmente la cruz al rey de Francia, Juan II el Bueno, y al rey de Chipre, Pedro de Lusiñán. La muerte de Juan II hizo abandonar el proyecto.

Sin embargo, el rey de Chipre y el Beato Pedro Tomás, santo misionero al par que guerrero valiente y hábil diplomático, al frente de los caballeros de Rodas y de otros esforzados soldados, tomaron por asalto la capital de Egipto; pero, demasiado pocos en número para conservar la conquista, volvieron a Chipre, donde Pedro Tomás, alma de la empresa, murió el día de la Epifanía de 1366 de resultas de las heridas que en Egipto recibiera.

Para desquitarse del fracaso que suponía el no haber logrado el rescate del Santo Sepulcro, Urbano V concentró todo su celo en la expansión de la fe en Oriente. India, China, Tartaria, Valaquia y Lituania vieron renovar, durante su pontificado, las maravillas de los tiempos apostólicos. En octubre de 1369 tuvo la inefable dicha de reconciliar al emperador Juan Paleólogo con la Iglesia Católica.

Las naciones cristianas de Occidente consideraban al Papa como al Padre común, y en sus disensiones encontraban siempre en él árbitro y juez. Además, como guardián supremo de la moral y de la justicia, el Papa está en el derecho de recordar a los príncipes cristianos los deberes que tienen para con sus súbditos, y a éstos, los recíprocos para con aquéllos, y a todos, sus obligaciones para con Dios. Los Pontífices de la Edad Media ejercieron más de una vez esta atribución; y Urbano hubo de hacerlo más de una vez, como le sucedió en el caso de Pedro el Cruel, rey de Castilla, cuyos desórdenes tenían escandalizado al pueblo.

SANTIDAD, DISCIPLINA Y MUNIFICENCIA

DESDE las alturas del solio pontificio, Urbano V predicaba al mundo entero con las maravillas de su vida íntima. Enemigo de la ambición, contrario al fausto, y extraño a la vida muelle y sensual, escondía, bajo la grandeza del Pontífice, la austeridad del monje. Conservaba el título y el hábito como para recordar continuamente los primeros compromisos que con Dios había contraído. «No a mí, Señor —decía al ver a los monarcas postrarse a sus pies—, no a mí, sino a Vos se debe toda gloria».

Reformó los abusos de la corte pontificia y obligó a los obispos a residir en sus respectivas diócesis. Fué rígido contra la inmoralidad, el lujo, y la usura que agobiaba a los pobres, y liberal con las iglesias, monasterios y universidades, sobre todo con la de Montpeller y las de Cracovia y Viena, recién fundadas. Construyó las catedrales de Montpeller y Mende y restauró con gran cariño la célebre abadía de Monte Casino, en Italia.

VUELTA DEL PONTIFICADO A ROMA

EL sabio y prudente cardenal Albornoz acababa de pacificar los Estados Pontificios y de preparar la vuelta del Papa; pero los demás cardenales, franceses en su mayoría, sentían repugnancia instintiva a expatriarse, y Carlos V de Francia hizo cuanto pudo para retener al Papa. Urbano V, desoyendo a egoístas consejeros, pasó por encima de los falsos intereses y cumplió su deber con gran firmeza y resolución.

Albornoz recibió orden de aparejar los palacios de Viterbo y del Vaticano para albergar al Sumo Pontífice, quien, definitivamente salió de Aviñón el 30 de abril de 1367, embarcó en Marsella el 19 de mayo y, escoltado por una flota compuesta de veintitrés galeras, arribó felizmente a Corneto.

Salió a recibirle el cardenal español, acompañado de numerosos obispos y señores; una comisión de diputados romanos le hizo entrega, con las llaves del castillo de Santángelo, del gobierno de la ciudad. Más lejos, en Viterbo, adonde llegó el cortejo pontificio el 9 de junio, aguardábanle los embajadores de los reinos cristianos que habían acudido para felicitarle por el retorno; el patriarca de Constantinopla, seguido de varios señores, entre los que se encontraba el conde Amadeo de Saboya, tío materno del emperador de Oriente, vino a aumentar el inmenso concurso de gentes que había salido a recibirle llevando en las manos ramos de olivo, símbolos de paz. Tres meses después, el sábado 16 de octubre, Urbano V entraba en Roma entre entusiastas aclamaciones y clamorosos vítores del pueblo, y encaminábase directamente a la tumba de los santos Apóstoles.

RETORNO A AVIÑÓN

PARECÍA que con la dolorosa experiencia anterior hubieran entrado en juicio los causantes del alejamiento de la sede apostólica; la conducta observada en un principio por parte del pueblo en general lo hizo esperar así, con lo que el santo Pontífice pudo encarar decididamente el plan de gobierno que traía ya en gran parte preparado. Los acontecimientos posteriores iban a demostrar la poca base de tal optimismo.

Con el momentáneo alejamiento del Papado, la ciudad de Roma, abandonada a sí misma, había ido perdiendo sus atractivos naturales. Edificios e iglesias, desolados, caían en ruinas; dos basílicas insignes, las de San Pablo y San Juan de Letrán, venerables monumentos de la piedad de los primeros siglos del cristianismo, amenazaban hundirse. Urbano reparó ambos templos, los decoró ricamente y ofreció a la de Letrán dos magníficos relicarios de plata destinados a recibir las sagradas cabezas de San Pedro y San Pablo, por él descubiertas el 2 de marzo de 1368. Dos flores de lis adornadas con pedrerías, regalo del rey Carlos V de Francia, resaltan sobre cada busto.

Para dar trabajo al pueblo, Urbano emprendió la construcción de vastos jardines detrás del Vaticano; en ellos plantó viñas y frutales de todos los países, con lo que ocupó a un millar de obreros durante un invierno. En 1369 canonizó, en San Pedro, a su padrino San Eleazar de Sabrán.

Desgraciadamente, los Estados Pontificios eran presa muy codiciada por los incontables tiranos que gobernaban las ciudades italianas, los cuales mandaron secretamente emisarios a los dominios del Papa con encargo de fo-

mentar sin descanso la revolución y lograr, de esa manera, un estado de inseguridad latente que hiciera imposible la vida del legítimo soberano. Por otra parte acababa de estallar la famosa guerra de «los cien años» entre Inglaterra y Francia. La necesidad imperiosa de absoluta calma en la administración de la Iglesia y la esperanza de resolver el conflicto anglofrancés, indujeron al Pontífice a volver a Francia; así que, amargado por la tristeza, Urbano V decidió abandonar a Roma y emprender el camino de Aviñón.

CÓMO MUERE UN PAPA

SABEDORA la ilustre Santa Brígida del proyecto que abrigaba el Pontífice, y obedeciendo a una revelación sobrenatural, probó de hacerle desistir de su intento; pero, juzgando el Papa no estar obligado a seguir tal aviso, salió de Italia el 5 de septiembre de 1370; el 17 estaba en Marsella, y el 26 llegaba a Aviñón. Poco después enfermó inesperadamente y se sintió morir. Era en diciembre de 1370, año noveno de su pontificado.

Viendo próximo su fin en este mundo, quiso por humildad que le sacasen del palacio apostólico y le llevasen a casa de su hermano. Allí pidió que se abrieran las puertas y se permitiera libre circulación alrededor de su lecho a cuantas personas desearan ver cómo mueren los Papas. El jueves, 19 de diciembre, expiró revestido del hábito benedictino.

Su cuerpo, inhumado primeramente en Aviñón, fué más tarde transportado a San Víctor en 1372.

Numerosos y estupendos milagros ilustraron su tumba y contribuyeron a que los pueblos le tributasen solemne culto. Hiciéronse activas diligencias ante Clemente VII para obtener su canonización, y este Papa nombró una comisión oficial el 17 de abril de 1381; pero, diversos acontecimentos entorpecieron la marcha de la causa, y así continuaron las cosas hasta que el papa Pío IX confirmó aquel culto inmemorial el 10 de marzo de 1870.

SANTORAL

Santos *Bernardo, arzobispo de Toledo;* Gregencio, obispo en Arabia· *Adjutor, benedictino; Nemesio y compañeros, mártires;* Ribario, abad; Timoteo, diácono, mártir en Mauritania; Darío, Zósimo, Paulo y Segundo, mártires en Nicea Ciríaco, Paulino, Segundo, Anastasio, Sindimio y compañeros, mártires en Nicomedia; Nemesiano, niño mártir, honrado en Cartago; Timoleón, mártir; Munio, sobrino y discípulo de San Patricio. Beatos **Urbano V, papa;** Guillermo, franciscano. Santas Protasia, virgen, mártir en Senlis (Francia); Maura y Tea, mártires en Gaza (Palestina). Beata Cecilia de Ferrara, viuda y dominica.



Una voz de celestial encanto sale de estos muros tantas veces seculares

DIA 20 DE DICIEMBRE

SANTO DOMINGO DE SILOS

ABAD BENEDICTINO (1000-1073)

A Santo Domingo se le llama de Silos por su larga permanencia en el monasterio de este nombre. Nació en aquel año famoso y temido en que se creía que iba a ocurrir el fin del mundo. El año 1000 vió la luz este niño destinado a ser una de las principales glorias de España. Descendía de familia nobilísima, pues traía su origen de los señores de Vizcaya y de los reyes de Navarra. Su padre, don Juan Manso, residía en la villa de Cañas, diócesis de Calahorra, en la región de Castilla la Vieja llamada la Rioja. No mencionan los historiadores el nombre de su madre; no cabe duda de que era de noble linaje como su esposo, y que ambos sobresalían por su rara piedad y ejemplar vida cristiana.

Aquellos virtuosísimos consortes criaron a su hijo muy cristianamente. Por otra parte era el niño de índole grave y formal que le inclinaba naturalmente a superiores estudios.

No obstante la elevada condición de sus padres, tenía Domingo aficiones propias de personas sencillas y modestas. Ya en su temprana edad manifestó su amor al retiro pidiendo a su padre que le dedicase a guardar el rebaño. Hubiérase dicho que el Señor quería llevarle a la soledad para ha-

blarle más libremente al corazón, y sobre todo para conservar la inocencia del que destinaba a ser su apóstol y amigo predilecto.

Pasados cuatro años en tan humilde oficio, empezó a estudiar por mandato celestial, y fué su maestro el mismo Espíritu Santo. Fácil es juzgar de sus adelantos en las ciencias divinas y humanas. Se ordenó sacerdote y vivió con sus padres, para los que fué en breve lumbrera y modelo de virtudes; su vida era santísima; guardaba inmaculada la inocencia bautismal y se entregaba sin piedad a durísimas penitencias.

Pronto le pareció que aun la misma soledad a que tanto se aficionara, no se hallaba exenta de peligros; por lo que además de consagrarse al sacerdocio de que se veía investido, buscaba otro campo de apostolado. Sentía en sí como el impulso de una gracia que anhelaba comunicarse.

EN LA ORDEN BENEDICTINA. — PRIOR DE SAN MILLÁN

REVOLVÍA sin cesar estos pensamientos en su mente, con el deseo puesto en vida más perfecta, cuando tuvo de improviso la inspiración de acogerse al famoso monasterio benedictino de San Millán de la Cogulla, distante sólo una legua de la villa de Cañas y perteneciente también a la diócesis de Calahorra. Vivían en San Millán religiosos muy observantes. Modelo de todos fué Domingo a poco de su admisión entre ellos. Cerca del magnífico monasterio se ve todavía la cueva a donde se retiraba Domingo para entregarse a penitencias que asustan.

El abad de San Millán, a quien admiraba la virtud de aquel joven religioso ya tan fervoroso y santo, para probarle en la obediencia, nombróle, a pesar de sus pocos años, prior del convento de Cañas, su villa natal. Era difícil compromiso por hallarse aquel monasterio medio arruinado, sin rentas y algún tanto desmoralizado. Cualquier otro se hubiera desalentado de antemano; pero Domingo, lleno de confianza en Dios y sabiendo que la obediencia es prenda segura de victoria, aceptó valerosamente. Sin suprimir nada de las observancias regulares, quiso que los pocos religiosos que con él fueron se dedicasen al trabajo manual para poder vivir. En cosa de dos años dispuso el Señor de tal manera los corazones, y la fama de santidad de Domingo cundió tanto por aquellas tierras, que se pudo reedificar el monasterio y restaurar los claustros y la iglesia. Fué a consagrarla don Sancho, obispo de Nájera, antiguo abad de San Millán y amigo de Domingo.

La fama del nuevo prior fué creciendo de día en día; de los pueblos circunvecinos acudieron al convento muchos que deseaban tenerle por director y guía, entre ellos algunos hermanos suyos y aun su mismo padre.

Viendo el abad de San Millán qué tesoro poseía en la persona de Do-

mingo, quiso aprovecharlo debidamente para mayor gloria de Dios. Mandóle, pues, volver y propuso a sus religiosos que lo aceptaran por prior. Todos en la comunidad le amaban y veneraban por las eminentes virtudes que en él resplandecían. Fueron años de paz y prosperidad para el monasterio de San Millán. Envidioso de ello el demonio, y previendo el inmenso bien que obraría el Señor por medio de tan santo varón, desencadenó sobre el convento violenta tempestad de adversidades y persecuciones. Llegó a indisponer contra el Santo al rey de Navarra, García IV, que a la sazón se hallaba en la Rioja. Por un fútil pretexto, determinó este príncipe usurpar la abadía de San Millán. Afligióse Domingo con tan injustas reclamaciones y dió pasos y más pasos para detener al rey en la pendiente fatal por donde peligraron resbalar los monarcas de todos los tiempos; hízole presente que ningún magnate del mundo, sea cual fuere su poderío, puede apropiarse los bienes eclesiásticos, por estar consagrados al servicio de Dios, y al alivio y sustento de sus siervos y de los pobres. Poco impresionaron al rey todas estas razones; en vista de lo cual y porque el príncipe llegó a las amenazas, de las que presto hubiera pasado a la ejecución, partió Domingo para Burgos, donde se hallaba a la sazón el rey de Castilla don Fernando I.

Este príncipe le acogió con el respeto y veneración correspondiente a la fama de santo que había precedido a Domingo en la corte. Hizo justicia a las reclamaciones del prior, y cedióle además un terreno que nadie podía reclamar y que Domingo pidiera para retirarse. Este lugar era Silos, monasterio cuya fama creció extraordinariamente desde que el Santo lo embalsamó con la fragancia de sus virtudes.

Aseguran algunos autores, que el siervo de Dios permaneció en Burgos el tiempo necesario para edificar un convento de la Orden cerca de los Agustinos, en un valle llamado *Semela*. En él cantaba noche y día las alabanzas del Señor. El lugar donde vivió Domingo es hoy día la ermita de la Magdalena, que aun a principios del siglo XIX dependía del monasterio de Silos.

ABAD DE SILOS

CRÉESE que fundó este monasterio benedictino el rey Recaredo por los años de 593, y lo dedicó a la Virgen María y a San Sebastián. A él llegó Domingo el día 24 de enero de 1041. A raíz de la invasión musulmana, este célebre convento había decaído de su pasada gloria. Tanto arraigaron en él los abusos y desórdenes, que el rey don Fernando, como don Jimeno, obispo de Burgos, juzgaron que sólo Domingo podía remediar sus males. Fué, pues, allá el santo monje, acompañado de varios personajes de la corte de Castilla. Aquel día cantaba la misa otro santo religioso llamado fray

Liciniano, que hacía tiempo vivía afligido por la decadencia del monasterio. Volvióse al Ofertorio de cara al pueblo, y en vez del *Dóminus vobíscum,* cantó movido de repentina inspiración sobrenatural: «Ya viene el restaurador»; a lo que el coro respondió inspirado también: «El Señor nos lo envía». Autorizó el cielo esta confusión de oraciones litúrgicas, porque al entrar Domingo en la iglesia, le vieron todos rodeado de resplandeciente aureola, lo que les determinó a consagrar al nuevo abad.

Mostrándose acabado ejemplar de virtudes dió principio Santo Domingo a la reforma del monasterio. La santidad floreció otra vez en Silos como en los días de mayor fervor. Al tiempo que amanecía para esta abadía nueva era de prosperidad material, se daba comienzo a la construcción de una magnífica iglesia que había de perdurar hasta mediados del siglo XVIII.

VISIÓN DE LAS TRES CORONAS

PLUGO cierto día al Señor llenar de gozo a su siervo con una visión consoladora en extremo. Mostróle un río del que salían dos arroyos; por uno corrían aguas blanquísimas como la leche, y por el otro rojas como la sangre. Había sobre el río un puente de cristal, de apenas palmo y medio de ancho. En la orilla opuesta a la de Domingo estaban dos mancebos hermosísimos, Uno tenía en las manos dos coronas de oro; el otro sólo una, de oro y pedrería. El primero le decía que pasase el río, pero Domingo alegaba la dificultad de hacerlo por puente tan estrecho: «No temas» —repuso la visión—; el abad de Silos cobró confianza y cruzó el río. Al llegar a la otra orilla, díjole el enviado de Dios:

—Mira las dos coronas que te traigo porque las has merecido.

—Y ¿cómo pude yo merecer premio de tan celestial mensajero?

—La primera corona —respondió el embajador celestial— te la envía el Señor porque menosprecias los bienes del mundo; la perseverancia te asegurará el gozar de ella eternamente; la segunda, porque restauraste el convento de Nuestra Señora de Cañas, para honrar a la Virgen María, y porque has guardado fielmente la castidad. Recibirás la tercera corona, que es la más preciosa, si reformas el monasterio de Silos y le devuelves su antiguo esplendor, y por todas las almas que ganarás para Cristo. Si cumples fielmente hasta el fin con la misión que te tiene encomendada, gozarás eternamente con nosotros de estas tres coronas.

La visión desapareció. Al día siguiente refirió Domingo cuanto había visto a algunos monjes con quienes tenía más intimidad por ser más virtuosos. Hallábase entre ellos fray Grimaldo, que escribió la primera vida del santo abad, y trae en ella el relato de este suceso. «Sólo más adelante



EN *lo que más se señaló la caridad de Santo Domingo de Silos fué en socorrer a los cristianos que estaban presos en las mazmorras y en poder de los moros. Fueron tantos los despojos de los cautivos venidos a su convento, que se decía vulgarmente en tono de ponderación: «No te bastarán los hierros de Santo Domingo».*

—añade— dimos con el significado de esta visión; en poco la tuvimos hasta que el espíritu profético y los milagros de Domingo nos la mostraron como verdadera y digna de crédito». Estas tres coronas se hallan reproducidas en el escudo de Silos y en muchos lugares del monasterio y de la iglesia.

Los reyes de España favorecieron de mil maneras al convento que Domingo gobernaba tan santamente. Don Sancho le hizo donación del priorato de Nuestra Señora del Duero con todas sus pertenencias, y don Alfonso VI le cedió el monasterio de San Martín de Madrid y la parroquia aneja al mismo, con la jurisdicción civil y criminal sobre todos los feligreses. Merced a la liberalidad de los reyes y de otros nobles, logró Domingo restaurar la iglesia, el claustro y el monasterio de Silos, el cual constituye un monumento realmente grandioso, imponente y único por su valor artístico.

VIRTUDES. — CARIDAD CON LOS CAUTIVOS

PERO con más ardor que a estas restauraciones materiales, dábase Domingo a la santificación de las almas, templos vivos del Espíritu Santo. No limitaba su celo a los religiosos del monasterio sino que lo extendía en torno cuanto podía. Por eso acudía de todas partes a Silos gente afligida o desgraciada, atraída por la santidad de Domingo y por los milagros con que el Señor le favorecía. Porque al conjuro de la oración del Santo veían los ciegos, andaban los cojos, sanaban los enfermos. Centenares de testimonios de poder tan sobrehumano cubren aún hoy día las paredes de la capilla donde se guardan sus reliquias.

Los más conmovedores y gloriosos de esos trofeos, no son tanto los magníficos cuadros que adornan la capilla y representan los principales pasos de la vida y los milagros del Santo, sino las guirnaldas de cadenas, hierros y cepos suspendidos de las bóvedas, las cuales dan fe de su caridad para con los cautivos de los moros, dueños a la sazón de buena parte de España. Sin desatender sus obligaciones de abad, visitaba las mazmorras donde padecían aquellos pobres cristianos y pagaba su rescate, preludiando de esta suerte la obra admirable que había de nacer años más tarde, la Orden de Nuestra Señora de la Merced.

Los cristianos que libraba del cautiverio y quizá de la apostasía, solían correr tras él aclamándole, y llevaban a la puerta de la iglesia de Silos los instrumentos de tormento. Estas cadenas se colgaban en las paredes, donde aún pueden verse algunas. Fueron tantos los despojos de los cautivos recogidos en aquel convento, que decían por refrán en Castilla: «No te bastarán los hierros de Santo Domingo».

Por entonces ordenó el Señor a San García, abad de Arlanza, que tras-

ladase de Ávila a su monasterio los cuerpos de los santos mártires Vicente, Sabina y Cristeta. Domingo asistió a la traslación con algunos obispos de Castilla que pidieron por favor les dejasen llevar a sus iglesias algunas de aquellas reliquias. Nada pidió el abad de Silos, y como lo extrañasen los monjes, el Santo les dijo llanamente: «No os acongojéis, hermanos, porque Silos llegará a poseer el cuerpo de un Santo tan excelso, que nada tendrá que envidiar a las demás iglesias». Dijo esto por divina inspiración y sin comprender que precisamente a sí mismo iba referida la alusión; sólo más adelante entendieron los monjes el verdadero significado de aquella profecía.

MUERTE. — SEPULCRO. — MILAGROS

ACERCÁBASE la hora en que el insigne siervo del Señor iba a recibir el premio de sus heroicas virtudes y santas obras. La misma Virgen María, a quien tanto amaba, se dignó anunciarle su próxima muerte. El día 18 de diciembre en que la Iglesia celebra la festividad de Nuestra Señora de la Esperanza, dijo Domingo a los monjes congregados alrededor de su lecho:

—He pasado toda esta noche en compañía de la Reina de los ángeles, y me ha invitado a irme con ella dentro de tres días; pronto me sentaré en el banquete celestial al que me acaba de convidar.

El 20 de diciembre de 1073 recibió devotamente los sacramentos con que la Iglesia suele consolar a sus hijos en el postrer momento de la vida. Al poco rato, los monjes allí congregados vieron que el alma de su santo abad volaba al Criador, adornada con la triple corona prometida por la visión. Había gobernado el monasterio de Silos por espacio de cerca de treinta y tres años.

Enterraron su cuerpo en el claustro que él mandara edificar adosado a la iglesia del monasterio. Una piedra que representa al Santo, señala todavía el lugar de aquel primer sepulcro. Los innumerables milagros en él obrados, y las instancias de los peregrinos, que no siempre podían entrar libremente en el claustro, determinaron a don Jimeno, obispo de Burgos, de acuerdo con don Fortunio, abad de Silos e inmediato sucesor del Santo, a trasladar las preciosas reliquias al altar de San Martín, de la iglesia del monasterio, lo que efectuaron a 5 de enero de 1076. Don Alfonso VI, rey de Castilla, otorgó las necesarias licencias, y la ceremonia se verificó con asistencia de innumerables fieles.

Según costumbre de aquellos tiempos, ésa fué la beatificación del siervo de Dios. De allí adelante vino a perder la iglesia del monasterio su denominación de San Sebastián y pasó a llamarse de Santo Domingo de Silos.

CULTO. — SANTO DOMINGO DE GUZMÁN

LA gloria del santo abad de Silos no decreció con los siglos, antes aumentó extraordinariamente. Los cristianos cautivos de los moros siguieron encomendándose a su eficaz patrocinio; sólo el año de 1285, acudieron a Silos, en romería de agradecimiento, doscientos tres cautivos redimidos. Al relato de su vida, escrita por fray Grimaldo en el siglo XI, se añadieron sucesivamente una *Recopilación de Milagros* escrita a fines del siglo XIII por el monje Pero Marín, y en el siglo XVII dos biografías del Santo por Gaspar Ruiz y Juan de Castro; Sebastián de Vergara publicó otra en 1736. Llámanle en ellas «el taumaturgo español, el nuevo Moisés, el nuevo redentor de España».

En el monasterio se fundó, en honor de Santo Domingo, una cofradía o *hermandad* que tuvo florecimiento extraordinario a fines del siglo XIV y principios del XV.

El año 1439, alistábanse en la misma más de 45.000 socios de todos los reinos de la Península; encabezaban la lista de «cofrades» los reyes de Castilla, Aragón, Portugal y Navarra. Para ser inscritos en ella, daban los seglares una libra de cera o treinta dineros; luego, cada año, un real de plata, o su equivalente en trigo o lana. Celebrábanse misas por los miembros vivos y difuntos. Albergaban a los peregrinos pobres que pasaban camino de Santiago de Compostela, Jerusalén, San Pedro de Roma y otros santuarios, y acogían a los huérfanos. Papas y obispos concedieron a la hermandad «innumerables» indulgencias. Aun perduraba floreciente a fines del siglo XV, pero decreció su importancia en el XVI y se extinguió en el XVII.

Muchas iglesias tuvieron por patrón a Santo Domingo de Silos. El padre fray Mario Ferotín, que publicó a fines del siglo XIX dos obras notables sobre el monasterio de Silos, trae una relación, quizá incompleta, en la que menciona no menos de cincuenta y una.

Los reyes de España hicieron pública su veneración al Santo colmando de favores al monasterio, en atención a las reliquias en él conservadas. Otorgáronle privilegios que parecen exagerados. Generosos bienhechores cedían rentas al monasterio que había sido regido por tan santo e ilustre abad; entre ellos, el año 1076, el Cid Campeador y su esposa doña Jimena.

Iba a menudo en peregrinación al sepulcro de Santo Domingo la Beata Juana de Aza, esposa de don Félix de Guzmán, con quien vivía en el castillo de Caleruega, distante cinco leguas del monasterio. Iba a dar a luz el tercer hijo cuando volvió a Silos, y, arrodillada ante el sepulcro del Santo, le hizo esta oración: «¡Oh excelso y poderoso Santo Domingo!, si por tu intercesión me concede el Señor un hijo, le llamaremos Domingo». Enton-

ces tuvo aquella famosa visión que ya conocemos. Vió a su hijo en figura de perro que llevaba una antorcha para alumbrar al mundo; poco después nació su tercer hijo, a quien llamó Domingo: es hoy día uno de los Santos insignes de la Iglesia, el ilustre fundador de los Dominicos.

Quizá en memoria de esta peregrinación de la Beata Juana de Aza invocan las madres a Santo Domingo de Silos para obtener felices partos. El superior del monasterio solía llevar el báculo del Santo al palacio real cada vez que una reina iba a dar a luz.

De los demás ilustres peregrinos, menciona la crónica al rey don Felipe III y a la reina doña Margarita de Austria, quienes, el 11 de julio de 1608, visitaron descalzos el aposento donde expiró Santo Domingo.

TRASLADO DE LAS RELIQUIAS

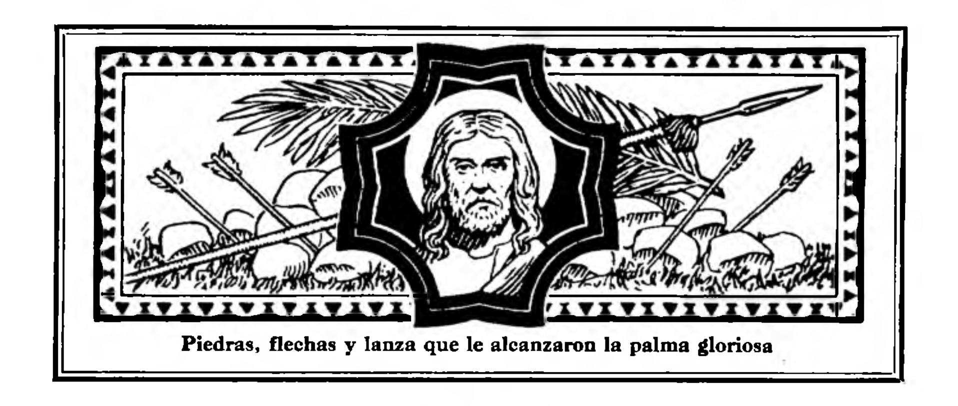
EL cuerpo de Santo Domingo de Silos fué trasladado, el 19 de abril de 1733, desde el altar de San Martín a la magnífica capilla edificada en la nave transversal de la iglesia, del lado del Mediodía. Allí está encerrado en una urna de plata colocada a tres metros del altar. Con ocasión de este traslado, permitió el papa Clemente XII que se inscribiera el nombre de Santo Domingo de Silos en el Martirologio romano con estas palabras: «Famosísimo por razón de sus milagros en la redención de cautivos».

A raíz del decreto de 1835, que expulsó de España a los religiosos, se suprimió el monasterio de Silos; el 17 de noviembre cantaron los monjes la última misa solemne antes de la dispersión. El entonces abad, padre Echevarría, quedó como párroco en Silos hasta que le nombraron obispo de Segovia (1857). El monasterio permaneció cerrado cerca de medio siglo.

A Silos fueron los benedictinos de la Congregación de Francia dirigidos por el abad fray Ildefonso Guepín, al ser expulsados de Ligugé por los decretos franceses de 1880. El monasterio ha adquirido nuevo lustre con religiosos españoles adscritos a la rama francesa de la Orden benedictina.

SANTORAL

Santos **Domingo de Silos, abad;** *Filogonio, obispo de Antioquía;* Domingo, obispo de Brescia; *Eugenio y Macario, presbíteros y mártires;* Malosio, presbítero; Liberato y Báyulo, mártires en Roma; Ammón, Zenón, Tolomeo, Ingenes y Teófilo, soldados, mártires en Alejandría; Julio, mártir en Tracia; Fulgosio, confesor. Beatos Santos de Cora, agustino; Melchor y Tomás de San Antonio, franciscanos. Santas Crescencia y compañeras, mártires en África. Beatas Julia de la Rena; María, lega benedictina; Margarita del Espíritu Santo, dominica. *Venerable Oria, discípula de Santo Domingo de Silos.*



Piedras, flechas y lanza que le alcanzaron la palma gloriosa

DÍA 21 DE DICIEMBRE

SANTO TOMAS

APÓSTOL Y MÁRTIR (siglo I)

PASÓ Jesucristo en la humilde oscuridad de Nazaret los treinta años primeros de su vida, y al cabo de ellos inauguró su vida pública y comenzó a revelar al mundo los misterios del reino de Dios. Al atravesar los pueblos de Palestina fué recogiendo discípulos que le acompañaban en sus correrías apostólicas. A doce de ellos dió parte muy mayor en su ministerio; los instruyó con preferencia, los envió a predicar en nombre suyo y los elevó hasta ser sus mensajeros, sus amigos, sus *após-toles*. Santo Tomás, uno de ellos, pudo así oír de más cerca las enseñanzas del divino Maestro y penetrar más íntimamente en su amantísimo Corazón.

Si hemos de dar crédito a documentos antiguos, su verdadero nombre era Judas; nombre muy general entre los judíos, y, precisamente para distinguirlo de sus homónimos, designósele con el sobrenombre de Tomás, que significa *gemelo,* lo mismo que el nombre griego de Dídimo con que también lo designa el evangelista San Juan. Una tradición afirma que nació en Antioquía y unos escritos apócrifos refieren que tuvo una hermana gemela llamada Lidia. Pero, si queremos hallar episodios de autenticidad indiscutible acerca de la vida de Santo Tomás, hemos de acudir al Evangelio.

FIDELIDAD AL DIVINO MAESTRO

CUANDO Jesús le llamó al apostolado, Tomás debía ejercer en Galilea el humilde oficio de pescador, como la mayor parte de los Apóstoles. Esta aserción fluye del hecho acaecido después de la resurrección del Señor, puesto que le vemos entre los discípulos que estaban en el lago de Tiberíades cuando la pesca milagrosa.

El carácter de Tomás se manifiesta en tres circunstancias referidas por San Juan. En la primera, el Apóstol se muestra tan generoso, tan fiel y tan adicto a su Divino Maestro, que por Él arrostra el peligro de muerte. Como Jesucristo declarase a los judíos que era igual al Padre y Dios como Él, sus oyentes habían tomado piedras para arrojárselas como a blasfemo; más el Señor desapareció de la acompañía de ellos porque no había sonado aún la hora de la Redención del mundo. Al llegar ésta, Jesús dijo a sus Apóstoles: «Volvamos a Judea». Estas palabras los asustaron. «Señor —le dijeron—, hace pocos días querían apedrearnos, y ahora ¿queréis volver allá?» El amor hacia Jesús y el temor de la persecución les hicieron hablar así; pero Tomás, ahogando sus aprensiones, animó a sus condiscípulos a que siguiesen a Jesús diciendo con tono resuelto: «*Eamus et nos et moriamur cum illo:* Vayamos también nosotros y muramos con Él». En esta coyuntura —observa San Vicente Ferrer— demostró Tomás más caridad que los demás Apóstoles, pues no hay mayor amor que dar la vida por el amado.

SU AMOR A LA VERDAD

RESUELTO estaba Tomás a seguir a Cristo incluso en el camino del suplicio, y era porque se embebía de las enseñanzas divinas y sacaba de ellas las legítimas consecuencias. No se inclinaba a creer sin motivo suficiente, y desconfiaba de toda afirmación que no se apoyase en pruebas inconcusas; amante de la verdad, sólo a ella se entregaba de corazón. No quería pecar de crédulo y le rendía la doctrina luminosa y cierta.

Dos episodios demuestran esta índole de su alma. Entremos en el Cenáculo, donde el Señor celebra con sus discípulos la última pascua, tras la cual instituirá el sacramento de la Eucaristía, les dará a comer su Cuerpo y su Sangre y pronunciará ante ellos el más sublime sermón que haya llegado a oídos humanos. Está Jesús a punto de ofrecerse a la muerte y, al considerar la aflicción en que dejaría a los Apóstoles, los consuela anunciándoles que va a prepararles un lugar en la casa de su Padre. «Cuando me vaya —les dice—, os prepararé un lugar, y luego volveré a buscaros,

a fin de que donde yo estoy, estéis vosotros; y ya sabéis adónde voy y conocéis el camino». Entonces le interrumpe Tomás: «Señor —dice—, no sabemos adónde vas; pues ¿cómo podemos saber el camino?» Con estas palabras confiesa humildemente que la doctrina del Soberano Maestro, respecto del término de su misión, está fuera de su alcance. Y Jesús le responde: «Yo soy el camino, la verdad y la vida; nadie va al Padre si no es por Mí...»; y ningún apóstol escucha entonces con más fervorosa atención.

La ingenua humildad de Tomás al confesar su ignorancia, fué ocasión propicia que el Señor aprovechó para darse a conocer al mundo. Sólo Él se conoce lo bastante para definirse y decirnos quién es; y gracias a la pregunta del Apóstol, nos reveló algo de su personalidad íntima; nos dió una verdadera definición de Sí mismo; definición brevísima y completa.

LA HORA DE LA DUDA Y LA HORA DE LA FE

COMO amante de la verdad, el santo Apóstol deseaba verla con toda pureza y se precavía contra la ilusión y la imaginación que la desfiguraran. Era de tal condición que una excesiva prudencia intelectual le impedía dar crédito a cualquier testimonio humano cuyas pruebas no fuesen incontestables. Así sucedió en el conocido episodio evangélico en que tuvo un momento de duda y hasta de incredulidad, antes de la hora de la fe confirmada e indefectible.

Jesucristo, el mismo día de su resurrección, siendo ya tarde, se apareció a los Apóstoles que, por temor a los judíos, se habían encerrado en el Cenáculo. Llenáronse de gozo los discípulos con la vista del Señor, el cual les repitió: «La paz sea con vosotros; como mi Padre me envió, así os envío también a vosotros». Tomás, empero, no se encontraba con ellos. Cuando regresó, rodeáronle y le dijeron: «Hemos visto al Señor». Por sorprendente que fuera la resurrección de Jesús, el Apóstol hubiera debido rendirse ante la afirmación unánime de sus compañeros. Pero, lejos de ello, replicóles vivamente: «Si no meto mi dedo en los agujeros de las llagas y mi mano en su costado, no lo creeré».

Ocho días después presentóse Jesús por vez segunda en medio de sus discípulos reunidos: «La paz sea con vosotros», les dijo. Y añadió vuelto a Tomás: «Mete aquí tu dedo, y registra mis manos; y trae tu mano y métela en mi costado, y no seas incrédulo, sino fiel». ¿Tocó el Apóstol las cicatrices del Salvador? No lo dice el sagrado texto, pero es creíble que bastó a Tomás el testimonio que el mismo Jesús le daba de su resurrección para rechazar toda duda y para confesar la fe desde entonces ilustrada y ardiente con aquel grito de admiración y amor:

—«¡Señor mío y Dios mío!

—Porque has visto, Tomás —le replicó Jesús—, has creído. ¡Bienaventurados aquellos que han creído sin haberme visto!»

El único reproche que el Salvador hizo a la tardía rendición del Apóstol, fué declarar el mérito y la dicha de los que creen en Él sin exigirle que se deje ver. En cuanto a la fe de Santo Tomás, convienen todos los Padres de la Iglesia en que fué perfecta e independiente de los sentidos, pues en cuanto vió las llagas de su divino Maestro y su cuerpo vivo, creyó otra cosa muy diferente: sus ojos veían a un hombre, mas él creyó firmemente que aquel hombre era Dios.

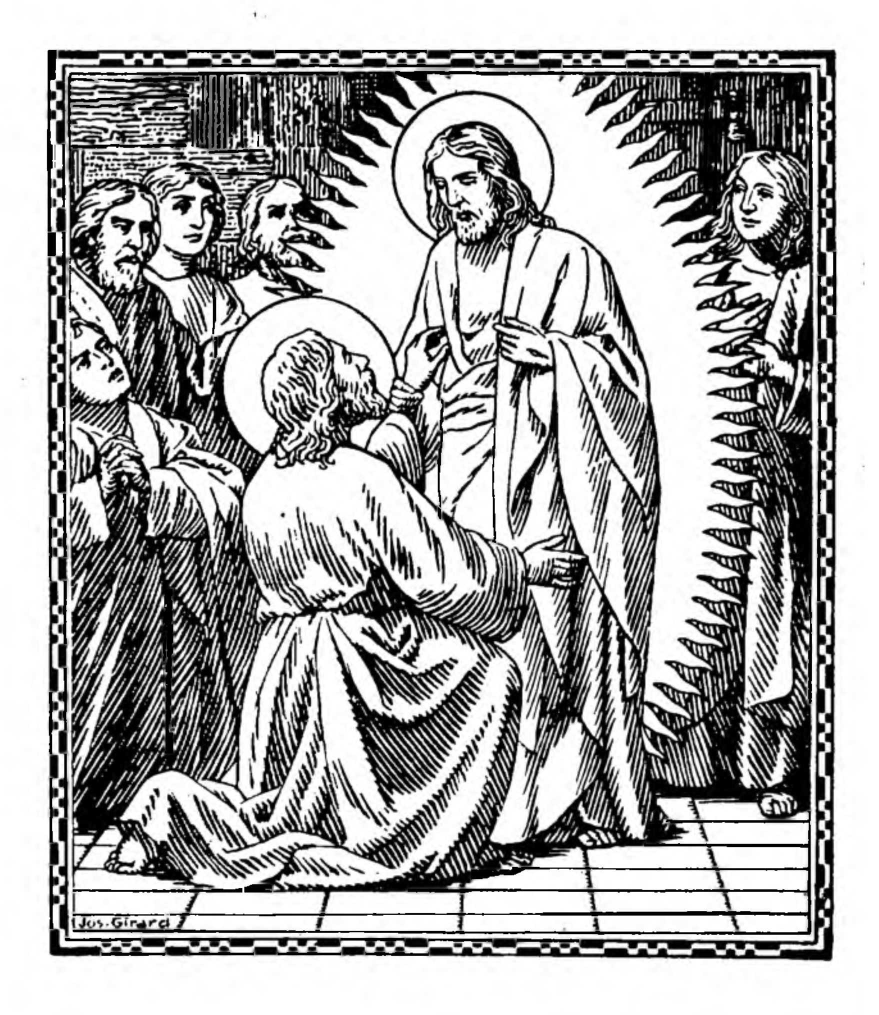
Los Santos Padres han hecho resaltar siempre el provecho que derivó para el cristianismo de la momentánea incredulidad de Tomás, pues que ella aparta de nosotros cualquier duda acerca de la resurrección del Señor y por tanto de su Divinidad. San Gregorio Magno escribe:« «Más ha contribuído a afirmar nuestra fe la incredulidad de Santo Tomás, que la fe de los discípulos que habían creído». «El dedo de Santo Tomás —añade otro santo Padre— ha llegado a ser doctor que ha enseñado al mundo la verdad acerca de la carne de Cristo y el inefable misterio de su Resurrección».

ASCENSIÓN DEL SEÑOR

DESPUÉS de la mencionada escena, el nombre de Tomás se halla sólo dos veces en el Nuevo Testamento *(San Juan, XXI, 2; Hechos, 13)*, la primera es en otra circunstancia en que Jesús, resucitado, se aparece a varios de los suyos, a fin de despedirse de ellos antes de volverse a su Padre; y la segunda, cuando, reunidos los discípulos en el Cenáculo, perseveraban en oración en espera de la venida del Espíritu Santo.

Con Pedro, Santiago, Juan y otros dos discípulos, hallábase Tomás a orillas del lago de Tiberíades tras una noche de mucho trabajo en que no habían pescado nada. Al despuntar el alba, Jesús se apareció de improviso y dijo a los pescadores: «Echad las redes a la derecha de la barca y sacaréis». Obedecieron, y la red se llenó de peces. A la vista de semejante prodigio, los discípulos reconocieron al Señor y se dieron prisa en ganar la orilla. Al llegar a tierra, vieron preparados fuego y pan; asaron algunos peces y en cuanto Jesús les dijo: «Venid a comer», se sentaron y comieron pan y peces que Él mismo les distribuyó. Tomás fué, pues, del número de los convidados, y tras el parco y regalado almuerzo presenció aquel magnífico cuadro en que el Señor estableció a Pedro por Cabeza y Jefe de la Iglesia.

Aun por dos veces vió Tomás a Jesús resucitado: una, en un monte de Galilea donde se hallaban reunidos más de quinientos discípulos, a los cuales



DICE *Santo Tomás atónito y traspasado de amor: «Señor mío y Dios mío»; con lo cual proclamaba que el Señor crucificado y ahora resucitado, era verdadero Señor suyo y Señor de todo lo criado, y que, juntamente, era verdadero Dios y en todo igual al Padre y al Espíritu Santo.*

dijo el Señor: «Id y enseñad a todas las naciones, bautizándolas en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, y enseñándoles a guardar todas las cosas que os he mandado». La última vez, momentos antes de la Ascensión, cuando Jesucristo se apareció a los Apóstoles reunidos en el Cenáculo de Jerusalén para señalarles el sentido ecuménico de la misión que les dejaba: «Id por todo el mundo y predicad el Evangelio a todos».

VENIDA DEL ESPÍRITU SANTO

COMO sus colegas de apostolado, después de la Ascensión del Señor, Tomás se volvió al Cenáculo y se preparó con la oración a recibir al Espíritu Santo. Como ellos, el día de Pentecostés, se sintió lleno del Espíritu divino que descendió sobre el sagrado Colegio en forma de lenguas de fuego.

Ilustrado maravillosamente sobre la doctrina de Jesucristo, e inflamado de celo para enseñar, Tomás predicó el Evangelio en Jerusalén y en toda la Judea. En el cumplimiento de su misión, fué perseguido, encarcelado y azotado por los judíos, instigados por los príncipes de los sacerdotes que no podían ver cómo los Apóstoles les arrebataban la influencia que tenían sobre el pueblo. Por fin, cuando los Apóstoles se dispersaron para llevar el Evangelio hasta los confines del orbe, Tomás se lanzó a la conquista de los países asignados a su celo, ansioso de verter en las almas de los demás la fe que le habían consolidado la vista de las llagas de Jesús y la recepción del Espíritu Santo. Quería desquitarse de su incredulidad anterior.

LEYENDA DEL CEÑIDOR DE LA VIRGEN

ANTES de proseguir el relato de los trabajos apostólicos de Santo Tomás, narremos una piadosa tradición que es sin duda más leyenda que historia. La Virgen Santísima estaba a punto de pasar de este mundo al otro. Avisado por divina visión, acudió apresuradamente a Jerusalén para tributar los postreros honores a la Madre de su Señor; pero llegó con retraso, cuando —dice la leyenda— los demás Apóstoles ya habían celebrado las exequias de la Virgen y sepultádola cerca de la cueva de la Agonía. El recién llegado deseó contemplar, al menos por última vez, el rostro de la celestial Madre del Salvador. Abrióse el sepulcro, pero el sagrado cadáver había desaparecido. Tomás, entonces, presa de desconsuelo, alzó la vista a lo alto y vió, cercada de un coro de ángeles, a María, que se desató el ceñidor y lo dejó caer en manos del Apóstol, el cual lo recibió con emoción inenarrable. Tal afirma la legendaria tradición.

Jeru-

SU APOSTOLADO EN ORIENTE

COMO de la mayor parte de los Apóstoles, casi nada nos dice la Historia de los trabajos apostólicos de Tomás, ni de los países que evangelizó. En esto no poseemos más que tradiciones inciertas, consignadas en escritos apócrifos que más tienen de fantasía que de verdad histórica. Cuéntase que se internó por los países de los reyes magos que en otro tiempo habían ido a adorar al Niño Jesús en Belén, y que, después de referirles la vida del Salvador, los bautizó y se los asoció para la evangelización de aquellos pueblos.

Cuéntase también que el rey de Edesa, Abgar, había escrito al Salvador para que se dignase ir a sus Estados, a fin de que le curase de una intensa dolencia que padecía. Jesús le contestó que después de su muerte le enviaría un discípulo suyo, y para cumplir la promesa del Señor, Tomás le mandó a Tadeo, uno de los setenta y dos discípulos, el cual administró el bautismo al rey y le curó.

Testimonios más fehacientes nos dicen que evangelizó la región del reino de los partos, comprendida entre el Tigris y el Éufrates. La tradición, recogida por varios autores eclesiásticos, según la cual murió en Edesa, parece indicar que no llevó más adelante sus correrías apostólicas.

Otras tradiciones más antiguas cuyas bases históricas no es fácil apreciar, lo presentan evangelizando la India, nombre que significa no sólo cualquier país al este del Éufrates, sino también la India propiamente dicha, la isla de Ceilán e incluso la Indochina. Un doctísimo y santo jesuíta alemán, el Padre Atanasio Kircher, fijó, mediante documentos antiguos que recibió en la India, el itinerario seguido por Santo Tomás en sus correrías apostólicas por Persia y los reinos de Candahar, Cabul y otros de aquellas regiones, hasta internarse en la India, donde estableció su residencia en Meliapur, del reino de Narsinga.

Cuando en el siglo XVI se establecieron los portugueses en las costas de la India, encontráronse con cristianos llamados *de Santo Tomás,* que consideraban a dicho Apóstol como fundador de su cristiandad, y que en las antífonas de su oficio le alababan por haber llevado a los indios y a los chinos al conocimiento de la verdad. Aquellos cristianos, a causa del alejamiento del resto de la Iglesia, se habían vuelto nestorianos y habían caído en otros lamentables errores. Muchos de ellos fueron reducidos a la unidad católica por los misioneros portugueses.

En la costa de Malabar permanece todavía un recuerdo de la evangelización del santo Apóstol. En la parroquia de Paliporam —región de Cochín— y en uno de sus altares laterales, se conserva una cruz pequeña que, según

la tradición, fué colocada en las cercanías de la población por el Santo hacia el año 52. Más tarde la arrojaron los paganos al lago que está junto a la ciudad, y, habiéndola hallado los cristianos en un islote, edificaron una ermita conmemorativa. La actual es por lo menos la tercera que han construído en recuerdo del hallazgo.

Las tradiciones conservadas entre los cristianos de la India, atribuyen a Santo Tomás varios milagros. Uno de ellos es el siguiente:

El rey del país, llamado Sagamo, y los brahmanes, se oponían en absoluto a que el Apóstol levantase una iglesia en honra del Dios verdadero. Aconteció entretanto que el mar arrojó a la playa un madero enorme, que el rey pensó emplear en la construcción de un palacio suyo en Meliapur. En balde hicieron tirar de él a los elefantes y en balde le aplicaron sus máquinas de transporte, pues no consiguieron sacarle del lugar. «Si me dais ese madero para construir mi iglesia —dijo el Apóstol—, me comprometo a arrastrarlo solo hasta la ciudad». Sagamo aceptó la propuesta, convencido naturalmente de que un hombre no iba a poder lo que no habían podido las fuerzas de los elefantes ni la ciencia de los entendidos. Tomás ató su cinturón a la viga, hizo la señal de la cruz sobre ella y en presencia de todo el pueblo la arrastró con la misma facilidad que si se tratara de una frágil caña. Ante aquel milagro, lejos de oponerse a la predicación del Evangelio, Sagamo se convirtió y contribuyó a la construcción de la proyectada iglesia. Este hecho dice relación con la costumbre de los escultores y pintores de la Edad Media que representaban a Santo Tomás con una escuadra en la mano. Por esto y también por lo que a continuación referimos, le escogieron patrono arquitectos y albañiles.

En las falsas *Actas de Santo Tomás* y en la *Leyenda áurea* de Santiago de Vorágine, se lee que el rey de los indos, Gondofer, envió a su ministro Abanes en busca de un arquitecto, a fin de que le construyese un palacio a la romana, y el Señor hizo que aquel enviado se encontrara con el Apóstol, quien, llegado a la corte del príncipe, le planeó un magnífico palacio.

MARTIRIO

LA Historia no sabe de fijo cómo y dónde murió Santo Tomás. Lo menos dudoso y en lo que están de acuerdo todos los autores eclesiásticos, es que fué mártir como los demás miembros del Colegio apostólico. Creen algunos que murió en Edesa o cerca de ella, y escritores ores del siglo IV refieren que su sepulcro estaba y se veneraba en la iglesia principal de aquella ciudad.

Pero otra opinión, también antigua y recogida por el Martirologio ro-

mano, es la de que sufrió el martirio en Calamina de la India, población que las tradiciones locales identifican con Meliapur.

Sobresaltáronse los brahmanes ante las conversiones obradas por la predicación y los milagros del santo Apóstol. Con la expansión de la nueva doctrina no tardaría en derrumbarse la religión por ellos sustentada: ya sus ídolos iban cayendo en el descrédito y comenzaba a notarse un gran movimiento espiritual de emancipación por parte del pueblo. Semejante estado de cosas no convenía en modo alguno a sus personales intereses, y exigía una enérgica decisión. Acordaron, pues, deshacerse del Santo dándole muerte; y, un día en que Tomás abatiera un ídolo mediante fervorosas oraciones, el gran sacerdote del templo, como poseído de furia infernal, acercóse a él y atravesóle el cuerpo de un lanzazo mientras decía: «Vengo la injuria hecha a mi dios». Los cristianos recogieron el sagrado cuerpo y sepultáronlo en la iglesia que él edificara.

Los que suscriben esta opinión conceden generalmente que más tarde las reliquias del Apóstol se trasladaron, a lo menos en parte, a Edesa, donde, como queda dicho, se veneraban en el siglo IV. El Martirologio romano señala el 3 de julio la fiesta de esta traslación a Edesa, y añade que luego se llevaron a Ortona. San Ambrosio de Milán y San Paulino de Nola, obispos de aquella época, obtuvieron algunas reliquias para sus iglesias.

Los historiadores portugueses refieren que en 1532 se descubrió el sepulcro de Santo Tomás entre las ruinas de Meliapur, y que los gloriosos restos hallados en su tumba se llevaron con gran pompa a Goa, capital de las posesiones portuguesas de la India.

De cuatro maneras se ve representado Santo Tomás: llevando la mano al costado abierto de Jesús resucitado; sosteniendo una regla o escuadra, a causa de la leyenda del palacio construído para el rey de la India; desarrollando un pergamino en el que se lee el artículo del Credo que dice: «Resucitó al tercer día de entre los muertos», a él atribuído; y, por fin, teniendo en la mano el instrumento de su martirio, o sea, la lanza con que, según dejamos referido, le atravesó el jefe de los brahmanes.

SANTORAL

Santos **Tomás, apóstol;** Anastasio II, patriarca de Antioquía, mártir; Severino, obispo de Tréveris y Honorato, de Tolosa, en Francia; Eternán, obispo en Escocia; Pedro, arzobispo de Kíef, en Rusia; *Temístocles, mártir;* Glicerio, presbítero, mártir en Nicomedia bajo Diocleciano; Amasvindo, benedictino, honrado en Málaga; Juan y Festo, mártires en Toscana. Conmemórase en León la traslación del cuerpo de San Isidoro. Beatos Adrián y veintisiete compañeros, dominicos, mártires; Juan Abarca, en Zaragoza. Santas *Edburga* y Adalsenda, vírgenes; *Justa, abadesa.*



DÍA 22 DE DICIEMBRE

BEATO GRACIA DE CATTARO

HERMANO CONVERSO DE LA ORDEN DE ERMITAÑOS DE SAN AGUSTÍN (1438-1508)

LAS *Bocas de Cattaro,* en la costa dálmata, son una verdadera maravilla geográfica. Forman un golfo profundo que se adentra serpenteando por entre escarpadas montañas, y termina sin recibir más aguas que las de los torrentes. Dos escollos situados en la bocaina de este golfo originan las tres «bocas de Cattaro», dos de las cuales son suficientemente anchas y profundas como para que por ellas puedan pasar navíos de gran calado. La angostura que queda atrás de estas bocas se denomina Canal de Cattaro. La pequeña ciudad de este nombre —llamada también Kotar—, se asienta graciosamente en parte sobre el golfo y en parte sobre una roca del monte Pella. En el siglo XV se había puesto bajo la tutela de la república veneciana, con la esperanza de encontrar en ella seguro y eficaz apoyo contra las incursiones de los turcos.

En aquel bellísimo escenario, obra de arte en el aspecto geográfico de la naturaleza, habría de discurrir muy a sus anchas nuestro Beato antes de ser llamado por el Señor a la vida religiosa. Por la belleza del paisaje, no cabe duda, su espíritu debió remontarse multitud de veces a considerar cuánta había de ser la grandeza en el Autor de tales maravillas.

EL HIJO DEL BATELERO

EL bienaventurado Gracia nació el 27 de octubre de 1438 en Mulla, pueblecito cercano a Cattaro. Ignoran los historiadores si el significativo nombre de Gracia lo recibió en el bautismo o si lo escogió él más tarde, entrado ya en religión, para no perder el recuerdo de la incomparable merced de la vocación. Llamábase su padre Benito, y su madre Bona o Buena, y eran ambos excelentes cristianos.

Benito, marinero de oficio, ganaba trabajosamente el necesario sustento pescando con anzuelo y transportando con su barca de una orilla a otra a los viajeros y mercaderes que lo solicitaban. Era un hombre de fe viva y profunda piedad. Terminada la labor al caer de la tarde, tomaba de la mano al niño y llevábale a la iglesia. «Pidamos a Dios —le decía— que nos conceda ante todo la salud del alma y la del cuerpo; la salud del alma para merecer la dicha del cielo, y la salud del cuerpo, porque, siendo pobres, necesitamos de nuestros brazos para ganar el pan de cada día». Y el niño balbucía esta sencilla y encantadora súplica de su padre, y la repetía con angelical candor.

A los diez años, hospedó en su pecho por primera vez a Jesús Sacramentado, emulando en tan importante acto el fervor de los espíritus bienaventurados. Desde entonces el trabajo y la oración llenaron sus días: oía misa cada mañana en la iglesia parroquial. Satisfecha esta devoción, iba a la playa en donde estaba su padre y, empuñando los remos con su ya vigorosa mano, hacía por aligerar la ruda faena del anciano batelero. Comulgaba todos los domingos, y no abandonó esta práctica ni en su pueblo natal ni en Cattaro, ni en Venecia a donde le llevaron más tarde los asuntos de su oficio.

VOCACIÓN RELIGIOSA

CUANDO Gracia hubo cumplido veinte años, rogó a su padre que se tomase el reposo merecido por una larga vida de trabajo y fatiga, y encargóse él solo de velar por el sostén y mantenimiento de la casa. Con gusto hubiera dejado el mundo para entrar en la vida religiosa, pero sus ancianos padres necesitaban de él, y entendió que Dios le pedía el sacrificio de su devoción en aras del deber filial. Pasaron unos años y Gracia llegaba casi a los treinta. Es muy probable que en ese intervalo Dios llamara a Sí a Benito y a su mujer, la virtuosa Buena, pues encontramos a su hijo en el claustro. Es interesante conocer cómo le condujo la divina Providencia a término tan deseado.

Cattaro mantenía activo comercio con Venecia. Los pequeños veleros dálmatas surcaban sin cesar el Adriático. Gracia, al igual que los marineros compatriotas suyos, atravesaba este mar varias veces al año. En sus obligadas estancias en Venecia, no dejaba nunca de acudir a una de las iglesias de la ciudad para adorar al Santísimo Sacramento y rezar sus acostumbradas devociones.

Un día en que se hallaba en un islote llamado actualmente «Isla de las Tumbas», situado entre Murano y Venecia, entró en la iglesia de San Cristóbal de la Paz en ocasión de estar predicando ante numeroso concurso el Padre Simón de Camerino. Era este misionero un religioso agustino célebre por la santidad de su vida y la solidez de su doctrina, y que en 1454 restableció la paz entre los venecianos y el altivo duque de Milán Francisco Sforza. De ahí que se llamara a su monasterio veneciano «Convento de San Cristóbal de la Paz».

Gracia escuchaba con emoción la cálida y apostólica palabra del orador, y oía en el fondo de su corazón una voz que le decía haber llegado para él el momento de abandonar el mundo y entregarse completamente al servicio de Dios. Terminado el sermón, fué a la sacristía, arrojóse a los pies del predicador, diósele a conocer, expúsole el estado de su conciencia y le suplicó con todas las veras de su alma le recibiese como hermano lego en su convento.

EL NUEVO HERMANO CONVERSO

EL Padre Simón, dotado de juicio seguro y de gran facilidad de discernimiento, conoció en seguida el rico tesoro que Dios le enviaba; y tras un breve interrogatorio le dijo: «Bienvenido seas, hijo mío. San Agustín, cuyas máximas van a ser muy en breve las reglas de tu vida, te protegerá, y gustarás de una paz que el mundo no puede conceder».

Con el corazón rebosante de alegría y sin pérdida de tiempo, volvió Gracia a Cattaro, vendió su casita y los aperos de su profesión y distribuyó el precio entre los pobres. Después, según las indicaciones del Padre Simón, se dirigió al monasterio de Monte Ortono, cerca de Padua, fundado en 1436 por el mismo Padre Simón de Camerino.

El fundador había establecido allí una Congregación bajo la dependencia de la gran Orden de los Ermitaños de San Agustín, pero con una disciplina más austera y rigurosa. La Providencia había colocado al humilde marinero en un sitio de elección. Al comenzar la vida con sus nuevos Hermanos, resolvió Gracia trabajar sin descanso en la adquisición de dos virtudes cuyo nombre resume toda su vida: la oración y la mortificación, en medio de un trabajo humilde, constante y generoso.

MORTIFICACIÓN Y LUCHA CONTRA EL DEMONIO

FUÉ modelo de religiosos. Cada día ayudaba cuantas misas le era dado, con un recogimiento y fervor angelicales, y luego trabajaba en la huerta del monasterio. Cuando estaba entre los Hermanos, veíasele buscar solícitamente los trabajos más viles y penosos, a fin de aliviar a los demás. Pero no se contentaba con la mortificación de sus pasiones mediante el continuado trabajo: su deseo de sacrificio y de sufrimientos voluntarios le arrastró a penitencias rigurosísimas.

No tomaba alimento antes de mediodía; jamás probaba carne ni leche, y, a menudo, privábase de parte de su comida para darla a los pobres. Ayunaba tres días cada semana además de los prescritos por la Iglesia o la Regla. Su vestido de trabajo consistía en una especie de saco negro de lana burda que él mismo se había confeccionado y del cual no se despojó hasta la muerte. Casi siempre permanecía con la cabeza descubierta, tanto en el ardiente verano como en el riguroso invierno, lo mismo dentro que fuera del monasterio. Trabajaba ordinariamente descalzo, pero en el interior del convento y por respeto a la Comunidad calzaba unas sandalias pobrísimas por cierto. Jamás se le vió acercarse al fuego para calentarse, ni aun en el tiempo de más intenso frío.

Disciplinábase todos los días; con frecuencia hasta derramar sangre. Ceñía sus lomos con una cadena de hierro de aceradas puntas y llevaba continuamente un áspero cilicio; cilicio que por cierto se conserva como reliquia en la catedral de Cattaro, y a cuyo contacto numerosos enfermos han recobrado la salud y muchos posesos se han visto definitivamente libres del espíritu maligno que los atormentaba.

El enemigo de las almas no podía soportar sin rabia tanto fervor y tan heroica penitencia. Frecuentemente le veía Gracia bajo las apariencias de sus superiores; ordenábale entonces el demonio que suspendiera las mortificaciones, o le inducía al desaliento. Pero el santo religioso vencía siempre aquellas asechanzas acudiendo a las armas de la oración y confianza en Dios.

Encontrábase Gracia una noche en la hospedería de la Congregación de San Marcos de Padua; postrado a los pies del Crucifijo, suplicaba al Señor apaciguara los ánimos de los paduanos entre los que soplaban vientos de discordia y guerra civil. De repente se le presentaron numerosos espíritus infernales que le asieron de los vestidos con fuerza, le arrastraron por los corredores del monasterio y le propinaron tantos golpes que el ruido resonó por todo el edificio.

Levantáronle cruelmente magullado y sin conocimiento. De resultas, quedóle en la pierna una herida que le hizo cojear hasta su muerte.



EL *Beato Gracia está en la huerta; al toque de la elevación se recoge y adora de lejos a la Sagrada Hostia. Mas de pronto ábrese la pared de la iglesia como para que pueda seguir el Santo Sacrificio, y en vez de la Sagrada Forma, ve al Divino Niño que, sonriente, abre hacia él sus bracitos cual si quisiera estrecharle contra Sí.*

POBREZA Y OBEDIENCIA

EL buen Hermano que en el mundo había carecido de bienes de fortuna, trabajó en el monasterio para adquirir el profundo espíritu de la santa pobreza evangélica. Su celda estaba en el desván, y era la más estrecha e incómoda de la casa; todo su mobiliario lo constituían un Crucifijo, una imagen de la Santísima Virgen y un gran rosario de madera colgado de la pared, a la cabecera de la cama, la cual se componía de algunos tablones y de una piedra a guisa de almohada.

Por espíritu de pobreza, Gracia escogió para sí la ropa más usada; cuidaba esmeradamente de los muebles de la comunidad y veíasele ejercer indistintamente los oficios de earpintero, zapatero, sastre, cerrajero y albañil.

Su obediencia era proverbial. Los años le conferían cierto derecho a mandar a los Hermanos más jóvenes; sin embargo, prefería ser dirigido por ellos y se consideraba feliz sirviendo a todos, pues estaba en la convicción de que era el último de la Comunidad.

Alimentaba en su alma ardiente devoción a Jesús Sacramentado y a la Santísima Virgen y hubiérase complacido en asistir cada día a todas las misas que se celebraban en el oratorio; pero sus ocupaciones se lo estorbaban; tan sólo le era dado pasar en la iglesia una hora; luego dejaba las delicias que la oración al pie del altar le procuraba, pues comprendía que agrada más a Dios un acto de obediencia que todas las virtudes juntas.

ALGUNOS PRODIGIOS

UNA mañana, trabajaba Gracia en la huerta de Monte Ortano. La capilla del convento hallábase cerca del campo que roturaba; y, mientras sus brazos manejaban el azadón, su espíritu permanecía atento a la vecindad del Divino Huésped del tabernáculo. De pronto oye la campanilla que prenuncia la Elevación. Al pensar en el augusto misterio, el piadoso hortelano no puede contener el ímpetu de su devoción y, como de costumbre, inclínase en acto de adoración profunda. Entreábrese entonces el muro exterior de la iglesia y el santo Hermano puede ver al Niño Jesús en las manos del sacerdote que oficia.

Otra vez, estaba rezando durante la noche en el convento de San Cristóbal de la Paz —su residencia en los últimos años de su vida— cuando de repente se sintió abrasado de tan vehemente amor de Dios que su corazón parecía haberse convertido en un horno encendido. Probó de calmar los ardores de este incendio oprimiendo el pecho con la mano derecha; pero al

instante salieron de él numerosas llamas que llenaron su pobre celda de brillante luz, y que después, atravesando las paredes y ventanas, se elevaron por encima del monasterio e iluminaron intensamente el horizonte.

A la vista de tal resplandor alarmáronse algunos vecinos, corrieron tumultuosamente al convento y despertaron a los religiosos. Con la natural alarma, recorrieron apresuradamente toda la casa y subieron al tejado, pero sin hallar por ningún lado trazas ni señales de incendio.

Obsérvóse que un religioso no había salido de su celda: era el Hermano Gracia. Abrieron la puerta y halláronle tendido en tierra con el rostro iluminado todavía de celeste claridad. Interrogado por el Superior, vióse obligado a referir por obediencia lo que había pasado entre Dios y él.

SU CARIDAD. — NUEVO MILAGRO

CONNATURALIZADO con la pobreza, el Hermano Gracia, que amaba tiernamente a los pobres, fué encargado por los superiores de distribuir las limosnas en la puerta del monasterio; desempeñó su ministerio con tanta bondad que encantaba a los indigentes hasta el punto de to de arrancarles lágrimas de agradecimiento.

En 1469 se hicieron algunas obras en la iglesia de San Cristóbal. El abnegado religioso ayudaba a los albañiles preparando la argamasa y sacando de una cisterna próxima el agua necesaria para las construcciones. Esta cisterna era la única de la isla que tenía agua potable.

Una mañana apareció aquélla completamente seca. La falta de esta agua en la estación de rigurosos calores era en verdad una desgracia para los isleños. En tal apuro, acudieron a fray Gracia, a quien llamaban «el Santo», y solicitaron su poderosa intervención.

No salieron fallidas sus esperanzas, porque Gracia, después de elevar una súplica al cielo, fué a la playa y sacando agua del mar la echó en aquel depósito. Invitó a los presentes a que hicieran otro tanto hasta que lo dejaron lleno. El religioso tocó luego con la mano derecha el agua salada e hizo sobre ella tres veces la señal de la cruz, con lo que le hizo perder al instante su sabor amargo y cambiarse en agua dulce y límpida.

Desde entonces jamás ha faltado el agua en dicha cisterna. Varias veces las olas del mar la han invadido sin que nunca hayan dado amargor al agua milagrosa. Los enfermos acudían de lejos para beber de ella con la esperanza de encontrar el remedio a sus males. Cítase el caso de un religioso agustino de San Cristóbal, el Padre Espíritu Lazzarini, que, atormentado por una obstinada y violenta fiebre, se curó por su virtud. Agradecido por tan estupendo favor, escribió la biografía del Beato Gracia.

DONES DE SABIDURÍA Y PROFECÍA

JAMÁS niega el Señor sus dones a quienes por la sencillez de su vida y por la profundidad de su fe se hacen acreedores a sus mercedes. El talento humano es valor mínimo en la presencia de Dios si no lo aquilatan las virtudes; la pobreza de espíritu llevada a cuantos extremos reclame de ella la humildad, es el único cauce por el que discurren libremente las gracias de lo alto. Cúmplese en cada hombre la máxima divina: «*El que se humilla será ensalzado; el que se ensalza será humillado*».

El antiguo batelero en quien los viejos clientes no habían podido descubrir nada de extraordinario, obraba milagros con la mayor naturalidad. Y, por si aun fuera ésta gracia pequeña para su mérito, concedió el Señor al buen Hermano el don de mover los corazones y de penetrar los misterios del porvenir. Ignorante de las ciencias de la tierra —no sabía leer ni escribir—, hablaba de las cosas divinas con sabiduría admirable y con extraordinaria autoridad, por manera que de todas partes acudían las gentes para recibir de él una exhortación o un consejo.

Una rica dama veneciana tenía un hijo único, al que amaba tiernamente. El joven había tomado pasaje en un navío y corrieron rumores de que el barco había sido apresado por los turcos. Añadíase que los corsarios habían matado tripulación y pasajeros. Júzguese de la desolación de la pobre mujer ante semejantes noticias. Aconsejáronle que acudiese a fray Gracia. Hízolo así y comunicóle su dolor y sus angustias. «Tranquilícese usted —dijo el santo religioso—, esos rumores son falsos. Su hijo vive, y esta misma tarde tendrá el consuelo de volver a verle. Agradézcaselo a Dios y ruegue por mí».

La señora se volvió tranquila, mas apenas podía creer en la promesa del Beato. Empero, unas horas más tarde, abrazaba a su hijo.

MUERTE DEL BEATO GRACIA

LA salud del humilde religioso se debilitaba gradualmente. El trabajo incesante, los rigurosos y prolongados ayunos y las penitencias continuadas habían minado paulatinamente sus fuerzas; además padecía mucho de artritismo y de calenturas cuartanas. Con todo, y a pesar de tales dolores, permanecía tranquilo y sereno. Cuando le preguntaban por su salud, respondía con su afabilidad acostumbrada: «Estoy bien, gracias a Dios». Y en realidad consideraba sus enfermedades como un bien y agradecía sin cesar a Dios la ocasión que le deparaba de poder sufrir algo por su amor.

Al atardecer del 8 de noviembre de 1508, sintió agudísimos dolores, por

lo que el superior le ordenó que se acostase y tomase un poco de carne para conservar las fuerzas. Obedeció el humilde religioso, a pesar de la viva repugnancia que experimentaba su alma, deseosa de mortificación y de sacrificio.

Sintiéndose morir, pidió y recibió con fervor admirable los Sacramentos de Eucaristía y Extremaunción; luego, rodeado de sus hermanos, entregó apaciblemente el alma a su Criador. Era el 9 de noviembre.

La noticia de su muerte se extendió rápidamente, con lo que acudió al convento inmensa multitud ansiosa de venerar sus restos mortales.

RELIQUIAS Y CULTO

FUÉ enterrado en la tumba común de los religiosos. Al poco tiempo, por aviso del cielo, mandó el prior hacer un ataúd de ciprés en el que se pusieron los despojos mortales que los estragos de la muerte no habían podido destruir y que exhalaban delicioso perfume. Algunos meses más tarde un senador de Venecia fué favorecido con visión parecida, e hizo construir a sus expensas un sarcófago de mármol blanco y dorado. El Hermano lego fué honrado desde entonces con culto público y sus reliquias expuestas a la veneración de los fieles en el altar de la iglesia de San Cristóbal. Numerosos enfermos recobraron la salud por mediación del siervo de Dios.

El cuerpo del Beato Gracia fué trasladado desde luego del convento de San Cristóbal a Venecia; y en 1810, de Venecia a Mulla, en cuya iglesia parroquial se le venera. León XIII reconoció su culto inmemorial el 6 de junio de 1889. La memoria y tránsito del bienaventurado Gracia de Cattaro se celebran, en virtud de una concesión de la Sagrada Congregación de Ritos, en la diócesis de su origen y en otras localidades, así como en la Orden de los Agustinos, si bien las fechas no concuerdan, pues mientras los Ermitaños de San Agustín celebran su fiesta el 22 de diciembre, en el Propio de los Agustinos de la Asunción figura en el 16 de noviembre.

SANTORAL

Santos *Queremón*, obispo de Nicópolis, mártir mientras imperaba Decio, Félix II, obispo de Metz; Vicelín y Capitón, también obispos; *Veremundo, abad de Irache* (véase en 8 de marzo, página 90); *Flaviano y Zenón, mártires;* Honorato y Floro, mártires en Ostia, Isquirión, mártir en Egipto. Memoria de treinta Santos Mártires en la Vía Lavicana de Roma, los cuales padecieron bajo Diocleciano; *Demetrio, procónsul y mártir en Tesalónica; venérasele en la diócesis de Huesca el 8 de octubre* (véase en ese día, página 392). Beatos **Gracia de Cattaro, agustino;** Cristián, obispo de Auxerre; Israel, confesor. Beata María Mancini, dominica.


Leopoldo de Austria — Federico Barbarroja

DÍA 23 DE DICIEMBRE

BEATO HARTMAN

OBISPO (1090-1164)

NACIÓ el Beato Hartmán el año 1090 en las afueras de Passau, y si hemos de dar crédito a una tradición antigua, habría sido su cuna la aldea de Pollingerfeld. Sus padres, gente humilde pero profundamente cristiana, confiaron su educación a los Canónigos Regulares del monasterio de San Nicolás, próximo a Passau, para que terminara allí su formación literaria y religiosa.

Fué durante su juventud, modelo acabado de virtudes, e ingresó muy luego en los Canónigos Regulares, donde bien pronto fué promovido a los sagrados órdenes. El celo sobrenatural y el espíritu religioso que en él se notaban, movieron al arzobispo Conrado de Salzburgo († 1148) a elegirle deán del Cabildo de su catedral.

Hallábase el prelado empeñado en una serie de dificultades de orden interior que le traían muy desasosegado. Su inmediato predecesor Thiemo von Medling, había muerto asesinado en 1101 y la sede episcopal estaba ocupada por un intruso llamado Bertoldo. Mas, con todo y ser muy serias, no eran tales dificultades parte para impedir que el arzobispo llevara una campaña enérgica contra la decadencia de la disciplina eclesiástica y contra

la secularización del clero. Hacia el año 1120 impuso a su Cabildo, no sin una viva oposición, la regla de San Agustín.

La designación de Hartmán para ocupar el espinoso cargo de deán y la contrariedad y disgusto que su partida causó a los religiosos de su monasterio, hablan de modo elocuente en favor de su mérito. Por otra parte, dicha elección descubrió para lo porvenir el campo de acción que la actividad de nuestro Santo parecía reclamar.

Conrado acababa de restaurar el monasterio de Chiemsee, destruído por los húngaros, y, como Hartmán había salido tan airoso en el desempeño de su cargo de deán, juzgó sabiamente el arzobispo que nadie era más indicado para asumir la dirección de esta nueva comunidad de Canónigos Regulares.

SUS RELACIONES CON SAN LEOPOLDO DE AUSTRIA

NO pudo Hartmán gozar por mucho tiempo de la relativa tranquilidad que le ofrecía aquel cargo. Habíale costado su trabajo encaminar la disciplina en el citado monasterio de Chiemsee; mas, gracias a su constancia, amabilidad y paciente firmeza, discurría aquélla por su buen cauce con grande aprovechamiento espiritual de todos. Hechos ya los religiosos al paternal gobierno del Beato, confiaban guardarlo definitivamente en su compañía. Así pensaban los hombres; los designios de Dios teníanle preparado para más amplios horizontes.

San Leopoldo el Piadoso, margrave de Austria, había fundado en Klosterneuburgo, el año 1114, un cabildo de canónigos. Andando el tiempo, por consejo de varios obispos y del preboste de Chiemsee, decidió transformarlo en monasterio de Regulares.

Nuevamente, pues, se acudió a Hartmán para comenzar en calidad de primer preboste, la difícil tarea de la reforma (1133). Dió a sus hermanos, como reglamento, un extracto de la Regla de San Agustín, y les exigió la fiel observancia de todos los puntos de la vida religiosa. Como solía predicar con el ejemplo, pronto vió coronados sus trabajos con el más completo éxito.

A pesar de la consideración y autoridad de que gozaba Hartmán ante el santo margrave, sus relaciones con él revistieron siempre señalado carácter de desinterés. Por la avaricia de las potestades civiles, la Iglesia de Passau, se vió desposeída injustamente de las rentas de trece parroquias. Hartmán consiguió de Leopoldo la restitución.

Muerto este príncipe el 15 de noviembre de 1136, fué enterrado con gran pompa en el monasterio de Klosterneuburgo. El papa Inocencio II, que había aprobado dicha fundación desde 1134, encomendó el preboste del Cabildo a la viuda e hijos de Leopoldo (1137).

OBISPO DE BRIXEN

ESTÁBALE reservado a Hartmán ejercer su talento de reformador y su celo infatigable en cargo más eminente. A la muerte de Regimberto o Reimberto, obispo de Brixen, en el Tirol († 1140), fué designado por mayoría de votos para sucederle, habiendo motivo para creer que lo propusiera a esta dignidad Conrado de Salzburgo, su metropolitano; suposición tanto más aceptable cuanto que Conrado tenía ciertamente deseos de realizar sus planes de reforma en todas las diócesis sufragáneas.

La de Brixen —que a consecuencia de la guerra mundial (1914-1918) pasó a ser italiana y lleva el nombre de Bressanone—, más que otra cualquiera, sentía la necesidad de esa reforma. Regimberto se había preocupado ya seriamente de poner remedio a los grandes males que creara a los católicos la querella de las investiduras entre el Imperio y la Iglesia; mas no tuvo tiempo de llevar a feliz término su empresa. De los cuatro últimos obispos que habían ocupado esta sede, Popón, el primero de ellos, llegó a ser Papa con el nombre de Dámaso II; en cambio, su sucesor había sido expulsado y el que le siguió hubo de ser separado de su cargo. En el intervalo, pasaron dos prelados intrusos y, para colmo, casi por aquellos días, los Canónigos renunciaron a la vida de comunidad.

Hartmán, que, como decimos más arriba, había hecho renacer la antigua disciplina en varios lugares y a costa de dificultades muy serias, era el hombre deparado por la Providencia divina para continuar la obra de Regimberto. Claramente se dió cuenta de lo que las circunstancias exigían de él; comprendió asimismo que el ejemplo del prelado sería de gran peso para atraer a los demás al ideal previsto y dispúsose generosamente para recibir sobre sí la nueva responsabilidad con todas sus consecuencias.

HARTMÁN LLEVA EN PALACIO VIDA DE CLAUSTRO

AUNQUE príncipe y obispo, el Beato Hartmán siguió practicando las austeridades del claustro. Vestía con suma sencillez y llevaba ceñido día y noche un cinturón de crin; ayunaba diariamente y se disciplinaba para expiar sus propias culpas y las de los demás. La mortificación del silencio le era muy familiar; guardábalo rigurosamente y gastaba largas horas en la lectura de obras piadosas.

Con frecuencia prolongaba sus vigilias hasta el día siguiente y acudía a menudo al tribunal de la penitencia, y, cosa rara en aquella época, celebraba cada día el Santo Sacrificio de la Misa.

Cuando hubo fundado el monasterio de Neustift, gustaba de retirarse a él en cuanto se lo permitían sus ocupaciones. Era enemigo de cualquier singularidad; mostrábase severo para consigo mismo mientras que para los demás usaba de mucha mansedumbre y de caridad exquisita.

Semejante tenor de vida no pudo por menos de ser advertido por todos y en particular por los eclesiásticos, con lo cual producía tanto mayor impresión cuanto que contrastaba singularmente con la del clero de los contornos; razón de que, según testimonio de sus contemporáneos, se hubiera granjeado el aprecio y estimación de santo.

El biógrafo de San Eberardo, obispo de Salzburgo, dice que Eberardo y Hartmán fueron los mayores santos de su tiempo. En cuanto las voces de la fama y la virtud del obispo de Brixen llegaron a oídos del emperador Federico, eligióle como director de conciencia.

OBISPO Y PRÍNCIPE, PERO MÁS OBISPO QUE PRÍNCIPE

POR aquel entonces pasaba la Iglesia días verdaderamente calamitosos, debido a que no pocos obispos, que eran simultáneamente príncipes temporales, se comprometían más de una vez en asuntos del mundo. El resultado era que los pastores de la Iglesia cobraban cierta aversión a los deberes espirituales de su cargo, o bien andaban faltos de tiempo y de virtudes para desempeñarlos; por lo que no extrañará que los fieles viesen en ellos meros príncipes de la tierra y los tratasen como a tales. Difícil sería explicar de otra manera las querellas que con sobrada frecuencia se presentaban entonces entre los nobles o burgueses y su prelado, y que tan dañosas resultaban al buen gobierno de las almas.

Cuanto de la vida de Hartmán sabemos, nos demuestra la preocupación que siempre tuvo de relegar al último plano su dignidad de príncipe temporal. Para poder darse más de lleno a los asuntos espirituales, confió la administración de sus bienes a su capellán Conrado.

En el gran Sínodo o concilio de Reims, convocado por el papa Eugenio III el 21 de marzo de 1148, acababa de sancionarse nuevamente la intangibilidad de los bienes eclesiásticos. Hartmán era uno de los cuatrocientos obispos o dignatarios eclesiásticos; andando el tiempo verémosle defender los derechos de su Iglesia y reivindicar los bienes de que injustamente había sido despojada. En esta empresa, el obispo de Brixen saldrá airoso sin tener que recurrir a las armas. Acompañado del clero, precedido de cruz alzada y estandarte, presentábase delante de los castillos de sus adversarios y les declaraba que no se retiraría hasta que le restituyesen los bienes robados. Con igual resultado, abstúvose el prelado de tomar parte en las campañas



EL *hijo de una familia noble y muy principal, a quien se le había atragantado un hueso, acude al bienaventurado Hartmán. El santo obispo le pone alrededor del cuello una vela doblada. Al día siguiente, el niño, mientras con la vela encendida asiste a la Misa, arroja espontáneamente el hueso.*

del emperador, si bien por aquel entonces una empresa bélica guiada por obispos no causaba la menor sorpresa. Únicamente se le vió al lado del soberano cuando se trataba de asegurar la paz.

En 1147 encaminóse a Ratisbona, donde se hallaban congregados los príncipes y Conrado III para deliberar acerca de una cruzada, y allí volvió otra vez cuando se evocó ante la Dieta el funesto pleito surgido entre Enrique el León, duque de Sajonia y conde de Brunswick, y Enrique Iasomirgott. En 1152 vémosle nuevamente en la corte citado por Federico Barbarroja, que deseaba oír su parecer acerca de un asunto de suma trascendencia.

CONDUCTA DEL BEATO HARTMÁN DURANTE EL CISMA DE FEDERICO BARBARROJA

AUNQUE el santo prelado servía a su señor y emperador con inviolable fidelidad, jamás se prestó a ser instrumento ciego de los caprichos del príncipe. Y así, cuando su conciencia le prohibía obedecer, no titubeaba en abandonarle para abrazar la causa del Papa y, contrariamente a lo que hacían algunos colegas en el episcopado, declaraba sin ambages la razón y el motivo de su proceder.
raria-

Se comprenderá aún mejor la entereza de que el Beato hubo menester si se tiene en cuenta el odio profundo con que perseguía Federico a los partidarios del papa Alejandro III, elegido en 1159; pero ni amenazas, ni promesas fueron parte para quebrantar la constancia de Hartmán, así como tampoco la de San Eberardo de Salzburgo, su metropolitano.

Para no exasperar la ira del monarca, decidieron ambos prelados aceptar por fin la quinta invitación que la corte imperial les hacía, pero se abstuvieron de visitar al antipapa Octaviano —el seudopapa Víctor V—, que se hallaba en Cremona, y continuaron defendiendo valerosamente la causa del legítimo Pontífice, a pesar de que el emperador agrandaba sin medida su poderío y de la victoria conseguida sobre la ciudad de Milán; la egregia ciudad lombarda, que se había rendido en marzo de 1162, fué arrasada por completo. Pero hay un pormenor que realza aún más el prestigio de nuestros dos principes de la Iglesia; y es, que con ser ambos los adversarios más declarados de la política religiosa del emperador, pudieron regresar a sus diócesis sin que se les molestara lo más mínimo.

Eberardo y Hartmán habían obedecido movidos tan sólo por deseo de coadyuvar a la paz. El Papa, que se carteaba con ellos, habíales rogado que intervinieran, y en ese sentido actuaron en Pavía y luego —parece ser que al año siguiente— en Maguncia. Lo sensible es que, a pesar de su gran empeño, no lograron triunfar de la obcecación de los contrarios.

REFORMAS LLEVADAS A CABO EN BRIXEN

COMO obispo, habíase propuesto Hartmán ante todo fortalecer y restablecer la disciplina eclesiástica en Brixen. Pero en la labor de reforma debía tropezar el celoso pastor con serios obstáculos. Bien pronto, en efecto, hubo de convencerse de la inutilidad de sus esfuerzos al tratar de imponer la vida de comunidad, y más aún, la Regla de San Agustín, a los canónigos de su catedral, pues no puede admitirse que Hartmán no hubiera tratado de llevar a buen fin en su Cabildo la empresa que tan bien le saliera en otros tres lugares. Mas lo que no consiguió realizar en su catedral —según toda probabilidad—, intentó llevarlo a cabo en los alrededores de Brixen.

Desde luego ganó a su proyecto a un acaudalado caballero, llamado Regimberto de Saeben, cuya generosidad le permitió en 1142 fundar y dotar su monasterio de Canónigos Regulares de Neustift, localidad situada a tres cuartos de hora de la ciudad.

Andando el tiempo, no sin trabajo y gracias a un viaje que hizo en persona a Klosterneuburgo, obtuvo del deán de dicho monasterio que tres Canónigos Regulares y varios religiosos conversos fueran a fundar a Neustift.

Era esta fundación el cumplimiento de un deseo acariciado por Hartmán desde tiempo atrás y que le resarcía ampliamente de muchos sinsabores.

AMOR A LA VIDA MONÁSTICA. — SU CARIDAD

HAY muchas otras pruebas de la predilección de Hartmán por la vida religiosa. Confirmó las mandas hechas por su predecesor a los conventos reformados de Wilten y de Sankt Georgenberg —este último recibió además la parroquia de Achental—, y participaron asimismo de su benevolencia y generosidad otros cuatro monasterios.

La vida religiosa llevada con fervor parecíale al prelado de Brixen medio eficacísimo de restaurar la disciplina eclesiástica. Sus viajes eran siempre por motivos de apostolado, como la consagración de un obispo, de un templo o de un altar, la traslación de santas reliquias, alguna misión apostólica o la asistencia a un concilio.

El santo prelado sentía profunda aversión hacia la violencia. Más arriba queda expuesto cómo sirvió de mediador entre el emperador y el Papa; pues bien, su vida nos ofrece ejemplos mil de análogas intervenciones. Cierto día estalló una sangrienta riña entre la servidumbre de la iglesia de Brixen; y, mientras los de un bando se hacían fuertes en la iglesia de San Jorge de

Taisten, fueron sitiados por los del otro. De repente compareció el santo prelado entre los beligerantes, púsose al habla con ellos, y logró a poco que depusieran su actitud. Otra vez, con motivo de la dedicación de una iglesia en honor de San Lamberto, libró a un criminal de la venganza que le amenazaba. Igualmente, puso todo su empeño, si bien con resultado negativo, en dar término a las desastradas luchas que sostenía el conde Eppan contra el del Tirol.

Pero si Hartmán ardía en celo apostólico por el bien espiritual de sus ovejas, no se interesaba menos por su bienestar temporal. Siguiendo la tradición de la Iglesia, que siempre ha practicado la caridad social, y auxiliado por el acaudalado canónigo Richer, fundó en Brixen, para caminantes y peregrinos pobres, el hospital de la Santa Cruz; por hallarse éste situado junto a la calzada de Brenner, frecuentadísima entonces, constituía una comodidad inapreciable debido a la dificultad de medios de comunicación.

ALGUNOS MILAGROS

SON muchos los milagros que sus fieles devotos atribuyen a la intercesión del Beato Hartmán y de los que referiremos brevemente algunos. Cierto día, deseoso de calmar una querella entre el conde del Tirol y el de Eppan, dirigíase allá atravesando el Ritten, cuando he aquí que una mujer con la cara completamente hinchada se lavó con el agua que sirviera al obispo para asearse las manos. Su confianza fué al instante premiada, pues no tan sólo quedó curada, sino además tan sumamente hermosa que nadie podía reconocerla.

Un niño de familia noble estaba a punto de ahogarse porque un hueso de pollo se le había atravesado en la garganta. Trajéronselo a Hartmán, quien le aplicó al cuello un cirio doblado. Al día siguiente el niño asistía a la misa del prelado llevando encendida la vela alrededor del cuello, tal como suele practicarse en la ceremonia de la fiesta de San Blas; no bien hubo terminado el celebrante la oración por los vivos cuando el niño arrojó el hueso.

Otra vez, hallándose Hartmán en la corte imperial de Lautern, unos pescadores dejaron escapar de entre las manos un magnífico sollo, y ocurriósele a uno de ellos insinuar con cándida fe:

—Echemos la red en nombre de este obispo, cuya santidad ha obrado tantas maravillas. Si es en verdad siervo amado de Cristo, hará por manera que volvamos a coger el sollo.

Y, en efecto, lo recuperaron. Lleváronselo al emperador y le contaron lo ocurrido; mas el emperador declaró que el pez era en justicia del obispo y se lo mandó llevar, cosa que hicieron al punto los pescadores con no pequeña satisfacción.

MUERTE DEL BEATO HARTMÁN. — SU CULTO

EL celoso Pastor estuvo al frente de la iglesia de Brixen desde el año 1140 al 1164. San Eberardo de Salzburgo, su amigo íntimo, acababa de pasar a mejor vida en el mes de junio de dicho año; seis meses después debía seguirle a la tumba Hartmán. Cierto día ordenó que, después de la misa, le tuvieran dispuesto el baño; precaución que tomaba cuando se sentía indispuesto. Como esta vez tardase en salir del mismo más de lo acostumbrado, y no respondiese a las voces con que el fámulo le llamaba, fuése éste en busca de un sacerdote y, al entrar ambos en la sala, hallaron al prelado ya cadáver. Todavía se encontraba fuera del agua y tenía la cabeza apoyada en la mano contra la pared de la bañera; acababa de ser víctima de una congestión cerebral. Cinco días consecutivos quedó expuesto en la catedral el cuerpo del santo prelado, sin que se advirtiera el menor indicio de descomposición. Llegado el momento del sepelio, acudió a él una inmensa muchedumbre, que mostraba con clamores su indescriptible duelo. Fué enterrado en la catedral, si hemos de dar crédito al cronista.

La fama de santidad que aureolaba al siervo de Dios, hizo que el pueblo acudiera a su intercesión con grande fe y no menor eficacia. Es él, quizá, el más conocido de entre los santos de la región tirolesa, y el que goza de nombradía mayor. Prueba de ello son las anécdotas y los relatos milagrosos que adornan su memoria y que constituyen como una guirnalda de flores en torno a la vida del Beato.

Esta popularidad de Hartmán se ha manifestado siempre por la veneración profunda con la que el pueblo ha rodeado su sepulcro. Todavía se ven hoy unos manantiales que brotaron, según se dice, a los ruegos del Beato, y otros que poseen virtud curativa que el santo obispo les comunicó.

SANTORAL

Santos Ivo, natural de Beauvais, obispo de Chartres, y Asclepio, de Limoges; Frideberto, obispo en Inglaterra, y Elanico, en Egipto; Paterniano, también obispo; *Vintila, anacoreta; Sérvulo, confesor;* Sabiniano, diácono; Dagoberto II, rey de Austrasia y padre de cinco santos; Migdonio y Mardonio, mártires en Nicomedia, Teódulo, Saturnino, Éuporo, Gelasio, Euniciano, Zético, Cleómenes, Agatopio, Basílides y Evaristo, mártires en Creta durante la persecución de Decio. Conmemórase el tránsito de veinte Santos Mártires en Nicomedia mientras imperaba Diocleciano. Beatos **Hartmán, obispo;** Teogerio, obispo de Metz; Ángel de Foligno, agustino; Juan Bernardo, franciscano, mártir; Juan Zinta, cisterciense; Juan de Olmillos, franciscano. *Santa Victoria, virgen y mártir.*


Por los frutos se conoce la santidad del verdadero apóstol

DIA 24 DE DICIEMBRE

SAN DELFIN

OBISPO († 404)

CON toda verdad puede aplicarse a los santos fundadores de las primeras Iglesias la palabra evangélica: «Por sus obras los conoceréis». Más aficionados a realizar sus empresas apostólicas que a relatarlas, no legaron a la posteridad otras pruebas de ellas que los frutos de su apostolado. Tal es el caso de San Delfín, obispo de Burdeos. No abundan los documentos relativos a este santo prelado; pero los que se han conservado, presentan la inapreciable ventaja de ofrecernos informes fidedignos sobre su vida. Sabemos por ellos que vivió en el siglo IV y que gobernó con tacto y celo la diócesis bordelesa.

El fundador de la Iglesia de Burdeos había sido San Fort. Delfín es su segundo obispo conocido; pero entre ambos hubo una serie de prelados cuyos nombres se ignoran.

Lo incuestionable es que San Delfín vivió en el siglo IV, poco después que el edicto de Constantino dió remate a las sangrientas persecuciones y devolvió la paz y la tranquilidad a la Iglesia; en el preciso momento en que por doquier se edificaban templos magníficos al verdadero Dios, y el paganismo, derrotado al fin, cedía paso al cristianismo triunfante; pocos

años antes de que los bárbaros, venidos del norte como un aluvión incontenible, se lanzaran por todos los ámbitos del mundo romano y dieran al traste con los últimos vestigios del ya decadente imperio.

LA CIUDAD DE BURDEOS

DEBIDO a su antigüedad y opulencia, figuraba entonces Burdeos entre las primeras y más importantes ciudades de las Galias. Era capital de una de las dos provincias de Aquitania, la celebrada por Salvio como la región «de los atractivos y delicias, de los ricos viñedos y doradas mieses; la de las vastas praderas y de los huertos llenos de árboles de exquisitos frutos; la de los bosques frondosos y caudalosos ríos...»

Para la administración de la ciudad había un Senado organizado al estilo romano; y existía, además, una famosa Academia que ilustraron Ausonio y otros muchos hombres de gran saber.

En lo eclesiástico, venía a ser metrópoli de varias Iglesias, y su situación religiosa era similar a la de tantas otras ciudades sometidas al yugo de Roma. Fecundada por la sangre de numerosos mártires, la semilla de la fe sembrada en medio de las persecuciones, se desarrollaba con gran vitalidad y prometía abundante y rica mies de virtudes y obras buenas.

Pero en Burdeos, como en otros muchos lugares, la cizaña de la herejía germinó junto a la semilla buena. No todas las conversiones habían sido sinceras y decisivas. Algunos habían abrazado la fe arrastrados por el ejemplo o porque esperaban de ello ventaja material. Hasta las autoridades civiles, aunque cristianas en apariencia, seguían siendo prácticamente paganas.

Otros, convertidos realmente, sentían debilitarse poco a poco la propia fe por el trato continuo con tantos paganos con quienes debían relacionarse necesariamente, y acababan por llevar una vida completamente mundana.

Tales almas eran terreno abonado para la herejía. El error que más daño causó en Burdeos durante el pontificado de Delfín fué el de los priscilianistas.

DELFÍN Y LOS PRISCILIANISTAS

ES difícil determinar esencialmente la doctrina de Prisciliano, pues resulta ser una mezcla confusa de errores antiguos, maniqueísmo y gnosticismo, a los cuales —dice San Agustín— se juntó la hez de las otras herejías. En efecto, negaba la existencia de la Santísima Trinidad, no admitía la divinidad de Jesucristo, consideraba el alma humana como una parte de la naturaleza divina, rechazaba el matrimonio y profesaba el antinomismo.

A estas monstruosidades dogmáticas, añadía la secta la más deplorable depravación de costumbres, bajo formas o apariencias modestas, reglamentadas y austeras, muy a propósito para engañar a los fieles.

Estas funestas doctrinas, de origen egipcio, habían sido importadas a Aquitania por un discípulo de Manes, llamado Marco, que logró implantarlas hacia el año 380.

Priscilio o Prisciliano, hombre ambicioso y de rara inteligencia, dotado de elocuencia natural y poseedor de gran fortuna, seducido por la halagadora idea de ser jefe de secta, emprendió la propagación de estos errores, y logró en poco tiempo considerable número de adictos, sobre todo entre mujeres, a las que atrajo más fácilmente asignándoles una intervención importante en el ejercicio del nuevo culto.

Dos obispos, Instancio y Salviano, abrazaron su causa, y un tercero llamado Higinio, obispo de Córdoba, después de haberse levantado vehementemente en contra de Prisciliano y sus secuaces, cayó a su vez en graves errores y, de pendiente en pendiente, dejóse al fin coger en las redes de la herejía.

EL CONCILIO DE ZARAGOZA

SE imponía a todo trance atajar el mal en sus principios. Así lo deseaba vivamente el obispo Delfín, sobre todo cuando vió que uno de los más decididos discípulos de Prisciliano, el retórico aquitano Elpidio, llevado de un falso celo por la herejía, andaba infiltrando aquellas monstruosas doctrinas en Aquitania, su patria.

Con el consentimiento de los obispos de España y Aquitania, túvose un Concilio en Zaragoza. Ocupó la presidencia un gran amigo de Delfín, San Febadio de Agen, a quien correspondió aquel honor sin duda por ser el más antiguo de los asambleístas.

Los herejes no quisieron presentarse a este Concilio. No obstante, su doctrina fué rigurosamente examinada, juzgada y condenada el 4 de octubre del año 380.

Al tiempo de pronunciar la sentencia condenatoria, todos los obispos se pusieron en pie y, extendiendo la mano, dijeron a una:

«Anatema a Prisciliano y a Elpidio; anatema a Instancio, Salviano e Higinio; a los impíos que rechazan el dogma de la adorable Trinidad; a los blasfemos que niegan la divinidad de Jesucristo y a los sacrílegos que pisotean la santidad del celibato eclesiástico y corrompen la pureza de las costumbres cristianas.»

Los innovadores no se dieron por vencidos. Pensaron, con razón, que el juicio de Roma está por encima de un Concilio particular; y los tres prin-

cipales prelados rebeldes se encaminaron a Italia para referir al papa San Dámaso I, los presuntos agravios recibidos de los obispos católicos reunidos en el Concilio zaragozano.

Pasaron por Aquitania, vertiendo a su paso el veneno de sus errores con gravísimo daño de las almas y escándalo de todos, y llegáronse a Burdeos, confiados y alentados por sus éxitos.

Delfín, que los conocía a fondo, hizo cerrar las puertas de la ciudad con el noble fin de evitar el contagio con la herejía, mereciendo así este elogio que le dedica el Breviario:

«Como los priscilianistas y sus adeptos apelasen de los decretos del Concilio al papa Dámaso, y para ir a Roma atravesaran la Aquitania con la idea de manchar esta provincia con la lepra de la herejía, fueron rechazados de Burdeos por Delfín, que velaba con gran solicitud sobre su rebaño».

No pudo, sin embargo, impedir los estragos del error en las comarcas vecinas. En Aquitania, Elpidio logró incorporar a la secta, a su mujer Eutrofia y a su hija Prócula. En su casa se refugiaron los obispos herejes y desde ella irradiaron sus funestos principios a los pueblos vecinos.

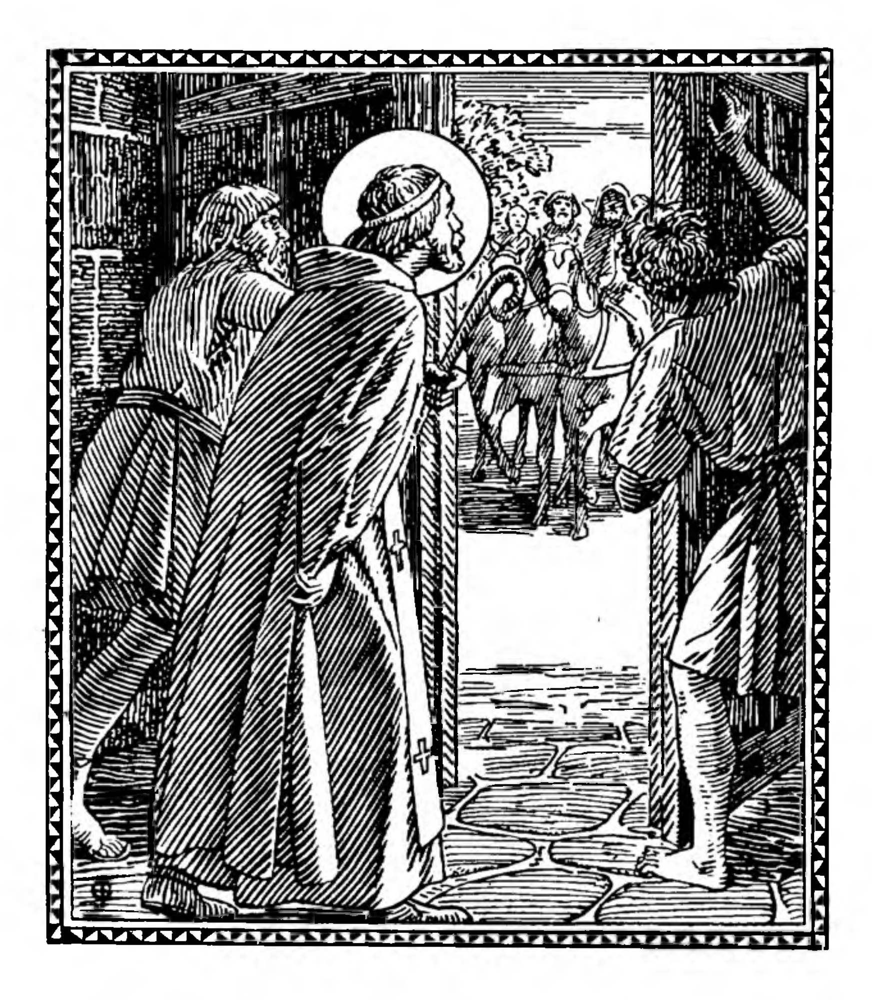
EL CONCILIO DE BURDEOS

EL viaje de los tres herejes a Roma se señaló por una serie de contratiempos. El papa San Dámaso, ya prevenido contra sus manejos, negóse a recibirlos. A poco, uno de los tres obispos, Salviano, fué llamado súbitamente a comparecer ante el tribunal de Dios. Los otros dos, sin preocuparse de esta advertencia providencial, intentaron atraer a su causa a San Ambrosio, seguros de que si lograban el apoyo de su prestigio, sería seguro el triunfo de la doctrina que propugnaban por el peso decisivo que supondría la autoridad de aquél.

Pero conocían mal al santo obispo de Milán, el cual, por las relaciones que mantenía con Delfín y Febadio, sabía perfectamente a qué atenerse con respecto a la doctrina de los innovadores.

Por un momento creyeron haber logrado el apoyo imperial con la incorporación a su partido del maestro de ceremonias del emperador Graciano; pero esta fortuna les duró poco, pues el emperador Máximo, que se había alzado con el imperio después de asesinar a Graciano, instado por varios obispos católicos, ordenó que se reuniera un Concilio para acabar con el priscilianismo.

Delfín fué encargado de convocar y presidir esta asamblea extraordinaria. Celebróse en Burdeos hacia el año 384. Prisciliano e Instancio, que fueron invitados por el prefecto de las Galias y por el de España, en nombre del emperador, ya no encontraron razón válida para dispensarse de asistir.



SABEDOR *San Delfín de que los herejes priscilianistas, que van camino de Roma, han determinado parar en su ciudad episcopal, manda cerrar las puertas para librarse así de todo contagio con la herejía. Tal era la solicitud con que cuidaba del rebaño que el Señor le había confiado.*

RECURSO ANTE EL EMPERADOR

TALES fueron la prudencia, energía y santidad de Delfín, que el obispo andaluz Instancio reconoció sus errores, y él mismo pidió que le depusieran de su cargo. Prisciliano, por el contrario, se obstinó más y más; y, ante el temor de una deposición forzada, llegó a la audacia de apelar al emperador contra las decisiones del Concilio.

Según parece, los Padres de la Asamblea tuvieron la debilidad de consentir en ello y llevaron a la autoridad civil una causa puramente eclesiástica; con lo cual faltaron a su obligación, pues como dice Sulpicio Severo, debieron condenar a Prisciliano por contumacia, o, en último término, reservar el juicio a otros obispos, pero no al emperador.

El sabio benedictino Piolín declara apócrifas las actas del Concilio de Burdeos, inventadas —dice— por un sacerdote del Oratorio llamado Jerónimo Vignier. Sea de esto lo que fuere, nadie pone en duda que Delfín obró con recta y pura intención.

Las consecuencias de la intervención solicitada fueron graves. El emperador resolvió la cuestión prisciliana con la espada. Los principales adeptos de la secta, condenados sin piedad a la pena de muerte, fueron decapitados en Tréveris; y los otros desterrados y despojados de sus bienes.

La ejecución de los priscilianistas es el primer caso de aplicación de la pena de muerte a los herejes. Pero consta que no fueron ejecutados precisamente por ser herejes, sino por delitos comunes penados por las leyes.

San Ambrosio y el papa San Siricio desaprobaron, no obstante, aquellas ejecuciones. La herejía sobrevivió a estas violencias con mayor o menor intensidad y no desapareció completamente hasta dos siglos más tarde.

AMISTAD DE SAN AMBROSIO Y DELFÍN

LA importancia de la misión que cupo a Delfín en la condenación definitiva de la herejía y su reputación como hombre de ciencia y santidad, le granjearon amigos ilustres entre los obispos del siglo IV. Sería para nosotros muy interesante la correspondencia, desgraciadamente perdida, entre San Ambrosio y el obispo de Burdeos. Sólo se conserva una carta, admirable por su naturalidad y llaneza, del obispo de Milán a su amigo. Transcribimos un pasaje:

«Ambrosio a Febadio y a Delfín, obispos. — Nuestro hijo en Cristo, Polibio, ha venido a pasar unos días en mi casa, y antes de emprender el regreso a las Galias, me ha pedido una carta para cada uno de vosotros;

para complacerle, he dictado una colectiva; mas no ha quedado satisfecho y me ha suplicado que escribiera otra; le he respondido que escribía sólo una para mis dos amigos, por ser ésta mi regla y costumbre, y por creer que no será el número de cartas lo que os conmoverá, sino el ver juntos vuestros nombres, cual si fuerais uno solo, pues entiendo que no se pueden separar los nombres de los que están unidos de corazón...»

Esta carta hace suponer que fueron muchas las que se escribieron, y pone de manifiesto la amistad profunda que unía a los tres santos prelados.

PADRE ESPIRITUAL DE SAN PAULINO DE NOLA

UNA amistad, quizá más estrecha aun, unía al obispo Delfín con Paulino, bordelés de nacimiento. Se querían como padre e hijo. Paulino, descendiente de los Anicios, familia muy principal de Roma, hacia los treinta y cinco años de edad había resuelto consagrarse por completo a Dios. Mientras era procónsul de la ciudad de Nola había visitado un día la tumba de San Félix, y allí sintió los primeros atractivos de la gracia y comprendió cuánto hay de absurdo en la filosofía pagana. Hombre de talento y corazón, habíase abierto en seguida a las insinuaciones de lo Alto.

Pasado el tiempo de su gobierno proconsular, había fijado su residencia en Aquitania, donde su familia tenía ricas posesiones. Allí le deparó Dios, en el obispo Delfín, un ángel que había de enseñarle con amoroso empeño el camino de la salvación.

El virtuosísimo prelado instruyóle poco a poco en las verdades eternas y, cuando le vió suficientemente preparado, administróle el bautismo en el baptisterio de la catedral. Era la víspera de Pascua del año 389.

CORRESPONDENCIA ENTRE DOS SANTOS

SÓLO se conservan cinco de las cartas escritas por San Paulino a su padre espiritual, el obispo Delfín. En cada una de ellas pone de manifiesto sus nobles sentimientos de gratitud y filial amor. ¡Lástima grande que se hayan perdido las respuestas del obispo de Burdeos a su amado hijo espiritual! Con todo, las que poseemos de San Paulino son suficientes para poder apreciar el grandísimo bien que las enseñanzas y ejemplos de aquél produjeron en el alma del discípulo.

«A vos os debo —decía Paulino— el haber nacido para Cristo. Obligación mía es producir abundantes frutos, para ser digno retoño del árbol que me ha dado vida en Dios».

En otra parte, declara que ha recibido una de sus cartas con la misma ansiedad y provecho con que, después de larga sequía, la tierra árida y agrietada recibe del cielo una lluvia benéfica: «Soy —añade— un árbol que vos habéis plantado; no dejéis de regarle y fertilizarle con vuestros sabios y santos consejos».

GRATITUD DE SAN PAULINO A DELFÍN

AL impulso de su maestro espiritual, el antiguo procónsul distribuyó a los pobres su inmensa fortuna y se entregó enteramente a Dios. Tomó el hábito de monje y se cortó el cabello; un poco más tarde, ordenado ya sacerdote, retiróse a Nola, en Campania, cabe la tumba de San Félix, para buscar allí la soledad a que aspiraba hacía tiempo.

Desde Nola, Paulino sostuvo con su padre y amigo de Burdeos activa correspondencia. En ella le habla de las muestras de benevolencia que le diera Anastasio, recién elegido Papa.

«Sabréis con mucho gusto y placer, que nuestro Padre, el papa Anastasio, nos da pruebas de gran cariño. Pocos días después de su elección, escribió por nuestra causa, a los obispos de Campania, cartas impregnadas de devoción, en las que manifestaba el afecto que nos profesa, y les exhortaba con su ejemplo, a otorgarnos su amistad.

Cuando fuimos a Roma para asistir, según nuestra costumbre, a la fiesta de los Apóstoles, nos dispensó una acogida tan benévola como honrosa; y, más tarde, cuando celebró el aniversario de su elevación al pontificado, se dignó invitarnos, no obstante estar ordinariamente reservado este alto honor a los obispos sufragáneos.»

Su valimiento cerca del Papa, púsolo Paulino amablemente al servicio de Delfín, como da a entender el siguiente párrafo:

«Si el Señor prolonga nuestros días, tendremos aún el honor de ver al Papa nuevamente, y esperamos obtener una carta de recomendación a favor vuestro.»

Otros párrafos de estilo sencillo y agradable, están llenos de reminiscencias escriturarias alusivas al obispo de Burdeos y al beneficio del bautismo recibido de sus manos.

«Recordamos —dice— que por nuestro bautismo llegamos a ser el *hijo del delfín.* No olvidaremos que Vos sois no solamente nuestro Padre, sino también Pedro, pues Vos, como el santo Apóstol, echasteis el anzuelo para sacarnos de las aguas amargas del siglo, y nos capturasteis para la vida eterna. Pero si somos pez vuestro, deberíamos llevar en la boca como rédito o tributo una moneda, que tuviera, no la figura e inscripción de César, sino la imagen viva del Rey del cielo.

Pedid en vuestras oraciones al Señor, que seamos la moneda del tributo, un pez tomado en vuestras redes, un hijo del seno de vuestra castidad, un verdadero hijo de Delfín...»

Los bellos sentimientos y la virtud del hijo, brillan con vivos reflejos en el padre. Por eso, aunque la historia sea avara de pormenores de la vida del Santo, poseemos al menos los preciosos documentos que de su santidad nos lega su querido hijo en Jesucristo, Paulino de Nola.

SANTA MUERTE

DIOS salvó al santo obispo de Burdeos del dolor de ver invadidas por las hordas bárbaras las provincias que con tanto celo y entusiasmo había evangelizado, pues murió algún tiempo antes de estos tristes acontecimientos, hacia el año 404, según consta en la ***Galia cristiana.***

A él debió la Iglesia de Burdeos el insigne beneficio de poder conservar intacto durante el siglo IV el depósito de la fe católica a pesar de las continuas acometidas de la herejía.

Sin embargo, transcurrieron los siglos hasta mediar el XIX sin que se le erigiera en su ciudad episcopal ni un modesto oratorio. En 1849, el cardenal Donnet reparó aquel grave olvido construyendo cerca de Burdeos una iglesia dedicada a San Delfín.

Si se hubiera librado del furor de los visigodos en el siglo V, de los sarracenos en el VII, o de los normandos en el IX alguna de las reliquias del santo obispo, dicha iglesia habría podido llegar a ser centro de peregrinación que perpetuase su memoria.

Pero, no es cosa indispensable a los hijos conservar los restos de su padre para acordarse de él. Si Aquitania no posee los restos de San Delfín, tiene al menos la seguridad de poseer en él un poderoso intercesor en el cielo, un vigilante y celoso guardián de su fe, un verdadero Padre.

SANTORAL

Santos **Delfín, obispo;** Miguel, obispo, mártir de los calvinistas; Anno, obispo de Magdeburgo; Venerando, obispo de Auvernia; ***Gregorio, presbítero y mártir; Eutimio, mártir;*** Brocardo de Estrasburgo, dominico; Luciano, Metrobio, Pablo, Cenobio, Teótimo y Druso, mártires en Trípoli. Beatos Cristóbal Scagen y Adrián de Assendelf, mártires de los calvinistas. Santas ***Irmina —hija de San Dagoberto II—***; Tarsila y Emiliana —tías de San Gregorio Magno—, vírgenes.



DÍA 25 DE DICIEMBRE

SANTA ANASTASIA

MÁRTIR († 303 ó 304)

EL Martirologio romano hace mención de tres santas mártires que llevaron el nombre de Anastasia; una, cuya festividad se celebra el 15 de abril y que consumó su glorioso martirio en Roma en tiempo de Nerón; la segunda, que lo padeció también en Roma el 28 de octubre, imperando Valeriano; y la tercera, el 25 de diciembre, bajo el poder de Diocleciano. A esta última, la más célebre, se refiere la presente biografía.

La vida de esta Santa, tal como la conocemos por los Martirologios y por Metafrasto, presenta algunos puntos dudosos y ciertas dificultades imposibles de resolver de una manera absolutamente cierta.

En cuanto a los Martirologios, unos indican que la muerte de Santa Anastasia ocurrió en Sirmio y otros en la isla Palmaria, como si se tratase de dos santas de igual nombre cuya fiesta cayese en el mismo día. Mientras unos afirman que condenó a esta Santa un prefecto de Iliria, otros, por suponer inverosímil esta circunstancia, se callan quién fué su juez.

Respecto a Metafrasto, es evidente que reunió en las Actas de Santa Anastasia hechos relativos al menos a dos santas distintas, confusión que dificulta grandemente la tarea histórica.

Lo más acertado será, a nuestro entender, inspirar el trabajo en el fondo del Martirologio romano —tratando de rehuir lo que en su narración parezca menos verosímil— e incluir, a guisa de complemento, las citas de Metafrasto que se concilien con la esencia del citado Martirologio.

INFANCIA. — MATRIMONIO

LA tradición popular ha pretendido que Santa Anastasia vivió en tiempo de Nuestro Señor; pero esta circunstancia es inadmisible y la imaginó seguramente el alma popular inspirada por el recuerdo de la caridad de nuestra Santa para con los mártires, miembros dolientes del Cuerpo Místico de Jesucristo. Es casi seguro que Anastasia nació en Roma en la segunda mitad del siglo III, de familia senatorial. Su padre, Pretextato, era gentil, y su madre, Fausta, cristiana. Muy joven aún, quedó Anastasia huérfana de madre y la recogió Crisógono, que era probablemente tío suyo, el cual creyó de su obligación favorecer en el alma de su protegida el desarrollo del germen de la fe cristiana sembrado por Fausta. No se lo estorbó Pretextato, que sería quizá, como muchos de nuestros contemporáneos, un hombre honrado según el mundo y ante todo epicúreo, al cual no importaría el problema de ultratumba tanto como disfrutar lo más posible de los goces de esta vida sin preocupaciones de orden superior.

Pasaron los años de la infancia y Anastasia llegó a la edad núbil, que en Roma comenzaba para las jóvenes a los doce años. Pretextato decidió casarla con Publio, joven cortesano del emperador muy dado a la adoración de los falsos dioses. Como la joven hubiese pensado consagrar a Dios su virginidad a ejemplo de María Santísima, opúsose cuanto pudo a los proyectos de su padre, pero éste insistió con tales formas que ella se creyó obligada a ceder. Se resignó, pues, a tomar un esposo que no quería, aunque sin renunciar al amor de Aquel por cuyo amor deseaba permanecer virgen.

CARIDAD CON LOS MÁRTIRES

HAN llegado hasta nosotros dos cartas de Anastasia a su tutor, San Crisógono. Baronio teníalas por auténticas, pero hoy se las considera apócrifas. Según ellas, la joven se habría valido de una estratagema que delata una falsa comprensión de la ley evangélica. En lugar de proceder a las claras con Publio, como Santa Cecilia lo hiciera con Valeriano, o sea, en lugar de exponerle sus anhelos de modo que le indujera a renunciar de buen grado a sus legítimos derechos, se habría hecho la enferma y así Publio, que, por otra parte, no le tendría mucho cariño, la dejó libre y quizá

se consoló pensando heredar pronto a una esposa de escasa salud y de cuya dote se aprovechaba pródigamente con sus viciosos compañeros.

Anastasia empleó la libertad obtenida para darse como antes a las prácticas de devoción y a las virtudes cristianas. Su vida era austera y retirada, sus vestidos sencillos y modestos, y dedicaba al rezo buena parte de los días y de las noches. Sentía atractivo especial hacia los confesores de la fe encarcelados, y los visitaba y consolaba, les suministraba recursos, curaba sus heridas, y no pedía en pago más que sus oraciones y su bendición.

RECLUÍDA EN SU PALACIO

ANASTASIA cumplía estas obras de misericordia a ocultas de su marido, quien ignoraba también las austeridades de su vida privada. Pero esto no podía durar mucho, y Publio acabó por enterarse de ello. Sea porque realmente aborreciese a los cristianos, o por el resentimiento que experimentó al comprobar el proceder de su mujer o, tal vez más que otra cosa, porque consideraba como perjuicio propio el empleo que Anastasia hacía de sus bienes, el caso es que se mostró sumamente irritado. En consecuencia, ordenóle que no saliera más de su palacio, y encargó a servidores inhumanos la vigilaran de cerca y le impidieran relacionarse con la gente extraña y menos aún con los cristianos.

Este duro secuestro causó honda pena a Anastasia, menos por los malos tratos que le daban que por la imposibilidad en que la tenían de favorecer a sus hermanos en Cristo.

Llegó al colmo su aflicción al verse privada, cuando lo necesitaba más, de los alientos de Crisógono, a quien poco antes habían encarcelado. Tuvo, sin embargo, ocasión de escribirle una carta en la que le ponía al corriente de su angustioso estado: «Este hombre cruel —le decía hablando de Publio— malgasta mis bienes con gente perdida y me tiene aprisionada. Aunque me sea muy dulce dar la vida por la fe, me duele que mi patrimonio, que yo consagré al Señor, sirva para el culto de la idolatría y del pecado. Suplicad al Señor Todopoderoso que conserve la vida de este hombre si es que ha de convertirse, o que se la quite si ha de seguir el mismo camino, pues más le valdría morir que atormentar a los siervos de Dios.

El tono de esta carta, cuya autenticidad no podemos garantizar, descubre cierta amargura que no está muy de acuerdo con la perfección cristiana. Al responderle, trató Crisógono de sosegarla. «Ten paciencia —decía a su discípula— y no te extrañen ni te asusten los males que te sobrevienen a pesar de tu piadosa vida. Piensa que Dios te quiere dar los bienes del cielo, pues te quita los de la tierra. Y si te parece que tarda, entiende que lo hace para

que estimes más sus dones. Dios te prueba y no te abandonará. Huye del pecado y espera sólo del Señor el consuelo; Él te lo hará saborear cuando menos lo pienses.» Estos consejos eran tanto más necesarios a la pobre prisionera cuanto que los rigores de su cautividad aumentaban cada día. Llegaron a ser tan horribles, que Anastasia creyó no podría soportarlos por muy largo tiempo y que presto sucumbiría rendida por el dolor.

Por segunda vez escribió a Crisógono para comunicarle sus presentimientos y para pedirle el auxilio de sus oraciones. El buen anciano se dió prisa a contestarle y le predijo que recobraría la libertad, asistiría aún a los confesores de la fe y recibiría la corona del martirio como premio de sus trabajos.

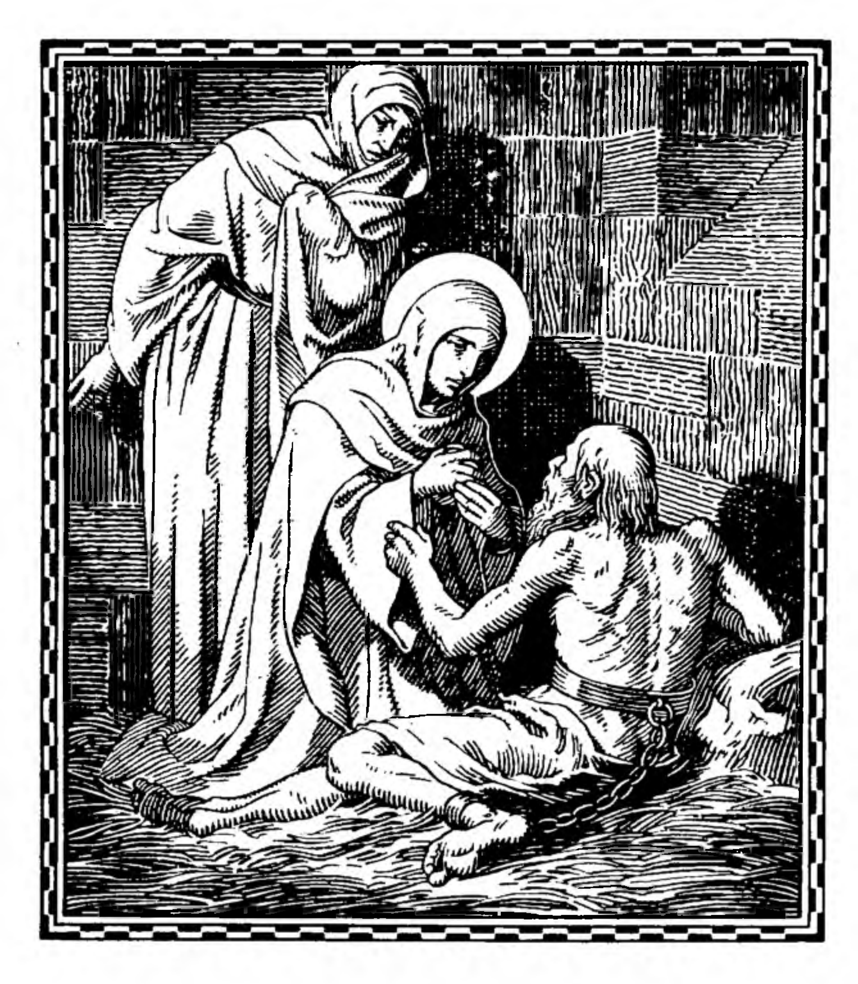
NUEVAMENTE EN LIBERTAD

NO tardó en realizarse la predicción de Crisógono. Al poco tiempo decidió el emperador enviar una embajada al rey de Persia y Publio fué designado para formar parte de la misma. Aquel hombre sin entrañas estaba resuelto a dar muerte lenta a su desventurada esposa a fin de apoderarse de sus bienes al regresar. Con esta mira, entrególa a Codiso, el más inhumano de sus esclavos, a quien dió orden formal de que no le proporcionase ni el alimento necesario y que la tuviese encerrada en hediondo calabozo donde apenas pudiese respirar. Mas, la Providencia, que cuida de los pajarillos y viste con esplendor los lirios del campo, desbarató aquellos cálculos monstruosos con la muerte de Publio, ocurrida durante el viaje. Anastasia pudo así salir de su encierro.

Entonces, dueña ya de su casa, no puso límites a su caridad y se consagró por completo al servicio de los mártires detenidos en las cárceles de Roma. Todos participaban de sus bienes. A Crisógono, a quien consideraba como su padre en la fe, proveyóle de sustento mientras estuvo encarcelado en la ciudad, y le demostró siempre filial cariño, como en seguida veremos.

ACOMPAÑA A SAN CRISÓGONO A AQUILEYA

EL año 303, instigado por Galerio, renovó Diocleciano en Oriente los edictos de persecución contra los cristianos y luego partió para Roma con objeto de asistir a las fiestas del vigésimo aniversario de su exaltación al trono del imperio. En este su viaje, detúvose en Aquileya, ciudad importante a orillas del Adriático y quizá perteneciente entonces a Iliria. Allí le dieron la nueva de que las cárceles de Roma rebosaban de cristianos, y que Crisógono, uno de los más ilustres ciudadanos, también preso, no



SIN *reparar en gastos ni asustarse por los peligros, Santa Anastasia compra a fuerza de dádivas a los carceleros, y entra en las mazmorras para auxiliar tanto espiritual como materialmente a los confesores de la fe. Ella misma les lava y les cura las heridas y tiernamente los consuela.*

paraba de alentar la resistencia a las leyes del Estado. Imaginóse el emperador que vencería fácilmente al venerable anciano, el cual, con su apostasía, había de arrastrar a numerosos fieles, y ordenó al prefecto de Roma se lo enviase sin dilación.

Cuando la orden llegaba a Roma salía hacia Aquileya un grupo de cristianos. Crisógono fué incluído en el mismo. Al saberlo Anastasia, sin vacilar se puso también en camino y siguió a los cautivos, asistiólos cuanto pudo prestándoles toda clase de ayuda, aunque sin comprometerse abiertamente, y los acompañó hasta Aquileya.

Nos permite suponerlo así el texto del Martirologio jeronimiano que dice en 25 de diciembre: «En Sirmio, Santa Anastasia, que partió de Roma en seguimiento de los Santos conducidos al martirio y padeció también gloriosamente.»

Al llegar a término, detúvose Anastasia a fin de continuar sirviendo a Crisógono hasta que éste fuera llamado al tribunal del emperador, cosa que no tardó en realizarse. En vano describió Diocleciano al insigne confesor el brillo de las riquezas y honores que le prometía si renegaba de la fe cristiana. Nuestro héroe resistió tan valerosamente a las seducciones como a las amenazas, y su inflexible tenacidad le valió la sentencia de degüello, la cual se ejecutó en las afueras de la ciudad. Es de creer que Anastasia iría a recoger la preciosa sangre del atleta de Jesucristo.

Proponíase también rescatar los sagrados restos del mártir para darles honrosa sepultura, pero no pudo lograr aquel consuelo, porque los verdugos los arrojaron al mar. Unos días más tarde, las olas, menos crueles que los hombres, lo volvieron a la orilla, cerca de la vivienda de Zoilo, venerable sacerdote que había conocido a Anastasia en la cárcel de Aquileya. Zoilo se apresuró a recoger los sagrados restos del ilustre mártir y, con la ayuda de nuestra Santa, sepultólos cristianamente en el huerto de su propia casa.

EN EL TRIBUNAL DE FLORO

ANASTASIA cumplió los últimos deberes para con su tío y volvió en seguida hacia los prisioneros de Aquileya. Según Metafrasto, preparó entonces para el martirio a las santas Irene, Agape y Quionia, a quienes asistió hasta el último momento, pero este hecho no concuerda con el lugar histórico de su sacrificio, que fué Tesalónica.

Su mucha caridad y sus grandes anhelos la engañaron. Presentóse un día en la cárcel donde ya no encontró a los que viera allí el día anterior. Afligida, se dirigió al nuevo guardián y le preguntó adónde habían llevado a los presos. Sospechó el carcelero que aquella joven era cristiana y la hizo

detener y conducir a Floro, viceprefecto de la Iliria occidental. Reproduciremos el diálogo que, según Metafrasto, se entabló entre ambos.

—¿Es cierto que eres cristiana? —preguntó Floro.

—Sí que lo soy, y el serlo es mi mejor título de gloria —respondió la Santa.

—¿Por qué has abandonado tu patria?

—Para obedecer a la voz del cielo, que me llama y exhorta a tomar la cruz de mi Salvador y a seguirle con ella.

—¿Pero, dónde está ese Cristo, Salvador tuyo, de que me hablas? —exclamó Floro.

—En todas partes, y nada se escapa a sus miradas. Está en el cielo y en la tierra; pero su mirada favorita es el corazón de sus fieles servidores, de los que le invocan y le temen.

—¿Podrías —replicó el prefecto— mostrarme a esos servidores? Tendría gusto en conocerlos.

—Hasta ahora —dijo nuestra bienaventurada— han vivido con nosotros en la tierra; mas, por haber ofrecido sus vidas en holocausto al verdadero Dios, han recibido en cambio de esta vida, precaria y perecedera, otra feliz y eterna. Han dejado la tierra para ir a conversar con los bienaventurados en el cielo, y allí espero reunirme con ellos, cuando la muerte haya librado a mi alma de las cadenas que la sujetan a mi cuerpo.

Comprendió el prefecto que Anastasia hablaba de los cristianos que él había enviado al suplicio, y exclamó:

—Si murieron, tú tienes la culpa; pues tú los hechizaste con tus artificiosos discursos excitándolos contra nosotros y persuadiéndoles a despreciar los decretos de nuestro emperador; pero nuestras divinidades, para quienes nada hay oculto, te han entregado en nuestras manos; y no tardarán los más atroces tormentos en domeñar la soberbia de que alardeas. ¿Por qué no quieres adorarlos siendo así que tu padre no se avergonzaba de hacerlo? Créeme, deja a ese Cristo que tú no has conocido y que murió en una cruz como un malhechor, y ofrece incienso a los dioses de tus padres.

—A juzgar por tus palabras, gustas hablar de lo que no entiendes. Llamas dioses a vulgares idolillos fabricados por mano de hombre y cuyo poder es pura fantasía de quienes se humillan al extremo de adorarlos. Dime, ¿crees realmente haber recibido de ellos beneficio alguno? ¿Qué pueden influir en los destinos humanos tales productos de la imaginación? Cierto es que mi padre guardaba en su casa algunas de tales figurillas; mas, no te preocupen ya: yo misma las arrojé al fuego; con el oro que me proporcionaron pude luego aplacar el hambre de muchos miserables en quienes jamás has pensado tú.

A estas palabras, clamó furioso el juez:

—Ese sacrilegio no puede quedar impune. Los dioses te han puesto en nuestras manos y con el tormento se apaciguarán su irritación y tu arrogancia.

COMIENZA LA SANTA SU PASIÓN

NO se creyó Floro con autoridad bastante como para entregar la Santa al verdugo, por ser romana y de noble linaje. La hizo conducir a Diocleciano, quien se la devolvió tras breve interrogatorio. Mandó Floro encerrarla en lóbrega prisión, con orden de darle escasa comida, a fin de abatir su ánimo y sus fuerzas. Un mes más tarde, llamóla de nuevo a su tribunal y hubo de sorprenderse al verla tan sana como si le hubieran servido abundante y sustancioso alimento. Le insinuó que la dejaría en libertad de seguir su religión si le cedía la fortuna que le quedaba. Anastasia rechazó indignada aquella proposición y le respondió con gallardía:

—Ignoras, oh juez, que está escrito en nuestros libros: «Vende todo lo que tienes y da su importe a los pobres.» Ahora bien, si tú estuvieras en la miseria yo te socorriera de buena voluntad; pero siendo como eres rico, me guardaré mucho de darte los bienes que la Divina Providencia me ha confiado para socorrer a los desvalidos. Cierto es que, a pesar de tus riquezas, te hallas en una grande indigencia de los bienes de la gracia; pero ésos, sólo Dios puede darlos y los da a quienes se los piden con fervor.

—Lo que me asombra mucho —replicó el prefecto, que no esperaba la respuesta de Anastasia— es que el Dios de que tú hablas sin cesar haya tenido que ser crucificado como un malhechor, mientras que Júpiter, el más grande de los dioses del imperio, no ha sufrido nada parecido. Deja, pues, a Cristo y adora a nuestro Júpiter.

—La cruz y la muerte —respondió Anastasia— son un motivo de gloria para Cristo y para todos los cristianos; pues por la cruz y por la muerte nos ha procurado Él la gloria que hemos recibido. Imita si quieres tú a Júpiter; pero déjame a mí imitar a mi Dios.

Viendo que era inútil tratar de convencerla, terminó Floro el interrogatorio diciendo:

—Obedece a nuestro divino emperador; de otro modo, irás al suplicio como él mismo me lo ha ordenado.

—La muerte —replicó tranquilamente Anastasia— será mi gozo y mi libertad; así, pues, dispón tus cosas cuanto antes.

Con todo, no había llegado aún la hora para que la mártir volase al cielo. Condujéronla nuevamente al calabozo, donde la trataron con más rigor que antes. Transcurrieron aún varias semanas, durante las cuales no cesó de ofrecer al Señor sus padecimientos y de suplicarle que la sostuviese en la tribulación. Si se admite la versión del Martirologio jeronimiano, que señala Sirmio como lugar del martirio de Anastasia, puede creerse que después de su gloriosa pasión en la cárcel la desterraron a una isla, donde murió, conforme reza el Martirologio romano, a cuyos datos nos atenemos.

PADECE MARTIRIO EN LA ISLA PALMARIA

EL tiempo de la prueba iba a terminar, pues anunciaron pronto a Anastasia que había de partir para la isla Palmaria —hoy Palmarola, en el mar Tirreno—, cerca de la Poncia, adonde fueron desterrados los santos Nereo, Aquileo y Domitila, durante el reinado de Domiciano. Así, Así, **pues, trasladada Anastasia a Roma, embarcáronla luego en el puerto de Ostia. Con ella iban doscientos setenta confesores de la fe que también lograron conquistar la palma del martirio.**

Obedeciendo sin duda a órdenes superiores, no tardó el gobernador de la isla en aplicar el postrer suplicio a Anastasia. Los verdugos la ataron de pies y manos a un poste, a cuyo alrededor encendieron una enorme hoguera. Alzáronse las llamas con violencia y se cebaron en los delicados miembros de la gloriosa mártir, que no tardó en exhalar el último suspiro. Según Metafrasto, ocurría esto el 22 de diciembre de 303 ó 304, día en que celebran su fiesta los grecorrutenos. Recogió sus gloriosos restos una piadosa mujer llamada Apolonia. Llevados a Roma, fueron depositados al pie del Palatino, en el jardín de la casa habitación de Anastasia.

Este nombre traerá sin cesar a la memoria de los pueblos cristianos el loable empleo que la noble romana dió a los bienes de este mundo, así como la caridad que tuvo para con el prójimo y la fidelidad con que sirvió al Señor. Su recuerdo ha sido y será siempre de grande edificación para la Iglesia.

Años después de su muerte, levantóse sobre su tumba una basílica, todavía conservada, en la cual, durante la Edad Media, celebraban los Papas la segunda misa de Navidad.

El día del Nacimiento de Jesús, la Iglesia universal hace conmemoración de Santa Anastasia en la misa de la aurora, y cada día repiten su esclarecido nombre millares de sacerdotes en el Canon de la Misa. No pocos fieles imponen a sus hijas el nombre de Anastasia, que significa «resurrección».

SANTORAL

La Natividad de Nuestro Señor Jesucristo (véase en el tomo «Festividades del Año Litúrgico», pág. 600). Santos Rómulo de Bretaña y Florencio, abades; *Los Mártires de Nicomedia;* Flaminiano, mártir; Próspero, confesor. Conmemórase el glorioso tránsito de muchos religiosos, sacerdotes, y seglares muertos en las Alpujarras, por la causa de la fe, a manos de los moriscos en el siglo xvi. Recuérdase la muerte de **San Pedro Nolasco, fundador** (véase en 28 de enero). Beatos Mateo, cardenal, obispo de Albano; *Fulco de Marsella, obispo;* Nero, honrado en Siena. Santas **Anastasia, mártir;** *Eugenia —hija del mártir San Felipe y de Santa Claudia—, virgen y mártir.*


«Y, habiéndolo llevado a las afueras, lo lapidaron»

DÍA 26 DE DICIEMBRE

SAN ESTEBAN

DIÁCONO Y PROTOMÁRTIR (✝ 35)

CUADRA muy bien al protomártir de Cristo el nombre de Esteban, que en idioma griego significa «coronado». San Agustín, San Fulgencio, San Pedro Damián y otros Santos Padres, le alababan a porfía y no dan con palabras para ensalzarle cual merece. Poco sabemos acerca de sus primeros años. Créese que descendía de una de las familias judías domiciliadas en las provincias del antiguo Imperio griego.

Había por entonces en Jerusalén escuelas afamadas en algunas sinagogas; a ellas acudían muchos jóvenes deseosos de instruirse en la ley de Moisés y de formarse conforme a las costumbres y tradiciones de los ancianos.

Entre todas esas escuelas descollaba, en celebridad, la de un fariseo y doctor de la Ley, llamado Gamaliel, el varón más justo de cuantos componían el Sanedrín, venerado de todo el pueblo, según el testimonio de San Lucas; el mismo que en el concilio de los judíos hablaría en favor de los Apóstoles.

Contaba su escuela cerca de mil discípulos, y a la cabeza de ellos figuraba por su celo, ciencia y pureza de costumbres, un joven ciliciano por nombre Saulo, a quien el Señor había de convertir más tarde milagrosamente y hacerle Apóstol de los gentiles. Dos preciosos ornamentos más sacó

la Iglesia naciente de la mencionada escuela: San Bernabé y San Esteban; El mismo Gamaliel habría de convertirse andando el tiempo a la fe cristiana y morir santamente. Con tan insigne maestro y en compañía de San Pablo, de quien se cree que era primo, aprendió las Sagradas Escrituras.

CRISTIANO Y DIÁCONO. — LAS CINCO PLENITUDES DE ESTEBAN

IGNÓRASE cuándo se declaró Esteban discípulo de Cristo, San Agustín y San Epifanio opinan que era uno de los setenta y dos elegidos por el Señor; según otros, fué convertido por las primeras predicaciones de San Pedro, después de la venida del Espíritu Santo. Lo cierto es que muy pronto se hizo notar por su sabiduría y por el celo santo que inflamaba su corazón.

En aquellos días, como creciera tanto el número de discípulos en la naciente Iglesia de Jerusalén, suscitóse una queja de los judíos griegos, o helenistas, contra los judíos hebreos o nacidos en Palestina, porque no se hacía caso de sus viudas, o les parecía que eran postergadas en el servicio cotidiano, porque no les daban cargos importantes en la asistencia de los pobres, como a las viudas hebreas —entre las cuales había las llamadas diaconisas, encargadas del cuidado de las personas de su sexo—, o porque fuesen menos atendidas en la distribución del sustento diario.

En vista de lo cual, convocaron los Doce a todos los discípulos y dijeron: «No es justo que nosotros descuidemos la predicación de la palabra de Dios por tener cuidado de las mesas. Por tanto, hermanos, escoged de entre vosotros siete varones de buena reputación, llenos del Espíritu Santo y de sabiduría, a los cuales encarguemos este ministerio; y con esto podremos nosotros emplearnos enteramente en la oración y en la predicación de la palabra divina».

Pareció bien esta propuesta a toda la asamblea, y nombraron a Esteban, varón lleno de fe y del Espíritu Santo, y a Felipe, y a Procoro, y a Nicanor, y a Timón, y a Pármenas, y a Nicolás, prosélito antioqueño. Presentáronlos a los Apóstoles, y ellos les impusieron las manos. Esta fué la primera ordenación de «diáconos» que se realizó en la Santa Iglesia.

El mismo Espíritu Santo, por medio de San Lucas, ha cuidado de darnos a conocer las virtudes que valieron a Esteban la honra de ser escogido el primero de los siete diáconos antedichos. El texto sagrado le atribuye las cinco plenitudes siguientes:

Llámale «varón lleno de fe», porque creía firmemente todos los misterios de la fe y tenía un don especial para explicarlos e infundir la persuasión.

Dice que estaba «lleno de sabiduría», por lo cual nadie podía refutar

las palabras que salían de su boca. Tenía también la «plenitud de la gracia», porque era muy agradable al Señor; colmábale Dios de sus dones, y esta gracia, que se derramaba al exterior, apareció, principalmente, cuando sus enemigos le acusaron ante el Sanedrín. Estaba, además, «lleno de fortaleza», y prueba muy palmaria de ello fué su glorioso martirio.

Por último, estaba «lleno del Espíritu Santo», que había recibido el día de Pentecostés, o más tarde por imposición de las manos de los Apóstoles. A tantos dones y méritos añade San Agustín el de la virginidad, pues, aunque joven y de bellas prendas, no dudaron los Apóstoles en confiarle la intendencia de las viudas.

Esta riqueza de virtudes no tardó en producir excelentísimos frutos. Merced al celo del santo diácono, extendíase más y más la palabra de Dios en Jerusalén, y el número de discípulos crecía continuamente. Para confirmar la santidad de la doctrina que anunciaba, obraba grandes milagros, y de este modo atraía gran muchedumbre de judíos a la fe de Cristo.

Movidos por la envidia y por un falso celo de la Ley, que en su entender se veía amenazada por el Evangelio, levantáronse algunos miembros de la sinagoga llamada de «los libertos», y de las sinagogas de los cireneos, de los alejandrinos, de los cilicianos y de los asiáticos; y trabaron discusiones con Esteban, pretendiendo confundirle. En vano apelaron a la propia agudeza para rebatir su doctrina: el Espíritu Santo hablaba por su boca.

ANTE EL SANEDRÍN

EXACERBADOS por la vergüenza de la derrota, sobornaron a hombres sin conciencia para que declarasen que habían oído a Esteban proferir blasfemias contra Moisés y contra Dios. Con eso alborotaron a la plebe y a los ancianos y escribas, y echáronse sobre él, le arrebataron y lleváronle al Concilio o Sanedrín. lle-

Al mismo tiempo presentaron testigos falsos que dijeron:

—Este hombre no cesa de proferir palabras contra el lugar santo y contra la Ley; nosotros le hemos oído decir que aquel Jesús nazareno ha de destruir este lugar y mudar las tradiciones que nos dejó ordenadas Moisés.

Entonces fijando en él los ojos cuantos estaban en el concilio, vieron su rostro resplandeciente como rostro de ángel.

En vista de la denuncia presentada, el Sumo Sacerdote le preguntó si era cierto lo que le imputaban; y él, en vez de callar como su Divino Maestro ante los jueces, tomó la palabra, pero no para defenderse sino para dar testimonio de la verdad y proclamar la gloria de Jesucristo. ¿Por qué no calló Esteban? Porque, según hace observar San Agustín, el Señor había dicho:

«Lo que os digo en tinieblas, publicadlo a la luz del día; y lo que os digo al oído, predicadlo desde los terrados» (Mat. X, 27).

Comenzando, pues, en Abrahán y terminando en Jesucristo, trazó el valeroso confesor un cuadro expresivo de las gracias y favores que la nación judía había recibido de Dios; recordóles la profecía de Moisés referente al Mesías, y las repetidas rebeliones e ingratitudes con que sus antepasados habían correspondido a los beneficios divinos.

Encaróse después virilmente con sus acusadores y echóles en rostro aquello mismo de que le acusaban, llamándole blasfemo e impío.

—Hombres de dura cerviz e incircuncisos de corazón y de oído, vosotros resistís siempre al Espíritu Santo; como fueron vuestros padres, así sois vosotros. ¿A qué profeta no persiguieron vuestros padres? Ellos son los que mataron a los que anunciaban la venida del «Justo», que vosotros acabáis de entregar, y del cual habéis sido homicidas: vosotros que recibisteis la Ley por ministerio de ángeles, y no la habéis guardado.

Al oír tales cosas, ardían en cólera sus corazones y crujían los dientes contra él. Mas Esteban, que estaba lleno del Espíritu Santo, fijó los ojos en el cielo, vió la gloria divina y exclamó como arrobado:

—Estoy viendo los cielos abiertos y al Hijo del hombre a la diestra de Dios.

EL MARTIRIO

EN oyendo esto, clamaron ellos con gran gritería, se taparon los oídos y arremetieron impetuosamente contra él; sacáronle fuera de la ciudad, a cierta distancia de la puerta del norte —llamada hoy puerta de Damasco—, y apedreáronle, conforme ordenaba la Ley. Los falsos testigos depositaron sus vestidos a los pies del joven Saulo de Tarso —el mismo que más tarde se convertiría en el camino de Damasco—, y arrojaron al ínclito mártir las primeras piedras.

Mientras así le lapidaban, Esteban, puesto en pie oraba y decía:

—Señor Jesús, recibe mi espíritu.

A este propósito explica San Agustín que si oraba en pie era para manifestar la confianza que sentía porque había peleado varonilmente, sin volver un momento la espalda al enemigo; había despreciado el temor, había hecho caso omiso de la carne, y había vencido al mundo y al demonio.

Púsose después de rodillas y clamó en alta voz:

—Señor, no les imputes este pecado.

Y dicho esto durmióse en el Señor. Era el 26 de diciembre y probablemente del año 35 de la era cristiana.

En los términos relatados refieren los *Hechos de los Apóstoles,* en el



ESTANDO *ante el Sanedrín, levanta San Esteban los ojos, y, al ver la gloria de Dios, exclama: «Mirad que veo los cielos abiertos y al Hijo del Hombre a la diestra de Dios». Tapáronse ellos los oídos y lanzáronse luego tumultuosamente para arrastrarlo fuera de la ciudad.*

capítulo VII, el glorioso triunfo de este invencible adalid y protomártir, a cuyas oraciones debe la Iglesia el gran Apóstol, porque, como dice llanamente el citado San Agustín: «Si no hubiese orado Esteban, la Iglesia no tuviera a San Pablo».

Muerto que fué el santísimo levita, algunos hombres temerosos de Dios cuidaron de recoger su cuerpo, y le dieron sepultura con gran solemnidad.

Fué tan honrada la memoria de San Esteban por los primeros fieles, que, según refiere San Clemente, papa, los santos Apóstoles Pedro y Pablo mandaron celebrar con especial solemnidad el día aniversario de su martirio.

REVELACIÓN DEL LUGAR DE SU SEPULTURA

EL viernes 3 de diciembre del año 415, siendo Honorio emperador de Occidente, Teodosio el Joven de Oriente, y Sumo Pontífice San Inocencio I, un venerable presbítero, llamado Luciano, dormía en el baptisterio de la iglesia de Cafargamala, según era su costumbre, para custodiar los vasos sagrados. A las tres horas de haberse dormido, apareciósele un anciano vestido de sacerdote, tocóle con una vara de oro, le llamó tres veces y después le dijo:

—Ve a Jerusalén y di a Juan, su obispo, que venga a abrir las tumbas donde yacen en el olvido los cuerpos de varios grandes santos.

—Señor, ¿quién sois? —preguntó Luciano—, y ¿cuáles son los santos a que os referís?

Respondió el aparecido:

—Yo soy el doctor judío Gamaliel, el que enseñó en Jerusalén a Pablo, apóstol de Jesucristo. Al oriente de la tumba donde reposa mi cuerpo está el de Esteban, que fué apedreado de los judíos fuera de la puerta septentrional de Jerusalén, en el camino de Cedar. Había quedado expuesto allí varios días para que lo comiesen las fieras y aves de rapiña, pero ninguna le tocó. Mucho amé durante su vida a este fidelísimo ministro de Jesucristo, profesé su fe y quise tener parte en su herencia. Fuí a buscar a los fieles de Jerusalén y les persuadí a que se encaminaran secretamente al lugar en que yacía su cuerpo. Habiéndolo recogido lo pusieron en mi coche y lo llevaron a veinte millas de Jerusalén, a mi torre o casa de campo que aun hoy día lleva mi nombre —es de saber en efecto, que Cafargamala significa «villa de Gamaliel»—. Allí celebramos por espacio de cuarenta días, a mi costa, exequias solemnes, y lo puse en mi sepulcro. Nicodemo, que iba a ver a Jesús de noche, está a su lado en otro féretro. Habiendo sabido los judíos que se había hecho bautizar y que era discípulo de Jesucristo, le desterraron de la ciudad, y yo le recibí en mi casa, donde terminó sus días y le se-

pulté, con los debidos honores, junto a Esteban. En el mismo sepulcro enterré también a mi hijo Abibas, que murió a la edad de veinte años, después de recibir, como yo, el bautismo de manos de los Apóstoles. Junto a él fué depositado más tarde mi cuerpo, conforme yo dispusiera.

Preguntóle entonces Luciano:

—Pero ¿dónde hallaremos vuestro sepulcro?

—En medio del campo que llamáis Dalagabria (los hombres de Dios).

Y, dichas estas palabras, desapareció la visión. Luciano pareció despertarse entonces como de un sueño. Temiendo que aquello fuese una ilusión, para no ser tenido por impostor, se puso a orar con fervor, pidiendo a Dios que si era revelación suya le renovase segunda y tercera vez la visión; para hacerse digno de este favor, ayunó toda aquella semana hasta la noche del viernes siguiente en que de nuevo se le apareció el venerable anciano Gamaliel, en la propia forma que antes, y le reprendió porque no había ido a visitar al obispo de Jerusalén.

Después le mostró de qué modo estaban dispuestos los cuerpos en el sepulcro, haciéndole ver cuatro canastillas colocadas con regularidad: tres de oro y una de plata. La primera estaba llena de rosas encarnadas y figuraba al mártir San Esteban; las otras dos estaban llenas de rosas blancas y representaban a San Nicodemo y al mismo Gamaliel. La canasta de plata, llena de flores, simbolizaba al inocente joven Abibas. Después de esto desapareció la visión.

No se aseguró aún el presbítero Luciano con esta segunda aparición, y esperó que la tercera confirmase las precedentes. Ayunando y orando pasó otra semana, y el viernes siguiente, 17 de diciembre, San Gamaliel se le apareció tercera vez. Retrataba su rostro tal enojo e indignación que Luciano, atemorizado, en cuanto vino el día fuése presuroso a Jerusalén para dar al obispo cuenta de lo sucedido. Conmovióse el prelado Juan al oír el relato del piadoso sacerdote, y mandóle que comenzase las pesquisas.

INVENCIÓN Y TRASLACIÓN DE LAS RELIQUIAS

AL día siguiente reunió Luciano a sus feligreses en la iglesia de Cafargamala. Cantados los himnos y salmos, dirigiéronse todos en procesión al campo indicado y comenzaron las excavaciones. A poco llegó un venerable monje, llamado Migecio o Nigecio, a quien Gamaliel se había había aparecido también, el cual indicó el lugar preciso de la sepultura. Cavaron los fieles en aquel paraje y pronto hallaron tres féretros. El primero tenía por inscripción un nombre siríaco escrito en griego, *Celiel,* que significa Esteban o Coronado; el segundo llevaba el nombre de *Nasuam,* equivalente

a Nicodemo, victoria del pueblo; y en el tercero, en el que había dos cuerpos, estaban escritos los nombres de *Abibas* y *Gamaliel.*

Avisado del hallazgo el obispo de Jerusalén, trasladóse inmediatamente a la villa de Cafargamala con los obispos de Sebaste y de Jericó. Tan pronto como abrieron el féretro de San Esteban comenzó a temblar la tierra y salió de aquel sagrado cuerpo un suavísimo olor y fragancia que admiró a todos los asistentes. De los muchos enfermos que habían concurrido a este espectáculo sanaron en el acto no menos de setenta y tres.

Besaron los obispos las reliquias del protomártir y las encerraron en un precioso relicario. Después, al son de himnos y salmos, trasladáronlas a la iglesia de Sión de Jerusalén, de la que había sido Esteban diácono. Al levantar del suelo los sagrados restos, comenzó a caer benéfica lluvia que remedió la larga sequía que venía asolando la comarca.

La historia de esta traslación, escrita en griego por Luciano, y traducida al latín por Avito, presbítero español, causó gran impresión en toda la Iglesia; y de todas partes se pidieron reliquias del insigne protomártir. La iglesia de Ancona poseía ya una piedra de las que habían servido para lapidar al Santo el día de su martirio, y que fuera llevada allí por un cristiano testigo personal de su muerte.

Los demás cuerpos trasladáronse también a lugares más decentes.

MILAGROS DE SAN ESTEBAN

POR el tiempo en que Dios descubrió el sagrado cuerpo de San Esteban, Paulo Orosio, presbítero español, fué al África a visitar al glorioso San Agustín para conferenciar con él, y éste le mandó a Jerusalén para que consultase a San Jerónimo sobre otras dudas. Orosio tuvo la dicha de recibir de manos de Avito algunas reliquias de nuestro Santo, para que las llevase al obispo de Braga, en Lusitania, juntamente con la relación del descubrimiento, y así fué el primero que trajo al Occidente reliquias del santo diácono.

Mas al llegar a España, las devastaciones de los godos le obligaron a dejar las reliquias en Mahón, ciudad principal de la isla de Menorca. Severo, obispo de la isla trasladóse a dicha ciudad para recibir tan preciado tesoro y dar misiones a los judíos, muy numerosos allí. Apenas llegadas las reliquias, fué testigo de un señalado milagro, pues en una semana se convirtieron y pidieron el bautismo quinientos cuarenta de aquéllos. Sucedía esto el año 418.

En 424 llegaron a Hipona las primeras reliquias del santo protomártir. San Agustín refiere muchos milagros de los que fué testigo ocular.

En Cesarea —de la Argelia actual—, vivía una familia con diez hijos. El mayor, entregado a mil excesos, llegó al extremo de levantar la mano contra su madre. Los demás hermanos y hermanas, testigos del crimen, nada hicieron para protegerla. Indignada la madre ante tamaña ingratitud lanzó sobre ellos su maldición. Al instante fué presa el hijo mayor de tremendas convulsiones en todo el cuerpo, y en el espacio de un año recibieron los demás el mismo castigo. Avergonzados, fueron a ocultar su deshonra lejos del pueblo, y peregrinaron por diversos santuarios para alcanzar la curación. Obtúvola en Ravena el hijo segundo, por intercesión del mártir San Lorenzo. El sexto y el séptimo, Pablo y su hermana Paladia, llegaron a Hipona en 425. El día de Pascua, estaba Pablo en pie apoyando las manos en la verja que rodeaba el relicario de San Esteban y quedó repentinamente curado. En el admirable sermón que predicó después San Agustín, dijo al pueblo mostrando a Pablo: «En vez de oír un relato, asistís a un milagro; en vez de extasiaros ante la lectura de un pergamino, contempláis la faz radiante del agraciado con un prodigio». El martes de Pascua hizo colocar a Pablo y a Paladia en las gradas del púlpito a la vista del pueblo, curado el primero y agitada todavía de convulsiones la segunda. Después les mandó que se retirasen de allí y comenzó a predicar sobre el respeto de los hijos para con los padres, y de la moderación de éstos para con los hijos. No había acabado el sermón cuando los asistentes prorrumpieron en voces de alegría y de acción de gracias. Paladia estaba curada.

Hacia el 560, siendo Pelagio Sumo Pontífice, trasladóse lo restante del cuerpo de San Esteban, de Constantinopla a Roma, y fué colocado en el sepulcro de San Lorenzo, en el Campo Verano, donde se le venera con gran devoción. Se celebra esta segunda traslación el 7 de mayo; la primera y la invención del cuerpo, se solemnizan el 3 de agosto.

Los numerosos templos levantados por doquier en honor de este adalid del cristianismo prueban cuán arraigada ha sido en todo tiempo la devoción de los fieles al ilustre Protomártir de nuestra Santa Religión.

SANTORAL

Santos **Esteban, diácono, protomártir;** *Dionisio* y Zósimo, papas; *Zenón, obispo de Majumé;* Alano, obispo de Quimper Hierlacio, obispo de Tuan, en Irlanda; Arquelao, obispo en la Mesopotamia; *Marino, mártir;* Menandro y dos compañeros, mártires en Antioquía; los trescientos sesenta y seis mártires de Gatinais (Francia), sacrificados por los vándalos en odio a la santa Religión; Esteban de Orastres, venerado en Ejea de los Caballeros (Zaragoza); Teodoro, confesor. Beatos Pagano de Lecco, dominico, mártir; Querubín de Quiliano, capuchino.



Águila de altísimo vuelo — El emperador Domiciano

DÍA 27 DE DICIEMBRE

SAN JUAN

APÓSTOL Y EVANGELISTA († 101)

ESTABA San Juan Bautista junto al río Jordán, no lejos del lago de Genezaret o mar de Tiberíades, y allí bautizaba a las gentes que, atraídas por su santidad, iban a escucharle: estaba cercano el reino de Dios y había algo en el ambiente que parecía prenunciarlo. Hallándose cierto día a orillas del mencionado río con dos de sus discípulos, vió a Jesús que por allí pasaba, y señalándolo con la mano, dijo: «Aquél es el Cordero de Dios». Los dos discípulos que esto oyeron marcharon en pos del Salvador. Volviéndose entonces Jesús vió que le seguían y les preguntó: «¿A quién buscáis?». Respondieron ellos: «Maestro, ¿dónde habitas?» Repuso Jesús: «Venid y lo veréis». Fuéronse con Él, vieron su morada y pasaron en su compañía lo restante del día y la noche siguiente. «¡Oh día y noche felices!» —exclama arrobado San Agustín—; ¡quién nos repitiera los celestiales coloquios de que fuisteis testigos!».

Uno de esos venturosos discípulos del santo Precursor se llamaba Andrés; el nombre del otro lo calla el relato evangélico; por modestia no quiso San Juan escribir su propio nombre al narrar la primera entrevista o conversación que tuvo con el Hijo de Dios.

FAMILIA DE SAN JUAN

AQUEL a quien pronto vamos a conocer con el nombre de «Discípulo Amado», tenía a la sazón de veinticuatro a veinticinco años, edad en que, por ley general, entra el hombre definitivamente en el camino de vida que seguirá hasta el sepulcro.

Era Juan natural de Betsaida, pequeña población situada cerca del lago de Genezaret, y habitada por rudos marineros y pescadores. Zebedeo, su padre, patrón de una barca, ejercía su profesión en el lago en compañía de sus dos hijos Juan y Santiago; a éste, de alguna más edad, se le apellidará más tarde el Mayor, para distinguirlo de su homónimo, también apóstol.

Salomé, su madre, es mencionada en tres escenas del relato evangélico. En la primera se muestra como la mujer judía imbuída en «ideas carnales», esto es, interesadas, egoístas, tan extendidas entre los de su nación; el amor materno la ha tornado ambiciosa, y desea para sus hijos los dos primeros puestos en el reino terrestre de Israel. La segunda vez la hallamos en la Vía Dolorosa o calle de la amargura, con María Santísima y Juan, su hijo; y por último la contemplamos en la madrugada de la Resurrección.

Un estrecho vínculo de parentesco unía a Salomé con la familia de Jesús: Juan tenía la honra de ser, según la carne, lo mismo que Juan Bautista, primo del Señor. Así opinan la mayoría de los Santos Padres.

Cuando el Precursor abandonó el desierto y fué a predicar la penitencia a orillas del Jordán, se le juntó el hijo de Zebedeo, el cual al oír los apremiantes sermones del Bautista, acabó de prepararse para el próximo advenimiento del Mesías. La ejemplaridad de su vida y su pureza de costumbres, le habían dispuesto admirablemente para aprovechar las enseñanzas del nuevo Elías. En medio de la corrupción general, Juan había sabido guardar la virginidad, lo cual explica el amor de predilección que Nuestro Señor tuvo siempre a este que llama el Evangelio «el Discípulo a quien Jesús amaba».

VOCACIÓN

DESPUÉS de la entrevista que hemos referido, separáronse Juan y Andrés del Divino Maestro y volvieron a sus quehaceres de pescadores. No habían oído aún la poderosa voz de Jesús, que al llamar a los hombres les da fuerza de voluntad para abandonarlo todo y seguirle. Pero en breve iba a sonar para ellos la hora de la renovación.

Caminaba Jesús, algún tiempo después, por la ribera del mar de Galilea, o lago de Genezaret, cuando vió a Andrés y a un hermano de éste llamado

entonces Simón, y más tarde Pedro. Hallólos en ocasión en que echaban las redes en el lago, pues ambos eran pescadores, y les dijo: «Seguidme y os haré pescadores de hombres». Al instante dejaron los dos la barca y las redes y le siguieron.

Pasando más adelante vió en otro navío a los dos hijos de Zebedeo, es decir, a Santiago y a Juan, su hermano, los cuales, con su padre, recomponían las redes de pescar. Llamólos, asimismo, y ellos dejaron también en el barco a su padre con los operarios y le siguieron.

Esta manera de llamar Jesús al apostolado es el modelo fundamental de todas las vocaciones que vendrán en la sucesión de los siglos para llevar vida de perfección. Cuando, en el correr de los tiempos, Jesús elija a sus apóstoles, exigirá siempre, como a los pescadores de Galilea, «que renuncien a cuanto poseen y le sigan». Será la condición previa y fundamental.

EN LA ESCUELA DEL SEÑOR

JUAN y sus compañeros no llegaron, ni con mucho, a la cumbre de la perfección en el instante en que respondieron al llamamiento divino. Si Jesús los separó del mundo fué sólo para prepararlos mejor al apostolado. Ante todo era menester elevar el espíritu y los pensamientos de aquellos hombres incultos, dilatar su estrecho corazón, corregir su ambición, reprimir la fogosidad de su celo mal dirigido; en una palabra, transformar esos rudos pescadores de peces en sublimes «pescadores de hombres». Esta fué la principal ocupación de Nuestro Señor durante su vida pública. No hay duda que si hubiese querido, en el mismo espacio de tiempo habría podido convertir el mundo entero, pero prefirió que los hombres cooperasen con Él a la obra de la redención humana, y se contentó con formar a aquellos que debían renovar la faz de la tierra.

Cierto día reparó Juan, el hijo de Zebedeo, que algunos varones animados de celo apostólico, pero que ni pertenecían al colegio de los Doce, ni eran discípulos del Señor, arrojaban a los demonios en nombre de Jesucristo. Llevó esto muy a mal, pues le parecía una usurpación. «Maestro —dijo a Jesús—; hemos visto a uno que andaba lanzando los demonios en tu nombre, pero se lo hemos vedado, porque no viene con nosotros en tu seguimiento». Respondió el Maestro: «No se lo prohibáis, porque quien no está contra vosotros, por vosotros está» *(Luc.,* IX, 49-50). Palabras sublimes que proclaman la libertad de obrar el bien y abren campo libre a la iniciativa personal de los discípulos de Cristo.

Otro día, habiendo de pasar el Señor por la ciudad de Samaría, de camino para Jerusalén, despachó a algunos delante de sí para que preparasen

lo que habían de comer; pero los samaritanos, que conocieron por las ropas que eran judíos, no quisieron recibir al Salvador. Indignados Juan y Santiago, su hermano, por tal descomedimiento, y encendidos en celo excesivamente fogoso —lo que les valió el sobrenombre de *Boanerges,* o hijos del trueno—, dijeron a Jesús: «¿Quieres que mandemos que llueva fuego del cielo y los abrase?». Pero Jesús, vuelto a ellos, los reprendió, diciendo: «No sabéis de qué espíritu sois. No vivís ya en tiempo de Elías ni bajo la ley de justicia; los días del Mesías han llegado, y con Él, la gracia y la misericordia reinan en la tierra».

No entendieron por entonces los dos hermanos las palabras del Maestro, y siguieron ignorando a qué espíritu pertenecían; Salomé, su madre, que seguía el cortejo apostólico con otras santas mujeres para atender a las necesidades del Señor, participaba de la misma ignorancia.

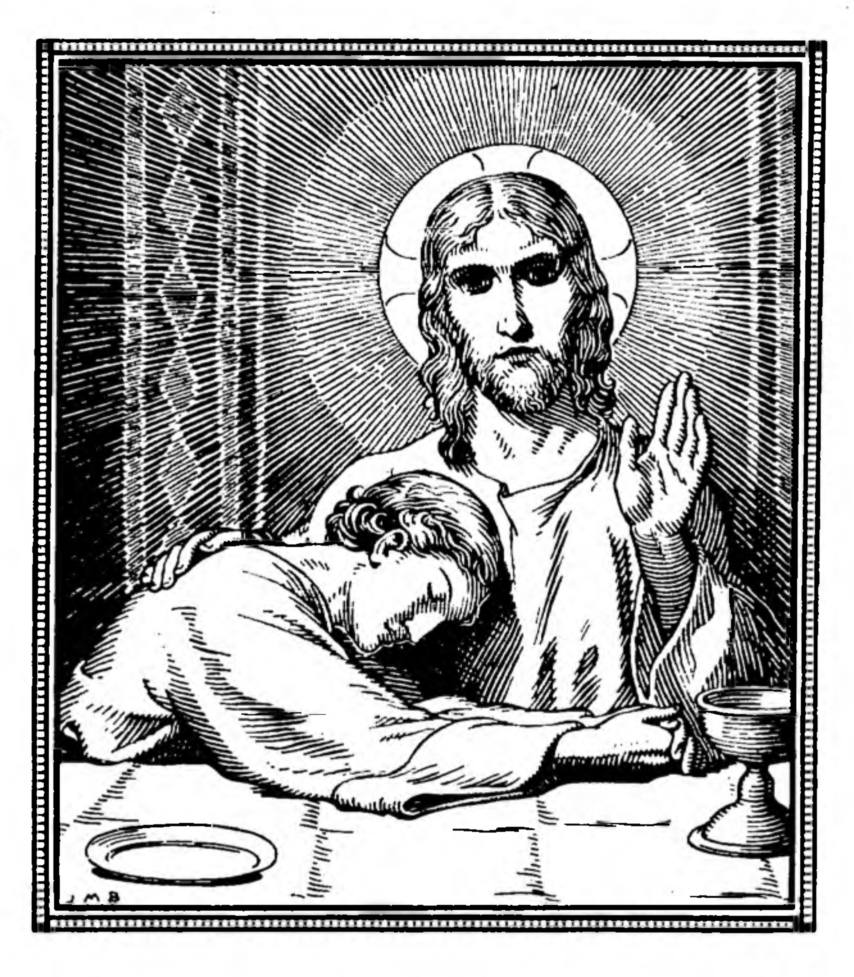
A tanto llegó su familiaridad y franqueza con Jesús, que un día, concertada ella con sus hijos, fué a encontrarle y le habló de este modo: «Maestro, quisiéramos que nos concedieses todo cuanto te pidamos». «¿Qué queréis?», preguntóles Jesucristo; y prosiguió Salomé: «Dispón que estos dos hijos míos tengan su asiento en tu reino, uno a tu derecha y otro a tu izquierda». Mas Jesús, conociendo de dónde venía la petición, nada respondió a la madre, sino que se volvió a los hijos y les dijo: «No sabéis lo que pedís. ¿Podéis beber el cáliz que yo tengo de beber?».

Ambos hermanos, sin entender perfectamente el sentido de la divina pregunta, pero, sospechando que les exigiría algún generoso sacrificio, respondieron: «Podemos». El Salvador, rasgando entonces el velo de lo futuro les predijo el martirio: «Mi cáliz, sí que lo beberéis, pero el asiento a mi diestra o siniestra no me toca concederlo a vosotros, sino que será para aquellos a quienes lo ha destinado mi Padre» *(Mat.,* XX, 20-23). Hermosa lección recibieron Juan y Santiago en esta circunstancia; no hay enseñanza más elevada, pues encierra en sí la ciencia sublime de la inmolación completa y absoluta; la ciencia del martirio, con todo lo que tiene de abnegación.

EL DISCÍPULO AMADO

LEYENDO el sagrado Evangelio se va uno percatando de que San Juan ocupa en el Colegio Apostólico un lugar de predilección. Él, como representante del amor, camina junto a Pedro que lo es de la doctrina. Para Juan parece que reserva Jesús las más tiernas efusiones de su corazón. Se diría que multiplica las ocasiones para manifestarle la ternura especial de su amantísimo Corazón.

Tómalo por testigo de escenas misteriosas que no quiere realizar en pre-



RECOSTADO *en el regazo de Cristo, cierra San Juan los ojos y queda como dormido y muertos todos los sentidos exteriores, mientras las potencias interiores se avivan y le permiten profundizar el inefable misterio de la generación del Verbo y otros divinos secretos.*

sencia de la muchedumbre, sino apartado de ella, y aun lejos de las miradas de los demás Apóstoles. Con Pedro y Santiago asiste a la resurrección de la hija de Jairo, y ve por vez primera a su Divino Maestro encararse con la muerte y mandarle devuelva su presa. Algún tiempo después lleva Jesús a sus tres Apóstoles privilegiados. Pedro, Santiago y Juan, al monte Tabor, se transfigura en su presencia y muéstrales su gloria; escena que el mismo Evangelista redactará más tarde para enseñanza de la posteridad.

Pero hay un instante, en la última Cena, víspera de la Pasión, en que el sacratísimo Corazón de Jesús, desbordante de amor, parece querer transfundirse en el alma del Discípulo. Copartícipe ya del banquete eucarístico, Juan reclina suavemente la cabeza sobre el costado de Cristo y cierra los ojos corporales para que su alma vea mejor los tesoros espirituales ahí encerrados; está bebiendo en su misma divina fuente, la doctrina de amor que después difundirá por el mundo entero; y bebe también la firmeza y la constancia que nos admirarán unas horas después cuando, sin desfallecer, seguirá a Jesús hasta el Calvario. Allí permanecerá en pie junto a su madre, y María Magdalena, y María, la mujer de Cleofás, haciendo compañía a la Madre Virgen y Reina mártir que, traspasada por la espada del dolor, llora a su Hijo. Momento solemne es éste. Abre Jesús los ojos cerrados por el tormento y ve a María, su madre, y al Discípulo amado junto a Él. «Mujer —dice— ahí tienes a tu hijo». Y después, mirando al Discípulo: «He ahí a tu Madre». Y desde aquel punto encárgase de Ella el Discípulo.

Justo era que, después de haber participado de los tormentos de la Pasión, tuviese parte también en los gozos de la Resurrección. El tercer día, después de la muerte del Señor, fué María Magdalena al sepulcro con Salomé, y, habiéndolo hallado vacío, volvió apresuradamente a la casa donde Juan y Pedro estaban, y les dijo: «Se han llevado del sepulcro al Señor y no sé dónde lo han puesto». Con esta nueva conmoviéronse los dos Apóstoles y encamináronse al sepulcro. Corrían ambos a la par; mas Juan, que era más joven, corrió más aprisa, y llegó primero. Habiéndose inclinado vió los lienzos, pero no entró; después que Pedro hubo entrado, él también entró, y vió y creyó.

Durante los cuarenta días que mediaron entre la Resurrección y la Ascensión, multiplicó Jesucristo sus apariciones para que los discípulos todos quedasen bien convencidos de la realidad del portentoso milagro. Estaban pescando en el lago de Genezaret, cuando se presentó Jesús en la orilla; pero no lo reconocieron. Renovó el Maestro el prodigio de la pesca milagrosa, y de pronto cayó en la cuenta el Discípulo Amado y dijo a Pedro: «Es el Señor». A este propósito observa San Ambrosio que la virginidad fué la primera que reconoció a aquel cuerpo virginal.

En esta aparición, después que el Salvador hubo confiado a Pedro el

cuidado de su rebaño, también le predijo que moriría en cruz. En cuanto a Juan, anuncióle, en términos velados, que, sin dejar de beber el cáliz de Cristo, como los demás Apóstoles, moriría dulcemente y sin violencia.

DESPUÉS DE PENTECOSTÉS

DESPUÉS de la venida del Espíritu Santo, no se ausentó San Juan de Jerusalén tan pronto como los demás Apóstoles, pues tenía que velar por la divina Madre, inestimable tesoro que nuestro amantísimo Redentor le había confiado antes de abandonar la tierra. Según consta por la tradición, vivía en su casa del monte Sión, en compañía de la sacratísima Virgen María, de la que también pudo llamarse hijo predilecto.

El «hijo del trueno», que antes parecía tan fogoso y vengativo, era ya dechado de bondad y mansedumbre; su corazón había sido moldeado en el del Divino Cordero. Acompañaba diariamente a la afligida Madre que, en peregrinación, iba recorriendo las diferentes estaciones santificadas por los padecimientos de su divino Hijo. ¡Qué sublimes coloquios habría entre aquellos dos corazones!

Es de creer que Juan ofrecería cada mañana el santo sacrificio, y que la Virgen asistiría al mismo, y recibiría el Santísimo Cuerpo y Sangre de Jesús. Después, bajo la dirección de María Santísima y de San Pedro, dedicábase San Juan a convertir a los hijos de la casa de Israel.

Subían un día Pedro y Juan al templo, a la hora de nona. En la puerta hallaron a un cojo que les pedía limosna; fijaron ambos en él los ojos y le dijeron: «Míranos.» Y él, mirábalos de hito en hito y esperaba le diesen algo; mas Pedro añadió: «No tengo oro ni plata, pero te doy lo que tengo: En el nombre de Jesús Nazareno, levántate y anda». Y al instante quedó curado.

Admiróse el pueblo de este milagro, y rodeó a los Apóstoles para escuchar su doctrina. Alarmados por ello los príncipes de la Sinagoga, apoderáronse de ambos predicadores y los metieron en la cárcel. Al día siguiente, en que comparecieron ante el tribunal, intimáronles que por ningún caso predicasen en adelante en el nombre de Cristo. Mas Pedro y Juan respondieron: «Juzgad vosotros si es justo obedeceros antes que a Dios.» Finalmente, por temor del pueblo les dieron libertad.

Después del tránsito de Nuestra Señora, dejó Juan definitivamente la Ciudad Santa y fué a establecerse en Asia Menor, conforme estaba previsto en el reparto que del mundo se hicieran los Apóstoles. Habíale precedido San Pablo en aquellas comarcas, en las que predicó con gran fruto; y él completó la obra del gran Apóstol; fundó y organizó iglesias en las principales ciudades, y fijó su residencia en Éfeso, desde donde dirigía a todos los fieles de Oriente.

JUAN BEBE EL CÁLIZ DEL SEÑOR

EN breve tiempo transformó aquellas florecientes regiones. El culto de Diana, antes tan extendido, sobre todo en Éfeso, parecía poco menos que extinguido. Alarmáronse con esto los sacerdotes de los falsos dioses y denunciaron al santo Evangelista ante el procónsul romano, que lo hizo prender y lo envió al emperador Domiciano como a mago, menospreciador de los dioses y sacrílego.

Por haberse perdido las actas, ignoramos el interrogatorio a que fué sometido en Roma el Discípulo Amado; pero sabemos con certeza que el emperador mandó le cortasen la larga cabellera que llevaba, conforme a la costumbre nazarena. Ordenó, después, que le azotasen, le llevasen a un lugar cerca de Roma, conocido más tarde con el nombre de *Puerta Latina,* y allí le diesen muerte arrojándole en una caldera de aceite hirviendo. Mas el Señor convirtióle tan horrible suplicio en refrigerio, y el invicto Apóstol salió de la tina más fuerte y vigoroso que había entrado. Conmemórase este martirio el día 6 de mayo.

Atribuyó Domiciano este milagro a artificio de magia, pero no se atrevió a dar muerte al Santo y lo desterró a Patmos, islote estéril de las Esporadas, en el mar Egeo, para que trabajase en las minas. Sucedía esto en el año 95. Mientras sus brazos extraían el mineral de hierro, sus predicaciones arrancaban a la idolatría a los muchos que le rodeaban y atendía a la porción del rebaño que se le confiara, previniéndolo celosamente contra la herejía y contra ciertas innovaciones peligrosas que el demonio comenzaba a suscitar.

SUS ESCRITOS

ESTANDO en aquel suplicio de las minas tuvo admirables ilustraciones y revelaciones del Señor. Escribió primero una carta a cada una de las «siete Iglesias» del Asia Menor. Por su forma y contenido, recuerdan dichas cartas los libros proféticos del Antiguo Testamento, por lo cual se han juntado con el *Apocalipsis* y constituyen los primeros capítulos de este libro, que Juan escribió también en su destierro de Patmos.

En el *Apocalipsis* describe el inspirado autor la serie de sucesos que en espíritu veía iban a realizarse desde el nacimiento de la Iglesia hasta el día del Juicio. Viene a ser un relato sumamente misterioso y oscuro de la Historia de la Iglesia hasta la consumación de los siglos. Cada palabra encierra un misterio, dice San Jerónimo; y a medida que lo requiere el bien de la Humanidad, va Dios corriendo el velo que tanto secreto oculta.

En el 97, después de la muerte de Domiciano, habiendo anulado el Senado romano los decretos del tirano, pudo nuestro glorioso Santo volver a Éfeso. Instáronle mucho sus discípulos a que pusiera por escrito cuanto les enseñaba del Señor. Antes de acceder ordenó tres días de ayuno y de oración. Durante ellos, recibió del cielo orden para complacer a sus hijos espirituales. Entonces escribió su *Evangelio,* el más sublime de todos, aunque el postrero en el orden cronológico. En vano han pretendido los impíos contemporáneos negar su autenticidad. Es tanta y tan resplandeciente la luz teológica que despiden sus páginas que quedan ofuscados por ella. Los demás Evangelistas parecen caminar por la tierra con Jesús hombre, pero Juan, cual águila potente, se eleva muy por encima de los querubines y serafines y va a reposarse en el seno del Padre Eterno, cuya divina fecundidad revela cuando escribe: «En el principio era el Verbo, y el Verbo estaba con Dios, y el Verbo era Dios... y el Verbo se hizo carne»; palabras que repite la Iglesia todos los días al final de la misa. No podría haberse hallado página más bella para la del día de Navidad.

Del Discípulo Amado quedan también tres epístolas de desigual importancia. La primera es una especie de encíclica dirigida a las Iglesias del Asia Menor; en ella da rienda suelta a su gran celo apostólico. Las otras dos, cortísimas, que rebosan paternal bondad, y parecen ser sus últimos escritos.

TESTAMENTO Y MUERTE

GUSTABA mucho el santo Apóstol de presidir las reuniones de los cristianos; y cuando por su avanzada edad no podía andar, se hacía llevar a ellas, y no cesaba de repetir: «Hijitos míos, amaos los unos a los otros». Cansados de oírselo, llegaron sus discípulos a decirle: «Maestro, ¿por qué nos repites siempre lo mismo?» A lo que respondió: «Porque éste es el precepto del Señor, y si lo cumplís, no os hace falta nada más.

Esta respuesta fué como el testamento espiritual del último Apóstol superviviente, el cual, cargado de años y de méritos, durmióse en la paz del Señor, en Éfeso, según la tradición, y a 27 de diciembre del año 101.

SANTORAL

Santos **Juan, apóstol y evangelista;** Máximo, obispo de Alejandría; *Teodoro y Teófanes, hermanos, confesores;* Walton, abad; Félix, monje; Lidio, mártir en Oriente en tiempos de Maximino II Daza; Zoilo, presbítero; Aldano, penitente en Escocia. Beatos Víctor, solitario; Buenaventura Tolomei, dominico; Juan Stirlin, confesor. Santas *Nicerata, virgen; Fabiola, viuda;* Claudia, madre de Santa Eugenia y esposa del mártir San Felipe, viuda.



¡Salve, oh flores de mártires, tierno rebaño de corderitos inmolados!

DÍA 28 DE DICIEMBRE

LOS SANTOS INOCENTES

MÁRTIRES (siglo I)

POR tres motivos llamamos Inocentes a los niños betlemitas que fueron víctimas de la crueldad de Herodes. Lo primero porque no conocieron la corrupción de la tierra; en segundo lugar porque fué vertida su sangre injustamente y sin que hubiera culpa alguna de su parte, y también porque su martirio, sufrido por causa de Jesucristo, les confirió la inocencia bautismal, es decir, los limpió de mancha original.

La degollación de los Santos Inocentes es uno de los sucesos que juntamente con la adoración de los Reyes y la huída a Egipto, siguieron al nacimiento de Nuestro Señor Jesucristo, y cuyo relato es asunto o materia del segundo capítulo del Evangelio de San Mateo.

Dice el texto sagrado: «Habiendo nacido Jesús en Belén de Judá, reinando Herodes, he aquí que unos Magos, llegados del Oriente a Jerusalén, preguntaban: «¿Dónde está el rey de los judíos que acaba de nacer? Porque nosotros hemos visto en Oriente su estrella y venimos para adorarle.» Al oír esto el rey Herodes, turbóse, y con él toda Jerusalén. Y, convocando a todos los príncipes de los sacerdotes y a los escribas del pueblo, les preguntaba en dónde había de nacer el Cristo o Mesías. A lo cual respondieron: «En Belén

de Judá; que así está escrito en el Profeta: Y tú, Belén, tierra de Judá, no eres ciertamente la menor entre las principales ciudades de Judá, porque de ti saldrá el caudillo que rija mi pueblo de Israel.»

LA SAGRADA FAMILIA EN ESCENA

ENTONCES Herodes, llamando en secreto, o a solas, a los Magos, averiguó cuidadosamente de ellos el tiempo en que la estrella les había aparecido; y encaminándolos a Belén, les dijo: «Id, e informaos puntualmente acerca de ese niño; y, en habiéndole hallado, dadme aviso, para ir yo también a adorarle.» Luego que oyeron la respuesta del rey, partieron; y he aquí que la estrella que habían visto en Oriente iba delante de ellos, hasta que, al llegar sobre el sitio en que estaba el Niño, se paró. A la vista de la estrella se regocijaron por extremo. Y, entrando en la casa, hallaron al Niño con María, su Madre, y postrándose le adoraron; y, abiertos sus cofres, le ofrecieron presentes de oro, incienso y mirra. Y, habiendo recibido en sueños un aviso del cielo para que no volviesen a Herodes, regresaron a su país por otro camino.

»Después que ellos partieron, un ángel del Señor apareció en sueños a José y le dijo: «Levántate, toma al Niño y a su Madre, y huye a Egipto, y estáte allí hasta que yo te avise; porque Herodes ha de buscar al Niño para matarle.» Levantóse José, tomó al Niño y a su Madre, de noche, y se retiró a Egipto, donde se mantuvo hasta la muerte de Herodes; de suerte que se cumplió lo que había dicho el Señor por boca del Profeta: «Llamé de Egipto a mi Hijo.»

»Entretanto Herodes, viéndose burlado de los Magos, irritóse sobremanera, y mandó matar a todos los niños que había en Belén y en toda su comarca, de dos años abajo, conforme al tiempo de la aparición de la estrella que había averiguado de los Magos.

»Entonces se cumplió lo que predijo el profeta Jeremías cuando dijera:

«Una voz se oyó en Ramá, muchos lloros y alaridos: es Raquel, que llora a sus hijos sin querer consolarse, porque ya no existen.»

»Muerto Herodes, un ángel del Señor apareció en sueños a José, en Egipto, y le dijo: «Levántate, toma al Niño y a su Madre, y vete a la tierra de Israel; porque ya han muerto los que atentaban a la vida del Niño.» Levantóse José, tomó al Niño y a su Madre, y vino a tierra de Israel. Mas, oyendo que Arquelao reinaba en Judea, en lugar de su padre Herodes, temió ir allá; y, avisado en sueños, retiróse al país de Galilea, y vino a morar en una ciudad llamada Nazaret, para que se cumpliera lo que dijeron los profetas: «Será llamado «Nazareno».

VERACIDAD DE ESTE RELATO

SAN Mateo es el único evangelista que refiere estos sucesos; los demás no hacen alusión alguna, ni siquiera el mismo San Lucas con ser tan detallista sobre la infancia del Salvador. Los historiadores antiguos, y en particular Josefo, que cuenta muy por menudo la vida de Herodes, tampoco hacen mención de este inhumano degüello. Este silencio ha llevado a muchos exegetas racionalistas a negar o a discutir la veracidad del relato evangélico, y a tildarlo de leyenda o de cuento oriental hábilmente concordado con las profecías.

Desconciértanos con razón la inaudita crueldad de Herodes, mas no nos extraña: la conducta del feroz tirano coincide, en este drama sangriento, en esta degollación de inocentes, con lo que nos dice la Historia de su astucia y perfidia, de su desprecio de la vida ajena, de su política insidiosa y de su ambición insaciable. No ignoraba las esperanzas mesiánicas de los judíos; sabía por los doctores de la Ley que las setenta semanas de años predichas por Daniel tocaban a su fin, y que era general la convicción de que nacería pronto el Mesías prometido, el Redentor de Israel, el Rey incomparable y poderosísimo, que, según creían los judíos y por consiguiente Herodes, había de restaurar el reino de David y darle un esplendor nunca conocido.

EL SILENCIO DE LOS HISTORIADORES

REFIERE Josefo un suceso muy parecido al de la matanza de los Santos Inocentes: dice que aquel tirano mandó fuesen muertos cuantos de su corte se habían declarado partidarios de los fariseos cuando éstos anunciaban que cesaría el gobierno de Herodes, y que su descendencia sería destronada y sustituída por otra dinastía. A tales extremos de odio le llevó la pasión de dominar que, por unas sospechas, no perdonó ni a los miembros de su propia familia; cinco días antes de su muerte ordenó que también su rebelde hijo Antipater fuese ejecutado.

Cuenta Macrobio que, habiendo tenido noticias el emperador Augusto de la matanza que Herodes, rey de los judíos, decretara en Siria contra los niños menores de dos años, incluso su propio hijo, exclamó diciendo: «En la casa de Herodes mejor es ser puerco que hijo»; dando a entender con esto que por ser judío no mataría el cerdo, porque la Ley le prohibía comerlo, pero que por ser cruel había matado al hijo. Muy sospechoso es este dicho del César, porque Herodes no tenía en aquel entonces hijos de tan poca edad, con todo, recogemos la anécdota porque demuestra que en la antigüedad se relacionaba

la degollación de los Santos Inocentes con la muerte violenta y criminal de un hijo del tirano coronado.

El silencio de los historiadores contemporáneos respecto a este controvertido asunto tiene, por otra parte, fácil explicación: el registro de pormenores sólo interesaba cuando ellos se referían a datos de cierto alcance; la muerte de unos cuantos niños a manos de un tiranuelo y en un rincón de Judea, no pasaba de ser un acontecimiento insignificante.

FECHA DE LA DEGOLLACIÓN

SÁBESE que Cristo, Señor nuestro, nació, en cuanto hombre, a fines del reinado de Herodes, y es lo más probable que fuera el último año. Murió el tirano en la primavera del 750 de Roma, poco antes de la Pascua; los sucesos acaecidos desde entonces hasta la vuelta de Egipto se realizaron en corto tiempo; sin embargo, no parece posible poder encuadrarlos dentro de los cuarenta días que transcurrieron desde el nacimiento hasta la presentación del Niño en el Templo.

San Agustín pone —como es muy natural— la huída a Egipto después de la Presentación. También fueron posteriores, por consiguiente, la adoración de los Magos y la degollación de los niños de Belén; de otro modo parece casi imposible la Presentación, porque ya de por sí es difícil explicar el hecho de que el desconfiadísimo monarca, que tanto extremaba la vigilancia, no mandase esbirros con los Magos o en su seguimiento.

En opinión de autores antiguos, como Eusebio, San Epifanio, Teodoro de Mopsuesto, Hipólito de Tebas y otros, la Sagrada Familia habría prolongado su estancia en Belén, y los Magos habrían llegado cerca de dos años después del nacimiento de Jesús; pero es mucho más probable que el Niño sólo tuviese unos pocos meses.

Sea de ello lo que fuere, los Magos, en vez de ir a dar informes a Herodes, «volvieron a su país por otro camino», según aviso del ángel. En pocas horas podían llegar al alto Jordán —cruzando por el desierto— y pasar de allí al país de los nabateos; más fácil aún les era dar la vuelta por el sur del mar Muerto o cruzarlo en barca. Esta manera de eludir la invitación de Herodes era sencillamente burlarse de él. Poco tardó el astuto rey en mandar mensajeros que le trajesen informes acerca de aquellos opulentos extranjeros, pero cuando llegaron a Belén, los Magos habían desaparecido ya. Ciertamente sabía todo Belén en qué casa habían entrado los Magos: pero ya no estaba allí la Sagrada Familia. Muy lejos no estaría; mas el despechado rey, en vez de ordenar hacer pesquisas, decretó la matanza de todos los niños varones de Belén y su comarca, menores de dos años.



ARMADOS *más que con espadas y puñales con saña feroz, aquellos verdugos entran como lobos en una manada de corderos inocentes y derraman sangre en gran abundancia. Imposible figurarse la ferocidad de los soldados, los clamores de las madres y el terror de los inocentes niños.*

NÚMERO DE VÍCTIMAS. — SU GLORIA

POR qué incluyó Herodes en la matanza a los niños de dos años abajo? Si hacía dos años que la estrella había aparecido, inútil era matar a los de menor edad; si hacía pocos meses, ¿por qué englobó a los de dos años? No quiso el impío rey quedarse corto en negocio tan importante para él. Cierto que conocía el tiempo en que la estrella se había aparecido a los Magos, pero no sabía cuánto tiempo antes que la viesen había nacido el futuro rey. Por eso, ciego de furor, y para asegurarse más —como también para apartar el siniestro presagio de desgracia doméstica, que según él anunciaba aquel mensajero cósmico—, juzgó que convenía pasar a cuchillo a todos los niños que en aquellos dos años hubiesen nacido; y no sólo alargó el tiempo señalado por los Magos, sí que también extendió el lugar, incluyendo todos los pueblos y aldeas de la comarca de Belén.

Acerca del número de las víctimas inocentes del crudelísimo rey, nada dice el escritor sagrado, y sólo puede saberse por cálculos aproximados. La liturgia etiópica y el menologio griego adoptan con muy extremada exageración el número de ciento cuarenta y cuatro mil, pero es por falsa interpretación del texto apocalíptico que se lee en la epístola de la misa de los Santos Inocentes y, en el breviario, el 28 de diciembre. Igualmente cayeron en la exageración algunos autores eclesiásticos al afirmar que Herodes hizo degollar a todos los niños de Belén y sus contornos.

En aquel entonces tendría Belén, a lo más, unas dos mil almas; contando que por término medio se registran anualmente unos treinta nacimientos por cada mil habitantes y suponiendo que la mitad sean niñas, quedan quince niños; y descontando los que mueren —en número relativamente crecido—, se reducen éstos a siete u ocho, lo que da, para dos años y por mil un contingente de catorce a dieciséis varones, o a lo más veinte; por consiguiente podemos contar entre treinta y cuarenta los que cayeron muertos al filo de las espadas de los fieros sicarios de Herodes en la horrible matanza.

DÍAS DE LUTO Y DÍA DE GLORIA

IGNÓRASE el género de muerte que sufrieron estos bienaventurados. Lo que pasó en aquella cruel jornada no lo puntualiza San Mateo, pero lo dice la imaginación de los hagiógrafos, predicadores y artistas que pintan la ferocidad de los soldados, los alaridos de las madres, y el terror y los gritos de las tiernas criaturas. Puédese creer, con San Vicente Ferrer, que Herodes se daría traza para juntarlos con maña en algún salón o plaza

pública, con la promesa de algún premio a las madres que los llevasen; las cuales, ciertamente, estarían muy lejos de pensar que iban a entregarlos a los verdugos.

Lo que no deja de referir el historiador sagrado, con palabras emocionantes, son los lamentos y súplicas de las atribuladas madres, en cuyo dolor ve San Mateo cumplido lo que profetizara Jeremías cuando la toma de Jerusalén por los caldeos. Los cautivos judíos que mandaban a Babilonia fueron juntados en Ramá, de la tribu de Benjamín, población situada a dos horas de camino al norte de la ciudad santa. En trance tan doloroso, expresa el Profeta la aflicción del pueblo de Dios con una admirable comparación. Supone que Raquel, madre de Benjamín, sale en aquel instante de su tumba, en los contornos de Belén, y llora a sus descendientes con tan grandes y tan sentidos lamentos que se oyen en Ramá. Así lloraron las madres de estos inocentes corderillos sobre los sagrados despojos.

Descríbenos la Iglesia la gloria y la dicha de que gozan los Santos Inocentes en el cielo con las mismas palabras con que refiere San Juan su visión de aquellos ciento cuarenta y cuatro mil vírgenes que siguen por todas partes al místico Cordero. A tan gloriosísima y escogida falange pertenecen éstos que fueron flores y primicias de los mártires que, sin haber conocido la corrupción de la tierra, fueron lavados en la sangre del divino Cordero.

RELIQUIAS Y CULTO

DESDE los primeros días de la Iglesia profesan los cristianos un verdadero culto y gran devoción a los Santos Inocentes; en todas partes ha habido desde muy antiguo ansias por tener reliquias de estos simpáticos cortesanos del Rey de los Cielos. Muchas son las iglesias que se glorían de ser particioneras de tan rico tesoro.

En Belén, no lejos de la cueva del Nacimiento, se halla una capilla dedicada a los inocentes mártires del Divino Niño; muy justo y razonable es que así sean honrados cerquita de la cuna del que fué ocasión de su muerte, amén de que —según rezan las tradiciones— fué aquel mismo el lugar de sepultura de sus cuerpos mutilados.

En Roma reciben culto especial en la basílica de San Pablo extramuros, y en la iglesia de los Agonizantes. En la primera se guardan varios cuerpecitos y en ella hay estación el 28 de diciembre, en que se conmemora su fiesta. En dicho día los Padres Benedictinos exponen a la pública veneración el santo Cristo milagroso que habló a Santa Brígida.

Desde muy remota antigüedad, viene honrando la Iglesia con culto especial a los Santos Inocentes convertidos en hermanos de los ángeles. Cele-

brábase ya su fiesta en el siglo II, y de ello da testimonio una homilía que se atribuye a Orígenes, en la cual se hace de estos bienaventurados una expresiva mención. San Ireneo, San Cipriano y San Hilario hablan de ella. Atribúyense a San Agustín dos panegíricos que habría predicado el día de la octava, lo que prueba que ésta existía ya en su tiempo. El oficio de la fiesta, compuesto muy probablemente por San Gregorio Magno, se celebró con rito semidoble hasta que San Pío V lo elevó a rito doble.

Complácese la Iglesia en presentarnos la degollación de estas santas víctimas como una prueba irrecusable de la realeza de Jesucristo; pues si Herodes ve a un rival en ese niño de Belén y lo persigue con tanta saña es porque cree en la palabra de los Magos y la de los príncipes de los sacerdotes que le aseguran que en Belén de Judá ha nacido el caudillo que ha de regir a Israel. Ciertamente no se pudo dar pregón más sonoro ni más eficaz, para declarar por todo el mundo que había venido del cielo un nuevo «Rey de los judíos», que el publicarse y saberse que el rey Herodes, por temor de este Rey recién nacido y de perder su reino, había usado de una crueldad tan extraña y tan fiera.

En el himno de Vísperas de la Epifanía increpa la Iglesia al impío monarca diciendo: «¿Qué temes, cruel Herodes, de un Dios que viene a reinar? No arrebata cetros mortales y caducos, quien a dar viene tronos celestiales». A ese Dios Rey «confiesan con su muerte los Inocentes», prosigue Orígenes; y en el tercer nocturno de Maitines se dice que «su pasión fué exaltación de Cristo». La alabanza que a Dios tributan es confusión para los enemigos de Cristo, los cuales no sólo no lograron lo que pretendían, sino que fueron instrumentos de que se valió Dios para dar cumplimiento a las profecías.

A fuer de Madre compasiva, y en atención a las madres «que lloran a sus hijos, sin querer consolarse, porque ya no existen», la Iglesia viste el día de la fiesta (28 de diciembre) ornamentos morados y suprime el *Gloria in excelsis* y el *Alleluia;* pero el día de la octava usa ornamentos rojos para recordar que conquistaron eterno galardón sufriendo la muerte por Cristo.

El inspirado himno que en honra de estos Santos Mártires canta la Iglesia en las Vísperas del día, es debido al insigne vate zaragozano Prudencio (348-413). Dice así:

«¡Salve, flores de los Mártires! Vosotros a quienes, apenas nacidos, arrebató el perseguidor de Cristo como el huracán a las rosas nacientes. Vosotros, ¡oh tierno rebaño!, las primeras víctimas inmoladas a Jesús; bajo el altar, adornados con vuestro candor, jugáis con vuestras palmas y vuestras coronas».

La fiesta de los Santos Inocentes daba ocasión en los tiempos medievales a ceremonias infantiles; pero, por haber degenerado en abusos, fueron más tarde suprimidas. Muy celebrada era también en los colegios de la infancia, y esta piadosa costumbre se conserva aún en algunas partes, donde, para

regocijo y enseñanza de los alumnos, se invierten las condiciones sociales y las categorías académicas, pasando los párvulos al lugar de los más antiguos y aventajados, y los inferiores a ocupar el puesto de los superiores, consiguiéndose de este modo que los súbditos aprendan a amar a los mayores, y éstos recuerden a su vez que a los ojos de Dios no estriba la verdadera grandeza que pregona el mundo, sino en la inocencia y la humildad.

Hanse puesto también bajo el patrocinio de los primeros testigos del nombre de Cristo, a los pobres niños expósitos, víctimas inocentes de la miseria, cuando no de una baja, culpable y triste delincuencia.

SU CULTO EN ESPAÑA

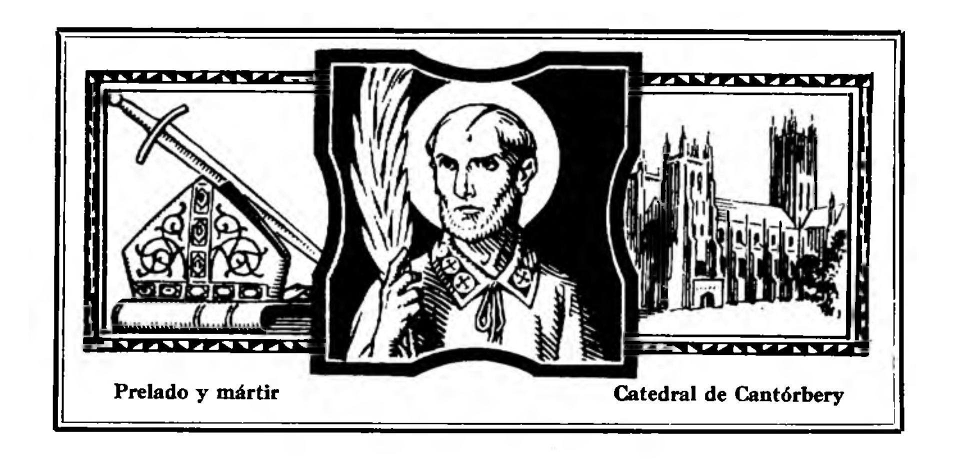
EN España, además de otras reliquias repartidas en diferentes iglesias, venérase uno de estos santos cuerpos en la catedral de Valencia, otro en el monasterio de El Escorial, y un tercero en la villa barcelonesa de Torelló.

Congratúlase la dicha villa de Torelló de poseer, como hemos dicho, y venerar en su iglesia parroquial el sagrado cuerpecito de uno de aquellos santos Niños Inocentes, víctimas del furor de Herodes. Festéjale el 7 de noviembre, como a santo patrono, con gran solemnidad y regocijo del pueblo, especialmente de los niños. Invócale y le aclama con el nombre de San Fortián, corrupción de Fortunato, que significa afortunado, como lo fueron todas esas primicias de los mártires de Dios Niño, pues con breves instantes de martirio ganaron un premio eterno.

Según documentos contrastados, recibió Torelló tan precioso tesoro el 6 de diciembre de 1298, traído sin duda por alguno de los cruzados que entonces llegaron de Tierra Santa, entre los que iba el valiente don Arnaldo de Colomer, quien quiso tener el honor de costearle el primer altar.

SANTORAL

Los Santos Inocentes, mártires. *Santos Teodoro y Antonio, monjes;* Cado, obispo de Bourges; Octavio, Catón y Probato, mártires; Eutiquio, presbítero, y Domiciano, diácono, mártires en Galacia; Indes y compañeros, mártires en Oriente bajo Maximiano; Troadio, mártir en el Ponto cuando imperaba Decio; Cástor, Víctor, y Rogaciano, mártires en África; Cesario, mártir en Armenia Menor; Domnion, presbítero. Beatos Matías, franciscano; Nicolás de Mello, canónigo regular de San Agustín, martirizado en Astracán. Venerable Gaspar de Búffalo, fundador de los Misioneros de la Preciosa Sangre. Santas *Teófila, Ágape y Domna, mártires;* Sabela; Domicia, mártir en Tracia, y Zatta, en África. Beatas Yolanda, cisterciense, en Portugal; y Violante de Silva, dominica.


Prelado y mártir — Catedral de Cantórbery

DÍA 29 DE DICIEMBRE

SANTO TOMAS BECKET

ARZOBISPO DE CANTÓRBERY Y MÁRTIR (1117-1170)

TOMÁS Becket vió la luz primera en Londres en 1117 el día 21 de diciembre, festividad de Santo Tomás, apóstol. Su padre, Gilberto, y Matilde, su madre, fueron personas de noble prosapia y de gran religiosidad. La influencia materna, determinó desde muy temprano en el niño, señalada inclinación a la piedad, tierna devoción a la Santísima Virgen y un amor ardiente a los pobres.

En cuanto tuvo edad suficiente mandáronle sus padres a seguir estudios en París. Dotado de entendimiento vivo y despejado, juicio sólido y memoria feliz que conservaba tenazmente cuanto se le confiaba, hizo allí progresos rápidos en el estudio de las humanas letras. De regreso a Londres, confióle su padre la administración de sus inmensas propiedades, ocupación en la que adquirió Tomás aquel sentido práctico de los negocios y aquella táctica y prudencia que lo convirtieron en el jurista consumado con quien tendría que habérselas el ladino Enrique II.

A esas prendas naturales juntaba Tomás una piedad poco común. Mantuvo siempre intacta la pureza de su alma y aun en el período de su vida que pudiéramos llamar mundano, aunque era de natural condescendiente y

festivo, jamás habría tolerado se pronunciase en su presencia una palabra libre o menos recatada. Era, al decir de los cronistas de su tiempo, un joven de elegante continente y noble porte, estatura prócer, suelto y desembarazado en sus movimientos, de trato agradable, grata y entretenida conversación y, sobre todo, de una lealtad y franqueza insobornables.

Cuando hacia el año 1141 perdió Tomás a sus padres, el ya viejo arzobispo de Cantórbery, Teobaldo, ofrecióle un puesto en su palacio en concepto de familiar del rey de Inglaterra. El palacio episcopal en aquella época venía a ser algo así como una corte entre militar y eclesiástica en la que alternaban y se entremezclaban las ricas libreas de nobles y guerreros con los severos hábitos monacales. El arzobispo de Cantórbery, Primado de Inglaterra, era, después del rey, el más encumbrado personaje de la nación.

Reinaba entonces un joven monarca de diecinueve años, Enrique II, de la ilustre familia de los Plantagenets. Dotado de bellas prendas de inteligencia y de un espíritu de observación tal que le bastaba ver una sola vez a una persona para reconocerla siempre en adelante, era en lo físico de una corpulencia excesiva, y en su naturaleza sanguínea bullía una afición tan desordenada a los placeres, que sólo podía ponerse en parangón con su cólera, tan desbordada que en ocasiones degeneraba en frenesí.

ARCEDIANO DE CANTÓRBERY Y CANCILLER ARZOBISPO

DESEOSO Teobaldo, antes de morir, de dar a conocer a Tomás Becket, cuyo gran talento y extraordinaria piedad conocía muy a fondo, envióle a estudiar derecho civil y canónico en Bolonia y Auxerre. A su regreso, un año más tarde, en el 1154, confirióle el diaconado, dignidad que llevaba aparejada, para el electo, el título de arcediano de Cantórbery a la vez que una magnífica prebenda. El aumento de rentas sirvió para hacerle más generoso con los desgraciados; de modo que sus abundantes limosnas le consiguieron pronto el título de padre de los pobres.

Haciéndose cada día más visible el mérito del nuevo arcediano, quiso Enrique II conocer y tratar personalmente al que por su ingenio y virtud era objeto de la admiración y aplauso de toda la corte. Apenas hubo hablado con él, reconocióle como muy superior a lo que la fama pregonaba, y resolvió nombrarle su canciller o primer ministro. Era en el año de 1155.

Jamás conoció aquella nación ministro de Estado ni tan celoso de los intereses de su Rey, ni tan deseoso del bien público. Inglaterra gemía entonces en la anarquía. Las tropas mercenarias que de Flandes acudieran para restablecer el orden, habíanse convertido en fautoras de desarreglo; y, desaparecido casi el derecho de propiedad, sus jefes se adjudicaban sin escrúpulo

tierras y castillos en pago de sus trabajos. En menos de un año, a impulsos del joven ministro, propiedades, obispados y abadías volvieron a manos de sus legítimos poseedores. A la vez que hábil diplomático, mostróse Tomás amigo y entusiasta propulsor de las artes, en sus diversas manifestaciones. Sus contemporáneos no se cansan de ponderar su gusto por las fastuosidades y grandezas. Sin embargo, en medio de tanto lujo y magnificencia, supo Tomás conservarse bueno y casto.

Mientras el canciller brillaba tanto en su patria y era la admiración de las cortes extranjeras, quedó vacante la sede de Cantórbery por muerte de su arzobispo Teobaldo (1161). Disponíase Tomás a la sazón a marchar al país de Gales para reprimir unos desórdenes, mas antes quiso despedirse del rey, que se hallaba en Normandía. Enrique II, a quien halagaba la idea de tener bajo su influencia directa al que, por otra parte, miraba sinceramente como amigo íntimo, creyó que no podría encontrar sujeto más a propósito para sustituir a Teobaldo; y así, lo mismo fué verle que decirle le había escogido para la silla primacial de Inglaterra. Tomás escuchó sin inmutarse la propuesta del soberano y observó con sonrisa intencionada:

—Repare Vuestra Majestad en mi atuendo. ¿Es éste el hombre a quien elegís para gobernar a monjes? Además —añadió entre serio y chancero—, ¿no teme Vuestra Majestad el haber de arrepentirse algún día de esta designación? Porque, os diré con toda lealtad, que si alguna vez tuviereis la mala ocurrencia de atentar contra los derechos e inmunidades eclesiásticas, yo, como príncipe de la Iglesia, no podría en conciencia tolerarlo.

El monarca hizo caso omiso de esta réplica, en la que sólo vió una agudeza sin importancia. A partir de su elevación al episcopado, entregóse Tomás por completo a la vida apostólica, expió con la penitencia y el cilicio la molicie de su anterior conducta y, aunque en lo exterior aparecía con la dignidad y magnificencia propias de su elevado cargo, llevaba en privado la vida y el hábito de los monjes benedictinos, conforme a las tradiciones de austeridad que le legara el insigne San Anselmo, uno de sus predecesores en la sede primacial de Cantórbery.

Ordenado de sacerdote el sábado vigilia de Pentecostés, recibió la consagración episcopal el siguiente día, 3 de junio de 1162. Grande fué en esa fecha el esplendor de las ceremonias, e inenarrable el júbilo del pueblo. En el entretanto, parecía Tomás abrumado por el peso de la inmensa carga que se le venía encima, y a uno de sus familiares que se le acercó para felicitarle le replicó con viveza: «Por favor, no dejes de avisarme en seguida de cualquier cosa reprensible que en mí adviertas; más ven cuatro ojos que dos».

Consciente de sus nuevas obligaciones, permanecía alerta y vigilante como quien sabía muy bien con qué adversario habría de habérselas muy pronto en la defensa de los derechos de la Iglesia. Poco agradó al rey el primer

gesto del nuevo arzobispo: al aceptar la sede episcopal, Tomás renunció a la cancillería, por no parecerle compatible las obligaciones de ambos cargos.

Pero la chispa que iba a provocar el estadillo brotó con motivo de cierta acción judicial que, tomando pie de una denuncia interesada, intentó el rey contra dos clérigos acusados de homicidio. Condenado uno de ellos a cadena perpetua, se reconoció la inocencia del segundo; pero, reanudado el proceso, cometió este último la torpeza de dejarse llevar de un arrebato contra el magistrado injusto que le condenara. Tomás, a quien ambas víctimas apelaron, además de estudiar personalmente con absoluta imparcialidad todas las piezas de autos, consultó con una asamblea de obispos, quienes declararon inadmisibles las pretensiones de los magistrados. Fuera de eso, las costumbres reales en que estos últimos fundamentaban sus decisiones, no estaban codificadas, y de hecho habían dado ya origen a las arbitrariedades más indignas. Harto veía Tomás, conocedor del carácter del monarca, el peligro de que se convirtiesen entre sus manos en pretexto, apenas velado, para satisfacer los peores caprichos.

—Respetaré las costumbres reales; pero sólo mientras ellas dejen a salvo el honor y los derechos de mi jurisdicción —declaró el arzobispo.

A lo que replicó vivamente el príncipe:

—No sé por qué me parece que esas palabras destilan veneno.

ASAMBLEA DE CLARENDÓN

EXASPERADO Enrique II y so pretexto de un agravio recibido, condenó al destierro a Juan de Salisbury, el amigo más íntimo de Tomás, con la intención de privar a éste de su mejor confidente. La intimidación, harto pueril, fué nula en sus resultados. No obstante, el vengativo rey, pródigo en recursos y deseoso de salir con su intento, invitó a Tomás a una asamblea que se convocaría —dijo él— para salvar siquiera las apariencias. En ella se daría al monarca pública satisfacción por el desacato cometido contra él, en la persona de los magistrados reales, por un clérigo, inocente tal vez, pero impertinente; empero, esta sumisión sería pura fórmula. Tomás se mantuvo inflexible. Los agentes del rey recurrieron entonces al engaño; presentaron a Tomás Becket unas letras apostólicas que decían escritas por el papa Alejandro III en las cuales aconsejábale el Pontífice cerrase los ojos sobre determinados abusos. Este documento era apócrifo. Sin embargo, el arzobispo, a cuya rectitud y lealtad repugnaba sospechar felonía en sus adversarios, y cuyo respeto profundo hacia la persona del Papa le vedaba poner en duda la voluntad pontificia, se sometió y fuése en seguida a entrevistarse con el rey, que en aquel entonces residía en



ENRIQUE II *acude a pedir a Santo Tomás quiera reanudar sus funciones episcopales. Sólo una condición exige el santo desterrado: que siempre y en todo queden a salvo los derechos de Dios y de la Iglesia. Aquella salvedad habría de ser suficiente para excitar la cólera del monarca.*

Woodstrock. Enrique II le acogió cortésmente, aunque con afectada frialdad; díjole que aceptaba sus excusas, pero que, como el agravio había sido público, también debía serlo la reparación. Rogóle, pues, acudiese a una asamblea que quería convocar en enero de 1164.

Conócese esta asamblea con el nombre de «Concilio de Clarendón», tan célebre en los fastos de la Historia de Inglaterra. Enrique, lleno de confianza en sí mismo, rodeóse además de consejeros mercenarios encargados de presentar en la reunión una «Carta» compuesta de dieciséis artículos, claramente atentatorios a la libertad de la Iglesia. Influídos por el miedo, todos suscribieron los dieciséis artículos, excepto Tomás Becket. Inflexible largo tiempo en su resolución, dejóse al fin vencer por los ruegos de sus colegas, que le hacían responsable de los males que su resistencia atraería sobre la Iglesia de Inglaterra; pero ciñóse a pronunciar un consentimiento verbal sin querer estampar su firma. Harto sabía Tomás el abuso que el Rey haría muy pronto de esa aquiescencia, por lo que se retiró con el alma transida de pena y turbado por amargos remordimientos. Mientras caminaba tristemente a caballo, acompañado por algunos clérigos, uno de ellos, el crucero, murmuró con ruda franqueza:

—¿Quién tendrá valor para levantarse viendo caído al jefe?

—Hijo mío, ¿de quién dices eso? —preguntó el arzobispo.

—De vos —dijo el clérigo—, de vos, cuyas manos se han extendido para jurar la observancia de leyes inicuas.

La voz de este hombre —dice Bossuet— fué el canto del gallo que despertó al nuevo Pedro. El humilde Tomás lloró amargamente; detestó su cobardía y abstúvose de celebrar el Santo Sacrificio de la Misa hasta que el Papa le hubo enviado la absolución de su culpa. Alejandro III condenó las decisiones de Clarendón y animó a Tomás a la resistencia. Éste dispúsose a mantenerse intransigente frente al opresor.

El 6 de octubre de 1164, encaminóse el arzobispo a Northampton, citado por el rey para asistir a otra asamblea de prelados y de nobles. ¿Con qué objeto? Quería ante todo el soberano que Tomás entrase como reo y que de ella saliese condenado. Mas no por eso desfalleció el ánimo del arzobispo, quien se presentó en la reunión revestido con los ornamentos pontificales. La asamblea le declaró traidor y perjuro. «Escuchad vuestra sentencia —dijo el conde de Léicester. —¿Mi sentencia? —repuso el arzobispo. —Aparto el juicio del rey, porque después de Dios, sólo el Papa puede juzgarme. Apelo, pues, a su tribunal y me retiro bajo el amparo de la Silla Apostólica.

Salióse, en efecto, sin que nadie osara detenerle. Revestido con roquete y estola y asiendo la cruz primacial con la mano izquierda montó tranquilamente a caballo seguido de enorme multitud que le servía de cortejo.

EL DESTIERRO

SIN embargo, estimando nuestro Santo que lo más oportuno en aquel trance era evitar un encuentro con el rey, tomó un disfraz y, revestido con hábito burdo de hermano converso y el supuesto nombre de fray Cristián, atravesó el Canal de la Mancha el día 2 de noviembre de 1164, en una frágil embarcación gobernada por dos sacerdotes animosos; casi desfallecido de hambre y cansancio tomó tierra no lejos de Boulogne, y se encaminó a Compiègne, residencia a la sazón de Luis VII de Francia. Éste le acogió con respetuoso cariño y le brindó su protección.

Con todo, sólo el Papa podía ser juez legítimo y tomar una decisión. Tomás se presentó ante él en Sens, arrojóse a sus pies, hízole una sencilla y verídica relación de todo lo que había pasado, y le suplicó que, pues él sólo había sido causa de la tempestad, se dignase admitir su dimisión; y, sacando al punto el anillo pastoral, presentóselo al Pontífice, quien se lo devolvió con bondad; más aún, alabó su celo y su piedad y lo restableció en su silla; pero, por no exasperar aun más a Enrique II, aconsejó al Santo se retirara a la Abadía de Pontigni, de la Orden del Cister. Hízolo así el ilustre perseguido y, gozoso en ese sagrado asilo, entregóse a todas las dulzuras de la oración y a los rigores de la más austera penitencia. Mas el vengativo rey no se dió por satisfecho. Temía que desde su destierro fulminase nuestro santo prelado contra él los anatemas de la Iglesia y así, intimó al abad de Pontigni la expulsión de su huésped, so pena de verse arrojado de Inglaterra él y todos sus religiosos cistercienses. Dolíale a Tomás exponer a la ruina a una familia religiosa por él tan querida y se retiró al monasterio benedictino de Santa Columba en el que moró cuatro años. Su vida en este nuevo asilo no fué ni menos austera ni menos santa.

Entretanto, el rey de Francia buscaba el medio de concertar con el de Inglaterra uno de aquellos primeros tratados de paz que la mala fe de éste tornaba siempre tan precarios. También el Papa, por su parte, deseaba con ansias otra reconciliación: la del arzobispo con su rey. Luis VII ofrecióse gustoso para servir de mediador y consiguió de Enrique II se viera con el santo prelado. Introducido éste a presencia del rey echóse a sus pies.

—¡Señor —le dijo—, tened piedad de mí! A vuestro arbitrio dejo mi causa, como quede a salvo la honra de Dios.

Este último inciso de la cláusula alteró al rey y le irritó sobre manera y, aunque vuelto de su arrebato se serenó luego, dejó margen para nuevas violencias que no habían de tardar en sobrevenir. Muy pronto surgió un pretexto para ello. El arzobispo de York y los obispos de Londres y de Salisbury pidieron a Tomás que les absolviera de las censuras en que esta-

ban incursos, mas como no admitieron las justas condiciones que el Santo les ponía, vieron desechada su solicitud. Entonces pasaron a Normandía los tres prelados y expusieron los hechos en forma tal que, desnaturalizando por completo las palabras del Primado, hicieron creer al Rey que él mismo había sido excomulgado. «¡Cobardes y traidores! —gritó, irritado—. ¡Malditos sean quienes comen mi pan si no me libran de ese insolente!».

La intención de aquellas palabras era harto manifiesta y vehemente. Por desgracia, poco había de tardar en recibir sangrienta interpretación.

EL MARTIRIO

CUATRO oficiales del Rey, hombres sin conciencia y de vida disipada, se comprometieron con juramento a asesinar al santo arzobispo. Por grandes que fuesen las precauciones tomadas para velar sus siniestros propósitos, no pudieron evitar trasluciesen ya desde su llegada a Cantórbery, por lo que los familiares del Santo solicitaron de éste permiso para velar cerca de su persona en la noche del 28 al 29 de diciembre.

—Sea lo que Dios quiera —dijo él—. Ahí en la Iglesia de que soy jefe debo aguardar el destino que me está reservado.

Por disposición suya, abrevióse un tanto la comida y se retiró en seguida a la catedral, que muy pronto estuvo rodeaba de soldados con los asesinos al frente; habiendo éstos entrado, comenzaron a gritar:

—¿Dónde está el arzobispo? ¿Dónde está el traidor?

—Aquí me tenéis —dijo el Santo sin turbarse—. Yo soy el arzobispo; pero no soy traidor. Pronto estoy a morir por mi Dios, por la justicia y por la libertad de la Iglesia; pero os conjuro que no toquéis a ninguno de mis religiosos, de mis clérigos o de mis fieles.

Admirable respuesta que nos recuerda la del mansísimo Jesús al entregarse en el huerto de Getsemaní en manos de sus verdugos. Mientras tanto muchos asistentes se acercaban con el rostro consternado para seguir más de cerca la triste escena. Como temiese el jefe de los sayones una reacción contraria del pueblo, gritó blandiendo el hacha: «¡Presto! ¡Herid presto!».

Aunque Tomás pudiera todavía escapar refugiándose en la cripta o tomando una escalera secreta que conducía a lo más alto de la basílica, permaneció arrimado a un pilar que separaba el crucero de la nave mayor.

El primer golpe, sólo ligeramente alcanzó a Tomás en la cabeza, pero lo recibió en cambio Herberto su familiar, a quien seccionó casi por completo un brazo. Al instante asestaron al prelado otro furioso tajo con el que le abrieron una profunda brecha en el mismo punto en que había recibido la primera herida. Cayó el Santo de rodillas, cubierto de sangre, al propio

tiempo que los otros dos asesinos le atravesaban el pecho con sus espadas con tal violencia que el acero de uno de ellos se rompió.

—Gustoso doy mi vida en defensa de la Iglesia —fueron sus últimas palabras antes de expirar.

Así murió Tomás Becket el 29 de diciembre de 1170 a los cincuenta y tres años de edad y en el noveno de un episcopado cuyos dos tercios pasó en el destierro.

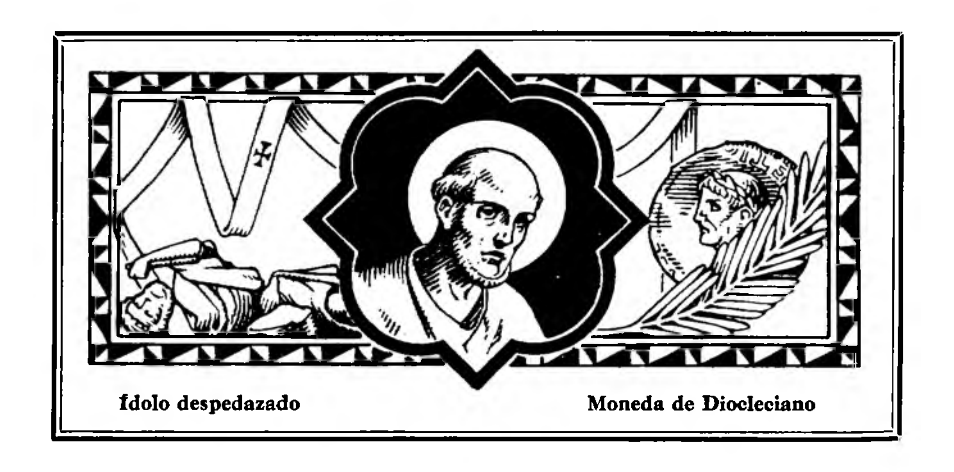
Un estremecimiento de horror sacudió la conciencia del mundo cristiano a la noticia del horrible asesinato cometido en la persona del más santo e ilustre prelado de su tiempo. El mismo rey, espantado y arrepentido a la vez, estuvo muchos días sin querer probar bocado, llorando a lágrima viva su participación en el crimen por sus impremeditadas palabras.

No tardó Dios en vengar cumplidamente a su siervo. Los asesinos acabaron trágicamente sus días. Enrique II vió desolado su reino por toda suerte de disensiones y guerras civiles y, comprendiendo el origen de tantas desdichas, determinó expiar su culpa; envió al papa Alejandro III embajadores que le protestaran que este asesinato se había cometido sin que mediara la menor orden suya, si bien confesaba que una palabra indiscreta por él pronunciada había sido la causa ocasional del mismo y que se sujetaba a la penitencia que quisiera imponerle. Esta fué pública, rigurosa y solemne, y sometióse a ella el humillado rey con el máximo rigor. Habiendo citado a gran número de obispos en Cantórbery, ante el sepulcro del santo mártir, se presentó en traje sencillo y con los pies descalzos, y postrado con el rostro en tierra y bañado en lágrimas, confesó públicamente su pecado, del que pidió perdón a Dios y al Santo; descubrióse luego las espaldas y quiso que todos los prelados le diesen cinco azotes con la disciplina y otros tres cada uno de los ochenta religiosos que asistían al acto. Pasó luego en vela, en oración y ayuno lo restante del día y la noche siguiente.

Esta conversión del rey se miró como el primer milagro del Santo y a él sguieron otros innumerables que se obraban cada día en su sepulcro, lo que decidió al papa Alejandro III a canonizarle el 21 de febrero de 1173.

SANTORAL

Santos **Tomás Becket, arzobispo y mártir;** Crescente —discípulo de San Pablo—, primer obispo de Viena (Francia); Hilduardo, obispo de Toul; *David, rey y profeta; Marcelo, Ebrulfo,* Alberto y Líbanos, abades; Trófimo, obispo de Arlés, mencionado por San Pablo en su Carta a Timoteo; Calixto, Félix y Bonifacio, mártires en Roma; Domingo, Víctor, Primiano, Liboso, Saturnino, Crescencio, Segundo y Honorato, mártires en África. Beatos Regimberto y Vidal, abades.



Ídolo despedazado — Moneda de Diocleciano

DÍA 30 DE DICIEMBRE

SAN SABINO

OBISPO DE ASÍS, Y COMPAÑEROS MÁRTIRES

(† hacia el año 304)

A poco de haber logrado ser el único árbitro del imperio, quiso Diocleciano compartir tan pesada carga, y el 1.° de mayo de 285 adoptó solemnemente al panonio Marco Aurelio Maximiano, oficial advenedizo, de oscuro linaje, carente de educación y cultura, a quien dió el título de *César* y encomendó el gobierno de Occidente. El nuevo emperador fijó su residencia habitual en Tréveris.

Maximiano, por sobrenombre el Hercúleo, tenía sobre Diocleciano doble ventaja: la de sus aptitudes militares nada comunes y la de suma energía en el mando. Pero los vicios execrables de este caudillo ensombrecen sus cualidades: era licencioso hasta el desenfreno, avaro y pródigo a la vez, y cruel por naturaleza.

La organización política a que acabamos de aludir se completó en 292 ó 293 al instaurarse la tetrarquía, con cuatro caudillos, dos *augustos* y dos *césares*. Maximiano Hercúleo fué promovido, al lado de su señor que conservaba no obstante autoridad superior, a la dignidad de *augusto*, y cada uno de los dos emperadores adoptaba un coadjutor, un *césar*, llamado a

sucederle: Constancio Cloro lo fué de Maximiano Hercúleo y Maximiano Galerio de Diocleciano. A partir de este instante, Maximiano Hercúleo gobernó en Italia, España y África y tenía a Milán por capital, en tanto que Diocleciano guardaba para sí el gobierno del Oriente.

MANIFESTACIONES ANTICRISTIANAS

LANZADO por Diocleciano, a instigación de Galerio, el edicto de persecución general (303), Maximiano Hercúleo, que ya había mandado martirizar en sus estados o cuando menos había visto con indiferencia que se diera muerte a numerosos cristianos, apresuróse a poner en ejecución, especialmente en Italia, las decisiones del supremo jefe.

En abril del 304 hallábase en Roma. El 17 del mismo mes, penúltimo día de los juegos anuales en honor de Ceres, celebróse una carrera de carrozas ante él en el Circo Máximo. Terminada la carrera, en la que los *azules* —contra los que apostaba el emperador— quedaron vencidos, el alborozo popular se tradujo en aclamaciones acompasadas de que nos hablan con alguna frecuencia los historiadores antiguos. Tales aclamaciones debieron de agradar a Maximiano, pues la mayoría de los concurrentes —el narrador no dice la unanimidad— repitió doce veces: «¡Acaba con los cristianos y seremos felices! ¡Voto a nuestro Augusto, que no ha de haber ya más cristianos!»

Y luego, advirtiendo la presencia del prefecto de Roma, llamado Hermógenes, en el palco imperial, el pueblo repitió diez veces a coro: «¡Victoria a ti, oh Augusto! Pregunta al prefecto cuáles son nuestros deseos». Harto claramente habían manifestado ya lo que deseaban y no necesitaba Maximiano Hercúleo gran esfuerzo para entenderlo. Celebró consejo el Senado el 22 de abril en el Capitolio, y dirigiéndose el emperador a los Padres conscriptos, sometió a su ratificación la orden siguiente:

«Ordeno y mando que en cualquier lugar donde fueren hallados los cristianos, sean arrestados por el prefecto de la ciudad o por los agentes que están a sus órdenes y se los fuerce a sacrificar a los dioses».

Los senadores se separaron diciendo y repitiendo: «¡Seas por siempre victorioso, oh Augusto, y que un día mores con los dioses en las eternas mansiones!» Aclamaciones que las turbas congregadas en torno del Capitolio corearon con deshecho entusiasmo.

Así fué promulgado en Roma, por la autoridad de Maximiano, gobernador de Occidente, el edicto impuesto en Oriente por Galerio a la debilidad de Diocleciano. Inmediatamente fué dado a conocer por rescripto a los gobernadores de provincias. Se ha conservado el que recibiera Venustiano, gobernador de Etruria y Umbría:

«Mandamos que, en cualquier lugar donde se pronuncie el nombre cristiano, sean impelidos a sacrificar a los dioses los que tal superstición profesan y que, de no hacerlo, sean condenados a muerte; se los despojará de sus bienes, los cuales, juntamente con sus rentas, se adjudicarán al fisco.»

Como puede observarse, aquellos tiranos para quienes sólo el capricho o el interés personal eran ley fundamental de conducta, no se paraban en barreras cuando habían de legislar. La ética pagana, tan rudimentaria cuando entraba en juego el problema religioso, da a entender con cuán gigantescos obstáculos hubo de enfrentarse el cristianismo.

La ejecución del edicto empezó sin tardanza en Roma y en las provincias limítrofes. La astucia más cruel y artera ponía a los cristianos en la alternativa de apostatar o de entregarse. Así, por ejemplo, colocáronse estatuas en todos los mercados, ante las cuales había que ofrecer incienso antes de hacer las compras o ventas. Pusiéronse retenes de esbirros junto a las innumerables fuentes públicas de la ciudad con orden de no dejar coger agua a los que rehusaran tributar homenaje a los dioses.

SABINO Y SUS DIÁCONOS, ANTE EL PREFECTO

CONFORME a las órdenes recibidas, el prefecto Venustiano dió principio a una serie interminable de pesquisas para hallar cristianos en quienes saciar su odio. No tardó en ser descubierto el obispo Sabino, pues era muy celebrado por su elocuencia y por su trato distinguido. Mandó, pues, Venustiano soldados que le prendieran, y lo trajeran a la ciudad de Asís, donde fué encarcelado juntamente con los diáconos Exuperancio y Marcelo y gran número de clérigos. Al día siguiente el prefecto dió orden de que se levantara el tribunal en medio del foro y, tomado que hubo asiento, presentáronle al obispo Sabino y a sus dos diáconos. Venustiano le interrogó en estos términos:

—¿Quién eres tú?

—Yo soy Sabino, el pecador, colmado de la gracia de Nuestro Señor Jesucristo.

—¿Eres libre o esclavo?

—Soy siervo de Cristo, rescatado de la esclavitud del diablo.

—¿Qué cargo ejerces?

—Aunque sin mérito alguno de mi parte, estoy investido de la dignidad que llaman episcopado.

—Y esos dos hombres, ¿quiénes son?

—Son mis diáconos.

Adoptando entonces Venustiano un tono más imperioso, le dice:

—¿Con qué derecho te atreves a enseñar clandestinamente esas doctrinas e incitas al pueblo a que abandone el culto de los dioses y siga a un hombre ajusticiado?

—¿Pero crees tú acaso que Jesucristo está muerto?

—No me cabe la menor duda, puesto que se le dió muerte y sepultura.

—Está bien, pero tampoco ignoras que resucitó al tercer día.

El prefecto replicó:

—Dejemos eso de lado y atiende. Sólo te quedan dos partidos; elige: o sacrificas a los dioses y sigues gozando de la vida, o la perderás en medio de los tormentos que mereces, después de lo cual podrás, si te place, resucitar como Cristo tu Señor. Consulta, pues, cuáles son tus intereses, promete sacrificar a los dioses y disfruta de la vida.

—Si conocieras la verdad —replicó Sabino—, no proferiría tu boca semejantes blasfemias, antes por el contrario confesarías a Dios todopoderoso, Padre, Hijo y Espíritu Santo...

Prosiguió el diálogo por breves instantes y agregó Sabino:

—Para que sepas quiénes son tus dioses, manda traer uno de ellos.

COMIENZA EL MARTIRIO

EL prefecto, que siempre llevaba consigo una estatua de Júpiter, de mármol blanco, artísticamente esculpida y con ropaje de oro, dió orden de que la colocaran en su tribunal. Trajeron sus siervos el ídolo con toda solemnidad entre antorchas y cánticos triunfales. Dijo Venustiano:

—¡Aquí tienes a nuestro protector!

—¡Oh ceguera grande y necia vanidad; abandonas al Dios creador de todas las cosas para dar culto a un bloque sordo y mudo! —respondió Sabino.

—¿Pero no son por acaso dioses los que nosotros adoramos?

—¡Qué han de serlo! Para que sepas de modo indubitable que no son dioses los que tú tienes por tales, permíteme ponerlos a prueba.

—Pues que tanta presunción muestras, haz lo que te plazca.

Tomando entonces Sabino la estatua de Júpiter, oró por breves instantes y la arrojó al suelo, con lo que se hizo mil pedazos. A vista de ello ordenó el prefecto, fuera de sí:

—Mutílese a la faz de toda la concurrencia al sacrílego Sabino, que con impúdica audacia ha despedazado a nuestro dios Júpiter.

Los verdugos echáronse sobre el Santo y le amputaron ambas manos. Viendo lo cual Exuperancio y Marcelo, diáconos de Sabino, empezaron a temblar. Pero el santo prelado, a pesar de los insufribles dolores, los consoló y animó, diciéndoles:



ERA *el propósito del bárbaro Venustiano que el santo obispo Sabino muriera poco a poco en la cárcel desangrado a causa de la amputación de sus manos, pero la Divina Providencia le socorrió valiéndose de una ilustre matrona llamada Serena, de fe sincera e inagotable caridad.*

—Hijos míos carísimos, no temáis las amenazas del diablo; antes por el contrario, confiad en Nuestro Señor Jesucristo, que da a sus fieles siervos la corona de vida eterna.

Exuperancio y Marcelo, ya reanimados, exclamaron a una voz:

—Nos hemos ofrecido en sacrificio a Dios y sólo le pedimos una cosa: que nos perdone nuestra debilidad.

Entonces Venustiano, con diligencia digna de mejor causa, recogió los fragmentos de su ídolo, púsolos cuidadosamente y con aparente respeto en una urna de plata que hiciera traer a propósito, y mandó llevarlos a su casa.

SUPLICIO Y MUERTE DE LOS DOS DIÁCONOS

INMEDIATAMENTE volvió el prefecto toda su ira contra los dos diáconos y ordenó que los suspendieran en el potro en presencia del santo obispo Sabino. Éste los alentó y les habló de esta manera:

—Tened firmeza de corazón y de espíritu, hijos míos, y no os asusten los terrores del enemigo.

—Estamos ofrecidos a Dios en holocausto —respondió Marcelo—, y no nos preocupa más que una cosa: rogar a Dios de todo corazón que nos perdone nuestros pecados. En los padecimientos que sufrimos no hay nada para el diablo y no le obedecemos porque es engañador y mendaz, y lejos de dar la vida lo que da es la muerte.

Venustiano dijo entonces a los verdugos:

—Azotadlos sin piedad delante de Sabino, que con sus manos impuras ha hecho pedazos a nuestro dios Júpiter.

Cuando se les aplicaba ese tormento, los dos levitas exclamaron:

—Gloria a Ti, oh Jesús, Señor nuestro, pues que así tendremos la dicha de entrar en nuestro descanso.

Y como prosiguieran orando de esta manera, díjoles Venustiano:

—Ya es hora de que renunciéis a vuestra sacrílega actitud y adoréis a los dioses si no queréis perecer.

—Hemos sido completamente renovados en nombre de Nuestro Señor Jesucristo —respondieron los valientes atletas.

—Yo también voy a renovaros —añadió el gobernador.

Y al mismo tiempo daba órdenes de que les rasgasen los costados con garfios de hierro. Los dos diáconos expiraron súbitamente por la violencia del suplicio y sus cadáveres fueron arrojados al río por orden del juez. Seguidamente llevaron a la cárcel al obispo Sabino, mutilado como estaba. Los cuerpos de los dos mártires fueron sacados del agua por un presbítero y un pescador, que les dieron sepultura junto al camino, el 31 de mayo.

EN LA CARCEL

POR aquella época vivía en Espoleto una noble matrona llamada Serena, viuda treinta y un años hacía, muy cristiana y temerosa de Dios, dada a la oración y al ayuno y gran repartidora de abundantes limosnas. Seis días después del martirio de los santos diáconos Exuperancio y Marcelo, informada de lo ocurrido al santo obispo Sabino, fué a visitarle por la noche para curarle. Ya antes procuró hacerse con las manos que habían cortado al santo mártir; las llevó a su casa, las puso en un vaso y las embalsamó con preciosos aromas. Muy a menudo durante el día arrodillábase ante tan preciadas reliquias y les dirigía respetuosas al par que afectuosas miradas.

Dicha matrona tenía un sobrino ciego, llamado Priscino, al que amaba tiernamente y a quien los médicos habían aplicado toda suerte de remedios sin resultado. Llena de confianza en Dios, presentó Serena su sobrino al santo obispo y le dijo:

—Señor, os conjuro por Nuestro Señor Jesucristo, que pongáis los brazos sobre este vuestro siervo y roguéis por él al Dios del cielo y de la tierra, creador de todas las cosas, pues confío que así recobrará la vista.

Sabino colocó sus brazos sobre los ojos del ciego, y con lágrimas en los ojos hizo esta oración:

—Oh Dios, creador de todas las cosas y océano de misericordia, muestra cuán bueno eres con los que te temen.

Y, doblando la rodilla, añadió:

—Muéstrate propicio, Dios mío, con este pobre pecador que te invoca; y pues eres luz verdadera e indeficiente, ilumina a los que en Ti esperan, pues en cuanto a nosotros que permanecemos en las cadenas del pecado, nada merecemos. En Ti esperan tus siervos; ilumina nuestras tinieblas, puesto que eres luz, verdad y vida. Acuérdate, Señor, que dijiste: «Cualquier cosa que pidiereis en mi nombre, la conseguiréis». Te lo suplicamos por Jesucristo nuestro Señor y por el Espíritu Santo que vive y reina contigo por los siglos de los siglos.

Cuando hubieron respondido *Amén,* volvió Sabino a poner sus brazos mutilados sobre los ojos del ciego, mientras decía:

—Ábrate los ojos el que abrió el mar y dió paso a Israel en medio de las aguas contenidas; devuelva la luz a tus párpados el que abrió los ojos del ciego de nacimiento, para que todos los gentiles sepan que es el Creador de todas las cosas visibles e invisibles.

Apenas terminada esta oración, recobró la vista el muchacho, siendo testigos cuantos en la cárcel se hallaban del milagro que Dios acababa de obrar

por su siervo Sabino; con lo cual, arrojáronse a los pies del santo mártir y le conjuraron los bautizase. Once fueron los regenerados aquel mismo día. Este acontecimiento no pudo quedar oculto y pronto se supo en la ciudad que el obispo Sabino había devuelto la vista a un ciego.

CASTIGO Y CONVERSIÓN DE UN PERSEGUIDOR

TREINTA y tres días después, el prefecto Venustiano fué atacado de una enfermedad de ojos. Tan vivo era el dolor que no podía tomar alimento ni descanso, y ninguno de sus médicos lograba atenuar ni siquiera por un instante la intensidad del mismo. Refiriéronle entonces que Sabino, el jefe cristiano, a quien él tenía preso, había sanado a un ciego. Gozoso de oír semejante nueva, envió a su mujer y a sus dos hijos a la cárcel a suplicar al obispo que fuese a verle, y dió orden a la guardia para que le dejaran libre. Sabedor el cautivo de los deseos de Venustiano, exclamó con profunda humildad:

—Gloria a Ti, Señor, por haberte dignado elegirme entre tus siervos.

Y seguidamente se dirigió a casa de Venustiano. En cuanto Sabino divisó só
a Venustiano, dijo en voz alta y con los ojos arrasados en lágrimas:

—Jesucristo, que dió vista al ciego de nacimiento, te ilumine a ti también.

—Harto comprendo que he pecado —dijo Venustiano con voz dolorida.

—Si de todo corazón crees —añadió Sabino—, si haces penitencia, todo será concedido a tu fe. Traigan aquí los fragmentos de la estatua.

Puestos ya ante su vista, ordenó que los desmenuzaran y arrojaran al río. Pero Venustiano seguía sin sentir alivio alguno. Díjole Sabino:

—¿Crees de todo corazón, Venustiano?

—Creo firmemente; pero el pecado que he cometido atormentándote tan bárbaramente, me causa amargo dolor.

—Mis pecados, hijo mío, son los que me han acarreado todo eso; en cuanto a ti, puedes volverte puro e inocente como los ángeles, por lo cual te exhorto a que te arrepientas, a que creas en Jesucristo nuestro Señor y recibas el bautismo, pues de ese modo te salvarás y conseguirás la vida eterna que es lo que realmente importa.

—Bautízame, pues, en nombre de Nuestro Señor Jesucristo, para que logre el fruto de tus promesas.

Entonces Sabino se hincó de rodillas y oró; luego, una vez catequizados todos los de la familia, hízolos bautizar. En el mismo instante en que el agua bañaba la frente del prefecto, abriéronsele los ojos y quedó totalmente curado, de suerte que no volvió a experimentar dolor alguno. Arrojóse entonces a los pies de Sabino, rególos con lágrimas y díjole:

—Ruega a Nuestro Señor Jesucristo que me perdone todo el mal que te he causado.

—No te preocupes, hijo mío, que si yo padecí, ha sido en castigo de mis pecados.

El santo obispo fijó desde entonces su residencia en casa de Venustiano.

MARTIRIO DE VENUSTIANO Y MUERTE DE SABINO

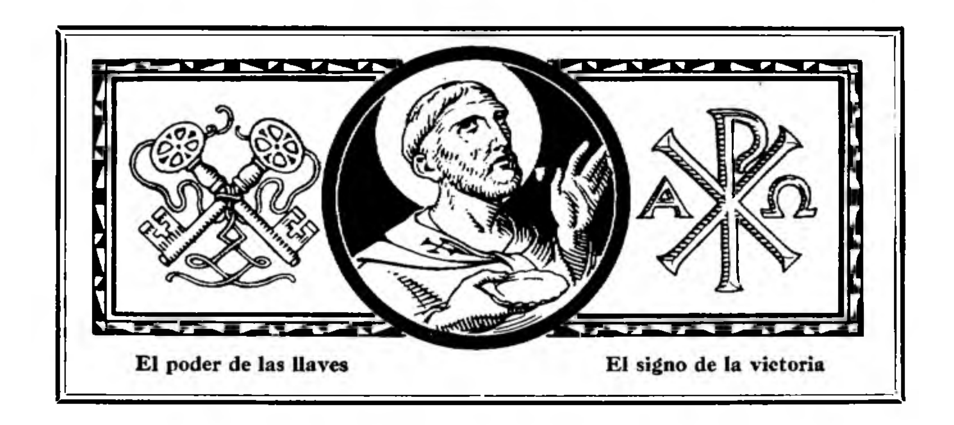
NO tardó mucho el emperador Maximiano en saber del bautismo de Venustiano. Semejante acción parecióle crimen de lesa majestad y afrenta insufrible a las divinidades. En el paroxismo del despecho, envió a su tribuno Lucio con orden firmada de su propia mano, en la que se prescribía la condenación de Sabino y la decapitación de Venustiano. El tribuno se dirigió a Asís sin pérdida de tiempo y, prescindiendo de todo sumario, dió muerte al prefecto Venustiano, así como a su mujer y a sus hijos. Los cristianos ocultaron los cuerpos de estos mártires y hasta hoy no han podido ser hallados.

Lucio se apoderó seguidamente del santo obispo, condújole a la ciudad de Espoleto y allí, sin formación de causa, mandóle azotar bárbaramente hasta que expiró. Serena recogió el cuerpo de San Sabino y lo enterró, juntamente con las manos cortadas, a unas dos millas de la ciudad de Espoleto.

Tales son los hechos relatados en las Actas del martirio de San Sabino. Este documento es considerado como absolutamente auténtico, a pesar de unas adiciones posteriores. El Martirologio romano señala en 30 de diciembre a San Sabino, a sus dos compañeros mártires, los diáconos Exuperancio y Marcelo, y a San Venustiano con su mujer y sus hijos. El relato que en tal día se pone para todos esos mártires termina con la nota siguiente: «Aunque su martirio tuviera lugar en distintos momentos, su fiesta se celebra el mismo día».

SANTORAL

La traslación del cuerpo de Santiago Apóstol. Santos **Sabino y compañeros,** *los diáconos Exuperancio y Marcelo, y el prefecto Venustiano, con su mujer y sus hijos,* **mártires;** Anisio, obispo de Tesalónica, y Eugenio, de Milán; Liberio, obispo de Ravena, y Rainerio, de Aquiles, en el Abruzo; Crescino, obispo de Verona; Leonardo, abad; Honorio, Polícleto, Donato, Mansueto, Apiano, Severo y compañeros, mártires en Alejandría; Lorenzo de Frazanone, de la Orden de San Basilio; Ailbeo, confesor. Beatos *Sebastián Valfré, filipense;* Giraldo de Valence, franciscano; Martín, dominico. Santas *Anisia, mártir;* Tigridia, reina de Bretaña y viuda, en 445, del rey Grallón I.



El poder de las llaves — El signo de la victoria

DÍA 31 DE DICIEMBRE

SAN SILVESTRE I

PAPA (270-335)

SAN Silvestre, uno de los grandes pontífices que más han enaltecido la Sede Apostólica, debe su celebridad tanto a sus virtudes personales como a los memorables acontecimientos en los que hubo de tomar parte principalísima y por los que le cupo ser el instaurador del culto público cristiano.

Sólo conocemos la vida de este santo pontífice por las *Actas* de su nombre, reputadas como poco verídicas por la mayor parte de los críticos, pues las consideran por lo menos siglo y medio posteriores a San Silvestre. Sábese, además, que la Iglesia llegó a prohibir la lectura pública de dichas *Actas*. El criterio que guiaba a los historiadores de los viejos tiempos, y, más aún, el entusiasmo de los comentaristas, permitían la fácil interpolación y aun la mezcla de elementos biográficos sobre el escueto armazón de los datos incuestionables, haciendo así difícil la tarea selectiva. No obstante, el *Liber pontificalis* acepta como buenos algunos datos referentes a San Silvestre. Cuando se reformó el Breviario —en tiempos de León XIII—, suprimióse algo en las antiguas lecciones de su fiesta. Bueno es recordar esto, particularmente con relación al bautismo del emperador Constantino.

SILVESTRE Y TIMOTEO DE ANTIOQUÍA

SILVESTRE, hijo de Rufino, nació en Roma el 270 y fué su maestro un sacerdote llamado Cirino. Cuando pudo disponer de sus bienes, gustaba de ofrecer hospitalidad a los cristianos que acudían para visitar el sepulcro de los Santos Apóstoles y venerar sus reliquias. Según las mencionadas *Actas,* en su casa se hospedó Timoteo de Antioquía, confesor de la fe, cuya existencia es un hecho histórico, el cual recorrió libremente durante un año entero la ciudad de Roma arrancando al error multitud de paganos y confirmando a los cristianos en la vía de la salvación. Al retirarse a casa de su huésped tras las largas jornadas de apostolado, pagábale el hospedaje con la ferviente exposición de los misterios de la fe; pero un día fué apresado y conducido ante el juez, y, después de crueles tormentos, ganó la palma del martirio.

No contentos los perseguidores con haber quitado la vida a su víctima, quisieron también privarle de sepultura, mas no contaban con la diligencia del huésped de Timoteo. A favor de la noche, burló Silvestre la vigilancia de los guardas y se apoderó de aquellas santas reliquias, para colocarlas en precioso monumento debido a la munificencia de una generosa donante.

ANTE EL PREFECTO DE ROMA

ERA a la sazón prefecto de Roma un hombre cruel y codicioso, llamado Tarquino, quien, sospechando infundadamente que el santo mártir había dejado cuantiosas riquezas, resolvió apoderarse de ellas. A este fin, hizo comparecer ante su presencia a Silvestre; mas, tratando de disimular su codicia con las apariencias de celo por el culto de los ídolos, dijo a nuestro bienaventurado: di-

—Adora al instante a nuestros dioses y deposita en sus altares los tesoros de Timoteo, si es que quieres salvar tu vida.

Pero el ilustre mártir no había dejado a su huésped otra herencia que su fe y su heroísmo. Así, pues, respondió el santo joven como iluminado por inspiración sobrenatural:

—¡Insensato!, yerras gravemente si piensas ejecutar tus amenazas, porque esta misma noche te será arrancada el alma, y muy a pesar tuyo habrás de reconocer que el único verdadero Dios es el que tú persigues; el mismo que adoramos los cristianos.

Turbóse el ánimo de Tarquino al oír tales palabras, pero sobrepúsose al terror que le habían causado y mandó encerrar a Silvestre en hediondo ca-

labozo. Para ahogar aquellas preocupaciones, dispuso un espléndido banquete; pero allí le aguardaba la justicia de Dios, porque se le atravesó una espina de pescado en la garganta y murió a causa de ello.

Temiendo que también a ellos les alcanzara algún castigo del Dios de los cristianos, los oficiales del prefecto, que habían oído la predicción tan fatalmente cumplida, acudieron solícitos a libertar a San Silvestre de sus prisiones.

SILVESTRE, SUMO PONTÍFICE

TREINTA años tenía Silvestre cuando fué ordenado sacerdote por el papa San Marcelino. Desde aquel punto habíase distinguido tanto por su celo y caridad, que se atrajo la enemiga de los donatistas. A la muerte del papa San Melquíades, el clero y el pueblo le designaron para sucederle el 31 de enero del 314.

Afirman las *Actas,* con visos de verosimilitud, que aun después de la milagrosa victoria obtenida por Constantino contra Majencio en el puente Milvio, siguió la persecución contra los cristianos, o porque el emperador pasase una crisis espiritual, o, lo que es más probable, porque mientras él guerreaba contra sus colegas Maximino y Licinio, los magistrados paganos aprovecharan de su ausencia para atormentar a los enemigos de los falsos dioses. El caso es que Silvestre, para bien de su Iglesia, tuvo que salir de Roma y retirarse con sus sacerdotes al monte Soracte o Syraptim —llamado después de San Silvestre—, distante unas siete leguas de la Ciudad Eterna.

SOBRE EL BAUTISMO DE CONSTANTINO

EN lo que atañe al bautismo de Constantino, las *Actas de San Silvestre* traen un relato que los críticos consideran como piadosa leyenda, compuesta para servir de edificación, porque no ofrece base histórica ninguna. Con ese carácter la expondremos, antes de referir lo que la Historia señala como cierto en este asunto.

Así, pues, Constantino, que aun no había abrazado íntegramente la verdad católica, vióse herido de una dolencia que debía contribuir a salvar su alma. De pies a cabeza cubrióse su cuerpo de horribles úlceras. En alivio de tan grave mal, acudieron solícitos los más reputados médicos de todas las provincias del Imperio; pero ni la ciencia de los hombres ni el supuesto poder de los dioses lograban dar con remedio alguno que pudiera valerle en aquel estado; no le quedaba sino resignarse a morir.

Al fin, los sacerdotes de Júpiter, inspirados por el demonio, aconsejaron al emperador una solución tan atroz como apropiada a sus doctrinas.

—Ilustre príncipe —le dijeron—, mandad reunir una multitud de niños pequeños de vuestro imperio, los degollaremos y os bañaréis en la sangre aun caliente de los mismos; tal vez con ello lograréis recuperar la salud que no podéis alcanzar por ningún otro medio humano.

Tan bárbara proposición no conmovió ni estremeció a aquellas almas paganas y el mismo emperador debió dar su consentimiento, puesto que inmediatamente recorrieron los verdugos las provincias del imperio y, arrancándolos del seno materno, llevaron a Roma tres mil niños recién nacidos para que sirviesen a tan horrible cuanto problemático remedio.

El día señalado para el baño sangriento, abandonó el emperador su palacio y se encaminó al Capitolio. Salióle al paso una multitud de mujeres, las cuales se echaron a sus pies, locas de dolor y de desesperación, mesándose los cabellos y levantando sus manos suplicantes en demanda de piedad para ellas y para sus pequeñuelos.

—¿Quiénes son esas mujeres? —preguntó el emperador.

—Son las madres de los niños que deben ser degollados para daros la salud —respondieron los soldados de su escolta.

Constantino, como si despertara de una pesadilla, exclamó:

—Degollar a esos inocentes sería un crimen atroz, y ¡quién sabe si con remedio tan horrible recobraría yo la salud! No me parece justo adoptar medidas tales para un resultado simplemente dudoso.

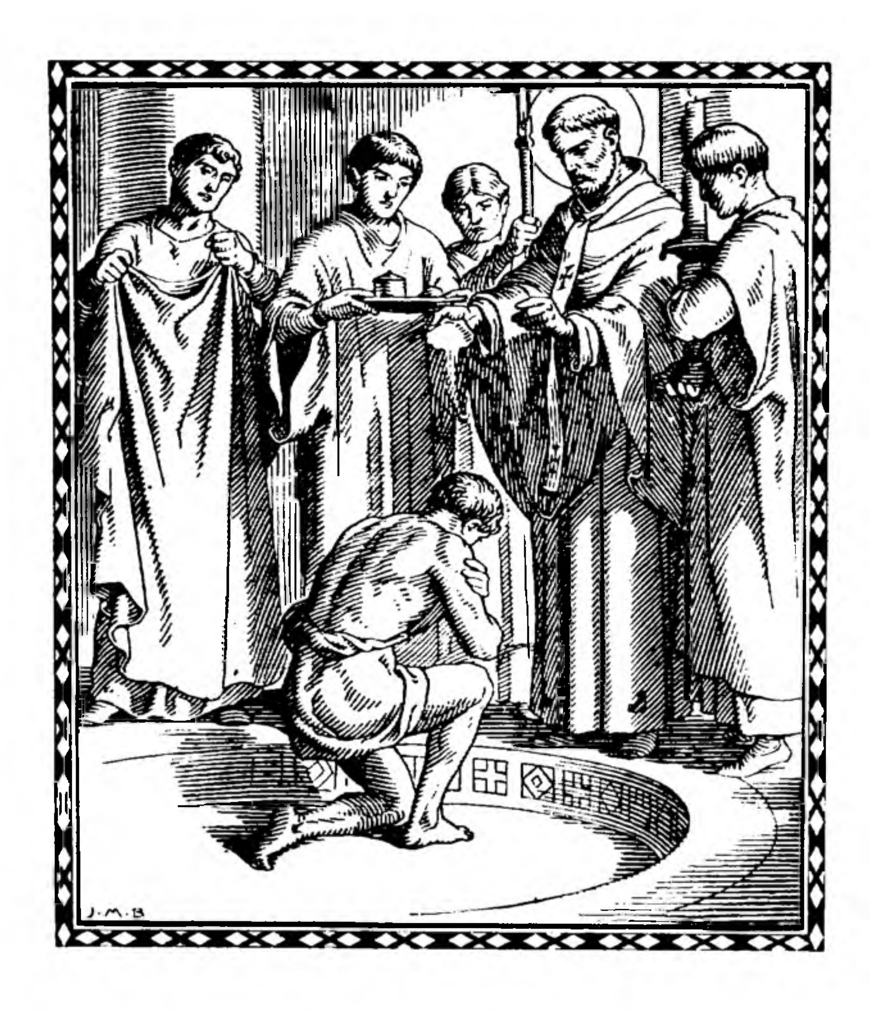
Dió al instante contraorden, volvió a su palacio, ordenó que se entregase cierta suma de dinero a cada uno de los niños destinados al sacrificio y que se los devolviesen a sus madres. En la noche de aquel mismo día vió Constantino ante sí, en sueños, dos ancianos majestuosos y radiantes de luz, que le miraban sonrientes.

—¿Quiénes sois, augustos mensajeros del cielo? —les preguntó con asombro el emperador.

—Somos Pedro y Pablo, Apóstoles de Cristo. Él nos envía para decirte: «Porque has tenido compasión de los pobres niños, yo quiero curar tu cuerpo y dar a tu alma una vida que no tendrá fin. Llama a tu lado al obispo Silvestre, a quien la persecución mantiene oculto en el monte Soracte, y él te dirá cuál es el baño saludable que curará las úlceras que cubren tu cuerpo y los pecados que mancillan tu alma».

Dichas estas palabras, desaparecieron los dos Apóstoles y Constantino pasó el resto de la noche agradeciendo en lo íntimo de su alma tan señalada promesa. Cuando a la mañana siguiente se le acercó el médico, no quiso aceptar sus cuidados; le dijo que se retirara y mandó que llevasen cuanto antes a su presencia al obispo Silvestre.

Al ver a los soldados romanos que se acercaban a su retiro, creyó el Pontífice que había llegado la hora de su martirio y se puso gozoso en sus manos considerando tan cerca la inmarcesible y anhelada corona. Mas fué grande



DICE *una antigua leyenda —hoy desechada—, que San Silvestre bautizó a Constantino en Roma, y que durante la ceremonia sobrevino una luz clarísima. El emperador, enfermo de lepra, salió de la pila bautismal con la carne blanca, sana y pura, dejando el agua llena de aquella lepra, a manera de escamas.*

su sorpresa al hallarse en presencia del emperador y ver en él, no al perseguidor que esperaba, sino a un hijo sumiso y cariñoso.

—En nombre de Cristo —dijo Constantino—, decidme si entre los dioses que adoráis los cristianos hay dos que se llaman Pedro y Pablo.

—Nosotros —respondió el Pontífice— no adoramos más que a un solo Dios, creador del cielo y de la tierra; esos cuyos nombres acabáis de pronunciar son dos gloriosos siervos suyos.

—Mostradme sus imágenes —replicó Constantino— para que vea si son las de los dos venerables varones que se me han aparecido en sueños.

Al serle presentadas reconoció en ellas a sus dos visitantes y exclamó lleno de júbilo.

—Sí, ellos son verdaderamente los que he visto esta noche: llevadme a la piscina en la que según su promesa ha de hallar la salud mi cuerpo y ha de purificarse mi alma.

—Nadie puede entrar en ella si antes no cree que el Dios predicado por Pedro y Pablo es el único verdadero.

—Si adorase aún a otros dioses distintos de Cristo, no os hubiese llamado ante mí; apresuraos, pues, a conducirme al baño saludable que se me ha anunciado.

—Si así es, oh príncipe, humillaos en la ceniza y en las lágrimas, y durante ocho días deponed la pompa imperial, y en el retiro de vuestro palacio confesad vuestros pecados, mandad que cesen los sacrificios a los ídolos, devolved la libertad a los cristianos que gimen en los calabozos y en las minas, repartid abundantes limosnas y veréis cumplidos vuestros deseos.

Todo lo prometió el emperador. Por su parte el Papa reunió al clero y fieles de Roma y les ordenó ayunos y oraciones para el triunfo de la Iglesia. Ocho días se pasaron en incesantes plegarias y penitencias.

En el día fijado para el bautismo, fué Silvestre al encuentro de Constantino, acabó de iniciarle en las verdades de la fe cristiana y le dijo:

—Ya es tiempo, ilustre emperador, de entrar en el agua santificada por la invocación de la Trinidad Santísima; venid, pues, al baño saludable en el que, conforme a la palabra de los santos Apóstoles, vuestra alma y vuestro cuerpo quedarán purificados.

Despojóse entonces Constantino de sus vestiduras, entró en la piscina y el Pontífice le confirió el bautismo. En el mismo instante una brillantísima luz iluminó aquel lugar; Jesucristo se manifestó a los ojos del emperador, posó su mano divina sobre la cabeza del nuevo cristiano, y desapareció en seguida. Cuando Constantino salió de la piscina santa, su carne estaba pura y sana como la de un niño; pero el agua en que había estado sumergido quedó cubierta de costras asquerosas, recuerdo de la horrible lepra que antes cubría su alma y su cuerpo.

El nuevo cristiano dejó de lado durante los ocho días que siguieron a su bautismo la púrpura imperial, y tuvo especial complacencia en adornarse con la vestidura blanca de los recién bautizados, símbolo de su inocencia. Mandó derribar los templos de los falsos dioses, hizo levantar iglesias que enriqueció con sus dones, y prohibió se blasfemase del nombre de Cristo.

CRÍTICA DE ESTA TRADICIÓN

TAL es la piadosa leyenda que nos traen las *Actas*. El *Liber pontificalis* había dado por buenas la huída de Silvestre al monte Syraptim, la curación de la lepra del emperador, y su bautismo en Roma en el baptisterio de Letrán. Pero está demostrado que la tradición del bautismo de Constantino en Roma, no remonta sino hasta el siglo VIII, y el baptisterio de Letrán, aunque debido al parecer a la munificencia de Constantino, no conserva recuerdo alguno de su bautismo.

Mas lo que destruye toda verosimilitud en la leyenda referida, es el ser históricamente cierto que Constantino recibió el bautismo al fin de su vida. Ese aplazamiento en la recepción del bautismo era frecuente en los primeros siglos: basta recordar que San Agustín fué catecúmeno durante muchos años y que recibió el bautismo al convertirse definitivamente en Milán. Pero no cabe dudar de los sentimientos cristianos ni de las convicciones del emperador. Hallándose en Helenópolis de Bitinia en abril del año 337, cayó enfermo; algunas semanas después —el día de Pentecostés, 22 de mayo— entregaba su alma a Dios en Ancira, luego de haber recibido el bautismo de manos del obispo de Nicomedia.

No es menos cierto que, desde el año 312, los cristianos, la Iglesia y los dos papas San Melquíades y San Silvestre, en especial este último, gozaron primero de la tolerancia, y después de una protección cada vez mayor que favoreció magnífica y definitivamente el desarrollo del cristianismo.

DONES CONCEDIDOS A LAS IGLESIAS

TERMINADAS las persecuciones, era de toda justicia devolver a los cristianos los bienes que injustamente les habían sido arrebatados. Pero aun hicieron más los poderes administrativos, pues les concedieron algunos inmuebles que hasta entonces habían servido para el culto de los ídolos. Tan importante obra, comenzada en tiempos del papa San Melquíades, continúose felizmente durante el pontificado de San Silvestre.

He aquí la lista de las iglesias que el emperador Constantino mandó construir o mejorar y a las que dotó con regia munificencia: la basílica Cons-

tantiniana o de Letrán, el baptisterio Constantiniano, San Pedro del Vaticano, San Pablo extramuros, San Lorenzo extramuros, Santa Inés extramuros, Santos Pedro y Marcelino, la iglesia del título Equicio, denominada actualmente de los santos Silvestre y Martín, y, fuera de Roma, las iglesias de Ostia Tiberina, Albano, Capua y Nápoles.

PRESCRIPCIONES CANÓNICAS Y LITÚRGICAS

AL glorioso papa San Silvestre se debe la floración esplendorosa y pública de la liturgia cristiana, lozana ya, es verdad, pero oculta en la oscuridad de las catacumbas. Por ello llegaron algunos autores a atribuirle muchos decretos que no son más que repetición o codificación de lo que ya se usaba en la Iglesia. Citaremos algunos: Solamente el obispo podrá preparar el santo Crisma y servirse de él para confirmar a los bautizados. Los diáconos usarán dalmática y manípulo en el servicio del altar. Queda prohibido el uso de la seda o de paño de color para el santo Sacrificio de la Misa; deben emplearse telas de lino, porque Nuestro Señor fué amortajado y sepultado en esa clase de tela. Que ningún laico tenga la osadía de presentarse como acusador contra un clérigo; y que ningún clérigo sea citado ante un tribunal laico para ser juzgado. Los días de la semana, excepto el domingo y el sábado, se llamarán «ferias».

San Silvestre determinó el tiempo que debía transcurrir entre la recepción de un Orden y la de otro Orden superior. Veinte años para el de lector, treinta días para el de exorcista, cinco años para el de acólito, cinco años para el de subdiácono, diez años para el de custodio de los mártires, siete años para el de diácono y tres para el sacerdocio.

EL CONCILIO DE NICEA

FUÉ el primer Concilio general que se celebró en la Iglesia. Lo convocó el papa San Silvestre en el año 325 y asistió a él el emperador Constantino. Por su avanzada edad no lo pudo presidir el Papa, y delegó al gran Osio, obispo de Córdoba, y a los sacerdotes romanos Vito y Vicencio.

Ventiláronse en las discusiones conciliares tres cuestiones principales aunque de desigual importancia. En primer lugar la herejía arriana. Un joven diácono, San Atanasio, confundió victoriosamnte al impío Arrio que negaba la divinidad de Jesucristo. El Concilio de Nicea formuló contra esa herejía el Símbolo o *Credo* que, salvo una ligera adición posterior (381) concerniente al Espíritu Santo, es el que canta hoy la Iglesia en las misas de domingos y fiestas. La segunda cuestión tratada en el Concilio, fué el cisma provo-

cado en Egipto por Melecio de Nicópolis, y la tercera, la unificación de la fecha para celebrar la Pascua.

La reunión de ese primer Concilio ecuménico, en el que participaron 318 Padres, fué tal vez el acontecimiento más glorioso del pontificado de San Silvestre I, y su fecha una de las más dignas de conmemorarse en la Iglesia católica. Por eso se celebró en Roma con gran solemnidad el décimo sexto centenario de la misma en 1925, bajo el pontificado de Pío XI.

MUERTE Y VENERACIÓN

SAN Silvestre murió el 31 de diciembre de 335, tras un pontificado de veintiún años y once meses. Fué sepultado en el cementerio de Priscila en la vía Salaria, en una basílica formada por la reunión de otras dos menores y en la que estaba enterrado el papa San Marcelo. Dicho templo, anterior a San Silvestre, tomó luego su denominación.

En unas excavaciones realizadas en 1890, creyóse haber encontrado sus ruinas. En 1907, el arqueólogo Marucchi demostró que, en efecto, se trataba de la misma basílica. Reconstruída sobre sus primitivos cimientos, fué inaugurada el 31 de diciembre del mismo año, en el pontificado de Pío X.

La veneración de la Iglesia a San Silvestre, queda bien demostrada por el hecho de haberlo incluído, juntamente con San Gregorio Magno, en las Letanías de los Santos, y porque, además, aunque su fiesta cae dentro de la octava de Navidad, se celebra con rito doble desde San Pío V.

San Paulo I trasladó los restos de este santo Pontífice a la iglesia de San Silvestre *in cápite,* y la gloria de esa tumba eclipsó pronto el recuerdo de San Dionisio en cuyo honor había sido edificada. Dícese que en 753 Esteban II concedió el cuerpo de San Silvestre al abad de Nonantulo, pero lo más probable es que sólo le cediera algunas reliquias. Los griegos celebran esta fiesta inmediatamente después de la Circuncisión, el 2 de enero.

SANTORAL

Santos Silvestre I, papa; Sabiniano, obispo, y Potenciano, presbítero, mártires en Sens; *Mario, obispo de Avenches, en Suiza;* Eustadio, obispo de Bourges; Barbaciano, Zótico y Justino, presbíteros; Valensberto, abad; Hermes, exorcista; Esteban, Ponciano, Atalo, Fabiano, Cornelio, Sexto, Floro, Quinciano, Minervino y Simplicio, mártires en Catania; Ausgenio, mártir en Egipto. Santas *Melania la Joven, viuda;* Columba, virgen, mártir en la persecución de Aureliano, venerada en Lyón y en Sens, Donata, Paulina, Rústica, Nominanda, Serotina, Hilaria y compañeras, mártires en Roma; y *Catalina Labouré, virgen.*